

CÉSAR VIDAL

LA GUERRA QUE GANÓ FRANCO

Historia militar
de la guerra civil española



La guerra civil ha sido objeto de multitud de estudios, pero hacía falta una obra que de manera sintética, documentada, objetiva, actualizada y científica abordara la totalidad del conflicto.

Ninguno de los temas que recientemente han interesado a los lectores escapa a la atención de César Vidal: desde la supuesta incompetencia militar de Franco, pasando por si la guerra civil empezó o no de verdad en 1934, hasta lo que realmente sucedió en Paracuellos, esta obra trata todas y cada una de las cuestiones con ecuanimidad y con una erudición al alcance de pocos autores.

Vidal analiza la guerra de España en comparación con otras conflagraciones similares del siglo xx y nos ofrece una perspectiva radicalmente nueva de sus causas, desarrollo y desenlace.

La guerra que ganó Franco es, en suma, la mejor historia militar de la guerra civil que el lector encontrará en un solo volumen.



César Vidal

La guerra que ganó Franco

Historia militar de la guerra civil española

ePub r1.0

jandepora 13.05.14



Introducción

Corría 1938, el III Año triunfal según la terminología propia de los que serían vencedores de la guerra civil, cuando apareció en San Sebastián un libro que a aquellas alturas del conflicto pretendía ya extraer del mismo una serie de lecciones militares. La obra se debía al general francés Duval y contaba con un prólogo y una traducción de otros dos generales, Weygand y Despujol, respectivamente. Desprovista en buena medida de inclinación ideológica —aunque obviamente favorable a los alzados en cuya zona se publicaba— con la misma se inauguraba el ciclo de las monografías de la guerra civil española que tendrían fundamentalmente un carácter militar. Obviamente la de Duval tenía un defecto claro y era que se había publicado antes de que la guerra hubiera terminado.

Nada más concluir el conflicto, aparecieron otras dos obras también de carácter militar sobre el mismo que se debían a la labor de Manuel Aznar y de Luis María de Lojendio. Pese a tratarse de dos clásicos que aún hoy día resultan de lectura obligatoria, ambos estudios adolecían de varios defectos de no escasa envergadura. En primer lugar, se hallaba su carácter favorable a los vencedores y la práctica ausencia a referencias documentales sobre los vencidos. Además quedaban muy orilladas en ambas obras cuestiones de enorme importancia como la de la intervención extranjera en el conflicto o la del contexto internacional del mismo. Durante el resto de la década, el aspecto militar sería de nuevo tratado ocasionalmente, pero, pese al interés de las diferentes obras, generalmente se repetiría el trinomio parcialidad, análisis incompleto y tendenciosidad ideológica. Dos ejemplos de ello serían los *Cuadernos de guerra* del general Kindelán que no podrían ser publicados sin censura hasta la década de los 80, ya tras la muerte de Franco, y la *Guerra de liberación española* (Madrid, 1949) del teniente general García Valiño Marcen que, como su subtítulo indicaba, sólo cubría el estudio de las campañas de Aragón y Maestrazgo, la batalla de Teruel y la batalla del Ebro.

En cuanto al bando derrotado, ya en 1940 apareció en París la *Historia de la guerra de España* del socialista J. Zugazagoitia, pero en la misma predominaba el acercamiento político no menos parcial que en el caso de los vencedores. Las mismas *Memorias* de Azaña, a pesar de su apariencia crítica, mantendrían esa parcialidad unida a una auto-complacencia exagerada y a silencios especialmente elocuentes. El tono apologético sería más evidente —pero no más acentuado— en otros autores como Julián Gorkín o Abad de Santillán.

La década de los sesenta fue testigo de la aparición de las primeras obras que trajeron la guerra civil española con un deseo de proporcionar una versión global. Así en 1961 aparecieron los libros de P. Broué y E. Témine, de H. Thomas y de B. Bolloten. El primero era una obra de síntesis

escrita desde una visión acentuadamente izquierdista por lo que en él abundaban los tópicos políticos y no menos los errores de hecho. Mucho mejor era la obra de Thomas, pero se hallaba construida sobre fuentes secundarias en su práctica totalidad y tuvieron que pasar las ediciones para que el texto se viera libre de algunos de sus errores más acusados. A diferencia de las anteriores, la obra de Bolloten sí arrancaba de un análisis de las fuentes primarias y permitía acercarse a algunas cuestiones verdaderamente esenciales para entender el conflicto como el ascenso del PCE en la España del Frente popular durante los primeros tiempos de la guerra. Bolloten acabaría consumando algunos años después una de las obras verdaderamente esenciales para estudiar la guerra civil española. Cuatro años después fue publicado asimismo otro clásico, esta vez debido a Gabriel Jackson. Con el paso del tiempo, no resulta difícil contemplar los numerosos errores y defectos de la obra de Jackson —errores y defectos que, dada su escoración política, pasarían a otras obras posteriores de manera acrítica— que aún hoy puede leerse como compendio de tópicos de la izquierda sobre no sólo la guerra sino también el régimen que feneció en ella.

En esta década comenzada con el deseo de síntesis general empezaron asimismo a aparecer las monografías del Servicio Histórico militar español, relacionadas ya para siempre con el nombre de Martínez Bande. Sus textos marcan un verdadero hito en la historiografía de la guerra civil española ya que recuperaron el análisis de los aspectos militares, algo, dicho sea de paso, que debería ser obvio en el estudio de un conflicto armado. Martínez Bande iba a ser, en buena medida, el precursor de otros autores que comprendieron la importancia de analizar fundamentalmente los aspectos militares y además de hacerlo partiendo de las mismas fuentes primarias. Fueron así apareciendo las obras clásicas de los hermanos Salas Larrazábal, que, a día de hoy y a pesar de que puedan actualizarse, resultan en buena medida insuperadas y de consulta obligatoria.

Como ha señalado magníficamente Stanley Payne, la llegada al poder del PSOE a inicios de los años ochenta provocó la entrada de lo políticamente correcto en los estudios de la guerra civil. De esa manera, algunos de los estudiosos en lugar de dedicarse a su labor profesional, han preferido convertirse en «guardianes de la llama de lo políticamente correcto». La excepción a esa conducta científicamente dañina ha sido la obra de historiadores como, entre otros, Ricardo de la Cierva, A. Bullón, Luis Togores o Pío Moa, y, en el terreno de la historia militar de publicaciones como la *Revista Española de Historia Militar* (REM) y de historiadores militares jóvenes como, entre otros, Lucas Molina.

A pesar de la calidad de estos aportes —algunos verdaderamente extraordinarios— se sigue apreciando la necesidad de una obra de conjunto, en un solo tomo, que de manera sintética, breve, objetiva y científica aborde la totalidad del conflicto desde la perspectiva fundamental de sus aspectos militares. Ésa es precisamente la finalidad que persigue el presente estudio, un estudio que me ha ocupado durante los últimos doce años.

En el mismo se han suprimido en muy buena medida las referencias a los aspectos políticos de la guerra para centrarse en la descripción de las operaciones militares, las razones de las mismas y el resultado que de ellas derivó. He considerado indispensable dedicar sus primeras páginas a

señalar las guerras civiles inmediatamente previas a la española. De la misma manera, me ha parecido indispensable indicar los paralelos entre esas experiencias —fundamentalmente la rusa, la finlandesa y la mexicana— y las experimentadas por España. Por supuesto, el lector puede saltar esos capítulos introductorios y sumergirse directamente en la descripción de los aspectos militares de la guerra.

Aunque el cuerpo principal de esta obra pretende enfocar el tema de la manera más globalizada y, a la vez, sintética posible, he juzgado de importancia añadir apéndices donde se recojan no sólo cuadros relacionados con la intervención extranjera en la guerra o a la situación de la flota en julio de 1936 por citar sólo dos ejemplos, sino también las referencias completas a los aviones y blindados que participaron en el conflicto o las biografías de sus principales protagonistas. Por supuesto, el libro es completado asimismo con los índices de rigor, una cronología y una bibliografía que contiene los títulos a juicio del autor más interesantes hasta mediados de 2006. A pesar de todo, espero haber logrado redactar una obra legible para el gran público.

Han sido varias las organizaciones y personas que me fueron de ayuda en mi investigación de estos años. Fue el caso del coronel José Ignacio Vázquez Montón, del Archivo Histórico Militar de Segovia; de Silvia López, del Archivo Museo Alvaro Bazán de la Armada; del coronel Rafael Rodríguez González, del Archivo Histórico del Aire; Gemeinschaft Ehemaliger Republikanischer Spanienkampfer, de Alemania; la Asociación de voluntarios austriacos (de las BI); la AAVBIER, de Bélgica; el Bataillon Mac Kenzie-Papineau, de Mississauga, Canadá; la Asociación de ex interbrigadistas canadienses, de Winnipeg, Manitoba, Canadá; la Agrupación de internacionalistas cubanos en España, La Habana, Cuba; la Danske Spaniens Frivileges Foreni, de Dinamarca; el VALB (Veterans of the Abraham Lincoln Brigade), de Estados Unidos; la AVER, de Francia; la International Brigades Association, de Gran Bretaña; la Federación de resistentes y antifascistas húngaros; la AICVAS, de Italia; el Irish Group of International Brigades; la Asociación de voluntarios soviéticos en España; la Svenska Spanienfrivilligas Kamratförenings, de Suecia; la Asociatia Fostilor Voluntari Romani Din Armata Republicana Spaniola, de Rumania; la Udruzenje jugoslevenskih drobrovoljaca spanske republikanske vojske 1936-1939 y la Asociación de amigos de las BI, de España.

En el terreno de los archivos resultaron en aquel entonces de especial utilidad los fondos que se custodian en el Archivo Histórico Militar de Segovia; en el Archivo Museo Álvaro de Bazán de la Armada; en el Archivo Histórico del Aire; Archivo Histórico Nacional; la Fundación Pablo Iglesias; la Fundación Largo Caballero; la Hoover Institution On War, Revolution and Peace y Chadwyck-Healy Ltd.; el Rossiyskiy Tsentr Chraneniya i Izveniya Dokumentov Noveie Istorii, el Gosudarsveniy Arxiv Rossiyskoy Federatsii y el Institut Vseobej Istorii RAN.

De utilidad me fueron también las consultas con miembros de la Hermandad de alfereces provisionales de Zaragoza; de la Amicale de Mauthausen; de la LMIGE (Liga de mutilados e inválidos de la guerra de España) de Madrid y Zaragoza; del CIERE (Centro de investigaciones y estudios de la República). Entre las personas que me prestaron una ayuda valiosa y desinteresada debo destacar a Juan Rey, de la AABI, muy valioso a la hora de establecer contacto con antiguos

interbrigadistas; a Jorge Azpizua, que me ayudó en la búsqueda y consulta de materiales relacionados con el general Rojo en el Archivo Histórico Nacional; a Luis Fernando Pérez, compañero habitual en la visita a personas y lugares relacionados con la guerra civil; a José Antonio Arbizu y Pilar Cebrián, que me ayudaron en los problemas típicos de la elaboración informática de los mapas; a Joaquín Gálvez, que me abrió la posibilidad de consultar interesantes materiales sobre la guerra del Norte; a Pedro Layant, que puso a mi disposición su amplio saber bibliográfico y sus conocimientos técnicos en informática en el mencionado Koldo Mitxelena; a Milt Felsen, antiguo miembro del Batallón Lincoln que me donó en su agradable hogar de Sarasota, Florida, Estados Unidos, un valiosísimo elenco de materiales bibliográficos pertenecientes a las BI; a Len Crome, de la International Brigade Association; a Eugenius Szyr, de Polonia; a Trudy Van Reemst de Vries, de Holanda; a Adolf Vodidka, de la República Checa; y a Elio Escofet, que en épocas floridenses suele ser un excelente amigo y conversador. Mención especial, *last but not least*, merece Lucas Molina, uno de los historiadores militares más distinguidos en la actualidad en España. Molina leyó algunos de los capítulos de este libro y me aportó comentarios sobre armamento especialmente valiosos.

Por supuesto, las opiniones y conclusiones vertidas en esta obra son sólo debidas al autor y a él deben imputársele en exclusividad los posibles defectos o errores contenidos en la misma.

Madrid, primavera de 2006

Glosario de términos

ACCIÓN ESPAÑOLA: Colectivo de intelectuales monárquicos, tanto carlistas como alfonsinos, que publicaba un periódico del mismo nombre.

ACCIÓN POPULAR: Organización política formada a instancias de la jerarquía católica para defender sus derechos y libertades frente a la legislación laicista de la Segunda República.

ACCIÓN REPUBLICANA: Partido de Manuel Azaña. Se fusionó en 1934 con otros pequeños partidos y pasó a denominarse Izquierda Republicana.

AGRUPACIÓN AL SERVICIO DE LA REPÚBLICA: Grupo político creado por republicanos independientes como José Ortega y Gasset, Ramón Pérez de Ayala, Marañón y otros intelectuales. Su desengaño con la evolución de la república fue creciente hasta tal punto que en julio de 1936 todos eran contrarios al Frente popular.

BRIGADA MIXTA: Unidad básica del Ejército popular de la República tras la transformación de las Milicias iniciales. Estaba constituida, en principio, por cuatro batallones de infantería, un grupo de artillería, un escuadrón de caballería, un batallón mixto de ingenieros, una compañía de intendencia, un grupo de sanidad y el primer escalón ligero de municiónamiento. Comenzaron a utilizarse a finales de octubre de 1936. En febrero de 1937 había ya 25 brigadas mixtas en línea de combate. En el organigrama básico del Ejército republicano tres brigadas mixtas constituían una división, y tres divisiones, un cuerpo de ejército.

BRIGADAS INTERNACIONALES: Fuerzas voluntarias extranjeras que apoyaron al Frente popular durante la guerra civil española. Su formación derivó de una decisión personal de Stalin. El Gobierno del Frente popular ordenó su repatriación en octubre de 1938.

CARLISTAS: Partidarios de la rama carlista de los Borbones. Aspiraban al establecimiento de una monarquía tradicionalista y católica. Su nombre oficial era Comunión Tradicionalista. En el alzamiento aportaron no sólo su base social (muy importante en Navarra y ciertas zonas de Levante) sino también su organización militar, el Requeté.

CASA DEL PUEBLO: Centro obrero con lugar de reunión y biblioteca pública cuyas funciones eran políticas y formativas. Las más numerosas e importantes eran las socialistas.

CEDA: Confederación Española de Derechas Autónomas. Conjunto de pequeños partidos derechistas y católicos agrupados en las Cortes bajo la dirección de José María Gil Robles. En algunos casos, como el de Manuel Giménez Fernández, fueron precursores de la democracia cristiana de corte social. En otros, se trataba únicamente de crear un valladar que protegiera a la población española de los excesos laicistas de la Constitución de 1931 y de la política de las izquierdas.

CHECAS: Tribunales y lugares de reclusión, tortura y represión formados por las fuerzas políticas del Frente popular, sin excluir al PNV, desde el verano de 1936. Copiando el modelo represivo instaurado por los bolcheviques en Rusia —la creación de la famosa Cheka— en muchas ocasiones estos establecimientos tuvieron carácter estatal como la tristemente célebre Checa de Bellas Artes en Madrid.

CNT: Confederación Nacional del Trabajo. Sindicato anarquista.

COMISARIADO DE GUERRA: Organismo central de dirección política de la guerra creado por el Gobierno del Frente Popular en octubre de 1936. El comisario debía colaborar con el mando militar, pero sin interferir en sus decisiones. Su misión era elevar la moral de los combatientes y explicar el significado de la guerra desde una perspectiva frentepopulista. Como cuerpo militar propio, su designación dependía del Ministerio de la Guerra, Marina y Aire, y luego del de Defensa.

COMITÉ DE NO-INTERVENCIÓN: Creado en 1936 por iniciativa del Gobierno francés bajo la presión del Gobierno británico para evitar la intervención extranjera en la guerra civil española. La razón fundamental de la iniciativa británica era mantenerse neutral ante un conflicto en el que combatían no la democracia contra el fascismo sino una revolución similar a la bolchevique con la contrarrevolución. No pudo impedir que el gobierno del Frente popular recibiera ayuda de la URSS, ni que los alzados contaran con la de Italia y Alemania.

COMUNIÓN TRADICIONALISTA: Véase carlistas.

CONSEJO NACIONAL DEL MOVIMIENTO: Organismo central de FET y de las JONS, que reunía a dirigentes falangistas y tradicionalistas, así como a jefes militares, políticos, etc. Su nombramiento dependía directamente de Franco. El primer Consejo Nacional se reunió en diciembre de 1937 y contaba con 50 consejeros. Su papel durante la guerra fue meramente simbólico.

CTV: Corpo di Truppe Volontarie. Nombre oficial dado a las milicias y fuerzas regulares del ejército italiano que lucharon al lado de los nacionales. Iniciado el alzamiento y como respuesta a la intervención soviética, Mussolini envió al bando alzado aviones y armas, seguidas por la «aviación legionaria» y varios centenares de instructores y técnicos. A inicios de 1937, las tropas italianas fueron designadas como CTV.

ESQUERRA: Izquierda republicana catalana, dirigida por Lluís Companys. De carácter independentista y fuertemente inspirada por la masonería, no dudó en alzarse en armas contra el gobierno republicano en octubre de 1934.

FAI: Federación Anarquista Ibérica. Organización anarquista de corte radical.

FALANGE ESPAÑOLA: Partido político inspirado en el fascismo italiano aunque no exento de peculiaridades propias. Fue fundado por José Antonio Primo de Rivera en octubre de 1933.

FALANGE ESPAÑOLA TRADICIONALISTA Y DE LAS JONS: Partido único del Estado nacional establecido por el Decreto de Unificación de abril de 1937.

GENERALIDAD: Denominación del gobierno autónomo de Cataluña según el Estatuto otorgado a esta región española en septiembre de 1932.

GENERALITAT: Véase Generalidad.

IZQUIERDA REPUBLICANA: Organización política derivada de la fusión de las fuerzas de Azaña, Marcelino Domingo y Casares Quiroga a principios de 1934.

JONS: Juntas de Ofensiva Nacional-Sindicalista. Partido de carácter fascista con sede en Valladolid que se fusionó con la Falange a principios de 1934.

JUNTA DE DEFENSA DE MADRID: Organismo creado por el Gobierno el 6 de noviembre de 1936, presidido por el general Miaja y formado por representantes de las diversas fuerzas republicanas. Tenía facultades delegadas por el Gobierno, que se había trasladado a Valencia, para la administración, defensa, orden público, etc., de Madrid. Sobre ella recae de manera directa la responsabilidad por las matanzas en masa en Paracuellos del Jarama y otros lugares. El 30 de noviembre de 1936 se limitaron sus funciones. Finalmente, fue disuelta en abril de 1937.

JUNTA DE DEFENSA NACIONAL: Organismo constituido en Burgos el 24 de julio de 1936 como embrión del Gobierno nacional. Presidida, de acuerdo al principio de antigüedad, por el general Cabanellas, sus miembros eran todos militares (Saliquet, Ponte, Dávila, Mola, Montaner y Moreno Calderón). El 1 de octubre de 1936 fue sustituida por la Junta Técnica del Estado.

JTE: Junta Técnica del Estado. Organismo que sustituyó a la Junta de Defensa Nacional, creado por Franco por ley de 1 de octubre de 1936. Tenía la estructura rudimentaria de un gobierno. Residió en Salamanca, Valladolid y Burgos.

JAP: Juventud de Acción Popular. Organización juvenil de la CEDA.

JSU: Juventudes Socialistas Unificadas. Organización juvenil derivada de la fusión de las Juventudes socialistas y comunistas en abril de 1936. En ella tuvo un papel esencial Santiago Carrillo y constituyó un claro ejemplo del plan de Stalin de fundir organizaciones socialistas con otras comunistas para someterlas a su control.

LEGIÓN CÓNDOR: Fuerzas aéreas alemanas que, con mando propio, lucharon al lado del Ejército nacional. Su creación oficial se produjo en noviembre de 1936. Esta unidad se encontraba formada por cuatro escuadrillas de bombarderos, otras cuatro de cazas, hidroaviones, baterías antiaéreas, servicios, etc. Según fuentes oficiales alemanas, pasaron por sus filas unos 18 000 hombres, aunque nunca hubo al mismo tiempo en España más de 6000. Su primer comandante fue Hugo Sperrle, y el último, Wolfram von Richofen.

LLIGA CATALANA: Partido conservador catalanista dirigido por Francesc Gambó. Apoyó al bando nacional durante la guerra civil.

MOVIMIENTO NACIONAL: Expresión polivalente aplicable tanto a la rebelión del 18 de julio de 1936 como a FET y de las JONS.

PARTIDO RADICAL: Partido republicano fundado y acaudillado por Alejandro Lerroux. De un contenido inicial populista y anticlerical, iría evolucionando hacia posturas de centro-derecha.

PASEO: Eufemismo para designar el asesinato político.

PCE: Partido Comunista de España.

POUM: Partido Obrero de Unificación Marxista. Partido marxista independiente de la Internacional Comunista, aunque no trotskista como suele afirmarse frecuentemente. Prácticamente toda su fuerza radicaba en Cataluña. El enfrentamiento con el PCE y con el PSUC le acercaron a los anarquistas, con los que compartía el impulso favorable al desarrollo de una revolución no controlada por la URSS. Los sucesos de mayo de 1937 en Barcelona sirvieron de excusa a los comunistas, con el apoyo de la Generalidad, para eliminar al POUM siguiendo consignas de Stalin.

PSOE: Partido Socialista Obrero Español.

PSUC: Partido Socialista Unificado de Cataluña, nacido de la fusión de los partidos socialista y comunista de Cataluña en la primavera de 1936.

RENOVACIÓN ESPAÑOLA: Partido monárquico alfonsino dirigido por Antonio Goicoechea y José Calvo Sotelo.

REQUETÉ: Véase carlistas.

TABOR DE REGULARES: Unidad de tropa indígena del Ejército español de Marruecos, compuesta de varias más o compañías, formada cada una de ellas por cien infantes y cien jinetes.

UGT: Unión General de Trabajadores. Sindicato socialista.

UHP: Unión de Hermanos Proletarios. Lema adoptado por los mineros asturianos en octubre de 1934, convertido posteriormente en símbolo de la unión de la clase obrera.

UME: Unión Militar Española. Organización de militares opuestos a las reformas de Azaña.

UMRA: Unión Militar Republicana Antifascista. Organización de militares fundada a principios de 1936 para combatir a la UME.

UNIÓN REPUBLICANA: Partido de Martínez Barrio tras su ruptura con Lerroux en el verano de 1934.

PRIMERA PARTE

El avance de la revolución

El avance de la revolución (I): las guerras civiles en el primer tercio del siglo xx: Rusia

La Historia del siglo xx ha consistido, en buena medida, en un enfrentamiento titánico entre la revolución y la contrarrevolución. Este hecho, de naturaleza indiscutible, ha quedado muy opacado por fenómenos como las terribles guerras mundiales sin percatarse de que la primera concluyó con una cadena de revoluciones que alteraron trágicamente el orden mundial y que la segunda vino seguida por un encadenamiento de procesos revolucionarios cuyas consecuencias persisten en la actualidad. En lugar de contemplar la segunda guerra mundial, como a menudo se hace, como el eje sobre el que gira la Historia del siglo xx, hay que llegar a la conclusión de que no fue sino un episodio —el más cruento, pero episodio a fin de cuentas— de la gran oleada revolucionaria que comenzó a asolar Europa en 1917.

De manera semejante, la guerra civil española no puede entenderse sobre la base de una guerra mundial que aún estaba en el futuro cuando se inició. Semejante acercamiento es irreal aunque se convierta a la contienda española —de manera artificial, porque no lo fue— en «primer capítulo» de la segunda guerra mundial. En realidad, la guerra civil española fue una más —no la primera ni la última— de una serie de guerras civiles provocadas por el fenómeno revolucionario y la reacción que éste provocó y, para poder contextualizarla correctamente, hay que hacer referencia, primero, a los fenómenos similares que tuvieron lugar en otras naciones en los años inmediatamente anteriores, por razones semejantes, y, segundo, hay que indicar los antecedentes de esos mismos procesos en el caso particular de España. Ese análisis nos conduce de manera ineludible a la nación donde estalló la peor guerra civil del siglo xx menos de dos décadas antes de que se iniciara la española.

La guerra civil rusa (I): la revolución frustrada^[1]

En febrero de 1917, Rusia —que combatía en el campo de las potencias aliadas contra los Imperios centrales— se vio sacudida por una inesperada convulsión que se tradujo en el derrocamiento del zar y en una casi inmediata proclamación de la República. Los retos que se presentaban al gobierno provisional —un gobierno formado de manera mayoritaria por miembros de la masonería pertenecientes a sectores ilustrados de la población— eran de una enorme magnitud. Por un lado, debía cumplir con sus compromisos con las potencias aliadas continuando la lucha contra Alemania, Austria-Hungría y Turquía; por otro, tenía que articular la convocatoria de una Asamblea constituyente que transformara el imperio de los zares en un sistema

democrático de corte parlamentario y llevar a cabo un conjunto de importantes reformas sociales incluida la agraria. Lo cierto es que la disolución del aparato zarista resultó tan imprevista que los partidos de carácter socialista consideraron que debían sumarse a la revolución burguesa como un paso hacia una ulterior revolución marxista. Esa revolución —siguiendo a Marx— tendría como meta la implantación de una dictadura socialista, pero, de momento, parecía estar situada en algún momento indeterminado del futuro. De esa opinión ni siquiera se separaba el pequeño partido bolchevique cuyos dirigentes habían abogado no por apoyar al gobierno ruso —como habían hecho con sus respectivos gobiernos otros partidos socialistas de todo el mundo— sino por desencadenar una guerra civil que llevara a la implantación del socialismo. En su práctica totalidad, los jefes del partido bolchevique habían pasado la mayor parte de los años previos en el exilio y su conocimiento de la realidad rusa era, como mínimo, escaso y desenfocado.

En apariencia, Rusia había entrado en el terreno de una gran ocasión histórica de la que debía arrancar un país democrático que se enfrentaría a los grandes retos sociales y políticos que había intentado solventar con mayor o menor fortuna en las décadas anteriores. Si la situación política se vio modificada radicalmente se debió al impulso directo de Lenin, el dirigente máximo del partido bolchevique. En abril, Lenin llegaba a Petrogrado, la antigua San Petersburgo, y dictaba sus conocidas *Tesis* en las que expresaba la voluntad —y la oportunidad— de llevar a cabo una revolución socialista que concluyera con el establecimiento de la dictadura del proletariado. Para conseguir sus propósitos, Lenin iba a desarrollar una estrategia de enorme audacia consistente en infiltrar los consejos (*soviets*) de obreros, campesinos y soldados para, a través de estos organismos de dudosa representatividad, erosionar y derribar al gobierno republicano.

Durante meses, la táctica de Lenin pareció no dar resultados. De hecho, el Soviet de Petrogrado siguió apoyando al gobierno provisional en cuestiones tan delicadas como la continuación de la guerra contra Alemania y el peso de los bolcheviques en la política continuó siendo escaso. A mediados de julio de 1917, incluso parecía que los bolcheviques estaban condenados ya que se había publicado cómo el káiser alemán había apoyado a Lenin y además por qué fracasó un intento de sublevación en ese mismo mes. La noticia de que Lenin había contado con el respaldo del káiser para regresar a Rusia llevó a creer a muchos que sus días en política estaban contados.

De manera bastante lógica, la desaparición de los bolcheviques del primer plano vino seguida de un clima de relativa estabilidad y del deseo de terminar de asentar el gobierno hasta la apertura de la Asamblea Constituyente que diera forma definitiva al nuevo sistema. El nuevo presidente del gobierno provisional, Alieksandr Kérensky, decidió aprovechar la situación para convocar el 12 de julio una Conferencia de Estado donde todas las fuerzas políticas y sociales pudieran manifestar su visión del presente y del futuro. Un mes después se celebró la citada conferencia en Moscú, teniendo como escenario el Teatro Bolshoi. Salvo los bolcheviques, que se vieron excluidos y que no se atrevieron ni siquiera a convocar manifestaciones de protesta por miedo a las consecuencias,^[2] allí estuvo presente todo el abigarrado mundo de la política rusa. De manera sorprendente, parecía existir una voluntad generalizada por garantizar la permanencia de la democracia rusa aunque eso implicara cesiones en las posturas de todos. Una visión retrospectiva

de aquel episodio obliga a preguntarse si los participantes no fueron demasiado optimistas y no se dejaron llevar más por el entusiasmo propio de las revoluciones más que por un examen frío de la realidad. A decir verdad, y por encima de los diversos pronunciamientos, el gobierno provisional distaba mucho de controlar la situación en zonas amplísimas de Rusia y el vacío de poder había degenerado en no pocos lugares en abierta anarquía.

Con una actitud que cuenta con paralelos en otros procesos revolucionarios, Kérensky creyó que los peligros procederían no de la izquierda, sino sólo de la derecha. Así, el 26 de agosto, depuso al general Kornílov de su cargo de comandante en jefe, en base a sospechas, no del todo fundadas, de que pudiera dar un golpe de Estado. La realidad era que Kornílov se limitaba a alertar sobre una situación de desorden que podía resultar fatal para el gobierno ruso. El fracaso, total e incierto, de Kornílov —que, por añadidura, fue arrestado— paradójicamente no fortaleció al Gobierno provisional presidido por Kérensky. En realidad, proporcionó un nuevo aliento a los bolcheviques. Casi de la noche a la mañana dejaron de ser considerados unos traidores vendidos a los alemanes para convertirse en defensores de la revolución contra la reacción. Por añadidura —y de nuevo los paralelos con otras revoluciones saltan a la vista— resultó verosímil la campaña de opinión dirigida a crear la convicción de que Kérensky sólo ambicionaba convertirse en un dictador aprovechando un esfuerzo bélico que cada día era más impopular. No existía base para esa afirmación, pero, a pesar del paso del tiempo, la calumnia antikerenskysta ha seguido haciendo acto de presencia en obras posteriores sobre la Revolución rusa. En aquellos momentos, con un sentido de la oportunidad especialmente afinado, Lenin no dudó en retomar el lema de «todo el poder a los soviets», una consigna que buscaba privar de legitimidad al gobierno provisional. De hecho, en el mes de septiembre concluyó su obra *El Estado y la revolución*^[3] donde abogaba de manera explícita por destruir el parlamentarismo, sustituyéndolo por «la dictadura revolucionaria del proletariado».

De momento, sin embargo, el soviet no tenía intención ni de seguir los patrones de conducta que convenían a los bolcheviques ni de intentar derribar al Gobierno provisional. Todo lo contrario. Deseaba su estabilidad y precisamente para conseguirla renunció a la idea de que debiera tener una composición totalmente burguesa o completamente socialista.^[4] En el curso de una conferencia democrática convocada por el soviet al poco de producirse el episodio Kornílov setecientos sesenta y seis delegados (contra seiscientos ochenta y ocho, y treinta ocho abstenciones) votaron en favor de un gobierno de coalición. El 25 de septiembre se procedió a su formación. Kérensky continuó desempeñando la función de primer ministro mientras que las carteras eran ocupadas por eseristas^[5] moderados, mencheviques,^[6] kadetes,^[7] socialistas sin afiliación e incluso personas que no pertenecían a ningún partido concreto. Era el último cartucho de la Revolución de febrero para no derivar hacia una solución dictatorial. Sin embargo, se recurrió a él cuando la situación era prácticamente incontrolable quizá no en Petrogrado, pero sí en buena parte del resto de Rusia. Y es que si algo caracterizó a Rusia durante los días finales de septiembre y los primeros de octubre de 1917 fue la sensación de que no existía ningún tipo de orden ni autoridad. El Gobierno provisional, que había dependido para su supervivencia de una

institución como el Soviet de Petrogrado, era incapaz de evitar la oleada de saqueos, incendios, motines y crímenes que se producían por todo el país. El ejército —en cuyo seno Kérensky era odiado profundamente tras la ofensiva de verano que se había saldado con un fracaso— se desintegraba en masa y los comités de soldados favorecían el desplome con peligro para la vida de los oficiales. A todo ello se sumaban el hambre y la desesperación. Con cerca de diez millones de soldados, el estado apenas tenía recursos para malalimentar a siete. En esas fechas, el número de desertores llegó a los dos millones y sólo un diez por ciento pudo ser obligado a regresar al frente.

La situación entre los civiles apenas era mejor. En buen número de poblaciones el pan escaseaba y las manifestaciones para protestar por esa situación acabaron degenerando en actos de violencia de los que no estaba ausente la barbarie. Incluso se había vuelto a la práctica de atacar a los judíos como chivos expiatorios. Por lo que se refiere al campo, septiembre fue el mes en que empezaron las destrucciones provocadas no pocas veces por el mero deseo de dar salida a la cólera y al resentimiento. Cuando se inició el mes de octubre, las provincias de Minsk, Moguiliov y Vitébsk en Bielorrusia y las regiones centrales y de las provincias del Volga eran presa de una situación de absoluta anarquía que hacía presagiar un invierno de hambre y desolación. La última esperanza de Rusia descansaba en la ya cercana elección de la Asamblea Constituyente que habría contado con la legitimación suficiente para formar un Gobierno con autoridad (y, sobre todo, no provisional) y para solventar de una vez por todas cuestiones tan relevantes como la política agraria. Precisamente por ello, Lenin decidió dar los pasos que le separaban de la toma del poder.

La guerra civil rusa (II): el golpe bolchevique^[8]

En septiembre de 1917, el Gobierno provisional era una institución sin capacidad para imponer sus decisiones, dependiente del soviet de Petrogrado para su supervivencia y limitada en cuanto a su existencia por la teóricamente próxima constitución de la Asamblea Constituyente. Los eseristas o socialistas revolucionarios eran posiblemente el partido más fuerte al contar no sólo con una importancia considerable en los soviets urbanos sino al controlar también los de campesinos y las tropas de primera línea. Los cadetes o constitucionales democráticos mantenían una influencia limitada a sectores ilustrados de la población que deseaban mantener las libertades conquistadas por la revolución de febrero. Los mencheviques, el grupo marxista mayoritario, habían experimentado un enorme retroceso en relación con su superioridad en los soviets de los primeros meses de la revolución pero la seguían manteniendo en la región del Cáucaso y, muy especialmente, de Georgia. Por lo que se refiere a los bolcheviques, con un 51% de los votos, habían ganado las elecciones en Moscú y, por primera vez en su historia, logrado una mayoría absoluta en un centro urbano importante. Aunque esta situación no se repitió en otros lugares, aunque la práctica totalidad de los soviets obreros de Rusia seguían controlados mayoritariamente por eseristas y mencheviques, y aunque los soviets campesinos eran abiertamente eseristas no podía negarse que la influencia bolchevique estaba aumentando casi a diario.^[9] En ese contexto, Lenin pidió al Comité central bolchevique que diera inicio a los preparativos para una insurrección armada contra el gobierno provisional. Sin embargo, el Comité central no veía las

cosas con tanta claridad. Zinóviev y Kámeñev, dos de sus miembros, se opusieron especialmente porque consideraban con razón que el partido bolchevique no tenía el apoyo de la mayoría del pueblo ni del proletariado internacional. A su juicio, resultaba mucho más sensato esperar a obtener una sólida mayoría en la futura Asamblea Constituyente. Por supuesto, Zinóviev y Kámeñev no dejaban de lado la idea de implantar una dictadura bolchevique en el futuro, pero consideraban que, siquiera por prudencia táctica, tal posibilidad debía estar respaldada por la mayoría del pueblo ruso. Para Lenin, por el contrario, se trataba de conseguir la implantación de esa dictadura mediante la acción de un partido que era considerablemente minoritario pero que, al menos en teoría, captaba cuáles eran los intereses de la mayoría mejor que ésta misma. Un enfoque similar mantenía Trotsky, que a lo largo de la revolución había adoptado como totalmente propios los puntos de vista de Lenin compartiéndolos incluso donde eran rechazados por los antiguos bolcheviques. Lo que, finalmente, arrancó al Comité central de sus dudas fue la amenaza de Lenin de dimitir del Comité central y continuar realizando su tarea de agitación desde la base del partido. Finalmente, el 10 de octubre se decidió iniciar los preparativos para una insurrección armada.

El mayor problema con el que se enfrentaban los bolcheviques en Petrogrado era el hecho incontestable de que la guarnición de la ciudad seguía siendo partidaria de apoyar al Gobierno provisional o al soviet.¹⁰^[10] Para obtener su apoyo, por lo tanto, los bolcheviques tenían que idear una artimaña lo suficientemente sólida como para que las tropas creyeran que defendían precisamente aquello que iban a derribar con su concurso o, siquiera, con su pasividad. Las circunstancias vinieron en apoyo de los bolcheviques a la hora de vencer esta dificultad. En la segunda semana de octubre, los alemanes se apoderaron de algunas islas rusas en el golfo de Riga. Inmediatamente corrieron rumores de que esta operación naval sólo era un antícpio de un ataque sobre Petrogrado. Kérensky, siguiendo el consejo de sus asesores militares, pensó en la posibilidad de trasladar la capital a Moscú, pero no pudo llevar a cabo tal medida ante la oposición socialista en el soviet que le acusaba de abandonar la ciudad al enemigo. El 9 de octubre, los mencheviques del Soviet de Petrogrado propusieron la formación de un Comité de Defensa Revolucionaria que pudiera proteger la ciudad. Los bolcheviques aprovecharon la ocasión y lograron incluso que el Comité ejecutivo del soviet se transformara en un comité militar revolucionario. Por una paradoja de la historia, los mencheviques —que habían sido sus adversarios durante décadas— habían puesto en sus manos a la única fuerza que podía resistirles proporcionándoles además la pantalla que permitiría enmascarar como una acción global de las fuerzas obreras lo que era un golpe de un solo partido.

Por su parte, Kérensky decidió no actuar esperando que los bolcheviques se alzaran para poder suprimirlos con facilidad y de una manera definitiva.¹¹^[11] Empleando el argumento —radicalmente falso como confesaría Trotsky—^[12] de que la guarnición de Petrogrado iba a ser enviada al frente y de que la ciudad tenía que ser protegida de la contrarrevolución, el comité militar revolucionario intentó asegurarse el apoyo de la tropa. Para consolidar esa posición, Lenin incluso cursó órdenes a los marineros bolcheviques del acorazado *Aurora* para que difundieran la noticia, también falsa,

de que la contrarrevolución había desencadenado una ofensiva. En el curso de la noche del 21 al 22 de octubre, el comité militar revolucionario había comenzado a lograr que las tropas quedaran separadas de sus mandos naturales y aceptaran sólo sus órdenes.

El 24 de octubre, Kérensky, de nuevo en claro paralelo con otros procesos revolucionarios, no se atrevió a arrestar al comité por temor a dar pábulo a las calumnias que lo acusaban de desear instaurar una dictadura personal. Durante aquella misma noche, las tropas convencidas de que estaban combatiendo a la reacción y la Guardia Roja formada por obreros industriales entraron en acción. Por la mañana, casi sin derramamiento de sangre tenían bajo su control todos los puntos estratégicos de la ciudad. El único edificio que no pasó de manera inmediata a manos de los golpistas fue el Palacio de Invierno. La película *Oktyabr* de Eisenstein ha contribuido a crear toda una mitología del asalto bolchevique a este símbolo de la autocracia, primero, y de la burguesía, después. La realidad histórica fue totalmente diferente. El palacio, defendido por un batallón de mujeres, un pelotón de inválidos de guerra, algunos ciclistas y unos cuantos cadetes nunca fue tomado al asalto. De hecho, fueron sus defensores los que abandonaron el palacio ya que se corrió la voz de que Kérensky^[13] había huido de la ciudad. Con la entrega pacífica de los ministros, el golpe pudo darse por concluido. Para la mayor parte de la población se había tratado sólo de una crisis gubernamental más.

Mientras los mencheviques, los eseristas moderados, algunas organizaciones campesinas, algunos sindicatos y algunos miembros del Consejo de la República formaban un comité cuya finalidad era salvar al país y a la revolución y oponerse al golpe de los bolcheviques, éstos se disponían a iniciar la articulación de su dictadura. Se creó así un gobierno que recibió el nombre de Consejo de Comisarios del Pueblo. Formado exclusivamente por bolcheviques y presidido por Lenin, promulgó de manera inmediata los decretos sobre la tierra^[14] y la paz^[15]. Su carácter inestable y minoritario iba a quedar bien pronto de manifiesto.^[16] A pesar de imponer la promulgación de los decretos sobre la paz y la tierra, los resultados en las elecciones a la Asamblea Constituyente le resultaron profundamente desalentadores. De un total de 41 686 000 votos emitidos, los bolcheviques sólo consiguieron 9 844 000, es decir, algo menos del 24%; los eseristas, 17 940 000; los socialistas ucranianos, aliados de éstos, 4 957 000; los kadetes, 1 986 000; los mencheviques, 1 248 000; y los musulmanes y otras minorías étnicas, 3 300 000. En términos de diputados, los eseristas obtuvieron 370 de los 707 logrando la mayoría absoluta; los eseristas de izquierda, favorables a un acuerdo con Lenin, 40; los bolcheviques, 175; los kadetes, 17; los mencheviques, 16; y las minorías étnicas, 89. Aquel resultado presentaba una configuración especialmente sombría para los bolcheviques. Por un lado, y dado el carácter socialista de la mayoría de los representantes elegidos, les impedía afirmar que la Asamblea era un fruto de la reacción que era legítimo desarraigarse; por otro, les convertía en una minoría que difícilmente podía seguir aspirando a contar con el monopolio del poder. Pese a que Lenin intentaría presentar aquellas elecciones como un éxito argumentando que el voto importante era el del proletariado de Petrogrado y Moscú,^[17] el resultado era punto menos que desastroso. Hubiera deseado disolver la Asamblea y comenzar a gobernar dictatorialmente, pero el temor a perder el

apoyo de los eseristas de izquierdas se lo impidió. Con todo, Lenin ordenó el traslado a Petrogrado de varias unidades leales de tiradores letones, promulgó un decreto que situó fuera de la ley a los kadetes ordenando su detención y procedió a arrestar a algunos de los diputados eseristas de más peso político.^[18] Cuando, finalmente, se fijó la fecha de apertura de la Asamblea para el 18 de enero de 1918, Lenin ya había adoptado la decisión de que aquel hecho no tuviera lugar.

Tras disolver a tiros una manifestación convocada por los mencheviques y los eseristas, los bolcheviques irrumpieron en la Asamblea por la fuerza leyendo la Declaración de los Derechos del pueblo trabajador y explotado^[19] debida a Lenin, Stalin y Bujarin. El texto no sólo insistía en el traspaso de todo el poder a los soviets —lo que privaba de cualquier contenido a la Asamblea recientemente elegida— sino que además anunciaba que si alguien intentaba asumir las funciones de Gobierno los bolcheviques se enfrentarían con él haciendo uso de la fuerza armada. La Asamblea, en lugar de plegarse a los deseos de los bolcheviques, eligió como presidente a Viktor Chernov, el dirigente eserista por 244 votos contra 151. La respuesta de los bolcheviques^[20] fue levantarse en bloque y abandonar la reunión. Los diputados no lo sabían, pero la Asamblea acababa de morir. El 19 de enero de 1918 el Comité de comisarios del pueblo la declaró disuelta.

Eliminada aquella institución, Lenin necesitaba librarse inmediatamente de la guerra con el imperio alemán que había constituido el talón de Aquiles del Gobierno provisional y que tanto había contribuido a su des prestigio y deterioro.^[21] Tras no pocos forcejeos diplomáticos —y la amenaza de una invasión germana— el 3 de marzo de 1918, los delegados rusos firmaron el tratado de paz de Brest-Litovsk en el que no sólo Alemania salió beneficiada, sino que incluso Turquía obtuvo sustanciales partes de Transcaucasia. Rusia perdió un territorio cercano a los dos millones y medio de kilómetros cuadrados en el que vivían sesenta y dos millones de personas.^[22] En términos económicos, con la pérdida de Ucrania, Rusia quedaba privada de su producción de carbón y acero y de prácticamente toda la de azúcar. Y eso no fue todo. En agosto de 1918, el gobierno bolchevique firmó un tratado adicional en virtud del cual aceptaba pagar a Alemania seis mil millones de marcos como indemnización de guerra. Tal y como quedaba trazado el futuro, poco puede dudarse de que si Gran Bretaña y Francia hubieran perdido la Primera Guerra Mundial aquel mismo año, Alemania hubiera terminado por convertir a Rusia en un satélite. Pero ni Lenin ni los bolcheviques sentían interés alguno por la nación rusa. Su meta prioritaria era mantener la revolución socialista.

Las consecuencias del tratado de Brest-Litovsk fueron de una extraordinaria importancia en otros terrenos siquiera porque había eliminado la principal causa de impopularidad de los anteriores Gobiernos revolucionarios y así ayudó a los bolcheviques a conservar el poder. Plejánov, el fundador del marxismo ruso, afirmaría que con la disolución de la Asamblea Constituyente los bolcheviques acababan de instaurar una dictadura pero que no era «la del pueblo trabajador, sino la de una pandilla». El jefe de la «pandilla», Lenin, era plenamente consciente de que con el apoyo minoritario con que contaba en el país su metodología de gobierno debía incluir de manera esencial el terror. Eliminado el freno de la Asamblea Constituyente y la amenaza de una derrota militar que deteriorara al nuevo poder, pudo entregarse a la cabeza de los

bolcheviques a esa práctica en toda profundidad.^[23]

El 20 de diciembre de 1917, prácticamente un mes antes de que se abriera la Asamblea Constituyente en cuyas elecciones tan mal parados habían quedado los bolcheviques, Lenin ya había ordenado a un bolchevique polaco llamado Felix Dzerzhinsky la organización de una Comisión especial para combatir a los contrarrevolucionarios y especuladores. La citada Comisión, más conocida por las iniciales ChK (abreviatura de la *Vserossiskaya Chrezvytchainaya komissia po bor'bes kontr'-revoliutsii, spekuliatsiei i sabotaguem*— la Comisión pan-rusa extraordinaria de lucha contra la contrarrevolución, la especulación y el sabotaje) iba a dar su nombre a un fenómeno represivo que se extendería menos de dos décadas después a España. En realidad, la Cheká no era ni más ni menos que un servicio secreto cuya finalidad consistía en implantar un régimen de absoluto terror de Estado que permitiera a los bolcheviques mantenerse en el poder y consolidar su dictadura. Con los nombres sucesivos de GPU, OGPU, NKVD, MVD y KGB continuó existiendo hasta la desaparición de la dictadura soviética ya en las postrimerías del siglo xx.

El uso del terror por parte del sistema soviético ni empezó con Stalin ni fue un trágico accidente provocado por la intervención extranjera o por el deseo de defender la revolución. Más bien se trató de un elemento de gobierno concebido por Lenin bastantes años atrás y considerado por él como indispensable para salvar un golpe que liquidaría en el espacio de unas semanas cualquier vestigio de la democracia en Rusia. Sin embargo, tampoco nació del ardor de las circunstancias revolucionarias. De hecho, Lenin ya mencionó la necesidad de utilizar el terror masivo y sistemático al menos desde 1908. En una conversación con su amigo Adoratsky en Ginebra le había indicado que el sistema sería sencillo y que consistiría en fusilar a todos los que se manifestaran contrarios a su revolución.^[24] De ahí que cuando se enteró de que, a sugerencia de Kaméñev, los bolcheviques habían abolido la pena de muerte para la deserción (un castigo reimplantado por Kérensky), Lenin manifestara su irritación y calificara la medida de «debilidad inexcusable». Convencido, no obstante, de lo impopular que podría ser la derogación de la nueva norma, ordenó que se mantuviera formalmente, pero que se siguieran realizando las ejecuciones como antes. Ha sido el propio Trotsky —que tendría un papel bien destacado en el uso del terror y que incluso escribió un libro sobre el tema—^[25] el que nos ha transmitido el testimonio de un enfrentamiento entre los eseristas de izquierda y Lenin con ocasión de un llamamiento bolchevique en el que se advertía que quien ayudase o alentase al enemigo sería fusilado en el acto. Mientras que los eseristas encontraban tal medida intolerable, Lenin les dio una respuesta preñada de un pragmatismo descarnado y que indicaba hasta qué punto era realista en cuanto a su verdadero apoyo popular: «¿Creéis realmente que podemos salir victoriosos sin utilizar el terror más despiadado?». Como el mismo Trotsky señalar, aquella era una época en la que Lenin no perdía ocasión para inculcarles que la utilización del terror era inevitable.^[26]

La elección de Dzerzhinsky como jefe de la Cheká no pudo ser por todo ello más adecuada. Ya en agosto de 1917 había señalado que la correlación de fuerzas políticas, tan desfavorable para los bolcheviques, se podía variar «sometiendo o exterminando a determinadas clases sociales».^[27]

Como señalaría en su primer discurso pronunciado en calidad de jefe de la Cheká, su función no era la de establecer «justicia revolucionaria» sino la de acabar con aquellos a los que se consideraba adversarios.^[28] Con todo, su misión era la de un subordinado —convencido, sumiso y competente, pero subordinado a fin de cuentas— de Lenin.

El 8 de enero de 1918, antes de proceder a disolver la Asamblea Constituyente, pero cuando las elecciones para la misma ya se habían celebrado en todos los distritos electorales, el Consejo de Comisarios del pueblo ordenó la formación de batallones de hombres y mujeres de la burguesía cuya finalidad era la de abrir trincheras. La Guardia Roja tenía orden expresa de disparar inmediatamente sobre todo aquel que se resistiera. Al mes siguiente, la Cheká anunció que todos los que huyeran a la región del Don serían fusilados en el acto por sus escuadras. Lo mismo sucedió con los que difundieran propaganda contra los bolcheviques e incluso con delitos que no eran políticos como violar el toque de queda. Obviamente, apenas a un trimestre de que los bolcheviques tomaran el poder, Rusia había dejado de ser «el país más libre del mundo» para transformarse en una dictadura de la peor especie. En 1918, el gobierno bolchevique decidió trasladarse a Moscú (una medida que en su día Kérensky no se atrevió a llevar a la práctica por el temor a la oposición del Soviet). Allí en el número 22 de la calle Lubianka, en el antiguo edificio de la compañía de seguros Rossiya iba a establecerse la sede central de la Cheká.

A la vez que se apoderaba de todos los medios de comunicación,^[29] el nuevo poder bolchevique no sólo iba a utilizar conceptos como los de «terror de Estado» o «exterminio de clases enteras» sino que además crearía tipos legales que facilitarían esa labor de represión: la de «enemigo del pueblo» y la de «sospechoso». El 28 de noviembre (10 de diciembre) de 1917, el Gobierno institucionalizó la noción de «enemigo del pueblo». Un decreto firmado por Lenin estipulaba que «los miembros de las instancias dirigentes del partido kadete, partido de los enemigos del pueblo, quedan fuera de la ley y son susceptibles de arresto inmediato y de comparecencia ante los tribunales revolucionarios».^[30] Estos tribunales acababan de ser instituidos en virtud del «Decreto número 1 sobre los tribunales». En términos de este texto quedaban abolidas todas las leyes que estaban «en contradicción con los decretos del gobierno obrero y campesino así como de los programas políticos de los partidos kadete y eserista». De esta manera, tanto liberales como socialistas quedaban fuera de la ley y además se abría la posibilidad de reprimir prácticamente a cualquier sector de la población una vez que se le identificara como «enemigo del pueblo».

En paralelo, la Comisión de investigación militar, creada el 10 (23) de noviembre, recibió la misión de proceder al arresto de los oficiales «contrarrevolucionarios» denunciados por regla general por sus soldados, de los miembros de los partidos «burgueses» y de los funcionarios sospechosos de «sabotaje» así como a los que se atribuía «pertenencia a una clase hostil».^[31] Cuando el jefe de la Cheká, en la tarde del 7 (20) de diciembre, presentó su proyecto de acción al Consejo de comisarios del pueblo, afirmó taxativamente:

Debemos enviar a ese frente, el más peligroso y el más cruel de los frentes, a camaradas determinados, duros, sólidos, sin escrúpulos, dispuestos a sacrificarse por la salvación de la revolución. No penséis, camaradas, que busco una forma de

justicia revolucionaria. ¡No tenemos nada que ver con la «justicia»! ¡Estamos en guerra, en el frente más cruel, porque el enemigo avanza enmascarado y se trata de una lucha a muerte! ¡Propongo, exijo la creación de un órgano que ajuste las cuentas a los contrarrevolucionarios de manera revolucionaria, auténticamente bolchevique!

Las palabras, sin duda sobrecogedoras, se pronunciaban precisamente en unos momentos en que los bolcheviques no tenían que enfrentarse con ninguna oposición seria. Sin embargo, la represión bolchevique, vertebrada en torno a la Cheká, resultó pavorosa en lugares como Ucrania, el Kubán, la región del Don y Crimea. Los hombres de Lenin no se moderaron a la hora de practicar detenciones y fusilamientos. Además abundaron en el uso de la tortura y en la comisión de atrocidades que incluyeron desde arrojar a prisioneros a un alto horno a lanzarlos al mar pasando por las castraciones o las decapitaciones.^[32] Se trataba de una conducta tan significativa como el hecho de que la primera acción de la Cheká consistiera en aplastar la huelga de funcionarios de Petrogrado, y que la primera gran redada de la Cheká —que se produjo durante la noche del 11 al 12 de abril de 1918— tuviera como objetivo a un grupo político tan lejano de la reacción como los anarquistas. Los detenidos serían denominados «bandidos», un término que iba a hacer fortuna en el futuro aplicándose lo mismo a los obreros que osaran sumarse a una huelga que a los campesinos reticentes a dejarse despojar de sus cosechas o a los que eludían el reclutamiento en el Ejército Rojo.^[33]

En mayo y junio de 1918, doscientos cinco periódicos de la oposición socialista fueron definitivamente cerrados. Los sóviets, de mayoría menchevique o socialista revolucionaria, de Kaluga, Tver, Yaroslavl, Riazán, Kostroma, Kazán, Saratov, Penza, Tambov, Voronezh, Orel y Vologda fueron disueltos por la fuerza^[34] y, como colofón, el 14 de julio de 1918, se llevó a cabo la expulsión de los mencheviques y de los eseristas del Comité ejecutivo pan-ruso de los sóviets. A decir verdad, el tenor se extendía de una manera que nadie hubiera podido imaginar. Reinstaurada la pena de muerte en junio de 1918,^[35] la Cheká iba a utilizar profusamente esta nueva reforma legal para sofocar las cerca de ciento cuarenta revueltas e insurrecciones que estallaron en el territorio controlado por los bolcheviques. Las acciones llevadas a cabo por las tropas de Lenin —que no podemos tratar aquí de manera exhaustiva— incluyeron la tortura, la detención sin ningún tipo de garantías judiciales y, por supuesto, los fusilamientos en masa. Tan sólo en Yaroslavl del 24 al 28 de julio de 1918, por citar un ejemplo, los chequistas ejecutaron a cuatrocientas veintiocho personas.^[36] Se trataba del terror de masas y así lo expresó Lenin en un telegrama que el 9 de agosto de 1918 envió al presidente del comité ejecutivo del sóviet de Nizhni Novgorod:

Hay que formar inmediatamente una «troika» dictatorial (usted mismo, Markin y otro), implantar el terror de masas, fusilar o deportar a los centenares de prostitutas que hacen beber a los soldados, a todos los antiguos oficiales, etc. No hay un minuto que perder... Se trata de actuar con resolución: requisas masivas. Ejecución por llevar armas. Deportaciones en masa de los mencheviques y de otros elementos sospechosos.^[37]

Entre las nuevas medidas adoptadas por los bolcheviques para llevar a cabo la práctica del terror de masas que tanto preconizaba Lenin se hallaban además las detenciones y la «reclusión de

todos los rehenes y sospechosos en campos de concentración»^[38] así como de sectores enteros de la población por el simple hecho de existir. Éstos eran, en palabras de Lenin, «los kulaks, los sacerdotes, los guardias blancos y otros elementos dudosos». ^[39] La reclusión en los campos de concentración —una figura punitiva desconocida por el zarismo— no estaba precedida por ningún juicio y se realizaba sin la menor garantía legal. Bastaba una orden de arresto como la que el 15 de agosto de 1918 firmaron Lenin y Dzerzhinsky contra los principales dirigentes del partido menchevique —Martov, Dan, Potressov, Goldman— que habían pasado de ser admirados socialistas a enemigos del pueblo.^[40]

Ocasionalmente, se ha intentado explicar la despiadada dureza de la represión llevada a cabo por los bolcheviques apelando a las difíciles condiciones del momento. La verdad es muy otra. Desde antes de llegar al gobierno, los bolcheviques, empezando por Lenin, estaban dispuestos a exterminar a sectores enteros de la sociedad con una frialdad y una metódicidad absolutas conscientes de que no existía otra manera de afianzar su poder. Al respecto resulta especialmente reveladora una conversación que mantuvo el dirigente menchevique Rafael Abramovich con Felix Dzerzhinsky, el futuro jefe de la Cheká, en agosto de 1917, es decir, un trimestre antes de que los bolcheviques dieran el golpe que les llevaría al poder:

«Abramovich ¿te acuerdas del discurso de Lasalle sobre la esencia de una constitución?

—Por supuesto.

—Decía que toda constitución está determinada por la relación de las fuerzas sociales en un país y en un momento dados. Me pregunto cómo podía cambiar esa correlación entre lo político y lo social.

—Pues bien, mediante los diversos procesos de evolución económica y política, mediante la emergencia de nuevas formas económicas, el ascenso de ciertas clases sociales, etc., todas esas cosas que tú conoces perfectamente, Felix.

—Sí, ¿pero no se podría cambiar radicalmente esa correlación?, ¿por ejemplo, mediante la sumisión o el exterminio de algunas clases de la sociedad?»^[41]

No se trataba sólo de palabras. En dos meses del otoño de 1918, la Cheká dio muerte a una cifra de detenidos situada entre las diez y las quince mil personas. Por primera vez en la Historia, junto con los muertos aparecieron enormes fosas colectivas en las que se les arrojaba. El número de los asesinados por los bolcheviques adquiere además una dimensión contrastada si se tiene en cuenta que entre 1825 y 1917 los tribunales zaristas dictaron seis mil trescientas veintiuna sentencias de muerte que, por añadidura, no siempre fueron ejecutadas. En términos de ejecuciones, la Cheká había más que duplicado toda la represión zarista en tan sólo unas semanas. Sin embargo, antes de concluir 1918, Latsis, uno de los principales dirigentes de la Cheká afirmaba:

Si se puede acusar a la Cheká de algo, no es de exceso de celo en las ejecuciones, sino de insuficiencia en la aplicación de las medidas supremas de castigo, es decir, una mano de hierro disminuye siempre la cantidad de víctimas.^[42]

Por lo que se refiere a los campos de concentración —los «oficiales»— tenían ya cerca de ochenta mil reclusos en septiembre de 1921,^[43] pero esa cifra no incluía, por ejemplo, los campos establecidos en regiones sublevadas contra la dictadura bolchevique como era el caso de Tambov

donde en el verano de 1921 los internados ya superaban los cincuenta mil. Por añadidura, la Cheká llegó a establecer un manual de tortura en el que se indicaba incluso el uso de ratas para destrozar el recto y los intestinos del detenido y forzar sus confesiones.^[44]

La guerra civil rusa (III): la reacción^[45]

Como era lógico esperar, el golpe bolchevique provocó una resistencia que acabó derivando en una guerra civil que se extendió desde 1918 a 1920. De hecho, la política llevada a cabo por los bolcheviques resultaba tan obvia para cualquiera que no fuera un ingenuo (como los mencheviques que decidieron no oponerse al poder soviético confiando en que el sentido común del pueblo ruso acabaría prevaleciendo) que, cuando aquéllos disolvieron la Asamblea Constituyente y decidieron ceder millones de kilómetros cuadrados de territorio a Alemania para mantenerse en el poder, las reacciones se multiplicaron. Aunque la propaganda soviética las presentaría como fruto del derechismo más brutal y reaccionario, lo cierto es que estas respuestas fueron no pocas veces capitaneadas por la izquierda —la misma izquierda que había ganado las elecciones a la Asamblea Constituyente— y que incluso los generales blancos más conservadores en ningún momento anunciaron que tuvieran el propósito de restaurar la autocracia zarista sino más bien todo lo contrario. A decir verdad, en términos generales, los blancos eran patriotas y hundían sus raíces ideológicas en las tradiciones históricas de Rusia, pero, a la vez, abogaban por reformas políticas como el reparto de tierras o la libertad de culto.

De manera nada sorprendente, la oposición a los bolcheviques se hizo con el control de algunas zonas de Rusia. Así, por ejemplo, en diciembre de 1917, los eseristas y los kadetes se unieron para constituir en Tomsk una Duma regional siberiana (*Sibirkaya Oblastnaya Duma*). Se trataba de un gobierno autónomo^[46] formado por las dos principales fuerzas políticas del país ya que en las elecciones a la Asamblea Constituyente, los votos sumados de ambos se acercaron a las tres cuartas partes del total.^[47] Cuando los bolcheviques liquidaron la Asamblea Constituyente, la respuesta de la Duma siberiana fue declarar la independencia de la región y formar un gobierno. A inicios de julio, este gobierno emitió una declaración en la que señalaba que su separación de Rusia era sólo temporal y que su relación final con ella sería determinada por una Asamblea Constituyente de toda Rusia.

Mientras el Gobierno de Tomsk se ceñía a Siberia en sus pretensiones, en Samara se constituyó el 8 de junio de 1918 el Comité de Miembros de la Asamblea Constituyente (*Komuch*) que se consideraba el único gobierno legítimo de Rusia, un argumento con una base formal indiscutible si se tiene en cuenta que la Asamblea había sido un órgano elegido democráticamente y disuelto «manu militari» por los bolcheviques. El Komuch se asentaba sobre una plataforma socialista y democrática y el gobierno derivado del mismo (formado por catorce eseristas y un menchevique) no sólo aceptó los repartos de tierras realizados en febrero de 1917 sino también el Decreto de la tierra redactado por los bolcheviques. Lo que le parecía intolerable era que los bolcheviques implantaran una dictadura. En agosto de 1918, el Komuch ejercía su autoridad sobre las provincias de Samara, Simbirsk, Kazán y Ufa, así como algunos distritos de Saratov.

La guerra civil rusa, con diferencia, sería la más terrible y sanguinaria de la primera mitad del siglo xx. Este conflicto extraordinariamente complejo y fragmentado se desarrolló a lo largo de tres fases relativamente bien definidas.

La primera fase se desarrolló desde el golpe bolchevique hasta el final de la Primera Guerra Mundial. A finales de noviembre de 1917, el gobierno bolchevique decidió apoderarse de las tierras de los cosacos y someterlas a un régimen de control estatal. La medida era absurda ya que se trataba de territorios que ni siquiera eran de propiedad privada sino comunales que se cultivaban anualmente después de un sorteo en cada aldea. De manera comprensible, la respuesta de los cosacos fue sublevarse en la región del Don a las órdenes de Kaledin y en Siberia a las de Semionov. A esta revuelta inicial se sumaron otras motivadas directamente por las acciones de los bolcheviques. Los motivos que impulsaron ahora a los rebeldes no fueron en ningún momento la restauración monárquica —como tantas veces se ha dicho— sino la oposición al tratado con Alemania y a la supresión de la Asamblea Constituyente. En noviembre, el general Alekseiev comenzó a organizar el denominado Ejército de voluntarios (*Dobrovokheskaya Armya*) en Novocherkassk. Al mes siguiente, se le sumó Kornílov. En diciembre de 1917, los cosacos se apoderaron de Róstov.

A la rebelión de los cosacos en el sur, se sumó ya a inicios de 1918, la rebelión en el norte. A ella contribuyeron, por un lado, fuerzas extranjeras asentadas en Rusia y la izquierda decidida a oponerse al terror leninista. En el norte de Rusia estaba destacada la denominada Legión checa, unos treinta mil prisioneros de guerra que procedían del Ejército austro-húngaro y que se habían unido al ruso. Su intención era continuar combatiendo contra Alemania. Los bolcheviques habían decidido hacer exactamente lo contrario, pero, obviamente, no deseaban tener una fuerza de esa magnitud en el interior de la Rusia que se esforzaban en controlar. Llegaron, por lo tanto, a un acuerdo con los checos para embarcarlos en Vladivostok de manera que pudieran regresar a su casa. El pacto fracasó precisamente cuando los bolcheviques intentaron desarmar a los checos. Éstos no sólo se resistieron sino que además desarmaron a los bolcheviques y se apoderaron de Cheliabinsk en junio de 1918. Un mes después, la Legión checa controlaba la mayor parte del tren transiberiano desde el lago Baikal hasta los Urales. En julio, habían alcanzado incluso Yekaterinburg, aunque no llegaron a tiempo para salvar a la familia del zar que había sido asesinada en la ciudad siguiendo órdenes directas de Lenin.

El esfuerzo de la Legión checa se había combinado a esas alturas con la ayuda de los mencheviques y eseristas que se resistían a los planes de los bolcheviques. Fue precisamente el respaldo de los checos lo que les permitió tomar Samara y Saratov estableciendo el Komuch al que ya nos hemos referido.

En septiembre de 1918, los distintos gobiernos de carácter anti-bolchevique se reunieron en Ufá. Como resultado de esta reunión, formaron un nuevo gobierno provisional que sustituyera al que había padecido el golpe bolchevique. Su sede iba a residir en Omsk y estaría compuesto por un directorio de cinco miembros de los que tres pertenecían a los eseristas y dos a los kadetes. De esa manera, no sólo apelaban a la legitimidad inicial de la revolución sino que además incluían un espectro político que iba desde el centro-izquierda hasta la izquierda radical con exclusión de los

bolcheviques.

En términos generales, estas primeras operaciones se distinguieron fundamentalmente por rápidos movimientos de tropas que chocaban de manera esporádica. Aunque el papel de fuerzas no-rusas^[48] resultó especialmente importante y a pesar de que los escenarios bélicos se hallaban enclavados en la periferia, Lenin captó perfectamente el peligro que se cernía sobre el régimen que había creado y durante el otoño de 1918 procedió a crear el denominado Ejército Rojo como un intento más articulado —y clásico— de responder al problema militar. A su frente colocaría a Trotsky, uno de sus colaboradores más despiadados.

La segunda fase de la guerra, que duró de marzo a noviembre de 1919, fue absolutamente decisiva. Mientras que los bolcheviques controlaban el centro de Rusia llegando desde Petrogrado en el norte a Volgogrado en el sur, los blancos se hallaban dispersos en cuatro grandes focos de resistencia. En oriente, en noviembre de 1918, el poder había pasado al almirante Kolchák en un intento de proporcionar una dirección militar al esfuerzo de guerra; en el sur, los cosacos controlaban buena parte de la zona del Don y de Ucrania; en el norte, el general Yudenich estaba organizando un ejército con la ayuda de la recientemente independizada Estonia para combatir a los bolcheviques y, finalmente, en el Cáucaso, el general Denikin mandaba otro ejército. La propaganda soviética insistiría en el hecho de que los blancos estaban recibiendo una masiva ayuda extranjera, pero la afirmación no se corresponde con la verdad. Ciertamente, se produjeron desembarcos de fuerzas aliadas —los franceses en Odessa, los británicos en Murmansk, los anglo-norteamericanos en Arjanguelsk y los japoneses en Vladivostok— pero su finalidad era meramente estratégica y ni combatieron contra los bolcheviques ni entregaron suministros significativos a los blancos. A decir verdad, Winston Churchill se percató del peligro que implicaba la victoria de Lenin y deseaba una intervención aliada que abortara la revolución bolchevique. Sin embargo, como sucedería después con sus advertencias sobre el nacionalsocialismo alemán nadie le prestó atención, lo que tendría consecuencias desastrosas para la libertad mundial.

Trotsky demostró una notable combinación de espíritu práctico y carencia de escrúpulos lo que tuvo una extraordinaria repercusión en la marcha del Ejército Rojo. Aunque no descuidó el poder de la propaganda, comprendió la necesidad de utilizar oficiales profesionales e incorporó a más de 75 000 oficiales del antiguo ejército zarista en el Ejército rojo. Para asegurarse de que no desertarían, ordenó que se formaran expedientes de sus familias advirtiéndoles de que la retirada o la deserción significaría el fusilamiento de sus seres queridos. De manera semejante, adoptó medidas disciplinarias severas como la constitución de pelotones de soldados que disparaban directamente sobre sus compañeros para evitar que se batieran en retirada. Aunque esas medidas volvieron a ser utilizadas por Stalin durante la segunda guerra mundial, su creación —y aplicación — se debió a Trotsky.

El primer objetivo militar de Trotsky era Ucrania. Su carácter de granero de Rusia y su situación estratégica determinaban en cierta medida esa decisión. Los cosacos fueron incapaces de contener la ofensiva del Ejército Rojo iniciada en enero de 1919. El 3 de febrero, Kíev caía ante los bolcheviques y diez días más tarde Kaledin se suicidaba. Cuando al mes siguiente, las fuerzas

rojas entraron en Róstov, el Ejército voluntario se retiró hacia el Kubán donde se sumaron a los cosacos de esta región. A la desgracia de la retirada se sumó otra de especial relevancia. El 13 de abril cayó en combate el general Kornílov. Cinco días antes, las fuerzas francesas —que no habían intervenido en el combate— se retiraron de Odessa. A la ciudad habían confluído decenas de miles de refugiados que huían del Ejército Rojo y que tenían la esperanza de ser evacuados por la flota francesa. No fue así y la entrada de los bolcheviques en la ciudad fue seguida por millares de fusilamientos sin siquiera un simulacro de juicio. Se trataba de una clara manifestación la denominada justicia revolucionaria.

En paralelo con la ofensiva sobre Ucrania, Trotsky había lanzado una ofensiva contra Kolchák. A las órdenes de Tujachevsky —uno de los jefes más competentes del Ejército Rojo que años después sería ejecutado por orden de Stalin— el Ejército Rojo recuperó Yekaterinburg el 27 de enero de 1918 y siguió avanzando a lo largo del Transiberiano. Durante meses, las operaciones fueron una sucesión de golpes y contragolpes que ponen de manifiesto hasta qué punto son injustas las acusaciones de incompetencia militar que repetidamente se han lanzado sobre Kolchák. A decir verdad, lo que llama la atención es la manera en que, con enorme inferioridad numérica, pudo hacer frente al Ejército Rojo.

De hecho, esa aplastante superioridad en número de hombres y en material no pudo impedir que las fuerzas de Trotsky se encontraran en una situación crítica durante el verano de 1919. A inicios de la estación, el Ejército del Cáucaso atacó en dirección norte en un intento de aliviar la presión que sufría Kolchák e incluso de enlazar con él. El 17 de junio de 1919, los blancos entraron en Volgogrado. La respuesta de Trotsky fue enviar a Tujachevsky con un nuevo ejército que, muy superior numéricamente, obligó a los blancos a abandonar Volgogrado y a retirarse hacia el sur.

Sin embargo, la hora de la victoria no se dibujaba aún en el horizonte próximo. El 2 de septiembre, el ejército del Don a las órdenes del atamán cosaco Krásnov arrojó a los rojos de Kiev y continuó avanzando hacia Voronézh. Como en el caso de Volgogrado, Trotsky comprendió que Voronézh constituía un punto esencial en la lucha contra los blancos y recurrió una vez a Tujachevsky. Nuevamente, el general rojo demostró estar a la altura de las circunstancias. El 24 de octubre, derrotó a Krásnov y, acto seguido, se dirigió contra los restos del Ejército voluntario. Al mes siguiente, lo derrotaba en Oriol y el 17 de diciembre, volvía a tomar Kíev. Los cosacos emprendieron entonces la retirada hacia el mar Negro.

En paralelo a estas operaciones, la guerra había cambiado radicalmente de signo en Siberia y en el norte de Rusia. Así, el 14 de noviembre de 1919, los bolcheviques habían tomado Omsk concluyendo la guerra en Siberia al mes siguiente. En el norte de Rusia, en octubre, Yudenich había lanzado una ofensiva contra Petrogrado que le llevó hasta los suburbios de la ciudad. La situación llegó a ser tan desesperada que Lenin pensó en abandonarla y continuar la resistencia contra los blancos desde Moscú. Si no sucedió así se debió al empeño personal de Trotsky en defender la antigua capital. Valiéndose de las líneas férreas que controlaba el Ejército Rojo envió tropas hacia Petrogrado de tal manera que, al cabo de una semanas, triplicaban los efectivos de Yudenich. El general blanco no tuvo otra salida que retirarse hacia Estonia donde su ejército fue

desarmado. La sucesión de victorias del Ejército Rojo en apenas el espacio de un mes habían cambiado el curso de la guerra de manera ya decisiva.

Kolchák era un caballero a la antigua usanza y, a pesar de que podría haber escapado de Rusia cuando los británicos y los americanos abandonaron Murmansk y Arjanguelsk, prefirió quedarse con sus hombres. Así selló su destino. Cuando se dirigía hacia Irkutsk fue detenido y entregado en febrero de 1920 al Ejército Rojo en el curso de una maniobra en la que intervino el agregado militar francés. Fue fusilado dos semanas después por orden de Lenin. En un gesto de crueldad innecesaria, el comisario encargado de la tarea se negó a que pudiera ser visitado por la mujer a la que amaba unos horas antes de la ejecución. Sin embargo, el drama personal de Kolchák casi parece insignificante si tenemos en cuenta las decenas de miles de soldados blancos prisioneros que eran fusilados sin formación de causa por el Ejército Rojo.

La derrota de Kolchák, Yudenich y las fuerzas cosacas significó, prácticamente, el final de la guerra. En abril de 1920, los últimos restos de la Legión checa habían salido de Rusia y los escasos componentes del ejército blanco de Siberia pasaban a China. Frente al Ejército Rojo sólo se encontraban las tropas que al mando del general Wrangel se habían retirado a Crimea tras la derrota de Volgogrado. De manera heroica, incluso romántica, Wrangel había decidido resistir. No sólo eso. Wrangel acariciaba la esperanza de crear una nueva Rusia, una Rusia que dejara de manifiesto cómo se podían asumir las reformas de la revolución de 1917 sin caer en el totalitarismo bolchevique. Su ilusión era que, convertida en un ejemplo, pudiera animar a muchos rusos a sumarse a su causa. Aquel trozo de Rusia blanca consiguió algunos logros verdaderamente admirables durante su breve supervivencia. Por ejemplo, sus cosechas de trigo superaron proporcionalmente a la de la Rusia gobernada por los bolcheviques e incluso pudieron ser destinadas a la exportación a un precio cuatro veces más barato que el exigido por Lenin. Ciertamente, era posible otra Rusia —más justa, más nacional, más próspera, más culta— que la que ofrecían los bolcheviques, pero el sueño tuvo una escasa duración.

Aprovechando la derrota de los bolcheviques en Polonia al intentar implantar un gobierno comunista, Wrangel desencadenó una ofensiva en el norte. El Ejército Rojo logró detenerla y no tardó en desencadenar una contraofensiva destinada a acabar con el último reducto blanco. Así a los 37 220 soldados blancos se enfrentaron a 133 600 rojos entre los que se encontraban las unidades del anarquista Nestor Majnó.^[49] Pese a la enorme inferioridad numérica, las tropas de Wrangel se retiraron ordenadamente y sin dejar de combatir. El 14 de noviembre, ochenta y tres mil civiles y militares blancos fueron evacuados hacia Constantinopla por barcos rusos, franceses y británicos. El último en subir a bordo fue Wrangel. En tierra quedaron unos trescientos mil antibolcheviques que prefirieron confiar en el vencedor. Los fusilamientos de prisioneros realizados por el Ejército Rojo en Crimea se convertirían en un ejemplo más del paradigma del uso del terror preconizado por los bolcheviques. Aunque la filmografía soviética presentaría esa retirada como una sucesión de escenas de pánico y violencia, los escasos metros de película que se han conservado del evento nos muestran a unos soldados blancos subiendo a los barcos de manera disciplinada y serena, una actitud tanto más admirable cuanto era sabido que lo peor esperaba a los que no pudieran embarcar. En los años siguientes, aquellos refugiados se dirigieron de manera

preeminente a Yugoslavia donde ejercieron una extraordinaria labor docente, cultural y profesional. Por lo que se refiere a Wrangel sería asesinado en el exilio por agentes bolcheviques.

La derrota de Wrangel es considerada de manera convencional como la conclusión de la guerra civil rusa.^[50] Se trata, sin embargo, de una afirmación que exige importantes matices. Es cierto que ya no quedaron ejércitos más o menos regulares que se enfrentaran con el Ejército Rojo. No lo es menos que durante años los bolcheviques tuvieron que enfrentarse con alzamientos campesinos —lo que algunos han denominado la guerra contra los verdes— que sofocaron con extraordinaria crueldad. Lejos de considerar que el bolchevismo fuera un adelanto social, en su inmensa mayoría, los campesinos opinaban que no era sino una forma de despojo del fruto de su trabajo más despótica que la vivida bajo los zares y llevada a cabo por gente que ignoraba totalmente en qué consistía la vida rural. Los intentos de imponer el bolchevismo en el agro tuvieron, pues, como consecuencia directa el desencadenamiento de revueltas no pocas veces desesperadas. Lenin intentó quebrantar en primer lugar la resistencia campesina recurriendo a medidas represivas de carácter policial, pero no tardó en comprobar que sería precisa la intervención del Ejército Rojo para liquidar los focos rebeldes. Sin embargo, para sorpresa suya, ni siquiera unas tropas dotadas de armamento moderno lograron imponerse, en parte, por el apoyo que la población prestaba a los sublevados y, en parte, por la propia geografía rusa que propiciaba la huida y guarecimiento de los mismos en zonas boscosas. Al cabo de unos meses, no eran sólo combatientes aislados sino poblaciones enteras las que buscaban abrigo en los bosques. ¿Cómo se podía hacer frente a esa resistencia? Lenin llegó a la conclusión de que exterminándola en el sentido más literal y que para ello la utilización del gas podía constituir un instrumento privilegiado.^[51]

El 27 de abril de 1921, el Politburó presidido por Lenin nombró a Tujachevsky —que tanto éxito había tenido en la lucha contra los Ejércitos blancos— comandante en jefe de la región de Tambov con órdenes de acabar con la revuelta campesina en un mes y de informar semanalmente de los progresos conseguidos. Sin embargo, Tujachevsky no logró el éxito rápido que ansiaba Lenin a pesar de contar con más de cincuenta mil soldados a sus órdenes. Entonces, el 12 de junio de 1921 dictó órdenes en las que establecía el uso de gas para acabar con las poblaciones escondidas en el bosque. En la orden en cuestión se indicaba que «debe hacerse un cálculo cuidadoso para asegurar que la nube de gas asfixiante se extienda a través del bosque y extermine todo lo que se oculte allí». A continuación se estipulaba que debía entregarse «el número necesario de bombas de gas y los especialistas necesarios en las localidades». Finalmente, los fusilamientos en masa, las deportaciones indiscriminadas y el uso del gas contra poblaciones civiles acabaron con la rebelión de Tambov en mayo de 1922, es decir, más de un año después de la designación de Tujachevsky. Aún faltaba un lustro para que Hitler mencionara en *Mein Kampf* la posibilidad de utilizar el gas venenoso para matar a «unos millares de judíos» y casi dos décadas para Auschwitz. El paso para incluir tal recurso en la metodología del genocidio se había debido a Lenin y los bolcheviques.

Al referirse a los blancos —sobre los verdes procuró correr un tupido velo— la propaganda bolchevique insistiría en que se trataba de fuerzas reaccionarias. La realidad no podía ser más

diferente. De hecho, la aceptación por parte de Kolchák de un programa democrático^[52] y la declaración de Denikin en el sentido de que todas las leyes promulgadas por el Gobierno Provisional seguían en vigor^[53] fueron al respecto bien elocuentes. Tanto Kolchák como Denikin implicaban una combinación de las mejores tradiciones nacionales de Rusia —el amor a la patria, la fidelidad a la Historia, la lealtad, la nobleza de espíritu...— con un espíritu reformador que deseaba preservar la libertad frente al embate totalitario de los bolcheviques. Ignoramos si su victoria habría significado el triunfo de su programa reformador. Sí sabemos que su derrota implicó el establecimiento del primer estado totalitario de la Historia.

La guerra civil rusa (IV): Razones de una victoria, razones de una derrota

Como sucedería con otros aspectos de este período histórico, la historiografía comunista deformaría considerablemente las razones de la victoria bolchevique e insistiría en presentarla como el triunfo del pueblo frente a la reacción. Las razones de la victoria fueron muy distintas. En primer lugar, hay que señalar que, en términos militares, la ventaja inicial de los bolcheviques era extraordinaria. Demográficamente, mientras que éstos controlaban un territorio poblado por más de setenta millones de personas; los blancos Kolchák y Denikin controlaron respectivamente territorios con ocho y nueve millones de habitantes como media.^[54] Sólo durante el verano de 1919 su control se extendió a un territorio mayor, pero fue tan breve en términos cronológicos que no tuvo impacto significativo en el número de alistamientos. A finales de 1919, Trotsky tenía a sus órdenes más de tres millones de soldados. Cuando acabó la guerra civil la cifra llegaba a los cinco millones. Por su parte, los blancos nunca tuvieron en conjunto más de un cuarto de millón de soldados.

Geográficamente, la situación también era muy favorable a los bolcheviques ya que al controlar la Rusia central podían coordinar las acciones de sus fuerzas y mantenerlas unidas. Por el contrario, los blancos estaban separados por largas distancias que les impedían establecer una estrategia común e incluso en buen número de ocasiones mantener la más mínima comunicación. Logística y armamentísticamente, los bolcheviques contaron desde el principio con los depósitos de material de guerra existentes, con las fábricas e incluso con una red férrea muy superior. Los suministros de los blancos resultaron, sin embargo, muy deficientes desde los inicios. Mientras que Trotsky pudo coordinar en todo momento a sus ejércitos e incluso desplazarlos con rapidez de un frente a otro, los blancos nunca coordinaron sus movimientos de tropas ni dispusieron de un mando único.

Por otro lado, aunque la propaganda bolchevique insistió en que la reacción internacional movilizó desde el principio una legión de ejércitos extranjeros para combatir la revolución tal afirmación resulta históricamente insostenible. La única intervención que mereció el nombre de tal fue la de Japón que, en abril de 1918, desembarcó en Vladivostok, pero no con la finalidad de acabar con la revolución bolchevique sino con la de asegurarse alguna anexión territorial en Rusia. La actitud japonesa provocó una inmediata reacción norteamericana que temía un fortalecimiento nipón en el Pacífico. La misma se concretó en un desembarco temporal con la finalidad de

prevenir el avance japonés, pero las unidades norteamericanas en ningún momento entraron en combate contra los bolcheviques.^[55]

La realidad es que cuando en noviembre de 1918 concluyó la Primera Guerra Mundial, las potencias vencedoras deseaban estabilizar la situación política rusa con la finalidad de poder llegar a un acuerdo sobre las fronteras de Finlandia, los estados del Báltico, Polonia, el Cáucaso y la región situada al otro lado del mar Caspio. Incluso Gran Bretaña y Estados Unidos barajaron la posibilidad de concluir la guerra civil mediante un acuerdo de los dos bandos,^[56] pero no fueron más allá. De hecho, como ya indicamos, la única figura política de talla que se manifestó favorable a la intervención en contra de los bolcheviques fue Winston Churchill precisamente porque preveía lo que el comunismo podía significar en la posguerra. Sin embargo, sus logros fueron muy magros y no se concretaron en más de unas entregas de material de guerra muy reducidas, el entrenamiento de algunos oficiales blancos y la colaboración en la evacuación de las tropas blancas tras de su derrota.

A la superioridad inicial de los bolcheviques —ciertamente muy importante— se unieron otros factores de enorme trascendencia. El primero fue el pragmatismo despiadado de Lenin y Trotsky. Éste se manifestó, en primer lugar, por la insistencia en incorporar al Ejército Rojo a todos los antiguos oficiales zaristas.^[57] Lenin pudo ser un maestro de la demagogia, pero no tanto como para dejarse cegar por ella. Igual que era consciente de que sin el uso del terror no podría controlar a la población civil, sabía que sin la colaboración de técnicos la victoria militar resultaría imposible. Su opinión, secundada por Trotsky, chocó con alguna oposición, pero acabó imponiéndose.^[58] Durante la guerra unos setenta y cinco mil oficiales zaristas combatirían en el Ejército Rojo incluyendo setecientos setenta y cinco generales y mil setecientos veintiséis oficiales del Alto Estado Mayor imperial.^[59] En otras palabras, y pese a lo que pudiera decir la propaganda comunista posterior, lo cierto es que el 85 por ciento de los mandos de frentes, el 82 por ciento de los mandos de ejércitos y el 70 por ciento de los mandos de divisiones fueron antiguos oficiales zaristas,^[60] en cuya labor no interfirieron, por órdenes expresas de Trotsky, los políticos.

Fruto también de este pragmatismo fue la centralización del mando militar y la supresión de los comités democráticos en el Ejército. A diferencia de lo sucedido durante la guerra mundial y los primeros meses de la revolución, los bolcheviques tenían ahora interés en ganar la guerra y no en desmoronar divisiones. En septiembre de 1918 se creó el Soviet militar revolucionario de la República (*Revolutsionny Voennyi Soviet Respubliky o Revvoensovet*) que asumió el mando supremo de la guerra, que dependía directamente del Comité central del partido bolchevique y que tenía como presidente a Trotsky. Las enormes limitaciones de Trotsky como militar —de nuevo a pesar de la leyenda— han sido puestas de manifiesto precisamente por un historiador militar que ha tenido acceso a documentación clasificada hasta hace poco.^[61] Pero esas deficiencias quedaron suplidas no sólo por las decisiones de centralizar el mando del ejército y confiarlo a oficiales profesionales por encima de criterios políticos, sino también por un segundo factor en el que Trotsky coincidía plenamente con Lenin. Nos referimos a la utilización masiva del terror. Que

como en el caso de la población civil el terror resultaba indispensable a los bolcheviques es un asunto que, en términos documentales, no admite discusión posible. Se trataba no sólo de compensar con él su apoyo minoritario, sino también de evitar la enorme propensión a desertar que presentaban sus soldados. Sólo durante el año 1919 tuvieron 1 761 105 desertores en sus filas.^[62]

Resulta bien significativo que fueran Lenin y Trotsky los primeros en articular medidas de represión terrorista cuya invención luego se atribuiría inexacta e injustamente a Stalin. La pena de muerte pasó así a castigar no sólo la traición sino también la derrota o la retirada «injustificada».^[63] De igual manera Trotsky dio la orden de 28 de diciembre de 1918 en virtud de la cual debían formarse archivos con datos sobre las familias de los oficiales haciéndoles saber a éstos^[64] que cualquier paso sospechoso sería castigado con represalias contra sus parientes.^[65]

El terror no se limitó a ser individual sino que pronto adquirió características masivas. A finales de agosto de 1918 se cursaron órdenes de Trotsky con la aprobación expresa de Lenin para que se procediera a diezmar a determinadas unidades.^[66] Un año más tarde, Trotsky creó en el frente sur los *zagradietelnye otriady*, unas unidades cuya finalidad consistía en vigilar los caminos cercanos a la zona de combate para evitar las retiradas haciendo uso, por ejemplo, de ametralladoras que se dispararían sobre las tropas rojas que retrocedieran.^[67] Era una traducción a las fuerzas armadas de un principio que, por ejemplo, se aplicaba también a los civiles como cuando Lenin amenazó con «hacer una matanza» con toda la población de Maikop y Groznyi si se producían sabotajes en los campos de petróleo.^[68] Eran medidas terribles, sin paralelo en los ejércitos blancos^[69] y que, sin duda, dieron su resultado.

El costo de la victoria bolchevique en la guerra civil fue, pese a todo, inmenso. Entre 1918 y 1920 perecieron en combate 701 847 soldados del Ejército Rojo^[70] según los datos de sus propios archivos. Las pérdidas del Ejército blanco resultan más difíciles de calcular pero debieron de superar en no mucho los cien mil muertos en combate^[71] y, por supuesto, no incluyen las decenas de miles de soldados que en la posguerra fueron fusilados o murieron en los campos de concentración. Además cerca de un cuarto de millón de campesinos perdió la vida en los distintos alzamientos y más de dos millones de personas perecieron como consecuencia del hambre, el frío, la enfermedad o el suicidio.^[72] Posiblemente la cifra de un 91 por ciento de fallecidos civiles^[73] resulte excesiva pero es muy probable que la mayoría de los muertos en la guerra no fueran soldados. A esta sangría demográfica —que afectó especialmente a Rusia, ya que los territorios bajo control blanco experimentaron un aumento demográfico—^[74] se sumó la del exilio que afectó a cerca de otros dos millones de personas en buena medida pertenecientes a los estratos más educados de la población. Nunca antes ni nunca después tendría lugar un exilio cultural, artístico y profesional de esas dimensiones.

Sin embargo, el coste de la victoria bolchevique no puede medirse sólo en términos de la guerra civil. En paralelo, se había terminado de producir un proceso interior de consolidación de la dictadura bolchevique cuyos primeros pasos se habían dado en octubre de 1917 y cuya conclusión se produjo antes del término de la guerra civil. En su famosa orden de 8 de agosto de

1918, Lenin conectó el denominado terror de masas con el internamiento de los sospechosos en campos de concentración.^[75] En un telegrama dirigido al Soviet de Nizhni-Novgorod aquel mismo día, insistía en que incluso las prostitutas debían ser sometidas a ese «terror de masas».^[76] El 17 de marzo de 1921, el aplastamiento de los marinos de Kronstadt^[77] —que se habían opuesto a Kérensky en el verano de 1917, habían ayudado a Lenin a tomar el poder en octubre del mismo año y habían defendido Petrogrado del avance de Yudenich— dejó de manifiesto que, tras la eliminación del centro, de la derecha y de los estratos a los que consideraba dignos de exterminio, los bolcheviques acabarían con cualquier disidencia en el seno de la izquierda.

Lenin, de esa manera, había dejado señalado el patrón del resto de revoluciones de izquierdas que serían vividas en el curso del siglo. Se trataría de revoluciones que seguirían un patrón cuádruple:

I. La subversión del orden democrático por una minoría autolegitimada

La visión bolchevique consideraba —considera— que la democracia occidental carece de sentido y que, como mucho, tiene un valor instrumental en la medida en que permite un margen de libertad propicio a la propagación de las ideas bolcheviques y una notable tolerancia a la hora de consentir los atentados dirigidos contra ella. En ese sentido, para Lenin el objetivo no era consolidar la democracia establecida a partir de la revolución de febrero de 1917 sino aniquilarla dando paso a una dictadura controlada por el partido comunista. Para legitimar ese paso, se apoyaba en organizaciones que podían ser manipuladas con relativa facilidad y que dejaban notar su presencia en la calle aunque su representatividad fuera más que problemática. Como es fácil comprender, para lograr mantener un impulso que era contrario a la mayoría del pueblo al que decía representar, Lenin tenía que recurrir a un método concreto cuya necesidad indispensable no se escapó ni a él ni a sus seguidores: el terror.

II. La utilización del terror de masas en etapas

El propósito de implantar la dictadura del proletariado —con la aniquilación lógica de cualquier estructura política previa incluso democrática— sólo podía provocar una reacción que lo mismo vendría desde la derecha que desde la izquierda. Frente a esa reacción —considerada siempre en términos negativos— Lenin (y con él Trotsky, Zinóviev, Stalin, Dzerzhinsky, Latsis...) abogó por la práctica del terror de masas. Éste, sin embargo, se realizaría en etapas concretas. Inicialmente, se dirigiría contra aquellos segmentos sociales a los que pudiera asociarse propagandísticamente con la reacción. Así, en una primera fase, los bolcheviques descargaron sus golpes sobre la aristocracia, la oficialidad zarista, el clero, los terratenientes, los partidos conservadores y los liberales. En todos y cada uno de los casos, podía alegarse —y obtener con ello el apoyo de las izquierdas— que sólo se estaba eliminando a los sectores reaccionarios que se oponían al progreso del pueblo. Sin embargo, en una segunda fase, el foco de atención de la represión se desplazaría hacia la izquierda aniquilando de manera similar a los que no se plegaran a los dictados

comunistas. Anarquistas y socialistas pasarían así a convertirse en objetivos del terror, un terror que exigiría la aniquilación de segmentos sociales enteros.

III. La aniquilación de clases enteras

El comunismo iba a instaurar un principio hasta entonces desconocido consistente en propugnar la desaparición de clases íntegras en su proceso de conquista y consolidación del poder. Lejos de considerar a sus enemigos de manera aislada e individual, el bolchevismo partaría de la base de que segmentos sociales completos debían desaparecer aunque esto implicara el asesinato de millones de seres humanos. El resultado final tenía que ser la dictadura del proletariado ejercida sobre una sociedad sin fisuras de la que previamente habría que exterminar no sólo al disidente sino al que pertenecía a una clase o a una familia o, meramente, era sospechoso. Hasta que Hitler señaló a los judíos en bloque para el exterminio, la acción de los comunistas careció de paralelo histórico.

IV. La creación de aparatos represivos

El propósito de llevar a cabo un amplio programa de terror de masas y exterminio implicaría en el caso de los bolcheviques la inmediata creación de una batería de medidas represivas sin paralelo en la Historia. Junto con la creación de difusas categorías penales (enemigo del pueblo, etc.) —que permitían el ejercicio más arbitrario y cruento del poder— y la supresión de las garantías jurídicas ya que la denominada justicia revolucionaria se legitimaba a sí misma, Lenin dio inicio a una metodología del terror que carecía de precedentes y que causaría en tan sólo unas semanas muchas más víctimas que la represión zarista del siglo anterior. Así, estableció una policía secreta que detenía, torturaba y ejecutaba sin trabas; ordenó el confinamiento de rehenes y sospechosos sin base fáctica alguna; creó una red de campos de concentración donde internarlos; dispuso ejecuciones masivas con carácter ejemplarizante que dieron lugar a los primeros fusilamientos colectivos seguidos de enterramientos en fosas comunes e incluso, ocasionalmente y adelantándose a Hitler en casi dos décadas, utilizó el gas para exterminar a poblaciones civiles.

Las víctimas de este gigantesco edificio destinado a la planificación y a la práctica del terror de masas no fueron sólo los sectores sociales considerados reaccionarios. También incluyeron a la izquierda no-bolchevique; a los sectores sociales (campesinos y obreros) a los que el comunismo decía defender y a los que reprimió con una dureza sin precedentes; y, eventualmente, a algunos comunistas. De la existencia de esas atrocidades nunca faltaron pruebas. Sin embargo, la labor propagandística —ejercida fundamentalmente a través de intelectuales identificados con el socialismo o de los simpatizantes a los que se denominó compañeros de viajes— logró en buena medida no sólo ocultar las atrocidades del comunismo sino además vilipendiar a los que tenían el valor y la osadía de señalarlas. De esa manera, casi década y media antes de que el partido nazi llegara al poder en Alemania, los comunistas habían creado el primer estado totalitario de la Historia, un estado que ya había causado millones de víctimas y que tenía la pretensión de

extender la dictadura del proletariado al resto del orbe.

Sin embargo, si Lenin había marcado el patrón para el asalto al poder por parte del socialismo revolucionario, los ejércitos blancos mostrarían en sus acciones no pocos de los rasgos que caracterizaron a las reacciones antirrevolucionarias de los años siguientes. Frente al totalitarismo de izquierdas, se apelaría a la Historia nacional despreciada por los comunistas, a la defensa del cristianismo perseguido, al respeto a la propiedad privada y, de manera bien significativa, a la necesidad de librarse de un exterminio iniciado y encaminado a su consumación. El primer ejemplo de esa dinámica terrible y cruenta de revolución y contrarrevolución que desembocaba en guerra civil tendría lugar en Finlandia.

El avance de la revolución (II): las guerras civiles en el primer tercio del siglo xx: Finlandia y México

La guerra civil finlandesa

A pesar del tiempo pasado —casi un siglo— desde el estallido de la guerra civil en Finlandia, no existe acuerdo sobre la manera de denominarla.

Para los vencedores, se trató de una *vapaussota* (guerra de liberación) —ya que en el curso de la misma se vieron libres del sometimiento a una dictadura comunista— o *punakapina* (rebelión roja). Para los derrotados se habría tratado de una *luokkasota* (guerra de clases). No han faltado tampoco definiciones como la más emotiva de *veljessota* (guerra fraticida) o la más neutra de *kansalaissota* o *sisällissota* (guerra civil). En términos generales, todos los calificativos encierran una parte de verdad. Ciertamente se trató de una guerra civil —la primera que estallaba en Europa tras la rusa en un intento de implantar una dictadura socialista— de una guerra fraticida y de una guerra de liberación en la medida en que un bando la vivió como un intento de resistencia frente a la creación de un régimen como el bolchevique en suelo finlandés.

Finlandia formaba parte del imperio ruso en calidad de Gran ducado desde 1889. Diez años después se emprendió una intensa campaña de rusificación que incluyó, entre otras medidas, la supresión del ejército finlandés. Los nacionalistas finlandeses procuraron seguir conservando una cierta autonomía política e incluso en los últimos años del s. XIX realizaron importantes acercamientos con Alemania en la medida que ésta se había convertido en una potencia báltica tras su reunificación en 1871.

La revolución de 1905 fue el escenario de la formación de milicias finlandesas rojas y blancas. Mientras que las primeras eran denominadas guardias para la protección de los trabajadores (*Punakarti*) las segundas recibieron el nombre de Guardias de protección (*Suojeluskunnat*). Ocultas ambas como unidades de bomberos, a pocos se les ocultaba que eran formaciones encaminadas a implantar el socialismo y a impedirlo respectivamente. En julio de 1906 tuvo lugar el primer choque armado entre guardias rojos y blancos. El escenario de la confrontación fue Helsinki, pero su trascendencia fue mínima en la medida en que se seguía considerando a Rusia como el enemigo común.

Al producirse el estallido de la revolución rusa en febrero de 1917, la izquierda socialista era partidaria de una ruptura con Rusia, mientras que las fuerzas de centro y derecha se inclinaban a apoyar al gobierno provisional presidido por Alieksandr Kérensky y mantener la unión con Rusia

junto con una notable autonomía política. La radicalización revolucionaria en Rusia se tradujo en Finlandia en la reaparición de los guardias rojos y blancos, pero la situación no alcanzó características preocupantes hasta el golpe bolchevique de octubre de 1917.

Las elecciones generales en Finlandia llevaron al poder a un gobierno no-socialista que no podía dejar de ver con preocupación la agitación de los socialistas finlandeses y la agresividad bolchevique en la cercana Petrogrado. De manera comprensible, y atemorizados ante la posibilidad de verse sometidos a la dictadura de Lenin, las fuerzas no-socialistas abogaron por la independencia, mientras que los socialistas, también con bastante lógica, buscaron la ayuda de los bolcheviques. En medio de ese clima, el senado impulsado por Pehr Evind Svinhufvud, un héroe nacional, propuso una Declaración de independencia que el parlamento aprobó el 6 de diciembre de 1917.

La independencia no se tradujo en la paz y la prosperidad sino, por el contrario, en una creciente tensión social entre los socialistas partidarios de tomar el poder como había hecho Lenin en Rusia y los blancos determinados a impedirlo. Con un trasfondo en el que se multiplicaban los asesinatos políticos, se sumaban los enfrentamientos callejeros y se declaraba la huelga general, el Comité Central Revolucionario de los Trabajadores decidió por votación conquistar el poder de manera violenta, tal y como lo habían hecho los bolcheviques en la cercana Rusia. Sólo la carencia de mandos profesionales evitó que el golpe se produjera.

Sin embargo, a esas alturas era obvio que los socialistas asaltarían el poder en cualquier momento y más teniendo en cuenta que los guardias rojos ya superaban los treinta mil efectivos. El 12 de enero, el parlamento otorgó poderes al senado para crear una «fuerte autoridad de policía» que impusiera el orden, evitara un trastorno civil y desarmara a los cuarenta mil soldados rusos que estaban acantonados en territorio finlandés. La noche del 19 de enero se produjeron los primeros choques armados iniciados por los socialistas finlandeses que contaban con la promesa de respaldo de los bolcheviques. Para ellos resultaba obvio que se podía conquistar el poder y su actitud acabó provocando una decisión crucial. El 25 de ese mismo mes, el senado decidió convertir a los guardias blancos en tropas del gobierno de Finlandia. La decisión provocó las reacciones más airadas en las izquierdas, pero tenía una enorme lógica. Sólo una fuerza que no dependiera de los socialistas podía evitar que éstos tomaran el poder o estaría dispuesta a enfrentarse con unas tropas rusas que, en cualquier momento, podían ser utilizadas por Lenin para acabar con la independencia finlandesa.

Durante las primeras horas del 28 de enero, los rojos se apoderaron de Helsinki, mientras que los senadores finlandeses se veían obligados a huir y buscar refugio en la ciudad de Vaasa, en la costa occidental de Finlandia, donde los blancos mantenían el control. De hecho, Vaasa iba a ser la capital de los blancos durante los meses siguientes.

Como se sospechaba, los bolcheviques rusos respaldaron inmediatamente a los socialistas finlandeses a pesar de que tan sólo tres semanas antes habían reconocido la independencia de Finlandia. Esta circunstancia iba a tener una enorme relevancia porque no sólo ponía de manifiesto que los temores de los blancos se correspondían con la realidad, sino que al elemento de lucha de clases se sumó el de combate por la independencia nacional. Si los socialistas

aspiraban a implantar un régimen como el bolchevique en Finlandia, los blancos deseaban preservar la independencia y la libertad nacionales. Esta circunstancia explica que la dirección política de su movimiento recayera en el presidente del senado, Pehr Evind Svinhufvud, y la militar en Mannerheim. No menos obvia fue la separación en clases y zonas geográficas. Mientras que los socialistas recibían su apoyo del proletariado urbano y de las zonas industriales, los blancos contaban con el respaldo de las clases medias e ilustradas y estaban especialmente arraigados en zonas agrarias. Así, los rojos no tuvieron dificultad en hacerse con el poder en el sur de la nación, mientras que los blancos dominaban las zonas centrales y norteñas. Como en el caso de la guerra civil rusa, ambos bandos contaban con medios desproporcionados y la superioridad recayó en los rojos. Si éstos llegaron a contar con una fuerza de entre cien y ciento cuarenta mil soldados durante la guerra, los blancos nunca superaron los setenta mil.

La guerra civil no tardó en degenerar en fusilamientos y en el uso del terror. Hoy en día, existe una práctica unanimidad en señalar que la razón para ese comportamiento arrancó de la matanza de Suinula al inicio de la guerra. En esta localidad, el socialista Hyrskymurto ordenó el fusilamiento en masa de los prisioneros de guerra blancos —sólo conseguirían escapar quince y de ellos únicamente cinco llegarían a territorio blanco— y la reacción de los blancos fue responder con represalias. Desde ese episodio, los fusilamientos serían comunes en ambos bandos, en parte de manera incontrolada, y, en parte, aplicando principios como el del terror bolchevique y el de las represalias.

En un intento de equilibrar la ayuda que los rojos recibían de los bolcheviques, los blancos buscaron el apoyo de una Alemania todavía implicada en la primera guerra mundial. La respuesta alemana fue positiva en la medida en que pensaron que una intervención en Finlandia podría obligar a los bolcheviques a concluir una paz por separado. Así, el 25 de febrero, llegaron a Finlandia los Jager alemanes. La noticia —mala para los rojos— se convirtió en alarmante cuando los bolcheviques, siguiendo los términos del tratado de Brest-Litovsk suscrito con Alemania, comenzaron a retirar sus tropas en marzo de 1918. El 15 de ese mismo mes, los blancos lanzaron un contraataque en la denominada Operación Tampere. Los combates resultaron encarnizados, pero, al final, el 6 de abril, los blancos entraron en Tampere capturando a diez mil soldados rojos. La victoria marcó un verdadero punto de inflexión en el conflicto ya que dejaba de manifiesto que los blancos podían ganar la guerra.

El 7 de abril, tropas alemanas desembarcaron en Hanko, lo que ayudó a los blancos a avanzar con rapidez hacia el este y entrar en Helsinki el día 13 del mismo mes. El 28 y el 29 de abril, rojos y blancos se enfrentaron en Vipuri. Se trató de la última gran batalla de la guerra en la que los blancos volvieron a imponerse. El 7 de mayo capitularon los últimos reductos rojos.

La guerra había durado apenas unos meses, pero las pérdidas fueron verdaderamente extraordinarias. En lo que a muertes se refiere, más del uno por ciento de la población finlandesa pereció en la guerra, una proporción superior, por ejemplo, a la de la guerra civil española, aunque no a la de la guerra civil rusa. De los muertos, tan sólo una cuarta parte perdió la vida en el campo de batalla. Por añadidura, el temor a una revolución socialista apoyada por Moscú desencadenó una represión dirigida contra las izquierdas. Al concluir la guerra, no menos de setenta y cinco mil

rojos fueron encarcelados —unos 265 serían fusilados— y sus hijos entregados a orfanatos o familias adoptivas. El número de los muertos en reclusión debió rondar las trece mil personas. Por añadidura, se privó durante años a las izquierdas de la posibilidad de participar en las conmemoraciones de la independencia e incluso de presencia en la política. El Partido comunista fue declarado fuera de la ley en 1923 y 1930, y desde 1931 a 1937, Svinhufvud fue elegido presidente sobre la base de una plataforma que pretendía mantener a las izquierdas fuera del gobierno. Tampoco fue mejor la situación de los exiliados. Un número considerable de rojos finlandeses se dirigió a la Rusia bolchevique, pero en un porcentaje muy elevado desapareció durante las purgas de Stalin en los años treinta.

Las razones de la victoria blanca resultan fáciles de determinar. Ciertamente, los blancos eran inferiores numéricamente, pero afrontaron las operaciones desde una perspectiva militar —Mannerheim demostró ser muy competente en sus acciones— y no se dejaron distraer con veleidades revolucionarias. Deseaban, ante todo, ganar una guerra en la que se jugaban la libertad, su supervivencia como clase y la independencia de su nación frente al empuje comunista. Los rojos contaban con medios superiores, pero desearon sumar la revolución —con la ola de violencia que siempre va unida a esos fenómenos— al esfuerzo bélico. El resultado fue la derrota.

México: la guerra de los cristeros^[78]

La tercera gran guerra civil previa a la guerra civil española fue la denominada revolución de los cristeros en México. A pesar de su distancia geográfica, la guerra de los cristeros muestra considerables paralelos con la librada en España pocos años después y como tal fue vista por numerosos españoles.

El enfrentamiento entre el Estado mexicano y la Iglesia católica derivó en buena medida de una Constitución —la de 1917— marcada por un acento notablemente anticlerical. El peso de la masonería en la revolución mexicana fue extraordinario^[79] y, como en tantos casos antes y después, tuvo, entre otras consecuencias, una impronta anticristiana y abiertamente intervencionista en áreas como la educación. Esa visión —de auténtica ingeniería social— quedaba recogida de manera especialmente clara en cinco artículos de la Constitución mexicana de 1917. El artículo 3 que imponía un modelo de educación laicista; el artículo 5 que declaraba fuera de la ley a las órdenes religiosas; el artículo 24 que prohibía cualquier acto religioso fuera de los templos; el artículo 27 que restringía el derecho de propiedad de las organizaciones religiosas hasta el punto de eliminarlo prácticamente y el artículo 130 que privaba al clero de derechos básicos convirtiéndolo en ciudadano de segunda clase.

A todo lo anterior se unía un espíritu agresivamente laicista que intentó borrar cualquier vestigio de cristianismo en la sociedad. En algunos casos, se bordeó el ridículo. Por ejemplo, al cambiar los nombres de ciudades y transformar Vera Cruz en Veracruz.

Las restricciones legales no se aplicaban sólo sobre la Iglesia católica, sino que recaían también en otras confesiones. Sin embargo, dado el peso histórico del catolicismo en México y su especial configuración —otras confesiones no contaban, por ejemplo, con órdenes religiosas— fue

la Iglesia católica la más perjudicada.

Por si fuera poco, la Constitución de 1917 sólo era democrática en términos formales. En la práctica, implicaba la consagración de un sistema en el que sólo la izquierda revolucionaria —cada vez más institucionalizada— podría gobernar. La oposición, semitolera y con alguna libertad de expresión, no podía aspirar a gobernar nunca. Se establecían así las bases para lo que sería durante décadas el gobierno del PRI, una oligarquía de izquierdas con un control casi absoluto de los medios de comunicación y unos resultados electorales absolutamente previsibles.

Las medidas no provocaron reacciones en los primeros años fundamentalmente por la laxitud con que se aplicaron. En 1917, cuando entró en vigor la Constitución, era presidente Venustiano Carranza, pero dos años después fue derrocado por Álvaro Obregón. Veterano de la revolución, Obregón era un pragmático que no deseaba conflictos innecesarios con la Iglesia católica, aunque, al fin y a la postre, pensara en una erradicación total de su influencia. Las normas antirreligiosas se aplicaron, pero de manera selectiva, circunscribiéndose prácticamente a las zonas en que no eran susceptibles de provocar una reacción. De esa manera, el proyecto laicista del Estado mexicano no se detuvo ni cambió, pero también logró sortear una oposición articulada.

La situación experimentó un cambio radical al acceder a la presidencia Plutarco Elías Calles. Vinculado a la masonería y fanático anticlerical, en junio de 1926, Calles firmó un decreto de reforma del código penal conocido como la ley Calles. En virtud del mismo, se desarrollaban las prohibiciones del texto constitucional y, por ejemplo, se penaba a los sacerdotes con 500 pesos tan sólo por llevar sotana. De la misma manera, se establecía una pena de cinco años de prisión si criticaban al gobierno.

La ley Calles provocó una reacción del episcopado mexicano que el 11 de julio de 1926 decidió suspender los cultos públicos en México a partir del 11 de agosto. Tres días después, los obispos apoyaron un plan de boicot económico contra el gobierno planteado por la Liga nacional para la defensa de la libertad religiosa. La medida debía afectar a los espectáculos, al transporte en autobuses o tranvías y a la enseñanza en la que no prestarían su servicio los maestros católicos. De manera bien significativa, el boicot había fracasado en octubre y lo había hecho por la falta de apoyo de católicos acaudalados. Éstos no se encontraban dispuestos a perder dinero e incluso llegaron a pagar al ejército federal para que atacara a los que se manifestaban en favor del boicot.

El abandono de los católicos acomodados y la represión gubernamental provocaron que durante el verano la situación se fuera radicalizando. Así, el 3 de agosto, unos cuatrocientos católicos armados tomaron el santuario de Nuestra Señora de Guadalupe. El lugar escogido estaba cargado de significado no sólo por su contenido religioso, sino también por su conexión con la lucha por la independencia nacional. El combate con las tropas federales concluyó cuando los católicos se quedaron sin municiones. Para entonces habían muerto 18 personas y 40 habían sido heridas.

Las fuerzas gubernamentales decidieron entonces reprimir cualquier reacción católica futura. Al día siguiente del episodio en el santuario de la Virgen de Guadalupe, en Azuayo, Michoacán, doscientos cuarenta soldados asaltaron la parroquia matando a varias personas incluyendo al párroco. El 14 de agosto, en Chalchihuites, agentes gubernamentales cayeron sobre el grupo de la

juventud católica de la localidad y fusilaron a su consiliario, el padre Luis Batís.

La matanza de Chalchihuites provocó una serie de reacciones en cadena. En Chalchihuites se declaró en rebelión un grupo a las órdenes de Pedro Quintanar, un ranchero que había servido como coronel del ejército; en Pénjamo, el 28 de septiembre se alzó en armas Luis Navarro Origel; en Durango, se levantó al día siguiente Trinidad Mora y el 4 de octubre, la rebelión se extendió al sur de Guanajuato encabezada por Rodolfo Gallegos, un antiguo general.

Los alzamientos habían sido en su totalidad espontáneos y provocados por la violencia gubernamental, pero los alzados no tardaron en percatarse de que se trataba sólo de un inicio y de que tenían que formar un frente común. La Liga nacional para la defensa de la libertad religiosa eligió a un dirigente oficial para el movimiento —el carismático René Capistrán Garza de veintisiete años de edad— y una fecha para el inicio de las hostilidades que sería el 1 de enero de 1927. Ese mismo día, René Capistrán Garza lanzó un manifiesto dirigido *A la Nación* en el que apelaba a los católicos para acabar con la persecución religiosa de la que eran objeto.

La rebelión —centrada en Jalisco— no provocó inicialmente ninguna inquietud en el gobierno. De hecho, el comandante federal de Jalisco, el general Jesús Ferreira se permitió afirmar que todo el episodio sería más una cacería que una campaña. Los hechos iban a desarrollarse de una manera muy diferente. El 23 de febrero de 1927, los cristeros derrotaron a un ejército en San Francisco del Rincón, en el estado de Guanajuato. Se trató del inicio porque en las semanas siguientes, volvieron a vencer por dos veces a las tropas gubernamentales y en el segundo caso, en San Julián, en Jalisco, la victoria la obtuvieron sobre una fuerza de caballería de élite.

El 19 de abril se produjo un acontecimiento que el gobierno utilizaría para volver a la opinión pública contra los cristeros. Un contingente de rebeldes al mando del padre José Reyes Vega asaltó un tren con la intención de hacerse con el dinero que transportaba. Vega era un sacerdote famoso por sus excesos con el alcohol y las mujeres, y también era conocido por su crueldad. Esas circunstancias explican lo que sucedió en aquella jornada. En el curso del ataque, el hermano del padre Vega fue muerto por la escolta que defendía el tren y el sacerdote ordenó que se rociara con gasolina los vagones y se les prendiera fuego. La muerte de 51 civiles constituyó una atrocidad sin posible justificación, pero, sobre todo, sirvió para que el gobierno justificara la expulsión de los obispos de México y la represión que el gobierno llevaría a cabo en Los Altos, la zona foco de la rebelión. De forma despiadada, concentró a las poblaciones campesinas en centros urbanos y declaró el campo zona de guerra. De esa manera, no sólo privó a los cristeros de cualquier posible apoyo campesino, sino que además pudo proceder a realizar requisas indiscriminadas. Los fusilamientos de sacerdotes y prisioneros de guerra, y la profanación de lugares de culto se convirtieron en prácticas cotidianas a lo largo de la guerra. Durante el verano de 1927 se podía pensar que la rebelión de los cristeros estaba agonizando.

Si no fue así, se debió a la labor de Victoriano Ramírez «El Catorce». La leyenda afirmaba que su apodo se debía a que había logrado escapar de la cárcel tras dar muerte a los catorce miembros de un destacamento enviado para atraparlo. «El Catorce» era analfabeto, pero tenía un talento especial para la guerrilla y la rebelión que parecía casi concluida en Los Altos recobró su vigor.

A pesar de las acciones de «El Catorce» y del apoyo popular innegable de que gozaba la

rebelión de los cristeros, no eran pocos los que se percataban de que la guerra sólo podría ser ganada bajo un mando único que además contara con la competencia militar indispensable. Impulsada por esa convicción, la Liga nacional para la defensa de la libertad religiosa decidió contratar a un profesional. El elegido —al que se le entregó un salario que duplicaba el de un general del ejército federal— fue Enrique Gorostieta. Antiguo general, Gorostieta no compartía en absoluto los ideales de la revuelta cristera. Masón y liberal, tampoco se controlaba a la hora de burlarse de las creencias religiosas de sus hombres. Sin embargo, era competente y durante 1928 logró cambiar el signo de la guerra.

A inicios de 1929, el gobierno federal se encontró no sólo con que la resistencia de los cristeros no disminuía, sino que además se producía una rebelión militar en las filas del ejército gubernamental. Aunque fue sofocada con cierta rapidez, había dejado de manifiesto que el gobierno no contaba con toda la fuerza que hubiera sido de desear. El 19 de abril, para remate, los cristeros obtuvieron una gran victoria en Tepatitlán, en Los Altos.

El hecho de que Calles concluyera su mandato presidencial sumarlo a los triunfos militares de los cristeros abrió la puerta a un cambio en la situación, cambio que además impulsaba Dwight Whitney Morrow, el embajador de Estados Unidos en México desde octubre de 1927. El 1 de mayo de 1929, Portes Gil, el presidente interino de México, quiso dar una muestra de buena voluntad al anunciar que el clero católico podía reiniciar el culto si lo deseaba y al alabar a los representantes del catolicismo que aconsejaban el respeto a la ley y la autoridad. Al día siguiente, el arzobispo Leopoldo Ruiz y Flores, que estaba exiliado en Washington, declaró que las razones que habían llevado a la jerarquía a suspender el culto era que se aplicaran las leyes anticlericales. El mensaje era que no se pedía del gobierno mexicano que derogara la legislación anticlerical, sino tan sólo que se cumpliera de una manera más suave. A esas alturas, resultaba obvio que tanto la jerarquía de México como el gobierno deseaban llegar a una solución pactada. De manera bien significativa, ambas partes compartían al menos una razón para llegar a un arreglo. Siguiendo la estela de Gorostieta, algunos masones que no estaban presentes en el reparto del poder protagonizado por Calles y Portes Gil se habían sumado a los cristeros. Su finalidad no era lograr la libertad religiosa para los católicos, sino utilizarlos como vehículo que les permitiera alcanzar el poder. Ni la jerarquía católica podía ver con buenos ojos una revolución dirigida por masones y encauzada sobre la sangre de católicos entusiastas, ni Portes Gil estaba dispuesto a un nuevo reparto del poder. Por primera vez, desde 1917 ambas partes podían llegar a un acuerdo que las beneficiara. Ni siquiera la muerte de Gorostieta, el 2 de junio, en el curso de una emboscada cambió esa estimación. A la sazón, los cristeros contaban con cincuenta mil hombres en armas que no se consideraban en absoluto vencidos, sino más bien confiados en un triunfo final.

El 21 de junio de 1929, la jerarquía católica y el gobierno de México concluyeron los denominados «arreglos». Aunque la Constitución de 1917 conservaba toda su vigencia, volvió a celebrarse el culto católico en México y el gobierno aceptó llevar a cabo tres concesiones. En primer lugar, la ley que ordenaba registrar a los sacerdotes sólo se aplicaría a los que hubieran sido nombrados por sus superiores jerárquicos. Además, la instrucción religiosa —prohibida en las escuelas— se toleraría en las iglesias y, finalmente, todos los ciudadanos, sin excluir a los

miembros del clero, gozarían del derecho de petición para la reforma o derogación de cualquier ley. La libertad religiosa no se implantaría en México hasta finales del s. xx y durante las décadas siguientes, la situación de los católicos no resultaría fácil. No obstante, la guerra de los cristeros había concluido. El 27 de junio de 1929 —por primera vez en casi tres años— volvieron a sonar las campanas de las iglesias en México.

El coste de la guerra fue considerable. El número de muertos en combate se acercó a las 90 000 personas —unos 30 000 cristeros y 56 882 soldados federales— a las que hay que sumar los civiles asesinados por ser católicos incluso después del final de la guerra. No menor fue el impacto psicológico, sobre todo si se tiene en cuenta el aspecto de la persecución religiosa. El 21 de mayo de 2000, el papa Juan Pablo II canonizó a veinticinco mártires de este período. En su mayoría se trataba de sacerdotes que no habían tomado las armas, pero que, al negarse a abandonar a sus fieles, habían sido fusilados por las tropas del ejército gubernamental. El 20 de noviembre de 2005, otros 13 mártires fueron beatificados.

La guerra de los cristeros iba a marcar considerablemente —y es comprensible que así fuera— la mentalidad de los católicos de todo el mundo. De hecho, no es en absoluto casual que Graham Greene escogiera ese tema para su novela *El poder y la gloria* donde abordaba temas de enorme hondura espiritual y humana. Aunque en Rusia, la persecución religiosa desencadenada por los bolcheviques fue feroz —posiblemente la peor de todo el siglo xx— lo cierto es que había afectado en su mayoría a los fieles ortodoxos y, sólo en menor medida, a católicos y protestantes. La de los cristeros, sin embargo, había sido sufrida en una nación históricamente católica, enclavada en Hispanoamérica y sometida ahora a un anticlericalismo de inspiración masónica. Para muchos, no resultaba en absoluto exagerado temer que el episodio pudiera repetirse en otras naciones de características similares. Desgraciadamente, no se equivocaron en sus apreciaciones.

Conclusiones

En los tres casos mencionados —Rusia, Finlandia, México— el origen de la guerra se encuentra en la implantación de manera más o menos violenta de un modelo social, político y legal que se dirigía contra un sector de la sociedad al que pretendía aislar o incluso exterminar. Si el punto de partida fue en algún caso el modelo bolchevique (Rusia, Finlandia); en otro, se trató de un modelo laicista impulsado por la masonería (Méjico). En los tres casos, se produjo una reacción armada que pretendía contrapesar la exclusión social, la persecución religiosa o el exterminio a manos de un nuevo régimen totalitario. Estas circunstancias explican que, por el lado revolucionario, la represión fuera feroz e incluso buscara el exterminio directo de sectores enteros de la población, y que, por el contrarrevolucionario, la respuesta fuera también durísima en una mezcla de venganza, represalia o aplicación de la justicia ulterior al conflicto. Las víctimas de la guerra civil rusa superaron holgadamente las de cualquier enfrentamiento civil de la primera mitad del siglo xx. Las de la finlandesa también fueron mayores —en términos proporcionales— a las del resto de guerras civiles, con exclusión de la rusa, e incluso hay que señalar que esa sangría se produjo en apenas unos meses y no en varios años como en el caso español, ruso o mexicano. Posiblemente,

sólo el carácter localizado de la guerra de los cristeros impidió que alcanzara cifras tan elevadas de muertos como en los casos anteriores.

En los tres casos, la clave de la victoria final vino siempre determinada —por mucho que afirmara la propaganda— por criterios militares y no ideológicos. Sin duda, el entusiasmo patriótico de los rusos blancos les permitió resistir en pésimas circunstancias durante años, pero no pudo evitar por sí solo la derrota. Lo mismo podría decirse, aunque en sentido opuesto, de los revolucionarios finlandeses a los que el deseo de implantar el socialismo no les otorgó la victoria. Tanto en un caso como en otro, el triunfo derivó de circunstancias militares como, por otra parte, sucede en todas las guerras. Sólo en el caso mexicano presenta alguna peculiaridad ya que se llegó a una transacción entre ambos bandos. La razón fundamental de ese desenlace fue que el tercer peligro político que se dibujaba en el horizonte —una revolución dirigida por masones y ejecutada por entusiastas católicos— les resultaba muy inquietante a las partes implicadas. La guerra civil española —a pesar de sus innegables peculiaridades— presentaría notables paralelos en causas, desarrollo y conclusión con estas tres guerras civiles que la precedieron en tan sólo unos años.

El avance de la revolución (III): el caso de España

El largo camino hacia la revolución (I): de 1808 a 1917

La Historia de España durante el siglo XIX fue extraordinariamente dramática. El siglo comenzó con una disputa dinástica que enfrentaba a Carlos IV con su hijo Fernando, con una subordinación funesta a la política francesa y, sobre todo, con una invasión impulsada por Napoleón. La lucha contra el invasor francés (1808-1814) revistió verdaderas características de catástrofe ya que causó no menos de un millón de muertos y que arruinó la nación. De hecho, su incipiente industria fue objeto de depredaciones no sólo por parte de las tropas napoleónicas sino también de los ejércitos ingleses que ayudaban a los españoles a combatir contra Francia. Si para los primeros se trataba de una lógica acción de guerra; para los segundos, era una vía rápida para deshacerse de un competidor.

El final de la guerra se tradujo en una restauración monárquica en la persona de Fernando VII que no sólo no estaba dispuesto a aceptar el orden constitucional concebido en 1812 por los liberales de las Cortes de Cádiz sino que aspiraba a dar marcha atrás en la Historia. Con excepción del gobierno liberal de 1821-1823 —un gobierno fallido por un sectarismo y una corrupción nacidos directamente del peso de la masonería en su seno—^[80] el reinado de Fernando VII se consumió en los intentos de regresar a los tiempos tranquilos del Antiguo Régimen y de lograr un heredero varón.^[81] Ambos resultaron fallidos y, a su muerte, Fernando VII dejaba tras de sí un conflicto sucesorio y la tarea irrealizada de modernizar la nación. Ambas cuestiones fueron el origen de las denominadas guerras carlistas en las que, por un lado, combatían aquellos que deseaban que se sentara en el trono el infante Carlos, hermano de Fernando VII, partidario de una España tradicionalista y foralista (de ahí su apoyo en Navarra, Vascongadas y Cataluña) y los liberales que defendían como heredera de la corona a Isabel, la hija menor de Fernando VII, ansiaban la realización de reformas liberalizadoras e intentaron implantar un modelo de administración centralizada propia de Estados modernos como Francia.

El reinado de Isabel II,^[82] la hija y sucesora de Fernando VII, no fue fácil y, difícilmente, podría haber resultado de otra manera. A su escasa —nula, más bien— formación política, se había unido la sucesión de diferentes políticos más interesados en manipularla que en servirla con excepciones como las de Narváez, O'Donnell o González Bravo. Además a la preocupación angustiosa de todas las reinas, la de conseguir un heredero, se sumaron las ambiciones de los pretendientes a la corona, el comportamiento inaceptable de un marido ambicioso durante los

primeros años de matrimonio, las calumnias más sucias, las asechanzas de la masonería, las conspiraciones y un intento de regicidio. Cuando se tienen en cuenta tantos obstáculos causa profunda sorpresa que durante el reinado de Isabel II no sólo adquiriera una mayor solidez el sistema liberal sino que además la nación experimentara los inicios de un progreso económico que en las décadas posteriores se vería paralizado fundamentalmente por la acción de las diversas utopías que penetrarán por entonces en España y que turbarán la vida nacional durante el siglo xx.

Los datos al respecto no permiten llamarse a engaño. Los partidos políticos pueden ser acusados de inoperancia —con la excepción, con matices, del Ala moderada de los liberales— y la política exterior, de pobre y sin miras. Con todo, en España surgió una industria dedicada a los textiles en Cataluña y a los altos hornos en Málaga, La Felguera, Santander, Baracaldo y Sestao. Asimismo se fue creando un tejido bancario y financiero, y, de manera muy especial, se sentaron las bases para una verdadera revolución en el terreno de las comunicaciones. Al respecto las cifras son bien elocuentes: 67 000 kilómetros de carretera, 12 000 de vía férrea y 11 000 de hilo telegráfico. España había avanzado a pesar del acoso a que había sido sometida la reina, a pesar de una clase política que no siempre estuvo a la altura de las circunstancias, a pesar de los focos carlistas siempre dispuestos a echarse al monte con las armas en la mano para reivindicar una legitimidad desprovista de base legal, a pesar de un sector muy importante del clero que veía con auténtica fobia el liberalismo, y a pesar de los progresistas que, respaldados por la masonería, ansiaban recuperar el poder casi absoluto que habían tenido en la época de la regencia de Espartero. Semejante avance iba a experimentar un doloroso frenazo en pocos años y el punto de inicio de ese trance sería la caída de Isabel II en 1868.

La revolución de 1868 —la Gloriosa— fue impulsada por minorías y, a pesar del entusiasmo inicial, no tardó en degenerar en un período de creciente inestabilidad política. En el curso de los seis años siguientes al derrocamiento de Isabel II, fracasaron en España, primero, una monarquía constitucional en la persona de Amadeo de Saboya^[83] y, segundo, una primera república que degeneró hasta el punto de derivar en la exigencia de independencia de zonas de la nación como Cartagena. Ese desplome de dos formas de Estado en apenas unos años fue la causa fundamental del regreso de los Borbones no ya en la persona de Isabel II, sino en la de su hijo Alfonso XII. Nació así el denominado régimen de la Restauración que buscaba, sustancialmente, seguir el modelo británico sustentado en un partido liberal y otro conservador.

El advenimiento del siglo xx encontró a España en una situación peculiar. Por un lado, resultaba obvio que la Restauración de la monarquía llevada a cabo en el último cuarto del siglo anterior había logrado importantes logros. No sólo los militares —a diferencia de lo sucedido desde la guerra de la independencia— habían quedado apartados del poder político sino que además el régimen con el que se regía la nación era una monarquía constitucional en la que, de manera creciente, se había ido consolidando el reconocimiento de nuevos derechos como el de asociación —que permitiría la fundación de sindicatos— o el de sufragio universal. Si bien España era un país económicamente atrasado al compararlo con naciones como Gran Bretaña, Francia o Alemania, soportaba con holgura la comparación con Italia y superaba a otros países

mediterráneos y de la Europa central y oriental.^[84] La referencia continuada a un atraso especialmente acusado en el contexto europeo resulta, por lo tanto, muy distante de la realidad histórica y, ciertamente, hay que reconocer, a tenor de los datos que nos han llegado, que España caminaba a un paso considerablemente digno por el camino del progreso si atendemos no a baremos actuales sino a los de las sociedades europeas de la época. Como señalaría Flor de Lemus^[85] al estudiar las revueltas agrarias acontecidas en Andalucía, el fracaso de una evolución pacífica en España vino determinado no tanto por la incompetencia del sistema como por la decisión de determinadas fuerzas políticas de destruir la monarquía parlamentaria sin tener, al mismo tiempo, la capacidad para crear otro que no sólo fuera alternativo sino también viable y mejor. Desde finales del siglo XIX, las izquierdas y los nacionalismos habían hecho acto de presencia como fuerzas originalmente de escaso arraigo popular, pero que llegarían a tener un papel preponderante en la aniquilación de la monarquía parlamentaria y la instauración de la segunda república.

En el caso de los denominados nacionalismos, el catalán presentaba una variedad de manifestaciones que iban desde un regionalismo que perseguía un trato preferencial para Cataluña y la extensión de su influencia sobre España a un claro independentismo con ambiciones expansionistas que soñaba con el dominio sobre los antiguos territorios de la Corona de Aragón. Como había sucedido ya antes con el foralismo carlista, el nacionalismo catalán —que reivindicaba privilegios territoriales— no podía encajar en un proceso modernizador de signo liberal. Tampoco sorprende que no sintiera reparos ante la idea de acabar con un sistema político que se oponía a la consecución de sus metas.

Muy influido por el nacionalismo catalán y como él también procedente del carlismo, era el nacionalismo vasco. Sin embargo, presentaba además unas claras referencias teocráticas y profundamente racistas.^[86] El nacionalismo vasco pretendía la independencia para preservar la pureza de la raza y de la práctica de la religión católica y, obviamente, interpretó las desgracias nacionales sufridas por España como una forma de avanzar hacia su meta. En ese sentido, no deja de ser revelador que Sabino Arana, el fundador del Partido Nacionalista Vasco (PNV) se congratulara por la derrota española en la guerra de Cuba y Filipinas en 1898. Tanto el nacionalismo catalán como el vasco tuvieron un influjo muy limitado durante décadas y, de hecho, no podían competir comparativamente con las fuerzas de izquierdas.

Las izquierdas eran reducidas y fragmentadas limitándose, por orden de importancia, a los republicanos, los anarquistas y los socialistas. La experiencia decepcionante de la primera república explica de sobra por qué el republicanismo quedó relegado a grupos muy reducidos de las clases medias, impregnadas en no pocas ocasiones por la influencia de la masonería y, por ello, por un acentuado anticlericalismo. Poco más unía a los republicanos entre los que había federalistas y centralistas, regionalistas y unitaristas, conservadores y reformistas. Esta fragmentación ideológica y su escaso arraigo entre el pueblo —incluso en las clases medias— dejaron de manifiesto para los republicanos que sus posibilidades de éxito requerían una erosión profunda del sistema existente —y no su democratización que hubiera operado precisamente en

contra de sus objetivos al dotarlo de una mayor eficacia y legitimidad— y a ella se entregaron recurriendo en no pocas ocasiones a una demagogia que, en la actualidad, nos parece intolerablemente burda y agresiva.

Por su parte, los anarquistas derivaban su ideología del sector de la Internacional obrera que había seguido a Bakunin con preferencia a Karl Marx.^[87] Partidarios de la denominada acción directa, no repudiaron, en absoluto, la práctica de atentados terroristas convencidos de que la muerte de monarcas y otros personajes identificados con el sistema que había que derribar no sólo resultaba legítima sino también políticamente práctica. Baste señalar a título de ejemplo que la boda de Alfonso XIII, el 31 de mayo de 1906, se vio manchada por un atentado anarquista en el que había tenido una notable participación la masonería^[88] y que concluyó con veintitrés muertos y un centenar de heridos. El anarquismo —que no estaba desprovisto de un sentido milenarista que acompañaba a algunos de sus predicadores— arraigó especialmente en el agro andaluz y también en la industria catalana donde hasta bien entrado el siglo XX fue la fuerza obrerista más importante. Su impacto sobre la vida de los obreros lejos de ser positivo, resultó enormemente negativo^[89] provocando reacciones que los perjudicarían. No se constituyó nunca como un partido político —no creía en la participación en la vida política ni siquiera cuando existían, como en España, cauces legales y parlamentarios— aunque sí creó la Confederación Nacional de Trabajadores (CNT) que sería el sindicato más importante hasta la llegada de la dictadura de Primo de Rivera.

La última —y más importante— fuerza obrerista fue el socialismo articulado en torno al Partido Socialista Obrero Español (PSOE) y a la Unión General de Trabajadores (UGT), el sindicato socialista. A diferencia de otros partidos socialistas europeos, que habían adoptado un sesgo parlamentario y reformista, el PSOE era convencidamente marxista y estaba resueltamente entregado a la causa de la revolución y de la implantación de la dictadura del proletariado. Su fundador, Pablo Iglesias, estaba muy influido por la visión del socialista francés Guesde que le escribía con cierta frecuencia y, sobre todo, le enviaba ejemplares de *L'Egalité*.^[90] Guesde representaba un marxismo más práctico que teórico que veía en la existencia de un partido socialista un instrumento ideal para erosionar los régimes constitucionales valiéndose precisamente de las libertades que éstos respetaban, para hacer propaganda de sus ideas y, finalmente, encabezar una revolución que se viera coronada por la dictadura del proletariado. Los puntos de vista de Guesde iban a marcar de manera casi milimétrica la trayectoria política no sólo de Pablo Iglesias sino del socialismo español prácticamente hasta la muerte del general Franco.

El PSOE fue fundado el 2 de mayo de 1879, en el curso de una comida de fraternidad celebrada en una fonda de la calle de Tetuán en Madrid en el curso de la cual se acordó elegir una comisión para redactar el programa. Éste era de un profundo dogmatismo marxista en lo que se refería al análisis de la sociedad, pero escasísimo contacto con la realidad española donde el proletariado era minúsculo y la burguesía muy reducida numéricamente. Ambos segmentos sociales, de hecho, muy lejos de representar la totalidad social posiblemente no habrían llegado ni siquiera a una décima parte de la misma. Este carácter dogmático del socialismo español iba a

revelarse como uno de sus pecados de origen. No lo sería menos la aspiración a liquidar la sociedad actual —«destruir» según el lenguaje del programa— hasta llegar a una colectivista con propiedad estatal de los medios de producción y el señalamiento, como objetivos que debían ser abatidos, de sectores enteros como los empresarios, los militares, los partidos denominados burgueses o el clero.

La existencia del partido socialista fue políticamente insignificante hasta que a inicios de siglo acabó imponiéndose la necesidad de presentar candidaturas conjuntas con los republicanos. Así, en las elecciones legislativas de 1910, la creación de una Conjunción republicano-socialista permitió a Pablo Iglesias convertirse en el primer diputado de la historia del socialismo español. Su trayectoria como diputado se iba a iniciar cuando el liberal Canalejas era presidente del consejo de ministros^[91] y estaría encaminada, sobre todo, a desgastar el sistema de la monarquía parlamentaria, precisamente cuando, como indicaría el profesor Carlos Seco Serrano, Canalejas vino a iniciar «en España el arbitraje decidido y ecuánime, en los conflictos entre el Capital y el Trabajo». ^[92] Iglesias, en buena medida, marcó la pauta de lo que sería la trayectoria posterior del socialismo español, es decir, un desconocimiento profundo de la economía, un desprecio por el sistema parlamentario y una firme voluntad de erosionarlo para allanar el camino hacia la revolución y la dictadura del proletariado. Así, por ejemplo, el 7 de julio de 1910 ha pasado a la historia del parlamentarismo español como una jornada especialmente vergonzosa en el curso de la cual Iglesias no sólo realizó una cumplida exposición de la táctica que seguiría el partido que representaba sino que además dejó bien de manifiesto que estaba dispuesto a llegar al acto terrorista para lograr sus fines. Refiriéndose a la acción de los socialistas afirmó que:

Estarán en la legalidad mientras la legalidad le permita adquirir lo que necesita; fuera de la legalidad... cuando ella no les permita realizar sus aspiraciones.

A esto añadiría:

Tal ha sido la indignación producida por la política del gobierno presidido por el Sr. Maura que los elementos proletarios, nosotros de quien se dice que no estimamos los intereses de nuestro país, amándolo de veras, sintiendo las desdichas de todos, hemos llegado al extremo de considerar que antes que Su Señoría suba al poder debemos llegar al atentado personal.

El día 22 de aquel mismo mes precisamente, Antonio Maura volvió a sufrir otro atentado —llegaría a ser objeto de veinte a lo largo de su carrera política— cuando se encontraba en la estación de Francia de la ciudad de Barcelona camino hacia Mallorca. En el curso de los años siguientes, tanto Iglesias como el PSOE y la UGT siguieron una política encaminada no a la reforma del sistema sino a su aniquilación mediante un acoso continuado. Con todo, si la oposición antisistema obtuvo sus primeros logros en 1910 con la conjunción republicano-socialista —un factor que tuvo enorme importancia, por ejemplo, para aniquilar todo el programa reformador de Canalejas— su primer logro importante se produjo con la revolución de 1917.

El origen de la revolución de 1917 puede retrotraerse al acuerdo de acción conjunta que la UGT socialista y la CNT anarquista habían concluido a mediados de 1916. El 20 de noviembre

ambas organizaciones suscribieron un pacto de alianza que se tradujo el 18 de diciembre en un plan para ir a la huelga general. Ante la resistencia del conde de Romanones, a la sazón presidente del consejo de ministros, ambos sindicatos celebraron una nueva reunión el 27 de marzo de 1917 en Madrid donde se acordó la publicación de un manifiesto conjunto. Lo que iba a producirse entonces iba a ser una dramática hilazón de acontecimientos que, por un lado, se manifestó en la imposibilidad del gobierno para controlar la situación y, por otro, en la unión de una serie de fuerzas dispuestas a rebasar el sistema constitucional sin ningún género de escrúpulo legal o moral. Así, a la alianza socialista-anarquista se sumaron las Juntas militares de defensa creadas por los militares a finales de 1916 con la finalidad de conseguir determinadas mejoras de carácter profesional y los catalanistas de Cambó que no estaban dispuestos a permitir que el gobierno de Romanones sacara adelante un proyecto de ley que, defendido por Santiago Alba, ministro de Hacienda, pretendía gravar los beneficios extraordinarios de guerra y que afectaba a la oligarquía económica catalana.

Frente a la alianza anarquista-socialista, la reacción del gobierno presidido por Romanones —que temía un estallido revolucionario, que conocía los antecedentes violentos de ambos colectivos y que ya tenía noticias de la manera en que el zar había sido derrocado en Rusia— fue suspender las garantías constitucionales, cerrar algunos centros obreros y proceder a la detención de los firmantes del manifiesto. Seguramente, el gobierno había actuado con sensatez, pero esta acción, unida a la imposibilidad de imponer el proyecto fiscal de Alba, derivó en una crisis que concluyó en la dimisión de Romanones y de su gabinete.

El propósito del catalanista Cambó consistía no sólo en defender los intereses de la alta burguesía catalana sino también en articular una alianza con partidos vascos y valencianos de tal manera que todo el sistema político constitucional saltara por los aires viéndose sustituido por el dominio de oligarquías regionales. En mayo, la acción de las Juntas de defensa contribuyó enormemente a facilitar los proyectos de Cambó. A finales del citado mes, el gobierno, presidido ahora por García Prieto, decidió detener y encarcelar a la Junta central de los militares que no sólo buscaba mejoras económicas sino también reformas concretas. Las juntas de jefes y oficiales respondieron a la acción del gobierno con un manifiesto que significó el regreso a una situación aparentemente liquidada por el sistema constitucional de la Restauración: la participación del poder militar en la vida política. El gobierno de García Prieto no se sintió con fuerza suficiente como para hacer frente a los militares y optó por la dimisión. Un nuevo gobierno conservador basado en Dato y Sánchez Guerra aprobó el reglamento de las Juntas militares y puso en libertad a la Junta central. El hecho de que diera la impresión de que las Juntas de defensa podían poner en jaque el aparato del estado llevó a Cambó a reunir una asamblea de parlamentarios en Barcelona bajo la presidencia de su partido, la Liga Catalanista. Su intención era valerse de las fuerzas antisistema para forzar a una convocatoria de Cortes que se tradujera en la redacción de una nueva Constitución. El canto de muertos del sistema constitucional parecía inevitable y era entonado por todos sus enemigos: catalanistas, anarquistas, republicanos y socialistas. En el caso de estos últimos, se aceptó la participación en el gobierno con la finalidad expresa de acabar con la monarquía, liquidar la influencia del catolicismo en la política nacional y eliminar a los partidos

constitucionales de la vida política. Además, para desencadenar la revolución, los socialistas llegaron a un acuerdo con los anarquistas que se tradujo en la división del país en tres regiones. Sin embargo, a pesar de la creciente debilidad del sistema parlamentario, pronto iba a quedar claro que sus enemigos —por más que insistieran en que representaban la voluntad del pueblo— carecían del respaldo popular suficiente para liquidarlo. El 19 de julio tuvo lugar la disolución de la Asamblea de parlamentarios y sólo en Asturias consiguieron los revolucionarios prolongar durante algún tiempo la resistencia. A pesar de todo, el castigo de la fracasada revolución no resultó riguroso e incluso se produjo una campaña a favor de la amnistía de los revolucionarios. Tuvo éxito y en noviembre de 1917 fueron elegidos concejales de Madrid los cuatro miembros del comité de huelga.

El resultado de la revolución de 1917 fue, posiblemente, mucho más relevante de lo que se ha pensado durante décadas. La derrota de anarquistas, socialistas, nacionalistas, republicanos y socialistas, y, sobre todo, la benevolencia con que fueron tratados por el sistema parlamentario no se tradujeron en su integración en éste por muchas puertas que al respecto se les abrieran. Por el contrario, ambas circunstancias crearon en ellos la convicción de que eran extraordinariamente fuertes para acabar con el parlamentarismo y que éste, sin embargo, era débil y, por lo tanto, fácil de aniquilar. Para ello, la batalla no debía librarse en un parlamento fruto de unas urnas que no iban a dar el poder a las izquierdas porque éstas carecían del suficiente respaldo popular, sino en la calle, erosionando un sistema que, tarde o temprano, se desplomaría.

El largo camino hacia la revolución (II): los golpes republicanos

Desde 1917 hasta 1923, todos y cada uno de los intentos del sistema parlamentario de llevar a cabo las reformas que necesitaba la nación se vieron bloqueados en la calle por la acción de republicanos, socialistas, anarquistas y nacionalistas. Ninguna de estas fuerzas llegó a plantear en ninguno de los casos una alternativa política realista y coherente sino que, fundamentalmente, se dedicaron a desacreditar la monarquía constitucional y a apuntar a un futuro que sería luminoso simplemente porque en él aparecería la república, la dictadura del proletariado o la independencia de Cataluña. En 1923, el panorama político era mucho peor que al inicio del reinado de Alfonso XIII. El terrorismo anarquista —y la reacción patronal— en Cataluña sumaba centenares de muertos; la situación económica se veía terriblemente afectada por la agitación de las fuerzas obreristas; el desempleo crecía y la intervención española en África había sufrido un golpe durísimo con la derrota de Annual. Fue entonces cuando se produjo un pronunciamiento del antiguo capitán general de Cataluña, Miguel Primo de Rivera.

La dictadura de Primo de Rivera (1923-1930) —un intento de atajar los problemas de la nación partiendo de una idea concebida sobre la base de una magistratura de la antigua Roma— constituyó, si se examina con perspectiva histórica, un simple paréntesis en el proceso de impronta revolucionaria que pretendía acabar con la monarquía parlamentaria. De hecho, durante la dictadura, la represión se cebó sobre los anarquistas, pero el PSOE y la UGT fueron tratados con enorme benevolencia —siguiendo la política de Bismarck con el SPD alemán— y Largo

Caballero, que fue consejero de Estado de la Dictadura, y otros veteranos socialistas llegaron a ocupar puestos en la administración del Estado. Primo de Rivera no obtuvo por ello la lealtad de los socialistas —como Bismarck en Alemania había logrado con el SPD— sino que, por el contrario, éstos aprovecharon su situación privilegiada para dañar a sus rivales anarquistas y posicionarse mejor de cara a la liquidación de la monarquía.

A pesar de que Primo de Rivera concluyó victoriamente la guerra de África, acabó con el terrorismo anarquista y redujo el desempleo a índices que no serían igualados hasta los años sesenta, no fue capaz de articular un sistema político que pudiera dar cohesión a la monarquía y, sobre todo, no logró conjurar la concreción de un sistema conspirativo que, a pesar de su base social minoritaria, acabaría teniendo éxito.

Durante los años de la dictadura, conocidas figuras monárquicas como Miguel Maura Gamazo, José Sánchez Guerra, Niceto Alcalá Zamora, Ángel Ossorio y Gallardo y Manuel Azaña abandonaron la defensa de la monarquía parlamentaria para pasarse al republicanismo. No se trataba, desde luego, de una defensa de posiciones teóricas compatible con la lealtad al sistema legal. Así, en el verano de 1930 se concluyó el pacto de San Sebastián donde se fraguó un comité conspiratorio oficial destinado a acabar con la monarquía parlamentaria y sustituirla por una república de características peculiares. La importancia de este paso puede juzgarse por el hecho de que los que participaron en la reunión del 17 de agosto de 1930 —Lerroux, Azaña, Domingo, Alcalá Zamora, Miguel Maura, Carrasco Formiguera, Mallol, Ayguades, Casares Quiroga, Indalecio Prieto, Fernando de los Ríos...— formaron unos meses después en el primer gobierno provisional de la República.

La conspiración republicana^[93] comenzaría a actuar desde Madrid a partir del mes siguiente en torno a un comité revolucionario presidido por Alcalá Zamora; un conjunto de militares golpistas, pro-republicanos y, ocasionalmente, vinculados a la masonería (López Ochoa, Batet, Riquelme, Fermín Galán...) y un grupo de estudiantes de la FUE capitaneados por Graco Marsá. En términos generales, por lo tanto, el movimiento republicano quedaba reducido a minorías ya que incluso la suma de afiliados de los sindicatos UGT y CNT apenas alcanzaba al veinte por ciento de los trabajadores y el PCE, nacido unos años atrás de una escisión del PSOE, era minúsculo. En un triste precedente de acontecimientos futuros, el comité republicano fijó la fecha del 15 de diciembre de 1930 para dar un golpe militar que derribara la monarquía e implantara la república. Los conjurados contaban con la posibilidad de encontrar cierta resistencia y estaban más que decidido a valerse de una violencia ilimitada para imponerse. Resulta difícil creer que el golpe hubiera podido triunfar, pero el hecho de que los oficiales Fermín Galán y Ángel García Hernández decidieran adelantarla al 12 de diciembre sublevando a la guarnición militar de Jaca tuvo como consecuencia inmediata que pudiera ser abortado por el gobierno. Juzgados en consejo de guerra y condenados a muerte, el gobierno acordó no solicitar el indulto y el día 14, Galán y García Hernández fueron fusilados. El intento de sublevación militar republicana llevado a cabo el día 15 de diciembre en Cuatro Vientos por Queipo de Llano y Ramón Franco no cambió en absoluto la situación. Por su parte, los miembros del comité conspiratorio huyeron (Indalecio Prieto), fueron detenidos (Largo Caballero) o se escondieron (Lerroux, Azaña).

En aquellos momentos, el sistema parlamentario podría haber desarticulado con relativa facilidad el movimiento revolucionario mediante el sencillo expediente de exponer ante la opinión pública su verdadera naturaleza a la vez que procedía a juzgar a una serie de personajes que habían intentado derrocar el orden constitucional mediante un cruento golpe de estado. No lo hizo. Por el contrario, la clase política de la monarquía constitucional quiso optar precisamente por el diálogo con los que deseaban su fin. Buen ejemplo de ello es que cuando Sánchez Guerra recibió del rey Alfonso XIII la oferta de constituir gobierno, lo primero que hizo el político fue personarse en la cárcel Modelo para ofrecer a los miembros del comité revolucionario encarcelados sendas carteras ministeriales. A pesar de todo, como confesaría en sus *Memorias* Azaña, la república parecía una posibilidad ignota. El que esa posibilidad revolucionaria se convirtiera en realidad se iba a deber no a la voluntad popular —como insistiría la propaganda republicana— sino a una curiosa mezcla de miedo y de falta de información. La ocasión sería la celebración de unas elecciones municipales.

La propaganda pro-republicana ha presentado durante décadas las elecciones municipales de abril de 1931 como un plebiscito popular en pro de la República. La verdad es que no existe ninguna razón para interpretarlas de esa manera. Ni su convocatoria tenía carácter de referéndum ni —mucho menos— se trataba de unas elecciones a Cortes constituyentes. Por si fuera poco, la primera fase de las elecciones municipales celebrada el 5 de abril se cerró con los resultados esperados. Con 14 018 concejales monárquicos y 1832 republicanos tan sólo pasaron a control republicano un pueblo de Granada y otro de Valencia. Como era lógico esperar, nadie hizo referencia en esos momentos a un plebiscito popular. El 12 de abril de 1931 se celebró la segunda fase de las elecciones. Frente a 5775 concejales republicanos, los monárquicos obtuvieron 22 150, es decir, el voto monárquico prácticamente fue el cuádruplo del republicano. A pesar de todo, los políticos monárquicos, los miembros del gobierno (salvo dos), los consejeros de palacio y los dos mandos militares decisivos —Berenguer y Sanjurjo— consideraron que el resultado debía interpretarse como un plebiscito y que además implicaba un apoyo extraordinario para la república y un desastre para la monarquía. El hecho de que la victoria republicana hubiera sido urbana —como en Madrid donde el concejal del PSOE Saborit hizo votar por su partido a millares de difuntos— pudo contribuir a esa sensación de derrota, pero no influyó menos en el resultado final la creencia (que no se correspondía con la realidad) de que los republicanos podían dominar la calle.

Durante la noche del 12 al 13, el general Sanjurjo, a la sazón al mando de la Guardia Civil, dejó de manifiesto por telégrafo que no contendría un levantamiento contra la monarquía, un dato que los dirigentes republicanos supieron inmediatamente gracias a los empleados de correos adictos a su causa. Ese conocimiento de la debilidad de las instituciones constitucionales explica sobradamente que cuando Romanones y Gabriel Maura —con el expreso consentimiento del rey— ofrecieron al comité revolucionario unas elecciones a Cortes constituyentes, éste las rechazara. A esas alturas, sus componentes habían captado el miedo del adversario y, en un gesto de rentable audacia, exigieron la marcha del rey antes de la puesta del sol del 14 de abril alegando que no podrían garantizar su seguridad ni la de su familia. Lo que se produjo entonces fue un

desfondamiento de la Corona que iba a resultar fatal. A él pudieron contribuir que el rey sufría aún una depresión fruto de la muerte de su madre, que la reina temía que sus hijos corrieran el trágico destino de la familia del zar y que los políticos constitucionalistas aceptaran capitular. Fueran como fuese, lo cierto es que de esa manera, el sistema constitucional desapareció de forma más que dudosamente legítima y que se proclamó la Segunda república.

El largo camino hacia la revolución (III): la república de izquierdas (1931-1933)

Aunque la proclamación de la Segunda república estuvo rodeada de un considerable entusiasmo de una parte de la población, lo cierto es que, observada la situación objetivamente y con la distancia que proporciona el tiempo, no se podía derrochar optimismo. Los vencedores en la incruenta revolución se sentirían hiperlegitimados para tomar decisiones por encima del resultado de las urnas y no dudarían en reclamar el apoyo de la calle cuando el sufragio les fuera hostil. A fin de cuentas, ¿no había sido en contra de la aplastante mayoría de los electores como habían alcanzado el poder? A ese punto de arranque iba a unirse que las fuerzas se reducían a un pequeño y fragmentado número de republicanos que procedían en su mayoría de las filas monárquicas; dos grandes fuerzas obreristas —socialistas y anarquistas— que contemplaban la república como una fase hacia la utopía que debía ser surcada a la mayor velocidad; los nacionalistas —especialmente catalanes— que ansiaban descuartizar la unidad de la nación y que se apresuraron a proclamar el mismo 14 de abril la República catalana y el Estado catalán, y una serie de pequeños grupos radicales de izquierdas que acabarían teniendo un protagonismo notable como era el caso del partido comunista. En su práctica totalidad, su punto de vista era utópico bien identificaran esa utopía con la república implantada, con la consumación revolucionaria posterior o con la independencia; en su práctica totalidad, carecían de preparación política y, sobre todo, económica para enfrentarse con los retos que tenía ante sí la nación y, en su práctica totalidad también, adolecían de un virulento sectarismo político y social que no sólo pretendía excluir de la vida pública a considerables sectores de la población española sino que también plantearía irreconciliables diferencias entre ellos.

En ese sentido, el primer bienio republicano que estuvo marcado por la alianza entre los republicanos y el PSOE fue una época de ilusiones frustradas precisamente por el sectarismo ideológico de los vencedores del 14 de abril, su incompetencia económica y la acción no parlamentaria e incluso violenta de las izquierdas. Las manifestaciones de sectarismo fueron inmediatas y entre ellas hay que incluir desde la condena judicial de Alfonso XIII a los procesos de antiguos políticos monárquicos, pasando por la indiferencia de las autoridades ante los ataques contra los lugares de culto católicos en mayo de 1931.^[94] Por otro lado, el sistema republicano no tuvo la pretensión de ser pulcramente democrático, sino más bien de reproducir en buena medida el vigente en México desde hacía casi década y media. Laicista, anticlerical y de inclinación izquierdista, debía permitir cierta libertad a los opositores políticos no situados en la izquierda, pero no consentir que llegaran al gobierno. En ambos casos, la impronta de la masonería fue muy acentuada y permitía sospechar cómo se desarrollaría el futuro en España. Así, de manera bien

significativa, en la Asamblea nacional de la Gran Logia Española de 20 de abril de 1931 —apenas había transcurrido una semana desde el nacimiento del nuevo régimen— resultó aprobada la «Declaración de Principios adoptados en la Gran Asamblea de la Gran Logia Española». Entre ellos se establecía de forma bien reveladora la «Escuela única, neutra y obligatoria», la «expulsión de las Órdenes religiosas extranjeras» (una referencia bastante obvia a los jesuitas) y el sometimiento de las nacionales a la ley de asociaciones. En otras palabras, como en México la masonería estaba decidida a iniciar un combate que eliminara la presencia de la Iglesia católica en el terreno de la enseñanza, que sometiera la educación a la cosmovisión de la masonería y que implicara un control sobre las órdenes religiosas sin excluir la expulsión de la Compañía de Jesús.

Con semejante planteamiento, no resulta sorprendente que los masones^[95] —que hasta ese momento habían participado de manera muy activa en las distintas conjuras encaminadas a derribar la monarquía parlamentaria— ahora se entregaran febrilmente a la tarea de copar puestos en el nuevo régimen, una forma de actuar que, como ya vimos, contaba con abundantes precedentes en la historia de España y de otras naciones. Como expondría el masón José Marchesi, «Justicia», a los miembros de la logia Concordia en el mes de abril de 1931, «es preciso que la Orden masónica se aliste para actuar en forma que esa influencia que en la vida pública nos atribuyen... sea realmente un hecho, un hecho real y tangible». Según Marchesi, la masonería debía «escalar las cumbres del poder público y llevar desde allí a las leyes del país la libertad de conciencia y de pensamiento, la enseñanza laica y el espíritu de tolerancia como reglas de vida». En otras palabras, la masonería debía controlar el nuevo régimen para modelarlo de acuerdo no con principios de pluralidad sino con los suyos propios. Al respecto, los datos son irrefutables. La segunda gran jerarquía de la masonería española, Diego Martínez Barrios, y otros masones ocuparon diversas carteras en el gobierno provisional. Con la excepción de Alejandro Lerroux que pertenecía entonces a la Gran Logia española, el resto estaban afiliados al Grande Oriente. Así, Casares Quiroga, Marcelino Domingo, Álvaro de Albornoz y Fernando de los Ríos, ministro de Justicia, pertenecían a la masonería. En el segundo gobierno provisional, del 14 de octubre al 16 de diciembre de 1931, entró además José Giral. Se trataba de seis ministros en total aunque algunas fuentes masónicas elevan la cifra hasta siete. A esto se sumaron no menos de 15 directores generales, 5 subsecretarios, 5 embajadores y 21 generales. Para un movimiento que apenas contaba con unos miles de miembros en toda España se trataba de un éxito extraordinario.

A pesar de lo anteriormente señalado, donde se puede contemplar con más claridad el éxito de la masonería es en el terreno electoral. De hecho, impresiona la manera en que las distintas logias lograron colocar a sus miembros en las listas electorales. Los ejemplos, al respecto, resultan, una vez más, harto reveladores. En la zona de jurisdicción del Mediodía de 108 candidatos elegidos, 53 eran masones; en la zona regional madrileña, la Centro, los candidatos masones elegidos fueron 23 de 35; en la zona de la Gran regional de Levante, de los 37 candidatos elegidos, 25 fueron masones; en la zona regional nordeste, de los 49 candidatos, 14 fueron masones; en Canarias, finalmente, de 11 candidatos elegidos, 4 fueron masones. Las cifras completas de masones diputados varían según los autores, pero en cualquier caso son muy elevadas aún sin contar la escasa extensión demográfica del movimiento. De los 470 diputados, según Ferrer

Benemeli, 183 tenían conexión con la masonería. Sin embargo, las logias Villacampa, Floridablanca y Resurrección de La Línea afirmaban en octubre de 1931 que en las Cortes había 160 diputados masones, razón por la cual contaban con la fuerza suficiente para lograr la disolución de las órdenes religiosas. Finalmente, María Dolores Gómez Molleda ha proporcionado una lista de 151 diputados masones que debería considerarse un mínimo. En cualquiera de los casos hay que convenir que se trata de una proporción extraordinaria de las Cortes y que demuestra una capacidad organizativa asombrosa. De hecho, el poder de la masonería llegó hasta el extremo de poder imponer como candidatos en provincias a un número de madrileños —una de las provincias donde había más afiliados— realmente muy elevado. Los criterios de funcionalidad de las logias lograron —al parecer sin mucha dificultad— vencer totalmente los localismos.

El peso de la masonería ni siquiera se vio frenado por una barrera generalmente tan rígida como las diferencias entre partidos. Estuvo presente en la totalidad de las fuerzas republicanas y con una pujanza enorme. De los dos diputados liberal-demócratas, 1 era masón; de los 12 federales, 7; de los 30 de la Esquerra, 11; de los 30 de Acción Republicana, 16; de los 52 radical-socialistas, 30; de los 90 radicales, 43 e incluso de los 114 del PSOE, 35. A éstos habría que añadir otros 8 diputados masones pertenecientes a otros grupos. En otras palabras, la masonería extendía su influencia sobre partidos de izquierdas y de derechas, jacobinos y nacionalistas, incluso sobre los marxistas revolucionarios como el PSOE cuyos diputados, por lo visto, no tenían ningún problema en conciliar el materialismo dialéctico con la creencia en el Gran Arquitecto. Con esas Cortes —y esos ministros— iba a abordarse la tarea de redacción de la nueva constitución republicana, base del régimen nacido de una cadena continua de conspiraciones que, finalmente, triunfaron el 14 de abril de 1931.

Durante los meses siguientes —y de nuevo resulta un tanto chocante desde nuestra perspectiva actual— el tema religioso se convirtió en la cuestión estrella del nuevo régimen por encima de problemáticas como la propia reforma agraria. La razón no era otra que lo que se contemplaba, desde la perspectiva de la masonería, como una lucha por las almas y los corazones de los españoles. No se trataba únicamente de separar la Iglesia y el Estado como en otras naciones sino, siguiendo el modelo jacobino francés, de triturar la influencia católica sustituyéndola por otra laicista. Justo es reconocer, sin embargo, que la masonería no se hallaba sola en ese empeño aunque sí fuera una de sus principales impulsoras. Para buena parte de los republicanos de clases medias —un sector social enormemente frustrado y resentido por su mínimo papel en la monarquía parlamentaria fenecida— la Iglesia católica era un adversario al que había que castigar por su papel en el sostenimiento del régimen derrocado. Por su parte, para los movimientos obreristas —comunistas, socialistas y anarquistas— se trataba por añadidura de una rival social que debía ser no sólo orillado sino vencido sin concesión alguna. Es verdad que frente a esas corrientes claramente mayoritarias en el campo republicano hubo posiciones más templadas como las de los miembros de la Institución libre de enseñanza o la de la Agrupación al servicio de la República, pero, en términos generales, no pasaron de ser la excepción que confirmaba una regla generalizada.

A pesar de todo lo anterior, inicialmente la comisión destinada a redactar un proyecto de

Constitución para que fuera debatido por las Cortes constituyentes se inclinó por un enfoque del tema religioso que recuerda considerablemente al consagrado en la actual Constitución española de 1978. En él, se recogía la separación de Iglesia y Estado, y la libertad de cultos pero, a la vez, se reconocía a la Iglesia católica un estatus especial como entidad de derecho público reconociendo una realidad histórica y social innegable. La Agrupación al servicio de la República —y especialmente Ortega y Gasset— defendería esa postura por considerarla la más apropiada y por unos días algún observador ingenuo hubiera podido pensar que sería la definitiva. Si no sucedió así se debió de manera innegable a la influencia masónica.

De hecho, durante los primeros meses de existencia del nuevo régimen la propaganda de las logias tuvo un tinte marcadamente anticlerical y planteó como supuestos políticos irrenunciables la eliminación de la enseñanza confesional en la escuela pública, la desaparición de la escuela confesional católica y la negación a la Iglesia católica incluso de los derechos y libertades propios de una institución privada. Desde luego, con ese contexto especialmente agresivo, no deja de ser significativo que se nombrara Director general de primera enseñanza al conocido masón Rodolfo Llopis —que con el tiempo llegaría a secretario general del PSOE— cuyos decretos y circulares de mayo de 1931 ya buscaron implantar un sistema laicista y colocar a la Iglesia católica contra las cuerdas. Se trataba de unos éxitos iniciales nada desdeñables y en el curso de los meses siguientes, la masonería lograría dos nuevos triunfos con ocasión del artículo 26 de la Constitución y de la Ley de confesiones y congregaciones religiosas complementaria de aquél. En su consecución resultó esencial el apoyo de los diputados y ministros masones, un apoyo que no fue fruto de la espontaneidad sino de un plan claramente pergeñado.

Ha sido el propio Vidarte —masón y socialista— el que ha recordado cómo «antes de empezar la discusión los diputados masones recibimos, a manera de recordatorio, una carta del Gran Oriente (sic) en la que marcaba las aspiraciones de la masonería española y nos pedía el más cuidadoso estudio de la Constitución». Desde luego, las directrices masónicas no se limitaron a cartas o comunicados de carácter oficial. De hecho, se celebraron una serie de reuniones entre diputados masones, sin hacer distinciones de carácter partidista, durante el mes de agosto de 1931 para fijar criterios unitarios de acción política. Así, no resulta sorprendente que durante los debates del 27 de agosto al 1 de octubre, los diputados masones fueran logrando de manera realmente espectacular que se radicalizaran las posiciones de la cámara de tal manera que el proyecto de la comisión se viera alterado sustancialmente en relación con el tema religioso. Esa radicalidad fue asumida por el PSOE y los radical-socialistas, e incluso la Esquerra catalana suscribió un voto particular a favor de la disolución de las órdenes religiosas y de la nacionalización de sus bienes, eso sí, insistiendo en que no debían salir de Cataluña los que allí estuvieran localizados. En ese contexto claramente delimitado ya en contra del moderado proyecto inicial y a favor de una visión masónicamente laicista se llevó a cabo el debate último del que saldría el texto constitucional.

Como hemos señalado, al fin y a la postre, no se trataba de abordar un tema meramente político sino del enfrentamiento feroz entre dos cosmovisiones hasta el punto de que a cada paso volvía a aparecer la cuestión religiosa. Así, por ejemplo, cuando se discutió la oportunidad de

otorgar el voto a la mujer —una propuesta ante la que desconfiaba la izquierda por pensar que podía escorarse el sufragio femenino hacia la derecha— fueron varios los diputados que aprovecharon para atacar a las órdenes religiosas que eran «asesoras ideológicas de la mujer», asesoras, obviamente, nada favorables a otro tipo de asesoramiento que procediera de la masonería o de la izquierda.

El 29 de septiembre y el 7 de octubre se presentaron dos textos que abogaban por la nacionalización de los bienes eclesiásticos y la disolución de las órdenes religiosas. Los firmaban los masones Ramón Franco y Humberto Torres y recogían un conjunto de firmas mayoritariamente masónicas. Otras dos enmiendas más surgidas de los radical-socialistas y del PSOE fueron en la misma dirección y —no sorprende— contaron con un respaldo que era mayoritariamente masónico. En apariencia, los distintos grupos del parlamento apoyaban las posiciones más radicales; en realidad, buen número de diputados masones —secundados por algunos que no lo eran— estaban empujando a sus partidos en esa dirección. Cuando el 8 de octubre se abrió el debate definitivo —que duraría hasta el día 10— los masones estaban más que preparados para lograr imponer sus posiciones en materia religiosa y de enseñanza, posiciones que, por añadidura, podían quedar consagradas de manera definitiva en el texto constitucional.

El resultado del enfrentamiento no pudo resultar más revelador. Ciertamente siguió existiendo un intento moderado por mantener el texto inicial y no enconar las posturas pero fracasó totalmente ante la alianza radical del PSOE, los radical-socialistas y la Esquerra. El resultado final de las maniobras parlamentarias y la acción mediática y callejera difícilmente pudo saldarse con mayor éxito. En el texto constitucional, quedó plasmado no el contenido de la comisión inicial que pretendía mantener la separación de la Iglesia y el Estado a la vez que se permitía un cierto status para la Iglesia católica y se respetaba la existencia de las comunidades religiosas y su papel en la enseñanza. Por el contrario, la ley máxima de la república recogió la disolución de la Compañía de Jesús, la prohibición de que las órdenes religiosas se dedicaran a la enseñanza y el encasillamiento de la Iglesia católica en una situación legal no por difusa menos negativa.

El triunfo de la masonería había resultado, por lo tanto, innegable, pero sus consecuencias fueron, al fin y a la postre, profundamente negativas. De entrada, la Constitución no quedó perfilada como un texto que diera cabida a todos los españoles fuera cual fuera su ideología sino que se consagró como la victoria de una visión ideológica estrechamente sectaria sobre otra que, sea cual sea el juicio que nos merezca, gozaba de un enorme arraigo popular. En este caso, la masonería había vencido, pero a costa de humillar a los católicos y de causar daños a la convivencia y al desarrollo pacífico del país, por ejemplo, al eliminar de la educación centros indispensables tan sólo porque estaban vinculados con órdenes religiosas. Ese enfrentamiento civil fue, sin duda, un precio excesivo para la victoria de las logias. Como indicaría el propio presidente de la República, Alcalá Zamora, la Constitución, al fin y a la postre, no procedía de unas Cortes que «adolecían de un grave defecto, el mayor sin duda para una Asamblea representativa: Que no lo eran, como cabal ni aproximada coincidencia de la estable, verdadera y permanente opinión española...»^[96] La Constitución, según el mismo testimonio, «se dictó, efectivamente, o se planeó sin mirar a esa realidad nacional... se procuró legislar obedeciendo a

teorías, sentimientos e intereses de partido, sin pensar en esa realidad de convivencia patria, sin cuidarse apenas de que se legislaba para España». [97] En esa Constitución, redactada por una minoría, se consagraría no tanto una visión democrática como el triunfo de los vencedores de la crisis de abril de 1931 y el seguimiento de un modelo político semejante al de México. El resultado —señalaría Alcalá Zamora en este texto escrito antes de 1934— fue «una Constitución que invitaba a la guerra civil, desde lo dogmático, en que impera la pasión sobre la serenidad justiciera, a lo orgánico, en que la improvisación, el equilibrio inestable, sustituyen a la experiencia y a la construcción sólida de poderes». [98]

Precisamente ese sectarismo sería funesto para los intentos de reforma del gobierno republicano-socialista. La reforma militar impulsada por Azaña [99] quedó reducida a una remodelación llevada a cabo por un gabinete técnico presidido por Hernández Saravia. Al primar en él, más las consideraciones ideológicas que la eficacia militar, el ejército resultante no sólo no quedó convertido en unas fuerzas armadas modernas, sino en el resultado de una política sectaria en la que se pretendían sustituir los méritos profesionales por la adhesión al nuevo poder republicano. No fue un ejército mejor; sólo más injusto y más republicano en el sentido estrecho de los revolucionarios de 1931.

Algo similar sucedió con la reforma educativa. [100] Debería haber colocado la educación a disposición de todos los españoles. Sin embargo, al suprimir la enseñanza confesional que realizaba esa labor social para buena parte de los escolares españoles, especialmente los que pertenecían a sectores más humildes de la población, el gobierno tan sólo consiguió eliminar buena parte del entramado educativo antes de haber podido sustituirlo por otro.

No menos grave fue la incompetencia económica de la coalición republicano-socialista. Consecuencia directa de ella fue no sólo que se frustrara totalmente la realización de una reforma agraria de enorme importancia a la sazón, [101] sino que además se agudizara la tensión social con normativas —como la ley de términos— que, supuestamente, favorecían a los trabajadores pero que, en realidad, provocaron una contracción del empleo y arrojaron un peso insopportable sobre empresarios pequeños y medianos. Todos estos proyectos de reforma podían ser calificados de necesarios e incluso eran indispensables para el nuevo régimen. Sin embargo, el sectarismo ideológico con que se llevaron a cabo acabó frustrándolos.

A todo lo anterior, hay que añadir además la acción violenta de un sector importante de las izquierdas encaminada directamente a aniquilar la república. En el caso de los anarquistas, su voluntad de destruirla se manifestó desde el principio de manera inequívoca. El mismo mes de abril de 1931 Durruti afirmó:

Si fuéramos republicanos, afirmaríamos que el Gobierno provisional se va a mostrar incapaz de asegurarnos el triunfo de aquello que el pueblo le ha proporcionado. Pero, como somos auténticos trabajadores, decimos que, siguiendo por ese camino, es muy posible que el país se encuentre cualquier día de éstos al borde de la guerra civil. La República apenas si nos interesa... en tanto que anarquistas, debemos declarar que nuestras actividades no han estado nunca, ni lo estarán tampoco ahora, al servicio de... ningún Estado.

No se trataba de meras palabras ni tampoco se limitaban a los anarquistas. En enero de 1932,

en Castilblanco y en Arnedo, los socialistas provocaron sendos motines armados en los que hallaron, primero, la muerte agentes del orden público para luego desembocar en una durísima represión. El día 19 del mismo mes, los anarquistas iniciaron una sublevación armada en el Alto Llobregat^[102] que duró tan sólo tres días y que fue reprimida por las fuerzas de orden público. Durruti, uno de los incitadores de la revuelta, fue detenido, pero a finales de año se encontraba nuevamente en libertad e incitaba a un nuevo estallido revolucionario a una organización como la CNT-FAI que, a la sazón, contaba con más de un millón de afiliados.^[103]

De manera nada sorprendente, en enero de 1933, se produjo un nuevo intento revolucionario de signo anarquista. Su alcance se limitó a algunas zonas de Cádiz, como fue el caso del pueblo de Casas Viejas. El episodio tendría pésimas consecuencias para el gobierno de izquierdas ya que la represión de los sublevados sería durísima e incluiría el fusilamiento ilegal de algunos de los detenidos y, por añadidura, los oficiales que la llevaron a cabo insistirían en que sus órdenes habían procedido del mismo Azaña.²³ Aunque las Cortes reiterarían su confianza al gobierno, sus días estaban contados. A lo largo de un bienio, podía señalarse que la situación política era aún peor que cuando se había proclamado la República. El gobierno republicano había fracasado en sus grandes proyectos políticos, había gestionado pésimamente la economía nacional y había sido incapaz de evitar la radicalización de una izquierda revolucionaria formada no sólo por los anarquistas sino también por el PSOE que pasaba por un proceso que se definió como «bolchevización» y que se caracterizó por la aniquilación de los partidarios, como Julián Besteiro, de una política reformista y parlamentaria y el triunfo de aquellos que (como Largo Caballero) propugnaban la revolución violenta que destruyera la república e instaurara la dictadura del proletariado. En tan sólo un año, la acción de estas fuerzas de izquierdas sumada a la de los nacionalistas catalanes ocasionaría una catástrofe que aniquilaría la posibilidad de supervivencia de la república.

El largo camino hacia la revolución (IV): 1934^[104]

El embate de las izquierdas obreristas ansiosas por implantar su utopía sería seguido —como en Rusia, como en Finlandia, como en México— por la reacción de las derechas. Esa reacción fue mayoritariamente pacífica y tenía como finalidad la integración en un sistema que les era hostil. Así, durante la primavera y el verano de 1932, la violencia revolucionaria de las izquierdas, y la redacción del Estatuto de autonomía de Cataluña y del proyecto de ley de reforma agraria impulsaron, entre otras consecuencias, un intento de golpe capitaneado por Sanjurjo. Sin embargo, éste careció de un apoyo mínimo —lo que provocó su fracaso estrepitoso en agosto— y los esfuerzos de las derechas se encauzaron hacia la creación de una alternativa electoral a las fuerzas que habían liquidado el sistema parlamentario anterior a abril de 1931. De esta manera, entre el 28 de febrero y el 5 de marzo, tuvo lugar la fundación de la CEDA (Confederación Española de Derechas Autónomas) —una coalición de fuerzas de derechas y católicas— y la aceptación formal del sistema republicano.

La reacción de Azaña ante la respuesta de las derechas fue intentar asegurarse la permanencia

en el poder mediante la articulación de mecanismos legales concretos. Si desde un principio, las izquierdas habían intentado controlar los medios a través de la ley de defensa de la República que permitía cerrar aquellos considerados hostiles, el 25 de julio de 1933 se aprobó una ley de orden público que dotaba al gobierno de una enorme capacidad de represión y unos considerables poderes para limitar todavía más la libertad de expresión. Antes de que concluyera el mes, Azaña —que intentaba evitar unas elecciones sobre cuyo resultado no era optimista— lograba asimismo la aprobación de una ley electoral que reforzaba las primas a la mayoría. Mediante un mecanismo semejante, Azaña pretendía contar con una mayoría considerable en unas Cortes futuras aunque la misma realmente no se correspondiera con la proporción de votos obtenidos en las urnas. Sin embargo, a pesar de contar con estas posibilidades, durante el verano de 1933 Azaña se resistió a convocar elecciones. Fueron precisamente en aquellos meses estivales cuando se consagró la «bolchevización» del PSOE. En la escuela de verano del PSOE en Torrelodones, los jóvenes socialistas celebraron una serie de conferencias donde se concluyó la aniquilación política del moderado Julián Besteiro, el apartamiento despectivo de Indalecio Prieto y la consagración entusiasta de Largo Caballero al que se aclamó como el «Lenin español». El modelo propugnado por los socialistas no podía resultar, pues, más obvio sobre todo en una época en que el PCE era un partido insignificante. Los acontecimientos se iban a precipitar a partir de entonces, el 3 de septiembre de 1933, el gobierno republicano-socialista sufrió una derrota espectacular en las elecciones generales para el Tribunal de garantías y cinco días después cayó.

Finalmente, el 19 de noviembre tuvieron lugar las nuevas elecciones. En ellas votó el 67,46 por ciento del censo electoral y las mujeres por primera vez.^[105] Las derechas obtuvieron 3 365 700 votos, el centro 2 051 500 y las izquierdas 3 118 000. Sin embargo, el sistema electoral —que favorecía, por decisión directa de Azaña, las grandes agrupaciones— se tradujo en que las derechas, que se habían unido para las elecciones, obtuvieran más del doble de escaños que las izquierdas con una diferencia entre ambas que no llegaba a los doscientos cincuenta mil votos.^[106]

Azaña intentó en aquellos momentos que Alcalá Zamora impidiera su desalojo del poder apelando a una teórica legitimidad republicana que, al parecer, pesaba más que la voluntad popular expresada en las urnas. Alcalá Zamora no accedió a las presiones antidemocráticas de Azaña, pero tampoco estaba dispuesto a permitir que gobernaran los ganadores de las elecciones. En puridad, la fuerza mayoritaria —la CEDA— tendría que haber sido encargada de formar gobierno, pero las izquierdas que habían traído la segunda república no estaban dispuestas a consentirlo a pesar de su indudable triunfo electoral y Alcalá Zamora lo aceptó encomendando la misión de formar gobierno a Lerroux, un republicano histórico, pero en minoría, que se había ido desplazando hacia la derecha por el sectarismo de Azaña. Sin embargo, semejante salida no pareció suficiente al PSOE y a los nacionalistas catalanes que comenzaron a urdir una conspiración armada que acabara con un gobierno de centro-derecha elegido democráticamente. Semejante acto revestía una enorme gravedad porque no eran fuerzas exteriores al parlamento —como había sido el caso de los anarquistas en 1932 y 1933— sino partidos con representación parlamentaria los que estaban dispuestos a torcer el resultado de las urnas por la fuerza de las

armas.^[107]

Aunque la propaganda de izquierdas ha insistido en que el alzamiento socialista-nacionalista fue una reacción espontánea a la entrada de la CEDA en el gobierno en octubre, la realidad histórica es totalmente distinta. De hecho, los llamamientos a la revolución fueron muy anteriores, además de numerosos, claros y contundentes. El 3 de enero de 1934, por ejemplo, la prensa del PSOE^[108] publicaba unas declaraciones de Indalecio Prieto que ponían de manifiesto el clima que reinaba en su partido:

Y ahora piden concordia. Es decir, una tregua en la pelea, una aproximación de los partidos, un cese de hostilidades... ¿Concordia? No. ¡Guerra de clases! Odio a muerte a la burguesía criminal. ¿Concordia? Sí, pero entre los proletarios de todas las ideas que quieran salvarse y librar a España del ludibrio. Pase lo que pase, ¡atención al disco rojo!

No se trataba de un mero exabrupto. El 4 de febrero, el mismo Indalecio Prieto llamaba a la revolución en un discurso pronunciado en el coliseo Pardiñas. Ese mismo mes, la CNT propuso a la UGT una alianza revolucionaria, oferta a la que respondió el socialista Largo Caballero con la de las Alianzas Obreras. Su finalidad no era laboral sino eminentemente política: aniquilar el sistema parlamentario y llevar a cabo la revolución. A finales de mayo, el PSOE desencadenó una ofensiva revolucionaria en el campo que reprimió enérgicamente Salazar Alonso, el ministro de Gobernación. A esas alturas, el gobierno contaba con datos referidos a una insurrección armada que se preparaba y en la que tendrían un papel importante no sólo el PSOE sino también los nacionalistas catalanes y algunos republicanos de izquierdas. No se trataba de rumores sino de afirmaciones de parte. La prensa del PSOE,^[109] por ejemplo, señalaba que las teorías de Frente popular propugnadas por los comunistas a impulso de Stalin eran demasiado moderadas porque no recogían «las aspiraciones trabajadoras de conquistar el Poder para establecer su hegemonía de clase». Por el contrario, las Alianzas Obreras, propugnadas por Largo Caballero, eran «instrumento de insurrección y organismo de Poder». A continuación *El Socialista* trazaba un obvio paralelo con la revolución bolchevique:

Dentro de las diferencias raciales que tienen los soviets rusos, se puede encontrar, sin embargo, una columna vertebral semejante. Los comunistas hacen hincapié en la organización de soviets que preparen la conquista insurreccional y sostengan después el Poder obrero. En definitiva, esto persiguen las Alianzas.

Si de algo se puede acusar a los medios socialistas en esa época no es de hipocresía. *Renovación*^[110] anunciaba en el verano de 1934 refiriéndose a la futura revolución:

¿Programa de acción? —Supresión a rajatabla de todos los núcleos de fuerza armada desparramada por los campos — Supresión de todas las personas que por su situación económica o por sus antecedentes, puedan ser una rémora para la revolución.

Zinóiev, Trotsky o Lenin difícilmente hubieran podido explicarlo con más claridad. Semejantes afirmaciones que mostraban una clara voluntad de acabar con el sistema parlamentario sustituyéndolo por uno similar al soviético debían haber causado seria preocupación en el terreno de los republicanos de izquierdas. Sin embargo, para éstos el enemigo

que debía ser abatido no era otro que el centro y la derecha. Al respecto, el 30 de agosto, Azaña realizaba unas declaraciones ante las que nadie se podía llamar a engaño. De acuerdo con las mismas, las izquierdas no estaban dispuestas a consentir que la CEDA entrara en el gobierno por más que las urnas la hubieran convertido en la primera fuerza parlamentaria. Si la CEDA insistía en entrar en un gobierno de acuerdo con un derecho que, en puridad democrática, le correspondía, las izquierdas se opondrían incluso yendo contra la legalidad. «Estaríamos —diría Azaña— de toda fidelidad... habríamos de conquistar a pecho descubierto las garantías». Los anuncios de Azaña, de Prieto, de Largo Caballero, de tantos otros personajes de la izquierda no eran sino una consecuencia realmente lógica de toda una visión política que no había dejado de avanzar desde finales del siglo XIX y que, entre otras consecuencias, había tenido la de aniquilar la monarquía parlamentaria. El parlamento —y las votaciones que lo habían configurado— sólo resultaba legítimo, en la práctica, en la medida en que servía para respaldar el propósito de las fuerzas mencionadas. Cuando el resultado en las urnas no sancionaba la victoria de ese bloque político, el parlamento debía ser rebasado y acallado desde la calle recurriendo incluso a la violencia. Para el PSOE, el PCE y la CNT, el paso siguiente sólo podía ser la revolución.

El 9 de septiembre de 1934, la Guardia Civil descubrió un importante alijo de armas que, a bordo del *Turquesa*, se hallaba en la ría asturiana de Pravia. Una parte de las armas había sido ya desembarcada y, siguiendo órdenes de Indalecio Prieto, transportada en camiones de la Diputación provincial controlada a la sazón por el PSOE. La finalidad del alijo no era otra que armar a los socialistas preparados para la sublevación. No en vano el 25 de septiembre *El Socialista* anunciaba: «Renuncie todo el mundo a la revolución pacífica, que es una utopía; bendita la guerra». Dos días después, *El Socialista* remachaba: «El mes próximo puede ser nuestro octubre. Nos aguardan días de prueba, jornadas duras. La responsabilidad del proletariado español y sus cabezas directoras es enorme. Tenemos nuestro Ejército a la espera de ser movilizado».

Ese mismo día, moría en Barcelona el ex ministro Jaime Garner. Azaña, en compañía de otros dirigentes republicanos, se dirigió a la Ciudad Condal. Sin embargo, a pesar de conocer entonces lo que tramaban socialistas y catalanistas, no informó a las autoridades republicanas y decidió quedarse en la ciudad a la espera de los acontecimientos. Antes de concluir el mes, el Comité central del PCE anunciaba su apoyo a un frente único con finalidad revolucionaria.^[111]

El 1 de octubre, cuando las izquierdas llevaban casi un año anunciando su propósito de desencadenar una guerra revolucionaria, Gil Robles exigió la entrada de la CEDA en el gobierno de Lerroux. Sin embargo, en una clara muestra de moderación política, Gil Robles ni exigió la presidencia del gabinete (que le hubiera correspondido en puridad democrática) ni tampoco la mayoría de las carteras. El 4 de octubre entrarían, finalmente, tres ministros de la CEDA en el nuevo gobierno, todos ellos de una trayectoria intachable: el catalán y antiguo catalanista Oriol Anguera de Sojo, el regionalista navarro Aizpún y el sevillano Manuel Giménez Fernández que se había declarado expresamente republicano y que defendía la realización de la reforma agraria.

La presencia de ministros cedistas en el gabinete fue aprovechada como excusa por parte del PSOE y de los catalanistas para poner en marcha un proceso de insurrección armada que, como hemos visto, venía fraguándose desde hacía meses. Tras un despliegue de agresividad de la prensa

de izquierdas el 5 de octubre, el día 6 tuvo lugar la sublevación. El carácter violento de la misma quedó de manifiesto desde el principio. En Guipúzcoa, por ejemplo, los alzados asesinaron al empresario Marcelino Oreja Elósegui. En Barcelona, el dirigente de la Esquerra Republicana, Companys proclamó desde el balcón principal del palacio presidencial de la Generalidad «el Estat Catalá dentro de la República federal española» e invitó a «los dirigentes de la protesta general contra el fascismo a establecer en Cataluña el gobierno provisional de la República». Sin embargo, ni el gobierno republicano era fascista, ni los dirigentes de izquierdas recibieron el apoyo que esperaban de la calle ni la Guardia Civil o la de Asalto se sumaron al levantamiento. La Generalidad se rindió así a las seis y cuarto de la mañana del 7 de octubre, mientras algunos de los dirigentes nacionalistas se ponían a salvo huyendo por las alcantarillas de Barcelona.

El fracaso del golpe armado en Cataluña tuvo claros paralelos en la mayoría de España. Ni el ejército —con el que el PSOE había mantenido contactos— ni las masas populares se sumaron al golpe de estado nacionalista-socialista y éste fracasó al cabo de unas horas. La única excepción a esta tónica general fue Asturias donde los alzados contra el gobierno legítimo de la República lograron un éxito inicial y dieron comienzo a un proceso revolucionario que marcaría la pauta para lo que sería la guerra civil de 1936. La desigualdad inicial de fuerzas fue verdaderamente extraordinaria. Los alzados contaban con un ejército de unos treinta mil mineros bien pertrechados gracias a las fábricas de armas de Oviedo y Trubia y bajo la dirección de miembros del PSOE como Ramón González Peña, Belarmino Tomás y Teodomiro Menéndez aunque una tercera parte de los insurrectos pudo pertenecer a la CNT. Sus objetivos eran dominar hacia el sur el puerto de Pajares para llevar la revolución hasta las cuencas mineras de León y desde allí, con la complicidad del sindicato ferroviario de la UGT, al resto de España y apoderarse de Oviedo. Frente a los sublevados había mil seiscientos soldados y unos novecientos guardias civiles y de asalto que contaban con el apoyo de civiles en Oviedo, Luarca, Gijón, Avilés y el campo.

La acción de los revolucionarios siguió patrones que recordaban trágicamente los males sufridos en Rusia y Finlandia. Mientras se procedía a detener e incluso a asesinar a gente inocente tan sólo por su pertenencia a un segmento social concreto, se desataba una oleada de violencia contra el catolicismo que incluyó desde la quema y profanación de lugares de culto —incluyendo el intento de volar la Cámara santa— al fusilamiento de religiosos. Los episodios resultaron numerosos y recordaban las atrocidades de los bolcheviques contra los cristianos rusos o las del ejército mexicano contra los católicos. Así, el día 7 de octubre, la totalidad de los seminaristas de Oviedo —seis— fue pasada por las armas al descubrirse su presencia, siendo el más joven de ellos un muchacho de dieciséis años. Lo mismo sucedió con los ocho hermanos de las Escuelas cristianas y de un padre pasionista que se ocupaban de una escuela en Turón, un pueblo en el centro de un valle minero. Tras concentrarlos en la casa del pueblo, un comité los condenó a muerte considerando que al ocuparse de la educación de buena parte de los niños de la localidad tenían una influencia indebida sobre ellos. El 9 de octubre de 1934, poco después de la una de la madrugada, la sentencia fue ejecutada en el cementerio y, a continuación, se les enterró en una fosa especialmente cavada para el caso. De manera no difícil de comprender, los habitantes de Turón que habían sido testigos de sus esfuerzos educativos y de la manera en que se había

producido la muerte los consideraron mártires de la fe desde el primer momento. Serían beatificados en 1990 y canonizados el 21 de noviembre de 1999. Formarían así parte del grupo de los diez primeros santos españoles canonizados por martirio.^[112]

Los partidarios de la revolución —como en Rusia— habían decidido exterminar a sectores enteros de la población y para llevar a cabo ese objetivo no estaban dispuestos a dejarse limitar por garantías judiciales de ningún tipo. Poca duda cabe de que la diferencia de medios existente entre los alzados y las fuerzas de orden hubiera podido ser fatal para la legalidad republicana de no haber tomado el 5 de octubre el ministro Diego Hidalgo la decisión de nombrar asesor especial para reprimir el alzamiento al general Francisco Franco. Una de las primeras medidas tomadas por Franco, a ejemplo de lo que había hecho Azaña tiempo atrás para acabar con los anarquistas sublevados, fue trasladar a las fuerzas africanas al lugar de la lucha. Así, legionarios y regulares desembarcaron en Gijón para marchar hacia Oviedo donde enlazaron con una pequeña columna que se hallaba al mando de Eduardo López Ochoa, uno de los conspiradores que había impulsado la proclamación de la república años atrás. El bloqueo de los puertos asturianos y la presencia del ejército de África significaba el final de la revolución, pero aún fue necesaria otra semana más para acabar con los focos de resistencia de los insurrectos. De manera bien significativa, entre los oficiales que combatieron contra los sublevados del PSOE se hallaba el capitán Rodríguez Lozano, abuelo de José Luis Rodríguez Zapatero, que sería décadas después presidente del gobierno socialista en España.

El 16 de octubre de 1934, a unas horas de su derrota definitiva, el Comité provincial revolucionario lanzaba un manifiesto donde volvía a incidir en algunos de los aspectos fundamentales de la sublevación:

¡Obreros: en pie de guerra! ¡Se juega la última carta!

Nosotros organizamos sobre la marcha el Ejército Rojo...

Lo repetimos: En pie de guerra. ¡Hermanos!, el mundo nos observa. España, la España productora, confía su redención a nuestros triunfos. ¡Que Asturias sea un baluarte inexpugnable!

Y si su Bastilla fuera tan asediada, sepamos, antes que entregarla al enemigo, confundir a éste entre escombros, no dejando piedra sobre piedra.

Rusia, la patria del proletariado, nos ayudará a construir sobre las cenizas de lo podrido el sólido edificio marxista que nos cobije para siempre.

Adelante la revolución. ¡Viva la dictadura del proletariado!^[113]

Durante la tarde del día 18, el socialista Belarmino Tomás negoció la capitulación con López Ochoa. La sublevación armada que, alzándose contra el gobierno legítimamente constituido de la República, había intentado aniquilar el sistema parlamentario e implantar la dictadura del proletariado había fracasado en términos militares. El balance de las dos semanas de revolución socialista-nacionalista fue, ciertamente, sobrecogedor.^[114] Los revolucionarios asesinaron durante el tiempo que ejercieron el poder a un número de personas situado entre las 85 y las 115. Entre ellas se encontraban, según cifras perfectamente contrastadas, 28 religiosos o seminaristas, 43 militares y guardias y 14 paisanos, siendo posible que el número de guardias asesinados ascendiera incluso a 70. Las fuerzas gubernamentales dieron muerte a un máximo de 88 personas,

de las que cuatro fueron fusiladas judicialmente. En combate murieron 256 miembros de las fuerzas de seguridad del estado y del ejército y hubo 903 heridos además de 7 desaparecidos. Entre los paisanos, los muertos llegaron al medio millar. Como puede apreciarse, la propaganda exterior de las izquierdas sobre una terrible represión desencadenada por las fuerzas de seguridad del Estado no se sostiene a la luz de las cifras señaladas. Sí resulta innegable la sangría que para éstas significó la revolución.

Por lo que se refería a los daños materiales ocasionados por los sublevados habían sido muy cuantiosos y afectado a 58 iglesias, 26 fábricas, 58 puentes, 63 edificios particulares y 730 edificios públicos. Además los izquierdistas habían realizado destrozos en 66 puntos del ferrocarril y 31 de las carreteras. Asimismo ingresaron en prisión unas quince mil personas por su participación en el alzamiento armado, pero durante los meses siguientes fueron saliendo en libertad en su mayor parte. Sin embargo, el mayor coste del alzamiento protagonizado por los nacionalistas catalanes, el PSOE, la CNT y, en menor medida, el PCE, fue político. Con su desencadenamiento, las izquierdas habían dejado de manifiesto que la república parlamentaria carecía de sentido para ellas, que no estaban dispuestas a aceptar el veredicto de las urnas si les resultaba contrario, que su objetivo era la implantación de la dictadura del proletariado —una meta no tan claramente abrazada por los nacionalistas catalanes— y que, llegado el caso, no dudarían en recurrir a la violencia armada para lograr sus objetivos. Sería precisamente el republicano Salvador de Madariaga el que levantara acta de lo que acababa de suceder con aquella revolución frustrada de 1934:

El alzamiento de 1934 es imperdonable. La decisión presidencial de llamar al poder a la CEDA era inatacable, inevitable y hasta debida desde hace ya tiempo. El argumento de que el señor Gil Robles intentaba destruir la Constitución para instaurar el fascismo era, a la vez, hipócrita y falso. Con la rebelión de 1934, la izquierda española perdió hasta la sombra de autoridad moral para condenar la rebelión de 1936.^[115]

La guerra civil no comenzó —como han alegado algunos autores—^[116] en octubre de 1934. Sin embargo, a partir de la sublevación socialista-nacionalista de 1934 quedó trágicamente de manifiesto que las izquierdas no respetarían la legalidad republicana y se acrecentó el miedo de las derechas a un nuevo estallido revolucionario que acabara con el sistema parlamentario y, exterminando a sectores enteros de la población, desencadenara una revolución cruenta. Quizá un cambio de actitud por parte de las izquierdas que habían derribado en 1931 la monarquía parlamentaria hubiera podido evitarlo. Sin embargo, por desgracia para España, ambos temores se verían confirmados antes de un bienio.

El largo camino hacia la revolución (V): el Frente popular se hace con el poder

La batalla política que se extendió desde el fracaso de la revolución de 1934 hasta la llegada al poder del Frente popular en febrero de 1936 discurrió fundamentalmente en el terreno de las manifestaciones y fuera del parlamento. En teoría —y más si se atendía a las manifestaciones de las izquierdas— el gobierno de centro-derecha podría haber aniquilado poniéndolas fuera de la ley

a formaciones como el PSOE, la CNT o la Esquerra Republicana que habían participado abierta y violentamente en un alzamiento armado contra la legitimidad gubernamental y la legalidad republicana. Sin embargo, la conducta seguida por las derechas fue muy distinta. Ciertamente, el 2 de enero de 1935 se aprobó por ley la suspensión del Estatuto de autonomía de Cataluña, pero, a la vez, bajo su impulso tuvo lugar el único esfuerzo legal y práctico que mereció en todo el período republicano el nombre de reforma agraria. Como señalaría el socialista Gabriel Mario de Coca, «los gobiernos derechistas asentaron a veinte mil campesinos, y bajo las Cortes reaccionarias de 1933 se efectuó el único avance social realizado por la República». No se redujo a eso su política. Federico Salmón, ministro de Trabajo, y Luis Lucía, ministro de Obras Públicas, redactaron un «gran plan de obras pequeñas» para paliar el paro; se aprobó una nueva ley de arrendamientos urbanos que defendía a los inquilinos; se inició una reforma hacendística de calado debida a Joaquín Chapaprieta y, encaminada a lograr la necesaria estabilización; y Gil Robles, ministro de la Guerra, llevó a cabo una reforma militar de enorme relevancia y en la que primaron los aspectos técnicos sobre los partidistas. Consideradas con perspectiva histórica, todas estas medidas denotaban un impulso sensato y realista por abordar los problemas del país desde una perspectiva más basada en el análisis y el trabajo técnicos y especializados que en el seguimiento de recetas utópicas. Fue precisamente desde el terreno de las utopías izquierdistas y nacionalistas desde donde se planteó la obstrucción a todas aquellas medidas a la vez que se lanzaba una campaña propagandística destinada a desacreditar al gobierno y sustentada en los relatos, absolutamente demagógicos, de las supuestas atrocidades de las fuerzas del orden en el sofocamiento de la revolución de octubre.^[117]

A lo anterior, se unió en septiembre de 1935 el estallido del escándalo del estraperlo. Strauss y Perl, los personajes que le darían nombre, eran dos centroeuropeos que habían inventado un sistema de juego de azar que permitía hacer trampas con relativa facilidad. Su aprobación se debió a la connivencia de algunos personajes vinculados a Lerroux, el dirigente del partido radical. Los sobornos habían alcanzado la cifra de cinco mil pesetas y algunos relojes, pero, hábilmente manejados, se convertirían en un escándalo que superó con mucho la gravedad del asunto. Strauss amenazó, en primer lugar, con el chantaje a Lerroux y cuando éste no cedió a sus pretensiones, se dirigió a Alcalá Zamora, el presidente de la república. Alcalá Zamora discutió el tema con Indalecio Prieto y Azaña y, finalmente, impulsado por éstos que veían la posibilidad de derribar al gobierno, desencadenó el escándalo. Como señalaría lúcidamente Josep Plá,^[118] la administración de justicia no pudo determinar responsabilidad legal alguna —precisamente la que habría resultado de relevancia— pero en una sesión de Cortes del 28 de octubre se produjo el hundimiento político del partido radical, una de las fuerzas esenciales en el colapso de la monarquía constitucional y el advenimiento de la república menos de cuatro años antes. La CEDA quedaba sola en la derecha frente a unas izquierdas poseídas de una creciente —y entusiasta— agresividad. Porque no se trataba únicamente de propaganda y demagogia. Durante el verano de 1935, el PSOE y el PCE —que en julio ya había recibido de Moscú la consigna de formación de frentes populares— desarrollaban contactos para una unificación de acciones.^[119] En paralelo,

republicanos y socialistas discutían la formación de milicias comunes mientras los comunistas se pronunciaban a favor de la constitución de un Ejército rojo. El 14 de noviembre, Azaña propuso a la ejecutiva del PSOE una coalición electoral de izquierdas. Acababa de nacer el Frente popular. En esos mismos días, Largo Caballero salía de la cárcel —después de negar cínicamente su participación en la revolución de octubre de 1934— y la sindical comunista CGTU entraba en la UGT socialista.

El año 1935 concluyó con el desahucio del poder de Gil Robles; con una izquierda que creaba milicias y estaba decidida a ganar las siguientes elecciones para llevar a cabo la continuación de la revolución de octubre de 1934; y con reuniones entre Chapaprieta y Alcalá Zamora para crear un partido de centro en torno a Portela Valladares que atrajera un voto moderado preocupado por la agresividad de las izquierdas y una posible reacción de las derechas atemorizadas ante la perspectiva de una revolución. A esas alturas, una respuesta armada de las derechas parecía implanteable. La Falange, el partido fascista de mayor alcance, era un grupo minoritario;^[120] los carlistas y otros grupos monárquicos carecían de fuerza. Por añadidura, en el seno del ejército, Franco insistía en rechazar cualquier eventualidad violenta a la espera de la forma en que podría evolucionar la situación política. Así, al insistir en que no era el momento propicio, impidió la salida golpista.^[121]

Cuando, finalmente, el 14 de diciembre de 1935, Portela Valladares formó gobierno era obvio que se trataba de un gabinete puente para convocar elecciones. Alcalá Zamora, a instancias de las izquierdas, disolvió las Cortes (la segunda vez durante su mandato lo que implicaba una violación de la Constitución) y convocó elecciones para el 16 de febrero de 1936 bajo un gobierno presidido por Portela Valladares.

El 15 de enero de 1936 se firmó el pacto del Frente popular como una alianza de fuerzas obreristas y burguesas cuyas metas no sólo no eran iguales sino que, en realidad, resultaban incompatibles.

Los republicanos como Azaña y el socialista Prieto perseguían fundamentalmente regresar al punto de partida de abril de 1931 en el que la hegemonía política estaría en manos de las izquierdas en un sistema muy similar al mexicano. Para el resto de las fuerzas que formaban el Frente popular, especialmente el PSOE y el PCE, se trataba tan sólo de un paso intermedio en la lucha hacia la aniquilación de la República —ahora denominada burguesa— y la realización de una revolución que concluyera en una dictadura del proletariado. Si el socialista Luis Araquistain insistía en hallar paralelos entre España y la Rusia de 1917 donde la revolución burguesa sería seguida por una proletaria,^[122] Largo Caballero difícilmente podía ser más explícito sobre las intenciones del PSOE. En el curso de una convocatoria electoral que tuvo lugar en Alicante, el político socialista afirmaba:

Quiero decírlas a las derechas que si triunfamos colaboraremos con nuestros aliados; pero si triunfan las derechas nuestra labor habrá de ser doble, colaborar con nuestros aliados dentro de la legalidad, pero tendremos que ir a la guerra civil declarada.

Que no digan que nosotros decimos las cosas por decirlas, que nosotros lo realizamos.^[123]

Tras el anuncio de la voluntad socialista de ir a una guerra civil si perdía las elecciones, el 20 de enero, Largo Caballero anunciaba en un mitin celebrado en Linares: «... la clase obrera debe adueñarse del Poder político, convencida de que la democracia es incompatible con el socialismo, y como el que tiene el Poder no ha de entregarlo voluntariamente, por eso hay que ir a la Revolución». [124]

El 10 de febrero de 1936, en el Cinema Europa Largo Caballero volvía a insistir en sus tesis: «... la transformación total del país no se puede hacer echando simplemente papeletas en las urnas... estamos ya hartos de ensayos de democracia; que se implante en el país nuestra democracia». [125]

No menos explícito sería el socialista González Peña al referirse a lo que Largo Caballero había denominado «nuestra democracia» y que, en realidad, indicaba la manera en que se comportaría el PSOE si conquistaba el poder:

... la revolución pasada (la de Asturias) se había malogrado, a mi juicio, porque más pronto de lo que quisimos surgió esa palabra que los técnicos o los juristas llaman «juridicidad». Para la próxima revolución, es necesario que constituyéramos unos grupos que yo denomino «de las cuestiones previas». En la formación de esos grupos yo no admitiría a nadie que supiese más de la regla de tres simple, y apartaría de esos grupos a quienes nos dijese quiénes habían sido Kant, Rousseau y toda esa serie de sabios. Es decir, que esos grupos harían la labor de desmocoche, de labor de saneamiento, de quitar las malas hierbas, y cuando esta labor estuviese realizada, cuando estuviesen bien desinfectados los edificios públicos, sería llegado el momento de entregar las llaves a los juristas.

Con no menos claridad se expresaban los comunistas que eran rigurosamente obedientes a las consignas de Stalin. En febrero de 1936, José Díaz [126] dejó inequívocamente de manifiesto que la meta del PCE era «la dictadura del proletariado, los soviets» y que sus miembros no iban a renunciar a ella.

De esta manera, aunque los firmantes del pacto del Frente popular (Unión Republicana, Izquierda republicana, PSOE, UGT, PCE, FJS, Partido Sindicalista y POUM) [127] suscribían un programa cuya aspiración fundamental era la amnistía de los detenidos y condenados por la insurrección de 1934 [128] —reivindicada como un episodio malogrado, pero heroico— algunos de ellos lo consideraban como un paso previo, aunque indispensable, al desencadenamiento de una revolución que liquidara a su vez la Segunda República, incluso al costo, anunciado y ansiado, de iniciar una guerra civil contra las derechas.

De manera sorprendente, sus adversarios políticos centraron buena parte de la campaña electoral en la mención del levantamiento armado de octubre de 1934. Desde su punto de vista, el triunfo del Frente popular se traduciría inmediatamente en una repetición, a escala nacional y con posibilidades de éxito, de la revolución. En otras palabras, no sería sino el primer paso hacia la liquidación de la república y la implantación de la dictadura del proletariado.

Para colmo de males, las elecciones de febrero de 1936 no sólo concluyeron con resultados muy parecidos para los dos bloques sino que además estuvieron inficionadas por la violencia, no sólo verbal, y el fraude en el recuento de los sufragios. Así, sobre un total de 9 716 705 votos emitidos, [129] 4 430 322 fueron para el Frente popular; 4 511 031 para las derechas y 682 825 para

el centro. Otros 91 641 votos fueron emitidos en blanco o resultaron destinados a candidatos sin significación política. Sobre estas cifras resulta obvio que la mayoría de la población española se alineaba en contra del Frente popular y si a ello añadimos los fraudes electorales encaminados a privar de sus actas a diputados de centro y derecha difícilmente puede decirse que contara con el respaldo de la mayoría de la población. A todo ello hay que añadir la existencia de irregularidades en provincias como Cáceres, La Coruña, Lugo, Pontevedra, Granada, Cuenca, Orense, Salamanca, Burgos, Jaén, Almería, Valencia y Albacete, entre otras, contra las candidaturas de derechas. Al fin y a la postre, este cúmulo de irregularidades se convertiría en una aplastante mayoría de escaños para el Frente popular.

En declaraciones al *Journal de Geneve*,^[130] sería nada menos que el presidente de la república Niceto Alcalá Zamora el que reconociera la peligrosa suma de irregularidades electorales y sus consecuencias directas:

A pesar de los refuerzos sindicalistas, el «Frente Popular» obtenía solamente un poco más, muy poco, de 200 actas, en un parlamento de 473 diputados. Resultó la minoría más importante pero la mayoría absoluta se le escapaba. Sin embargo, logró conquistarla consumiendo dos etapas a toda velocidad, violando todos los escrúpulos de legalidad y de conciencia.

Primera etapa: Desde el 17 de febrero, incluso desde la noche del 16, el «Frente Popular», sin esperar el fin del recuento del escrutinio y la proclamación de los resultados, la que debería haber tenido lugar ante las Juntas Provinciales del Censo en el jueves 20, desencadenó en la calle la ofensiva del desorden, reclamó el Poder por medio de la violencia. Crisis: algunos Gobernadores Civiles dimitieron. A instigación de dirigentes irresponsables, la muchedumbre se apoderó de los documentos electorales: en muchas localidades los resultados pudieron ser falsificados.

Segunda etapa: Conquistada la mayoría de este modo, fue fácilmente hacerla aplastante. Reforzada con una extraña alianza con los reaccionarios vascos, el «Frente Popular» eligió la Comisión de validez de las actas parlamentarias, la que procedió de una manera arbitraria. Se anularon todas las actas de ciertas provincias donde la oposición resultó victoriosa; se proclamaron diputados a candidatos amigos vencidos. Se expulsaron de las Cortes a varios diputados de las minorías. No se trataba solamente de una ciega pasión sectaria; hacer en la Cámara una convención, aplastar a la oposición y sujetar el grupo menos exaltado del «Frente Popular». Desde el momento en que la mayoría de izquierdas pudiera prescindir de él, este grupo no era sino el juguete de las peores locuras.

Fue así que las Cortes prepararon dos golpes de estado parlamentarios. Con el primero, se declararon a sí mismas indisolubles durante la duración del mandato presidencial. Con el segundo, me revocaron.

El último obstáculo estaba descartado en el camino de la anarquía y de todas las violencias de la guerra civil.

Las elecciones de febrero de 1936 se habían convertido ciertamente en la antesala de un proceso revolucionario que había fracasado en 1917 y 1934 a pesar de su éxito notable en 1931. Así, aunque el gobierno quedó constituido por republicanos de izquierdas bajo la presidencia de Azaña para dar una apariencia de moderación, no tardó en lanzarse a una serie de actos de dudosa legalidad que formarían parte esencial de la denominada «primavera trágica de 1936». Mientras Lluís Companys, el golpista de octubre de 1934, regresaba en triunfo a Barcelona para hacerse con el gobierno de la Generalidad, los detenidos por la insurrección de Asturias eran puestos en libertad en cuarenta y ocho horas y se obligaba a las empresas en las que, en no pocas ocasiones, habían causado desmanes e incluso homicidios, a readmitirlos. En paralelo, las organizaciones sindicales exigían en el campo subidas salariales de un cien por cien con lo que el paro se disparó. Entre el 1 de mayo y el 18 de julio de 1936, el agro sufrió 192 huelgas. Más grave aún fue que el 3 de marzo los socialistas empujaran a los campesinos a ocupar ilegalmente varias fincas en el pueblo de Cenicentos. Fue el pistoletazo de salida para que la Federación —socialista— de

Trabajadores de la Tierra quebrara cualquier vestigio de legalidad en el campo. El 25 del mismo mes, sesenta mil campesinos ocuparon tres mil fincas en Extremadura, un acto legalizado a posteriori por un gobierno incapaz —o nada convencido de la necesidad— de mantener el orden público.

El 5 de marzo, *Mundo Obrero*, órgano del PCE, abogaba, pese a lo suscrito en el pacto del Frente popular por el «reconocimiento de la necesidad del derrocamiento revolucionario de la dominación de la burguesía y la instauración de la dictadura del proletariado en la forma de soviets». En paralelo, el Frente Popular desencadenaba una censura de prensa sin precedentes y procedía a una destitución masiva de los ayuntamientos que consideraba hostiles o simplemente neutrales.

Desde luego, el enorme grado de descomposición sufrido por las instituciones republicanas y por la vida social no se escapaba a los viajeros y diplomáticos extranjeros a su paso por España. Shuckburgh, uno de los funcionarios especializados en temas extranjeros del Foreign Office británico, señalaba en una minuta del 23 de marzo de 1936:

... existen dudas serias de que las autoridades, en caso de emergencia, estén realmente en disposición de adoptar una postura firme contra la extrema izquierda, que ahora se dirige con energía contra la religión y la propiedad privada. Las autoridades locales, la policía y hasta los soldados están muy influidos por ideas socialistas, y a menos que se les someta a una dirección energética es posible que muy pronto se vean arrastrados por elementos extremistas hasta que resulte demasiado tarde para evitar una amenaza seria contra el Estado. [131]

El largo camino hacia la revolución (VI): la reacción

De manera bien significativa, el general Mola, uno de los militares esenciales en la preparación del golpe de julio de 1936 contra el Frente popular coincidía con ese análisis. En su Instrucción reservada número 1 de finales de abril de 1936 señalaría «las circunstancias gravísimas que atraviesa la nación, debido a un pacto electoral que ha tenido como consecuencia inmediata que el gobierno sea hecho prisionero de las organizaciones revolucionarias, llevan fatalmente a España a una situación caótica que no existe otro medio de evitar que mediante la acción violenta». Mola señalaba además que la reacción —en parte civil y en parte militar— debía ser «en extremo violenta», con una durísima represión intimidatoria, como habían ya defendido de manera similar y previa los socialistas en sus instrucciones para el alzamiento armado de octubre de 1934. La conquista del poder debía ir seguida por la implantación de «una dictadura militar». A esas mismas conclusiones había llegado precisamente sir Henry Chilton, el embajador británico en Madrid. En un despacho dirigido el 24 de marzo de 1936 a Anthony Eden le indicaba que sólo la proclamación de una dictadura podría evitar que Largo Caballero desencadenase la revolución, ya que el dirigente del PSOE tenía la intención clara de «derribar al presidente y al gobierno de la República e instaurar un régimen soviético en España». Para justificar ese paso, Largo Caballero tenía intención de aprovechar la celebración de las elecciones municipales en abril. [132] Sin embargo, el gobierno —que recordaba otras elecciones municipales celebradas en abril y sus resultados— optó por aplazar la convocatoria electoral.

El gobierno del Frente popular podía esforzarse en dar una imagen de moderación, pero lo cierto es que para los observadores extranjeros la revolución ya había dado inicio. Así, el 13 de abril, el historiador Arthur Bryant, amigo personal del primer ministro Baldwin, le escribía una carta en la que describía una España sumergida ya en la revolución:

En España las cosas están bastante peor de lo que aquí se cree. En las grandes ciudades y centros turísticos está escondida pero en el resto de los lugares la revolución ya ha comenzado. Hice cinco mil millas por España y, salvo en Cataluña, en las paredes de todos los pueblos que visité había hoces y martillos, y en sus calles pude ver los signos innegables de un profundo odio de clases, fomentado por la agitación creciente de agentes soviéticos. [133]

Como no es difícil entender, las acciones del Frente popular censuradas por los diplomáticos británicos no habían tardado en provocar la reacción de una parte de las derechas. El 8 de marzo de 1936, en casa del agente de Cambio y Bolsa y diputado de la CEDA José Delgado y Hernández de Tejada, se celebró una reunión de generales en la que estaban presentes Franco, Orgaz, Fanjul, Kindelán, González Carrasco, Saliquet, Mola, Varela, Villegas y Rodríguez del Barrio. En el curso de la misma, [134] los militares abordaron el problema de organizar y preparar un movimiento militar que evitara la ruina y desmembración de España. El movimiento —según la opinión prudente de Franco— sólo debería tener lugar en caso de que las circunstancias lo hicieran absolutamente necesario.

Sin duda, ésta fue la reunión preliminar a la conspiración más importante pero no fue la única. Con la misma finalidad, los días 7 y 8 de marzo, Mola se entrevistó con Orgaz, Goded, Ponte, Kindelán y Saliquet; el 9, con los coroneles Ortiz de Zárate y Carrascosa y con un diputado del grupo de Lerroux y el 10 con Franco, Varela y Valentín Galarza, teniente coronel de Estado Mayor y uno de los jefes de la UME. [135] La conjura militar no pretendía tanto la liquidación de la República como la puesta en marcha de un corporativismo militar ligado a un sentimiento patriótico y antirrevolucionario. Precisamente por ello, se consideró que el motivo para el golpe sería que el nuevo Gobierno decidiera la disolución, total o parcial, del Ejército o de la Guardia Civil, y Mola, por ejemplo, insistió en mantener la bandera tricolor y el régimen republicano.

El traslado por parte del Gobierno del Frente popular de algunos de estos militares (Mola, Franco, etc.) a nuevos destinos con la finalidad de impedir que realizaran una solución de fuerza iba, paradójicamente, a ayudar a la preparación del golpe. En concreto, Mola, hasta entonces jefe del Ejército de África, fue enviado a Pamplona como jefe de la XII Brigada de Infantería y comandante militar de la plaza. Antes de acabar marzo se entrevistó con Mola el general Gonzalo González de Lara, destinado en Burgos, quien le instó a que se sublevara en Pamplona y le ofreció secundarle desde la capital castellana. Mola fue consciente de las nulas posibilidades de una acción así y rechazó el ofrecimiento. No había abandonado empero la idea del golpe. [136] Sin embargo, el carácter dirigente de Mola distaba mucho de estar todavía establecido. Así el 19 de abril, un mensajero de Valentín Galarza le comunicó la existencia de un complot fraguado por Varela, Rodríguez del Barrio y Orgaz con asistencia de Villegas, Fanjul y Saliquet. El mismo había sido desarticulado por los dos primeros al haber tenido noticias el Gobierno de lo que se estaba tramando. [137] Al día siguiente, Mola decidió tomar con mayor firmeza —y en exclusiva—

las riendas de la conjura.[\[138\]](#)

A esas alturas, el Frente popular llevaba mucho tiempo preparándose para un choque violento. El 2 de abril, el PSOE llamaba a los socialistas, comunistas y anarquistas a «constituir en todas partes, conjuntamente y a cara descubierta, las milicias del pueblo». Ese mismo día, Azaña chocó con el presidente de la república, Alcalá Zamora, y decidió derribarlo con el apoyo del Frente popular. Lo consiguió el 7 de abril alegando que había disuelto constitucionalmente las Cortes dos veces y logrando que las Cortes lo destituyeran con sólo cinco votos en contra. Por una paradoja de la Historia, Alcalá Zamora se veía expulsado de la vida política por sus compañeros de conspiración de 1930-1931 y sobre la base del acto suyo que, precisamente, les había abierto el camino hacia el poder en febrero de 1936. Las lamentaciones posteriores del presidente de la República no cambiarían en absoluto el juicio que merece por su responsabilidad en todo lo sucedido durante aquellos años.

El 1 de mayo de 1936, Chilton remitía a Eden un nuevo despacho en el que le describía los paralelismos entre la situación española y la rusa con anterioridad al golpe bolchevique de octubre de 1917. Como Kérensky, el actual gobierno era sólo un paso hacia la revolución comunista: «... la perniciosa propaganda comunista se está inoculando en los jóvenes de la nación... Peor todavía fue la sensación de que el gobierno español, débil y cargado de dudas, había dejado el poder en manos del proletariado».[\[139\]](#)

El deterioro de la situación era tan acusado en España que el Western Department del Foreign Office británico encargó a Montagu Pollock un informe al respecto. El resultado fue una «Nota sobre la evolución reciente en España». El documento tiene una enorme importancia porque en el mismo se describe cómo la nación atravesaba por una «fase Kérensky» previa al estallido de una revolución similar a la rusa de octubre de 1917. Entresacamos algunos párrafos de este documento crucial:

Desde las elecciones la situación en todo el país se ha deteriorado de manera constante. El gobierno, en un intento cargado de buenas intenciones de cumplir las promesas electorales, y bajo fuerte presión de la izquierda, ha promulgado un conjunto de leyes que han provocado un estado crónico de huelgas y cierres patronales y la práctica paralización de buena parte de la vida económica del país.[\[140\]](#)

Montagu-Pollock indicaba además que el PSOE se hallaba en el bando «extremista», que «los comunistas han estado armándose con diligencia durante este tiempo y fortaleciendo su organización», que no había «señales de mejora de la situación» y que «las posibilidades de supervivencia del gobierno parlamentario se hacen muy débiles». De especial interés resultaba asimismo la pérdida de independencia del poder judicial: «En muchos lugares, a causa del sentimiento de miedo y confusión creado por la desaparición de la autoridad, el control del gobierno local, de los tribunales de justicia, etc., ha caído en manos de las minorías de extrema izquierda».

El 10 de mayo de 1936, Azaña era elegido nuevo presidente de la República. Tanto para el PSOE y el PCE como para las derechas, el nombramiento fue interpretado como carente de valor salvo en calidad de paso hacia la revolución. De hecho, Largo Caballero afirmaba sin rebozo que

el presente régimen no podía continuar. La resuelta actitud del dirigente del PSOE tuvo, entre otras consecuencias, la de impedir que, por falta del apoyo de su grupo parlamentario, Indalecio Prieto formara gobierno y que Azaña tuviera que encomendar esa misión a Casares Quiroga.

Consciente de la necesidad de apoyo extranjero, el día 15 de mayo Mola se entrevistó con un espía alemán.^[141] Tras recibir la visita de Juan Seguí Amuzara, teniente coronel del Estado Mayor, que le comunicó el apoyo del Ejército de África, Mola redactó el 25 de mayo la segunda Instrucción. En la misma ya aparecían reflejados algunos aspectos militares del golpe de especial importancia. Mola señalaba que el triunfo del golpe exigía, obviamente, la toma de Madrid («el Poder hay que conquistarla en Madrid»). Sin embargo, era consciente de que la misma era muy difícil dada la carencia de apoyo civil: «desgraciadamente... en Madrid no se encuentran las asistencias que lógicamente eran de esperar entre quienes sufren, más de cerca que nadie, los efectos de una situación político-social que está en trance de hacernos desaparecer como pueblo civilizado, sumiéndonos en la barbarie».

Para poder compensar el previsible fracaso en la capital de España, Mola consideraba que era indispensable que el golpe tuviera éxito en un mínimo de lugares («se necesita que la rebeldía, desde el primer momento, alcance una extensión considerable»). Este mínimo era descrito de manera minuciosa por Mola en la Instrucción citada:

... se estima imprescindible, para que la rebeldía pueda alcanzar completo éxito, lo siguiente:

1. Que se declaren en rebeldía las divisiones 5, 6 y 7 con el doble objeto de asegurar el orden en el territorio que comprenden y caer sobre Madrid.
2. Que las fuerzas de la Comandancia Militar de Asturias tengan a raya a las masas de la cuenca minera y puerto de Musel, y que parte de la 8.^a División y guarnición de León refuercen dichas tropas.
3. Que la 3.^a División secunde también el movimiento y disponga dos columnas: una para remontar la costa levantina hasta Cataluña, si fuera preciso, y otra para lanzarla sobre Madrid en ataque demostrativo.
4. Que la 4.^a División se haga cargo del mando y gobierno de la región catalana y tenga a raya a las masas proletarias de Cataluña, coadyuvando de esta forma al movimiento general.
5. Que permanezcan en actitud pasiva las fuerzas que guarnecen Baleares, Canarias y Marruecos, pero que en el caso probable de que el Gobierno acuerde traer a la Península fuerzas de choque a combatir a los patriotas, dichas fuerzas se sumen al movimiento con todos sus cuadros.
6. Que las 1.^a y 2.^a divisiones, si no se suman al movimiento, por lo menos adopten una actitud de neutralidad benévolas, y desde luego se opongan terminantemente a hacer frente a los que luchan por la causa de la Patria.
7. La colaboración de la Marina de Guerra, la cual debe oponerse a que sean desembarcadas en España fuerzas que vengan dispuestas a oponerse al movimiento.
8. La colaboración de las masas ciudadanas de orden, así como sus milicias, especialmente Falange y Requeté.
9. Las líneas naturales de invasión de las Divisiones 3, 5, 6 y 7 son: de la 3, la carretera de Valencia a Madrid por Tarancón; de la 5, Burgos-Aranda de Duero-Puerto de Somosierra-Logroño-Soria-El Burgo de Osma-Riaza-Puerto de Somosierra-Pamplona-Tudela-Soria, etc. (las fuerzas procedentes de Logroño y Pamplona pueden ir, si se estima oportuno, por Almazán y Jadraque); de la 7, Valladolid, Segovia. Luego sobre Villalba por Navacerrada o Somosierra.

El plan contemplado por Mola en la mencionada Instrucción contaba con aciertos indudables. Entre ellos estaban la visión de Madrid como clave del triunfo, la necesidad de aplastar la resistencia de las organizaciones obreristas, la articulación de una serie de triunfos provinciales que permitieran converger sobre la capital para provocar su caída y la necesidad de contar con un elemento civil («masas ciudadanas de orden») que apoyaran el golpe, especialmente, aquel que era

decididamente contrario al régimen y estaba ya acostumbrado al uso de la violencia (Falange y Requeté). No especulaba Mola en relación con el último aspecto. De hecho, pocos días después, José Antonio establecía contacto con él a través de Rafael Garcerán Sánchez.

El plan de Mola adolecía también de algunos defectos importantes. Así, por ejemplo, el papel de la Marina quedaba muy minimizado y, sobre todo, no se hacía referencia ni a las fuerzas de seguridad ni a la parte más eficaz y profesionalizada de las Fuerzas armadas: el Ejército de África. Durante mayo, Mola siguió tanteando las voluntades de distintos militares y el último día de ese mismo mes, Sanjurjo —que residía en Estoril, Portugal— le otorgó plenos poderes para actuar en su nombre.

A medida que pasaban los días, a Mola no se le ocultaba que las posibilidades de que el golpe triunfara eran reducidas y que, por lo tanto, había que estar preparado para todas las eventualidades. Procedió, por lo tanto, a estudiar las acciones militares que habría que llevar a cabo en caso de que se produjera un fracaso. Esta cuestión fue objeto de una nueva Instrucción reservada, de fecha 31 de mayo.^[142] En la misma, se cursaban órdenes a fin de que las vanguardias de la columna procedente de la 7.^a División se hallaran a las treinta y seis horas de iniciado el movimiento ocupando la línea de Avila-Villacastín-Segovia y que veinticuatro horas más tarde las fuerzas de la 7.^a División hubieran ocupado los puertos de Guadarrama y Navacerrada para situarse en la línea Escorial-Collado de Villalba-Moralzarzal y amenazar Madrid. Sin embargo, de manera más realista, se indicaba asimismo que «caso de fracasar el movimiento el repliegue se hará sobre el Duero, primero, y sobre el Ebro, después, debiendo tener presente que en la línea Zaragoza-Miranda ha de extremarse la resistencia, y que Navarra habrá de ser el reducto inexpugnable de la rebeldía».

Es posible también que esa conciencia creciente de lo limitadas que eran las posibilidades de triunfo condujera a Mola a pensar en el uso del terror como arma y en la inclusión de manera activa del Ejército de África en las operaciones militares del golpe. En relación con el primer extremo, en la Instrucción n.^o 5, Mola afirmaba: «Ha de advertirse a los tímidos y vacilantes, que aquel que no está con nosotros, está contra nosotros, y que como enemigo será tratado. Para los compañeros que no son compañeros, el movimiento triunfante será inexorable».^[143]

El mes de junio iba a comenzar con el desencadenamiento de una huelga general de la construcción en Madrid convocada por la CNT con intención de vencer a la rival UGT. El día 5 del mismo mes, el general Mola emitía una nueva instrucción que se ocupaba, en esta ocasión, fundamentalmente de cuestiones políticas. De acuerdo con la misma, una vez que la rebelión tuviera éxito, debía constituirse un Directorio formado por un presidente y cuatro vocales militares, encargándose éstos de los ministerios de Guerra, Marina, Gobernación y Comunicaciones. El citado Directorio gobernaría mediante decretos-leyes refrendados por todos sus miembros y, en su día, por un «Parlamento constituyente elegido por sufragio». Mola señalaba además los primeros decretos-leyes que debían ser aprobados destacando entre ellos el de suspensión de la Constitución de 1931, el de cese del presidente de la República y del Gobierno, el de Defensa de la Dictadura republicana, el de exigencia de responsabilidades a los actuales

gobernantes y a los precedentes, el de declaración de ilegalidad de todas las sectas y organizaciones políticas inspiradas en el extranjero y el de separación de la Iglesia y el Estado, libertad de culto y respeto a todas las religiones. El Directorio debía además comprometerse a no cambiar el régimen republicano, a mantener las reivindicaciones obreras legalmente logradas, a reforzar el principio de autoridad y los órganos de Defensa del Estado.

En los días inmediatamente siguientes, Mola se entrevistó con Cabanellas— jefe de la 5.^a División orgánica, masón y republicano pero adherido a un movimiento que Mola había diseñado como una dictadura militar, republicana y transitoria— y con Garcerán que le comunicó que José Antonio estaba dispuesto a sumar a la Falange al golpe. El 13 de junio, Calvo Sotelo informó a Mola de que solamente esperaba «conocer día y hora para ser uno más a las órdenes del Ejército».

La Instrucción de 5 de junio había señalado como fecha del alzamiento el 24 de junio. Sin embargo, se produjo un nuevo retraso, debido, esta vez, a desacuerdos con los carlistas. Sin embargo, no eran sólo los elementos civiles los que estaban creando problemas a Mola. El mismo Franco seguía manifestando una postura dubitativa en relación con el alzamiento. Desde el 13 de marzo, Franco se encontraba desempeñando un nuevo destino en Santa Cruz de Tenerife, Canarias. Deseaba un cambio de situación, pero todavía esperaba que ésta se produjera de manera pacífica y dentro de la legalidad. De hecho, había aceptado la posibilidad de formar parte de la candidatura derechista por Cuenca en la segunda vuelta de las elecciones en esta ciudad. [\[144\]](#)

Se trataba de una espera vana porque el 10 de junio, el gobierno del Frente popular dio un paso más en el proceso de aniquilación de las libertades aún existentes en el sistema republicano al crear un tribunal especial para exigir responsabilidades políticas a jueces, magistrados y fiscales. Compuesto por cinco magistrados del Tribunal Supremo y doce jurados no sólo era un precedente de los que serían tribunales populares durante la guerra civil sino también un claro intento de aniquilar la independencia judicial para someterla a los deseos políticos del Frente popular.

El 16 de junio, Gil Robles denunciaba ante las Cortes el estado de cosas iniciado tras la llegada del Frente popular al gobierno. Entre los desastres provocados entre el 16 de febrero y el 15 de junio se hallaban la destrucción de 196 iglesias, de 10 periódicos y de 78 centros políticos así como 192 huelgas y 334 muertos, un número muy superior al de los peores años del pistolero. El panorama era ciertamente alarmante y la sesión de las Cortes resultó de una dureza extraordinaria por el enfrentamiento entre los representantes de la «media España que se resiste a morir» y los de la que estaba dispuesta a causarle esa muerte. Calvo Sotelo, [\[145\]](#) por ejemplo, abandonó la sede de las Cortes con una amenaza de muerte sobre su cabeza que no tardaría en convertirse en realidad. [\[146\]](#)

Entre el 20 y el 22 de junio, un congreso provincial del PCE celebrado en Madrid reveló que el partido contaba en Madrid con unas milicias antifascistas obreras y campesinas —las MAOC— que disponían de dos mil miembros armados. Se trataba de un pequeño ejército localizado en la capital a la espera de llevar a cabo la revolución proletaria.

A mediados de junio, Franco renunció finalmente a su propósito de ser elegido diputado. El 22 de ese mes, el abogado y político de la CEDA José Víctor López Vergara entregó a Franco en

Tenerife una carta de Ramón Serrano Suñer y un mensaje verbal de Antonio Goicoechea, el jefe de Renovación Española. Ambos planteaban el interrogante de cuándo Franco se iba a sumar de manera total a la conjura.^[147] El 23 de junio, el general Franco, que seguía manifestando una postura contraria a la sublevación militar, envió una carta dirigida a Casares Quiroga advirtiéndole del drama que se avecinaba e instándole a conjurarla. El texto ha sido interpretado de diversas maneras y, en general, los partidarios de Franco han visto en él un último intento de evitar la tragedia mientras que sus detractores lo han identificado con un deseo de obtener recompensas gubernamentales que habría rayado la delación. Seguramente, se trató del último cartucho que Franco estaba dispuesto a quemar en favor de una salida legal a la terrible crisis que atravesaba la nación. Al no obtener respuesta, llegó a la conclusión de que las más legales estaban cegadas y se sumó a la conspiración contra el gobierno del Frente popular. Era uno de los últimos, pero su papel resultaría esencial aunque esa circunstancia distaba de ser obvia entonces.

La acción directa del Ejército de África iba a contemplarse muy pronto como irrenunciable. Por ello, para Mola había cada vez más desazonante la indecisión de Franco. El 23 de junio, justo el día en que éste escribía su carta a Casares Quiroga, el general Mola se entrevistó con Queipo de Llano^[148] y le instó a que se hiciera cargo del alzamiento en Sevilla. Queipo —que hubiera preferido actuar en Valladolid— aceptó la propuesta. Sin embargo, quedó de manifiesto que no habría posibilidad de éxito sin una rápida intervención de las tropas de África.^[149] Al día siguiente, Mola ordenó al teniente coronel Juan Yagüe Blanco que estuviera preparado para pasar a las tropas de África a España y a marchar con ellas, formadas en dos columnas, empleando «una gran violencia» y «arrastrando todas las fuerzas cívicas simpatizantes», hacia Madrid. Iba quedando así configurada la estructura final del golpe. Éste dependería de manera decisiva de la acción del Ejército de África que marcharía sobre Madrid, buscaría el apoyo de los sectores antirrepublicanos y tendría que caracterizarse por un uso extraordinario de la violencia^[150] que pudiera desarticular cualquier oposición. También había quedado establecido quién dirigiría la rebelión en las distintas regiones. Villegas se ocuparía de Madrid; González Carrasco de Cataluña (sería sustituido después por Goded); Cabanellas de Zaragoza; Queipo de Llano, de Andalucía; Mola, de Navarra y Burgos; Goded, de Valencia; Saliquet, de Valladolid, y Franco, de África.

El mes de julio comenzó con indicios crecientes de que la revolución a la rusa —la que pretendían evitar los conspiradores— ya se había iniciado. El día 2 del citado mes fue asesinado en Barcelona Joseph Mitchell Hood, director de una fábrica textil que sufría un conflicto laboral. El crimen provocó la previsible inquietud en la colonia británica en la Ciudad Condal y las autoridades diplomáticas del Reino Unido hicieron entrega de sendas notas de protesta al gobierno nacional y al de la Generalidad. Sin embargo, no se trataba de un caso aislado sino de una manifestación —de la que los españoles sufrían centenares— del clima creado por las fuerzas del Frente popular. Durante el mes de julio, Largo Caballero realizó algunas declaraciones ante la prensa londinense que no podían sino confirmar la tesis Kérensky de que el actual gobierno sólo era un paso previo a un golpe de izquierdas que desatará la revolución en instaurara la dictadura, tal y como había sucedido en Rusia:

«Deseamos ayudar al gobierno en la realización de su programa; le colocamos donde está sacrificando nuestra sangre y libertad; no creemos que triunfe; y cuando fracase nosotros lo sustituiremos y entonces se llevará a cabo nuestro programa y no el suyo... sin nosotros los republicanos no pueden existir, nosotros somos el poder y si les retiramos el apoyo a los republicanos, tendrán que marcharse». [151]

Difícilmente hubiera podido expresarse con mayor claridad Largo Caballero en cuanto a las intenciones del PSOE, a la sazón el partido más importante del Frente popular. Lo hacía precisamente en el curso de unos días en que Mola era presa del mayor de los desánimos. Contemplaba, desalentado, cómo los grupos a los que había definido como «fuerzas cívicas simpatizantes» —especialmente Falange y la Comunión Tradicionalista— no sólo no respaldaban su proyecto de Dictadura republicana sino que buscaban imponer un objetivo político específico que, lógicamente, podía limitar fatalmente la base social de la rebelión contra el Frente popular. La insistencia de José Antonio en que Falange tuviera un papel que, en términos sociales y numéricos, era absolutamente desproporcionado y la de la Comunión Tradicionalista en imponer una restauración monárquica pudieron hacer fracasar el desencadenamiento del golpe. [152] De hecho, en esa época, Mola estudió la posibilidad de pedir el pase a la reserva y abandonar la conspiración. Los motivos para esta actitud no eran baladíes ya que apenas unos días antes del golpe, se iba manifestando ante Mola una realidad innegable: el Ejército solo no podía triunfar y las fuerzas dispuestas a ayudarlo tenían unas miras que, desde su punto de vista, podían ser destructivas precisamente por su carácter partidista. Una carta suya de 9 de julio, dirigida al carlista Fal Conde, deja de manifiesto hasta qué punto se encontraba hastiado el «Director» del egoísmo particularista que manifestaban los diversos grupos que participaban en la conjura. En la misma, Mola, entre otras cosas, le decía:

Al recibir su carta de ayer he adquirido el convencimiento de que estamos perdiendo el tiempo. El precio que usted pone para su colaboración no puede ser aceptado por nosotros. Al Ejército le interesa la salvación de España; nada tiene que ver con la ambición de los partidos. Recurrimos a ustedes porque contamos únicamente en los cuarteles con hombres uniformados, que no pueden llamarse soldados; de haberlos tenido, nos hubiéramos desenvuelto solos. El tradicionalismo (los carlistas) va a contribuir con su intransigencia de modo tan eficaz como el Frente popular al desastre español. De cuantos han actuado en esta aventura, la única víctima voy a ser yo. Será el pago a mi buena fe.

El día 10 de julio, el general Batet se entrevistó con Mola en el monasterio de Irache [153] —el mismo escenario donde Mola se había reunido para conspirar con el carlista Fal Conde muy poco antes— y le preguntó directamente si estaba implicado en una conspiración contra el Gobierno. Al final de la conversación, Mola dio al general Batet su palabra de honor de que no estaba «comprometido en ninguna aventura». No debía estar muy seguro el general del carácter de su respuesta cuando en el curso del viaje de regreso a Pamplona se preguntó retóricamente si «lanzarse a defender la Patria puede considerarse como una aventura». El 11 de julio de 1936 despegaba el *Dragon Rapide* encargado de recoger a Franco para que encabezara el golpe militar en África. A pesar de todo, Franco distaba mucho de estar adherido a la sublevación. Unas horas después envió a Mola una comunicación informándole de que no formaría parte de la insurrección. [154] Al final, las últimas suspicacias entre las distintas fuerzas que apoyaban el

alzamiento contra el gobierno del Frente popular serían vencidas por un hecho inesperado incluso en el clima revolucionario en que se hallaba inmersa España.

A esas alturas, las fuerzas de seguridad —muy infiltradas por el PSOE— ya estaban llevando a cabo detenciones ilegales de derechistas conocidos^[155] en un claro antecedente de lo que sería luego el terror rojo. El 12, el falangista Alfonso Gómez Cobián asesinó al teniente de la Guardia de Asalto, José del Castillo, cuando abandonaba su domicilio.^[156] Se trataba de una represalia por el papel que Castillo había desempeñado en actividades violentas del Frente popular. Durante bastante tiempo se ha considerado que ese crimen fue la causa del asesinato unas horas después del político derechista Calvo Sotelo. La realidad es muy distinta. El asesinato de Castillo coincidió con la oleada de violencia que ya había puesto en funcionamiento el PSOE. De hecho, varios guardias de asalto de filiación socialista y muy relacionados con Indalecio Prieto se dirigieron a la casa de Goicoechea, el jefe de los monárquicos, y de Gil Robles con la intención de asesinarlos. Al no encontrarlos en su domicilio, se encaminaron al de Calvo Sotelo. Allí lo aprehendieron, para después asesinarlo y abandonar su cadáver en el cementerio. Sin embargo, la decisión para ese asesinato la había tomado la masonería mucho antes, el 9 de mayo de 1936, tal y como relataría en 1978, el masón Urbano Orad de la Torre.^[157] Esta circunstancia explica que el jefe del gobierno, Santiago Casares Quiroga, también masón, hubiera amenazado a Calvo Sotelo con la muerte en una sesión parlamentaria celebrada menos de un mes antes. No en vano, Calvo Sotelo había denunciado «la infiltración de la masonería en todos los órganos del Estado, incluso en el de los militares». No exageraba. A la sazón eran masones el presidente de la República, el jefe del gobierno, el presidente de las Cortes, el ministro de Estado, el ministro de Marina, el director general de Seguridad —del que dependían las fuerzas de Orden Público— el jefe del cuartel de Pontejos y el capitán Fernando Condes, jefe del comando que asesinó a Calvo Sotelo. Pero lo peor no era que el gravísimo crimen tuviera una relación directa con la masonería. Lo peor era que lo habían perpetrado miembros de las fuerzas de seguridad del Estado al mando de un capitán de la Guardia Civil. En todos ellos, la fidelidad al Frente popular había prevalecido sobre su deber como funcionarios al servicio de todos los ciudadanos.

Cuando Julián Zugazagoitia, el director de *El Socialista*, se enteró de quiénes eran los autores del asesinato de Calvo Sotelo comentó: «Este atentado es la guerra». A decir verdad, el hecho de que el asesinato de Calvo Sotelo hubiera sido predicho en una sesión de las Cortes por el presidente del gobierno sólo sirvió para convencer a millones de personas de que el gobierno y las fuerzas que lo respaldaban en el parlamento perseguían poner en marcha a escala nacional unos acontecimientos semejantes a los que había padecido Asturias durante el mes de octubre de 1934 y, de manera lógica, contribuyó a limar las últimas diferencias existentes entre los que preparaban un golpe contra el Frente popular. El 14 de julio, Mola concluyó el acuerdo definitivo con los tradicionalistas, mientras José Antonio, el dirigente de Falange que estaba encarcelado desde primeros de año, enviaba desde la prisión de Alicante a un enlace (Garcerán) para que presionara en favor de adelantar el golpe. El asesinato tuvo incluso la consecuencia de disipar cualquier duda de Franco. El 15, Mola recibió un contramensaje en el que le anunciaba su participación definitiva

en el alzamiento. [158]

El 16, Gil Robles afirmó ante las Cortes que no creía que el gobierno estuviera implicado en la muerte de Calvo Sotelo, pero que lo consideraba responsable moral y políticamente. El gobierno, por su parte, estaba al tanto de los preparativos de golpe, pero creía que la táctica mejor sería esperar a que se produjera para luego sofocarlo como el 10 de agosto de 1932. De hecho, el día 15 el ministro de Marina había ordenado telegráficamente que el destructor *Churruca* saliera destino a Cádiz para ponerse a las órdenes del gobernador civil, y el *Almirante Ferrándiz* hacia Barcelona. También ansiaban el alzamiento las fuerzas del Frente popular que creían en una rápida victoria en una guerra civil que habían contribuido, en especial desde 1934, decisivamente a desatar. Para ellas, 1936 iba a ser la consumación de una forma de pensamiento que se consideraba hiperlegitimada, que despreciaba el sistema parlamentario en la medida en que no respaldara la implantación de sus respectivas teorías, que ya había aniquilado un sistema constitucional y que se aprestaba a destruir otro más en la certeza de que el triunfo se hallaba más cerca que nunca. Chocarían así en una terrible guerra civil dos formas de violencia. Una, la revolucionaria —como en Rusia, Finlandia y México— estaba dispuesta en virtud de su cosmovisión anti-sistema y antiparlamentaria al exterminio del adversario considerando como tal a segmentos íntegros de la población; la otra, contrarrevolucionaria —como en Rusia, Finlandia y México— iba a lanzarse a una reacción violenta que impidiera la revolución, salvara a sectores enteros de la sociedad de sus efectos y disuadiera de intentos futuros de ese mismo signo. Si amplio era el espectro político del Frente popular —desde el republicanismo de izquierdas de corte mexicano al PCE y los anarquistas pasando por el PSOE— no menos lo era el de los alzados. Sin embargo, como ha señalado muy acertadamente Casas de la Vega existía un aglutinante indiscutible del alzamiento de 1936:

Sí señor, éste era el verdadero lazo de unión de las fuerzas nacionales, guste ahora o no guste. No era una cuestión de régimen o de bandera o de alianzas externas... Lo que caracterizaba a los que habían de estar del lado nacional, era que iban a misa o que pertenecían a una familia en la que se rezaba o que vivían en una casa en la que había imágenes religiosas colgadas en las paredes. Al igual que en México o Rusia los sublevados deseaban protegerse de los efectos devastadores de la revolución, la religión, la patria y la vida normal.

SEGUNDA PARTE
La reacción

*Fue un día del mes de julio...
¡Cómo se movía España!
Iban los hombres cantando
«Cara al sol» de madrugada,
por los campos y ciudades españolas
cuando el León despertaba.
Vieron que no estaba muerta,
sino dormida, la Raza.
Atravesaron los llanos,
escalaron las montañas,
y pronto brilló en las cumbres
más escarpadas y altas
el pabellón de Castilla,
la bandera roja y gualda (...)
y se encuentran en las cumbres
de un nuevo Imperio que avanza
por los llanos de Castilla
y los montes de Navarra (...)*

A. UREÑA, «Cómo se salvó España»

*Noche de julio de mil novecientos treinta y seis.
El fraile le dice al cura:
«Saca tu trabuco y ven.
Que se va a armar la de Dios.
¡La de Dios es Cristo Rey!»
El cura habló con Gil Robles;
Quiñones con Saliquet;
Saliquet con Cabanellas;
Cabanellas con Goded;
Goded con Mola y con Franco;
Franco con un Mohamed
traidor a los suyos antes,
ahora a los nuestros también
el mohamed con Fanjul;
Fanjul con Queipo después...
Y todos con los del Tercio,
y los del Tercio con el
contrabandista Juan March,*

*parto de zoco y burdel.
Y todos —dinero infame,
perjurio, traición, memez—
armados de armas del pueblo,
quieren al pueblo vencer...*

Anónimo, «18 de julio»

El inicio del alzamiento

Victoria en África^[2]

La mañana del 17 de julio, Yagüe telegrafió al teniente coronel Coco la hora prevista para el alzamiento en Marruecos. Sin embargo, comenzó en Melilla de manera inesperada —y precipitada— para sus planificadores. La mañana del 17 de julio, el general Romerales, jefe de la Circunscripción Oriental, había señalado que no existía ningún peligro de sublevación militar. Por la tarde, por lo tanto, los conspiradores, dirigidos por el coronel Solans, y los tenientes coronel Seguí, Gazapo y Bartomeu, estaban reunidos en la Comisión Geográfica de Límites aparentemente sin ningún temor a interferencias molestas. Sin embargo, en el interim, Romerales recibió órdenes de Madrid para que se realizara un registro en el edificio de la Comisión. La llegada de los guardias de asalto provocó la lógica inquietud de los conspiradores, que comprendieron que sus planes podían verse abortados. De manera inmediata, el teniente coronel de Estado Mayor Darío Gazapo se opuso a los guardias de asalto alegando que para efectuar un registro en una dependencia militar necesitaba la autorización previa del general Romerales. A éste telefoneó Gazapo y, al saber por él, que la orden en cuestión había sido dada, los conspiradores decidieron distraer a los guardias mientras Gazapo avisaba telefónicamente al Tercio para que se adelantara el horario de la rebelión.

Ante la aparición de una fuerza de legionarios, los guardias de asalto que habían ido a efectuar el registro se sumaron a la rebelión y se procedió —según lo planeado— a ocupar la Delegación del Gobierno y la Comandancia Militar. En este último enclave, el general Romerales fue detenido a punta de pistola por los insurrectos.^[3] Lo mismo sucedió con algunos oficiales, como el teniente coronel de la Legión Luis Blanco Novoe, que pretendieron enfrentarse con los sublevados. El teniente coronel Maximino Bartomeu procedió a declarar el estado de guerra en nombre del general Franco. La resistencia a la sublevación resultaría de escasa duración ya que las fuerzas del Tercio y Regulares, llegadas de Segangan y Tauima, la aplastarían aquella misma noche.

Cuando Casares Quiroga conoció la noticia, se puso en contacto con el jefe superior de las Fuerzas Militares de Marruecos, el general Gómez Morato, que se encontraba en Larache. Gómez Morato ignoraba lo que había sucedido en Melilla pero, puesto al tanto por Casares, se desplazó en avión a Tauima. Al aterrizar en el aeródromo de esta localidad, descubrió que la misma se encontraba ya en poder de los alzados. Hecho prisionero, allí concluyó su carrera militar.^[4]

El éxito de los rebeldes en Melilla se repitió prácticamente en las otras guarniciones de Marruecos, salvo en Larache, donde el teniente coronel Luis Romero Bassart, jefe del grupo local

de Regulares, resistió apenas unas horas refugiándose luego en la zona francesa del Protectorado.

En Ceuta, el jefe supremo de la guarnición, Oswaldo Fernández de la Caridad Capaz Montes, se encontraba ausente con ocasión de un permiso solicitado, quizá, para evitar el verse envuelto en una rebelión que estaba prevista. Su sustituto, el coronel de Artillería Arturo Díaz Clemente, al conocer lo sucedido en Melilla cayó en la indecisión. Fue la peor actitud que podía haber tenido. Los oficiales a sus órdenes se le insubordinaron y él fue posteriormente expulsado del Ejército. A las 11 de la noche, el teniente coronel Juan Yagüe, jefe de la Legión, sacó las tropas a las calles y controló sin resistencia la plaza.

En Tetuán, al conocer el jefe de los conspiradores, coronel Eduardo Sáenz de Buruaga, lo sucedido en Melilla, procedió a actuar de manera inmediata. Incomunicado el Alto Comisario interino, Arturo Álvarez Buylla, en la noche del 17 al 18, los regulares entraron en la localidad y se apoderaron de los lugares estratégicos. En menos de una hora, Tetuán se hallaba en manos de los alzados con la excepción del aeródromo de Sania Ramel, cuyo jefe, un primo del general Franco, llamado Ricardo de la Puente Bahamonde, permaneció leal a la República y no se rindió «hasta consumir el último cartucho». [5] Aunque casado con una católica devota, de la Puente Bahamonde —al que Francisco Franco Salgado-Araujo definió como «excelente jefe y persona honrada, seria y fiel a sus arraigados ideales»— [6] había sido leal al gobierno del Frente popular y pagaría cara esa actitud. Procesado en juicio sumarísimo por un tribunal militar, fue sentenciado a muerte y fusilado unos días después. No es cierto, sin embargo, como se ha afirmado en alguna ocasión, que su propio primo carnal, el general Francisco Franco, firmara la sentencia.

El día 18, hacia las tres de la tarde, la aviación republicana bombardeó el aeródromo de Sania Ramel y el edificio de la Alta Comisaría. Tres bombas cayeron en el barrio moro cercano a este último edificio y fue necesaria la intervención directa del Gran Visir del Jalifa, Sidi Hamed el Gammia, para acallar los ánimos de los nativos. El 19, sobre las siete y media de la mañana, Franco aterrizó en Sania Ramel, donde lo esperaba Sáenz de Buruaga con un automóvil descubierto.

A su paso por las calles de Tetuán, fue vitoreado por gente que lo conocía de su carrera africana. Franco —hombre prudente— llegó al enclave cuando el triunfo de la rebelión era un hecho. En apenas unas horas, asumió el mando del ejército destacado en Marruecos, consiguió la colaboración del caíd Solimán el Jatabí —que manifestó su deseo de unirse al alzamiento al lado de Franco— y decidió imponer al Gran Visir la primera condecoración de la contienda: una Cruz laureada de San Fernando. En África, de manera relativamente rápida y con escasa oposición, el golpe había triunfado.

Andalucía

El triunfo de los alzados en África provocó la reacción del gobierno del Frente popular. Al final de la tarde del 17 salió del Ministerio de la Guerra el general Núñez de Prado, inspector general de la Aviación Militar, con la misión de hacerse cargo de las fuerzas militares destacadas en Marruecos. No llegó a cumplir su misión. El corte de las comunicaciones con la Alta Comisaría

puso de manifiesto que la única salida para frustrar la rebelión ya no podía ser la sustitución de mandos sino el estrangulamiento del foco alzado. Así, el ministro de Marina ordenó que zarparan hacia el Estrecho dos agrupaciones navales. El 17 abandonó Cartagena el destructor *Lepanto* para ponerse a disposición del gobernador civil de Almería. En cuanto al *Sánchez Barcáiztegui* y el *Almirante Valdés* llegaron a las cercanías de Melilla el día 18 a las cinco de la madrugada. Aunque la misión de éstos era provocar el hundimiento de cualquier barco que trasladara tropas a la Península, lo cierto es que fondearon y establecieron contacto con los sublevados. Cuando zarparon de nuevo, la intención de los mandos era la de regresar a Melilla y sumarse a la rebelión. Si no lo consiguieron fue debido a que las tripulaciones se amotinaron sobre las siete de la tarde y, tras destituirlos, se afirmaron en el propósito de defender al gobierno del Frente popular. Finalmente, el *Lepanto*, cuyo comandante era leal, siguió navegando cerca de Melilla, el *Almirante Valdés* se dirigió a Cartagena y el *Sánchez Barcáiztegui* a Málaga.

Por obediencia a los mandos superiores o por imposición de la marinería que se sublevó en no pocas embarcaciones asesinando a los oficiales y tomando el mando, lo cierto es que en su mayor parte los buques se mantuvieron leales al Frente popular.^[7] De hecho, el porcentaje de oficiales asesinados en los barcos por los seguidores del Frente popular resulta verdaderamente escalofriante.^[8] Excepción fueron algunos buques menores y, sobre todo, el cañonero *Dato* y el destructor *Churruca*. De hecho, estos dos escoltaron en la noche del 18 al 19 de julio a los transportes *Cabo Espartel* y *Ciudad de Algeciras* que desembarcaron en Algeciras y Cádiz a los tabores 2.^º y 1.^º de Regulares de Ceuta.

La Dirección General de Aeronáutica no permaneció pasiva ante la rebelión. Así, ordenó que todos los trimotores Fokker-VII se trasladaran al aeródromo de Tablada, Sevilla, para bombardear el foco nacional de Marruecos el día 18.^[9] Al mediodía, los Fokker-VII de la LAPE y algún Breguet-XIX del grupo 22 realizaron servicios sobre Tetuán y Melilla. Por la tarde, como ya señalamos, dos Fokker-VII volvieron a repetir la misión cayendo tres bombas en el barrio moro de Tetuán.

La reacción gubernamental había sido rápida pero, en cuanto a los resultados, pobre e insuficiente. Para desgracia además del Frente popular, el alzamiento no sólo no se iba a limitar a África sino que se extendería en cuestión de horas a otros lugares. Andalucía fue la primera región de la Península en la que tuvo lugar. A las dos de la tarde del 18, se sublevó el inspector general de Carabineros, general Queipo de Llano, en Sevilla. La importancia de esta ciudad resultaba considerable en la medida en que era cabecera de división y albergaba fuerzas de Infantería, Caballería y Artillería. Aunque el general José Fernández de Villa-Abrille Calivara, destacado en Sevilla, tenía la intención de enfrentarse con cualquier conato de sublevación, lo cierto es que la resistencia que Queipo encontró entre los jefes militares fue ciertamente escasa. Tras detener a Villa-Abrille y a otros mandos, Queipo, cargado de audacia y provisto de escasas fuerzas, comenzó a visitar a los militares que ostentaban mando sobre las unidades acantonadas en Sevilla logrando o su sustitución o su colaboración. El hecho de que el regimiento de Artillería se sometiera a sus órdenes permitió a Queipo emplazar baterías frente al edificio de Teléfonos y al

del Gobierno Civil así como detener al gobernador y a las autoridades locales.

Al caer la noche del 18, Queipo ordenó, con resultado desigual, que se decretara el estado de guerra en toda Andalucía, a la vez que controlaba el centro de la ciudad. Contando con escasas fuerzas —no mucho mas de un centenar de hombres— el general distaba mucho de poder extender su dominio a los barrios obreros. De hecho, en éstos las organizaciones del Frente popular se habían hecho con el control de la calle. En esa situación, que podría haber significado su final, Queipo volvió a recurrir a una mezcla de astucia y audacia. En primer lugar, puso en libertad a los presos políticos encerrados por el Frente popular con los que nutrió sus limitados efectivos y, a continuación, comenzó a utilizar un instrumento del que demostraría ser un consumado maestro: la radio. La noche del 19, Queipo comenzó su uso de la guerra psicológica. Así anunció que «todas las tropas de Andalucía, con cuyos jefes he comunicado por teléfono, obedecen mis órdenes y se encuentran ya en las calles»^[10] y que los opositores «serían cazados como alimañas».^[11] Al día siguiente, Queipo hizo saber por el mismo medio que fusilaría a los «organizadores» de la «huelga general», así como a «los Comités directivos de todos los oficios que se sumen al paro».^[12]

Queipo de Llano era consciente de la debilidad de su situación y de la carencia de apoyo popular con que se encontraba. No resulta, por ello, extraño que tuviera que fiarlo casi todo a la intimidación. Sólo el día 23, tras la rendición del barrio de Triana, quedó Sevilla totalmente en sus manos. Hasta entonces utilizó su artillería contra zonas como los barrios obreros, donde la resistencia resultó más encarnizada. La victoria, sin embargo, no significó el final de las muertes. Se ha llegado a afirmar que Queipo no fusiló a menos de diez mil personas.^[13] La cifra real de víctimas de la represión en Sevilla —incluidas las de la posguerra— es de 2861 personas.^[14] Sí es cierto que Queipo de Llano realizó un uso propagandístico de la represión como una forma de quebrantar la resistencia al alzamiento. El 24 de julio anunció por radio que iba a «imponer un durísimo castigo para acallar a esos idiotas congéneres de Azaña». Con esa finalidad, señaló: «Por ello facuto a todos los ciudadanos a que cuando se tropiecen a uno de esos sujetos lo callen de un tiro. O me lo traigan a mí que yo se lo pegaré».^[15] Al día siguiente señalaba que por cada víctima que se produjera en el otro bando, él haría «lo menos diez»^[16] y añadió que «hay pueblos donde hemos rebasado esta cifra».

En Córdoba, el coronel de Artillería Ciriaco Cascajo Ruiz, obedeció la consigna de Queipo sin encontrar oposición alguna ya que, de hecho, el gobernador civil, Antonio Rodríguez de León, veía con buenos ojos el alzamiento. Cascajo era, como Queipo, consciente de lo delicado de su situación y también optó por llevar a cabo una política de represión que atemorizara a los posibles desafectos. Desde el 18 de julio hasta que concluyeran las ejecuciones de la posguerra a mediados de los años cuarenta, 4248 personas fueron fusiladas en la provincia de Córdoba.^[17]

En Cádiz, el comandante militar de la plaza, general José López Pinto, a primeras horas de la tarde y siguiendo instrucciones de Queipo, puso en libertad al general José Enrique Varela Iglesias, recluido en el castillo de Santa Catalina de Cádiz. Este militar sería el que, realmente, dirigiría desde ese momento la rebelión. La misma no transcurrió sin dificultad. El gobernador civil, Mariano Zapico Menéndez-Valdés, se opuso enérgicamente a Varela que había sacado las

tropas a la calle. Pese a la desigualdad de medios, los rebeldes se vieron obligados a pedir la ayuda del teniente coronel Yagüe que se había impuesto, como vimos, en Ceuta. El desembarco de los Regulares selló en la madrugada del día 19 el destino de las autoridades del Frente popular que fueron detenidas junto con los dirigentes de los partidos republicanos y de los sindicatos.

En Málaga, el comandante militar de la plaza, general Francisco Patxot Madoz, había decidido sumarse al alzamiento tan sólo unos días antes al tener noticias del asesinato de José Calvo Sotelo. Su caso era similar al de, como mínimo, decenas de miles de españoles. El 18, dando vivas a la República, fuerzas bajo sus órdenes fijaron el bando en que se decretaba el estado de guerra. El éxito de la rebelión, que por unas horas pareció seguro, estuvo a punto de verse abortado. Por un lado, el gobernador civil, perteneciente a Izquierda Republicana, se negó a entregar el poder y decidió resistir; por otro, la Guardia Civil optó por mantenerse en los cuarteles. Finalmente, las organizaciones del Frente popular se lanzaron a la calle, apoyadas por los guardias de asalto y los carabineros.^[18] Carentes de los refuerzos que esperaban de África pero, sobre todo, abrumadas por una resistencia que no esperaban, los rebeldes no supieron reaccionar. Uno tras otro, los acuartelamientos fueron rindiéndose prácticamente sin resistencia y el mismo Patxot fue hecho prisionero.

En Granada, el comandante militar de la plaza, general Miguel Campins Aura, estaba inicialmente comprometido con la rebelión. El 18 de julio, sin embargo, se entrevistó con el gobernador civil, César Torres Martínez, y algunos dirigentes frentepopulistas y les garantizó que no se sumaría a la rebelión e incluso que, llegado el caso, entregaría armas a las milicias de los partidos de izquierdas y de los sindicatos. Al día siguiente, tras una conversación telefónica con el ministro de la Guerra, incluso se dirigió a los cuarteles para recomendar a la oficialidad que se mantuviera al margen del golpe ya que éste había fracasado. Campins debía estar convencido de esta afirmación porque incluso planeó organizar una columna contra Córdoba y entregó el aeródromo de Armilla a un capitán de aviación que había llegado procedente de Los Alcázares. El día 21, Armilla volvería a caer, sin embargo, en manos de los alzados. Si la rebelión no se vio abortada se debió a la decisión de la oficialidad, de la Guardia Civil, de los guardias de asalto y de los carlistas y falangistas. Obligado por su ayudante, el comandante Francisco Rosaleny, que se había colocado a las órdenes de Queipo de Llano, Campins firmó el día 20 el bando en que se declaraba el estado de guerra. Se trataba sólo de una formalidad porque, de manera inmediata, fue destituido por sus hombres y el mando de la rebelión lo asumió el coronel Antonio Muñoz Jiménez. Campins, siguiendo las órdenes de Queipo, fue trasladado en avión a Sevilla donde se le fusilaría el 16 de agosto.^[19]

La primera acción de los rebeldes consistió en sacar las tropas a la calle y en detener a cualquier sospechoso de lealtad al Frente popular. Como en Sevilla, la resistencia se concentró en áreas obreras —en este caso el Albaicín— y duró de manera desesperada durante unos pocos días. También a semejanza de la capital hispalense y de Córdoba, la represión desencadenada por los rebeldes fue durísima en la medida en que eran conscientes de su delicada situación estratégica. Bajo la dirección del falangista y comandante del Cuerpo de Intervención militar, José Valdés Guzmán, y con la colaboración, entre otros, del capitán de Infantería José María Nestares Cuéllar,

del comandante de la Guardia Civil Mariano Pelayo Navarro; del antiguo diputado de la CEDA Ramón Ruiz Alonso y del jefe de policía Julio Romero Funes, se produjeron docenas de fusilamientos durante el mes siguiente. Durante la guerra y la posguerra, el número de fusilados por los nacionales en toda la provincia fue de 2381.^[20] De ellos el más conocido —en buena medida como consecuencia de la propaganda frentepopulista— fue la del poeta Federico García Lorca, que, de manera bien significativa, también había sido criticado en la prensa del Frente popular en Madrid.^[21]

En Almería, el estado de guerra no fue declarado hasta el día 20 de julio por el teniente coronel de Infantería Juan Huertas Topete. La rebelión discurrió inicialmente con éxito pero, como en otros lugares, se asentaba sobre bases muy quebradizas a causa de su falta de apoyo popular. De hecho, bastaron la llegada de un centenar de soldados procedentes de Granada y la aparición en el puerto del destructor *Lepanto*, que había zarpado de Cartagena, para que Huertas optara por entregarse a las fuerzas leales al Frente popular.

Jaén fue, en cierta medida, una excepción a lo sucedido en otras capitales andaluzas. La guarnición de la plaza —una compañía de Infantería— no hizo intento de sublevarse posiblemente al estar concentrada en esta localidad la totalidad de las fuerzas de la Guardia Civil de la provincia (unos 800 hombres) al mando del teniente coronel Pablo Iglesias Martínez.

El 20 de julio, el general Sanjurjo, jefe formal de la sublevación, murió en un accidente de avión cuando pretendía llegar a España. Al día siguiente, el resultado de la rebelión en Andalucía distaba mucho de ser satisfactorio para los sublevados. Controlaban prácticamente Sevilla, Córdoba y Granada, pero el control de estas urbes no se correspondía con el de las provincias del mismo nombre aunque, ocasionalmente, existieran algunos focos rebeldes aislados como el santuario de Nuestra Señora de la Cabeza.^[22] Si la situación no era del todo desesperada se debía a dos factores. El primero era el hecho de que el triunfo en Cádiz, en Algeciras (gracias a la rápida y audaz actuación del teniente coronel de Infantería Manuel Coco Rodríguez) y en Jerez (donde dirigió el alzamiento el marqués de Casa Arizón, comandante Salvador Arizón Mejía) permitía establecer un corredor desde Algeciras a Córdoba que estaba controlado por Queipo. El segundo consistía en que la rebelión había triunfado en África y era de esperar que se produjera en breve la llegada de los Regulares y de la Legión. Ambas fuerzas formaban parte de lo más granado y profesional del Ejército español.

Zaragoza y la 5.^a División

Durante la tarde del 17 y el 18, el gobierno de Casares Quiroga envió a las divisiones 5, 6 y 7 a los generales Núñez de Prado, Mena y García Gómez Caminero y al contraalmirante Ramón Fontenla a San Javier con la finalidad de desarticular cualquier conato rebelde. Asimismo destituyó al general González de Lara y a los jefes de las flotillas de submarinos, y sustituyó al contraalmirante Navia Ossorio por el capitán de fragata Fernando Navarro Capdevila. Las medidas iban a obtener un resultado mediocre con la excepción de las referidas a la Marina e incluso en este caso, posiblemente, tuvo más que ver con la manera en que la marinería, afecta al Frente

popular, se entregó a asesinar a sus oficiales y a hacerse con el control de las naves.

A las cuatro de la tarde del 18, apenas unas horas después de que Queipo se hubiera alzado en Sevilla, el general Núñez de Prado llegaba en avión a Zaragoza, cabecera de división, con la misión de yugular cualquier posible conato de sublevación. El jefe supremo de la ciudad era el general Cabanellas. Aunque masón y republicano, Cabanellas había experimentado la evolución de otros compañeros de logia y, temeroso de las consecuencias que derivaban de la política del Frente popular, se había sumado a la conspiración. Cabanellas había prometido telefónicamente a Casares que saldría de Zaragoza en automóvil para dar cuentas de la situación de la ciudad ante el Consejo de ministros. De haber actuado así, Núñez de Prado hubiera tomado el mando militar y hubiera evitado el triunfo de la rebelión. Sin embargo, los acontecimientos discurrieron de manera muy distinta. Cabanellas se mantuvo en Zaragoza —donde la presencia de una numerosa base anarquista convertía el éxito del alzamiento en extremadamente difícil— y dio órdenes de no lanzarse a la calle antes del momento convenido: las cinco de la madrugada del 19 de julio. Sólo el tira y afloja con Núñez de Prado (que se sorprendió al encontrarlo en Zaragoza y que exigió su renuncia) obligó a Cabanellas a adelantarse a lo previsto. Tras haber detenido a Núñez de Prado, Cabanellas recibió una llamada de Martínez Barrio en la tarde del 18 de julio. El dirigente republicano puso en conocimiento del general su deseo de evitar el estallido de una guerra civil y de llegar a un acuerdo. Con esa finalidad, estaba dispuesto a formar un gobierno en el que, bajo su presidencia, podrían participar algunos de los generales alzados. La respuesta de Cabanellas fue breve, pero terminante: «¡Demasiado tarde!»

A las once de la noche, Cabanellas ordenó emplazar una batería en el Paseo de la Independencia y otras en diversos lugares estratégicos, a la vez que se situaban ametralladoras en diversos emplazamientos como la Universidad. La respuesta de un sector importante de la población fue de entusiasta apoyo que se manifestó en gritos de «Viva la Guardia Civil» y «Viva España». En el curso de la noche del 18 de julio, fueron detenidos docenas de dirigentes frentepopulistas así como el alcalde de la ciudad, Martínez Andrés, y el gobernador civil, Vera Coronel. Sin embargo, el estado de guerra no fue declarado hasta la hora prevista del día 19. El bando afirmaba que la rebelión se producía «pensando sólo en los altos intereses de España y de la República» y subrayaba la «tradición democrática» de Cabanellas.

Aunque la sublevación había triunfado con relativa facilidad y no carecía de falta de apoyo popular, no era menos cierto que su éxito distaba de ser algo irreversible. El hecho de que la CNT decretara la huelga general y de que la plaza ocupara un lugar de extraordinaria importancia dentro del organigrama estratégico-geográfico del golpe ocasionó una oleada represiva. De acuerdo con los datos suministrados por el Colegio de Abogados de Madrid, el número de fusilamientos llevado a cabo en la ciudad no fue inferior a los dos millares y en la ejecución de los mismos tendrían un papel especial el jefe provincial de Falange, Jesús Muro, el teniente coronel de Estado Mayor Darío Gazapo Moreno y muy especialmente el de Caballería Gustavo Urrutia.^[23] En toda la provincia, durante la guerra y la posguerra, la represión llevada a cabo por los nacionales sería de las más elevada de España, superando a las sufridas en Madrid, Barcelona y Bilbao, y llegando a 5924 personas.^[24]

El éxito de la rebelión en Zaragoza repercutió, de manera lógica, en el resto de guarniciones de la 5.^a División. En Huesca, el general Gregorio de Benito Terraza, siguiendo las órdenes recibidas de Cabanellas, proclamó el estado de guerra y detuvo al gobernador civil, Agustín Carrascosa Carbonell, sin que se produjera prácticamente resistencia, dado el respaldo popular de que disfrutó. Esa circunstancia explica, muy posiblemente, que la represión nacional durante la guerra y la posguerra alcanzara en toda la provincia a 721 personas, una de las más bajas de toda España.^[25] En Calatayud, el triunfo rebelde se produjo el mismo día 18 merced a la participación del regimiento de Artillería Ligera n.^º 10 mandado por el coronel Mariano Muñoz Castellanos. En Jaca, el alzamiento se produjo en la madrugada del 19. Al contrario de lo sucedido en Huesca, los alzados tuvieron que enfrentarse con la resistencia de algunos vecinos encabezados por el alcalde, Julián Mur Villacampa. La misma fue finalmente sofocada, pero no antes de que los rebeldes sufrieran cerca de una treintena de bajas.

La última plaza de la división en sumarse al alzamiento fue Soria. El 21 de julio, el comandante militar, teniente coronel de Infantería Rafael Sevillano Carvajal, en colaboración con el jefe de la Guardia Civil, Ignacio Gregorio Muga Díez, declaró el estado de guerra. Semejante retraso en relación con otras localidades resultó fatal para este último. Aquel mismo día por la noche el coronel García Escámez, que acababa de entrar en la ciudad autoimponiéndose el título de «Libertador», procedió a destituirlo acusándolo de pasividad. Como en otros lugares de España, el alzamiento gozó de un notable apoyo popular. De ahí que la cifra de la represión fuera muy reducida —la más baja de España— alcanzando en toda la provincia la cifra de 53 personas, incluidas las fusiladas durante la posguerra.^[26]

Valladolid y la 7.^a División

El 18 de julio, el teniente coronel Sánchez Plaza, inspector general del Cuerpo de Seguridad y Asalto, acudió a Valladolid, cabecera de la 7.a División, para conducir a Madrid los efectivos locales del cuerpo. El hecho de que sólo la primera compañía cumpliera las órdenes y las otras se insubordinaran precipitó en esta capital el estallido de la rebelión. Aquel mismo día, a las diez de la noche, el general Saliquet se presentó, acompañado de otros oficiales sublevados, en el edificio de la División e intentó convencer al titular de la misma, general Molero, para que se sumara al golpe. La súplica de Molero para que le dejaran reflexionar sólo encontró como respuesta la impaciencia explicable de Saliquet y el encuentro degeneró en un tiroteo en el que murieron tres personas, (entre ellas dos ayudantes del comandante militar de la plaza), y fueron heridas varias incluido el propio Molero.^[27] Inmediatamente, Saliquet sacó las tropas de los cuarteles y los falangistas se dirigieron a la Casa del Pueblo de la que se apoderaron, deteniendo a numerosos simpatizantes del Frente popular. El 19, llegó a Valladolid, procedente de Ávila, Onésimo Redondo para ponerse al frente de las fuerzas de Falange.

En medida similar a otros lugares donde había triunfado el golpe, la toma del poder en Valladolid fue seguida por la práctica de la represión. Los detenidos fueron en la plaza de toros y

en la cochera de los tranvías y durante un tiempo, la denominada «Escuadra del Amanecer», [28] un grupo de falangistas, fusiló a los detenidos a primeras horas de la mañana y en las carreteras. Además resultaron comunes las sacas de presos a diario para llevarlos a ejecutar públicamente al Campo de San Isidro. El número de víctimas mortales en toda la provincia —incluidas las de la posguerra— ascendió a la cifra de 1321. [29] El triunfo de Saliquet en Valladolid fue acompañado por la orden cursada a todas las fuerzas de la División para que declararan el estado de guerra. Todas obedecerían las instrucciones —menos Cáceres donde el alzamiento se había producido el día 18— y en todas triunfaría la rebelión sin encontrar apenas resistencia, dado el respaldo popular de que disfrutaba. En Salamanca, el comandante militar de la plaza, general Manuel García Alvarez, a las once de la mañana del día 19 ordenó la proclamación del estado de guerra, suceso que fue acogido favorablemente por la mayoría de la población. En Segovia, donde la rebelión fue ejecutada por el coronel José Sánchez Gutiérrez, tampoco se produjo prácticamente resistencia. De hecho, en toda la provincia las víctimas mortales de la represión —incluidas las de la posguerra— ascendió a 516. [30] En Zamora, el coronel José Iscar Moreno proclamó el estado de guerra el 19 y controló la ciudad sin necesidad de disparar un solo tiro. En Ávila, la actitud del teniente coronel de la Guardia Civil Romualdo Almoguer Martínez, que se negó a entregar armas a los obreros y detuvo al gobernador civil, [31] determinó una victoria fácil de la rebelión así como la puesta en libertad de Onésimo Redondo quien, como ya hemos señalado, se desplazó inmediatamente a Valladolid. Las víctimas mortales de la represión —incluida la de la posguerra— ascenderían a 510. [32] Episodios similares fueron los vividos en Medina del Campo y Plasencia. A finales del día 19, los alzados contaban con todos los medios de la 7.^a División, salvo el 7.^º Batallón de Zapadores que había sido trasladado poco antes a Alcalá de Henares. Asimismo Saliquet controlaba las provincias completas de Salamanca, Valladolid y Zamora y buena parte de las de Ávila, Cáceres y Segovia.

Burgos y la 6.^a División

La ciudad de Burgos era cabecera de la 6.^a División. En la tarde del 17 de julio, el general Domingo Batet Mestres, jefe de la división, ordenó que se detuviera al general Gonzalo González de Lara y a otros tres oficiales ya que sospechaba que iban a participar en una conspiración contra el Frente popular. Así se hizo, pero el 18, el capitán de Infantería Jenaro Miranda Barredo procedió a liberar a los detenidos. En la tarde del mismo día, un grupo de oficiales, entre los que se encontraba el teniente coronel de Estado Mayor José Aizpuru Martín-Pinillos, detuvo al general Batet. Esta detención, unida a la del gobernador civil y a la del coronel jefe del XII Tercio de la Guardia Civil, Luis Villena Ramos, permitió a los alzados tomar la ciudad sin disparar un tiro. El triunfo resultó relativamente fácil gracias al apoyo popular. Al día siguiente de la proclamación del estado de guerra, en Burgos fueron detenidos, para ser fusilados de manera casi inmediata, todos los dirigentes de las organizaciones obreras y de las Casas del Pueblo tanto en la ciudad como en los pueblos. En toda la provincia, las víctimas mortales —incluidas las de la posguerra—

ascendieron a la cifra de 804.^[33]

En Pamplona se encontraba el cerebro de la rebelión contra el Frente popular: el general Emilio Mola Vidal. Como ya vimos, las sospechas contra él mismo existían desde hacía tiempo, pero se habían disipado de la mente de su inmediato superior, el general Batet, en virtud de la garantía que éste le había dado de no participar «en ninguna aventura». El 18 de julio, al conocerse la rebelión en Marruecos, Mola optó por esperar. Cuando el gobernador civil, Mariano Menor Poblador, lo citó en su despacho se negó a ir y se mantuvo en esa actitud incluso tras conversar de nuevo con el general Batet, al que volvió a darle seguridades semejantes a las formuladas unos días antes. En paralelo, aquella misma tarde Mola intentó convencer al comandante de la Guardia Civil, José Rodríguez Medel, para que se uniera a la sublevación. La respuesta de éste fue ordenar que las fuerzas a su mando salieran de Pamplona, pero no lo consiguió al ser asesinado por algunos de sus números. Al igual que había hecho Cabanellas, Mola, cuya familia estaba a salvo en Francia gracias a la generosidad del financiero Juan March, no se dejó arrastrar por el ritmo de los acontecimientos, sino que actuó con notable sangre fría. A las seis de la madrugada del día 19, Mola sacó a sus fuerzas a la calle y proclamó el estado de guerra. Las noticias de este episodio llegaron, aunque de manera confusa, hasta Madrid. El general Miaja telefoneó dos veces a Mola expresándole en la segunda de las ocasiones su extrañeza porque le habían comunicado que alguien había declarado el estado de guerra en Vitoria en nombre del «Director». Éste aprovechó entonces para comunicarle que, efectivamente, acababa de sublevarse contra el Frente popular.

Martínez Barrio —al que se le había encomendado la tarea de formar un nuevo gobierno— intentó, como ya había hecho con Cabanellas, llegar a un acuerdo con el general Mola para solucionar pacíficamente el conflicto. El intento del dirigente republicano fracasó porque Mola,^[34] como Cabanellas, estimaba no sólo que ya era demasiado tarde, sino que además las fuerzas que componían el Frente popular no respaldarían esa iniciativa.

La sublevación en Navarra tuvo una acogida entusiasta dado el peso social de los carlistas y la manera en que se había vivido la ofensiva anticlerical que había comenzado en 1931 y había continuado hasta ese momento. Para aquellos, el conflicto presentaba todas las características de una cruzada —así efectivamente lo afirmaban sus sacerdotes— y, muy posiblemente por ello, Navarra se convirtió en la región que más voluntarios proporcionó a los alzados. Pese a todo, no faltaron los que se resistieron a la rebelión. Una parte de los carabineros de Navarra se unió a fuerzas de Guipúzcoa y se enfrentó a las tropas de Mola en los valles del Bidasoa y del Baztán.

En Vitoria, el 19 de julio a las siete, el general Ángel García Benítez, pariente de Azaña, declaró el estado de guerra siguiendo las órdenes de Mola. Salvo el partido judicial de Amurrio, toda la provincia quedó en poder de los rebeldes, un hecho al que no fue en absoluto ajeno el peso social del catolicismo. Al igual que había sucedido en Navarra, el Partido Nacionalista Vasco (PNV) llamó a sus afiliados y simpatizantes a no oponerse a la sublevación militar.^[35] No deja de ser significativo que en toda la provincia —incluyendo los fusilamientos de la posguerra— las víctimas mortales de la represión llegaran a la cifra de 246, una de las más bajas de España.^[36]

En Palencia, el 19 de julio el general Antonio Ferrer de Miguel declaró el estado de guerra

siguiendo las órdenes de Mola. Para asegurar el triunfo del golpe, Ferrer detuvo al coronel de Caballería José González Camó, que era leal a la República, y al gobernador civil que fue fusilado inmediatamente. Una vez más el apoyo popular al alzamiento fue muy considerable. Las víctimas mortales de la represión —incluyendo la posguerra— alcanzarían en toda la provincia el número de 683.^[37]

En Logroño, el alzamiento se produjo también el mismo día 19 pero a instancias de los sublevados en Burgos. De manera inmediata se detuvo a las autoridades de la provincia y se ocupó la ciudad y la base aérea de Recajo. El 20, llegó a la ciudad una columna que, al mando del coronel García Escámez, procedía de Navarra. García Escámez detuvo al general Víctor Carrasco Amilibia, comandante militar de la plaza, acusándolo de indecisión pese a haberse sumado al golpe y lo sustituyó por el teniente coronel de Infantería Pablo Martínez Zaldívar. Con la extensión de su control a Logroño, sin embargo, iban a concluir momentáneamente los éxitos de Mola.

*... La batalla ya ha empezado,
el cañón truena febril,
y la victoria de España
con rojos no quiere ir.
Aragón, noble y valiente
y Castilla la del Cid,
Navarra, Cáceres, Córdoba,
Granada la del Genil,
Oviedo, Cádiz, Palencia,
Zamora, Valladolid,
y León y Salamanca
y Sevilla la gentil,
con toda Galicia entera
raza fuerte y varonil,
las Canarias y Marruecos
y Mallorca señoril,
estas solas son por Franco,
el general adalid,
y guerrean cual leones
por el triunfo conseguir.*

F. DÍEZ, S. S., «La victoria de España»

*¡Las Compañías de Acero
son de acero
y triunfarán!
¡En el crisol de ese acero
se funden en un afán:
el proletario, el obrero,
el arisco guerrillero
y el invicto capitán!
¡Las Compañías de Acero
son de acero
y triunfarán!
¡Las Compañías de Acero
cantando a la lucha van!
Porque en su cantar guerrero
dicen al mundo: «¡Si muero
mis hijos se salvarán!»*

El alzamiento fracasa

El golpe fracasa en Cataluña

A media mañana del 19 de julio, el golpe había triunfado en todas las partes donde se había producido. Marruecos (17), Canarias (18), Sevilla ciudad (18) y los ámbitos de las Divisiones 5, 6 y 7 (19) estaban controlados en mayor o menor medida por los alzados, en ocasiones con un notable respaldo de la población local. Incluso el general Goded había declarado el estado de guerra en Palma de Mallorca en la madrugada del día 19 y daba la impresión de que todo el archipiélago de las Baleares se sumaría a la sublevación. Paradójicamente, en el momento de mayor éxito de los rebeldes fue cuando se produjeron una serie de acontecimientos que abortaron el triunfo final del golpe. El primer revés de consideración se produjo en Barcelona, una plaza que no sólo era cabecera de la 4.^a División sino que además tenía una enorme importancia por el número de fuerzas acuarteladas en la misma.

Con anterioridad a la rebelión, la Jefatura de Policía de Barcelona había remitido un informe al consejero de Gobernación de la Generalidad sobre las actividades conspirativas de algunos militares. El informe mencionaba que podía esperarse un golpe destinado a derrocar al Gobierno del Frente popular y en el que intervendría Falange. La Generalidad decidió optar por un compás de espera, pero las centrales sindicales, en especial la CNT, que también conocían los preparativos de los conspiradores, adoptaron una actitud muy distinta que contribuyó no poco a dificultar el golpe.

El plan de los rebeldes consistía en que Fernández Burriel capitaneara el alzamiento —hasta la llegada del general Goded procedente de Mallorca— y que fuera apoyado por el general Legorburu desde el cuartel de San Andrés (7.^º de Artillería Ligera). Unidos a fuerzas de Infantería y Caballería, los alzados debían confluir sobre el casco viejo y tomar los centros neurálgicos, en especial, la Consejería de Gobierno, la Comisaría de Orden Público y la Generalidad. El regimiento de Badajoz debía apoderarse de la Telefónica y el de Montesa tenía que mantener el enlace con la Infantería situada en la zona de la plaza de la Universidad-Plaza de Cataluña y tomar, con otras tropas, el Paralelo. Llegados a ese punto, las fuerzas sublevadas estrecharían el cerco del casco antiguo rindiendo la ciudad. El plan no estaba mal concebido y sus ejecutores lo contemplaban con un considerable optimismo. Sin embargo, tenía un punto débil y era que su triunfo inicial dependía, como mínimo, de la pasividad de las fuerzas de Orden Público. A las cinco de la madrugada del 19 de julio, una parte de las tropas acantonadas en Barcelona abandonó sus acuartelamientos con la intención de ocupar los puntos considerados estratégicos. Casi

inmediatamente, en el cruce llamado «El cinco de oros», entre el Paseo de Gracia y Diagonal, se produjo un enfrentamiento entre los rebeldes y cuatro compañías y un escuadrón de las fuerzas de seguridad a las que se habían sumado grupos obreros. El choque resultó nefasto para los alzados. Posiblemente sorprendidos por una resistencia que no esperaban, se batieron en retirada o se rindieron, aunque los mandos, con algunos efectivos, se refugiaron en el convento de Carmelitas de la calle de Lauria. Allí fueron cercados y acabaron entregándose.

Los logros obtenidos por los otros grupos alzados fueron diversos pero, a media mañana, la situación de los rebeldes distaba mucho de ser la esperada. La pésima coordinación entre las diferentes fuerzas, la resistencia de los guardias de asalto y de la CNT y la colocación de barricadas habían dislocado prácticamente el dispositivo golpista. Los sublevados, bajo el mando del general Fernández Burriel, ocupaban el hotel Colón y la Telefónica, tenían recluido en Capitanía a Llano de la Encomienda —que, no obstante, siguió cursando órdenes— y habían llegado a la plaza de Cataluña, pero sus posibilidades de triunfo ya eran mínimas.

Al mediodía, con la finalidad de dirigir el golpe llegó en avión procedente de Mallorca el general Goded junto con su hijo. El general no tardó en percatarse desalentado de la situación real. Las tropas alzadas no sólo distaban mucho de controlar la situación, sino que además habían sido incapaces de hacerse con las estaciones, las transmisiones, la radio y los edificios principales. Las peticiones de refuerzos que Goded cursó a Palma, así como su intento de apoderarse del aeródromo del Prat, resultaron ya inútiles puesto que el teniente coronel Díaz Sandino se mantenía al lado de las autoridades del Frente popular.

Privado el alzamiento de la posibilidad del triunfo, el factor decisivo, aunque no el único, a la hora de sofocarlo por completo fue la actitud de las fuerzas de Orden Público. Cuando sobre las dos de la tarde, la Guardia Civil, mandada por el coronel Escobar, decidió mantenerse a las órdenes del Frente popular, el fracaso del golpe quedó decidido de forma irreversible. Escobar era católico practicante, además de persona piadosa, pero estimó que su deber moral estaba no en apoyar a los que combatían al Frente popular y su política anticlerical, sino en obedecer las órdenes del gobierno. Escobar reconquistó la plaza de la Universidad y luego intervino decisivamente en la plaza de Cataluña en combinación con los guardias de asalto y con diversos contingentes obreros. De hecho, el emblemático anarquista Buenaventura Durruti protagonizó así el asalto al edificio de la Telefónica que concluyó con un éxito, pese al número elevadísimo de pérdidas obreras.

A media tarde del día 19, Goded telefoneó al general Aranguren para intentar llegar a un arreglo que éste no aceptó. El general sublevado sólo podía ya rendirse sin condiciones y con esa finalidad telefoneó al consejero de Gobernación. Sólo insistió en que fuera la Guardia Civil la encargada de prenderlo. Así sucedió poco después de las siete. Tras entrevistarse con Companys, Goded pronunció un mensaje por radio en que afirmaba que la suerte le había sido adversa y que los que desearan continuar la lucha quedaban libres de compromiso y no debían contar con él.^[38]

Al terminar el día 19, sólo seguía resistiendo el cuartel de las Atarazanas, situado al final de las Ramblas y frente al puerto. El 20, también este reducto cayó ante el asalto de los anarquistas. En un intento de tomarlo, cayó muerto el anarquista Francisco Ascaso, amigo de Durruti. Éste, sin

respetar las normas jurídicas más elementales, colocó contra la pared a los oficiales sublevados y procedió a fusilarlos. Era uno de los primeros episodios de fusilamientos realizados por fuerzas del Frente popular en Barcelona. Cuando concluyera la guerra en esa provincia, el número de fusilados ascendería a 5682, más del doble de los que perecerían en la represión llevada a cabo posteriormente por los nacionales.^[39] Años después uno de los participantes en aquel combate^[40] aseguraría que la acción de Buenaventura Durruti había sido motivada no por el deseo de vengar a Ascaso sino por el horror que le había producido el descubrir a varios soldados fusilados por la espalda por haberse negado a secundar a los alzados. A la una de la tarde aproximadamente, los últimos reductos del alzamiento en Barcelona habían desaparecido.

La suerte de la rebelión en el resto de Cataluña fue similar y derivó, sin duda, del fracaso barcelonés. En Gerona, una parte de las tropas de la guarnición procedió en la madrugada del día 19 a declarar el estado de guerra «cumpliendo órdenes de Barcelona». Sin embargo, el fracaso de Goded aquella misma tarde provocó una reacción de las fuerzas de Orden Público —Guardia Civil y guardias de asalto— que instaron a los sublevados para que se retiraran a sus cuarteles. Así lo hicieron éstos evitando el choque militar y permitiendo que el Frente popular siguiera controlando la ciudad. A pesar de la escasa resistencia, el Frente popular procedió a desencadenar una represión que alcanzó en los meses siguientes a 457 personas que fueron fusiladas.^[41]

En Lérida, el comandante de la plaza, coronel de Infantería Rafael Sanz Gracia, siguiendo las órdenes de Cabanellas, sacó las tropas a la calle a las 9 de la mañana del 20 de julio. Sin embargo, el resultado adverso en Barcelona llevó a Sanz Gracia a rendirse. En manos de la CNT-FM, los sublevados más relevantes fueron fusilados. La ciudad, controlada por los anarquistas y el POUM, se convirtió además en testigo de tropelías que, en su mayor parte, tuvieron un contenido anticlerical. Durante los meses siguientes no menos de 1022 personas —en su aplastante mayoría sin inclinación política alguna— fueron fusiladas por las fuerzas del Frente popular.^[42]

Algo similar sucedió en Tarragona. Los resultados obtenidos por el golpe en Barcelona llevaron a los jefes y oficiales de la guarnición a mantenerse en un compás de espera a pesar de que eran simpatizantes de la rebelión. Finalmente, el teniente coronel Ángel Martínez-Peñalver Ferrer desligó a los conjurados de sus compromisos y evitó la posibilidad de un alzamiento. La oleada revolucionaria, sin embargo, no pudo ser evitada. A los pocos días, en Tarragona se produjeron incendios de iglesias, y asesinatos de aquellos que se consideraban enemigos de clase: los sacerdotes, los militares no adictos y los civiles considerados derechistas, cuya única falta era muchas veces el tener en casa una imagen religiosa, el ir a misa o el haber excitado la envidia de alguien. Se trataba del inicio de un proceso de violencia revolucionaria que se cobró en toda la provincia 1665 víctimas.^[43]

En otros enclaves catalanes como Seo de Urgell o Manresa las fuerzas militares permanecieron leales al gobierno del Frente popular,^[44] bien por convicción, bien porque consideraban que el golpe no podía triunfar. Así, en Mataró, el coronel Dufoo declaró el estado de guerra, pero revocó la orden cuando Llano de la Encomienda le negó la confirmación. En términos generales, puede afirmarse que el fracaso del golpe en Barcelona determinó que Cataluña se

mantuviera en la zona de España controlada por el Frente popular. De haberse producido un resultado opuesto, lo más seguro es que toda la región hubiera sido dominada por los rebeldes. El 21 de julio, toda Cataluña y buena parte de Huesca estaban ya controladas por el recién creado Comité de Milicias Antifascistas. Con ello el mecanismo del golpe quedaba seriamente dañado. Su revés definitivo iba a recibirlo, no obstante, en la capital de la nación.

La rebelión queda abortada en Madrid

La guarnición madrileña era, con la excepción de la ubicada en Marruecos, la más numerosa de España. Con evidente lógica, Mola no tenía mucha esperanza de que se produjera un triunfo del golpe en la capital. Como había sucedido en Barcelona, las autoridades estaban al corriente de la posibilidad de un golpe militar, pero no le habían restado excesiva atención. Las noticias sobre la sublevación en África —que ya llegaron a la capital el día 17— provocaron la lógica tensión en Madrid. De hecho, durante este día y el siguiente las organizaciones obreras insistieron en que se les entregaran armas para abortar una rebelión que se adivinaba inminente. Casares se opuso radicalmente a esa posibilidad, a pesar de la opinión favorable del general José Riquelme. Su actitud estaba motivada por el temor de que las mencionadas organizaciones controlaran después las calles y desbordaran al gobierno. La postura de Casares ha sido muy censurada, pero no carecía de justificación como quedaría demostrado en Barcelona donde el poder pasó de las instituciones a la CNT-FAI. Por otro lado, Casares se ocupó de asegurarse el apoyo de las fuerzas de seguridad que, como en el caso de Barcelona, estaban llamadas a tener un papel decisivo. Así entregó el mando de las fuerzas de seguridad y de asalto al teniente coronel Sánchez Plaza y fue cubriendo los cuadros de mando con personas leales al Frente popular. Asimismo nombró jefe de la 4.^a zona de la Guardia Civil al general Sanjurjo Rodríguez Arias y de la sección de Carabineros al coronel Rodríguez Mantecón. Igualmente se procedió a la detención de tres coroneles, un teniente coronel, tres comandantes, dos capitanes y dos tenientes sospechosos y los oficiales de la UMRA se apoderaron de los puestos de mando y de los centros de transmisiones y comunicaciones.

La confirmación del triunfo rebelde en Marruecos, como ya vimos, determinó a Casares a dimitir en la tarde del 18. Azaña encargó entonces formar gobierno a otro masón, Martínez Barrio, que podía dar una impresión de moderación en medio de los ímpetus revolucionarios de las fuerzas que componían el Frente popular. Martínez Barrio intentó llegar a un acuerdo con los sublevados —curiosamente no con las fuerzas revolucionarias que ya dominaban las calles y cuyas acciones habían motivado la reacción— pero, como ya hemos visto, los intentos realizados al respecto concluyeron con un fracaso.

El 18 de julio, José Giral, nuevo presidente del consejo de ministros, dio la orden de entregar armas al pueblo, un eufemismo propagandístico que, en realidad, identificaba al pueblo con los sindicatos y los partidos de izquierdas que tanto habían contribuido a desestabilizar el sistema republicano desde 1931. Mientras los anarquistas difundían un llamamiento a tomar las armas,^[45] socialistas y comunistas se apoderaban de las que hasta ese momento habían estado en manos del ejército. La única condición para entregar un fusil era, según el testimonio del comunista Tagüeña,

presentar «la documentación de un partido de izquierdas».^[46] Semejante quiebra del monopolio de la fuerza que, legítimamente, ha de estar en manos del Estado y su sustitución por la acción de milicias de diversa índole, estaba en la mente de las fuerzas del Frente popular desde hacía años, como hemos tenido ocasión de ver, pero ahora tuvo consecuencias inmediatas. Como indicaría Pedro Mateo Merino, uno de los futuros combatientes en la batalla del Ebro, «la circulación de las calles» quedó en manos de estos grupos desprovistos de respaldo legal alguno y el «tránsito» se hizo «difícil y peligroso» para los que no tenían alguna «identificación inconfundible de algún organismo político o sindical».^[47] Como en Asturias en 1934, un conjunto de grupos revolucionarios se había hecho con el control de la calle utilizando como única legitimación la fuerza y poniendo en peligro la vida de todos aquellos que no eran de los suyos.

También como en 1934 —y 1931— se produjeron inmediatamente ataques contra los lugares de culto católicos. En el barrio de Torrijos, ante la Iglesia de los dominicos, los milicianos armados con pistolas y mosquetones la emprendieron a tiros con los fieles —entre los que se encontraban los hermanos Serrano Suñer que acudían a una misa en sufragio por el alma de su padre fallecido unos días antes— cuando éstos abandonaban el templo. Mientras intentaban escapar de los disparos saliendo por las puertas laterales o descolgándose por las ventanas, varios de ellos encontraron la muerte o fueron heridos.^[48] No se trataba de un episodio aislado. En la calle de Atocha, dos sacerdotes que venían de celebrar misa fueron perseguidos por la turba que los amenazaba. Incidentes semejantes tuvieron lugar en las calles de Hortaleza, de Hermosilla, de Eloy Gonzalo, de las Huertas, de Segovia, en la plaza del Progreso, en el paseo del Cisne y el de las Delicias...

En buena medida, el día 19 se convirtió en un verdadero punto de inflexión revolucionaria. Así se llevó a cabo otra medida que también gozó del respaldo del gobierno y que, igualmente, vulneraba el principio de legalidad. Ésta no fue otra que la puesta en libertad de los presos comunes simpatizantes del Frente popular. Cuesta dudar que el gobierno pretendía congraciarse así la simpatía de los partidos y sindicatos que constituyan la base social del Frente popular pero, al mismo tiempo, resulta innegable que de esa manera liberaba a un conjunto de delincuentes que, unidos a la causa de la revolución, difícilmente iban a tener una actuación sometida a los principios más elementales de la legalidad y de la justicia.

Aquel mismo día —en el curso del cual no menos de una cincuentena de iglesias fueron incendiadas en Madrid— se produjo además el inicio del exterminio de los elementos considerados peligrosos por el Frente popular. Los primeros asesinatos tuvieron como víctimas a dos muchachos de veintiuno y veintidós años, el hermano profeso Manuel Trachiner Montaña y el hermano novicio Vicente Cecilia Gallardo, que pertenecían a la congregación de los padres paúles de Hortaleza donde se encargaban de tareas relacionadas con la carpintería. Recibidas las primeras noticias de ataques contra lugares de culto, los superiores de los hh. Trachiner y Cecilia les entregaron algún dinero invitándoles a abandonar la congregación a la vez que instándoles a que no llevaran en su equipaje nada que delatara su relación con el clero. Detenidos por un control, al no contar con un carnet de alguna de las fuerzas que formaban el Frente popular se les retuvo y al

descubrirse que llevaban en las maletas dos sotanas se procedió a asesinarlos en el cementerio de Canillas. Daba inicio así una persecución religiosa que se cobraría la vida de millares de clérigos y decenas de miles de laicos en toda España. La población de Madrid sería una víctima cualificada de la represión llevada a cabo por el Frente popular. Hasta el final de la guerra, serían fusiladas 14 898 personas, más de la cuarta parte de todas las víctimas de la represión desencadenada por el Frente popular en toda España. [49]

Aquel mismo día 19, los milicianos dieron muerte al capitán retirado de ingenieros Prieto, al teniente Sánchez Agulló también de ingenieros y al comandante Clavijo de ingenieros al que se asesinó en el interior de una ambulancia que lo trasladaba al hospital Gómez Ulla. En ningún caso se instruyó causa ni tampoco la detención se produjo en un marco legal. Todavía antes de concluir la jornada, hallarían la muerte tres civiles —uno de ellos María García Martínez de setenta años de edad— en cuyo asesinato también brilló por su ausencia la menor apariencia de legalidad.

Si desde la victoria del Frente popular había resultado discutible el carácter legal de muchas de sus actuaciones, si no pocas de las acciones emprendidas por las organizaciones que lo formaban habían sido ejecutadas en contra de la legislación y de los principios más elementales del derecho, a mediados de julio de 1936 se produjo un salto cualitativo de enorme importancia. La autoridad del gobierno republicano saltó en esos días por los aires —salvo en aquellas cuestiones que los grupos de izquierdas estaban dispuestos a secundar como la liberación de los presos comunes simpatizantes o la toma de las armas del ejército— y se vio sustituida en las calles por una revolución que ya no tenía freno alguno. En apenas unas semanas, el gobierno del Frente popular sería también abiertamente revolucionario y estaría presidido por el socialista Largo Caballero, uno de los defensores más denodados de la revolución. Para ese entonces sólo se consagraría formalmente una realidad terrible acontecida ya el 19 de julio, la de que la Segunda república había muerto. El comunista Tagüeña daría testimonio de esa realidad de una manera que apenas admite discusión: «La situación real que podía observar el que mirase a la calle es que había terminado la Segunda República... Cada grupo con sus objetivos, sus programas y sus fines diferentes y muy pronto cada uno con sus unidades de milicias, sus policías, sus intendencias y hasta sus finanzas. En cuanto a los republicanos, habían sido barridos por los acontecimientos y muy poco iban a significar durante toda la guerra». [50]

En paralelo a la actividad frenética de las autoridades del Frente popular, los conjurados dieron muestra a lo largo del día 18 de una incompetencia y una indecisión que resultaron fatales.

El día 19, Madrid amaneció como una ciudad enfervorizada que esperaba una rebelión militar de un momento a otro. Aquella mañana, el teniente coronel del Arma de Ingenieros Ernesto Carratalá Cernuda, jefe del Batallón 1.º de Zapadores, fue asesinado por sus oficiales cuando intentó entregar armas a las organizaciones del Frente popular. Azaña convocó al palacio de Oriente a un conjunto de personajes de relevancia (Martínez Barrio, Largo Caballero, Prieto, Giral, Sánchez Román...) para abordar un problema que estaba adquiriendo unas dimensiones superiores a lo esperado. La propuesta de Sánchez Román de llegar a un pacto con los alzados provocó la oposición de los presentes que conocían ya el fracaso de Martínez Barrio. El nuevo Gobierno se propuso como primera misión abortar la rebelión. Ésta comenzaba ya a dar señales de

vida. De hecho, un grupo de falangistas se había ido concentrando en el cuartel de la Montaña que estaba ya en clara rebeldía a las órdenes del general Fanjul.

En la noche del 19 al 20, el Gobierno radió una nota en la que se afirmaba que el destructor *Churruca* vigilaba el Estrecho por lo que el paso de tropas procedentes de África resultaba imposible. Dado que la guarnición acantonada en la capital de España era, con la excepción de la ubicada en Marruecos, la más numerosa de la nación, posiblemente, de haber actuado los mandos de la rebelión con rapidez ocupando los puntos principales de la ciudad el éxito hubiera estado al alcance de su mano. Si no fue así hay que atribuirlo en no escasa medida al encargado de ejecutar los planes de la sublevación. Había nacido en 1880 y se llamaba Joaquín Fanjul Goñi. Perteneciente al arma de infantería, contaba con una amplia experiencia militar en Cuba y Marruecos aunque, a decir verdad, su currículum sobrepasaba ampliamente el arte castrense. Licenciado en derecho —e incluso durante una época abogado en ejercicio— había formado parte del grupo conservador y regeneracionista de Maura llegando a obtener un acta de diputado en 1919 por la provincia de Cuenca. Asistió al final de la monarquía de Alfonso XIII desde la distancia, pero la proclamación de la república le había devuelto a la vida política. Diputado en 1931 y 1933, Gil Robles, a la sazón ministro de la Guerra, le había nombrado subsecretario de su departamento desde donde había recuperado a militares que habían abandonado el ejército por diferencias con la política del gabinete de izquierdas de Azaña. Fanjul había asistido con verdadero horror al levantamiento del PSOE y de los nacionalistas catalanes contra el gobierno de centro-derecha en octubre de 1934 y, como muchos, llegó a la conclusión de que una nueva victoria de las izquierdas aliadas con los nacionalistas significaría el final del orden legal y el inicio de un proceso revolucionario tal y como había anunciado, entre otros, el socialista Largo Caballero. Tras el triunfo del Frente popular en febrero de 1936, Fanjul entró en contacto con Mola y otros conjurados para participar en lo que luego sería el golpe de julio de 1936. A esas alturas —a diferencia de lo que sucedía con Mola o Franco— Fanjul había perdido los reflejos indispensables para un golpe de estado. En lugar de actuar con rapidez sacando las tropas afines a la calle y ocupando los puntos neurálgicos de la ciudad, se dirigió vestido de paisano al cuartel de la Montaña de Madrid para asumir el mando y allí optó por esperar la llegada de refuerzos procedentes de las columnas alzadas en Burgos y Valladolid. Ni siquiera llegó a hacer público un bando —que concluía con un Viva la República— donde se anunciaba la sublevación. Semejante pasividad resultó fatal. Las milicias frentepopulistas cercaron el cuartel emplazando contra él tres piezas de artillería que en la mañana del 20 ocasionaron serios desperfectos en los muros. Cuando se utilizó además la aviación para bombardear el lugar, los alzados decidieron rendirse.

Lo que sucedió a continuación había tenido precedentes en los fusilamientos de prisioneros de guerra llevados a cabo en Barcelona por las fuerzas del Frente popular, pero semejante circunstancia sólo sirve para aseverar la interpretación que sostiene que, desde el punto de vista revolucionario, el asesinato del adversario se consideraba totalmente legitimado y que, como otras acciones humanamente repulsivas, se llevaron a cabo por encima de la legalidad entonces vigente. De acuerdo con la misma, España se hallaba obligada por el Convenio internacional de La Haya de 29 de junio de 1899 sobre leyes y usos de la guerra terrestre donde se establecía que las fuerzas

armadas tienen derecho, en caso de captura, al trato de los prisioneros de guerra que comprende «ser tratado con humanidad», conservar como propiedad «todo lo que les pertenezca personalmente» y permanecer en poder del «Gobierno enemigo, pero no en el de los individuos o en el de los Cuerpos que lo hayan capturado». Sin embargo, los prisioneros del cuartel de la Montaña fueron asesinados por las milicias frentepopulistas. Sería precisamente uno de los protagonistas de la matanza, el comunista Enrique Castro Delgado, comandante del Quinto regimiento, el que lo narraría con toda claridad: «Castro sonríe al recordar la fórmula: “Matar... Matar... seguir matando hasta que el cansancio impida matar más... Después... Después construir el socialismo... Que salgan en filas y se vayan colocando junto a aquella pared de enfrente, y que se queden allí, de cara a la pared... ¡Daros prisa!”»^[51]

El texto, reproducido en un órgano oficial del Quinto regimiento, pone de manifiesto hasta qué punto se consideraba legítimo moralmente el asesinato en masa del enemigo de clase, tan legítimo que resultaba absurdo ocultar un acto tan meritorio.

El número de prisioneros asesinados tras la toma del cuartel de la Montaña no fue inferior a ciento treinta.^[52] No se trató, lamentablemente, de los únicos. A ellos se sumaron otros cuarenta y uno asesinados sin proceso alguno. En Getafe fueron tres militares —un capitán médico, un teniente de artillería y un maestro armero—; en Leganés, dos oficiales y un suboficial; en el regimiento de Wad Ras, cuartel de María Cristina, siete de los que seis eran soldados rasos; y, finalmente, en Campamento, veintiocho, de los que cinco eran soldados.

Las muertes —no menos de ciento setenta y una— quedarían en parte opacadas por el hecho de que Fanjul sí sería juzgado y ejecutado siguiendo los requisitos legales. Tanto el general Fanjul, junto con su hijo José Ignacio que era teniente médico, y el coronel Fernández Quintana fueron capturados con vida y conducidos a la cárcel Modelo. Lo que se produjo a continuación fue un proceso sumarísimo similar a muchos otros que iba a presenciar Madrid en los siguientes años. En la propia prisión, fueron juzgados el 15 de agosto de 1936 Fanjul y Fernández Quintana por la sala VI del Tribunal Supremo. Contó el coronel con defensa letrada —dos abogados presos en la misma cárcel entre los que se encontraba Manuel Sarrión, pasante de José Antonio Primo de Rivera— pero Fanjul prefirió defenderse a sí mismo. El socialista Julián Zugazagoitia levantaría acta de que ambos se habían mantenido serenos sin mostrar en ningún momento arrepentimiento por participar en un movimiento «proyectado para la grandeza de España». Tras pronunciarse la condena a muerte dictada por el delito de rebelión militar, ambos firmaron la sentencia. Fue en ese momento cuando Fanjul manifestó deseos de casarse. Se le concedió la celebración del matrimonio así como que se le administrara el sacramento de la penitencia y que pudiera formalizar su testamento. El 17 fueron pasados por las armas ambos reos. Fanjul había intentado en todo momento mantenerse erguido ante el pelotón.

También fracasó el golpe en Campamento. El grupo antiaéreo y la escuela de Equitación se declararon leales al gobierno del Frente popular y sólo el regimiento de Artillería a caballo, bajo el mando del general García de la Herrán, se sublevó. De manera trágica, los propios soldados se opusieron al general y le dieron muerte. Así quedó yugulada la sublevación en Madrid. Los conatos en otros lugares de la provincia fueron sofocados sin dificultad, concluyendo con la

rendición de los rebeldes de Alcalá de Henares el día 21.

Como había sucedido en Barcelona, el fracaso del golpe en Madrid determinó también el de las ciudades cercanas. Así sucedió en Guadalajara, donde el comandante Rafael Ortiz de Zárate cayó prisionero de los milicianos el 22 y fue fusilado por éstos. Sería una de las primeras personas —de un total de 889 en toda la provincia— que sufrieron ese destino a manos del Frente popular.^[53] De la misma manera, Badajoz y Ciudad Real —donde se produjo una auténtica explosión de violencia anticlerical— se mantuvieron leales al Frente popular. Puede dar una idea de la represión en ambas provincias que a pesar de que el Frente popular las controlaría sólo durante algunas semanas, en Badajoz fueron fusiladas 1370 personas por parte del Frente popular y en Ciudad Real, la cifra ascendió a 1983.

Al permanecer en manos del Frente popular Madrid, toda la primera región militar corrió el mismo destino salvo la guarnición de Toledo donde el coronel Moscardó, jefe de la Escuela Central de Gimnasia, se sublevó con el apoyo de sus hombres, de los de la Academia de Infantería y de la Guardia Civil. Como tendremos ocasión de ver, su resistencia acabaría alcanzando unas dimensiones épicas que trascenderían las fronteras españolas.

La derrota del alzamiento

La derrota de los rebeldes en Madrid y Cataluña no iba a ser excepcional. De hecho, lo que hasta el día 18 había sido una sucesión de victorias para los sublevados se fue transformando en las siguientes horas en una suma de graves derrotas y en algunas victorias precarias. El panorama iba a experimentar una notable variación incluso en la División 6, donde hasta entonces, el triunfo había sonreído a Mola. De hecho, tanto Santander como las provincias vascas de Vizcaya y Guipúzcoa permanecieron leales al Frente popular. En Santander, la mañana del 19, el coronel de Infantería José Pérez García Arguelles recibió órdenes de Burgos para que declarara el estado de guerra. Pérez García se negó a obedecer la consigna considerando que la misma carecía de legitimidad y, unos días después, entregó el mando a las autoridades del Frente popular. La represión frentepopulista se inició de manera inmediata y se cobraría, hasta la entrada de las tropas nacionales en la provincia un año después, 609 vidas.^[54]

En Bilbao, tanto el teniente coronel de Infantería Joaquín Vidal Munárriz como el comandante militar de la plaza, coronel Andrés Fernández-Piñerúa e Irala se mantuvieron leales al gobierno del Frente popular y se negaron a ceder ante las órdenes de Mola —y ante la insistencia del coronel Francisco Gómez Escámez— para declarar el estado de guerra. El alzamiento podía haber triunfado, dado el apoyo que contaba entre los oficiales. No fue así porque la Guardia Civil y la de asalto rodearon el cuartel donde estaba situado el Batallón de Montaña 4 que se había sumado a la rebelión. De esta manera se produjo la capitulación de los rebeldes sin que hubiera derramamiento de sangre. Papel fundamental en ese desenlace lo tuvieron el socialista Paulino Gómez Sáez —que incluso logró la absolución del jefe de la Guardia Civil, teniente coronel Juan Colinas Guerra— y el peneuvista Manuel Irujo y Ollo. Sin embargo, a pesar de que en esos momentos no se produjeron muertos, durante los meses siguientes los frente-populistas fusilarían a 490

personas. [55]

No más alentador para los rebeldes fue el resultado en San Sebastián. El comandante militar de la plaza, coronel de Artillería León Carrasco Amilibia, ordenó el 18 de julio el acuartelamiento de las tropas a la espera de acontecimientos. El hecho de que Casares Quiroga fuera sustituido por Martínez Barrio en la presidencia del Consejo de Ministros y el contacto con el gobernador Jesús Artola sumió al coronel Carrasco en una actitud de la mayor duda. Sólo la presión de algunos de sus oficiales llevó a Carrasco, finalmente, a declarar el estado de guerra el día 21. Para entonces había pasado un tiempo precioso. Las fuerzas del Frente popular comenzaron a concentrarse en Eibar y el día 22 de julio se dirigieron hacia San Sebastián. La resistencia rebelde, débil por otra parte, se concentró en los cuarteles de Loyola donde fue sofocada finalmente el 28 de julio. En el curso de los meses siguientes, 304 personas serían fusiladas por las fuerzas del Frente popular. [56]

En Asturias, el resultado fue poco mejor. El 18 de julio, el coronel Aranda, que era el jefe de la Comandancia militar exenta, había recibido órdenes del Gobierno del Frente popular para que procediera a armar a los mineros y constituyera con los mismos columnas que debían tomar las capitales leonesas y después dirigirse a Madrid. De Aranda se rumoreaba que era masón. Sin embargo, a esas alturas temía un estallido revolucionario semejante al que había padecido Asturias a finales de 1934 y, por eso mismo, simpatizaba con la conspiración. Convenció a las autoridades de que no contaba con fuerzas sobrantes por lo que lo mejor era que las columnas salieran con las pocas armas que había y que se armaran al pasar por la provincia de León. De esta manera no sólo apartaba de Oviedo la posibilidad de resistencia frentepopulista sino que además facilitaba el triunfo del golpe en la ciudad. Aquella misma tarde se entrevistó con el coronel Pinilla en Gijón a fin de planear la disposición de las fuerzas de la Comandancia en la zona acotada por Oviedo, Avilés y Gijón.

El 19 de julio, el comandante Ros comenzó a distribuir armas a los mineros que no habían abandonado Oviedo. Semejante medida podía resultar funesta para los conspiradores y provocó la respuesta del comandante Caballero. Se produjo así un choque armado en el que murió Ros. La ficción de la lealtad al gobierno del Frente popular resultaba ya imposible de mantener. Por lo tanto, Aranda ordenó que se ocupara la ciudad y en la madrugada del día 20 declaró el estado de guerra. Oviedo estaba aislada, pero Aranda confiaba en que ese aislamiento concluiría en breve. No fue así. El coronel Franco, jefe de la fábrica de Trubia, se mantuvo leal al gobierno del Frente popular y en Gijón la tardanza del coronel Pinilla en sacar las tropas a la calle resultó fatal para la rebelión. Finalmente, los dos cuarteles de Gijón se vieron cercados por fuerzas gubernamentales. Su resistencia —que duró hasta el 21 de agosto— resultó inútil y su heroicidad indudable no puede ocultar el hecho de que arrancó de un grave error militar. Al fin y a la postre, la rebelión había fracasado en Asturias —la única región donde había triunfado, siquiera efímeramente, la revolución de octubre de 1934— con excepción del islote de Oviedo. La represión del Frente popular resultaría especialmente dura en la región y hasta la entrada de las fuerzas de Franco tiempo después se traduciría en el fusilamiento de 1493 personas. [57]

Mejor fue el resultado en la 8.^a División que cubría las cuatro provincias gallegas, León y

Gijón, plaza esta última que siguió siendo controlada por el Frente popular, como ya hemos referido. En Galicia, la declaración del estado de guerra no se produjo hasta el día 20 y esto favoreció la posición de los partidarios del Frente popular. Tanto en La Coruña como en El Ferrol, fuerzas de izquierdas siguieron combatiendo a los rebeldes hasta el día 22. En las zonas fronterizas, los militares sublevados se vieron obligados a emplearse en operaciones de limpieza que duraron hasta el día 27 cuando los últimos carabineros y milicianos cruzaron la frontera por Tuy. En Vigo la resistencia frente-populista se dilató todavía más tiempo. La represión llevada a cabo por los rebeldes —incluidos los fusilamientos de la posguerra— alcanzó las cifras de 1421 víctimas mortales en La Coruña, 604 en Lugo, 409 en Orense y 1114 en Pontevedra.^[58]

En León, los sublevados triunfaron recurriendo a una estratagema muy similar a la utilizada por Aranda en Oviedo. El 19 de julio por la mañana llegaron a la ciudad unos cuatro mil mineros procedentes de Asturias con la intención de que se les distribuyeran armas para dirigirse a Madrid. El general de Infantería Carlos Bosch Bosch, que simpatizaba con la conspiración, obedeció formalmente las órdenes del general Juan García Gómez Caminero, inspector general del Ejército, y distribuyó doscientos fusiles y cuatro ametralladoras a los mineros a condición de que continuaran su itinerario hacia la capital de España. El día 20, Gómez Caminero abandonó la ciudad —posiblemente consciente de que la rebelión podía estallar de un momento a otro— y a las dos de la tarde Bosch declaró el estado de guerra. La resistencia fue exigua ya que las tropas se sumaron sin oposición al alzamiento y el respaldo popular, especialmente en el sur de la provincia, era considerable. Entre los militares que prefirieron obedecer las órdenes del Frente popular se encontraba el capitán Rodríguez Lozano, abuelo del que luego sería presidente del gobierno socialista, José Luis Rodríguez Zapatero. Las razones para no sumarse a la rebelión han sido objeto de distintas versiones —incluida la de su pertenencia a la masonería— algo que sucede también con las razones que impulsaron al tribunal que lo juzgó a condenarlo a muerte y que se verán totalmente esclarecidas con el futuro acceso a las actas de su proceso. Su fusilamiento sería uno de los 1422 —incluidos los de la posguerra— que realizarían los nacionales en la provincia. Con su control, la casi totalidad de la 8.^a División se sumaba a la sublevación.

El fracaso en la 3.^a División

Un resultado mucho peor fue, desde luego, el cosechado por los rebeldes en la 3.^a División. Inicialmente, Goded tenía que haber dirigido el alzamiento en este territorio —que cubría los reinos de Valencia, de Murcia y la provincia de Cuenca— pero su deseo de encabezarla en Barcelona provocó que la responsabilidad recayera en el general González Carrasco. Como en el caso de otros jefes alzados, González Carrasco pecó de incapacidad e indecisión y, al encontrarse con las primeras dificultades, optó por huir a Alicante y de allí al extranjero.^[59] Esa actitud contrastó en Valencia con la mantenida por las fuerzas obreristas que declararon la huelga general a fin de paralizar un posible golpe y constituyeron un comité conjunto de UGT y CNT que actuó a

las órdenes del Comité Unitario Revolucionario dirigido por Guillén (UGT) y Francisco Gómez (CNT). El 20 de julio, el Gobierno nombró una Junta delegada con jurisdicción sobre el territorio de la 3.^a División. Estaba presidida por Martínez Barrio e integrada por el ministro de Agricultura y dos subsecretarios en calidad de vocales. La represión que desencadenó el Frente popular en Valencia fue durísima —la tercera de España en número de asesinados— y se cobró 3986 vidas. Superó así la llevada a cabo por los vencedores de la guerra civil: 2933, incluidos los fusilamientos de la posguerra.^[60]

En Alicante, el general García Aldave aceptó someterse al Gobierno del Frente popular a condición de no tener que enfrentarse militarmente con aquellos de sus compañeros que se hubieran sublevado. Tal actitud no sólo mantuvo la ciudad en las manos del Frente popular sino que además frustró la liberación de José Antonio Primo de Rivera, el fundador de Falange, que se encontraba recluido en la prisión de la ciudad.^[61] De la misma manera, la rebelión se frustró en Alcoy, Játiva, Murcia y, el día 25, en Albacete donde la Guardia Civil se había sublevado. A pesar de ese resultado, la represión desencadenada por el Frente popular fue durísima. Si durante la guerra, en Alicante, llegó a cobrarse 1015 víctimas mortales, en Albacete, alcanzó las 1205 y en Murcia, las 1129.^[62] Los fusilamientos superarían así numéricamente a los debidos a los nacionales —posguerra incluida— en Alicante (677) y Albacete (904), aunque no en Murcia (1653).^[63]

La Marina

A todos estos fracasos, se sumó para los rebeldes el revés sufrido en lo que a la Marina de guerra se refiere. Uno de los grandes errores que cometió el general Mola en la planificación del golpe de julio de 1936 había sido el de apenas tener en cuenta el papel de la Armada. No deja de ser significativo que en las conversaciones conspirativas no se produjera contacto con la Marina de guerra hasta el mes de mayo, en que tuvo lugar una entrevista de Franco con el vicealmirante Salas. De hecho, hasta el 20 de junio, Mola no concedió lugar a la Armada en sus instrucciones reservadas. Incluso entonces la referencia era demasiado magra y no desarrollaba los aspectos relativos a las unidades navales. Posiblemente, este error se debió a que Mola estaba convencido de que el éxito vendría de la mano de las guarniciones situadas en tierra y del apoyo de la Guardia Civil. También pudo influir la confianza en los oficiales de un arma que, en su aplastante mayoría, era contraria al Frente popular, sin tener en cuenta que la marinería llevaría a cabo con ellos una escalofriante represión. Tampoco sopesó Mola el papel que podían tener de cara a una rebelión militar los oficiales de los cuerpos auxiliares de la Marina de guerra, a los que las izquierdas habían favorecido considerablemente. Sin embargo, quizá el error de mayor bulto fue pasar por alto el papel esencial del Centro de Comunicaciones de la Armada situado en Ciudad Lineal, Madrid. En este lugar, un masón desempeñaría un papel esencial en la defensa de la República contra los sublevados. El mencionado personaje fue Benjamín Balboa,^[64] oficial tercero del Cuerpo de Auxiliares Radiotelegrafistas de la Armada. Balboa interceptó un mensaje de Santa

Cruz de Tenerife, que había sido radiado por el general Franco. En el mismo, el mencionado militar daba cuenta a los jefes de las divisiones orgánicas y a los almirantes jefes de los departamentos marítimos de que se había sumado a la rebelión. En la mañana del 19 de julio, Balboa transmitió a las tripulaciones de guerra en alta mar la orden de detener a jefes y oficiales para evitar que se sumaran a la rebelión. En esos momentos la medida ya había sido tomada por los destructores *A. Valdés*, *Sánchez Barcáiztegui* y *Alsedo* y ese mismo día se adoptaría en el *Churruca* y en los cruceros *Libertad* y *Miguel de Cervantes*. En los próximos días, se iría sumando a la misma el resto de la flota de guerra: el 20, el acorazado *Jaime I*; el 21, la flotilla de Mahón y el 23, el destructor *A. Antequera*. Para esa fecha, podía decirse que los rebeldes, pese a su éxito en Galicia, habían perdido la posibilidad de hacerse con el control de la flota, algo especialmente necesario para pasar sin dificultad el Ejército de África a la Península. Sin embargo, las autoridades del Frente popular, como tendremos ocasión de ver, poco más que ese privar a los alzados de buques iban a obtener de este episodio.

¿Por qué fracasó el golpe?

A finales de julio, la situación de Mola era todo menos óptima. En el norte, aunque la rebelión había triunfado en Navarra, Álava, Burgos, Logroño y Palencia, no era menos cierto que había fracasado en Guipúzcoa, Vizcaya y Santander. Esto significaba la existencia de un frente situado a pocos kilómetros de la Pamplona de Mola y un claro debilitamiento de las posibilidades de converger sobre Madrid para tomarla.

La suerte había sido mucho mejor en Oviedo y en algunas partes de Andalucía, pero las zonas donde habían triunfado los alzados en ocasiones se encontraban aisladas e incluso resultaban hostiles. Ni siquiera en los territorios situados en el continente africano donde se había producido la sublevación disfrutaban los rebeldes de un dominio absoluto. De hecho, en Ifni se mantuvo una situación de tablas hasta el 15 de agosto en que se impusieron los rebeldes y lo mismo sucedió en Guinea donde el alzamiento no triunfó hasta el 20 de septiembre.

El resultado —en uno u otro sentido— del golpe se debió a un conjunto de factores aunque no todos tuvieron la misma importancia. Sin duda, el primero fue la respuesta de la población. Así resultó relevante la existencia de apoyo popular. Donde éste favoreció sustancialmente a los alzados —como, por ejemplo, en Navarra, Álava y parte de Castilla y Aragón— éstos triunfaron sin dificultad apenas. Por el contrario, donde una parte de la población se opuso con firmeza a los alzados, ocasionalmente la rebelión se vio abortada. No puede, sin embargo, afirmarse que la reacción popular fuera la que yuguló la rebelión. De hecho, poco —si es que algo— hubieran podido hacer las milicias de la CNT-FAI en Barcelona sin el apoyo de los guardias de asalto o del coronel Escobar. Además resulta obvio que esa falta pudo ser compensada por los rebeldes —como en algunas de las zonas de Andalucía donde triunfó el alzamiento— cuando el jefe natural de la región se sumó al mismo. En esos casos, los alzados triunfaron aunque para ello, como había previsto Mola, tuvieran que recurrir a un uso intimidatorio de la violencia. A diferencia de la violencia llevada a cabo por el Frente popular —una violencia que se consideraba revolucionaria y

de clase y que, por eso mismo, se dirigía contra segmentos enteros de la sociedad hubieran o no apoyado la sublevación— los rebeldes desencadenaron una represión de características ejemplarizantes. En ambos casos hubo casos incontrolados, pero, en términos generales, obedeció a las fuerzas políticas que integraban los dos bandos y a sus autoridades respectivas.

Se ha podido indicar que la experiencia previa en África impedía a los alzados maniobrar correctamente en grandes ciudades y que eso explica el fracaso en Madrid y Barcelona. El argumento es, como mínimo, discutible. Más bien habría que decir que la suma de dudas e indecisión provocó el fracaso de la rebelión en lugares como las dos primeras capitales del país, pero la ausencia de esos mismos defectos significó, por ejemplo, el triunfo de la rebelión en una ciudad como Zaragoza, que no sólo era grande sino un auténtico feudo de la CNT anarquista. Lo mismo podría señalarse, por ejemplo, de Sevilla.

De estos hechos, los dos bandos enfrentados sacaron conclusiones bien diversas que, a su vez, dieron lugar a consecuencias trascendentales, pero distintas. Las fuerzas del Frente popular elevarían a caracteres épicos su resistencia en Barcelona y Madrid creyendo, con toda sinceridad, que había sido la misma la que había quebrado el golpe. Se llegó así a la conclusión de que la oposición popular —un término ya discutible porque no menos populares eran muchos de sus adversarios— resultaba suficiente para enfrentarse con un ejército regular. Tal visión —peligrosamente errónea y muy distante, por ejemplo, de lo que había visto Trotsky durante la guerra civil rusa— pesaría enormemente en la evolución de las fuerzas armadas del Frente popular casi hasta finales de 1936 y serviría para intentar justificar la idea de un ejército de milicianos opuesto al auténticamente profesional de los alzados.

Por el contrario, los rebeldes sí fueron conscientes de que la realidad era que el golpe había fracasado sólo en aquellos lugares habían carecido de la competencia militar necesaria para consumarlo. Donde el jefe sublevado se había caracterizado por la astucia, la rapidez y la decisión (Queipo, Aranda, etc.), por muy difícil que fuera el contexto, se había alzado con el triunfo. Si se deseaba revertir ese fracaso inicial en los próximos meses, resultaba obvio que sólo podría conseguirse mediante una utilización adecuada de los principios de la ciencia militar. Porque lo cierto es que, aunque ninguno de los dos bandos estaría dispuesto a reconocerlo en los años siguientes, la derrota del golpe se había debido, fundamentalmente, a la incompetencia militar de algunos de los mandos alzados. Ahora, los sucesivos fracasos cosechados por los rebeldes a partir del día 19 iban a implicar el descoyuntamiento del golpe y, precisamente por ello, el inicio de una guerra civil cuya duración resultaba difícil de prever.

*El hijo de la gran Mula
por Mola vino a las malas.
Como no tuvo soldados,
los hizo con las sotanas.
De lejos, el traidor Franco
sólo promesas le manda,
y tomándolo por mulo
le anuncia tropas mulatas.
Ya están pidiendo madrinas
las tropas de las mejalas.
La media luna ya tiene
protección de las beatas.
¡Cómo curan sus heridas,
cómo el moro les regala
sangrientos ramos de flores,
 llenos de orejas cortadas!
En mulas van hacia Mola
pidiendo a gritos la paga.
Mola los muele con «marcos»,
ya caducos, de Alemania.
De todas partes, por radio
llegan las voces cascadas
de generales borrachos
diciendo botaratas.*

JOSÉ BERGAMÍN, «El mulo Mola»

*Vientos del pueblo me llevan,
vientos del pueblo me arrastran,
me esparcen el corazón
y me aventan la garganta.
Los bueyes doblan la frente,
impotentemente mansa,
delante de los castigos:
los leones la levantan
y al mismo tiempo castigan
con su clamorosa zarpa. (...)*

Si me muero, que me muera

con la cabeza muy alta.

*Muerto y veinte veces muerto,
la boca contra la grama,
tendré apretados los dientes
y decidida la barba.*

*Cantando espero a la muerte,
que hay ruiseñores que cantan
encima de los fusiles
y en medio de las batallas.*

MIGUEL HERNÁNDEZ,
«Vientos del pueblo me llevan»

De golpe frustrado a guerra civil

La España dividida

El 9 de agosto de 1936, *El Socialista* publicaba un discurso radiado que había pronunciado Indalecio Prieto. El mismo reviste un especial interés porque contiene el análisis que el conocido dirigente del PSOE llevaba a cabo sobre la disparidad de fuerzas existente entre el gobierno del Frente popular y los alzados:

¿De quién pueden estar las mayores posibilidades del triunfo en una guerra? De quien tenga más medios, de quien disponga de más elementos. Ello es evidentísimo. Pues bien: extensa cual es la sublevación militar que estamos combatiendo, los medios de que dispone son inferiores a los medios del Estado español, a los medios del Gobierno. Si la guerra, cual dijo Napoleón, se gana principalmente a base de dinero, dinero y dinero, la superioridad financiera del Estado, del Gobierno y de la República, es evidente... Doy por ciertos todos los auxilios financieros que se dicen prestados a los organizadores de la subversión. Pero, aun dándolos por ciertos, no puedo dejar de reconocer que esos medios han podido ser suficientes para preparar la sublevación, para iniciarla, para desencadenarla; pero que son, a todas luces, insuficientes para sostenerla. Podría juntarse todo el capitalismo español en la voluntad suicida de ayudar la subversión. Pues, aun así, todos los elementos financieros de que el capitalismo puede disponer libremente en estos instantes son escasísimos ante los dilatadísimos del Estado... todo el oro de España, todos los recursos monetarios españoles válidos en el extranjero, todos, absolutamente todos, están en poder del Gobierno: son las reservas de oro que han venido garantizando nuestro papel moneda... este tesoro nacional permite al Gobierno español, defensor de la legalidad republicana, una resistencia ilimitada, en tanto que en dicho orden de cosas —no examino de momento otros— la capacidad del enemigo es nula...

Pero, además, la guerra de España es hoy principalmente una guerra industrial. Tiene más medios de vencer aquella parte contendiente que disponga de mayores elementos industriales. Pasad imaginativamente vuestra mirada por el mapa de España... Todo el poderío industrial de España, todo lo que puede ser cooperación eficaz al mantenimiento de la lucha en orden a la protección industrial, todo eso, absolutamente todo —y no hay en la rotundidad de la expresión hipérbole alguna—, todo eso está en nuestras manos...

Con los recursos financieros, totalmente en manos del Gobierno; con los recursos industriales de la nación, también totalmente en poder del Gobierno, podría ascender hasta la esfera de lo legendario el valor teórico de quienes impetuosamente se han lanzado en armas contra la República, y aun así, aun cuando su heroísmo llegara a grados tales que pudiera ser cantado ensalzadoramente por los poetas que quisiesen adornar la Historia de esta época triste, aun así serían inevitablemente, inexorablemente, fatalmente vencidos.

El contenido de las palabras del socialista Indalecio Prieto difícilmente podía resultar más claro. Los alzados quizá pudieran derrochar gallardía en sus futuras acciones, pero dado el reparto de fuerzas, extraordinariamente desigual tras el fracaso del alzamiento, estaban condenados a la derrota siquiera por su falta de recursos financieros e industriales y por la fuerza que, al respecto, tenía el gobierno del Frente popular.

La verdad era que el fracaso del alzamiento había determinado que, en lugar de producirse el derrocamiento del gobierno del Frente popular, España quedara dividida en dos zonas irregulares. Los rebeldes —que se darían el nombre de nacionales— estaban asentados en el norte en Galicia,

las tierras castellano-leonesas del Duero, Navarra, Álava, Cáceres y parte de Aragón. En el sur ejercían su control sobre Cádiz, Sevilla, parte de Córdoba y de Granada. Además, su dominio era indiscutible en Canarias, Baleares (salvo Menorca) y el Marruecos español. Por el contrario, el Gobierno del Frente popular mantenía una zona amplia y unida que incluía Cataluña, Valencia, Murcia, Castilla la Nueva, las provincias de Andalucía oriental y Badajoz. Conservaba asimismo su control, pero en situación de aislamiento del resto de la zona republicana, sobre Asturias, Santander, Vizcaya, Guipúzcoa, Huelva y Menorca.

Por lo que se refería a los efectivos, el gobierno del Frente popular contaba con el 47% de los del Ejército territorial; el 65% de los aéreos y navales; el 51% de la Guardia Civil; el 65% de los carabineros y más del 70% del Cuerpo de Seguridad y Asalto. Dado que el 59% de la población se hallaba en la zona de España controlada por el Frente popular, el gobierno contaba con la posibilidad de incrementar esos efectivos en medida más considerable que los sublevados.

Por lo que se refiere a los alzados, tenían a sus órdenes la totalidad de las fuerzas africanas, 47 127 hombres que constituían un auténtico ejército profesional. Resultaba obvio que si lograban pasar el Estrecho, su peso sería muy relevante en la lucha. Sin embargo, al conservar el Gobierno del Frente popular el control de las fuerzas navales y la supremacía aérea, tal eventualidad parecía a mediados de julio de 1936 poco probable.

De los 15 300 oficiales del Ejército —según cifras del Anuario militar de 1933 descontando a los del cuerpo eclesiástico y al de Inválidos— los sublevados contaban con 2200 en África, 500 en los archipiélagos y unos 5000 en la Península, es decir, un total de 7700. En la zona controlada por el Frente popular quedaron unos 7600. Con todo, estas cifras deben ser contempladas con matices importantes. Por un lado, hubo oficiales que se pasaron al otro bando, que fueron encarcelados o fusilados, o que buscaron asilo en embajadas y consulados. Además hay que sumar una cifra de retirados situada entre los 7000 y 8000, y otros 5000 de complemento. Por añadidura, en la zona controlada por el Frente popular, buen número de los oficiales no se presentó en sus puestos hasta el día 21 en que el Gobierno ordenó que se incorporaran.^[65] El balance final sería de unos 5500 que permanecieron a las órdenes del Frente popular —el socialista Juan Simeón Vidarte afirma que los afiliados a la UMRA andaban en torno a los 3000 o 4000— y unos 8000 que se sumaron a la sublevación. Dato bien significativo es que los oficiales que permanecieron vinculados al Frente popular no fueran precisamente los más jóvenes. Las cifras resultan reveladoras cuando se examina, por ejemplo, la actitud que tomaron las tres promociones salidas de la Academia General de Zaragoza cuando ésta era dirigida por el general Franco (octubre de 1928-junio de 1931). De los 709 tenientes procedentes de las mismas, quedaban 700 en 1936. De éstos, 666 se sumaron a la rebelión y 34 permanecieron leales al gobierno del Frente popular, es decir, en torno a un 5% e incluso no todos éstos combatieron a sus órdenes.^[66]

Por lo que se refería a los medios terrestres de unas 600 000 armas largas, el Gobierno conservó no menos de 275 000 y, posiblemente, más de 300 000; de 2500 ametralladoras, poseía aproximadamente la mitad. En cuanto al material artillero, el Frente popular contaba con las reservas depositadas en los parques de Madrid, Barcelona, Valencia y Cartagena (algo más de 200); 96 de la Constructora Naval de Reinosa; algo más de un centenar en trince de

modernización en Trubia y otras en construcción en Placencia de las Armas. En su conjunto, en números redondos, se trataba de cerca de 800, más otras 200 que podían estar en funcionamiento en pocos meses. Los rebeldes contaban con cerca de un millar de piezas artilleras, pero —y éste es un factor de enorme importancia— carecían de fábricas y sus existencias en parques eran mínimas. Por añadidura, debe señalarse que los medios más modernos —como todos los blindados «Bilbao» del grupo de autoametralladoras cañón— quedaron en poder del gobierno del Frente popular.

En lo que se refiere a medios de comunicación, fortificación y transporte, la superioridad del Frente popular era aplastante. En su poder quedaron todos los regimientos de Ingenieros —salvo el de Transmisiones que se evadió de El Pardo y llegó a Segovia por Nava-cerrada— y seis de los ocho batallones de Zapadores. También quedaron bajo su control todos los medios cartográficos y fotográficos. Semejante disparidad no podía quedar compensada por el hecho de que el 70% de la Caballería se hubiera sumado al alzamiento.

Finalmente, hay que señalar que el Frente popular contaba con una notable superioridad en medios navales y aéreos.^[67] En lo que a aviación se refiere, disponía de 510 aparatos (407 de la aviación y 103 de la aeronáutica naval) frente a 120 de los alzados (112 de la aviación y 8 de la aeronáutica naval) que, por añadidura, eran en un porcentaje elevado modelos de reconocimiento. Por lo que a la Armada se refiere, el Frente popular contaba con 50 buques sobre 31 del enemigo.

Económicamente, el Frente popular contaba también con una clara superioridad. La industria militar quedó mayoritariamente en la zona frentepopulista y lo mismo puede decirse de los medios civiles de transporte marítimo, aéreo, ferroviario y por carretera. La industria naval se vio repartida de manera más pareja con cierto predominio de los sublevados. Por lo que se refiere a la industria civil, todas las zonas fabriles —esenciales en una contienda— permanecieron en manos del Frente popular. Algo muy similar sucedió con la producción minera que tenía especial relevancia en los yacimientos de Vizcaya, Asturias, Almadén y Cardona-Suria, todos ellos en poder del Frente popular.

Por lo que se refiere a la agricultura, la división fue muy similar, aunque el Frente popular conservó las zonas de España donde se encontraban los cultivos destinados a la exportación como los cítricos, las hortalizas, los frutos secos, el vino y el aceite. Ni siquiera —como se ha repetido frecuentemente— las regiones cerealísticas quedaron en manos de los rebeldes ya que el Frente popular controlaba Badajoz, Ciudad Real, Murcia, Albacete, Lérida, Toledo y Cuenca que, a la sazón, eran las provincias de mayor producción en cereales.

En la ganadería, hubo una superioridad de los rebeldes en la ovina y porcina, y frentepopulista, en la de tiro. Por lo que al pescado se refiere, las zonas con mayor número de capturas quedaron en manos del Frente popular.

Disponía de una clara superioridad el Gobierno del Frente popular en lo que a las reservas del Banco de España y de los depósitos se refería. De la plata, los rebeldes contaban a finales de septiembre de 1936 con 123,57 millones frente a 533,14 de la República. Del oro, 2438,47 millones de pesetas oro quedó bajo el control gubernamental y 10 millones en manos de los sublevados. Por otro lado, la posibilidad de generar divisas mediante la exportación quedaba en su

práctica totalidad en manos del Frente popular, contando los alzados únicamente con la producción agrícola —relativamente menor— de Canarias y Andalucía occidental, y la minera del Rif. En términos materiales, pues, la superioridad de la España controlada por el Frente popular era tan considerable que el juicio de Indalecio Prieto reproducido al inicio de este capítulo sólo puede ser calificado de abrumadoramente certero. Los alzados no tenían, en términos materiales, la menor posibilidad de ganar la guerra derivada del fracaso del golpe. Sin embargo, sobre estos datos iba a proyectar su sombra un factor que pesaría enormemente en el desarrollo del conflicto. Nos referimos a la revolución.

Los meses inmediatamente anteriores al golpe habían transcurrido en un clima revolucionario y habían sido muy numerosas las acciones de ese tipo —desde ocupaciones de tierras al asesinato de políticos de la oposición— contempladas como tales por las legaciones extranjeras. Semejantes actos se extendieron por toda la España controlada por el Frente popular de manera ya generalizada al tenerse noticia del alzamiento en África. El hecho de que además la rebelión fuera abortada en apariencia —que no en realidad— por las milicias fue interpretado por amplios sectores de la España del Frente popular como una confirmación de que esa fuerza era suficiente para enfrentarse a los alzados y de que además podía llevarse a cabo sin ningún tipo de obstáculos un conjunto de acciones revolucionarias.^[68] Se había llegado así al estadio de revolución socialista que el PSOE y otras fuerzas políticas venían anunciando como inminente al menos desde 1933. El estallido de la revolución vino acompañado en la totalidad de los casos de terribles manifestaciones de vandalismo como el asesinato de miembros del clero, la quema de iglesias (o a su reducción a lugares de uso secular), la destrucción de registros de la propiedad e incluso la eliminación de todo aquello que se consideraba símbolo de las clases opresoras como podían ser los sombreros o las corbatas. En otros, las medidas que se adoptaron tenían una clara significación social. Éstas variaron según las diversas regiones españolas pero, por regla general, se produjo un énfasis en la colectivización de la propiedad y de la gestión, en el acercamiento de éstas a los niveles locales y en la protección de los puestos de trabajo aunque eso significara el rechazo de las mejoras tecnológicas y unos efectos negativos en lo que a empleo se refería.

Junto a medidas utópicas como la desaparición del dinero, los distintos comités revolucionarios establecidos en Aragón, Castilla, Cataluña o Andalucía decretaron la colectivización de la totalidad del término municipal o el acceso de millares de campesinos a ciertos cuidados médicos. También en las ciudades, con la excepción de Bilbao, se produjeron cambios de corte revolucionario. Así en Madrid se procedió a colectivizar una tercera parte de la industria —en Valencia cerca de la mitad— y a colectivizar las viviendas de alquiler, cuyo precio se redujo aunque no lo cobraron los propietarios sino el sindicato socialista UGT. En Asturias se llegó incluso en ocasiones a abolir el dinero y a fijar los salarios no en función del trabajo sino de la necesidad familiar. En Cataluña se colectivizaron los servicios públicos, las empresas que contaban con más de un centenar de obreros y los negocios relacionados con la alimentación (mercados, lecherías, mataderos, etc.). En esta región, se municipalizaron además las casas con pisos de alquiler y se rebajaron los alquileres a la vez que se subían los salarios un 10%. Los negocios pequeños como talleres, garajes o comercios no se colectivizaron siempre aunque sí se

procedió a vigilar sus precios. En cuanto a los fabricantes y gerentes que no habían huido o habían sido fusilados fueron invitados por los comités obreros (generalmente controlados por la CNT) a seguir trabajando en las fábricas colectivizadas cobrando salarios que venían a ser el doble de los percibidos por los obreros. En aquellas medidas se buscaba combinar los logros sociales con lo que se consideraba la reparación de injusticias seculares, pero, en la práctica, constituyó, por regla general, una explosión de utopismo que sacrificó lo práctico, sensato y necesario a lo que se consideró ideológicamente correcto. Para lograr sus objetivos —no pocas veces difusos— se realizó un uso de la violencia que se denominó revolucionario y que, no pocas veces arrancaba de posiciones ideológicas fundamentadas en el rencor, en la envidia o incluso en el deseo prosaico de no pagar antiguas deudas monetarias. Lejos de tratarse de hechos espontáneos y ciegos —aunque los hubo también— desde los primeros días tanto las fuerzas que formaban el Frente popular como el propio gobierno se entregaron a una labor represiva que partía de modelos totalitarios y que consideraba no sólo aceptable sino obligada la eliminación física de los considerados enemigos de clase, una categoría ésta que abarcaba a sacerdotes y religiosos (por más que su labor pudiera desarrollarse entre los más necesitados), a católicos practicantes, a trabajadores no manuales, a militares, a funcionarios no adeptos al Frente popular, a empresarios, a pequeños comerciantes, a intelectuales y artistas que no votaban a las izquierdas y a un largo etcétera. [69]

Desde el punto de vista militar —que es el que más nos interesa en este estudio— lo más significativo es que el estallido de ese conjunto de revoluciones (socialista, anarquista, nacionalista, comunista...) que se entrelazaron y combinaron en algunos casos, tuvo pésimas consecuencias para el Frente popular. Fundamentalmente, implicaron el descoyuntamiento de la autoridad central en el momento en que ésta debía manifestarse con más fuerza y vigor. Frente a un enemigo resuelto y convencido de su razón, los sindicatos y partidos políticos, buena parte de Aragón, Asturias, las Vascongadas que no se habían sumado a la sublevación y Cataluña no sólo no cerraron filas anteponiendo los intereses comunes a los particulares sino que decidieron actuar con notable independencia del gobierno republicano. Lo cierto, sin embargo, es que salvo algunas lúcidas excepciones, muchos pensaron que aquella situación no sólo no era peligrosa sino que incluso resultaba deseable. [70] La enorme superioridad material, el fracaso del golpe en amplias zonas de España y la ausencia de frenos para la revolución desataron una euforia que ocultaba esas circunstancias y, de manera muy especial, otras dos que resultarían decisivas. En primer lugar, los alzados contaban con un respaldo popular nada escaso incluso en zonas que seguían en poder del Frente popular y, en segundo, distaban mucho de haberse dado por vencidos. También en las provincias controladas por ellos habían sido abundantes las manifestaciones de entusiasmo e incluso de devoción popular, pero esas circunstancias no les cegaron ante la urgencia de conseguir los medios materiales que les permitieran equilibrar mínimamente la inferioridad material y económica que sufrían.

La ayuda extranjera: el Frente popular

El mismo 18 de julio, Giral cursó dos pedidos de armas al gobierno francés consistentes el

primero en ocho cañones con su dotación de proyectiles, 50 ametralladoras y 1000 fusiles Lebel con 13 millones de cartuchos, y el segundo en 20 bombarderos. El embajador en funciones, Juan Cárdenas, pudo retrasar la concreción de los pedidos hasta el día 22 en que se vio obligado a dejar su puesto. La solicitud finalmente la cursaría el 24 de julio Fernando de los Ríos, enviado especial del Gobierno de Madrid, hasta la llegada de un nuevo embajador. El gobierno francés seguía la fórmula del Frente popular, pero se encontraba en un momento especialmente delicado. El año anterior, la Italia de Mussolini había sido sancionada por la invasión de Abisinia, una circunstancia que Hitler estaba aprovechando para introducir una cuña entre Italia y sus antiguos aliados en la primera guerra mundial, Francia y Gran Bretaña. Por añadidura, el 7 de marzo de 1936, Hitler había remilitarizado Renania en contra de lo establecido en el tratado de Versalles. En un intento de conjurar los efectos de esa acción, Francia había decidido levantar las sanciones a Italia el 15 de julio para mantener la antigua alianza con esa nación. El 23 de julio, Gran Bretaña convocó a Francia a Londres para estudiar la firma de un nuevo tratado de seguridad.

El 24, se entrevistó Fernando de los Ríos con Daladier, ministro de Defensa, con Cot, ministro de Aviación, y con Moch para formalizar el pedido. Cot prometió la entrega, entre otros materiales, de una cantidad de bombarderos situada entre los 20 y los 30 y, en ese mismo sentido, advirtió al Ministerio de Asuntos Exteriores. Aquella misma noche, nada más regresar de Londres, Blum recibió en su domicilio a Ríos acompañado de los participantes en la reunión del día anterior y otros dignatarios como el presidente de la República y del senado. Blum era favorable a la venta de armamento al gobierno del Frente popular, pero no deseaba enfrentarse con el aliado británico —que tenía una pésima opinión de las fuerzas del Frente popular como ya tuvimos ocasión de ver—^[71] ni con la oposición interior francesa en la que había hecho mella la propaganda de los alzados y las noticias sobre la revolución. En Consejo extraordinario de ministros celebrado el 25 de julio se decidió, a la vez, prohibir la entrega directa de material de guerra, terrestre o aéreo, al gobierno del Frente popular y cumplir las promesas hechas a Giral. Con ese fin, se autorizó que la industria privada suministrara al Gobierno del Frente popular aviones no armados, a la vez que se encontraba un tercer país que pudiera servir de intermediario para transferir armamento al Frente popular.^[72] En una fecha aún no esclarecida del todo pero situada a lo más tardar el 27 de julio comenzó a llegar material de guerra francés a la España frentepopulista. Para los primeros días de agosto, ésta contaba gracias a esa vía con 6 aviones Potez-540, 14 cazas Dewoitine 372 y algún material terrestre.

El hecho de que un avión de guerra italiano —al que nos referiremos más adelante— cayera en territorio francés cuando se dirigía a la Melilla controlada por Franco resultó momentáneamente relevante para que el Gobierno galo decidiera desandar los pasos acordados con Gran Bretaña y vender más material bélico al Frente popular. Se trató de nuevos e importantes pedidos que fueron materializados por Albornoz el 4 de agosto. El 8 del mismo mes de agosto, Francia cerró la frontera de los Pirineos con la España republicana. Según testimonio de Ileon Blum, hasta esa fecha se habían suministrado a la España del Frente popular entre 40 y 50 aviones.

Gran Bretaña no estaba dispuesta a inmiscuirse en una guerra en la que, por un lado, rechazaba

el proceso revolucionario que el Frente popular llevaba a cabo desde inicios de 1936^[73] y que, a su juicio, era similar al vivido por Rusia menos de dos décadas antes, y, por el otro, no podía apoyar a un movimiento nacionalista que podía plantear reivindicaciones sobre Gibraltar. El gobierno británico, en plena coherencia con sus recomendaciones a Blum, no prestó ayuda a ninguno de los dos bandos, pero en las primeras semanas no adoptó medidas para impedir que llegaran aviones de transporte a cualquiera de ellos. Se trató, en cualquier caso, de cantidades muy similares y reducidas.

El gobierno del Frente popular se puso en contacto también con la Alemania de Hitler para la adquisición de material de aviación. Utilizó para las gestiones a un destacado oficial de aviación y reforzó su petición mediante la promesa de un pago inmediato que se haría en oro, de una manera similar a la petición formulada ante el gobierno francés.^[74] Se concluyó al respecto alguna transacción pero, como tendremos ocasión de ver, finalmente, Alemania optaría por vender sus armas al otro bando.

De manera bien significativa, el gran suministrador de armas del Frente popular iba a ser la Unión Soviética, pero la idea de una intervención militar en el conflicto no se planteó en las primeras semanas. Ciertamente después del estallido de la guerra, la actitud de la Komintern, que se puede documentar con exactitud, fue abiertamente favorable a apoyar al Frente Popular, pero excluyendo siempre una intervención armada en la guerra civil. Así, la Conferencia europea para la defensa de la República española, convocada por el Comité mundial contra la guerra y el fascismo y celebrada en París el 13 de agosto de 1936, trató de movilizar a la opinión pública en favor del gobierno del Frente Popular e incluso fundó una Comisión de coordinación e información en apoyo de la República española, pero no planteó la cuestión del envío de voluntarios para combatir en España. Todavía en el mes de agosto, el día 31, el directorio del Socorro Rojo, otra organización controlada por la Komintern, fundó en París el Comité internacional de ayuda al pueblo español, pero una vez más entre esa ayuda no se hizo mención al envío de voluntarios. El Comité de Actividades antiamericanas lograría señalar, al concluir la guerra mundial, una quincena de organizaciones controladas por la Komintern que apoyaron al Frente Popular, pero en ningún caso durante los meses de julio y agosto de 1936 implicó ese apoyo el reclutamiento de voluntarios. El 27 de agosto llegó a España el embajador soviético Marcel Rosenberg acompañado por un grupo de militares que debían asesorar al ejército republicano. Pero hasta el día 30 del mismo mes no se dio orden a Krivitsky, el jefe de la inteligencia soviética en Europa occidental, para que se ocupara de proporcionar armas a España.

Con todo, éhos eran acontecimientos que, aunque cercanos, se encontraban en el futuro. De momento, el Frente popular contaba con una clara superioridad que le permitía ser optimista sobre un desenlace rápido y victorioso de la contienda. Algo que no sucedía en el otro bando, desesperadamente necesitado de encontrar potencias que estuvieran dispuestas a suministrarles armas.

Las relaciones de los sublevados con las potencias extranjeras susceptibles de ayudarlos contaban con antecedentes previos a 1936. Los conspiradores monárquicos ya habían mantenido contactos con autoridades de la Italia fascista en 1932^[76] y en 1933 incluso habían llegado a un acuerdo en virtud del cual Mussolini los ayudaría en caso de que se sublevaran contra la República. En marzo de 1934, el Duce había abierto la posibilidad de ayuda a todos los monárquicos españoles sin importarle su filiación carlista (Comunión Tradicionalista) o alfonsina (Renovación Española). Con la condición de que la monarquía que sucediera a la República mantuviera una política favorable hacia Italia, Mussolini acordó el envío futuro de material de guerra (diez mil fusiles, diez mil bombas de mano, doscientas ametralladoras), la entrega de un millón y medio de pesetas para gastos de preparación de la sublevación y además recibió en Italia a milicias antirrepublicanas con la finalidad de proporcionarles entrenamiento militar.^[77] No se trataba de ayuda significativa y, en cualquier caso, resultaba mínima para un conflicto bélico, pero implicaba la apertura de un camino que ahora podía seguirse.

Los contactos establecidos por los conspiradores con Alemania nacional-socialista fueron todavía de menor entidad.^[78] Mola mantuvo contacto con los servicios de inteligencia alemanes mientras planeaba el alzamiento y además en la primavera de 1936 el general Sanjurjo había visitado Alemania para sondar la posibilidad de recibir ayuda militar. El resultado fue desalentador ya que Hitler apenas acababa de salir de su última aventura en política internacional: la remilitarización el 7 de marzo de 1936 de Renania. La resolución condenatoria pronunciada por la Sociedad de Naciones contra Alemania el 12 de marzo no había tenido efectos prácticos pero, en buena lógica, resultaba más que dudoso que el Führer estuviera dispuesto a acometer un nuevo pulso internacional. Lo mismo podía decirse del aparato del Estado alemán. El 25 de julio, por ejemplo, Karl Schwendemann, consejero de la embajada alemana, al escribir un informe sobre los acontecimientos había señalado: «... difícilmente se puede esperar a la luz de todo esto que la revuelta militar pueda triunfar, pero la lucha probablemente continuará durante algún tiempo».^[79] Se trataba de un conflicto distante y, en apariencia, sin interés para Alemania.

Franco era consciente de las posibilidades de que el golpe fracasara y se iniciara una guerra y el mismo 19 de julio, precisamente el día en que la rebelión comenzó a cosechar sus primeros reveses, envió a Luis Bolín a Inglaterra, Alemania o Italia con la misión de intentar obtener aviones. La elección de estas potencias por parte de Franco resultaba totalmente lógica. Era obvio que el gobierno francés del Frente popular no proporcionaría material de guerra a los alzados y eso sólo dejaba la posibilidad de potencias anticomunistas, ya fueran democráticas como Gran Bretaña o fascistas como Italia y Alemania.

Inicialmente, quizás dio la impresión de que aquellas gestiones podían fracasar, pero el 27 de julio Roma, al parecer a instancias del propio Alfonso XIII, comunicaba a Tánger que 12 aviones de bombardeo, concentrados en Cerdeña, podrían llegar a Melilla en cinco horas y un barco con material cuatro días después. El día 30, el teniente coronel Bonomi, obedeciendo a un encargo de Mussolini ordenado dos días antes, realizó el traslado de material desde Cagliari, Cerdeña, a Melilla con tripulaciones italianas y Bolín como pasajero.^[80]

Sensatamente, Franco intentó, de manera casi simultánea, recibir ayuda de Alemania que, inicialmente, no debía ser militar. Así, el 22 de julio, a través de Juan Beigbeder, el general nacional envió una misiva manifestando sus pretensiones al general alemán Kühenthal. La tarde del 23 de julio, el mensaje —en el que se pedían diez aviones de transporte— llegó al ministro de Asuntos Exteriores del Reich. Como era lógico esperar, la respuesta fue negativa.^[81] Tal reacción colocaba en una situación delicada a los alzados, pero Franco había considerado la posibilidad de acceder a la ayuda alemana a través de otro canal no oficial. Ese canal no era otro que el propio partido nacional-socialista (NSDAP).

En Marruecos existía un grupo de la organización en el exterior (AO) del NSDAP, cuyo jefe (*Orstgruppenleiter*) era Adolf Langenheim. Sin embargo, el personaje que iba a representar el papel principal no iba a ser él sino Johannes Bernhardt. Éste, en los últimos seis años, había realizado numerosos negocios con las autoridades españolas civiles y militares y ya el 21 de julio había entrado en contacto con los alzados para ponerse a su servicio. Bernhardt había logrado entrevistarse con Franco y le había ofrecido la posibilidad de viajar a Berlín para interceder en su favor. El plan era acceder directamente a Hitler e intentar convencerle de que el apoyo a la causa española sería una manera de enfrentarse con un avance comunista en el Mediterráneo.

Langenheim, tras escuchar los argumentos de Bernhardt y recibir un depósito bancario en francos franceses para cubrir los gastos potenciales, dio su visto bueno al proyecto. Finalmente, el 23 de julio, a las cinco de la tarde, Langenheim, Bernhardt y un capitán español llamado Francisco Arranz Monasterio salieron de Tetuán en un Ju-52. Tras hacer escala en Sevilla (donde se informó al general Queipo de Llano de la posibilidad de que los rebeldes obtuvieran ayuda alemana), Marsella y Stuttgart, aterrizaron al día siguiente en el aeropuerto de Gatow, cerca de Berlín. Por razones de seguridad, los viajeros fueron atendidos por la Lufthansa y no por las autoridades del Reich.

Por un memorándum de Hans Heinrich Dieckhoff fechado el 25 de julio se sabe que tanto el Ministerio de Asuntos Exteriores como el de la Guerra estaban de acuerdo en que el emisario español no fuera recibido por ninguna autoridad militar y que no debería considerarse siquiera la idea de enviarles armas. Sin embargo, los hombres del NSDAP eran de otra opinión. El *Gauleiter* Bohle de la AO decidió pasar por alto la voluntad de los departamentos ministeriales y ponerse en contacto inmediatamente con Rudolf Hess,^[82] el lugarteniente del Führer y su sucesor potencial. A instancia suya, Bernhardt y Langenheim volaron a Turingia para encontrarse con él mientras Arranz se veía obligado a quedarse en Berlín.

Rudolf Hess quedó convencido por los argumentos que le exponían los hombres del NSDAP y decidió ponerse en contacto de manera inmediata con el Führer, que se encontraba en Bayreuth. Tras conversar con él telefónicamente, la noche del 25 de julio, Hitler recibió a Bernhardt, Langenheim y a otro representante de la AO^[83] en la que éste describía el alzamiento como un combate contra la anarquía y el comunismo y, a continuación, le rogaba el envío de armas ligeras, artillería antiaérea y aviación. Al parecer, Hitler ya sabía lo sucedido en España y su visión del estado en que se encontraban los alzados debía acercarse mucho a la realidad. Tras formular

algunas preguntas a Bernhardt y pronunciar un prolongado monólogo de unas dos horas acerca de España, Hitler afirmó que Franco estaba perdido.

Contra lo que podría haberse esperado, aquella conclusión no llevó al Führer a desechar las peticiones del general sublevado. Tras ordenar que comparecieran ante él Von Blomberg, el ministro de la Guerra, y Goering, el del Aire, y, algo después, el capitán de navío Coupette, el Führer insistió en la necesidad de entregar material militar a Franco que, por supuesto, sería pagado a crédito. Algo antes de que dieran las dos de la mañana del 26 de julio, Hitler y sus subordinados habían acordado enviar ayuda a los rebeldes. Además debería ser canalizada exclusivamente al general Franco.

Aquel mismo día 26, quedaron articulados los planes de la intervención alemana en España. Sería de esta manera como se constituiría el «Sonderstab W»^[84] cuya finalidad consistiría en llevar a cabo una operación denominada en clave «Fuego mágico». Dos días después, el capitán Arranz aterrizó en Tetuán con la noticia de que Hitler iba a proporcionar la ayuda militar que se le había solicitado. La misma iba a consistir en veinte Ju-52, seis He-51, veinte piezas de artillería antiaérea y las municiones y el personal necesarios.

Para canalizar el envío de material de guerra, se fundó la HIS-MA (Hispano-Marroquí de Transportes S. L.), una sociedad que, pese a su nombre, en realidad era hispano-alemana. Asimismo se recurrió para la realización de los transportes al uso de firmas como la de fletes Mathis & Rhode o la línea Woermann. En contra de lo que se afirma, no fue la ayuda alemana la que permitió iniciar el puente aéreo, indispensable para que el Ejército de África se trasladara a la Península. De hecho, éste ya se estaba llevando a cabo con aviones españoles Fokker F-VII. Sí es cierto, sin embargo, que la situación mejoró considerablemente a partir del 28 de julio gracias a nueve Ju-52 y a los oficiales que pertenecían a la Luftwaffe, con la excepción de Hencke. A pesar de todo, los rebeldes distaban mucho de haber conseguido la equiparación numérica —incluso técnica— con la aviación del Frente popular.

La ayuda a los sublevados no procedió sólo de las potencias fascistas. Portugal, donde se hallaba establecido un gobierno de corte autoritario y católico, colaboró con ellos desde el inicio del alzamiento permitiendo que sus carreteras y sus líneas telefónicas sirvieran para conectar a los ejércitos de Mola en el norte y de Franco en el sur. Incluso las autoridades portuguesas permitirían el establecimiento de una legación diplomática y financiera en la que Nicolás Franco, el hermano del general, y el financiero Juan March desempeñaron un papel de primer orden. En paralelo, se ignoraría al embajador de la República. Por si esto fuera poco, el 26 de julio, ofrecería tropas portuguesas a Mola y el 1 de agosto reafirmaría la posibilidad de enviar al ejército portugués en ayuda de los alzados.

Los alzados iban a contar además con un aliado que les proporcionaría el necesario combustible. En julio de 1935, la TEXACO había firmado un contrato para abastecer a la CAMPSA. El 18 de julio, varios de sus petroleros se hallaban en alta mar y entonces el presidente del consejo de administración, Thorkild Rieber, decidió enviar esa gasolina no al gobierno del Frente popular sino a Franco. Se trataba de una clara elección entre la revolución y la contrarrevolución, y de hecho, la TEXACO seguiría sirviendo gasolina a crédito a Franco hasta el

final del conflicto.^[85] El gobierno de Estados Unidos por su parte no puso ningún reparo a estas transacciones toda vez que el petróleo no estaba incluido entre los productos afectados por la ley de neutralidad de 1935.

El paso del Estrecho

Como ya tuvimos ocasión de ver, los mejores efectivos con que contaban los alzados eran el denominado Ejército de África. El fracaso del golpe militar había convertido en aún más necesario el paso rápido de esas tropas a la Península, una eventualidad, por otra parte, ya contemplada por Mola en la Instrucción reservada de 24 de junio. El hecho de que la flota estuviera en su mayor parte en manos del Frente popular y de que el golpe hubiera fracasado en Málaga habían convertido tan indispensable acción en poco menos que quimérica y abocaba, de manera irremisible, a la derrota a medio plazo de los sublevados. De hecho, la única ayuda que se había podido enviar a la Península se limitaba a dos tabores y un escuadrón de caballería mora que habían desembarcado en Cádiz y Algeciras en la madrugada del 19 de julio.

La única posibilidad de salir de aquella situación era el transporte aéreo de las unidades militares, pero los aparatos con que contaba Franco eran escasos. No resulta extraño, por lo tanto, que hasta finales de julio sólo consiguieran pasar las Banderas 4.a, 5.a y 6.a del Tercio de Ceuta así como los tabores 3 de Larache, 2 de Tetuán y parte del 1.

La llegada, a finales de julio, de los primeros aviones italianos procedentes de Cerdeña decidió a Franco a intentar forzar el bloqueo por vía marítima. El 5 de agosto, un convoy naval consiguió pasar a la Península a la 1.a Bandera del Tercio y al 3.^{er} Tabor de Regulares de Melilla, una batería de 105 y material de transporte y transmisiones que por su tamaño no podía trasladarse por el aire. La operación, que se valió magistralmente de la sorpresa y de la escasa distancia que hay entre ambas orillas del Estrecho, tuvo un éxito rotundo, pero resultaba imposible de repetir dado que había barcos del Frente popular fondeados en Málaga y éstos difícilmente se habrían dejado sorprender por segunda vez. De hecho, el día 6, algunos barcos republicanos cañonearon los puertos situados a ambos lados del Estrecho, alcanzaron e inutilizaron —que no hundieron como se ha afirmado ocasionalmente— el cañonero *Dato* y eliminaron la posibilidad de otro convoy. En medio de aquella difícil situación, la ayuda alemana no resultó decisiva, pero sí muy importante, para Franco. A partir del día 7 de agosto, los alemanes asumieron la tarea de transportar a las tropas del Ejército de África a la Península.

Gracias a este auxilio, de manera diaria, Franco consiguió que sus tropas aterrizaran en Sevilla, Granada y Jerez. El 8 de agosto, el número de soldados transportados fue de 350 y tres días después alcanzó la cifra de 550 diarios. Apenas una semana después, ya habían pasado a la Península cinco batallones adicionales. Los seis últimos lo harían entre la última semana de agosto y los primeros días de septiembre. La trascendencia del paso del Estrecho queda de manifiesto cuando se comprende que gracias a ella Franco pudo salvar a Queipo de Llano, aislado en Sevilla, y sacar de la situación de inmovilidad —que describiremos en el capítulo siguiente— a las unidades de Mola. Ciertamente, el paso del Estrecho constituyó un episodio auténticamente

decisivo para la suerte de los sublevados y, posiblemente, fue la clave de que la rebelión no resultara estrangulada en las primeras semanas de la guerra.

No-intervención formal y escalada de la intervención real

La guerra que estaba comenzando a librarse en España, pronto provocó la inquietud de las potencias occidentales, una circunstancia que favorecía especialmente a Hitler interesado en distraerlas de colocar cualquier freno a su política centroeuropea. Como ya indicamos, el gobierno francés, aconsejado por el británico que desconfiaba del proceso revolucionario vivido en España, planteó la idea de obtener de las distintas potencias un compromiso de no enviar armas a ninguno de los dos bandos ni intervenir en su favor. El 1 de agosto, el proyecto fue comunicado a Italia y Gran Bretaña. Esta última aceptó y sugirió, muy sensatamente, que la propuesta se hiciera extensiva a Portugal, Alemania y la URSS, naciones todas ellas susceptibles de prestar ayuda a uno u otro bando. El 5 de agosto, Stalin, temeroso de quedar aislado en la escena internacional, aceptó también la propuesta occidental. Los otros gobiernos hicieron lo mismo.

El texto dedicado a la No-Intervención fue redactado por el gobierno francés, aprobado por el británico el 15 de agosto y cursado a las demás potencias. El 24 de agosto, ya se habían adherido igualmente la URSS, Alemania, Italia y Portugal. Las cuatro naciones —especialmente las tres primeras— iban a seguir, no obstante, interviniendo en la guerra. En los días siguientes suscribirían el compromiso veintiún países más. Semejantes pasos intentaban consagrar un aislamiento del conflicto español y evitar que la guerra —y la revolución— se desplazara a otros lugares. Sin embargo, su efectividad real fue escasa. Si, por un lado, el Frente popular había logrado hacerse ya con varias docenas de aviones proporcionados por Francia, la Italia fascista había proporcionado a los alzados no menos de cuarenta y dos aviones y Alemania les había enviado 15 cazas Heinkel 51 y 20 Junkers Ju 52, aparatos de transporte de los que una decena podía convertirse en bombarderos. La superioridad seguía estando en manos del Frente popular —los Heinkel 51 eran inferiores a los Dewoitine 372 del Frente popular y lo mismo podía decirse de los Ju 52 en relación con los Potez 540— pero los rebeldes contaban con nuevos medios para proseguir la lucha por muy desigual que resultara.

No es extraño que ya entonces se dudara de que el acuerdo de No-Intervención tuviera eficacia. Si Gran Bretaña lo deseaba, y Francia se plegaba a él, Stalin ya había decidido violarlo para favorecer la causa del Frente popular y Alemania e Italia demostraban fehacientemente con sus hechos que no estaban dispuestas a respetarlo. Durante agosto, Stalin adoptaría la decisión no sólo de enviar material de guerra al Frente popular —material más abundante y superior técnicamente al que Italia y Alemania proporcionaban a los alzados— sino de crear unidades militares que pudieran combatir en España, algo que, hasta ese momento, no había hecho ninguna potencia. Dimitrov señala en su Diario que, a partir del 28 de agosto, se comenzó a discutir la «possible organización de un cuerpo internacional». El 18 de septiembre de 1936 se reunió el presidium de la Komintern o Internacional comunista en Moscú, varias semanas después de que la URSS hubiera decidido ayudar militarmente al gobierno del Frente popular. El secretariado del

comité ejecutivo dedicó una reunión a España y en ella se acordó «proceder al reclutamiento, entre los obreros de todos los países, de voluntarios que cuenten con experiencia militar, con la finalidad de enviarlos a España».^[86] Al día siguiente, André Marty elaboraba un Plan General de Operaciones en España.^[87] Las razones para esa escalada cualitativa llevada a cabo por el dictador soviético fueron varias. La primera fue el hecho de que los observadores de la Komintern en España no tardaron en llegar a la conclusión de que sin una ayuda militar directa, que superara el envío de armas y de asesores, la República no podría sobrevivir al empuje de los alzados. De hecho, desde julio de 1936, los republicanos no habían dejado de retroceder ante las fuerzas rebeldes y en septiembre, como tendremos ocasión de ver, no sólo habían caído en manos de éstas Irún y San Sebastián sino que resultaba obvio que avanzaban hacia Madrid con la intención de concluir la guerra cuanto antes. El 22 de septiembre Maurice Thorez, el máximo dirigente del PC francés, viajó a Moscú con la intención de recomendar no sólo envíos de material militar a la República sino también la formación de una unidad militar de combatientes voluntarios que estuviera dirigida por la Komintern. Antes de que concluyera el mes, bajo inspiración directa del PCF, se reclutaron los primeros combatientes. Acababa de iniciarse el proceso de creación de las Brigadas internacionales, al que nos referiremos más adelante.

En paralelo a la decisión de Stalin de intervenir en la guerra civil española, el 24 de agosto, el mismo día en que se instituía en Alemania el servicio militar obligatorio de dos años, la ayuda alemana permitió a los alzados lanzar un ataque aéreo contra los aeropuertos de Getafe y Cuatro Vientos. En el curso del mismo fueron destruidos algunos aviones republicanos en tierra.^[88] Al día siguiente, los pilotos alemanes, cuyo país había suscrito la no-intervención, se apuntaron los dos primeros derribos de la guerra, y se comunicó al teniente coronel Walter Warlimont que iba a ser nombrado agregado militar en C. G. G. En la orden que establecería esta misión de manera oficial^[89] se señalaban sus cuatro funciones. La primera era «examinar todas las posibilidades y propuestas para apoyar a los nacionalistas españoles mediante las fuerzas aéreas alemanas»; la segunda, «asesorar al Alto mando español nacionalista»; la tercera, «salvaguardar los intereses alemanes en áreas como los asuntos político-militares y económicos» y la cuarta «cooperar con los representantes de las fuerzas italianas en España».

El 17 de septiembre, Portugal anunciaba la constitución de un cuerpo de voluntarios portugueses para ayudar a Franco. En cuanto a los países de Hispanoamérica, el apoyo a los contendientes no pasó en buena medida del terreno moral. Lázaro Cárdenas, el presidente de México, una nación cuyo sistema político habían intentado trasladar a España los constituyentes de la Segunda República, era muy favorable al Frente popular. Sin embargo, en términos militares, su ayuda fue limitada. En cuanto al resto de naciones del continente, dada su mayoría católica y la persecución terrible desencadenada por el Frente popular, simpatizaban con los alzados, pero tampoco tradujeron esa actitud en términos claramente prácticos.

Así, pese al acuerdo de no intervención, deseado firmemente por Gran Bretaña y aceptado por su aliado francés, la ayuda internacional a los dos bandos comenzó a experimentar una escalada que continuaría incrementándose durante los meses siguientes. El golpe fracasado había derivado

en una guerra civil en la que la intervención internacional se revelaría indispensable.

TERCERA PARTE

De la fijación de frentes al avance sobre Madrid

*En el Cerro de los Ángeles
que los ángeles guardaban,
¡han fusilado a Jesús!
¡Y las piedras se desangran!
¡Pero no te asistes, Madre!
¡Toda Castilla está en armas!
Madrid se ve ya muy cerca.
¿No oyes? ¡Franco! ¡Arriba España!
La hidra roja se muere
de bayonetas cercada.
Tiene las carnes abiertas
y las fauces desgarradas...
¡Madrid se ve ya muy cerca!
¡Toda Castilla está en armas!
Por la parda geografía
de la tierra castellana
clavadas en los Asiles,
las bayonetas brillaban.
El Cid, con camisa azul,
por el cielo cabalgaba...*

FEDERICO DE URRUTIA,
«Romance de Castilla en armas»

*Mañana dejo mi casa,
dejo los bueyes y el pueblo.
¡Saluda! ¿A dónde vas, dime?
—Voy al Quinto Regimiento.
Caminar sin agua, a pie.
Monte arriba, campo abierto.
Voces de gloria y de triunfo.
—¡Soy del Quinto Regimiento!*

RAFAEL ALBERTI,
«¡Soy del Quinto Regimiento!»

La fijación de frentes en el Norte

Mola intenta llegar a Madrid^[1]

La posibilidad de que la rebelión pudiese fracasar en Madrid había sido contemplada ya por Mola en alguna de sus Instrucciones reservadas. Sin embargo, no se consideró que tal evento pudiera cristalizar en un fracaso total del golpe dado el triunfo que se esperaba tener en Valencia. El general Goded, que debía dirigir las fuerzas alzadas en esta ciudad, había de abrir sus tropas en abanico para enlazar con otros focos rebeldes y avanzar sobre la capital de España. Así una de sus columnas debía enlazar en Teruel con los alzados en Aragón; otra en el centro debía avanzar sobre la vía directa de Tarancón y una tercera se dirigiría sobre Alicante, donde estaba recluido el jefe de la Falange, José Antonio Primo de Rivera. A este ataque dirigido por Goded desde Valencia se sumaría además la convergencia de otras unidades procedentes de las guarniciones norteñas donde hubiera triunfado la rebelión. Así fuerzas procedentes de Zaragoza se lanzarían sobre Madrid por Guadalajara; otras procedentes de Navarra y Logroño harían lo mismo por Somosierra y, finalmente, unidades procedentes de Valladolid, Burgos, Salamanca, Ávila y Segovia cumplirían la misma misión por los puertos de Guadarrama y Navacerrada.

Con estos objetivos en mente, en las últimas horas del 19 salió de Pamplona una columna a las órdenes del coronel García Escámez.^[2] A primeras horas de la mañana del 20 entraba en Logroño y esa misma tarde liquidaba la resistencia frentepopulista en la localidad que se había concentrado especialmente en la fábrica de tabacos. Al mismo tiempo, en Madrid caía el cuartel de la Montaña. La capital estaba salvada para el Frente popular, pero García Escámez aún tenía posibilidades de tomar Guadalajara. El 21, parte de estas fuerzas se dirigían hacia Alfaro. Mientras García Escámez, que se había hecho con dos baterías artilleras en Logroño, continuó hacia Soria donde entró por la tarde. En la ciudad se había impuesto la rebelión gracias a la acción de la Guardia Civil y la columna García Escámez pudo continuar su camino hacia el sur, en dirección a Guadalajara. Para desgracia de los alzados, las fuerzas del Frente popular habían sido esta vez más rápidas. El 22, la rebelión quedó sofocada en Guadalajara y el 23, cuando García Escámez se hallaba a unos quince kilómetros de esta ciudad, recibió órdenes de Mola para que se desviara hacia el puerto de Somosierra.

Las razones para esta decisión eran de peso. El golpe había fracasado en Barcelona y Madrid, pero, sobre todo, había sucedido lo mismo en Valencia y en Alicante. Además en Aragón no sólo resultaba imposible enviar tropas en dirección a Madrid sino que muy pronto comenzó a experimentarse el impacto causado por las oleadas de milicianos que procedían de Cataluña. De

hecho, el que lograra resistir ya podía considerarse un auténtico éxito. De todo ello se desprendía que el ataque a Madrid desde el norte era imposible, aunque sí seguía resultando perentorio el que se ocuparan y defendieran las líneas de la Sierra.

Mola había dado órdenes a Carlos Miralles de que tomara Somosierra y fijara allí los ataques republicanos a la espera de la llegada de las columnas del norte. El 17 de julio, el general Kindelán había transmitido la orden.^[3] Sobre las diez de la noche de ese mismo día, unas docenas de voluntarios de Renovación Española se situaban con esa misión en el túnel del trazado del ferrocarril directo de Burgos. El 18, dos autos con guardias de asalto se habían dirigido a ocupar la posición, pero allí fueron sorprendidos por el grupo de Miralles que les hizo cinco prisioneros y se apoderó de un auto y armas. Hasta el día 22, sin embargo, no se produjo ningún ataque frentepopulista sobre las fuerzas de Miralles. Este no pudo resistir en Buitrago, como había deseado, e incluso pagó con su vida la acción. Sin embargo cuando sus fuerzas se dirigían con su cadáver hacia Cerezo de Abajo enlazaron con las fuerzas del coronel Gistau que venían de Burgos.^[4] Así, el tiempo que Miralles había mantenido Somosierra sería importante para que la misma quedara finalmente en el campo rebelde.

El 23, se produjo un intento de los alzados de retomar Somosierra, que resultó frustrado. Ese mismo día, la columna García Escámez llegó a Aranda. Bajo el jefe de ésta quedaban, el 24 de julio, la columna burgalesa del coronel Gistau y el grupo del fallecido Carlos Miralles. El 25, las fuerzas rebeldes —a las que asistía un avión— se lanzaron a reconquistar Somosierra. Aquel mismo día la posición quedó en manos de los sublevados. El 26, ocupado y rebasado el pueblo de Somosierra, García Escámez llegó a las inmediaciones de Robregordo. Al día siguiente, se ocupó esta localidad y se alcanzaron las cercanías de Buitrago. El 3 de agosto, un ataque de García Escámez encaminado a tomar esta localidad fracasó y así quedó estabilizado el frente unos cinco kilómetros al norte de Buitrago.

En paralelo a la columna de García Escámez, también había marchado sobre la capital la del coronel Serrador que procedía de Valladolid.^[5] Ésta había recibido órdenes de avanzar sobre la carretera de La Coruña que corta la sierra por el paso de Guadarrama y en la noche del 21 al 22 sus tropas abandonaron la ciudad castellana por la carretera de Olmedo. El 22, Serrador llegó a Villacastín donde se le unieron algunas fuerzas procedentes de Segovia. Se trataba de medio centenar de guardias civiles y de dos compañías del Regimiento de Transmisiones de guarnición en el Pardo. Como ya indicamos, era el único de estas características que se había sumado al alzamiento. A las órdenes del coronel Carrascosa, esta última unidad había pasado a la vertiente norte de la sierra por Navacerrada y La Granja donde se había unido a la rebelión. Reforzado por estas tropas, Serrador se dirigió inmediatamente a San Rafael. Allí se le informó de que había fuerzas del Frente popular defendiendo el Alto del León. Ante la posibilidad de que la resistencia pudiera verse fortalecida con la llegada de nuevas unidades, Serrador decidió proceder inmediatamente al ataque y en la tarde del 22 sus tropas escalaron el paso.

La acción sobre el Alto de León se realizó apoyada en el avance de tres columnas. La de la derecha avanzó por los Pinares de los flancos de Cueva Valiente que respaldan San Rafael; la de la

izquierda, por la barrancada que sigue la línea del ferrocarril y por el centro, otra, al mando del propio Serrador, escaló las revueltas del camino. Mientras la columna central atraía la atención de los defensores, las otras dos debían desbordarlos. En el centro, la lucha adquirió una especial virulencia que se vio agudizada por la necesidad de desalojar a los defensores recurriendo incluso a encarnizadas luchas cuerpo a cuerpo. La retirada de los defensores se produjo cuando éstos se percataron de que estaban siendo desbordados por los lados. El 22, a las siete de la tarde, el Alto del León estaba en manos de Serrador. De sus mil hombres, ochenta y cinco habían sido bajas.

Las fuerzas del Frente popular distaban mucho de haber aceptado la pérdida del enclave. Así, lanzaron en los días siguientes algunos ataques frontales partiendo del pueblo de Guadarrama y otros de flanco sobre la línea de El Espinar. Dado que no existía un frente estabilizado, las infiltraciones lograron a veces cierta profundidad y en una de esas acciones murió el falangista Onésimo Redondo, junto al pueblo de Labajos, entre Villacastín y Sanchidrián. Las embestidas frentepopulistas estuvieron a punto de desalojar a las unidades enemigas y, de hecho, el día 26, Mola estudió la posibilidad de un repliegue de aquellas posiciones hacia una línea que pudiera apoyarse en el Duero. Si no se llegó a esa situación se debió a la llegada de refuerzos procedentes de Salamanca, Segovia, Valladolid y Navarra el 27 de julio. Aquel mismo día se hizo cargo del mando el general Ponte. En los días siguientes, los alzados consiguieron incluso avanzar algo y a inicios de agosto quedó fijado el frente por la vertiente sur de la sierra hasta el sanatorio de Tablada.

El valor de aquel avance quedaría de manifiesto en las siguientes semanas. A inicios de septiembre, permitiría una conjunción de las fuerzas de Franco, que avanzaban desde el sur, con las de Mola, a través de la sierra de Gredos. A mediados de octubre, volvería a ser el marco de una nueva operación de enlace esta vez en las inmediaciones de Robledo de Chavela. Así, a finales de ese mismo mes, el frente quedó fijado en un semicírculo amplio que rodeaba El Escorial enlazando por Cabeza Lijar con la línea de Guadarrama y por Navalagamella con los sectores del frente madrileño de Brunete. El frente permanecería establecido así hasta el final de la guerra en 1939.

Los alzados avanzan en el Noroeste^[6]

En el norte de España, como ya vimos, el alzamiento había fracasado en Asturias, Santander, Vizcaya y Guipúzcoa. El gobierno del Frente popular intentó aprovechar aquella circunstancia para presionar sobre los sublevados y, al mismo tiempo, ayudar a otras poblaciones amenazadas. Así el 19 de julio, el Ministerio de la Guerra ordenó a las autoridades provinciales de Vizcaya y Guipúzcoa que formaran columnas y las dirigieran sobre Vitoria. De la misma manera, se ordenó a las asturianas que ocuparan las capitales leonesas a la vez que enviaban fuerzas hacia Madrid. En Guipúzcoa, una columna a las órdenes de Pérez Garmendía, colaborando con otra vizcaína, debía encaminarse hacia Vitoria. Sin embargo, el 21 se produjo el alzamiento en San Sebastián y Pérez Garmendía tuvo que dirigirse a esta ciudad para sofocarlo y someter a sitio a los cuarteles de Loyola. Convertido en comandante militar de San Sebastián, Pérez Garmendía formó cuatro

columnas^[7] compuestas por guardias civiles y de asalto, carabineros y milicianos de distintas fuerzas frentepopulistas. Los nacionalistas vascos, aunque a diferencia de sus correligionarios en Álava y Navarra, ya habían tomado posición contra el alzamiento, no se incorporaron de momento al combate.

En apariencia, la reacción frentepopulista había sido de cierta efectividad pero, en muy poco tiempo, quedaron de manifiesto sus terribles limitaciones como la carencia de entrenamiento militar de la mayoría de sus efectivos y, sobre todo, descoordinación con el Gobierno republicano. De hecho, en cada una de las provincias se acabó articulando una administración civil y militar que más que autónoma era independiente, que contaba con unidades consideradas como propias y que destinó las mismas a los objetivos que le pareció idóneos sin tener en cuenta la marcha general de la guerra.

El 29 de julio salieron de Lugo las columnas rebeldes a las órdenes de Ceano Vivas y López Pita con la intención de penetrar en Asturias y enlazar con los alzados que resistían en Gijón (en cuyo cuartel de Simancas se había refugiado el coronel Pinilla) y Oviedo. Pronto las fuerzas atacantes contaron con otras dos columnas que irían recibiendo más refuerzos y acabaron constituyendo dos agrupaciones bajo el mando del coronel Martín Alonso. De éstas, la mandada por el teniente coronel Teijeiro avanzó por la costa, mientras que la situada a las órdenes del teniente coronel Gómez Iglesias, progresó por el interior. El 1 de agosto, las fuerzas de Teijeiro tomaron Navia pero desde ese momento la resistencia que encontraron fue encarnizada. El hecho de que además cayeran ante las fuerzas del Frente popular los cuarteles de Gijón permitió desplazar refuerzos al frente para combatir a los alzados. El 28 de agosto, las unidades de los sublevados consiguieron enlazar en La Espina, pero la posibilidad de seguir progresando se iba desvaneciendo. El frente se estabilizó y Oviedo no pudo ser alcanzado por las fuerzas enviadas en su ayuda. Durante los meses siguientes, la ciudad iba a soportar un asedio de características pavorosas y sufriría algunos de los bombardeos más terribles de todo el conflicto. A pesar de todo, sus defensores darían muestra de un valor verdaderamente extraordinario.

En Santander, el poder político pasó a manos del comité del Frente popular y se formaron pequeñas columnas que cruzaron los límites de Palencia y Burgos donde chocaron con unidades rebeldes. Así, el frente quedó establecido desde el valle de Mena a los Picos de Europa con apenas unos centenares de hombres a cada lado vigilando los accesos.

En Vizcaya, el alzamiento había fracasado e incluso el mismo 19 de julio, salía de Bilbao una columna a las órdenes del teniente coronel Vidal Munárriz con el objetivo de llegar a Vitoria por Ochandiano. No pasó de este punto ya que el bombardeo de un Breguet XIX procedente de Burgos sembró el desconcierto en la columna. El 22 se dirigió a Orduña por Amurrio otra columna mandada por el comandante Aizpuru. Esta unidad no cruzó la divisoria y allí quedó estabilizado el frente. El 17 de agosto se constituyó la Junta de Defensa de Vizcaya, un organismo que sustituyó al comité del Frente popular previo y en el que se dio entrada ahora al PNV y a la CNT. La Junta se dedicó en los días siguientes a formar batallones, pero en los mismos, sobre las cualidades militares, primó el carácter miliciano y partidista.

En Navarra, el coronel alzado Solchaga, sucesor de Mola en Pamplona, recurrió a enviar

algunas columnas reducidas a cerrar las vías de acceso a Navarra desde la frontera hasta Álava. Estas fuerzas acabaron aglutinándose en tres agrupaciones que, desde muy pronto, comenzaron a ganar terreno para la sublevación. La primera, a las órdenes del jefe del batallón de Arapiles, teniente coronel Cayuela, se originó en la columna que, procedente de Estella, llegó el 20 a Alsasua; la segunda fue fruto de la unión de las columnas Tutor, Fernández Checa y Latorre y la tercera —y más importante— procedía del agrupamiento de la columna que había abandonado Pamplona a las órdenes de Beorlegui y de las mandadas por el coronel Ortiz de Zárate, el teniente coronel Los Arcos y el capitán Doñabeitia.

Mola tenía la intención de controlar Guipúzcoa a sabiendas de que un éxito de ese tipo le permitiría cortar el Noroeste situado bajo el Frente popular de la frontera con Francia, limitando extraordinariamente al adversario la posibilidad de recibir ayuda militar. Para llevar a cabo este objetivo, Mola intentó seguir las tres líneas naturales de penetración que van hacia la costa a través de los valles de los ríos Oria, Urumea y Bidasoa. Lo cierto, no obstante, es que aunque la agrupación mandada por Cayuela entró en Guipúzcoa el 25, y ocupó el puerto de Echegárate el 26 y Beasaín el 27, el avance rebelde fue muy difícil a causa de la defensa dirigida por Pérez Garmendía. Aunque éste murió en acción de guerra el 28 de julio —el mismo día en que caían los cuarteles de Loyola— a inicios de agosto, el frente se había estabilizado. El día 7 de ese mismo mes se constituyó la Junta de Defensa de Guipúzcoa, presidida por el socialista Miguel Amilibia y en la que estaban presentes el PNV, el PCE y la CNT. Por su parte, los nacionalistas vascos organizaron una junta de defensa local en Azpeitia y crearon los «gudariak» o «gudaris», los «soldados vascos». Sin embargo, a pesar de las pretensiones nacionalistas de constituir los únicos representantes de los vascos, éstos no iban a combatir sólo en un bando. De hecho, como quedaría de manifiesto durante el resto de la contienda, la guerra que había dividido España en dos haría lo mismo con ellos y, de manera bien significativa, el porcentaje mayor de vascos combatiría en las filas del Ejército nacional a las órdenes del general Franco.

Al día siguiente de constituirse la Junta, Beorlegui reemprendió el ataque contra las posiciones frentepopulistas utilizando unidades vasco-navarras. El día 11, logró tomar las Peñas de Aya y el 15, los fuertes de Erlaiz y Pagogaña, situándose así frente a San Marcial, el último obstáculo antes de tomar Irún y aislar Guipúzcoa de la frontera con Francia. Al mismo tiempo, el coronel sublevado Iruretagoyena —que había sustituido al teniente coronel Latorre— ocupó Tolosa el 11, y el 17, Andoain con lo que amenazó con cortar la carretera que llevaba de San Sebastián a Bilbao. La resistencia se recrudeció entonces y las unidades rebeldes se vieron imposibilitadas de seguir avanzando. La salida de esta situación de punto muerto se produjo al llegar al frente la 2.^a Bandera del Tercio. Beorlegui la situó en vanguardia y el 25 inició el tercer ataque sobre Irún, teniendo como objetivo San Marcial. En torno a este enclave se desarrollaron combates encarnizados hasta que el 2 de septiembre el tercio de requetés navarros de Montejurra logró conquistarla. Dos días después, las fuerzas alzadas entraron en Irún y el Norte controlado por el Frente popular quedó aislado de Francia.

La toma de Irún y la posibilidad de verse copados por las unidades de Iruretagoyena llevaron a las fuerzas guipuzcoanas a comenzar la retirada de San Sebastián. El 13 de septiembre, las tropas

rebeldes entraron en esta ciudad y decidieron explotar el éxito llegando, si era posible, hasta Bilbao. Como veremos más adelante, la situación de Huesca era muy delicada en esos días y Mola decidió enviar en socorro de la ciudad aragonesa al coronel Beorlegui con cuatro batallones. Es posible que semejante decisión, obligada por otra parte, impidiera la penetración de los alzados en Vizcaya. No detuvo, sin embargo, su avance en Guipúzcoa. Solchaga decidió proseguir la ofensiva y con esa finalidad dividió sus fuerzas en tres columnas. La primera (Iruretagoyena) seguiría la costa; la segunda (Los Arcos) avanzaría por las carreteras Tolosa-Azpeitia-Elgóibar y Beasaín-Zumárraga-Vergara; y la tercera, alavesa (Alonso Vega), pasaría de sur a norte cruzando el puerto de Arlabán. Durante el resto del mes de septiembre, las fuerzas de Solchaga lograron ocupar casi toda Guipúzcoa, salvo una reducida franja en la que estaban las localidades de Elgóibar, Elgueta y Éibar. Así, con un avance importantísimo de los rebeldes, quedaría estabilizado un frente que no experimentaría variaciones notables hasta inicios de 1937. Las ventajas estratégicas de sus acciones resultaban innegables, pero aún resulta más impresionante la precariedad de medios —muy inferiores a aquellos de los que disponía el Frente popular— con los que las habían logrado.

La reacción del Frente popular (I): Aragón^[8]

A diferencia de lo sucedido en la sierra cercana a Madrid, en Aragón el frente experimentó una extraordinaria fluidez hasta tal punto que no puede hablarse propiamente de su estabilización hasta finales de febrero de 1937. Los rebeldes habían intentado apoyarse en esta región sobre una serie de guarniciones que conectaban ya con Cataluña. Obviamente, su éxito dependía no poco del triunfo del alzamiento en Barcelona. El que la rebelión fracasara en esta ciudad tuvo consecuencias desfavorables para los sublevados en Aragón. De hecho, es posible que si los alzados en Barcelona hubieran resistido unas horas más, los de Aragón hubieran logrado el triunfo en algunos enclaves que, finalmente, siguieron en manos del Frente popular. Al final, la sublevación quedó asentada en Jaca, Huesca, Zaragoza, Calatayud y Teruel, pero fracasó en Barbastro, Caspe y Alcañiz. Previendo los ataques de las fuerzas del Frente popular, el 21 de julio, Cabanellas ordenó en Zaragoza el llamamiento a filas de los reclutas pertenecientes a los reemplazos de 1932 a 1935. Era la primera disposición de este tipo que se dictaba desde el inicio de la guerra.^[9] Tres días después llegaban a Zaragoza cerca de dos mil requetés procedentes de Navarra. Ambos hechos tenían una importancia considerable para los sublevados porque sobre Aragón estaba a punto de desencadenarse el avance de diversas columnas de milicianos.

Aunque la rebelión militar no había sido sofocada en Barcelona sólo por la CNT-FAI, ésta iba a convertirse en la principal beneficiaria de aquel triunfo. Cuando aún no habían pasado unas horas de éste, García Oliver y otros dos compañeros anarquistas se entrevistaron, sucios y con las armas con que habían combatido por las calles, con Companys,^[10] el presidente de la Generalidad. En el curso de la reunión, éste les indicó que el poder estaba en sus manos y que él estaba dispuesto a colaborar en lo que estimaran conveniente. Companys —el mismo dirigente que en octubre de 1934 se había alzado en armas contra el gobierno legítimo de la República— se convertía así en partícipe responsable de la terrible represión que los anarquistas habían

desencadenado en Barcelona, una represión en la que tuvieron también un papel importante las otras fuerzas del Frente popular, incluida la Esquerra de Companys, y que se tradujo en 5682 víctimas mortales durante los siguientes años.^[11] Además, se llegó a un acuerdo para formar un comité de milicias que dirigiera en Aragón las operaciones militares contra los alzados y que se ocupara de la seguridad en Cataluña. Así nació el comité de milicias antifascistas de Cataluña que estuvo compuesto por tres miembros de la CNT (Durruti, García Oliver y José Asens), dos de la FAI (Abad de Santillán y Aurelio Fernández), cuatro de Esquerra y Unión Republicana, tres de la UGT y fuerzas que habían formado el PSUC.

La acción de Companys demostró estar provista de una notable sutileza política, por más que no se caracterizara por sus escrúpulos morales. Al plegarse ante la CNT-FM no sólo excluía el peligro de una insurrección en Barcelona sino que además integraba a los anarquistas en los mecanismos de la Generalidad y, por añadidura, lograba enviarlos fuera de Cataluña con el pretexto de que había que liberar Aragón. Los anarquistas, quizá deslumbrados por aquella actitud, realizaron concesiones sin precedentes.^[12] No serían, desde luego, las últimas y, así, el 21 de julio, el pleno regional de federaciones locales y comités comarcales de la CNT decidía por unanimidad que no se hablara de comunismo libertario hasta la victoria sobre los sublevados. De la misma manera, se ratificó el acuerdo de colaborar con los partidos y sindicatos integrados en el comité de milicias.^[13]

Sobre el Aragón controlado por los sublevados iban a marchar cuatro columnas. Al norte, milicianos de la CNT y el PSUC, bajo el mando del anarquista Ascaso, partieron de Lérida siguiendo el curso del Cinca. Mientras su flanco derecho tenía el cuartel general en Boltaña, iniciando la lucha del Pirineo hacia Jaca, el centro tenía como base Barbastro y como objetivo Huesca, y el flanco izquierdo tomó como base Sariñena y lanzó sus ataques sobre el llano de Tardienta y la sierra de Alcubierre. Al sur del Ebro, la columna Ortiz sofocó la rebelión en Caspe y Alcañiz y avanzó por la carretera de Híjar repartiendo sus efectivos a la derecha en dirección a Azaila, sobre Quinto, y a la izquierda por Lécera y Muniesa alcanzando el río Huerva y la sierra de Cucalón. Sobre Teruel marcharon fuerzas que procedían de Valencia avanzando por la carretera general de Sagunto. La composición de esta columna era extraordinariamente heteróclita ya que incluía desde unos trescientos guardias civiles de las comandancias de Valencia, Castellón y Cuenca a reclusos de los penales de Chinchilla y San Miguel de los Reyes. De entre todos estos objetivos, el principal era la toma de Zaragoza.^[14] Ésta constituía un objetivo militar de un enorme valor. Aparte de ser un importante nudo de comunicaciones, cubría tanto el valle del Ebro como Castilla la Vieja y Navarra, regiones éstas donde había triunfado la rebelión y desde donde se articulaba la ofensiva sobre la capital de España.^[15] Si Zaragoza caía, las fuerzas de Mola podrían verse enfrentadas con una situación muy comprometida.

El 24 de julio, el anarquista Durruti salió de Barcelona al mando de una columna, que sería denominada de la Victoria. Estaba compuesta por tres mil voluntarios que desfilaron por el paseo de Gracia y la Diagonal. Los medios de transporte se limitaban a algunos camiones a los que se había superpuesto un blindaje bien poco fiable.^[16] De igual forma, los milicianos anarquistas

carecían de entrenamiento militar.

Con Zaragoza en mente, tras asegurar el control de Lérida, la columna Durruti continuó su avance por Fraga, Candasnos, Peñalba, La Almada, etc., de una forma despiadada que incluyó los fusilamientos de los considerados enemigos de clase.^[17] El 27 de julio, la columna Durruti llegó al cruce de carreteras cercano a Bujaraloz. En esta localidad, el dirigente anarquista se entrevistó con el coronel Villalba, que había estado al mando de la guarnición de Barbastro. Villalba recomendó a Durruti que no prosiguiera el avance hacia Zaragoza, pese a que, contando desde la vanguardia de la columna situada cerca de Pina de Ebro, la capital aragonesa se encontraba sólo a unos 35 kilómetros. El argumento empleado por Villalba, que fue apoyado por el consejero catalán de la columna, Pérez Farrás, fue que los flancos estaban al descubierto y que un ataque en esas condiciones podía concluir en un desastre.^[18] Ciertamente, en el flanco izquierdo, la columna Ortiz estaba muy retrasada y el derecho se perdía en la sierra de Alcubierre, pero el 28, otras fuerzas de milicianos atacaron Almudébar y el flanco izquierdo quedó cubierto. Si el avance de los milicianos no continuó fue debido a un imprevisto ataque aéreo llevado a cabo por los sublevados con tres avionetas. Los milicianos fueron presa del pánico y se desbandaron. Durruti tardó varios días en reordenar de nuevo aquellas fuerzas^[19] y detuvo su avance en Bujaraloz durante nueve días. El momento no pudo ser peor porque la CNT de Zaragoza había sumergido a la ciudad en una huelga general que mantenía inmovilizados buena parte de los servicios. Se llegó a afirmar que incluso los rebeldes se habían planteado la posibilidad de retirarse de la ciudad.^[20] No podemos saber si un ataque de Durruti en aquellos momentos hubiera podido tener éxito, pero lo cierto es que el avance no se reanudó hasta el 4 de agosto. Cuatro días después, la columna Durruti llegó hasta Osera de Ebro,^[21] pero allí, a unos treinta kilómetros de Zaragoza, quedó detenida. En las próximas semanas, la labor de Durruti estaría más relacionada con llevar a cabo una política de colectivizaciones típicamente anarquista y con ejercer la represión sobre los considerados enemigos de clase que con tareas de corte militar.^[22]

A medida que fue avanzando el mes de agosto, los combates en Aragón se vieron desplazados geográficamente en lo que a su importancia militar se refiere. Durante los primeros días, el foco principal estuvo en la línea Quinto-Belchite-Muniesa. A mediados de mes, éste se vio trasladado a los sectores de Tardienta y Almudébar y, hacia el final, en dirección a Teruel y Huesca. La situación de esta última ciudad en los primeros días de septiembre estuvo a punto de hacerse insostenible para los rebeldes que contaban con unidades oscenses y también con otras procedentes de Jaca, Navarra, Zaragoza y Larache. Los rebeldes intentaron enfrentarse con la posibilidad de que la ciudad cayera con el envío continuado de refuerzos. El 6 de septiembre llegó la 2.^a Bandera de la Legión y después de la toma de San Sebastián el 13 de septiembre, Mola ordenó al coronel Beorlegui que se desplazara a Huesca con unas fuerzas que incluían sus unidades navarras y el Tercio Gallego del comandante Borja de Quiroga. Los bombardeos sufridos por Huesca se contarían entre los más violentos sufridos por una ciudad durante toda la guerra civil. Sin embargo, a pesar de su notable superioridad material, las fuerzas del Frente popular no lograron quebrantar la voluntad de resistencia de los asediados. Durante todo el mes de septiembre

y parte del de octubre se combatió en Siétamo, Quicena, Estrecho Quinto, Monte Aragón, Cuarte, Chimiilas y en las líneas urbanas del Manicomio y de la entrada de la carretera de Zaragoza por el cementerio. Como sucedería en otros centros urbanos sitiados por las fuerzas del Frente popular —Toledo, Oviedo...— la superioridad en términos materiales quedó, de manera sorprendente, más que compensada por unos hombres dispuestos a resistir hasta el final. Estaban convencidos de que no encontrarían cuartel en sus oponentes y, sobre todo, creían en una causa a la que identificaban, literalmente, con obligaciones sagradas. Huesca, al fin y a la postre, no cayó en manos del Frente popular y, a mediados de octubre, quedó estabilizado el frente. Así se mantendría hasta marzo de 1938.

En Aragón, la situación de los sublevados era ciertamente prometedora. Habían logrado conservar las capitales de provincia y mantenían una relación directa con el Ejército de Mola. Además habían conseguido estabilizar un frente extendido y dotado de excesiva fluidez en base a cuatro posiciones fundamentales: Huesca, la sierra de Alcubierre, Belchite y Teruel. Estas circunstancias tendrían una importancia estratégica innegable, durante el resto de la guerra. También presentó una clara repercusión moral ya que, al haberse mantenido el control frente a fuerzas enemigas muy superiores, la confianza en la justicia de su causa, una causa provista de un contenido religioso, sólo podía quedar reforzada.

La reacción del Frente popular (II): Mallorca^[23]

Cuando el general Goded salió hacia Barcelona al iniciarse el alzamiento en esta ciudad dejó comenzada la rebelión en Palma. El hecho de que las autoridades civiles se entregaran sin resistencia a los alzados facilitó considerablemente el triunfo de éstos. El 19, Palma estaba en su poder y lo mismo sucedía el 20 con Pollensa, Manacor y Sóller donde se produjo alguna resistencia. De hecho, la única interferencia que tuvieron los alzados fue los bombardeos que desde el día 23 realizaron aviones procedentes de Barcelona. Así, mientras Mallorca, Ibiza y las islas menores se sumaban a la rebelión, Menorca y Mahón seguían en poder del Frente popular.

La importancia de Mallorca era extraordinaria ya que su posesión permitía, en buena medida, controlar el tráfico marítimo sobre las costas españolas que dan al Mediterráneo. De manera bien significativa, el intento de recuperarla no derivó del gobierno del Frente popular, sino de la Generalidad de Cataluña. Siguiendo una línea ideológica propia del nacionalismo catalán que manifiesta sus apetencias sobre regiones españolas como las Baleares o el reino de Valencia, la Generalidad pretendía apoderarse de Mallorca en beneficio propio y, precisamente por ello, no contó para sus propósitos ni con el Ministerio de la Guerra ni con el Estado Mayor Central, ni tampoco reparó en el desarrollo de la contienda. A la grave situación que implicaba realizar operaciones militares de manera autónoma se sumó la ejecución del desembarco en Mallorca. Por si fuera poco, el plan fue anunciado imprudentemente en diversos medios con lo que desapareció de manera total el efecto sorpresa.

La ejecución del desembarco fue encomendada al capitán de Infantería Alberto Bayo. En la operación tomaron parte inicialmente los destructores *Almirante Antequera* y *Almirante*

Ferrández, algunas unidades menores y, como transporte, los mercantes *Ciudad de Cádiz*, *Mar Negro* y *Marqués de Comillas*, actuando este último como hospital. El 5 de agosto, la expedición enviada desde Cataluña ocupó sin dificultad la isla de Formentera y, al día siguiente, desembarcó en Santa Eulalia, Ibiza, sin encontrar tampoco resistencia. Esta columna se uniría con otra desembarcada el día 8 en San Carlos, Ibiza, entrando ambas columnas en la capital de la isla sin dificultad. Tan halagüeños resultados iban a frustrarse en breve. El día 7 de agosto había salido de Valencia el buque transporte *Mar Cantábrico* que llevaba a bordo una expedición militar frentepopulista a las órdenes del capitán de la Guardia Civil Manuel Uribarri y cuya finalidad era la toma de Ibiza. Lejos de ser bien acogida por Bayo, éste insistió en que sólo obedecería órdenes del Gobierno catalán, mientras Uribarri sostenía, con toda la razón, que era el Gobierno de la República el que debía dar las órdenes en operaciones como aquélla. Ante el cariz que tomaba la situación, finalmente, Uribarri optó por retirarse y Bayo decidió seguir adelante con sus planes para tomar Mallorca. En esta isla, las autoridades sublevadas no perdieron el tiempo en disputas como la sostenida entre Bayo y Uribarri. Aunque la situación era casi desesperada por la lejanía de Cádiz, la ausencia de una flota amiga y la enorme superioridad de las fuerzas enemigas, se iniciaron los preparativos para la defensa. El 11 se organizó la denominada «Legión de Mallorca», al mando del comandante Antonio Montes Castelló, se llamó a los reemplazos de 1933 y 1934, y se crearon algunas unidades de voluntarios.

Partiendo de Ibiza, el convoy de Bayo merodeó durante los días 12 y 13 por la costa occidental de Mallorca. El 15, por la noche, se acercó a la costa occidental de la isla y en la madrugada del 16, apoyada por una importante fuerza naval^[24] y casi toda la aviación de Barcelona y Mahón, la fuerza expedicionaria desembarcó en Cala Madrona, un enclave cercano por el sur a Porto Cristo. A las seis de la mañana, esta localidad estaba en manos de las tropas catalanas que reunían unos dos mil quinientos hombres. Las fuerzas desembarcadas contaban con tal superioridad que habrían podido tomar Manacor, pero la indecisión las paralizó durante todo el día privándoles de esa oportunidad. La reacción de los defensores de la isla fue, por el contrario, rápida y durante el 17 contuvieron el desembarco realizado cerca de Porto Cristo. Lo cierto, sin embargo, es que aquélla no había sido sino una operación de diversión y así el desembarco principal se produjo en la Cala Morlanda y el promontorio de Punta Amer. Las fuerzas catalanas llegaron así a superar los diez mil hombres con los que apuntaron al cruce de San Llorens, donde se desvía el camino de Son Servera de Manacor a Artá. Bayo estableció su puesto de mando en Sa Coma, cerca de Punta Amer. Por lo que se refiere a las unidades invasoras cercanas a Son Servera, se apoyaron en las alturas del Corp, en las crestas de las Atalayas por el centro y en Porto Cristo y las cuevas del Drach al sur.

Las unidades invasoras, que habían desperdiciado el impacto inicial, pronto se iban a encontrar con una resistencia muy superior a lo esperado. Las autoridades mallorquinas, conscientes de la necesidad de apoyo aéreo en que se encontraban, se pusieron en contacto con el comandante del destructor italiano *Niccolo Zeno*, para ofrecerle comprar armas y aviones con el aval de algunos mallorquines acaudalados y de los fondos del Banco de España (unas 600 000 pts. oro). El 19 de agosto llegaron a la isla tres hidroaviones italianos que descendieron en la bahía de Pollensa y ese

mismo día comenzaron a atacar a los buques enemigos. Se trató, no obstante, de una intervención aislada ya que los hidros partieron inmediatamente de la isla. Privados de nuevo de apoyo aéreo, los defensores volvieron a cursar telegramas a Italia y realizaron cuestaciones para recoger oro con el que abonar la ayuda extranjera. En toda la isla llegaría a reunirse poco menos de una tonelada de oro y joyas.^[25]

Mientras tanto, la evolución de la ofensiva distaba mucho de corresponderse con lo esperado. Las tropas desembarcadas en Cala Madrona pronto se vieron incapaces de deshacer la resistencia enemiga. Como en Oviedo, como en Huesca, como en Toledo, los alzados demostraban una extraordinaria capacidad de resistencia que, en este caso, incluso llegó al extremo de lanzar algunos contraataques. Se desplazaron, por lo tanto, hacia el norte en busca de poder realizar el contacto con las otras unidades catalanas. Consiguieron efectuarlo en las inmediaciones de Casa Servera. Semejante acción constituyó un error porque, en realidad, contribuía a distanciarse de Manacor, desde donde, por la ruta de Villafranca y Algaida, se hubiera podido alcanzar Palma de manera directa. El movimiento por Son Servera y San Llorens pretendió algo mucho más difícil como era envolver el sector de Manacor por el norte, pero, de manera lógica, fracasó. El 26 se tomó el poblado de Son Carrió al pie de la Atalaya, pero resultaba obvio que aquellas mínimas ganancias territoriales carecían de valor estratégico real al no poderse ampliar la zona de penetración que, efectivamente, condujera a Manacor y de ahí a Palma.

El 27 llegó a Palma un barco italiano con fuerzas de este país y el 28, un caza italiano Fiat CR-32 ametralló cuatro hidros amarrados en Cala Morlanda. Se trataba de una ayuda escasa y prueba de ello es que aquel mismo día se recrudecieron los ataques contra Son Servera que ya estaba casi envuelta por el sur y el este. A pesar de todo, la resistencia de los alzados iba a provocar que la operación catalana se detuviera en un punto muerto.

El día 2 de septiembre dio inicio la contraofensiva rebelde. La superioridad seguía en manos de los milicianos catalanes, pero, al día siguiente, se retiraron^[26] sin que hasta la mañana del día 4 se percataran de ello sus adversarios. El día 5, Mallorca volvía a estar totalmente en manos de los alzados. Además del fracaso militar, los atacantes habían tenido 500 muertos, un número muy superior de heridos y pérdidas materiales que incluían doce cañones, una veintena de ametralladoras, seis morteros, dos mil quinientos fusiles, dos coches blindados, un equipo quirúrgico, cinco hidroaviones, más de mil granadas de mano, una cifra similar de granadas de artillería, dos barcazas y más de medio millón de cartuchos. Todo esto en un momento en que Azaña se quejaba, un tanto exageradamente, de que «en Madrid no había “ni una sola ametralladora” para cortar el paso de la sierra».^[27]

El 13 de septiembre, las fuerzas rebeldes ocuparon Cabrera. El 20, otra expedición de los sublevados se apoderó de Ibiza. Ciertamente, la operación militar se había saldado con una victoria para los alzados, triunfo que tendría una especial trascendencia en los meses venideros. Como en otros lugares de España, la tenacidad encarnizada de los alzados había terminado por compensar la notable superioridad material del Frente popular.

La fijación de frentes: un balance

A grandes rasgos, a finales del verano e inicios del otoño de 1936, quedaron estabilizados los frentes en el norte de España. En su conjunto, y pese a que los resultados no eran tan positivos como hubieran deseado los alzados, lo cierto es que éstos habían emergido como vencedores en la mayoría de los envites. De hecho, apenas habían perdido terreno e incluso habían logrado ganancias territoriales de enorme importancia estratégica. En el Noroeste, los sublevados no habían conseguido enlazar con Gijón y Oviedo e incluso perdieron la primera ciudad. Sin embargo, seguían manteniendo —a pesar de los terribles bombardeos— la capital de Asturias, habían logrado cerrar la frontera con Francia aislando el Norte republicano, y se habían apoderado de la casi totalidad de Guipúzcoa incluyendo San Sebastián. En Aragón habían mantenido —a pesar de la inferioridad material y de sufrir algunos de los bombardeos más espantosos de toda la guerra— el dominio sobre las tres capitales de provincia, habían detenido a las columnas lanzadas sobre la región y habían estabilizado el frente. En las Baleares, a pesar nuevamente de su inferioridad en medios materiales, habían conseguido abortar el desembarco de fuerzas de la Generalidad catalana en Mallorca y recuperar las islas perdidas a inicios de agosto. Finalmente, en la sierra habían logrado conservar posiciones de enorme importancia como Somosierra y el Alto del León y habían impedido la marcha de fuerzas del Frente popular sobre Castilla.

En comparación con lo que sucedería después durante aquellas semanas, las masas militares utilizadas por ambos bandos en los distintos frentes del norte de España fueron muy reducidas numéricamente. Cuando se produjo un acopio de material y de efectivos considerable, la ventaja estuvo siempre del lado del Frente popular. Sin embargo, los resultados no habían podido ser más negativos para éste. Las razones resultaban evidentes y volverían a repetirse, para desgracia del Frente popular, a lo largo de la guerra. En la zona frontepopulista se había reproducido el fenómeno de incompatibilidad de utopías que tan fatal había resultado para la supervivencia de la propia república. La disparidad de objetivos —la implantación del comunismo libertario, el imperialismo territorial de los nacionalistas catalanes, etc.— se había traducido en la proliferación de instancias de poder, en una descoordinación fatal de éstas con el Gobierno del Frente popular, en un ansia por dirigir localmente las operaciones desmarcadas del desarrollo general del conflicto y en una hipertrofia de las características partidistas y milicianistas de las unidades en detrimento de las militares. Esa fragmentación explica en buena medida que su superioridad en efectivos y material de guerra no se tradujera, contra lo que hubiera sido de esperar, en victorias sobre el enemigo.

En la zona que recibiría la denominación de nacional, el proceso había sido completamente inverso. En primer lugar, en el Norte, existía un mando unificado en manos de Mola y las unidades no sólo no habían tendido a la independencia sino a la integración. Sus objetivos —la contención de la revolución y la defensa de valores como la religión, la familia o la propiedad— eran compartidos por todas las fuerzas alzadas a diferencia de lo que sucedía con las que integraban el Frente popular. En segundo lugar habían prevalecido los criterios militares —algo lógico en una guerra— sobre los políticos hasta tal punto que las milicias fueron integradas en

unidades de este tipo. Al revés de lo sucedido en el otro bando, las milicias de Falange y del Requeté fueron militarizadas en lugar de milicianizar éstas a las unidades militares. Finalmente, y pese a la autonomía con que Mola actuaba en relación con los alzados que operaban en el sur de la Península, las fuerzas sublevadas pusieron de manifiesto una visión global del conflicto que daba un sentido estratégico a sus acciones. Ciertamente, las tácticas utilizadas por las fuerzas nacionales podían ser tachadas de atrasadas en relación con otras ya utilizadas por los ejércitos europeos y es obvio que dependían de las experiencias africanistas, como, por otra parte, había sucedido con buena parte de los mandos aliados durante la I Guerra mundial, pero, pese a todo, por regla general, eran claramente superiores, en términos militares, a los planteamientos de sus enemigos. Todo ello, unido a un enorme entusiasmo —no pocas veces de signo religioso— y al apoyo popular que, pese a la represión, tenían los alzados en la mayoría de las provincias, permitió a éstos conseguir repetidos éxitos y acariciar, a medio plazo, la posibilidad de avanzar decisivamente sobre Madrid. Si alguna lección se derivaba de aquellos combates en el Norte y en las Baleares (el único lugar donde los nacionales habían recibido ayuda extranjera aunque no de relevancia) era que la guerra sólo podía ser ganada siguiendo criterios determinados no por la ideología política sino por la eficacia militar. Sin embargo, pese a sus logros, las acciones de las fuerzas de Mola quedarían eclipsadas por otras ciertamente más espectaculares, las llevadas a cabo por el Ejército de Franco en el sur. Al avance de éste hacia Madrid dedicaremos el próximo capítulo.

*General Moscardó:
Guzmán el Bueno
la suprema lealtad
el mundo llama.
Mas hoy tiene
la lengua de la fama
de Guzmán el Mejor
el aire lleno.
Insuperable hazaña
—se decía—
los muros de Tarifa
contemplaron.
Y para nunca más volver,
pasaron
aquel hombre
y la España de aquel día.
A la asombrada Historia
tu proeza sin nombre
desengaña.
Hoy es más grande
que el ayer ha sido.
No faltó España
a la suprema gloria,
¡otro Guzmán
a la tremenda hazaña!*

MANUEL MACHADO, «Tarifa-Toledo»

*Ayer martes, por la noche,
la virgen bajó del cielo.
Esta mañana en la calle
la encontraron los bomberos.
Se la llevaron a Miaja
que se puso muy contento.
La virgen es de oro fino.
Nosotros la fundiremos,
para comprarle cañones
a los bravos artilleros,
y por haber sido buena,*

*bajando del cielo a vernos,
mientras los obuses zumben,
nosotros la rezaremos.*

A. AGRAZ, «¡Milagro!»

El avance del Ejército de África

El frente se estabiliza en Andalucía

El golpe triunfó en cuatro capitales de Andalucía: Sevilla (Queipo de Llano), Córdoba (Cascajo), Cádiz (Varela) y Granada (Muñoz Jiménez). Pero incluso en estos casos la victoria de los sublevados se limitó prácticamente al casco urbano y las inmediaciones y hubo de ir acompañada de una represión que tuviera efectos intimidatorios. Hasta el 25 de julio, Queipo de Llano no logró sofocar la resistencia de las fuerzas del Frente popular en Sevilla. Ese mismo día al ocupar los sublevados Utrera se pudo establecer el primer eje de comunicaciones en la Andalucía de los alzados, el que unía Cádiz —donde habían actuado algunas unidades del Ejército de África desde el inicio de la rebelión— con Sevilla.

La situación de los rebeldes era en no pocos lugares de Andalucía considerablemente precaria y transcurrió en paralelo con la revolución desencadenada en las diversas provincias. Así, a la dureza de la represión llevada a cabo por las fuerzas del Frente popular —928 víctimas mortales en la provincia de Granada, 478 en la de Sevilla, 111 en la de Cádiz, por ejemplo— se sumó la de unas columnas que no sólo pretendían ya intimidar al adversario mediante el uso de la violencia, sino también vengar las atrocidades frentepopulistas que iban descubriendo en el curso de su avance. Así, durante estas semanas, la actuación de las columnas rebeldes^[28] unió a las operaciones estrictamente militares, el ejercicio de la represión. Si, por un lado, se pensaba que la eliminación de los enemigos de clase era no sólo legítima sino necesaria para implantar una sociedad que se esperaba mejor; por el otro, se tenía la certeza de que esas acciones debían ser castigadas con una dureza ejemplar que evitara su repetición futura. Así, el entrelazamiento del terror revolucionario con el contrarrevolucionario proporcionó, por lo tanto, a la guerra en Andalucía los colores más siniestros de la lucha de clases,^[29] colores que ya habían quedado de manifiesto en guerras civiles como la rusa o la finlandesa.

La situación se alteró, en términos militares, de manera favorable a los alzados cuando el Ejército de África pudo pasar masivamente a la Península. De esta manera, los sublevados pudieron rectificar favorablemente las líneas en Andalucía y, pese a la lejanía geográfica, plantearse la marcha hacia Madrid. Durante los meses de agosto y septiembre, el general Varela desarrolló una serie de campañas que fueron permitiendo a las fuerzas rebeldes en Andalucía establecer nexos entre sí.

El 12 de agosto, partiendo de La Roda, Varela inició por la zona de Málaga una campaña destinada a abrirse paso hasta Granada. Aquel mismo día, los sublevados ocuparon Antequera y

desde allí se dirigieron hacia Granada ocupando Archidona y Loja. Arrancando desde esta última localidad, el 18 de agosto Varela quebró el cerco que rodeaba Granada enlazando en la Venta del Pulgar con las unidades rebeldes de esta ciudad. De esta manera quedó abierta la comunicación entre Andalucía occidental y Sierra Nevada.^[30]

Tras abrir el paso por Granada, las fuerzas de Varela —entre las que se encontraban los Regulares de Tetuán de Sáenz de Buruaga— debían haberse dirigido hacia la serranía de Málaga. No fue así. La razón fue la existencia de una amenaza considerable sobre las posiciones de Córdoba. Con anterioridad, se habían producido hostigamientos sobre las mismas desde la cuenca minera de Peñarroya en el norte y desde Jaén en el este. Sin embargo, ahora las autoridades del Frente popular habían articulado una ofensiva cuyo objetivo era recuperar Córdoba. Iniciada el 20 de agosto bajo el mando de Miaja, la misma partió de Montoro, Bujalance, Castro del Río y Espejo, avanzando hacia Córdoba por las vías de comunicación procedentes de Andújar y Jaén. Las unidades del Frente popular llegaron hasta el poblado minero de Cerro Muriano, donde la lucha revistió una dureza considerable. Lograron así tomar este enclave acercándose considerablemente a la ciudad. Para los rebeldes, la pérdida de Córdoba hubiera resultado gravísima y, a finales de agosto, las fuerzas de Varela se desplazaron hacia la mencionada provincia. Dispuestas en tres agrupaciones, Varela mandaba la central mientras que Sáenz de Buruaga y Baturone dirigían las alas derecha e izquierda respectivamente.

Durante los últimos días de agosto y los primeros de septiembre, tuvo lugar en las cercanías de Córdoba la que, quizás, fue la primera batalla clásica de la guerra civil. Durante la misma se utilizó también por primera vez con profusión el arma aérea, de la que disponía con una clara superioridad el Frente popular. A pesar de ello, fueron los rebeldes los que se alzaron con la victoria. Hacia el 10 de septiembre, las fuerzas del Frente popular —que habían tenido un número de bajas considerables y habían perdido Cerro Muriano— se vieron obligadas a retirarse. Tras la victoria de Córdoba, Varela decidió desplazar sus fuerzas hacia el sur. El 12 de septiembre se había realizado la concentración de las mismas en Antequera y al día siguiente, Varela cruzó la sierra de Abdalajis en dirección a Ronda. En aquella misma jornada, las fuerzas rebeldes tomaron Campillos. El 14, esta localidad fue testigo de un violento contraataque frentepopulista, pero el 15, Varela pudo continuar su avance siguiendo la carretera general. Al día siguiente consiguió enlazar, en Cuevas del Becerro, con la columna sevillana del comandante Redondo, marchando ambos sobre Ronda que cayó antes de concluir la jornada. De esta manera se vio definido el frente malagueño sobre la base de Archidona, Antequera y Ronda, y quedaron establecidas de manera definitiva las comunicaciones de Ronda con Algeciras.

En otras zonas de Andalucía los alzados habían ido logrando éxitos similares. Así, a inicios de agosto se había ocupado la zona norte de Sevilla y, a finales del mismo mes, ya controlaban las sierras de Huelva. Por lo que se refiere al frente de Córdoba, las operaciones continuaron durante el otoño y el invierno de 1936,^[31] aunque las mismas no obstaculizaron el avance del Ejército de África hacia Madrid.^[32]

El avance hacia Madrid: Extremadura

En paralelo con las operaciones de Varela en Andalucía, las tropas rebeldes del Sur habían iniciado su avance hacia la capital de España. El 7 de agosto, Franco llegaba a Sevilla y, tras instalar su cuartel general en el palacio de Yanduri, puso a sus órdenes a las unidades militares aunque el mando directo fuera asumido por el teniente coronel Yagüe. Las fuerzas de los sublevados operaron en tres columnas a las órdenes de los tenientes coronel Asensio y Tella y del comandante Castejón, de las que dos iban en vanguardia y una en reserva.^[33] Contaban asimismo con un reducido apoyo aéreo germano, pero, en contra de lo que se repite en ocasiones, no de carros de combate alemanes e italianos. De hecho, el ejército nacional no dispondría de ellos hasta el mes de octubre, ya en el avance sobre Madrid.

El 3 de agosto, las columnas de Asensio y Castejón salieron de Sevilla, y en la noche del 4 al 5 de agosto, entraron en Extremadura. Se había producido así en un solo día un avance, verdaderamente espectacular, de ochenta kilómetros. De manera inmediata, se fueron sumando a estas fuerzas otras que se habían alzado en los días anteriores, pero que habían quedado aisladas en la zona que controlaba el Frente popular.^[34] En la Venta del Culebrón, la columna se dividió y el día 5, mientras Castejón tomaba Llerena, Asensio entraba en Monasterio. En esta última localidad volvieron a reagruparse ambas fuerzas. De allí las fuerzas rebeldes descendieron a los Barros, Fuente de Cantos, Los Santos de Maimona, Villafranca y Zafra. El día 7 entraban en Almendralejo. Iba a comenzar así el conjunto de operaciones que, en alguna ocasión, se ha denominado la batalla del Guadiana y que tenía como finalidad estratégica el enlace entre las fuerzas sublevadas del norte y del sur de España.

La región extremeña había quedado dividida con ocasión del alzamiento. Mientras que la guarnición de Cáceres se había sumado al mismo, Badajoz permanecía en manos del Frente popular y lo mismo sucedía con la zona de Aljucén, situada al norte de Mérida. Para poder avanzar sobre Madrid, Yagüe debía tomar Mérida, situada sobre su ruta, y a la izquierda, Badajoz, que limitaba con Portugal.

El 10 de agosto, las columnas de Asensio, Tella y Castejón, bajo el mando de Yagüe, alcanzaron las inmediaciones de Mérida. En las próximas horas, las fuerzas rebeldes sólo encontraron una cierta resistencia en algunas trincheras muy rudimentarias que estaban situadas frente a su ala izquierda. Se llegó así sin dificultad a la cuesta que domina la ciudad por el sur. En la misma se colocaron las baterías de artillería. La localidad extremeña contaba con escasa defensa artillera —dos cañones— además de la natural que proporcionaba el río. Esta corriente de agua era surcada por dos puentes, el del ferrocarril y el romano. Yagüe decidió tomar al asalto este último. Tras una ligera preparación artillera, la 5.^a Bandera se lanzó sobre el puente romano. En un primer empuje y con enorme rapidez, los atacantes tomaron la cabeza de puente y penetraron en la ciudad. Tras atravesar las pequeñas calles, las fuerzas de Yagüe se reagruparon en la plaza principal. Aunque aún continuarían resistiendo algunos focos frentepopulistas, aquel mismo día Mérida quedó en manos de Yagüe. Un contraataque republicano, desencadenado al día siguiente,

concluyó con un fracaso y así la localidad se convirtió en lugar de enlace entre las fuerzas alzadas del norte y del sur.

De manera inmediata, Yagüe prosiguió por la ruta de Lobón y Talavera la Real hacia Badajoz. Esta ciudad extremeña se apoyaba en la orilla izquierda del Guadiana y estaba rodeada de murallas. El 13 de agosto, Yagüe llegó ante la misma por el lado suroriental y desplegó sus fuerzas para que limpiaran los barrios exteriores y alcanzaran las murallas. A la derecha, Asensio llegó por el barrio de San Roque hasta la Puerta de la Trinidad, mientras que, por la izquierda, Castejón asaltó el Cuartel de Menacho que se encontraba fuera de las murallas. Se trataba, no obstante, de unos avances previos al asalto sobre la ciudad. Recientemente, se había abierto por la Puerta de la Trinidad una brecha en las murallas de Badajoz con la finalidad de ensanchar la población. Por allí decidió Yagüe lanzar el ataque principal y allí se concentró la resistencia de las fuerzas del Frente popular a las órdenes del coronel Cantero. En las primeras horas del día 14, la artillería de Yagüe bombardeó la zona de la Puerta de la Trinidad. A continuación, se produjo el asalto. Por la derecha, los Regulares de Asensio avanzaron hacia el cauce del Guadiana y entraron por la Puerta de los Carros. Por el centro, la 4.^a Bandera de la Legión de Asensio se lanzó al asalto de la Puerta de la Trinidad con la 16.^a Compañía al frente. El choque revistió una dureza especialmente extraordinaria en una guerra donde el encarnizamiento no era excepcional. De su dureza da fe el hecho de que de la 16.^a Compañía sólo llegaran a la Plaza de la Trinidad un capitán, un cabo y catorce legionarios. Sin embargo, a esas alturas, el combate ya estaba decidido en favor de los asaltantes. Hacia las cuatro de la tarde, en el extremo izquierdo de las fuerzas de Yagüe, Castejón logró tomar por asalto el Cuartel de Menacho. Tras combatir palmo a palmo contra los milicianos que seguían resistiendo, la 4.^a y la 5.^a Bandera enlazaron en la plaza de San Juan, denominada entonces de la República.

Los combates habían tenido como resultado 185 bajas para los atacantes, de las cuales 44 fueron mortales. Eliminados los focos de resistencia, los vencedores fusilaron a cualquier oponente capturado con armas o con el hombro marcado por el retroceso del fusil. En otros casos, los prisioneros fueron llevados a la plaza de toros de donde algunos de ellos serían sacados para ser fusilados. No se trató, empero, como se ha repetido a menudo, de una matanza en masa. Por ejemplo, Pedro Parra Báez, teniente de infantería republicano, fue recluido en la plaza de toros con otros ochenta y tres miembros de su regimiento. Allí permaneció hasta el 26 de agosto en que se les empezó a tomar declaración, trasladándoseles al día siguiente a la prisión provincial. En julio de 1938, el Tribunal de guerra permanente de la plaza de Badajoz dictó para todos ellos sentencia absolvatoria.^[35]

Unos datos similares fueron los que dio el periodista portugués Mario Neves^[36] tras visitar la ciudad en las horas inmediatamente posteriores a su toma por Yagüe. Neves era de simpatías izquierdistas, pero lo que vio no dejaba lugar a dudas. Se habían producido fusilamientos, pero no una matanza indiscriminada de prisioneros como pretendería unos meses después la propaganda del Frente popular y han repetido acríticamente otros autores que, al parecer, no han considerado conveniente examinar las fuentes originales.^[37] A día de hoy, ha quedado totalmente establecido

que desde la entrada de las tropas de Yagüe en Badajoz hasta el final del otoño de 1936, las víctimas mortales de la represión llevada a cabo por los rebeldes fueron 493, produciéndose 172 en agosto y 191 en septiembre.^[38] Entre ellos se encontraban algunos frentepopulistas huidos a los que devolvieron las autoridades portuguesas. Sin embargo, incluso en ese caso, no pocos encontraron refugio en el país vecino, como los 1500 trasladados por barco en octubre de 1936 a Tarragona, entre los que se encontraba el coronel Puigdengolas.

El origen de la leyenda de una supuesta matanza en masa en Badajoz que costó la vida a millares de prisioneros surgió en fecha tan tardía como octubre de 1936, es decir, meses después de cuando, supuestamente, se produjeron los hechos. Su propagador fue el periodista norteamericano Jay Allen, partidario del Frente popular y amigo de los socialistas Largo Caballero y Negrín. Allen escribió para el *Chicago Tribune* una crónica encabezada con el titular «Carnicería de 4000 en Badajoz, ciudad de los horrores». El relato resulta inverosímil ya que pretende que los datos sobre la matanza de millares de prisioneros le fueron comunicados precisamente por las autoridades rebeldes y esto —nada más y nada menos— después de que Allen hubiera publicado un artículo el 29 de julio de 1936 en el que calificaba a Franco de enano con aspiraciones de dictador, dispuesto a matar a media España. Una simple lectura de las fuentes deja de manifiesto que el reportaje de Allen no pasó de ser una pieza propagandística —pieza que ha hecho fortuna a fuerza de ser repetida por unos autores y por otros sin contrastar el relato con las fuentes— que, muy posiblemente, intentaba cubrir una matanza que dañó considerablemente la imagen internacional del Frente popular. Nos referimos a la que tuvo lugar en la Cárcel Modelo de Madrid durante los días 22 y 23 de agosto, precisamente cuando Allen, según su más que dudoso testimonio, pretendía haber estado en Badajoz.^[39] A varias décadas de la entrada de Yagüe en Badajoz hay que reconocer que la propaganda de sus adversarios consiguió su propósito: desviar la atención de la matanza (real) llevada a cabo por el Frente popular en la Cárcel Modelo de Madrid y llevar a creer que, en lugar de algunas decenas de fusilamientos, tuvo lugar una matanza (falsa) de millares de presos republicanos.

La conquista de Badajoz permitió a los sublevados establecer ya de manera definitiva la conexión entre las fuerzas del Norte y las del Sur así como proseguir el avance hacia Madrid. En los próximos días, Asensio continuó progresando hacia Logrosán, Tella a Navalmoral de la Mata y Castejón a Guadalupe. En este último lugar fueron liberados, después de tres días de combate, cinco mil civiles y militares, que se habían refugiado en el monasterio. Se trataba de un caso más de resistencia encarnizada de asediados frente a fuerzas muy superiores, material y numéricamente, del Frente popular.

Antes de que concluyera agosto, Extremadura se hallaba en poder de los alzados. En términos militares, se trataba de un éxito de enorme relevancia porque no sólo había permitido el empleo de la frontera para recibir ayuda de Portugal sino también el enlace entre las fuerzas de Mola y las de Franco. Madrid se encontraba ahora mucho más cerca y comenzaba a dibujarse como una meta posible. Para alcanzarla, Franco decidiría remontar el valle del Tajo.

El avance hacia Madrid: los combates en el valle del Tajo

El 23 de agosto las fuerzas de Yagüe ocuparon Navalmoral, aunque el 25 y el 26 todavía hubo que combatir en la sierra de Guadalupe. El mismo 26, Franco llegó a Cáceres donde instaló su cuartel general. Al día siguiente, el almirante alemán Canaris y Warlimont se entrevistaron en Roma con el general italiano Roana. Los representantes de Alemania e Italia volvieron a insistir una vez más en que la ayuda militar debía ser entregada sólo a Franco^[40] y que tenía que ser supervisada por asesores alemanes e italianos. También acordaron que no debería producirse ninguna intervención directa en el conflicto. Este acuerdo violaba frontalmente el pacto de No-Intervención. Con todo, Hitler resultó ser mucho más audaz que sus subordinados. Apenas veinticuatro horas después del acuerdo germano-italiano, el Führer decidió que los alemanes que habían sido enviados a España podían intervenir directamente en acciones armadas. No es de extrañar que el gobierno del Frente popular expresara sus protestas el 30 de septiembre ante la Sociedad de Naciones a la vez que entregaba pruebas de la ayuda extranjera que estaban recibiendo los sublevados. Sin embargo, aunque no le faltaba razón en sus quejas, no era menos cierto que también había potencias que violaban el acuerdo para favorecer al Frente popular. Quizá esa circunstancia explique porque aquel acto, en realidad, sirvió para poco más que para enemistarlos con lord Plymouth, presidente del Comité de No Intervención, reunido por primera vez el 9 de septiembre en Londres.

El 28 de agosto, las fuerzas rebeldes continuaron su avance. En el ala izquierda, se encontraba situada la columna de Tella que arrancó de Navalmoral por la carretera general de Oropesa y Talavera; en el centro, avanzó Asensio y, por la derecha, hizo lo mismo Castejón partiendo de Valdehúncar. Aquel mismo día Tella tuvo que librar algunos combates en Peraleda y El Gordo, pero consiguió abrirse paso hacia la provincia de Toledo. El 29, el ala izquierda de los alzados llegó a Calzada de Oropesa y la derecha a Berrocalejo. El 30, Tella entró en Oropesa y Torralba de Oropesa, Castejón en Valdeverdeja y Asensio en el Puente del Arzobispo. Desde esta última localidad y desde Oropesa partirían las fuerzas encargadas de tomar Talavera. Tras vencer alguna resistencia tanto en Calera y Chozas (sector de Castejón) como Gamonal y Casar de Talavera (sector de Asensio), las fuerzas rebeldes pudieron lanzar a primeras horas del día 3 su ataque sobre Talavera.

La mencionada localidad contaba con algunas posibilidades geográficas de defensa ya que se apoyaba en la sierra de Gredos y en el río Tajo. Sin embargo, la misma se reveló imposible casi desde el principio. Las fuerzas atacantes, que llegaron en un movimiento oeste-este, rebasaron la población con su ala izquierda (Asensio), mientras que la derecha (Castejón) se afirmó sobre el río y avanzó sobre Talavera. En el centro, las unidades de Tella marcharon sobre el aeródromo. Antes de acabar la mañana, Asensio había cerrado la salida de la ciudad cortando las comunicaciones con Madrid, mientras que Tella había tomado el aeródromo gracias a un vigoroso asalto de la 1.^a Bandera y del Tabor. Hacia las dos y veinte de la tarde, Talavera había caído en manos de los atacantes.

Los días 5 y 6 de septiembre se produjo un contraataque de las fuerzas del Frente popular. Los alzados decidieron paralizar la maniobra enemiga en campo abierto en lugar de dejar que se

produjera un acercamiento a la ciudad y así situaron sus hombres a unos ocho kilómetros de Talavera. Mientras Asensio resistía la embestida frentepopulista en la carretera general, Castejón ejecutó un rodeo hacia la izquierda y pasó el Alberche. Esta última maniobra permitió a los rebeldes coger de flanco y por la espalda a las fuerzas del Frente popular que se retiraron en desorden. Abierta la carretera hacia Madrid, Franco podría haber avanzado en aquellos momentos sobre la capital de España. Sin embargo, era consciente de la cantidad reducida de efectivos de que disponía —en torno a los quince mil hombres— y de la enorme superioridad numérica y material con que contaban sus adversarios. De manera bastante sensata, optó, por lo tanto, por ir erosionando la capacidad de resistencia del Frente popular mediante sucesivos enfrentamientos en los que sus tropas pudieran ir eliminado paulatinamente a las unidades enemigas y minando la moral del adversario. En paralelo, decidió marchar sobre Toledo con la intención de tomar la ciudad y liberar el Alcázar donde seguía resistiendo desde los primeros días de la guerra un contingente sublevado al mando del coronel Moscardó. Estas acciones —que han sido criticadas repetidas veces por autores no precisamente expertos en temas militares— constituyeron en realidad una muestra más de la prudencia que venía caracterizando desde antes del alzamiento las decisiones de Franco.

En la semana y media posterior a la conquista de Talavera, ésta se convirtió en centro de operaciones de las fuerzas sublevadas que avanzaban sobre Madrid. Durante aquellos diez días, las unidades de Franco se dedicaron a asegurar el flanco izquierdo de la sierra de San Vicente y del valle del Tiétar. El día 9, enlazaron en la Parra de Arenas la columna de Delgado Serrano con la de Monasterio que procedía de Ávila. El 18, tras algunos combates en el Casar de Escalona, se llegó a la base de partida que serviría para continuar el avance hacia la capital de España. El 21, cayó Maqueda en poder de Yagüe y el 23, Torrijos. Al día siguiente, Yagüe fue relevado por Franco del mando directo y sustituido por Varela. Los rumores sobre el porqué de aquella decisión seguirían circulando años después. Si, de manera oficial, se atribuyó el relevo a una afección cardíaca de Yagüe,^[41] no faltaron los que atribuyeron esa medida a la contrariedad que en el destituido había causado el que Franco, en lugar de avanzar sobre Madrid se desviara para liberar el Alcázar de Toledo. El día 24, las fuerzas del Ejército de África ya ocupaban la línea Villamiel-Rielyes-Gerindote y desde ella se lanzaría el asalto sobre Toledo.

La liberación del Alcázar de Toledo^[42]

La decisión de Franco de desviarse hacia Toledo estaba profundamente relacionada con uno de los episodios más famosos de la guerra. Al producirse el alzamiento, el coronel Moscardó, comandante militar de Toledo, desobedeció la orden de enviar a Madrid las reservas de municiones de la fábrica toledana. Resultaba obvio que había optado por sumarse a la rebelión y la respuesta del Frente popular fue enviar sobre Toledo una columna de unos mil quinientos hombres al mando del general Riquelme. Frente a ellos, Moscardó juntó un millar de efectivos formados por los guardias civiles de la provincia, algunos soldados, voluntarios y los cadetes de la academia militar. Ambas fuerzas se encontraron a las afueras de la ciudad y entonces Moscardó decidió

refugiarse en el Alcázar, una decisión justificada por el hecho de que la ciudad estaba aislada en medio de la España controlada por el Frente popular y podían llegar nuevos contingentes de tropas procedentes de Madrid. Junto con los sublevados entraron en el Alcázar unos quinientos civiles —mujeres y niños a los que no se quería exponer a represalias— y algunos prisioneros frentepopulistas. Se ha discutido si la decisión de Moscardó no fue errónea y si no hubiera resultado preferible que intentara tomar la ciudad como había hecho Aranda con Oviedo. Sea como fuere, lo cierto es que los defensores del Alcázar dieron muestra de una gallardía extraordinaria.

El 23 de julio, Cándido Cabello, un dirigente frentepopulista, intentó forzar la rendición de Moscardó con la amenaza de fusilar a su hijo Luis, que tenía 24 años. Entre ambos se desarrolló una conversación telefónica,^[43] en la que el hijo pidió a su padre que no se preocupara y Moscardó le dijo a éste que encomendara su alma a Dios y, dando un viva a España, muriera como un héroe. Acto seguido, Moscardó comunicó a los asediadores que el Alcázar no se rendiría jamás.

A finales de julio, con el cerco asegurado, Riquelme se dirigió a la sierra de Madrid siendo sustituido por el coronel Álvarez Coque. Una semana después llegó a la ciudad el teniente Ciutat como oficial de enlace. El comunista Líster señalaría después que el orden público en Toledo era deplorable y lo atribuye a los cinco mil milicianos, en su mayoría anarquistas, que, acompañados de centenares de prostitutas procedentes de burdeles de Madrid, «se dieron la gran vida» en Toledo. No fueron éstos los únicos padecimientos a los que se vio sometida la población toledana por la acción de las fuerzas del Frente popular. En toda la provincia, la represión frentepopulista causaría en las escasas semanas que mantuvieron el poder la escalofriante cifra de 2751 víctimas mortales.

El 2 de agosto, el Alcázar, que no dejaba de ser atacado, fue objeto de un intenso bombardeo artillero, pero sus defensores siguieron mostrando una clara voluntad de no doblegarse. Fue así como el capitán Salinas y un pintor llamado Luis Quintanilla propusieron a Álvarez Coque la utilización de gas para exterminar a los que se habían refugiado en el Alcázar. De hecho, ya habían entablado contactos con una empresa francesa para la compra de este material. Quintanilla era un personaje peculiar que durante la revolución de octubre de 1934 había dejado su piso como sede del comité coordinador del alzamiento armado en Madrid. En buena medida constituía un paradigma de lo que se ha denominado «intelectual comprometido» —en su caso de manera especial— y, como veremos, años después, se dedicaría a propalar mentiras sobre lo sucedido en Toledo durante aquellos meses.

La resistencia era encarnizada, pero Álvarez Coque no quedó convencido por Salinas y Quintanilla y se limitó a lanzar el día 9 gases lacrimógenos. Por otro lado, Franco se hallaba todavía a más de 300 kilómetros de distancia y se podía pensar que, caso de llegar a Toledo, el Alcázar acabaría capitulando antes. En cualquier caso, su resistencia era muy molesta por lo que el Frente popular anunció su caída, una noticia que los defensores del Alcázar captaron por radio, el único medio de contacto con el exterior del que disponían.

Ciertamente, el edificio era muy fuerte, pero, a la vez, constituía un blanco perfecto para los bombardeos diarios y, a mitad de agosto, los sitiadores decidieron construir una mina que

permitiera volarlo haciendo que cayera sobre los que se refugiaban en él. A esas alturas, el Alcázar ya había saltado a diversos noticiarios internacionales como un ejemplo de valor y el gobierno del Frente popular necesitaba tomarlo cuanto antes. Así, el día 20 dio la orden de acabar con la resistencia en el plazo improrrogable de dos días. Precisamente, cuando vencía el plazo, un avión rebelde lanzó un mensaje de Franco sobre el Alcázar con la promesa de liberarlos. A esas alturas, las tropas rebeldes estaban a 150 kilómetros, pero Franco ya había tomado la resolución de no seguir hacia Madrid dejando a un lado Toledo. Al día siguiente del mensaje de Franco, se consumó el destino del hijo de Moscardó. Junto con otros presos del Frente popular fue objeto de una saca que terminó en fusilamiento. Aunque la propaganda frentepopulista insistiría en que se trataba de una represalia por una bomba que, al caer en Toledo, había causado la muerte de ocho personas, la razón fue muy distinta. El Estado Mayor republicano comunicó al ministro que el bombardeo sólo había sido un accidente —con el resultado de cuatro muertos y diecisésis heridos— al caérsele una bomba a uno de los aviones del Frente popular cuando se acercaba a bombardear el Alcázar. A pesar de que el hecho era conocido por las autoridades civiles y militares y por los jefes de milicias —incluso por buena parte de la población civil— fue aprovechado para llevar a cabo una matanza de presos.^[44]

El 3 de septiembre, las fuerzas de Franco tomaban Talavera. Consecuencia directa de ese triunfo fue la caída del gobierno de Giral y su sustitución en la presidencia del gobierno por el socialista Largo Caballero. En esos momentos, la toma del Alcázar por parte del Frente popular no había dejado de ser un problema moral y propagandístico, pero, por añadidura, se había convertido en otro estratégico. Su presencia en la retaguardia constituía un problema, mientras que su sometimiento definitivo permitiría liberar a unos cuatro mil hombres que podrían ser lanzados contra las fuerzas de Yagüe. El endurecimiento del asedio fue extraordinario. El 4, el martilleo continuo de veinte piezas artilleras y los ataques de la aviación lograron derribar el torreón noreste. Al día siguiente, se venía abajo la fachada sur del patio y tres días después, el torreón noroeste. En paralelo, los defensores podían escuchar el sonido de la mina que iba avanzando, mina a la que se sumó una segunda iniciada por su cuenta por los anarquistas. Junto con los medios estrictamente militares, el Frente popular decidió recurrir también a maniobras psicológicas que minaran la voluntad de resistencia de los asediados. El día 9, Vicente Rojo entró en el Alcázar para instarles a la rendición. Rojo tenía amigos entre los sitiados y les ofreció garantías de que las mujeres y los niños serían respetados, y los combatientes serían puestos en manos de los jueces. La respuesta de Moscardó fue que todos seguirían defendiendo el Alcázar y «la dignidad de España». Aprovechando que había pedido un sacerdote para que celebrara misa, las autoridades del Frente popular le enviaron al canónigo Vázquez Camarasa. El sacerdote era un personaje verdaderamente peculiar que se contaba entre los escasísimos clérigos que apoyaban al Frente popular. De manera comprensible, era utilizado por éste con fines propagandísticos. Vázquez Camarasa aseguró a los asediados que la vida en Madrid era normal y que se respetaba las iglesias, afirmaciones ambas que, muy difícilmente, hubieran podido estar más lejos de la verdad. Sin ningún rebozo, intentó convencer a los presentes de la necesidad de rendirse e incluso en el curso de la homilia se preocupó de dejar la impresión de que al día siguiente todos morirían

por efecto de la mina. Vázquez Camarasa reprochó a Moscardó que mantuviera a las mujeres coaccionadas en el Alcázar, una acusación a la que respondió la esposa de un oficial diciendo que o las mujeres salían libres con sus maridos y sus hijos o preferían morir con ellos. Se trató de una visita que hirió gravemente la moral de los sitiados que no hubieran podido imaginar que un sacerdote se prestara a secundar las maniobras del Frente popular. Pero, como sucedería con otra posterior del embajador de Chile, no convenció a los defensores para que se rindieran.

Mientras sobre el patio descubierto del Alcázar caían de manera ininterrumpida las bombas, el 17 concluyeron los trabajos de las minas. En cada una se colocaron dos toneladas y media de trilita que debían bastar para volar todo el edificio con sus defensores, las mujeres y los niños. Dado que llevaban días escuchando el ruido, sabían dónde podían estar colocados los explosivos y se colocaron lo más lejos posible de ellos. Los defensores lo ignoraban, pero a esas alturas, Franco se encontraba a unos 50 kilómetros. Por lo tanto, si el Alcázar caía, el Frente popular dispondría adicionalmente de varios millares de soldados para enfrentarse con él.

A las 6 de la madrugada, los restos del Alcázar fueron objeto de un nuevo e intenso bombardeo de artillería. Media hora más tarde, explotaron las dos minas. El edificio tembló y se desplomaron casi toda la fachada oeste y el torreón suroeste. Acto seguido, cuatro grupos de milicianos se lanzaron al asalto. El ataque había sido planeado por el general Asensio, nombrado por Largo Caballero jefe del Ejército del Centro. La sorpresa de los frentepopulistas fue considerable al encontrarse con que los defensores repelían su avance. La lucha, verdaderamente encarnizada, llegó al cuerpo a cuerpo y concluyó con la derrota de los asaltantes. Al retirarse, entre los escombros del edificio quedaban 170 bajas de los atacantes y 72 de los defensores.

Al día siguiente, tuvo lugar un nuevo ataque, también ideado por Asensio, pero, una vez más, los defensores lograron repelerlo. El 21 se desplomó el último torreón. A esas alturas, las fuerzas de Moscardó tenían 201 bajas y resultaba obvio que su capacidad de resistencia se acercaba, en términos materiales, al final. Los hombres de Yagüe estaban tan sólo a 42 km, pero no iban a ser fáciles de cubrir. Cuando entraron en Maqueda, Asensio decidió enfrentarse directamente con ellos y encomendar la toma del Alcázar al teniente coronel Burilo.

Convencido comunista, Burilo multiplicó los asaltos y los bombardeos de aviación y artillería sobre el Alcázar. La resistencia había adquirido características épicas, pero no era lógico esperar que durara mucho. Koltsov, uno de los agentes de Stalin que operaba en España bajo capa de corresponsal, comenzó a asesorar a los comunistas sobre la manera en que deberían utilizar propagandísticamente la caída del Alcázar. El problema principal para el Frente popular era que los defensores seguían negándose a ceder.

El 25, Varela cruzó el río Guadarrama a unos ocho kilómetros de Toledo. El ataque sobre la ciudad sería llevado a cabo por dos grandes grupos. El primero, a las órdenes del teniente coronel Barrón, avanzaría sobre el eje de la carretera de Ávila hasta el extremo derecho de la formación. El segundo, mandado por Asensio, progresaría a la izquierda por los campos que se orientan hacia Bargas y Olías del Rey. La tarde del día 26, cayó Bargas. El día 27, las fuerzas del Frente popular —en su mayoría comunistas— lanzaron su último ataque. Una vez más, resultó infructuoso. Aquella noche, las fuerzas rebeldes, al mando de Varela, llegaron a Toledo. Entraron en la ciudad

al día siguiente.

El fracaso ante el Alcázar tuvo consecuencias muy negativas para el Frente popular. No sólo había anunciado repetidas veces su conquista, sino que figuras de la talla de Largo Caballero se habían desplazado hasta el lugar para asistir a su caída. Lo que ahora quedaba de manifiesto era no sólo la tenacidad de los alzados en posiciones defendidas con una enorme inferioridad de condiciones —algo que sucedió también en Oviedo o Huesca— sino también la posibilidad de que éstas fueran asistidas por un ejército rebelde en continuo avance. No resulta extraño que se multiplicaran las versiones que intentaban privar la historia de la defensa del Alcázar de su poder sugestivo.^[45] Sí es más extraño, desde la perspectiva de la investigación histórica, que se hayan seguido repitiendo a lo largo de los años.^[46]

Possiblemente, el mayor tributo a la gallardía de los defensores del Alcázar lo dieran, no por su gusto ciertamente, algunos de los dirigentes del Frente popular. El anarquista García Oliver señalaría que «los fascistas cuando les atacan en ciudades aguantan mucho, y los nuestros no aguantan nada; ellos cercan una pequeña ciudad, y al cabo de dos días es tomada. La cercamos nosotros y nos pasamos allí toda la vida».^[47] No en vano, Largo Caballero pondría como ejemplo de lo que debería ser la defensa de Madrid, «la realizada por el enemigo en plazas como Toledo, Oviedo, Huesca y Teruel». No le faltaba razón ciertamente al veterano dirigente socialista.

El 29 de septiembre, justo al día siguiente de la conquista de la ciudad, Franco visitó el Alcázar de Toledo e impuso la cruz laureada de San Fernando al coronel Moscardó. El 30 tuvo lugar una reunión de enorme importancia para el futuro de la guerra. La muerte del general monárquico Sanjurjo en un accidente de aviación el 20 de julio había privado a los alzados de un indispensable mando único. Los militares sublevados debieron articular el 24 de julio un organismo que representara a los alzados, al que se otorgó el nombre de Junta de Defensa Nacional. Su sede estaba en Burgos y, en buena medida, indicaba el predominio, durante los primeros días de la guerra, de las tropas situadas en el norte de España. Aunque Mola era su verdadero dirigente por razones de antigüedad se reservó su presidencia a Miguel Cabanellas. Formaban también parte de la misma los generales Saliquet, Ponte, Dávila y el coronel de Estado Mayor Moreno Calderón, pero no Franco ni Queipo de Llano. Si Madrid hubiera caído en aquel otoño, la Junta podría haberse transformado en el Directorio militar en el que había pensado Mola al preparar el golpe. Sin embargo, la guerra se había prolongado y resultaba obvio que había que establecer un mando unificado.^[48] Los días 21 y 28 de septiembre^[49] se reunieron en Salamanca los generales alzados para nombrar al titular de ese mando unificado. Con la abstención de Cabanellas que desconfiaba del futuro Caudillo, todos votaron en favor de entregar el mando único a Franco. Una lectura a posteriori de los hechos ha insistido en el error de esa decisión. Sin embargo, Franco era la decisión obligada ya que no sólo mandaba el ejército que contaba con los mayores éxitos en las semanas que duraba la guerra, sino que además disfrutaba de un enorme prestigio no sólo en España sino internacional. De hecho, si Alfonso XIII consideró que la decisión era idónea, el III Reich había insistido en canalizar la ayuda a los rebeldes sólo a través suyo.

La formulación jurídica de esta decisión se llevó a cabo de acuerdo a los términos de un decreto redactado por Nicolás Franco, hermano del general, y Kindelán.^[50] Este episodio, tan pródigo en consecuencias posteriores, tuvo todas las características de una conjura palaciega cuyo principal muñidor fue, presumiblemente, Nicolás Franco. Si bien los generales, con la excepción citada de Cabanellas que afirmaba conocer muy bien a Franco, no tenían reparos a la idea de entregar a éste un mando militar unificado, no es menos cierto que se manifestaban muy reticentes en lo relativo a su poder político. La redacción inicial de Kindelán atribuía a Franco junto con la condición de «Generalísimo» la de «Jefe del Estado» pero matizaba claramente que la misma sólo estaría vigente «mientras dure la guerra». Sin embargo, el texto definitivo del decreto de 29 de septiembre no se correspondería con lo acordado el día 28. En virtud de una serie de modificaciones debidas al hermano de Franco, a éste se le atribuyó la condición de «Jefe del Gobierno del Estado», se añadió que «asumirá todos los poderes del Estado» y se eliminó la limitación de «mientras dure la guerra». Con aquel paso —verdaderamente decisivo para la marcha de la guerra— desapareció la Junta de Defensa Nacional y surgió la Junta Técnica del Estado. Conseguido el mando único, aparentemente los rebeldes sólo tenían ya un obstáculo que se interponía entre ellos y la victoria: Madrid.

CUARTA PARTE

La batalla de Madrid

*Otra vez sobre el libro azul que baña
la luz naciente en oro ensangrentado,
el dedo del Señor ha decretado
un destino de estrellas para España.
Se han llenado de flores
y claridad de día,
todas las tumbas de los soñadores
que soñaron en son de profecía
esto que llega: Herrera, el que decía
versos de guerras y de emperadores,
Don Marcelino, el del florido canto:
cítara de la España en cautiverio,
don Juan el de Lepanto
y el viejo Alfonso (...)*

JOSÉ MARÍA PEMÁN, «España»

*Venís desde muy lejos... Mas esta lejanía,
¿qué es para vuestra sangre, que canta sin fronteras?
La necesaria muerte os nombra cada día,
no importa en qué ciudades, campos o carreteras.*

*De este país, del otro, del grande, del pequeño,
del que apenas si al mapa da un color desvaído,
con las mismas raíces que tiene un mismo sueño,
sencillamente anónimos y hablando habéis venido.*

*No conocéis siquiera el color de los muros
que vuestro infranqueable compromiso amuralla.
La tierra que os entierra la defendéis, seguros,
a tiros con la muerte vestida de batalla.*

*Quedad, que así lo quieren los árboles, los llanos,
las mínimas partículas de la luz que reanima
un solo sentimiento que el mar sacude: ¡Hermanos!
Madrid con vuestro nombre se agranda y se ilumina.*

RAFAEL ALBERTI, «A las Brigadas internacionales»

La batalla de Madrid (I): las primeras ofensivas^[1]

Madrid bajo el Frente popular

Durante los meses que mediaron entre el alzamiento y el avance de las tropas de Franco hasta Toledo, Madrid se había convertido en un paradigma del gobierno revolucionario del Frente popular. Tras la matanza indiscriminada posterior a la toma del cuartel de la Montaña, ya el 20 de julio dejó trágicamente de manifiesto la política que los frentepopulistas iban a seguir no sólo con sus adversarios sino con aquellos a los que no consideraban adictos. No se trataba tan sólo de reprimir a militares alzados —militares a los que se podría haber aplicado la normativa legal y no fusilar sin formación de juicio alguno como había sucedido en el cuartel de la Montaña— sino de exterminar a los que se consideraba obstáculo contra las diferentes revoluciones en que soñaban socialistas, comunistas, anarquistas o poumistas. Si en Canillas se daba muerte por razones no establecidas a Eduardo Collado Pérez y Eduardo Collado García, padre e hijo, y en Guindalera a un anciano de ochenta y cinco años llamado Augusto Enríquez Fernández, en paralelo se asesinaba a diecisiete eclesiásticos por el único delito de serlo.

Las dos primeras víctimas fueron dos monjas de la Caridad del Sagrado Corazón de Jesús, la madre Dolores Pujalte Sánchez de ochenta y tres años de edad y la madre Francisca Aldea Araujo de cincuenta y cuatro. Detenidas en el número 168 de la calle Alcalá, las bajaron a empujones los ciento veinte escalones que conducían a la calle y, tras conducirlas a Canillejas, procedieron a fusilarlas. A las dos monjas se sumarían ese mismo día dos sacerdotes del clero secular, Andrés Molinera, capellán de San Antonio de la Florida fusilado en la Casa de Campo y el padre Delgado Olivar, asesinado en Tetuán de las Victorias, así como otros trece miembros del clero regular.^[2]

Para llevar a cabo esa tarea considerada indispensable de exterminio iba a nacer en la España del Frente popular una institución con antecedentes directos en la revolución bolchevique. Nos referimos, claro está, a las checas. En la zona dominada por el Frente popular, las checas no fueron, sin embargo, un instrumento de terror y represión que, como había sucedido en Rusia, se circunscribiera en su empleo a los comunistas. En realidad, y de manera bien significativa, no hubo una sola organización del Frente popular —de los republicanos a los anarquistas, del PSOE al PNV— que renunciara a organizar sus propias checas, un paso extremadamente fácil si se tiene en cuenta la manera en que se procedió desde el primer día a ocupar inmuebles sin ningún tipo de limitación legal ni judicial. A través de las checas, no sólo se garantizaban una participación activa en la revolución en marcha sino que además disfrutaban de un medio privilegiado para

imponer el pavor entre los posibles desafectos, para torturar y asesinar a sus enemigos, e incluso para obtener fondos derivados del despojo de los detenidos. Tan sólo en Madrid, hubo no menos de doscientas veintiséis checas identificadas, relación en la que no se incluye el conjunto de los denominados puestos de las milicias de vigilancia de retaguardia que alcanzaron una cifra difícilmente inferior.^[3]

La elección de lugares para establecer las checas varió de unas organizaciones a otras. Socialistas, comunistas y anarquistas manifestaron una especial predilección por los lugares de culto católico y los conventos. Se trataba de propiedades que, como tantas otras, las autoridades del gobierno del Frente popular no tenían la menor voluntad de proteger y que resultaban especialmente fáciles de asaltar y ocupar en la medida en que sus ocupantes se habían dado no pocas veces a la fuga para evitar la muerte o ya habían sido asesinados. Así, por citar algunos ejemplos, el partido comunista se apoderó para convertirlos en checas del convento de las Salesas Reales de la calle de San Bernardo número 72, del convento de la plaza de las Comendadoras y de la Iglesia de Santa Cristina.

Si se tiene en cuenta la forma en que fueron constituidas las checas y la mentalidad de los revolucionarios que contemplaban a los detenidos como enemigos a los que había que exterminar para garantizar el triunfo de la causa no puede resultar extraño que en ellas se sometiera a los reclusos a tratos que no sólo vulneraban la fenecida legalidad republicana sino que, por añadidura, entraban directamente en el terreno de la tortura. Esta fue practicada sistemáticamente en el caso de las checas comunistas como paso previo al asesinato. Por ejemplo, en la checa de la calle de San Bernardo número 72 fueron raros los detenidos que no padecieron alguna forma de tortura.^[4] En algunos casos, el cadáver, abandonado después del asesinato, presentaba claras muestras de haberla sufrido. Tal fue el caso, por ejemplo, de Manuel González de Aledo, cuyos restos mortales aparecieron el 3 de agosto de 1936 con señales en cara y distintas partes del cuerpo de haber sido sometido a la tortura.^[5]

Algunas de las checas no tardaron incluso en hacerse célebres por el tipo específico de servicios a que sometía a sus reclusos. Así, en la checa comunista de la Guindalera, sita en la calle Alonso Heredia número 9, en el interior de un chalet conocido como El Castillo se recurrió, además de a las palizas, a la aplicación de hierros al rojo y a arrancar las uñas de los dedos de las manos y de los pies. Diversos testimonios afirman que los verdugos se jactaban incluso de su labor denominando «corrida de toros» a las sesiones de tortura.^[6] En esta checa comunista actuaron también delincuentes comunes a los que se había liberado por considerarlos afectos al Frente popular. La conducta de los anarquistas fue, en términos generales, diferente de la seguida por los comunistas. Ciertamente, fueron mucho menos comunes los casos de tortura y ensañamiento que caracterizaron a los comunistas. Sin embargo, no escasearon ni los saqueos ni los asesinatos.

Sin embargo, la acción de las checas no quedó limitada a partidos de izquierdas y sindicatos. De hecho, las autoridades republicanas fiscalizaron directamente algunas de las checas que, como veremos, tuvieron un especial papel en la tarea de represión. Ése fue el caso del Comité provincial de investigación pública (la denominada checa de Bellas Artes y también de Fomento) y las de la

Escuadrilla del Amanecer, Brigada Ferrer, de Atadell, de la calle del Marqués de Riscal número 1, del palacio de Eleta, de la calle de Fuencarral, de los Linceos de la República y de los Servicios especiales que dependían directamente del *Ministerio de la Guerra*. Esta situación inicial iría derivando a medida que avanzaba la guerra hacia una creación creciente de checas por parte de las autoridades republicanas y a una unificación administrativa que nunca fue completa y en la que el partido comunista fue adquiriendo un papel sobresaliente.

A pesar de que las checas se caracterizaron desde su misma aparición por la perpetración sistemática de saqueos, asesinatos y torturas resultaría injusto e inexacto, como se hace repetidamente, atribuir esos desmanes a la labor de incontrolados.^[7] En primer lugar, cada partido y sindicato del Frente popular era consciente de lo que estaba sucediendo en esos centros y lo consideraba lícito dentro de su especial cosmovisión. Sin embargo, más importante es el hecho de que las autoridades republicanas no sólo no pensaron en acabar con estas conductas sino que incluso se ocuparon de intentar coordinarlas para proporcionarles una mayor eficacia. Así, a inicios de agosto de 1936, se celebró en el palacio del Círculo de Bellas Artes una reunión decisiva que respondía a una convocatoria de Manuel Muñoz Martínez, director general de Seguridad. Muñoz Martínez no pertenecía a ninguno de los partidos que habían propugnado históricamente la revolución sino que era diputado de Izquierda Republicana, la formación política de Manuel Azaña, y pertenecía a la masonería en la que ostentaba el grado treinta y tres.^[8] La reunión, a la que asistieron representantes de todos los partidos y sindicatos que formaban el Frente popular, tuvo un resultado de enorme relevancia ya que en el curso de la misma se acordó la constitución de un Comité provincial de investigación pública que, en coordinación con la Dirección General de Seguridad, iba a encargarse de las tareas de represión en la denominada zona republicana. El Comité en cuestión tendría entre otras competencias la de acordar las muertes que estimara convenientes.^[9] El Comité provincial de investigación pública, formado por secciones o tribunales, contaba como ya hemos señalado con representantes de todos los partidos y sindicatos del Frente popular, es decir, del PSOE, del PCE, de la FM, de Unión Republicana, del partido sindicalista, de Izquierda Republicana, de UGT, de la CNT, de las Juventudes socialistas unificadas y de las Juventudes libertarias. Hasta finales de agosto de 1936, el Comité funcionó en los sótanos del Círculo de Bellas Artes. En esas fechas, se trasladó a un palacio situado en el número 9 de la calle de Fomento, donde permaneció hasta su disolución en noviembre del mismo año. Este traslado explica el nombre popular de Checa de Fomento con el que fue conocido —y temido— el Comité.

La constitución del Comité implicó consecuencias de tremenda gravedad para el respeto a los derechos humanos en la zona controlada por el Frente popular. De entrada, su mera existencia consagraba el principio de acción revolucionaria —detenciones, torturas, saqueos, asesinatos— respaldándolo además con la autoridad del propio gobierno del Frente popular y de la Dirección General de Seguridad que éste nombraba. De esa manera, los detenidos podían ser entregados por las autoridades penitenciarias o policiales al Comité sin ningún tipo de requisito, quebrando cualquier vestigio de garantías penales que, tras varias semanas de matanzas, imaginarse pudieran.

Por si esto fuera poco, la constitución del Comité no se tradujo en la disolución de las checas que actuaban en Madrid sino que les proporcionó, a pesar de su conocida actuación, una capa de legalidad ya que las convirtió en dependientes del citado Comité.

Partiendo de esas bases, no puede resultar extraño que motivos no políticos se sumaran a las razones de este tipo en la realización de las detenciones y de las condenas.^[10] Los interrogatorios se encaminaban desde el principio a arrancar al reo alguna confesión sobre sus creencias religiosas o simpatías políticas, circunstancias ambas que servían para incriminarlo con facilidad. En el curso de este interrogatorio, el acusado no disfrutaba de ninguna defensa profesional e incluso era común que se le intentara engañar affirmando que se poseía una ficha en la que aparecía su filiación política. Como mal añadido se daba la circunstancia de que los reos eran juzgados de manera apresurada y masiva lo que facilitaba, sin duda alguna, la tarea de los ejecutores pero eliminaba cualquier garantía procesal. Así, por citar un ejemplo significativo, durante el mes de octubre de 1936, un abogado llamado Federico Arnaldo Alcover,^[11] acudió al Comité para visitar a Arturo García de la Rosa, uno de los dirigentes de la checa. Alcover iba acompañado de un familiar de García de la Rosa y se le permitió asistir a uno de los procedimientos de interrogatorio. Pudo así comprobar que en el espacio de media hora se procedió a interrogar a una docena de personas recurriendo a cuestiones que dejaban de manifiesto los prejuicios de los chequistas. Concluidos los interrogatorios, sin que se tomara acta de lo actuado ni se procediera a la firma de la misma, se decidía la suerte de los acusados que, en su inmensa mayoría, fueron condenados a muerte y asesinados de madrugada. Alcover indicaría también que en el suelo del lugar donde se llevaban a cabo los interrogatorios se amontonaban multitud de objetos de culto religioso lo que parece indicar las características personales de no pocos de los detenidos.

Los tribunales de la checa —seis en total con dos de ellos funcionando de manera simultánea— mantenían una actividad continua que se sucedía a lo largo de la jornada, en tres turnos de ocho horas, que iban de las 6 de la mañana a las 14 horas, de las 14 a las 22 y de las 22 a las 6 del día siguiente. En el curso de cada turno a los dos tribunales se sumaba la acción de un grupo de tres comisionados. De éstos uno se encargaba de la recepción y control de los detenidos, en compañía de dos policías; otro, registraba los objetos procedentes de las requisas realizadas en los domicilios y el último, de la administración del centro. La actividad, no ya de los tribunales pero sí de las brigadillas, era especialmente acusada durante la noche y la madrugada que eran los períodos del día especialmente adecuados para proceder a los asesinatos de los reos.

Las sentencias dictadas por los diferentes tribunales carecían de posibilidad de apelación, eran firmes y además de ejecución inmediata. Esto se traducía en que, tras la práctica del interrogatorio, el tribunal tomaba una decisión que sólo admitía tres variantes: la muerte del reo, su encarcelamiento o su puesta en libertad. A fin de ocultar las pruebas documentales de los asesinatos, éstos se señalaban en una hoja sobre la que se trazaba la letra L —igual que en el caso de las puestas en libertad— pero para permitir saber la diferencia a los ejecutores la L que indicaba la muerte iba acompañada de un punto. No hace falta insistir en el clima de terror que provocó de manera inmediata la citada checa en la medida en que cualquiera podía ser detenido

por sus agentes y no sólo no contaba con ninguna posibilidad de defensa sino que además estaba desprovisto del derecho de apelación.

Una vez establecido el destino del reo, éste era entregado a una brigadilla de cuatro hombres bajo las órdenes de un «responsable». Todos los partidos y sindicatos del Frente popular contaban con representación en las diferentes brigadillas.^[12] Sin embargo, ocasionalmente las tareas de exterminio encomendadas a estas unidades eran demasiado numerosas y entonces se recurría para llevarlas a cabo a los milicianos que prestaban servicios de guardia en el edificio de la checa. Dado el carácter oficial del que disfrutaban los miembros de la checa, para llevar a cabo sus detenciones no precisaban de «órdenes escritas de detención y registro, bastando su propia documentación de identidad para poder realizar tales actos».^[13] De hecho, «la fuerza pública y agentes del Gobierno del Frente Popular... (estaban)... obligados a prestar toda la cooperación que los agentes del Comité de Fomento necesitasen».^[14]

Como ya se ha indicado, la relación entre los miembros de la checa y las autoridades republicanas era constante y se extendía no sólo al director de Seguridad sino también al ministro de la Gobernación Ángel Galarza. En el caso del director de Seguridad hay que señalar que era visitado casi a diario en la sede de la dirección por el tesorero de la checa, Virgilio Escámez Mancebo, miembro de Izquierda Republicana, con la finalidad de hacerle entrega de una parte significativa del producto de los saqueos realizados en los domicilios de las víctimas. Esta cantidad no era total en la medida en que el propio director general de Seguridad había dispuesto que los haberes que debían entregarse a los jueces, agentes y milicianos de la checa debían proceder de los distintos saqueos. En otras ocasiones, tras los fusilamientos sólo puede suponerse la existencia de antipatías personales en las que no había mezcladas ni motivaciones políticas, ni religiosas ni económicas ni sociales. Tal fue el caso de Antonio García García, acomodador sexagenario del cine San Carlos, al que se detuvo y asesinó sin razón clara^[15] o el de José Fernández González, un jefe de la tahona sita en la calle Mira el Sol número 11 al que denunció un antiguo subordinado suyo convertido en chequista.^[16] No faltaron igualmente los casos de asesinatos de grupos enteros de detenidos en claro preludio de lo que iban a ser las matanzas en masa de finales del año 1936 y a las que nos referiremos en su momento. Así, el 28 y 31 de octubre de 1936 se llevaron a cabo dos sacas en el curso de cada una de las cuales se procedió a asesinar a setenta personas por acusaciones como las de querer ser seminarista.^[17]

También resulta obvio que la checa de Fomento sirvió en multitud de ocasiones para exterminar a aquellos que habían sido puestos en libertad por otras instancias judiciales. En otras palabras, ni siquiera la puesta en libertad por decisión judicial proporcionaba seguridad alguna de que el detenido no sería asesinado por el Frente popular. Así, por citar un ejemplo, el 21 de septiembre de 1936, Francisco Ariza Colmenarejo —que era consciente de esta terrible circunstancia— suplicó al director general de Seguridad que no se procediera a liberarlo mientras las autoridades republicanas no garantizaran su seguridad. En respuesta a su petición, dos días después se expidió una orden de libertad en la que se hacía constar que gozaba del aval del Comité provincial de investigación pública. Entregado así a la checa de Fomento, Ariza Colmenarejo fue

inmediatamente asesinado.

Un caso similar fue el de los oficiales de asalto Gumersindo de la Gándara Marvella, Carlos Cordoncillo y Manuel López Benito. La libertad de todos ellos fue decretada por los organismos judiciales al no haber apreciado en ellos ninguna conducta hostil a la república. Sin embargo, la Dirección General de Seguridad procedió el 26 de septiembre de 1936 a entregarlos al Comité provincial de investigación pública que procedió a asesinarlos. En el caso de Gándara, concurría además una circunstancia peculiar que explica su asesinato. De hecho, el citado oficial había firmado un acta el 26 de febrero de 1933 en la que, junto con otros cuatro capitanes, indicaba que la represión que se había ejercido contra el alzamiento anarquista de Casas Viejas, Cádiz, no había obedecido a una extralimitación de las fuerzas del Orden Público —como afirmaba el gobierno— sino a órdenes directas del ejecutivo, presidido por Azaña. En el curso de un procedimiento celebrado aquel mismo año, un jurado popular estimaría la existencia real de esas órdenes superiores e incluso llegó a presentarse una acusación en el tribunal de garantías constitucionales contra Azaña, Casares Quiroga, Indalecio Prieto, Largo Caballero y otros miembros del gobierno, acusación que no prosperó al no haber sido presentada por el parlamento que era la única entidad facultada para hacerlo. El tiempo había pasado, pero los responsables directos de la matanza de campesinos en Casas Viejas no habían olvidado. Gándara fue asesinado por la checa no porque hubiera sido desleal a la república si no por haber acusado tres años antes a Azaña y a Largo Caballero, es decir, a dos personajes que en el momento de su muerte eran respectivamente el presidente y el jefe de gobierno de la zona republicana. No fueron las únicas víctimas de desavenencias anteriores con Azaña o Largo Caballero.

El 20 de marzo de 1935 se había celebrado en las Cortes un debate político relacionado con el asunto del alijo de armas del *Turquesa* al que nos referimos en un capítulo anterior.^[18] En el curso del mismo, Azaña se refirió^[19] al juez Salvador Alarcón —que había instruido el sumario y ante el que había tenido que comparecer el diputado— en términos injuriosos. Señalado en un suelto de *Claridad*, Alarcón fue detenido por chequistas y asesinado en la Casa de Campo.^[20]

En el caso de personas que hubieran incomodado al socialista Largo Caballero y que fueran asesinadas pueden mencionarse al menos dos casos más. El primero es el de Ángel Aldecoa Jiménez, de cincuenta y ocho años, magistrado, fue detenido porque había juzgado un atentado relacionado con Largo Caballero al parecer no de la manera que hubiera complacido al dirigente socialista. Aldecoa pagó su independencia judicial frente al PSOE con el fusilamiento.^[21] El segundo es el de Marcelino Valentín Gamazo. Fiscal general de la República, Gamazo acusó a Largo Caballero por los sucesos de octubre de 1934 en estricto cumplimiento de sus deberes dentro de la legalidad republicana. El 6 de agosto de 1936, a las doce y media de la noche, en el paraje conocido como Cerrajón del término de Tevar, Cuenca, Marcelino Valentín Gamazo y sus hijos José Antonio, Javier y Luis de 21, 20 y 17 años respectivamente fueron fusilados.

Otro caso similar fue el de Luis Calamita Ruy-Wamba, rival político de Ángel Galarza que ordenó su ingreso en prisión y después su traslado con destino al pelotón de fusilamiento.^[22]

A la vista de estos casos, resulta obvio que el gobierno republicano, a través de la Dirección

General de Seguridad o de compañeros de partido, estaba impulsando el asesinato de gentes cuyo único delito eran sus ideas religiosas o antiguas antipatías de carácter personal.

El 14 de septiembre de 1942, Manuel Muñoz Martínez, director general de Seguridad bajo el gobierno del Frente popular prestó declaración ante el fiscal delegado para la instrucción de la Causa general en Madrid. Al referirse a la creación de la checa de Bellas Artes afirmó que su finalidad había sido «contener los asesinatos y excesos que venían cometiéndose en Madrid, a causa de la falta de autoridad y control sobre las masas armadas».^[23] La declaración tiene enorme lógica ya que Muñoz Martínez intentaba salvar la vida en el curso de un proceso incoado por los vencedores, pero distaba enormemente de ajustarse a la verdad. La checa de Bellas Artes ni había contenido los asesinatos y excesos ni tampoco lo había pretendido. En realidad, era una clara muestra de cómo en la zona controlada por el gobierno del Frente popular la maquinaria de las instituciones se había puesto, al igual que en la URSS, de manera nada oculta al servicio del crimen de Estado.

No concluyó, sin embargo, con estas conductas la implicación de la secretaría del director de Seguridad en las tareas represivas. De hecho, la citada entidad organizó bajo su mando directo un grupo dedicado a realizar detenciones, incautaciones y ejecuciones, cuya sede se hallaba en la propia Dirección de Seguridad y que recibiría la denominación de Escuadrilla del Amanecer. La célebre Escuadrilla, cuyos méritos glosaría en repetidas ocasiones la prensa de la zona controlada por el Frente popular,^[24] debía su sobrenombre al hecho de que actuaba preferentemente durante la madrugada, una circunstancia que acrecentaba comprensiblemente el terror producido por su sola mención.

Otro ejemplo de la relación directa existente entre las instituciones republicanas y las tareas de represión similar a los ya citados es el ofrecido por la Brigada de servicios especiales. En el mes de septiembre de 1936, se procedió a crear la misma y a situarla en dependencia directa de Carlos de Juan Rodríguez, a la sazón subdirector general de Seguridad. Como era habitual, el organismo recientemente creado procedió a incautarse de varios pisos en este caso los sitos en el edificio correspondiente al número 19 de la calle del Marqués de Cubas. De estos inmuebles, uno se destinó al servicio particular del subdirector de Seguridad y otro a checa y almacén de los objetos incautados en el curso de las detenciones.^[25]

La creación de checas vinculadas directamente con los organismos de seguridad republicanos y en los que tenían representación todos los partidos y sindicatos del Frente popular debería haber bastado para que se produjera la disolución de las otras checas si no por criterios de humana decencia y de respeto a los derechos humanos más elementales sí, al menos, por razones de racionalidad represiva. Sin embargo, los diversos gobiernos del Frente popular no sólo no procedieron a la eliminación de las diversas checas que dependían de partidos y organizaciones sindicales que lo componían sino que permitieron su perpetuación como instrumentos si no oficiales, sí, al menos, oficiosos en la práctica del terror. En algunos casos, su funcionamiento discurrió autónomamente de las entidades gubernamentales, pero en otros se trató meramente de una autonomía no total a mitad de camino entre la independencia de checas sólo controladas por

algún partido o sindicato o el carácter oficial de la Escuadrilla del Amanecer o de la checa de Bellas Artes. Un ejemplo paradigmático de estas entidades represivas semiautónomas fueron los de las checas de la Agrupación socialista madrileña, la checa socialista de Marqués de Riscal o la denominada checa socialista de García Atadell.^[26] Los orígenes de ésta se hallan en los nombramientos de agentes de policía que durante el mes de agosto de 1936 realizó el gobierno del Frente popular y que recayeron de manera numéricamente muy significativa en afiliados al PSOE. Algunos de estos nuevos agentes de policía fueron agregados a la Brigada de investigación criminal en cuyo seno servían a las órdenes de Agapito García Atadell, un tipógrafo del PSOE estrechamente relacionado con Indalecio Prieto. Objeto de cálidas alabanzas en la prensa de la zona controlada por el Frente popular,^[27] la checa contaba para sus tareas represivas con la colaboración de la Agrupación Socialista Madrileña y de la representación del PSOE en el parlamento. De hecho, no fueron raras las visitas a la checa por parte de autoridades socialistas, como el ministro Anastasio de Gracia, para felicitar a sus miembros por las tareas que llevaban a cabo.^[28] Esta identificación no resulta extraña por cuanto la checa socialista de García Atadell se encargó en distintas ocasiones de asesinar a personas con las que tenían enemistad distintos dirigentes del PSOE. Tal fue el caso de la periodista francesa Carmen de Bati detenida por la checa de García Atadell siguiendo las órdenes del ministro socialista de Gobernación, Angel Galarza o el de Luis Calamita y Ruy-Wamba que se había enfrentado políticamente en el pasado con el mismo ministro del PSOE y que por orden expresa del director de Seguridad de 14 de septiembre de 1936 fue detenido y, posteriormente, asesinado.

La checa de García Atadell demostró una eficacia extraordinaria a la hora de realizar incautaciones de bienes económicos y detenciones. La razón de esa efectividad residió fundamentalmente en la abundante información que sobre la identificación religiosa y política proporcionaba a la checa la organización sindical socialista de los porteros de Madrid. Convertidos en una red de delatores, no siempre guiados por razones políticas o sociales, los porteros socialistas informaban a un comité de miembros de la checa formado por compañeros de ocupación sobre aquellas personas a las que había que detener por razones tales como ser católicos practicantes, conservar en su casa una imagen religiosa, no ser afectos al Frente popular o simplemente contar con haberes codiciales. Por supuesto, los porteros socialistas aprovecharon su situación privilegiada para ajustar cuentas con aquellos vecinos a los que detestaban o simplemente envidiaban. El número de asesinados por la checa socialista de García Atadell fue muy numeroso,^[29] llevándose a cabo las muertes por parte de agentes de la denominada brigada después de trasladar a los detenidos a la Ciudad Universitaria y otros lugares situados a las afueras de Madrid.

La checa socialista de García Atadell tuvo un final rápido y ciertamente inesperado. A finales de octubre de 1936, su dirigente, acompañado de dos chequistas llamados Luis Ortúñoz y Pedro Penabad, decidió abandonar Madrid con todo el dinero y las alhajas que pudo llevar consigo. Con la excusa de que iban a realizar un servicio de contraespionaje, los tres socialistas embarcaron en dirección a Marsella. Una vez en territorio francés, García Atadell y sus cómplices procedieron a

vender los brillantes que llevaban consigo y adquirieron un pasaje rumbo al continente americano. La noticia no tardó en saltar a la luz pública y la misma prensa que había incensado hasta ese momento a los chequistas procedió ahora a calificarlos de traidores y a asegurar que habían sido detenidos en Francia a consecuencia de un servicio extraordinario llevado a cabo por la policía republicana.^[30] La noticia era falsa salvo en lo referente al robo y fuga de los tres socialistas. Su detención no se produjo en Francia ni tampoco fue realizada por agentes extranjeros o republicanos. De manera inesperada, el barco que conducía a García Atadell y sus cómplices a América atracó en el puerto canario de Santa Cruz de la Palma, a la sazón controlado por los alzados. Tanto Agapito García Atadell como Pedro Penabad fueron detenidos por la policía nacional y se les trasladó a Sevilla donde se les sometió a un proceso llevado a cabo por un tribunal militar. Hallados culpables de numerosos crímenes, fueron condenados a muerte y ejecutados. Con ellos iba a morir también la checa socialista de García Atadell en noviembre de 1936. No sucedería lo mismo con las actividades represivas de sus componentes como tendremos ocasión de ver más adelante.

La colaboración de los órganos estatales con la represión practicada por las checas no quedó limitada a aquellas ramas que tenían una relación directa con la seguridad política. En realidad, se extendió también a las fuerzas policiales e incluso al ejército. Las razones para la sumisión de las fuerzas policiales derivaban en cierta medida del nombramiento de nuevos agentes que, en buena medida, procedían de las filas del PSOE, pero excedieron considerablemente la aparición de agentes de nueva hornada. Una causa aún de mayor peso fue el hecho de que en casi todas las comisarías de Madrid se procedió a separar del servicio, detener o asesinar a los agentes de tal manera que los que sobrevivieron a las acciones revolucionarias se plegaron a las nuevas directrices. El terror operó así inicialmente en un sector de la sociedad indispensable para perpetuar su práctica. De esa manera, para salvarse de posibles represalias o bienquistarse con los nuevos amos, los agentes de policía no pocas veces procedieron a entregar a detenidos a las checas por órdenes de la Dirección de Seguridad o incluso por decisión propia.^[31] De entre esa jungla de perversión de las garantías jurídicas cabe destacar como ejemplo notable la comisaría de Buenavista. Los asesinatos llevados a cabo por los chequistas de la comisaría de Buenavista fueron muy numerosos^[32] realizándose de manera independiente o en colaboración con otras checas de Madrid como fueron la Escuadrilla del Amanecer, los Centros anarquistas del Puente de Vallecas o el 14 Batallón de Izquierda Republicana, cuya sede se encontraba en la calle Mondéjar número 2.

De la impresionante marea represiva y la creación de organismos *ad hoc* para su puesta en funcionamiento que acompañó al estallido de la revolución frentepopulista no escaparon tampoco las fuerzas armadas. De hecho, el Ministerio de la Guerra del Frente popular creó de manera inmediata una checa propia que recibió el nombre de Servicios Especiales de Prensa y Propaganda y dependía de la Segunda sección del Estado Mayor.

En su conjunto, los aparatos represivos del Frente popular en Madrid serían los causantes de no menos de 14 898 víctimas mortales durante la guerra. Se convertiría así en la provincia con

más asesinados por obra de la represión llevada a cabo por el Frente popular y, por añadidura, de manera muy desproporcionada. Las víctimas mortales de la represión de los nacionales —incluida la de la posguerra— fueron 4438.^[33] Estos datos permiten entender el contexto —y las reacciones— que acompañó al avance de las fuerzas rebeldes sobre Madrid.

Hacia Madrid (30 de septiembre-5 de noviembre de 1936)

Como ya tuvimos ocasión de ver, la realidad revolucionaria causó —desde antes incluso del estallido de la guerra— un enorme daño a la causa del Frente popular. Se produjo así una tensión innegable entre la realidad que los diplomáticos extranjeros percibían en las calles de Madrid, una realidad violentamente revolucionaria, y la impresión que necesitaba transmitir el gobierno con vistas a que no se deteriorara aún más su imagen en el extranjero. El deseo de evitar esta circunstancia explica que del 20 de julio al 4 de septiembre de 1936, el gobierno republicano estuviera presidido por el doctor Giral. Semejante nombramiento pretendía resaltar la existencia de una legalidad republicana que, desgraciadamente, había sido pulverizada incluso antes del 17 de julio de 1936. La suma de derrotas militares y el deseo de los dirigentes revolucionarios de asumir de manera directa las riendas del poder provocaron la caída del gabinete Giral. El 4 de septiembre de 1936, Largo Caballero, el dirigente socialista que había dirigido la sublevación armada de octubre de 1934 y que había llamado repetidas veces a la guerra civil para implantar la dictadura del proletariado, formó nuevo gobierno. A nadie se le escapó la significación de que el nuevo presidente del gobierno fuera el llamado «Lenin español». El mismo día, Largo Caballero constituyó su Estado Mayor (comandante Estrada) y dispuso la organización de los frentes en Teatros de operaciones. Para asimilar las milicias a un esfuerzo de guerra más convencional, fueron militarizadas y organizadas en batallones. Sus oficiales verían reconocidos sus empleos, pero en adelante se reclutarían en escuelas *ad hoc*. La militarización de las milicias provocó la esperable reticencia de los anarquistas,^[34] pero fue apoyada, de manera militarmente lógica, por los comunistas. Esta actitud inteligente del PCE permitió a sus afiliados ir obteniendo una situación especialmente preponderante en el nuevo Ejército. Cuando las antiguas columnas pasaron a convertirse en brigadas mixtas —una innovación militar que algunos han atribuido a asesores soviéticos— de las seis primeras, cuatro estuvieron mandadas por comunistas. En los próximos meses se irían adoptando medidas que, destinadas a convertir a las masas de combatientes en un Ejército, manifestarían la misma impronta.^[35]

Medidas modernizadoras como la militarización de las milicias o el abandono del batallón por la brigada y la división tardarían algún tiempo en ser adoptadas por el bando nacional.^[36] Sin embargo, el carácter claramente militar de sus fuerzas las hacían menos perentorias que en la zona controlada por el Frente popular. Por otro lado, el 4 de septiembre de 1936 un decreto de la Junta de Defensa estableció la creación del alférez provisional como forma de suplir las necesidades de oficialidad competente. El papel de estos jóvenes, dotados de una educación elemental mínima, en la victoria del Ejército nacional fue realmente muy importante y, a «contrario sensu», la carencia de un equivalente en sus filas tuvo muy malas consecuencias para el Ejército popular de la

República. Gracias a la labor organizadora del general Orgaz, se llegarían a crear 22 academias militares en la zona nacional. En los ocho primeros meses, de las mismas saldrían 5132 alfereces. Se ha señalado repetidamente que, en su mayoría, habían sido formados por instructores enviados por Alemania. La noticia es totalmente errónea. Los instructores alemanes no llegaron hasta mayo de 1937, lo que significa que ese tipo de ayuda extranjera —sin duda, valiosa— fue disfrutada durante varios meses y de manera exclusiva por el Frente popular, pero no por los alzados.

Con todo, posiblemente, donde quedaría de manifiesto el mayor sentido práctico de los alzados fue en la designación de un mando único. Como ya vimos, el 30 de septiembre, Franco, flamante liberador del Alcázar de Toledo, fue nombrado por la Junta de Burgos Generalísimo de los Ejércitos de Tierra, Mar y Aire. La designación, de una innegable trascendencia militar y política, se tradujo de manera inmediata en la reorganización de las fuerzas nacionales en dos Ejércitos, el del Norte y el del Sur. El Ejército del Norte, al mando del general Mola, incluía a todas las fuerzas que combatían al norte de la línea Toledo-Talavera-Cáceres. Reunía, por lo tanto, a las antiguas Divisiones orgánicas 5, 6, 7 y 8, además de la División Soria-Guadarrama (Moscardó) que debía operar entre el norte de la provincia de Madrid y el sur de la de Teruel. La 7.^a División (Saliquet) debía operar en los frentes del oeste y suroeste de Madrid y, por ello, los mismos fueron divididos en un sector norte (Valdés Cabanillas) y otro sur (Varela).

A esas alturas de la guerra, no eran pocos los que pensaban que nada podría parar a las columnas de Varela en su marcha hacia Madrid. Por supuesto, la propaganda del Frente popular no dejaba de anunciar victorias, pero bastaba contemplar un mapa para percibirse del avance ininterrumpido de los rebeldes que venían del sur desde el mes de julio y de la incapacidad del gobierno para contenerlos. Sin embargo, aunque entonces no resultara previsible, la guerra estaba a punto de dar un giro que cambiaría totalmente su naturaleza. Hasta ese momento, los contingentes militares que habían combatido eran poco numerosos y la ayuda extranjera muy escasa. De hecho, las tropas que se dirigían a tomar Madrid rondaban los 14 000 hombres, una fuerza muy escasa, pero que se consideraba suficiente para acometer el asalto final en ciertas condiciones. Fue entonces cuando se produjeron cambios notables en el bando controlado por el Frente popular. Largo Caballero había procedido a reclutar 8000 carabineros y llamó a filas a varios reemplazos, mientras Asensio intentaba conquistar el Alcázar de Toledo. Sin embargo, lo esencial fue la orden de crear ocho brigadas mixtas —seis nacionales y dos internacionales— que constituían el armazón inicial de un Ejército popular de la República muy inspirado en el Ejército Rojo. De éste se tomó desde el saludo puño en alto a las estrellas rojas pasando por el establecimiento de comisarios políticos o de una sección especial de vigilancia policial. A mediados de septiembre, las Brigadas internacionales^[37] —un verdadero ejército de la Komintern creado por órdenes directas de Stalin— se encontraban en España y el día 15, Largo Caballero decidía de manera dudosamente legal que las reservas de oro del Banco de España fueran enviadas a la URSS. A inicios de octubre, el material soviético comenzó a llegar masivamente a Cartagena y Alicante. Su efecto sobre la batalla de Madrid iba a ser decisivo y su repercusión no resultaría menor, como tendremos ocasión de ver, sobre la intervención de otras potencias en la guerra que se libraba en España.

El 3 de octubre, el general Mola dictó las órdenes pertinentes para la continuación de las operaciones de sus catorce mil hombres. Las fuerzas del sector norte debían llegar a la línea Navalperal-Hoyo de Pinares-Cembreros-El Tiemblo y las del sur, a la formada por Santa Cruz de Retamar-Escalona-Almorox-San Martín de Valdeiglesias enlazando finalmente en El Tiemblo.

El 6 de octubre, el ala izquierda de las fuerzas nacionales realizó una ruptura central hacia Santa Cruz de Retamar que fue tomada en el mismo día por las columnas de Asensio, Barrón y Delgado Serrano. La ocupación de este enclave tenía como finalidad atraer la atención de las fuerzas del Frente popular hacia la carretera de Extremadura y asegurar el nudo de comunicaciones necesario para avances posteriores. El 7, las fuerzas atacantes realizaron una conversión hacia Escalona y Almorox. Ambas localidades fueron ocupadas por las columnas de Barrón y Castejón que, antes de que terminara el día, habían enlazado en Cenicientos con la caballería del coronel Monasterio. Así quedaban encerradas algunas fuerzas republicanas en la bolsa de la sierra de San Vicente. Partiendo de las posiciones tomadas en Cenicientos y Almorox, las columnas de Monasterio, Castejón y Delgado Serrano —que había relevado a Barrón— entraron el 8 en San Martín de Valdeiglesias. Dos días después, Monasterio enlazaba en El Tiemblo con las columnas del sector norte.^[38] El 14 y el 15, las fuerzas frentepopulistas desencadenaron contraataques sobre los flancos de Varela, al norte por San Martín de Valdeiglesias y al sur por la cabeza de puente de Toledo. Ambas maniobras resultaron infructuosas e incluso al sur los nacionales consiguieron avanzar hasta el antiguo campamento de Los Alijares. Vencida esa resistencia, las columnas de Castejón, Delgado Serrano y Asensio ocuparon durante los días 15 y 16 la línea Chapinería-Aldea del Fresno-Méntrida-Valmojado. Estas unidades se convirtieron entonces en una agrupación autónoma que sería colocada a las órdenes de Yagüe. El 16, Varela ordenó a su ala derecha —formada por las columnas de Barrón y Monasterio y otra nueva mandada por el teniente coronel Tella— que alcanzara al día siguiente la línea Palomeque-Illescas-Pantoja-Añover del Tajo. Así el 17 de octubre dio comienzo la maniobra del ala derecha. El frente republicano fue roto en el sector de Olías y las fuerzas de Varela pudieron avanzar por la comarca de La Sagra hasta Mover y por la carretera de Toledo hasta las inmediaciones de Illescas que, no obstante, no cayó en sus manos hasta el día siguiente. Lo que parecía que iba a ser una fácil progresión se vio detenida por un contraataque del Frente popular en el sector de Chapinería. Aunque el mismo fue rechazado por las fuerzas del teniente coronel Castejón, el 20 las fuerzas republicanas volvieron a realizar un nuevo contraataque en el sector de Illescas. El mismo fue abortado otra vez por las fuerzas de Barrón, Tella y Monasterio. El 21, las columnas de Asensio y Delgado Serrano ocuparon Navalcarnero.

Los contraataques republicanos sobre el flanco derecho de las fuerzas nacionales obligaron a éstas a tomar medidas y del 24 al 25, las fuerzas de Monasterio ocuparon la línea Yeles-Esquivias-Seseña-Cuesta de la Reina. La acción resultó especialmente adecuada porque el 29 se produjo un nuevo contraataque de especial significado. En el curso del mismo iban a intervenir por primera vez carros de combate soviéticos.

Como ya indicamos antes, en octubre de 1936 habían comenzado a llegar a Cartagena los primeros carros y camiones blindados soviéticos. Los tanques eran T-26 B y los blindados BA-6.

Estos últimos eran unos automóviles blindados (BA es la abreviatura de «bronie-automovil») que llevaban un cañón de 45 mm y una ametralladora de 7,62 mm. En cuanto al T-26 era, en realidad, una adaptación del británico Vickers-Armstrong de seis toneladas. Cuando se comenzó su construcción en 1931 se le dotó de una torreta con un cañón de 37 mm (T-26 A) y luego de 45 mm (T-26 B). Los modelos enviados a España eran del tipo T-26 B. El vehículo pesaba algo más de las nueve toneladas, llevaba un blindaje de 7 a 16 mm, un cañón de 45 mm y una ametralladora coaxial de 7,62 mm (ocasionalmente dos, estando emplazada la segunda en la parte posterior de la torreta; o incluso tres, estando colocada la tercera sobre la torre en misión antiaérea). El T-26 podía alcanzar una velocidad de 30 km/h en carretera y era servido por tres hombres. Su precio era de 248 000 pts. (republicanas) sin radio y de 262 000 pts. con ella.

Con los vehículos que llegaron a la España del Frente popular se organizó en Archena, Murcia, una escuela y base de carros al mando del teniente coronel Sánchez Paredes. Se formó así una réplica de la base nacional de Cáceres. En octubre de 1936 se organizó una compañía republicana de 15 tanques que estaban al mando del oficial soviético Paul (o Pavel) Arman. La misma sería utilizada en el contraataque ya mencionado. Su finalidad era cortar las comunicaciones de los nacionales entre Illescas y Toledo. Los carros de Arman efectivamente reconquistaron Seseña batiendo a las fuerzas de Caballería de Monasterio. Tras rebasar la localidad citada, los carros soviéticos emprendieron la persecución del enemigo. Sin embargo, la falta de combustible y de apoyo de la infantería obligó a retroceder a los carros perdiendo así el territorio ganado. En el curso de esa retirada, algunos blindados soviéticos quedaron paralizados a causa de averías y de la carencia de gasolina. Aquella situación fue aprovechada por el mando nacional para enviar unos blindados italianos que tenían la misión de destruirlos o apoderarse de ellos. Iba a producirse así el primer combate de blindados de la guerra civil española. En el curso del mismo, los blindados italianos no consiguieron su objetivo. Su inferioridad técnica era muy acusada, el fuego artillero de los tanques soviéticos los mantuvo a raya y tuvieron que retirarse. Al día siguiente, los republicanos recuperaron los tanques. Al pasar éstos por Seseña —recuperada por los nacionales — perdieron, no obstante, tres de los blindados y diez de los hombres que los servían a causa del fuego de una batería nacional de obuses 10,5 Schneider. Así, al fin y a la postre, los republicanos no lograron finalmente interrumpir el avance enemigo. Sí sembraron por algún tiempo una enorme preocupación en sus adversarios que temieron que la URSS hubiera entrado en guerra en ayuda del Frente popular. También los asesores alemanes se sintieron inquietos al examinar los carros soviéticos. Ni lejanamente contaban en sus arsenales en Alemania con blindados que pudieran compararse a los que Stalin estaba enviando al Frente popular. Con todo, de momento, el primer choque se había zanjado con un triunfo de los nacionales y el 31 de octubre, las columnas de Barrón, Tella y Monasterio habían alcanzado la línea Humanes-Parla-Valdemoro. Concluía así la maniobra del ala derecha.

Mientras tanto, las fuerzas del sector norte habían ido avanzando con lentitud hacia El Escorial. En su progresión habían ocupado Robledo de Chavela y Las Navas del Marqués y podían dominar con su potencia de fuego Santa María de la Alameda y Peguerinos.

El 1 de noviembre, las tropas nacionales dieron inicio a un avance conjunto sobre Madrid. Tras

ocupar Brunete y Sevilla la Nueva, por el ala izquierda, y Fuenlabrada y Pinto, por la derecha, las fuerzas sublevadas lograron el día 6 alcanzar la línea Ventorro del Cano-Campamento-Carabanchel Alto y Villaverde. En la toma de Villamantilla, Villanueva de Perales y Brunete había colaborado con la columna Barrón la fuerza blindada alemana formada por dos compañías de 15 carros Panzer I (negrillos). En octubre, comenzaron a actuar estos blindados —los nacionales habían recibido 41— que tenían un blindaje de 13 mm y podían alcanzar los 40 km/hora.

La capital de España podía ser contemplada con facilidad desde las posiciones conquistadas en los primeros días de noviembre. Sin embargo, la disparidad de fuerzas era muy considerable. Los nacionales contaban con unos quince mil hombres, de los que varias unidades no habían dejado de combatir en los últimos tres meses. En términos materiales, su artillería pesada era escasa; los carros y aviones con que contaba eran muy inferiores a los enviados por la URSS al Frente popular, y, por añadidura, sus líneas de abastecimiento eran muy largas y vulnerables. Por su parte, el Frente popular contaba con quince mil quinientos hombres en Madrid, más los diez mil de Pozas situados en el ala derecha de Varela. En breve dispondría además de otras siete brigadas. La disparidad —ya importante en número de hombres— se acentuaba en el terreno del material gracias a la importante ayuda soviética. En fecha tan temprana como el 15 de agosto, el embajador francés en España podía informar de los primeros envíos de combustible —unas 30 000 toneladas — realizados por la URSS a la España republicana. Después entre el 15 de septiembre y el 3 de octubre llegaron otros ocho buques más —tres con bandera de la Segunda república— que descargaron 6000 toneladas de material de guerra, 44 000 de combustible, 8000 de trigo y 2475 de alimentos. A estos envíos se añadieron otros nuevos en octubre y en noviembre llegaron a Barcelona navíos soviéticos durante los días 7, 8, 11 y 12. En ellos habían llegado además cinco mil hombres.^[39]

Con esta ayuda, ciertamente importante y considerablemente superior a la que hasta entonces habían recibido los alzados, el Ejército popular de la República había podido lanzar un ataque con blindados en Seseña.^[40] Sin embargo, se trataba tan sólo del inicio. Cuando comenzó la batalla de Madrid, los soviéticos habían reunido en un grupo de aviación denominado grupo 12 tres escuadrillas de aviones katiuskas, tres escuadrillas de rasantes y dos escuadrillas de chatos a los que muy pronto se unirían dos escuadrillas de moscas y alguna más de chatos. Previamente, la aviación soviética ya había realizado algunas acciones bélicas importantes como el bombardeo el 27 de octubre de 1936 del aeródromo de Tablada en Sevilla. Durante los días siguientes, realizarían nuevos bombardeos sobre Mérida, Cádiz, Salamanca y los aeródromos de Talavera, Torrijos y nuevamente Tablada. Se trataba en su conjunto de aeroplanos superiores a los italianos y alemanes con que contaban los rebeldes que prestarían muy buen servicio al Frente popular.^[41] Por lo que se refiere a los carros de combate también los soviéticos, mandados por Krivoshein, eran abrumadoramente superiores a los italianos y alemanes. Si a esto añadimos el papel desempeñado por las Brigadas internacionales, verdadero ejército de la Komintern, será fácil comprender hasta qué punto el gobierno del Frente popular debía una parte nada desdeñable de su

supervivencia a la URSS y hasta qué punto la batalla de Madrid iba a ser una batalla internacional.

La ofensiva de noviembre (I): los planes

Aunque la propaganda del Frente popular insistiría en el entusiasmo con que la población de Madrid decidió enfrentarse al ejército de Franco, lo cierto es que la realidad fue muy diferente y que tal hecho hay que atribuirlo a las terribles experiencias sufridas por los madrileños durante la revolución que había discurrido en la capital a lo largo de los meses anteriores. El terror rojo —un terror que seguía las líneas trazadas por los bolcheviques en Rusia unos años atrás— se había manifestado no sólo en la creación de las checas a la que ya nos referimos con anterioridad, sino también en los fusilamientos en masa mediante el sistema de las denominadas sacas. Los ejemplos, al respecto, fueron trágicamente numerosos. A matanzas como las del Cuartel de la Montaña o la cárcel Modelo, se sumaron^[42] las de la cárcel de las Ventas —cerca de cuatrocientos fusilados desde el 25 de julio de 1936 hasta el 26 de marzo de 1937— las sacas de octubre realizadas por orden directa del Comité provincial de investigación pública y las matanzas de Aravaca que se iniciaron el 1 de noviembre por decisión expresa de Manuel Muñoz, el director general de Seguridad y que, a inicios de noviembre, habían llegado a unos trescientos fusilamientos.

La capital estaba viviendo, con mayor intensidad que ninguna ciudad española, la revolución y esa circunstancia había ocasionado en muchos el pánico y el horror. Lo cierto es que aunque la propaganda posterior a noviembre de 1936 haría referencia a un pueblo enardecido que se dedicaba febrilmente a llevar a cabo los preparativos encaminados a convertir Madrid en la «tumba del fascismo», las fuentes de la época obligan a plantearse un cuadro muy diferente. Desde luego, los madrileños podían ser presa de muchos sentimientos, pero entre ellos no se encontraba el entusiasmo revolucionario, quizá porque habían vivido en sus carnes la revolución desde hacía varios meses. Como indicaría uno de los correspondientes extranjeros en la capital de España refiriéndose a sus habitantes, «la mayoría de ellos no tenían interés alguno en la guerra ni les importaba quién la ganase con tal de verse aliviados de las penalidades y privaciones que les obligaban a soportar». ^[43] Al respecto, las cifras se imponen claramente sobre el mito creado por la propaganda. La proporción de madrileños, y aun de milicias, en la defensa de Madrid fue escandalosamente minoritaria constituyendo la parte más numerosa la formada por la guarnición madrileña que contaba con recientes reemplazos. El hecho de que las columnas del Ejército del Centro ya estuvieran formadas por extremeños, manchegos, andaluces y levantinos y que además afluyeran a Madrid tropas de fuera que iban desde las Brigadas internacionales a los anarquistas de Aragón y Cataluña redujo aún más la proporción de madrileños que lucharon contra el Ejército nacional. Tampoco se corresponden con la verdad histórica la referencia a batallones de mujeres —aunque alguna hubo en el frente— o a la masiva afluencia de obreros. Madrileños hubo pocos y no pocos de entre ellos sacados a toda prisa de las cárceles y las checas por el comunista Líster para colocarlos en la primera línea de fuego.^[44]

Desde luego, esa falta de entusiasmo no se les escapaba a los mandos políticos y militares

conscientes del abismo que mediaba entre su propaganda y la realidad. El famoso comandante Carlos del Quinto Regimiento afirmaba casi un mes antes:^[45]

El pánico estúpido, el desaliento injustificado, la desconfianza hacia el pueblo son las causas de la situación actual. Es seguro que para eliminar esas causas hay que eliminar hombres... Tenemos que fusilar sin piedad a quienes pronuncien palabras como éstas: «Nuestra aviación no nos defiende», «Voy a Madrid a informar», «Las otras Compañías nos han abandonado».

Franco había barajado tres hipótesis para la toma de Madrid. La primera era que la ciudad se entregara sin lucha, desmoralizada ante los triunfos continuos del Ejército nacional y la imposibilidad de contenerlo; la segunda, que se produjera una notable resistencia en la periferia, pero escasa en el interior y la tercera, una resistencia que resultara dura tanto en la periferia como en el interior. La última eventualidad habría implicado no sólo quebrantar las defensas exteriores sino, a continuación, ir ocupando un sector tras otro de la ciudad a la vez que se impedía la llegada de nuevos refuerzos. Era obvio que para esa eventualidad no contaba con tropas y no estaba dispuesto a arriesgar al Ejército de África. Prudentemente, rechazó dos planes que consistían en trasladar las tropas en camiones por Vallecas, al este, o Cuatro Caminos, al noroeste, para sorprender por la retaguardia a las fuerzas del Frente popular; o realizar una maniobra en tenaza por ambas vías. Ésta hubiera exigido un número de fuerzas del que no disponía y las otras exponían a sus hombres a un vacío en la línea de comunicaciones queabría la posibilidad de que fueran embolsadas y eliminadas por el enemigo. Al fin y a la postre, optó por un plan de ataque más prudente.

El plan de Franco consistía en lanzar un ataque de diversión por los barrios situados al sur del Manzanares, y luego un ataque principal por la Casa de Campo, al oeste, en dirección a la Ciudad Universitaria. Desde allí podría penetrar en Madrid a través de calles amplias en las que resultaría más difícil la lucha callejera y alcanzar los puntos neurálgicos de la ciudad. No resulta nada seguro que Franco confiara en la victoria, pero era obvio que la única alternativa con la que contaba era lanzarse sobre Madrid e intentar acabar la guerra cuanto antes.

El 4 de noviembre Mola había tomado Getafe con su aeropuerto incluido. Ese mismo día, como ya vimos, Largo Caballero amplió su gobierno incluyendo a cuatro ministros anarquistas en la coalición republicano-socialista-comunista. El 6 de noviembre por la tarde, el Gobierno decidió abandonar la ciudad y dirigirse a Valencia, desde donde, supuestamente, se podría continuar la resistencia, si Madrid era tomada por Franco. Sustituyéndolos quedaba la Junta de Defensa de Madrid.

La ofensiva de noviembre (II): el ataque

En el Ministerio de la Guerra, comenzaron a darse órdenes hacia las ocho de la tarde a fin de que se constituyera un Estado Mayor que ayudara al Mando especial creado para la defensa de Madrid. El cargo de comandante supremo para la defensa de la ciudad recayó sobre el general José Miaja. El nombramiento difícilmente pudo ser más afortunado. Lejos de considerar la posibilidad de

render la ciudad, Miaja se reunió con militares profesionales leales al gobierno del Frente popular, y con miembros del Quinto Regimiento, de extracción comunista y de columnas independientes, para manifestarles su decisión de defender Madrid. Su jefe de Estado Mayor sería Vicente Rojo, católico y conservador, pero ahora unido al Frente popular. Con el paso del tiempo, Rojo acabaría convirtiéndose en el estratega más destacado del Ejército popular de la República.

Aunque es habitual señalar a Miaja y a Rojo como los mandos militares de la defensa de Madrid, tal afirmación constituye una verdad a medias. De hecho, el peso de los militares soviéticos resultó verdaderamente decisivo. La aviación del Frente popular estaba a las órdenes de Shmushkiévich, así como otros personajes de la talla de Tupikov, Jalzunov, Nesmeyanov o Kotov, por citar tan sólo a algunos; la artillería, a las de Vóronov; los carros, a las de Krivoshein (Pavlov lo sustituiría en diciembre) y de mayor relevancia que los demás fue Góriev, que quedaba situado por encima del Estado Mayor republicano. Expertos y dotados de medios, materiales y humanos, muy superiores a los de los atacantes, contaban con hacer realidad el lema que afirmaba que Madrid sería «la tumba del fascismo» ya que su objetivo no era sólo contener al Ejército nacional y evitar su entrada en la capital de España, sino destrozarlo en el curso de su ataque. En paralelo, como tendremos ocasión de ver, los comunistas españoles y los asesores soviéticos se ocuparían de tareas de represión que no tendrían parangón con nada de lo sucedido hasta entonces en ninguno de los dos bandos.

La noche del 6 de noviembre, la pasó el Mando republicano en tareas de organización. Así, se formaron dos nuevas columnas. Una de ellas había de situarse entre las que cubrían Carabanchel y Villaverde y taponar la brecha abierta hacia el puente de la Princesa. La otra, tomando posiciones entre las columnas que cubrían Pozuelo y el puente de Segovia, debía intentar impedir el avance enemigo en la Casa de Campo. En paralelo, se formó un dispositivo que permitiera defender la propia ciudad. A esas alturas, se contaba con la llegada de dos Brigadas internacionales y de algunas fuerzas procedentes de Barcelona. Finalmente, en el Jarama se estaban desplegando otras cuatro Brigadas recién formadas.

Aquel día 6, las tropas nacionales avanzaron por la zona oeste de la Casa de Campo. El 7, los nacionales continuaron progresando con la intención de ocupar una base de partida que facilitara el ataque sobre Madrid durante la jornada siguiente. El avance no pudo ser detenido a pesar de que la resistencia, que llegó a combates cuerpo a cuerpo, fue encarnizada. En el sector Villaverde-Carabanchel, la lucha resultó especialmente áspera e incluso se produjeron contraataques de las fuerzas del Ejército popular en otros puntos del frente. Entonces se produjo un episodio que tuvo pésimas consecuencias para las fuerzas de Varela. Ese mismo día 7 de noviembre un tanque italiano fue destruido por las fuerzas del Ejército popular en la carretera de Extremadura y en el cadáver de uno de los oficiales se halló una copia del plan de operaciones de los nacionales para tomar Madrid. Según la documentación, el ataque iba a ser realizado con siete columnas. Dos atacarían en el frente comprendido entre los puentes de Segovia, Toledo y Princesa. Su objetivo no era pasar el río sino distraer las fuerzas del Frente popular mientras la ofensiva principal se producía en otro lugar con tres columnas. De éstas, una debía ocupar posiciones que cubrieran el flanco izquierdo, en la carretera de La Coruña y en la Ciudad Universitaria hasta el Clínico. Las

otras dos por el puente de los Franceses y el del ferrocarril debían pasar a ocupar la base de partida en el interior de Madrid, que era el frente comprendido entre la cárcel Modelo y el cuartel de la Montaña. Lógicamente, Rojo ordenó inmediatamente el desplazamiento de sus tropas mejores a estos lugares. Desaparecido el efecto sorpresa y con efectivos muy inferiores, las posibilidades de Varela de entrar en Madrid eran ya mínimas.

Aunque en la mañana del 8 llegaron telegramas felicitando a Franco por su entrada en Madrid y la prensa portuguesa llegó a publicar la noticia de la caída de la ciudad, la realidad resultó muy distinta. Mientras la propaganda del Frente popular gritaba consignas como «¡No pasarán!», [46] las tropas de Varela combatían por hacerse con el control del cerro Garabitas desde el que podrían bombardear la ciudad. A las 12 del mediodía del 8, las tropas nacionales habían sido contenidas. [47] Las fuerzas del Frente popular —que no habían dejado de retroceder en las últimas semanas— ahora resistían y además atacaban vigorosamente en su flanco izquierdo y en la retaguardia, lo que entorpecía su avance por la Casa de Campo. Al mediodía de aquella misma jornada, llegaron a Madrid las Brigadas Internacionales. [48] Aunque la propaganda insistiría en presentarlos como voluntarios que, espontáneamente, habían decidido venir a España a defender la democracia contra el fascismo, eran un ejército cuya creación había decidido Stalin y cuya organización había llevado a cabo la Komintern. Según revela documentación recientemente exhumada en Rusia, Stalin llegó a la conclusión de que podría cobrarse la intervención soviética con las reservas de oro del Banco de España. A partir de ese momento, el terrible dictador soviético pasó de proporcionar no sólo armas sino también combatientes internacionales. La decisión se tomó durante el mes de septiembre de 1936. Ese mismo mes se presentaron, bajo inspiración directa del PCF, los primeros voluntarios. Los llegados en ese momento a la batalla de Madrid eran, en su mayoría, alemanes, italianos y franceses. El efecto que su aparición tuvo sobre la moral de los partidarios del Frente popular en Madrid atacado fue notable. Aquella misma noche marcharon al frente. Su contribución a la batalla no fue, como repetirían hasta la saciedad sus adversarios y la propaganda comunista, decisiva. Con todo, fue importante aunque, a decir verdad, la participación soviética tuvo mayor relevancia y no quedó limitada a las cuestiones militares. De hecho, iba a hacerse extensiva a uno de los aspectos más sombríos de la batalla de Madrid, el del exterminio de los denominados «enemigos de clase».

La ofensiva de noviembre (III): el terror y los fusilamientos de Paracuellos [49]

La eliminación de los segmentos de la sociedad considerados no afectos al Frente popular había comenzado a realizarse en Madrid desde julio de 1936. Sin embargo, a medida que avanzaba la guerra, las voces que pedían el exterminio total de los considerados enemigos de clase fueron aumentando. Esta tarea —llamada «evacuación» con un eufemismo que después utilizarían los nacionalsocialistas alemanes durante el Holocausto— no se había concluido el 6 de noviembre, algo que desesperaba al periodista —y agente— soviético Mijaíl Koltsov. [50] El que, al fin y a la postre, la realizaría sería un joven, primero, socialista, ahora ya muy vinculado al PCE, llamado

Santiago Carrillo. Nacido en Gijón, Asturias, el 18 de enero de 1915, en el seno de una familia en la que el cabeza de familia, Wenceslao, llegó a ser importante dirigente regional del PSOE y la UGT, Carrillo ingresó en las Juventudes socialistas de Madrid donde no tardó en ser elegido para su comité local. Desde ese momento, el joven se dedicaría sólo a la política. El joven Carrillo no se hallaba distante de las posiciones comunistas^[51] y, en realidad, iba a ser uno de los artífices de lo que se ha conocido como bolchevización del PSOE. Así, en la escuela socialista de verano celebrada en Torrelodones en 1933, a la que nos referimos en un capítulo anterior, dirigió una ofensiva de las Juventudes socialistas encaminada a desacreditar a miembros históricos del PSOE como Indalecio Prieto y Julián Besteiro para imponer en su lugar a Francisco Largo Caballero ya aclamado como el «Lenin español». La actuación de Carrillo se vio coronada por el éxito y, de hecho, a finales de año le permitió apoderarse del control de la Federación de las juventudes socialistas.^[52] En el decisivo año de 1934, Carrillo fue captado por la Komintern.^[53] En abril de 1934, Carrillo fue elegido secretario general de las Juventudes socialistas. Por aquel entonces el retrato que había en el despacho de Carrillo no era otro que el de Stalin.^[54] Cuando el 26 de julio de 1934 se celebró una de las reuniones en que las juventudes socialistas y comunistas planeaban la toma armada del poder, Carrillo asistió como delegado de la Comisión ejecutiva de la Federación de Juventudes socialistas e insistió en avanzar hacia «la insurrección y la dictadura proletaria». Partiendo de esa base, no puede sorprender que Carrillo tuviera un papel de cierta relevancia en la organización de las milicias revolucionarias que debían «organizar la insurrección» según relata el socialista Juan Simeón Vidarte.^[55] Al fracasar el golpe armado socialista-nacionalista, Carrillo fue a prisión donde estrechó lazos con Largo Caballero al que impulsaron aún más por el sendero del estalinismo los socialistas Luis Araquistáin y Julio Álvarez del Vayo. La llegada al poder del Frente popular significó, como ya indicamos, la inmediata puesta en libertad de sus presos sin ningún respeto por las normas legales o procesales. Entre ellos se encontraba Carrillo, que comenzó a reunirse con Vittorio Codovilla «Medina», el agente principal que tenía la Komintern en España. A esas alturas, Carrillo ya era un submarino comunista que no tardaría en rendir servicios importantes a Moscú. Así, el 4 de abril de 1936 logró en el curso de un mitin celebrado en la plaza de las Ventas de Madrid la unificación formal de las Juventudes socialistas y comunistas, que pasarían a denominarse Juventudes socialistas unificadas. Aunque Largo Caballero consideró que se trataba de un éxito del PSOE, en realidad, el logro sólo iba a beneficiar a los comunistas que eran muy escasos y, sin embargo, no tardarían en capitalizar la unificación.

A pesar de su enorme valor para la estrategia comunista, Carrillo, que se hallaba en julio de 1936 en París, tardó en regresar un mes a España posiblemente para no correr riesgos. Con posterioridad, Carrillo se ha referido a una vaga intervención militar en los combates pero las fuentes de la época llevan a pensar que nunca estuvo en el frente.^[56] De hecho, *El Socialista* llegó a acusarle en el verano de 1936 de haber sido un cobarde también durante la revolución de 1934 hasta el punto de «vaciar su tripa, atribulada por el riesgo de su detención, fuera del lugar reservado para tales necesidades, hecho ocurrido en el estudio de un artista».^[57] Su conducta,

dicho sea en honor de la verdad histórica, tuvo, desde luego, paralelos en otros dirigentes del Frente popular como Claudín, Azcárate, Ignacio Gallego, Tomás García o López Raimundo de los que el comunista Líster afirmaría que «ninguno de ellos asomó la gaita por el frente ni una sola vez». [58] Sin embargo, Carrillo no se limitó a emboscarse sino que mantuvo el contacto más estrecho con los asesores soviéticos en represión.

El 3 de noviembre, el diario *La Voz* lanzaba uno de tantos llamamientos para llevar a cabo lo que anarquistas, socialistas y comunistas habían repetido en distintas ocasiones que tenía que hacerse: «Hay que fusilar en Madrid a más de cien mil fascistas camuflados, unos en la retaguardia, otros en las cárceles. Que ni un «quinta columna» quede vivo para impedir que nos ataquen por la espalda. Hay que darles el tiro de gracia antes de que nos lo den ellos a nosotros».

Al día siguiente se realizó una saca de la cárcel de Porlier. Un centenar de presos, de los que treinta y siete eran militares, abandonó la prisión a bordo de seis camiones militares escoltados por dos unidades y varios coches ligeros. [59] A la madrugada siguiente, bajo la dirección de miembros del PCE, todos ellos fueron fusilados junto al cementerio de Rivas-Vaciamadrid. El 5 de noviembre, Enrique Castro Delgado, jefe del Quinto Regimiento comunista, dio orden al grupo especial de su unidad denominado ITA para que destacara más de un centenar de patrullas especiales destinadas al control de las salidas y accesos de Madrid. A esas alturas, según confesión del propio Castro Delgado, las fuerzas fundamentales para la defensa de Madrid estaban en manos del PCE. [60] El control comunista iba a manifestarse ese mismo día en la exigencia de que se les entregara en la cárcel Modelo listas con los nombres de los militares recluidos [61] y en la realización de la primera saca de la checa de San Antón. Se trató en este caso de cuarenta militares a los que de madrugada se fusiló cerca de Rivas-Vaciamadrid.

Mientras se llevaban a cabo estos asesinatos, Carrillo celebró una reunión con Melchor, Serrano Poncela, José Laín, Cazorla y Cuesta en la que les comunicó que iba a pedir la entrada en el PCE. Al día siguiente, 6 de noviembre, Enrique Castro Delgado recibió a Carrillo y a sus amigos en el seno del partido comunista. Semejante acto, cargado de simbolismo, allanaba el último obstáculo para que Carrillo entrara en la Junta de Defensa que se iba a encargar de regir Madrid a la marcha del gobierno del Frente popular. Lo haría como consejero de orden público en un momento especialmente delicado, precisamente cuando el PCE ha decidido llevar a cabo un programa de exterminio en masa con el que están de acuerdo otras fuerzas del Frente popular. Aquel mismo día, Mijaíl Koltsóv, periodista y agente de la Komintern en España, se entrevistó con el Comité central del PCE [62] y les instó a que procedieran a fusilar a los presos que había en las cárceles de Madrid. La sugerencia —¿u orden?— fue acogida sin rechistar lo que no puede causar sorpresa dado el grado de sumisión que el PCE, como el resto de los partidos comunistas de la época, experimentaba hacia los dictados de Stalin.

Todavía el día 6 de noviembre, Enrique Castro Delgado se dirigió al Quinto Regimiento, convocó al comisario «Carlos Contreras» y le dijo:

—Comienza la masacre. Sin piedad. La quinta columna de que habló Mola debe ser destruida antes de que comience a moverse. ¡No te importe equivocarte! Hay veces en que uno se encuentra ante veinte gentes. Sabe que entre ellas está un traidor pero no sabe quién es. Entonces surge un problema de conciencia y un problema de partido. ¿Me entiendes?

Contreras, comunista duro, estaliniano, le entiende.

—Ten en cuenta, camarada, que ese brote de la quinta columna sale hoy mucho para ti y para todos.

—¿Plena libertad?

—Ésta es una de las libertades que el Partido, en momentos como éstos, no puede negar a nadie.^[63]

La cercanía de las fuerzas de Franco no sólo se tradujo en la huida del gobierno del Frente popular sino también en la disolución de algunos de sus órganos represivos como fue el caso de la tristemente célebre checa de Fomento. Sin embargo, la desaparición de esta checa vino acompañada de algunas medidas que garantizaron que no se detuviera la represión. Así, una parte de sus efectivos quedó integrada en las Milicias de Vigilancia de la Retaguardia (MVR) y por añadidura la checa designó a cinco miembros que se incorporaron al consejillo de la Dirección General de Seguridad.^[64] De esos cinco, uno pertenecía al PCE y otro a las Juventudes socialistas unificadas, pero Carrillo se aseguró un predominio comunista designando presidente del consejillo a Segundo Serrano Poncela, un amigo íntimo suyo que había pasado de las Juventudes socialistas unificadas al PCE, y a tres consejeros comunistas más.^[65] Aunque las diferentes tareas estaban distribuidas entre los diferentes miembros, la decisión final la tomaba Santiago Carrillo.^[66] Precisamente en la Dirección General de Seguridad se llevaba «un libro registro de expediciones de presos para asesinarlos».^[67]

El 6 de noviembre por la noche, tres agentes comunistas —entre ellos Torrecilla— se habían presentado en la cárcel Modelo y en San Antón para organizar las grandes sacas de preso con destino a la muerte. En respaldo de este acto se hallaban las órdenes dadas por Ángel Galarza, el ministro de la Gobernación, para que así se hiciera. En «tono malicioso», Serrano Poncela añadiría que se trataba de una «evacuación... definitiva».^[68] Sobre las nueve o las diez de la mañana, según Torrecilla, llegaron a la cárcel Modelo siete o nueve autobuses de dos pisos pertenecientes al servicio público urbano y dos autobuses grandes de turismo. En cada uno de los vehículos fueron introducidos sesenta o más detenidos con una custodia de entre ocho y doce milicianos. Finalmente, la expedición partió con algunos de los que habían llevado a cabo la selección de las fichas. Por lo que se refiere a Torrecilla, la vio partir y a continuación abandonó la cárcel.^[69]

Difícilmente, los datos podrían resultar más obvios. Los custodios y asesinos de los reclusos no eran otros que miembros de las Milicias de Vigilancia de la Retaguardia situadas bajo control comunista del consejo de la Dirección de Seguridad, el delegado de Orden Público y su jefe, el consejero de Orden Público, Santiago Carrillo, que no dejaba de mantenerse al corriente de lo sucedido gracias a los informes de Serrano Poncela. Las operaciones de exterminio comenzaron cuando el día 7 de noviembre, hacia las cuatro de la mañana, las milicias llegaron a la cárcel de San Antón y realizaron una saca de unos doscientos hombres. Continuaron durante los días siguientes de acuerdo con una metodología minuciosa ya utilizada en Rusia por los bolcheviques. Los detenidos habían sido despojados de cualquier equipaje y atados con bramante de dos en dos o bien con las manos a la espalda. Al no llevar pertenencias consigo, eran conscientes de que los iban a asesinar. A bordo de una veintena de autobuses de dos pisos de la empresa municipal, llegaron hasta Paracuellos. Allí les obligaron a bajar y, tras dividirlos en grupos formados por un

número de personas que iba de diez a veinticinco, se les ordenó caminar hasta las fosas colectivas preparadas para darles sepultura.^[70] Una vez situados al borde de las zanjas, un grupo de treinta a cuarenta milicianos abría fuego sobre los reclusos. A continuación, se daba el tiro de gracia a los desdichados. Acto seguido, unos doscientos enterradores reclutados de entre los considerados «fascistas» en las poblaciones cercanas procedían a arrojar los cadáveres a las zanjas y taparlos con tierra.^[71]

La existencia de las fosas —siete en total con una capacidad realmente extraordinaria—^[72] demuestra hasta qué punto las matanzas no fueron improvisadas ni constituyeron un proyecto de última hora. Por el contrario, ponen de manifiesto la misma frialdad destinada a realizar exterminios masivos que se vería después en las matanzas perpetradas por los soviéticos en Katyn o por los nacionalsocialistas alemanes en Babi Yar. En todos estos casos, el ocultamiento de las masas de detenidos se iba a llevar a cabo en grandes fosas.

Aunque el diplomático Schlayer intentó impedir las matanzas e incluso llegó a entrevistarse con Miaja y Carrillo, en el curso de los días siguientes, no sólo continuaron las sacas sino que Schlayer constató que Miaja y Carrillo no hacían nada para impedir las matanzas. «Y», como escribiría tiempo después, «entonces sí que no podían alegar desconocimiento ya que estaban informados por nosotros».^[73]

El 8 de noviembre, el diario comunista *Mundo Obrero* publicaba un texto claramente revelador: «A la quinta columna, de la que quedan rastros en Madrid, se debe exterminar en un plazo de horas». Ese mismo día Carrillo y Pasionaria intervenían en un mitin celebrado en el Monumental Cinema de Madrid para elevar la moral de los defensores de la capital. Desde luego, no era para menos. En contra de lo que repetiría después la propaganda republicana, la población de Madrid mostraba una inquietante pasividad frente al avance de las fuerzas de Franco. Mientras que había 120 000 madrileños que recibían su ración diaria de rancho, a las trincheras sólo acudían 35 000 —de los que muy pocos eran naturales de Madrid— y a cavarlas seis mil.^[74] La propaganda frentepopulista insistía en las atrocidades cometidas por las fuerzas de Franco, pero del estudio de las fuentes no se desprende que la mayoría de los madrileños pensara que pudieran ser peores que las que habían contemplado procedentes del Frente popular.

El 8 de noviembre, de madrugada, tuvo lugar una nueva saca de la Modelo. El médico de la prisión informaría a uno de los reclusos de que se habían llevado a mil treinta y nueve reclusos y los habían matado a todos.^[75] Entre los días 9 y 17 de noviembre de 1936 siguieron teniendo lugar en Madrid asesinatos, pero no grandes sacas. El último día llegó a Madrid Melchor Rodríguez que había sido nombrado director de prisiones. Rodríguez era anarquista pero, lejos de compartir el culto por la violencia y las tácticas exterminadoras llevadas a cabo durante los últimos meses por la CNT y la FM, tenía la firme voluntad de cumplir con su deber de acuerdo con los principios más elementales de la legalidad y la decencia. No sorprende, por lo tanto, que los comunistas, entregados a la tarea de exterminar a millares de detenidos, le impidieran hacerse cargo de su puesto.

El día 10, el consejillo de Orden Público celebró una sesión en la que se informó puntualmente

de los asesinatos en Torrejón de Ardoz de los presos transportados en cinco autobuses grandes y en Paracuellos de todos los demás. En el curso de la misma reunión, Serrano Poncela se dedicó además a explicar los criterios de selección de los que debían ser asesinados comenzando con los militares con graduación superior a la de capitán y siguiendo con todos los falangistas y todos los derechistas. A continuación se establecieron comisiones para encargarse de cada apartado y delegados del consejillo para cada cárcel.^[76] No iban a estar ociosos ni tampoco se iban a limitar a las categorías expuestas. Esa misma madrugada, por ejemplo, fueron asesinadas diez monjas adoratrices en las tapias del cementerio del Este.

A esas alturas, las noticias sobre los fusilamientos en masa eran más conocidas de lo que hubieran deseado los verdugos. Manuel Irujo, ministro del PNV en el gobierno del Frente popular, se puso en contacto con Matallana, colaborador militar del general Miaja, para aclarar las noticias que le habían llegado de los fusilamientos. Matallana le comentó a Irujo que Miaja no sabía nada de lo que le decía —lo que era una mentira absoluta puesto que, como mínimo, Schlayer le había informado de ello la tarde del 7 de noviembre— y el peneuvista decidió ponerse en contacto con el ministro Galarza. Resultaba ya muy difícil esconder lo que estaba sucediendo y Galarza decidió alterar los hechos de una manera que, en apariencia, libraba de responsabilidades a las autoridades del Frente popular. Así, le dijo a Irujo que, efectivamente, se habían producido fusilamientos, pero que se habían debido a la acción de familiares de las víctimas de los bombardeos realizados en Madrid por la aviación de Franco durante los primeros días de noviembre, víctimas que habrían ascendido a 142 muertos y 608 heridos en el primer bombardeo y 32 muertos y 382 heridos en el segundo. Todos los datos proporcionados por Galarza a Irujo eran rotundamente falsos. De hecho, del 1 al 6 de noviembre de 1936 no hubo bombardeos sobre Madrid ni, lógicamente, víctimas. El día 7 sí se produjo un bombardeo que, efectivamente, causó un muerto. Desde luego, no podían haber sido los familiares de las víctimas de unos inexistentes bombardeos los que habían llevado a cabo los fusilamientos. Como ya hemos visto, éstos obedecían a un plan claramente concebido y llevado a cabo por las autoridades del Frente popular con respaldo de algún agente soviético como Koltsóv.

El 11, Carrillo dictó y firmó una orden de la consejería sobre la organización de los servicios de investigación y vigilancia. En ella se daba carta de naturaleza legal a lo que era una realidad desde hacía varias jornadas, el que Serrano Poncela, delegado de Orden Público, era un simple delegado de la consejería cuya titularidad ostentaba Carrillo. No contaba éste a la sazón con menos de cinco mil hombres para llevar a cabo sus funciones de represión. Se trata de un dato de enorme importancia si tenemos en cuenta que a la sazón en torno a Madrid se libraba una encarnizada batalla en la que todos los efectivos que pudieran movilizar ambos bandos eran pocos. Incluso en tan difíciles circunstancias, las autoridades republicanas consideraron que podían destinarse cinco mil hombres a tareas represivas. Como previamente habían considerado los bolcheviques y después harían los nazis, el denominado frente interno tenía tanto valor como el bélico.

Ese mismo día 11 tuvo lugar una reunión de la Junta de Defensa. En el curso de la misma, Carrillo recabó —y le fue confirmada— la autoridad sobre los trasladados de presos. Además,

reconoció que la «evacuación» de los presos había tenido que ser suspendida por «la actitud adoptada últimamente por el Cuerpo diplomático». Ahora iba a reanudarse bajo su directa supervisión. Al día siguiente, 12 de noviembre, Carrillo pronunció un discurso incendiario en Unión Radio^[77] donde afirmó, entre otras cosas, que «la “quinta columna” estaba en camino de ser aplastada y que los restos que de ella quedaban en los entresijos de la vida madrileña estaban “siendo perseguidos y acorralados con arreglo a la ley, con arreglo a todas las disposiciones de justicia precisas; pero sobre todo con la energía necesaria”».^[78] Por mucho que Carrillo hiciera referencia a la ley y a las disposiciones de la justicia, el cuerpo diplomático distaba mucho de creerse la versión oficial de las autoridades del Frente popular. La verdad resultaba tan difícil de ocultar que la Junta de Defensa acabó publicando en la prensa del 14 de noviembre una nota en la que calificaba de «infamia» los rumores sobre los fusilamientos y a continuación afirmaba que «ni los presos son víctimas de malos tratos, ni menos se debe temer por su vida».^[79] Difícilmente se podría concebir una mentira más cínica destinada además a cubrir la práctica continuada de asesinatos en masa.

La Junta de Defensa había fracasado en sus intentos de engañar al cuerpo diplomático, pero además no tenía la menor intención de detener las matanzas en masa. El 16 de noviembre, dos días después de que se hiciera público su comunicado negando la existencia de fusilamientos, se trasladó a todos los presos que se encontraban en la Modelo. Mil quinientos de ellos fueron llevados a San Antón, dos mil quinientos a Porlier y otros mil a Ventas. Semejante traslado de reclusos provocó un hacinamiento insopportable en las prisiones pero, al menos, no hubo víctimas mientras se llevó a cabo.

Al día siguiente, Santiago Carrillo se desplazó a Valencia como parte de una comisión enviada por el general Miaja para zanjar las diferencias existentes entre la Junta de Defensa y el gobierno. A esas alturas, Largo Caballero comenzaba a darse cuenta del peso enorme que estaba adquiriendo el PCE —el embajador soviético llega a intervenir como mediador entre ambas instancias— pero no sospechaba que Santiago Carrillo ya se había afiliado al partido comunista y actuaba como uno de sus agentes más eficaces. Por supuesto, Carrillo se guardó muy bien de comentárselo. Al fin y a la postre, la comisión de la Junta de Defensa regresó con rapidez a Madrid. La capital era ahora escenario de una segunda oleada de sacas que duraría hasta el 4 de diciembre.^[80]

De Porlier se realizaron siete sacas desde el 18 de noviembre al 3 de diciembre. Fueron sacados 37 presos el 18 de noviembre, 253 el día 24, 24 el 25, 44 el 26, 24 el 30, 19 el 1 de diciembre y 73 el 3 de diciembre. Las órdenes de excarcelación fueron firmadas por Serrano Poncela y los presos, entregados a Andrés Urresola y a Álvaro Marasa. Todavía el 4 de diciembre se llevarían a cabo otras dos sacas de las que una llegó sin víctimas a Alcalá de Henares y otra terminó en una nueva matanza en Paracuellos.

En el caso de la cárcel de Ventas, el inicio de la segunda oleada de asesinatos emanó de una orden de 18 de noviembre firmada por el subdirector general Vicente Giraute. Como en ocasiones anteriores, no fueron pocos los presos —superaron los trescientos— a los que se dio orden de libertad tan sólo para encubrir que se les llevaba al matadero de Paracuellos.^[81]

El 27 de noviembre llegaron a San Antón nuevas órdenes de Serrano Poncela ordenando la puesta en libertad de más reclusos. Según el método habitual, al día siguiente, a esos detenidos se les incluyó en dos sacas cuyos miembros terminaron también siendo asesinados en Paracuellos.^[82] El día 29 de noviembre tuvo lugar una nueva saca en el curso de la cual fue asesinado, entre otros muchos, Arturo Soria Hernández, hijo del urbanista creador de la Ciudad Lineal.^[83] El 30, se efectuaría la última saca de San Antón. Cuando concluyeran, finalmente, las matanzas de aquellos días no menos de cinco mil madrileños^[84] habrían sido asesinados por las fuerzas de la Junta de Defensa cuya Consejería de Orden Público se hallaba dirigida por el comunista Santiago Carrillo.^[85]

Sobre la responsabilidad ejecutora de Carrillo no tenía entonces duda ninguno de los que supieron lo que estaba sucediendo —como no la han tenido después los familiares de los asesinados ni los estudiosos del tema—, ya formara parte del cuerpo diplomático como Felix Schlayer o de las autoridades republicanas. Al respecto, no deja de ser significativo que el nacionalista vasco Galíndez en sus memorias del asedio de Madrid atribuyera las matanzas a «las autoridades encargadas del orden público».^[86] Hay que decir que incluso Irujo, el peneuvista que formaba parte del gobierno frentepopulista, protestó por las matanzas que se estaban llevando a cabo aunque, también esto es cierto, ni las denunció ni tampoco dimitió en señal de protesta por los crímenes. Estos datos —junto con la responsabilidad directa y esencial de Carrillo en millares de crímenes— han sido confirmados de manera irrefutable tras la apertura de los archivos de la antigua URSS. Al respecto, existe un documento^[87] de enorme interés emanado del puño y letra de Gueorgui Dimitrov, factotum a la sazón de la Komintern o Internacional comunista. El texto, de 30 de julio de 1937,^[88] está dirigido a Voroshílov y en él le informa de la manera en que prosigue el proyecto de conquista del poder por el PCE en el seno del gobierno del Frente popular. El documento reviste una considerable importancia, pero nos vamos a detener en la cuestión de las matanzas realizadas en Madrid que Dimitrov menciona en relación con el peneuvista Irujo:

Pasemos ahora a Irujo. Es un nacionalista vasco, católico. Es un buen jesuita, digno discípulo de Ignacio de Loyola. Estuvo implicado en el escándalo bancario Salamanca-Francia. Actúa como un verdadero fascista. Se dedica especialmente a acosar y perseguir a gente humilde y a los antifascistas que el año pasado trataron con brutalidad a los presos fascistas en agosto, septiembre, octubre y noviembre. Quería detener a Carrillo, secretario general de la Juventud socialista unificada,^[89] porque cuando los fascistas se estaban acercando a Madrid, Carrillo, que era entonces gobernador, dio la orden de fusilar a los funcionarios fascistas detenidos. En nombre de la ley, el fascista Irujo, ministro de Justicia del gobierno republicano, ha iniciado una investigación contra los comunistas, socialistas y anarquistas que trataron con brutalidad a los presos fascistas. En nombre de la ley, ese ministro de Justicia puso en libertad a cientos y cientos de agentes fascistas detenidos o de fascistas disfrazados. En colaboración con Zugazagoitia, Irujo está haciendo todo lo posible e imposible para salvar a los trotskistas y sabotear los juicios que se celebran contra ellos. Y hará todo lo que pueda para que se les absuelva. Este mismo Irujo estuvo en Cataluña en los últimos días con su jefe Aguirre, el famoso presidente de la famosa república vasca. Mantuvieron reuniones secretas con Companys para preparar la separación de Cataluña de España. Están intrigando en Cataluña donde afirman: os espera el mismo destino que a la nación vasca; el gobierno republicano sacrificó a la nación vasca y también sacrificará a Cataluña.

Amparado en la cercanía del combate —un combate en el que, dicho sea de paso, no participaron en lo más mínimo— Carrillo y sus secuaces hubieran podido continuar las matanzas

durante las siguientes semanas en el estilo de exterminio político iniciado por los bolcheviques en Rusia casi dos décadas atrás. Si no fue así se debió a un factor inesperado. El anarquista Melchor Rodríguez, nombrado director de prisiones, logró, primero, ralentizar las sacas y, posteriormente, acabar con el1as.^[90] En contra de lo afirmado tantas veces por la propaganda, los asesinatos perpetrados por el Frente popular —en este caso los más numerosos y horribles de toda la guerra— no se habían debido a una explosión incontrolada de cólera popular. Habían sido —siguiendo el modelo bolchevique— una gigantesca operación decidida, planificada y ejecutada por las propias autoridades del Estado, un Estado que había puesto en funcionamiento un nuevo concepto de la justicia, la revolucionaria, cuya finalidad esencial era el exterminio de los considerados enemigos de clase.

La ofensiva de noviembre (IV): el contraataque

Las fuerzas de Franco habían quedado empotradas en un sector que incluía la Casa de Campo, Carabanchel y Usera. Esa circunstancia llevó el día 9 a los soviéticos a sugerir una contraofensiva que se revelará fatal para los nacionales. Siguiendo una línea de acción que se repetiría seis años después en Stalingrado, los soviéticos eran partidarios de que Miaja y Pozas lanzaran una contraofensiva conjunta que encerrara a los nacionales en tres anillos por retaguardia. La operación no sólo destruiría el ejército enemigo —con lo que Madrid se convertiría, efectivamente, en «la tumba del fascismo»— sino que además permitiría recuperar Toledo. El plan era bueno, pero a Miaja le desagradaaba el que Pozas mandara el grueso de las tropas y le dejara en una posición secundaria. Tanto Largo Caballero^[91] como Koltsóv lo lamentaron, pero, dado que su prestigio estaba aumentando —a diferencia de lo que sucedía con el gobierno huido a Valencia— Miaja consiguió imponerse.

Los días 9 y 10, las fuerzas del Frente popular siguieron pegadas a sus posiciones e impidieron el avance de los nacionales. El 13 y el 14, las unidades republicanas, siguiendo el plan de Miaja, lanzaron un ataque sobre todo el frente, desde Carabanchel hasta Pozuelo. Contaban con una considerable superioridad en efectivos y material, pero los nacionales resistieron encarnizadamente e incluso ganaron algún terreno en la Casa de Campo llegando al Manzanares. Tan pobre resultado provocó una enorme amargura en Koltsóv y es lógico que así fuera. Por añadidura, el Mando nacional decidió cambiar la dirección del ataque intentando romper el frente en dirección a los puentes de la Princesa, Toledo y Segovia. Los días 15, 16 y 17, las columnas nacionales de Asensio, Delgado Serrano y Barrón, bajo el mando del coronel García Escámez, consiguieron la máxima penetración ocupando sucesivamente la Escuela de Arquitectura, la casa de Velázquez, la Escuela de Ingenieros Agrónomos, el Asilo de Santa Cristina, el Instituto de Higiene, la Fundación Del Amo, el Hospital Clínico y el Palacete de la Moncloa. Al final, sin embargo, los nacionales se vieron detenidos en Puerta de Hierro, el Hospital Clínico y el puente de los Franceses. Miaja había optado por una estrategia de desgaste consistente en lanzar oleada tras oleada de soldados para contener a unos atacantes numéricamente inferiores. Lo consiguió aunque las pérdidas habían sido muy considerables. Tras más de dos semanas de combate, los diez mil

soldados nacionales que sostenían el ataque habían tenido tres mil bajas incluidos tres de los seis jefes de columna que habían sido heridos. El Frente popular había tenido cerca de ocho mil bajas y varios jefes de columna, entre ellos dos muertos.

El día 23, Franco, Mola, Varela y Saliquet, reunidos en Leganés, desistieron de la posibilidad de un ataque frontal. Sin embargo, en contra de lo que afirmaría la propaganda, distaban mucho de estar —o considerarse— vencidos. A pesar de la superioridad enemiga —que en el aire había resultado abrumadora— el Ejército nacional no había sido aniquilado y, lo que era más importante, conservaba la iniciativa. Se preparaba, por lo tanto, para un nuevo asalto.

La batalla de Madrid pudo haber sido decisiva y, sin embargo, concluyó en tablas. De haberla ganado Franco, la guerra hubiera podido terminar en unos meses; de haber vencido el Frente popular tal y como planteaban los asesores enviados por Stalin, el Ejército nacional podría haber sido destruido. La intervención soviética, por un lado, y la negativa a prestar oído a los consejos de los asesores soviéticos, por otro, habían impedido cualquiera de los dos resultados. A pesar de todo, su resultado tuvo unas consecuencias relevantes para el futuro de la guerra. Ante la posibilidad de una victoria soviética en el Mediterráneo, tanto Alemania como Italia aumentarían sus envíos de material y hombres al Ejército nacional. Se formaría así la Legión Cónodor —que algunos autores se empeñan en situar en la batalla de Madrid cuando ni siquiera existía en esas fechas— y Mussolini enviaría contingentes militares a España. A pesar de todo, ni Italia ni Alemania lograrían equilibrar los envíos de Stalin hasta muy avanzado el año 1937.

Menos peso tuvo la batalla de Madrid en la decisión de utilizar recursos como, por ejemplo, los bombardeos masivos. Como tuvimos ocasión de ver, los primeros bombardeos sobre poblaciones civiles fueron realizados por la aviación republicana nada más iniciarse el conflicto. Posteriormente, ciudades en manos de los rebeldes como Huesca u Oviedo fueron objeto de bombardeos durísimos por parte de los aparatos frontepopulistas. En el caso de Madrid, el Ejército nacional señaló la existencia de una zona exenta en la que podría refugiarse la población durante los bombardeos. Éstos causaron 312 víctimas civiles y provocaron siniestros de mayor o menor envergadura en 486 viviendas. Se trataba de cifras comparativamente muy inferiores a las sufridas por Huesca u Oviedo.

Finalmente, debe señalarse que, a partir de la batalla de Madrid, los dos ejércitos se lanzaron sin restricciones por el camino de la movilización en masa hasta el punto de alcanzar un número de efectivos que llegó al millón de hombres en ambos casos. Como había sucedido durante la guerra civil rusa, la guerra de las columnas había concluido y daba inicio una guerra entre ejércitos regulares.

La segunda embestida (29 de noviembre-19 de diciembre)

La contención de las fuerzas de Franco no significó el desplazamiento del frente hacia otros lugares de manera inmediata. La iniciativa militar continuaba en manos de los nacionales y, de hecho, como mínimo hasta marzo de 1937, Madrid seguiría siendo considerado por Franco como el enclave decisivo en términos militares. Desde finales de noviembre hasta mediados de enero,

intentaría mejorar sus posiciones al oeste de Madrid y, paradójicamente, con ello retrasaría la posibilidad de obtener la ansiada victoria sobre el Ejército popular de la República.

Franco decidió para esta segunda ofensiva sobre Madrid recurrir a la maniobra. Con esa finalidad, se proyectaron dos operaciones. La primera debía alcanzar por el flanco izquierdo la línea Robledo de Chavela-Valdemorillo-Villanueva del Pardillo-Majadahonda-alturas al norte de Aravaca-vértice Buenavista-Ciudad Universitaria. La segunda tenía que cortar las comunicaciones de Madrid con Levante para apoyar el flanco derecho del dispositivo nacional sobre el Manzanares y el Jarama. De tener éxito ambas maniobras Madrid quedaría prácticamente estrangulado y su toma se vería facilitada.

El 29 de noviembre, Varela atacó hacia el norte en dirección a Pozuelo y la carretera de La Coruña. Aunque el ataque se apoyó en el uso de tanques alemanes, no es cierto, como se ha escrito en repetidas ocasiones, que contara con aviones Stuka o se realizaran bombardeos en picado. De hecho, los Stukas no intervendrían en la guerra civil española hasta la batalla de Teruel y durante los meses de noviembre y diciembre de 1936 aunque había tres aviones experimentales^[92] de bombardeo en picado en Sevilla, ninguno fue utilizado para la ofensiva de Madrid.

Las tropas de Varela, que avanzaron hasta la línea sanatorio de Humera-cementerio de Pozuelo-vértice Vallerrubios, fueron finalmente contenidas y el 7 de diciembre hubo que aceptar que el avance resultaba imposible.^[93] En esos momentos se iba a desarrollar una acción de la aviación del Frente popular relacionada con el terror desencadenado por el Frente popular, y el reconocimiento internacional de los alzados en julio.

Ni el cuerpo diplomático extranjero destinado en Madrid ni el gobierno de la República ignoraban lo que había sucedido en Paracuellos y otros lugares donde habían tenido lugar matanzas masivas perpetradas por el Frente popular. Frente a ese hecho incontestable las actitudes resultaron diametralmente opuestas. Mientras que los diplomáticos deseaban, como el intrépido Schlayer, poner fin a las matanzas y servir de la mejor manera posible a su labor humanitaria, las autoridades del Frente popular tenían un interés especial en entorpecer la tarea de refugio y, muy especialmente, en que la opinión pública internacional no supiera las atrocidades que se estaban cometiendo en la parte de España que controlaban. Semejante actitud es fácilmente comprensible ya que la independencia de las legaciones diplomáticas resultaba especialmente perjudicial para el gobierno del Frente popular en la medida en que no podía ser mediatisada totalmente mediante la propaganda de los denominados intelectuales progresistas ni tampoco a través de la intervención en los medios de comunicación. En ese contexto en el que se ventilaba la legitimidad internacional de un gobierno que había aniquilado el sistema republicano y que encabezaba una cruenta revolución se debe entender un episodio como el del atentado contra el doctor Georges Henny.^[94]

Durante la noche del 8 de diciembre de 1936, el Ministerio de la Guerra manifestaba en su parte radiado que: «A las 18 horas de hoy, cuando volaba sobre la provincia de Guadalajara, ha sido criminalmente atacado y derribado por la aviación fascista el avión correo que hacía el servicio entre Madrid y Toulouse». Al día siguiente, la noticia era recogida por la prensa de la

zona frentepopulista en términos semejantes. *Política*, el órgano de prensa de Izquierda Republicana, anunciaba en titulares que un avión de pasajeros de la compañía Air-France había sido abatido «por un caza faccioso». [95] Por su parte, *La Voz* anunciaba que «El avión correo Toulouse-Madrid ha sido ametrallado por los trimotores fascistas» y «Alemania vuelve a disparar contra Francia». Además la información incluida en este medio, señalaba que «el avión francés... tuvo que resignarse a recibir las descargas de las ametralladoras facciosas... Ametrallado bárbaramente, tomó tierra con bastante violencia en Pastrana, resultando heridos todos sus ocupantes, entre los cuales se hallaba el Dr. Henny, enviado a Madrid por la Cruz Roja internacional. Con él venían otros cuatro pasajeros: los periodistas franceses Delaprée, corresponsal del gran diario *Paris Soir* y M. Chateau, de la Agencia Hayas, y dos señoritas que acompañaban en calidad de secretarias al Doctor Henny». El parte radiado del Ministerio de la Guerra planteaba un supuesto —el del ataque por aparatos de la aviación nacional a un avión civil francés— que no sólo encontró eco en la prensa de la España del Frente popular, sino también en la extranjera como, por ejemplo, *Le Jour* de París.

Con todo, aquella versión iba a durar muy poco. El 21 de diciembre, el mismo *Le Jour* publicaba un extenso reportaje sobre el tema firmado por su redactor J. Vilbert. Para el mismo había contado con el testimonio importantísimo de las hermanas Pleytas que viajaban en el avión derribado y que, en contra de lo relatado por *La Voz* no eran secretarias de M. Henny, siquiera por su condición de adolescentes. Las hermanas contaban que, al llegar el avión, un Potez-54 de la embajada francesa, se hallaba ocupado, pero fue inmediatamente desalojado para dar cabida a los componentes de la nueva expedición entre los que se encontraba Henny, el empleado de la Cruz Roja. El avión había despegado y volaba a cierta altura cuando apareció un monoplano —según las hermanas— de color verde con banderas rojas que comenzó a disparar. Tocado, el aparato Potez-54, que pilotaba un tal Boyer, logró aterrizar, no sin sufrir un capotazo, en un campo cercano a Pastrana. Tanto Henny como Chateau habían sido heridos en una pierna. Por su parte, Delaprée había sido alcanzado gravemente y fallecería unos días después.

Hoy por hoy, la respuesta al enigma no admite duda alguna. A diferencia de lo señalado por la prensa republicana, el avión Potez-54 no pertenecía a Air-France sino a la embajada francesa y su destino era el envío de la valija diplomática y la evacuación de ciudadanos franceses. [96] A bordo del aparato, como ya hemos indicado, viajaba el Dr. Henny que tenía la posibilidad de llegar a Francia, primero, y a Ginebra después con una finalidad muy concreta, la de informar a las autoridades pertinentes de los crímenes que las fuerzas del Frente popular estaban llevando a cabo en Madrid. Que el gobierno frentepopulista deseara impedirlo a cualquier coste no sólo no resulta extraño; además está confirmado por los testimonios de la época. Por si fuera poco, investigaciones realizadas en los últimos años por José Antonio García-Noblejas y, posteriormente, por Felipe Ezquerro Ezquerro no dejan lugar a dudas sobre la autoría del ataque y las causas del mismo.

El primero de los testimonios, ya antiguo, es el de Felix Schlayer. Éste había sido acompañado por Henny en uno de sus viajes hasta las fosas donde yacían sepultadas las víctimas de las matanzas en masa y la víspera de la salida del vuelo de Henny fue informado por un francés al

servicio del contraespionaje republicano de que el avión «no podría» despegar al día siguiente. Efectivamente, el avión sufría un defecto de motor que exigió retrasar su partida veinticuatro horas. Como es natural, cuando Schlayer supo del atentado sufrido por el aparato, se puso en contacto con el piloto francés que le explicó cómo el avión que les había atacado había procedido a ametrallar la cabina de pasajeros desde abajo con la obvia intención de darles muerte y cómo además se trataba de un caza con los distintivos del «gobierno rojo». Se habría tratado, por lo tanto, según Schlayer, de un ataque llevado a cabo por la aviación republicana para evitar que se trasladaran al extranjero los documentos que implicaban directamente a las autoridades del Frente popular en las matanzas cometidas en Madrid.

La misma impresión, hasta en los más ligeros matices, reinaba en la embajada de Argentina, según el testimonio de Adelardo Fernández Arias. Semejante circunstancia no causa extrañeza por cuanto el encargado de negocios de Argentina, Edgardo Pérez Quesada, había acompañado a Schlayer y a Henny en su visita a una de las fosas comunes donde se había dado sepultura a las víctimas de las matanzas masivas de noviembre.

A todo lo anterior se une el testimonio de la única víctima mortal del atentado, Delaprée, según lo relató al corresponsal del *Daily Express* en Madrid, Sefton Delmer.^[97] Según Delaprée, Aleksander Orlov, el jefe de la soviética NKVD en España, se había enterado, unas horas antes del despegue del avión, de las investigaciones de Henny y decidió impedir que éste llegara a Ginebra y las pusiera en conocimiento del Consejo de Seguridad de la Liga de Naciones. Semejante comparecencia se habría producido además cerca del 11 de diciembre, precisamente la fecha en que Julio Alvarez del Vayo, ministro de Estado de la república, iba a pronunciar un célebre discurso en el que atacaría duramente a Italia y a Alemania por intervenir en España y causar la muerte de miles de jóvenes españoles. La imagen de la España democrática —y sola— que era víctima de la agresión fascista se habría resquebrajado notablemente con la constatación documental de que la revolución, con la ayuda de la URSS, estaba cometiendo atrocidades que tan sólo en Madrid habían costado la vida a millares de detenidos. Deseoso de evitar esa posibilidad que tan perjudicial podía resultar no sólo para el gobierno del Frente popular sino también para la URSS que lo estaba apoyando, Orlov ordenó que el avión francés fuera atacado por la aviación de caza republicana.

Semejante tesis sería abonada en los años ochenta y noventa por las investigaciones de Ezquerro. El 3 de octubre de 1986, fray Antolín Abad, testigo ocular del atentado, le comentó cómo había visto que el avión francés era ametrallado por dos cazas que le atacaban por la derecha y por la izquierda, aunque el piloto del avión atacado consiguió escapar y tocar tierra. Por supuesto, los habitantes de Pastrana, la localidad cerca de la cual aterrizó el aparato, habían sido conscientes de que habían sido cazas del Frente popular los responsables del atentado. El 20 de noviembre de 1987, Ezquerro se entrevistó en Pastrana con otro de los testigos del ataque. Se trataba de Francisco Cortijo —el «Don Paco» del *Viaje a la Alcarria* de Camilo José Cela— que era médico en Pastrana. Cortijo le relató la llegada de «coches de Guadalajara y Madrid» que buscaban la documentación que llevaba Henny. Como indicaría Cortijo, «el contenido del maletín parece que estaba formado por un montón de fotografías tomadas en las calles y en las afueras de

Madrid de las víctimas de los “paseos” y asesinatos, y también de los militares profesionales fusilados. Las valijas diplomáticas no sé qué documentos contendrían pero debían ser del mayor interés para el Gobierno republicano puesto que fueron buscadas con el mayor afán. Parece ser que estos documentos y las fotos, de haberse publicado en Francia, habrían escandalizado en Europa y en todo el mundo. Está claro que con el derribo del avión se evitó todo esto». En 1987, el historiador francés Jean Liron informó por carta a Ezquerro de que el avión Potez-54 había sido derribado por Chmelkov y Sakharov (en realidad, Shmelkov y Sajarov) que pilotaban un Polikarpov I-16. Se trataba del extraordinario avión soviético que sería conocido con los apelativos de Rata y Mosca. El dato había sido apuntado incluso antes por el jefe de aviación de caza de la república, Andrés García Lacalle.^[98] En un libro publicado a inicios de los años setenta, ya indicaba cómo de la escuadrilla de Rigachov, situada en el aeródromo de Azuqueca, habían despegado dos aviones de la patrulla de guardia. Los pilotaban «dos rusos de pequeña estatura, fornidos, casi cuadrados, con las narices no muy grandes y ligeramente achatadas, con rasgos que insinuaban bastante claramente su origen mongólico». García Lacalle dice que se llamaban «N. Shimelkov... y G. Zajarofi», lo que constituye una transcripción aproximada de la pronunciación rusa de ambos nombres y coincide con los datos proporcionados por Liron.

Shmelkov y Sajarov derribaron el avión civil Potez-54 si bien alegaron al aterrizar que antes habían sido disparados por éste. Sabemos que tal circunstancia era imposible porque el aparato francés no iba armado, pero, sin duda, los pilotos soviéticos consideraron que era una excusa perfecta para encubrir la dimensión de sus actos, una operación de inteligencia que, como ya dijimos, decidió el propio Orlov.

El propio gobierno francés ordenó una investigación sobre el tema. La misma no llegó a ser publicada, lo que difícilmente hubiera sucedido si el gobierno del Frente popular francés hubiera podido achacar la responsabilidad del atentado a la aviación nacional. No era posible y, de manera bastante comprensible, no se publicó una noticia susceptible de dañar quizá fatalmente la imagen pública de la causa frentepopulista.

El 10, neutralizada la publicación de los datos relativos a los fusilamientos en masa de Paracuellos, el republicano Álvarez del Vayo, representante ante la Sociedad de Naciones intentó, infructuosamente, que el mencionado organismo condenara a Alemania e Italia por haber reconocido como gobierno legítimo al de Franco. La razón de su fracaso estuvo, en no escasa medida, determinada por las noticias procedentes de distintas legaciones diplomáticas que sabían lo que estaba sucediendo en la España del Frente popular y por la posibilidad de que el Ejército nacional entrara en Madrid y concluyera la guerra en breve.

El 14 de diciembre, Varela volvió a intentar avanzar sobre Madrid prosiguiendo las operaciones en su flanco izquierdo. Del 16 al 20 de diciembre, Varela desencadenó un nuevo ataque que fue precedido por el bombardeo artillero más intenso de toda la guerra hasta entonces. Las unidades nacionales tomaron los pueblos de Boadilla del Monte y Villanueva de la Cañada, pero su avance se vio detenido.

El 21 de diciembre, Hitler celebró una entrevista con Faupel, el representante diplomático alemán ante los nacionales, Warlimont y otras jerarquías militares.^[99] Faupel había llegado a la

conclusión de que Franco era incapaz de ganar la guerra y más teniendo en cuenta la creciente ayuda soviética. A su juicio, resultaba, por lo tanto, imperioso que el Führer enviara tres divisiones alemanas a España para colaborar en el esfuerzo de guerra de los nacionales. De darse ese supuesto, Faupel estaba convencido de que el conflicto no se prolongaría más de unas semanas. Tras escuchar las opiniones contrarias a esta postura, formuladas por Warlimont y algunos de los presentes, Hitler dejó de manifiesto que no tenía ningún interés en que la guerra española concluyera de manera rápida. Como ya lo había señalado en alguna otra ocasión, continuaría ayudando a Franco pero, de momento, le interesaba que el conflicto español se dilatara algún tiempo y así distrajera la atención de las potencias occidentales. En ese sentido, la actitud de Hitler contrastaba con la de Stalin. Mientras este último había enviado asesores interesados en acabar la guerra con una victoria del Frente popular y un peso creciente en la política, Hitler sólo tenía interés en mantener en España un foco que distrajera la atención de las grandes potencias sobre sus planes en el centro de Europa.

El día 3 de enero, el mismo sector del frente de Madrid donde se habían registrado en las semanas anteriores los ataques de Varela fue objeto de otro embate de los nacionales que ahora se hallaban bajo el mando del general Orgaz. Las cuatro columnas atacantes (Iruretagoyena, Barrón, Asensio y Sáenz de Buruaga), el día 9, habían logrado cortar la carretera de La Coruña y conquistado Villanueva del Pardillo, Las Rozas, Majadahonda, El Plantío, Pozuelo, Humera, Aravaca, la Cuesta de las Perdices y el Cerro del Águila. Sin embargo, no lograron progresar más.

El segundo embate de Franco sobre Madrid se zanjó así con un fracaso estratégico. Ciertamente, había ampliado el territorio bajo control de los nacionales, pero a un coste nada baladí y sin que, realmente, la capital se encontrara en una situación sustancialmente más peligrosa que antes del inicio de la ofensiva. Con pesar, el Mando nacional se vio obligado a aceptar el hecho incontrovertible de que la guerra no podría ya terminar aquel año de 1936.

*Hoy ¡Roma eterna!, vibren de D'Annunzio
las estrofas en bocas abisinias
tu dulce lengua del Renacimiento
hablada por los papas, entre mármoles
resuene en el Tigre, como un milagro.
Milenaria ciudad, leche de loba
tienen los labios que pronuncian firmes
la plenitud católica del Dogma.
Madre de Europa, Iberia que en tu trono
dio un Adriano viajero, y un Trajano
domeñador resuelto del Danubio.
Hoy saludo tu imperio renacido
unido a tu destino y a tu César
contra los mercaderes de Cartago
y el Sanedrín cobarde de Ginebra.*

A. DE FOXÁ, «Al Duce»

*Nosotros, los «tragacuras»;
vosotros, los tragaperras.
Fijaos si entre los dos
hay menuda diferencia.
Vosotros, con don Irujo,
nosotros, con los muchachos
que manda Cipriano Mera
—la XIV División,
la Brigada de Perea—
conquistando siete pueblos
a las hordas extranjeras.
Fijaos si entre los dos
hay menuda diferencia (...).*

A. AGRAZ, «4-2-2»

La batalla de Madrid (II): las últimas ofensivas

El Jarama [100]

A finales de 1936, la toma de la capital de España continuaba siendo el objetivo fundamental de Franco. En un deseo de privarle de la iniciativa, a finales de diciembre, el gobierno del Frente popular, comenzó a concentrar sus fuerzas en la región oriental del Jarama con la intención de lanzar una ofensiva que, desencadenada sobre el flanco derecho adversario, cortara las comunicaciones de Madrid con Toledo y aliviara el dogal que el Ejército nacional había colocado sobre la capital. En buena medida era la misma maniobra que ya se había pretendido, aunque sin resultado, durante el inicio de la batalla de Madrid. Lo que ahora permitía pensar en el éxito era la disposición de medios no sólo mayores sino muy superiores a aquellos de los que disponían los nacionales. El jefe del Estado Mayor Central (general Martínez Cabrera) había planeado una operación en virtud de la cual, mientras el Ejército del Centro profundizaba y envolvía el frente de Madrid avanzando hacia Ciempozuelos-Torrejón, los defensores de Madrid debían atacar con las reservas en dirección a Navalcarnero. El Mando frentepopulista había observado importantes concentraciones enemigas en esa área —lo que podía interpretarse en el sentido de que Franco preparaba una ofensiva en el sector— pero, no obstante, se pensó que la maniobra debía llevarse a cabo de todas formas precisamente para evitar el cerco de Madrid.

El Mando del Ejército popular no se equivocaba. Para el siguiente ataque contra Madrid, los nacionales habían elegido la zona —relativamente llana— situada entre el Jarama y la carretera de Valencia. Orgaz disponía para el 23 de enero de unos cuarenta mil hombres de los que cerca de la mitad, encabezados por moros, podían ser utilizados en el ataque de manera inmediata. Además contaba con tres compañías de carros alemanes integrados en el Batallón de Carros de Combate y no en la Legión Condor [101] como se ha indicado en alguna ocasión.

El ataque debía haberse iniciado el 24 de enero, pero se retrasó a causa del mal tiempo, tras algunos tanteos cuyo único resultado fue la ocupación de la Cuesta de la Reina en el extremo sur del frente de ataque. Ambos mandos coincidían no sólo en la elección del lugar donde debía iniciarse la ofensiva sino incluso en el marco cronológico. Mientras el republicano Pozas había señalado el día 5 de febrero como aquel en que debía producirse la ruptura del frente, los adversarios habían señalado el 6. Sin embargo, en la zona controlada por el Frente popular se produjo un claro retraso debido, según el comunista Líster, a las discusiones originadas en relación con la persona que debía tener el mando de la agrupación de choque.

Esos incidentes no se producían en el otro bando donde la cuestión de la unidad de mando

estaba resuelta desde hacía tiempo. El 6 de febrero, precisamente cuando se estaban constituyendo los Mandos y Estados Mayores de las unidades republicanas que debían ser empleadas en la ofensiva, se inició el ataque nacional con un completo éxito. Actuando por primera vez las Brigadas Rada, Buruaga, Asensio y García Escámez —la de Barrón quedó de reserva—, en aquella primera jornada ocuparon Cabeza Fuerte, La Marañosa, Gózquez de Arriba y Ciempozuelos. El 7, tomaron el vértice Coberteras, las alturas de la Boyeriza, Mesa y Valdecabas —que dominan el valle del Jarama— y Gózquez de Abajo. El 8, finalmente, las fuerzas nacionales se hicieron con el control de Vaciamadrid, desde donde se podía batir con fuego de fusilería parte de la carretera Madrid-Valencia. De esa manera se apoderaban del sector de maniobras con que contaba el Ejército popular en la orilla derecha del Jarama y el dominio sobre el valle.

El empeoramiento del temporal de lluvias obligó a las fuerzas de Franco a retrasar el inicio de la segunda fase del ataque. Durante la misma debían actuar sólo las Brigadas Barrón, Buruaga y Asensio, reforzadas por la caballería del teniente coronel Cebollino. Las Brigadas Rada y García Escámez protegerían mientras tanto los dos flancos asentados sobre el espolón de Vaciamadrid y la línea Ciempozuelos-Cuesta de la Reina. Durante los días 9 y 10, Varela inspeccionó personalmente las posibilidades que existían de vadear el Jarama. Dado que el río iba muy crecido a causa de las lluvias, se llegó a la conclusión de que su cruce sólo podría realizarse por los puentes de Pindoque y de San Martín de la Vega que se hallaban en manos del enemigo. Resultaba obligado, por lo tanto, hacerse con el control. El 11, a las dos de la mañana, los hombres del tabor de Ifni, a las órdenes del comandante Molero, atacaron con bombas de mano el puente del Pindoque. De la compañía republicana que lo defendía sólo consiguieron salvarse cuatro soldados que huyeron. Los zapadores que acompañaban al tabor de Ifni tenían la misión de cortar los cables de conexión destinados a volar el puente. Sin embargo, alguno se les pasó inadvertido y uno de los soldados republicanos consiguió accionar el mecanismo de voladura. De esta manera, dos tramos del puente resultaron parcialmente destruidos. Aquella mañana del 11, hermosamente soleada, las Brigadas de Barrón y Buruaga, junto con la caballería de Cebollino, pasaron el puente de Pindoque. El 12, las fuerzas de Asensio hacían lo mismo por el de San Martín de la Vega. Durante aquellos dos días, las Brigadas Barrón, Buruaga y Asensio ocuparon el vértice Pajares, la Casa Blanca y el vértice Pingarrón, cortando por varios lugares la carretera del Puente de Arganda a Colmenar de Oreja. En aquellos momentos todo hacía pensar que al cabo de muy pocos días las comunicaciones de Madrid con Valencia quedarían totalmente cortadas. Para conseguirlo bastaría con que las fuerzas de Franco progresaran otros 25 kilómetros en la dirección San Martín de la Vega-Arganda-Loeches (Alcalá de Henares). [\[102\]](#)

En la tarde del 15 de febrero se entregó el mando de todo el frente al jefe de la Defensa de Madrid, Miaja, y se reorganizaron las fuerzas. [\[103\]](#) Del 13 al 16, las tropas de Barrón, Buruaga y Asensio todavía lograron adelantar sus líneas hacia Arganda y Morata de Tajuña, pero su empuje iba quedando cada vez más debilitado. El día 17, parte de las fuerzas del Ejército popular iniciaron el contraataque entre La Marañosa y el cerro de los Angeles-Pingarrón, mientras otras, arrancando de Arganda, arrollaron a la caballería de Barrón, obligándola a retirarse por la carretera de Madrid a Arganda. Las fuerzas del Frente popular lograron cruzar el Manzanares, aunque ahí quedarían

detenidas. Quizá hubieran podido romper el frente de haber dirigido su progresión sobre el saliente situado entre Cabeza Fuerte y La Marañoso. Sin embargo, el reconocimiento del frente fue muy defectuoso y los ataques más vigorosos se lanzaron sobre unas líneas especialmente reforzadas entonces, las situadas entre San Martín de la Vega y Pingarrón. Esta última posición era una loma de poca altura que casi se confundía con otras cercanas. En dirección al Jarama, el Pingarrón —tomado el día 12 por la II Brigada de Asensio con relativa facilidad— descendía en riscos cortados, mientras que por el lado de Morata de Tajuña el terreno se ondulaba y estaba cubierto de olivares. El objetivo de las fuerzas del Ejército popular era tomarlo para luego descender hacia el río y cortar el paso por San Martín de la Vega. El 19 de febrero lograron hacerse con el Pingarrón, pero fueron desalojadas por un contraataque nacional. Las luchas, sin embargo, no habían concluido. El 23, llegaron a las líneas los Regulares de Ceuta y algunas unidades de caballería desmontada. Un nuevo asalto de fuerzas del Frente popular logró apoderarse de la posición, pero no pudo retenerla. Antes de que pudieran fortificar la cima y situar la artillería de cara a la defensa, el I Tabor de Regulares de Tetuán llevó a cabo un contraataque y la recuperó.

Ahí podía haber concluido la batalla, pero el mando republicano cometió el error de empeñarse en tomar el Pingarrón. El 27 de febrero, el general Gal, con unidades procedentes de las Divisiones 15 y 11, volvió a intentar su conquista. El ataque fue iniciado por el batallón americano Abraham Lincoln, perteneciente a las Brigadas internacionales. Éste había llegado al frente el 15 de febrero y era prácticamente novato. Atravesando un tupido fuego de ametralladoras, los americanos perdieron 200 de sus 450 hombres sin conseguir su objetivo. Con aquel inútil baño de sangre —que algunos consideraron un desquite por la derrota española en la guerra de 1898 contra los Estados Unidos— concluyó la batalla. En el sector se construyeron trincheras y fortificaciones que vinieron a conectar con las posiciones que defendían Madrid.

La batalla del Jarama se libró en un espacio reducido, pero implicó un enorme uso de material en relación con combates previos. En términos estratégicos, se saldó con un resultado de tablas. Al fin y a la postre, aunque Orgaz obtuvo alguna ganancia territorial, las fuerzas de Franco se habían visto imposibilitadas de aislar Madrid como era su objetivo principal. Aunque en su impulso inicial habían logrado arrollar a las unidades enemigas, pronto los adversarios habían fijado el frente. Las bajas sufridas por ambos bandos en la batalla del Jarama fueron considerables. Si las tropas de Franco perdieron cerca de siete mil hombres, las de Miaja debieron andar en la proximidad de los diez mil.^[104] Entre los republicanos, baste como ejemplo señalar que el batallón británico —que recibió su bautismo de fuego en esta batalla— tuvo 225 bajas o que el día 23 en el Pingarrón las pérdidas ascendieron a 986. En cuanto a los nacionales, las tropas moras fueron destrozadas hasta tal punto que desde ese momento ni ellas ni la Legión volverían a tener el papel relevante de los primeros meses de la guerra. De hecho, hubo compañías, como una del II Tabor de Ceuta el día 19, que perdieron hasta el 80% de sus fuerzas. La batalla de Madrid, sin embargo, no había concluido.

La ofensiva de Málaga

Pese a la aceptación formal del plan de No-Intervención de 21 de agosto de 1936,^[105] la llegada de las Brigadas internacionales creadas por Stalin impulsó a Mussolini a pensar en la posibilidad de enviar combatientes a España. En noviembre de 1936, Hassell, el embajador alemán en Roma, informó a Berlín de que el Duce tenía la intención de enviar a España 4000 soldados italianos.^[106] El 28 de noviembre de 1936 se firmó un acuerdo entre el Gobierno fascista italiano y el Gobierno nacional de Franco en el que se hacía referencia no sólo a su «estrecha colaboración», referida especialmente a cuestiones «de carácter militar, económico o financiero» sino también a «la manera de utilizar sus recursos económicos, en especial las materias primas y las vías de comunicación».^[107]

El 22 de diciembre desembarcó en Cádiz el primer contingente de cuatro mil hombres^[108] que habían sido transportados en el transatlántico italiano *Lombardía*. El 15 de enero de 1937 atracó en la misma ciudad otro contingente italiano. Desde el 1 de enero a mediados de febrero llegaron a España 106 barcos italianos.^[109] Para recibir esos efectivos, además de los depósitos de Cádiz, se organizó en Sevilla la denominada «Base Sud». Franco afirmaría que Mussolini había enviado sus tropas a España sin su conocimiento ni consentimiento, y, aunque la cuestión sigue siendo objeto de controversia, es muy posible que el Generalísimo hubiera preferido una ayuda material que no incluyera combatientes de tierra.^[110]

A finales de enero, se pudo concentrar en el sector Osuna-Montilla-Cabra-Lucena un contingente italiano que ya representaba una fuerza de envergadura.^[111] Numéricamente, Franco contaba, gracias a los italianos, con un grupo de más de diez mil hombres aunque su armamento era mediocre. Así, las tanquetas Fiat-Ansaldo tenían una velocidad —*carro veloce*— que las hacía útiles para tareas de exploración encomendadas tradicionalmente a la caballería, pero como carros de combate eran pésimos y, desde luego, no podían competir, como ya vimos, con los carros soviéticos. Algo similar sucedía con el armamento del soldado italiano que contaba con el fusil italiano 1891 (muy similar al máuser español) y el fusil ametrallador «Breda» de 6,5 mm (denominado «el “Breda”»),^[112] todas ellas armas nada extraordinarias. Para los alemanes resultaba desagradable que, gracias a sus hombres, Mussolini pudiera adquirir una influencia aún mayor sobre Franco desplazando la de Hitler.^[113]

Para el Mando nacional resultaba inaceptable la pretensión italiana de lanzar una ofensiva que partiendo de Teruel saliera al Mediterráneo. Contra lo que se pueda pensar, la idea no era absurda y, como tendremos ocasión de ver, volvería a ser retomada más adelante. En aquellos momentos, sin embargo, el objetivo principal de Franco era Madrid y por sistema desechaba cualquier objetivo que pudiera distraerle de la toma de la capital. Franco decidió por ello emplear a los italianos en una operación secundaria, la ofensiva sobre Málaga.

En Andalucía, las fuerzas nacionales estaban situadas al mando del general Queipo de Llano, el triunfador del alzamiento en Sevilla. Del 14 de diciembre de 1936 al 1 de enero^[114] se inició el avance que ya no logró el objetivo de enlazar con el santuario de Nuestra Señora de la Cabeza,

situado al norte de Andújar. Como ya indicamos, este enclave, defendido por un contingente de guardias civiles al mando del capitán Cortés, acabó cayendo ante las tropas del Frente popular.^[115]

De mediados de enero a mediados de febrero de 1937, la actividad nacional en Andalucía se centró en la ofensiva sobre Málaga. Tal objetivo era estratégicamente muy lógico ya que las posiciones nacionales trazaban un arco amplio sobre la mencionada ciudad que resultaba relativamente fácil de cerrar sobre la costa en dirección a Motril formando así una bolsa que podía ser posteriormente liquidada. Si hasta entonces no se había llevado a cabo la ofensiva, se debía fundamentalmente a la escasez de tropas con que contaba Queipo.^[116]

La ofensiva italiana sobre Málaga fue precedida por algunas operaciones locales en los extremos del frente que fueron llevadas a cabo exclusivamente por fuerzas españolas. En la zona de Ronda, un grupo de columnas al mando del coronel Borbón, duque de Sevilla, ocupó, del 14 al 27 de enero de 1937, un territorio de forma casi triangular cuyos ángulos estaban señalados por Ronda, Estepona y Marbella. El 22, otras dos columnas, que partieron respectivamente de Granada y Loja, conquistaron Alhama y la zona circundante. Los italianos habían pensado en una ofensiva que, partiendo en una única dirección de avance desde Granada, saliera al mar por Motril. De esta manera, se crearía una bolsa en la que se vería encerrada la ciudad de Málaga. Su criterio chocaba con el de Queipo. En opinión de éste —que, lógicamente, temía los ataques republicanos sobre sus flancos— resultaba preferible avanzar de manera concéntrica sobre Málaga. Finalmente, se impuso la opinión del militar español.

Las tropas italianas, bajo el mando de Mario Roatta,^[117] contaban con el apoyo de medio centenar de aviones. Para actuar, se dividieron en tres columnas, más una de reserva localizada en Villanueva de Tapia.^[118] Mientras que dos de ellas, partiendo de Antequera y Loja, se dirigían a Málaga, la tercera avanzó desde Alhama a Vélez-Málaga.^[119] Tres columnas más reducidas^[120] debían cubrir los flancos de los italianos. Desde Marbella,^[121] las fuerzas del duque de Sevilla debían avanzar hacia Málaga por la carretera de la costa, mientras su flanco norte era cubierto por una columna que seguía el curso del Guadalhorce. El plan de ofensiva contemplaba, lógicamente, la posibilidad de una retirada a fin de evitar que sus fuerzas quedaran copadas. Para conjurar tal posibilidad, una columna a las órdenes del coronel González Espinosa debía descender desde Orgiva a Motril. Frente a estas fuerzas, el Mando republicano contaba con unos doce mil hombres muy divididos además por cuestiones de partido.

El 5 de febrero, a las 6,30 de la mañana, se produjo el inicio de la ofensiva sobre Málaga. Los italianos tomaron los puertos de Alazores y Boca de Asno, pero encontraron una cierta resistencia en Zafarraya. El propio general italiano Roatta se vio obligado a desplazarse a este sector donde resultó herido leve. El 6, el avance prosiguió con enorme facilidad.^[122] Del 8 al 10, cayeron en manos de los nacionales Vélez-Málaga y Motril. Se cerró así la bolsa —que fue fácilmente liquidada por los nacionales— y el nuevo frente se asentó al este de Motril.

La ofensiva de Málaga constituyó un triunfo indudable del bando nacional que no sólo redujo su frente sino que además se apoderó de un importante puerto en el sur de España. Los italianos

habían tenido 555 bajas (de ellas, 131 muertos), pero las mismas quedaron más que compensadas por la rapidez y el relieve del éxito. En el campo republicano, la derrota de Málaga provocó una auténtica convulsión. El PCE y el sector moderado del PSOE la aprovecharon para atacar a Largo Caballero, aunque la ofensiva buscó como objetivo no tanto al jefe del gobierno —aún muy popular— como a sus colaboradores. Así, fueron destituidos los generales Asensio, Martínez Cabrera y Martínez Monje y el coronel Hernández Arteaga, y se cesó al también coronel Villalba. De manera comprensible, la figura de Largo Caballero quedó tocada y ya sólo sería cuestión de tiempo el acabar con ella políticamente. Sin embargo, hubo mucho de injusto en este comportamiento ya que, a fin de cuentas, el comisario político y el secretario del comité ejecutivo de Málaga habían sido comunistas. No estaban éstos dispuestos a asumir las responsabilidades y, como en otras ocasiones, buscaron chivos expiatorios de sus errores, un comportamiento que tuvo éxito dado su peso en el aparato del Estado. Seguramente, el único aspecto positivo que se derivó para el Frente popular de aquella derrota fue el final de la resistencia a la militarización de las milicias. A partir de ese momento, se comenzó a negar de manera drástica armas y haberes a aquellas que la rechazaran.

Entre los vencedores de Málaga, las consecuencias fueron bien distintas e incluso el general Rossi llegó a ambicionar un título nobiliario. Pero sobre todo, la victoria tuvo un efecto fulminante sobre la visión que los italianos tenían de los españoles. Con sus aliados tuvieron los primeros roces al pretender disputarles el poder.^[123] Por lo que se refiere al adversario republicano, fue contemplado como un enemigo carente de entidad y fácil de vencer. En muy poco tiempo los soldados del Duce se verían obligados a alterar ese punto de vista.

«Guadalajara no es Abisinia...»^[124]

A inicios de 1937, Franco se enfrentaba con un claro problema de falta de recursos humanos. Por un lado, las bajas sufridas en los últimos meses eran muy cuantiosas; por otro, los últimos reclutas no habían recibido aún un entrenamiento suficiente. Finalmente, en su deseo de tomar Madrid tuvo que depender de la ayuda extranjera de manera decisiva y, de forma muy concreta, de la proporcionada por los italianos. Entre el 3 y el 13 de febrero, se concentraron en la zona de Aranda de Duero-Almazán 18 batallones a las órdenes del italiano Coppi que serían los núcleos de las Divisiones 2 y 3, y además desembarcó en Cádiz la división italiana Littorio. A principios de marzo, Franco disponía de unos cincuenta mil italianos a sus órdenes.

El Generalísimo hubiera preferido dispersar un contingente de esa magnitud y emplearlo en acciones secundarias como había sido la de Málaga. Sin embargo, la situación en torno a Madrid le obligó a aceptar las pretensiones italianas de operar como una gran unidad bajo mando italiano a las órdenes directas de Franco. Aparecía así el Corpo di Truppe Volontarie (CTV). Las tropas de Mussolini actuarían en Guadalajara, donde el general Mola había ya estudiado la posibilidad de desencadenar una ofensiva que no se había podido llevar a cabo por falta de medios. Esa circunstancia se veía conjurada con el apoyo mussoliniano. Mediante una concentración de fuerzas realizada muy correctamente, en los primeros días de marzo los italianos habían situado

sus unidades en la zona de Guadalajara. Tras la victoria de Málaga, la confianza de éstos en su capacidad militar rayaba en el delirio. El mismo general Roatta se quedó en Roma y dejó en manos de sus jefes de Estado Mayor, Faldella y Zanussi, la elaboración de los planes de la ofensiva y el despliegue.

De acuerdo con el plan italiano, su División 2, reforzada con las banderas independientes y la mayor parte de la artillería, se concentraría en un frente de 15 kilómetros que debía ser roto con facilidad dada la enorme superioridad numérica y material de que disponían. Logrado este primer objetivo, las unidades italianas debían avanzar sobre el eje de las carreteras y ocupar los pueblos cercanos a éstas. En el momento que el Mando italiano considerara conveniente, la División 3 superaría a la División 2 y avanzaría sobre Guadalajara. En esa progresión, la División 2 cubriría su flanco izquierdo, mientras la cobertura del derecho correría a cargo de la División Soria que estaba formada por unos quince mil españoles. En un momento determinado, ya en Guadalajara o en sus inmediaciones, entrarían en combate las Divisiones italianas 1 y 4. Supuestamente, esta nueva afluencia de tropas permitiría a los atacantes llegar a Alcalá de Henares. En ese período de la batalla se efectuaría el enlace con las fuerzas nacionales asentadas en el Jarama y así la capital de España se vería sometida a un cerco que sólo podría concluir con su rápida caída. En otras palabras, el final de la guerra podía derivar directamente del triunfo italiano en la ofensiva.

El 2 de marzo, Roatta estableció su cuartel general en Arcos del Jalón —una elección pésima porque se hallaba a más de sesenta kilómetros del frente— y el puesto avanzado en Algora. A sus órdenes se encontraban algo más de treinta y cinco mil hombres^[125] a los que Roatta anunciaría pretenciosamente: «Domani a Guadalajara, dope domani ad Alcalá de Henares e fra tre giorne a Madrid».^[126]

La ofensiva, en términos generales, era extraordinariamente audaz en sus planteamientos ya que, en realidad, pretendía llevar a la práctica los principios de la «guerra relámpago» ideados por el británico Lidell Hart y empleados posteriormente de manera magistral por los alemanes durante la Segunda Guerra Mundial. De acuerdo con esa concepción, todo quedaba fiado en la concentración de la mayoría de las fuerzas en un frente reducido y en la movilidad —teóricamente posible en el caso italiano— que rebasara al adversario, lo desconcertara y le impidiera formar reservas para resistir y reaccionar.

Aquella brillantez sobre el papel implicaba, sin embargo, enormes riesgos que los italianos desecharon o no tuvieron siquiera en cuenta. Por ejemplo, partía de la base de que la División 3 podría sustituir fácilmente a la 2 porque los republicanos ya estarían vencidos en esos momentos; asumía que las vías de transporte eran idóneas para este tipo de operaciones (lo que constituía un error de peso) y además creía a pies juntillas que las fuerzas enemigas no sólo serían vencidas con facilidad sino que su aplastamiento resultaría tan rápido que no habría tiempo para que llegaran las reservas. La seguridad en la victoria era tan absoluta que los italianos no tomaron en cuenta los posibles cambios meteorológicos e incluso decidieron utilizar los mapas Michelín de carreteras en lugar de solicitar a Salamanca los topográficos del Instituto Geográfico. El 7 de marzo por la tarde se produjo un cambio de tiempo que se tradujo en lluvia y nieve. Al día siguiente, a las siete de la mañana comenzó una preparación artillera de las fuerzas de Franco que duró 29 minutos y que

descargó su impacto sobre la División 12 republicana. A continuación, una columna italiana (a la derecha) marchó sobre Miralbueno, otra (en el centro) sobre la carretera y la tercera (a la izquierda) sobre Las Inviernas. Si la columna que avanzaba por la carretera pudo avanzar con rapidez y la de la izquierda consiguió ocupar Las Inviernas y progresar hacia Alaminos, no sucedió lo mismo con la de la derecha. En Almadrones, quedó contenido un regimiento italiano. También se vio detenido el de la División Soria formada por españoles ya que éstos habían recibido órdenes de no adelantar a los italianos. La paralización del avance italiano ante Almadrones tuvo una importancia casi decisiva sobre el resto de la ofensiva. Al quedar detenida frente a este enclave una parte de las fuerzas italianas, las otras unidades no pudieron avanzar con la velocidad que se había planeado y así el presupuesto de la velocidad de los atacantes se vio seriamente comprometido. A esto se añadió que la retirada de las fuerzas republicanas se realizó en orden y con pocas bajas. Contra lo pensado por los atacantes, su reagrupación iba a ser relativamente fácil.

El 9, con un tiempo que se había deteriorado, los italianos volvieron a atacar Almadrones auxiliados por un batallón español. La entrada en la localidad sobre las 11 de la mañana les hizo caer en el error de pensar que los republicanos habían sido derrotados de manera total y por ello se cursó la orden de que la División 3 reemplazara a la 2. El resultado de esta directiva fue, sin lugar a dudas, la confusión. Por un lado, el reemplazo no era fácil porque la División 2 aún continuaba combatiendo, pero además se produjeron atascos en las carreteras y las unidades italianas se fueron fragmentando en su desplazamiento hacia el frente. Finalmente, la División 3 comenzó a actuar hacia las cuatro de la tarde. Dividida en dos columnas, una de éstas avanzó hacia Guadalajara por la carretera general y la otra por la carretera de Almadrones-Brihuega-Torija.

Cuando la columna que se dirigía a Guadalajara llegó al kilómetro 83 junto al cruce de la carretera hacia Brihuega, sus flancos se encontraban peligrosamente expuestos. A la derecha, la División Soria estaba retrasada porque se le había ordenado no sobrepasar a los italianos y, a la izquierda, los italianos del IV y V Grupos de Banderas se hallaban en Masegoso, a casi 25 kilómetros por detrás. Dado lo precario de la situación —mucho más de lo que podían imaginar los italianos— Francisci decidió avanzar por la noche desde Masegoso a Brihuega, localidad que ocupó al amanecer. La iniciativa era correcta, pero Francisci demostró una imperdonable torpeza al no ocupar las alturas que dominan Brihuega. Los republicanos, por el contrario, se apresuraron a tomar posiciones en los puntos mencionados. De esta manera, los italianos se verían situados en una hondonada dominada por alturas en la que estaban sus adversarios.

El 10, la División Soria consiguió su mayor avance al tomar Jadraque. Ese mismo día, una columna italiana se encontraba en Brihuega en la situación que hemos señalado y otra había conseguido avanzar algunos kilómetros por la carretera general. Sin embargo, entre ambas, posicionadas en los bosques de Brihuega, estaban las Brigadas Internacionales XI y XII que impedían cualquier posibilidad de contacto entre los italianos. Su intervención resultó importante porque impidió la conexión entre ambas columnas italianas. En buena medida, el día 10 resultó decisivo porque el general republicano Miaja comprendió que por aquel sector era por donde se estaba produciendo el avance enemigo y comenzó el traslado de las tropas bajo el mando de Líster

y Cipriano Mera a fin de que detuvieran el ataque italiano.

Mientras las fuerzas del Frente popular reaccionaban, los italianos fueron acumulando un error tras otro en su avance. Así emplazaron mal las baterías de artillería y organizaron pésimamente la defensa de los lugares tomados, guiados por la creencia de que nada impediría su avance. El 11, la División 3 ocupó Trijueque utilizando tanquetas dotadas de lanzallamas y llegó al kilómetro 77 de la carretera general, mientras la División Soria había tomado Cogolludo. Sin embargo, la División 2 no avanzó apenas, limitándose a ocupar el palacio de Ibarra. En aquella jornada entró en crisis la ofensiva italiana mientras la Brigada Internacional XI continuó en las cercanías de Brihuega.

El 12, los italianos comenzaron a experimentar reveses. Por un lado, la División 3 perdió algunas posiciones y, por otro, la 2 se vio impedida de seguir avanzando. La División Soria logró alcanzar casi una línea recta entre Cogolludo y Valdedueñas, pero el Mando italiano contemplaba con desánimo el desarrollo de una ofensiva que, cada vez más, parecía haber entrado en crisis. Aquella noche comenzó a realizarse el relevo de las Divisiones italianas 2 y 3 por parte de la 1 y la 4. Una vez más, los italianos operaron con desorden y confusión. Al día siguiente perdieron Trijueque donde tuvieron que abandonar cierta cantidad de material. En la jornada siguiente, los italianos recibieron un nuevo sinsabor: la pérdida del palacio de Ibarra. Este enclave constituía la última defensa de las alturas de Brihuega por el lado de la meseta. Si caía en manos del Ejército popular, la citada ciudad quedaría totalmente a su merced y además se produciría el corte de la comunicación entre la misma y el kilómetro 83. El palacio había sido ocupado el 11 por los italianos. Ahora la Brigada Internacional XII lo cercó y consiguió tomarlo el 14. Ciertamente, como hemos señalado, la toma del palacio tenía una importancia estratégica, pero no puede ser excusa para la acumulación de leyendas que han circulado sobre este episodio. Por ejemplo, no es históricamente cierto —pese a su aparición en alguna película notable— el episodio de las proclamas lanzadas por los italianos del Batallón Garibaldi a sus compatriotas del CTV en un combate entre ambos.

El día 14, el estado de las fuerzas italianas era penoso. La artillería estaba mal emplazada y, en ocasiones, ni siquiera se conocían con certeza sus posiciones. Para colmo de males, los suministros funcionaban lamentablemente; y la aviación no podía prestarles apoyo a causa del mal tiempo. Ante semejante situación, Roatta decidió suspender los intentos de avance y esperar a que el buen tiempo volviera y le permitiera reanudar la ofensiva con apoyo aéreo. Así, Roatta se trasladó a Salamanca para informar del estado de la situación a Franco. No nombró a ningún sustituto en el mando porque, posiblemente, esperaba que su decisión de interrumpir el combate tendría un paralelo en las fuerzas del Frente popular. Cometió así un nuevo error.

Durante los días 15, 16 y 17, las fuerzas del Frente popular no dejaron de combatir e incluso decidieron, probablemente por influencia del comunista Líster, lanzar una contraofensiva. El 18, contra lo presupuestado por los italianos,^[127] estaban reagrupadas.^[128] Aquella misma noche, las tropas del CTV se vieron obligadas a retirarse del lugar y con ello el flanco izquierdo italiano quedó pulverizado. La posibilidad de que las fuerzas italianas se vieran deshechas desde aquel flanco era real y, en ausencia de Roatta, el coronel Faldella intentó salvar la desesperada situación aun a costa de asumir competencias que no tenía. No pudo, sin embargo, evitar la desbandada.

Sólo la División Littorio logró mantener un cierto orden en su retirada y aquello salvó seguramente a los italianos de un desastre mayor. El general Bergonzoli, que mandaba la citada unidad, decidió retirarse no hasta el kilómetro 90, como se le había ordenado, sino al 97 donde consideró que podía sujetar mejor el frente. Éste quedaría así estabilizado aunque resultaba obvio que la ofensiva había concluido con un fracaso. Aquel mismo día 18, el general italiano Roatta solicitó al mando nacional que se le autorizara a retirarse del frente. No consiguió que Franco aceptara su pretensión y hasta el día 22 no comenzó un reemplazo que sólo concluiría el 26.^[129]

La batalla de Guadalajara fue, obviamente, una derrota italiana, pero no alcanzó los rasgos de desastre, catástrofe o hecatombe con que la calificaría la propaganda del Frente popular. Los italianos tuvieron, según estimaciones de Conforti, quizá un tanto exageradas, 1400 muertos, 4500 heridos y 560 desaparecidos,^[130] entre los que habría que incluir seguramente los 300 prisioneros. A esas pérdidas habría que añadir 800 muertos y 1500 heridos de la División Soria, según Conforti, aunque, en realidad, fueron 148 muertos y 203 heridos. Por su parte, el Ejército popular habría sufrido dos mil doscientos muertos y cuatro mil heridos. Por lo que se refiere al material, los italianos del CTV perdieron 25 piezas de artillería de cinco modelos diferentes, 1 mortero, 294 fusiles, 125 machetes y 133 cañones de ametralladora. Perdieron también, en cantidad indeterminada, carros y camiones que, en ningún caso, llegaron a los centenares o millares a los que se referiría la propaganda. El CTV capturó, por otro lado, a unos trescientos prisioneros, dos piezas y algunos camiones. Por su parte, las agrupaciones del Ejército nacional causaron 849 muertos al Ejército popular de la República, capturaron 92 prisioneros y registraron 66 pasados. Además se apoderaron de 350 fusiles, 22 fusiles ametralladores, 16 ametralladoras, 10 lanzabombas y 7 morteros. El CTV afirmó haber derribado una veintena de aviones del Frente popular, pero la cifra, seguramente, es exagerada.

La victoria —modesta ciertamente— fue enormemente magnificada por la propaganda, pero debe reconocerse que su contenido simbólico resultaba obvio. Por primera vez, el fascismo de Mussolini que, hasta entonces, sólo había cosechado victorias militares (incluyendo Málaga en territorio español a inicios de febrero de 1937) era batido en el campo de batalla. Sin embargo, curiosamente, aquella derrota italiana no perjudicó a Franco. Por el contrario, le entregó la posibilidad de resistir desde una posición mejor los deseos del Duce y sus generales de dirigir la guerra. Estas circunstancias explican que ambos bandos estuvieran interesados en construir la leyenda, un tanto injusta, de la cobardía italiana que a unos permitía denigrar al aborrecido adversario que estaba prestando ayuda a Franco y a los otros disminuir la influencia derivada de la ayuda fascista. En realidad, la derrota de Guadalajara cabe atribuirla a diversos factores. El primero es que la Littorio era la única división del CTV que procedía, íntegramente, del Ejército italiano. Las unidades restantes contaban con un porcentaje elevado de voluntarios de la milicia fascista cuyos mandos intermedios eran muy flojos y cuya preparación dejaba mucho que desear. Esa circunstancia, sumada a la excesiva autoconfianza italiana (alimentada hasta la saciedad tras la victoria de Málaga) y su falta de realismo les llevaron a concebir una ofensiva y a realizar un avance plagado de errores graves. Posteriormente, culparon a los españoles de la División Soria de no haberles ayudado, lo que era injusto ya que esta unidad tenía órdenes de no sobrepasar en su

avance a los italianos. Mussolini —pese a que intentó presentar la derrota como una nueva victoria de las armas fascistas— debió comprender perfectamente dónde residían las responsabilidades. Así, ordenó a Roatta que se sometiera a las órdenes de Franco, y que marcharan a España para reorganizar el CTV un general de Cuerpo de Ejército y un general de la Milicia.

Sin embargo, la consecuencia más importante de la derrota italiana fue que, finalmente, disuadió de manera definitiva a Franco de sus planes iniciales para concluir la guerra con una victoria frente a la capital de España. Si el conflicto iba a decidirse a su favor no sería gracias a la toma de Madrid sino al triunfo en otros frentes. El eje militar de la guerra iba a desplazarse así al norte de España.

QUINTA PARTE

La guerra cambia de escenario

*Morir por La Patria no es morir.
Con que no se ha de decir
que Emilio Mola murió
ni se diga que cayó
quien se ha alzado eternamente
a la gloria refulgente
de la Historia...
Mientras repite la gloria:
«¡Emilio Mola! ¡Presente!»*

M. MACHADO, «¡Emilio Mola! ¡Presente!»

*Italia y Alemania dilataron sus velas
de lodo carcomido,
agruparon, sembraron sus luctuosas telas,
lanzaron las arañas más negras de su nido.
Contra España cayeron, y España no ha caído.
(...)*

*En Euzkadi han caído no sé cuántos leones
y una ciudad por la invasión deshechos.
Su soplo de silencio nos anima,
y su valor redobla en nuestros pechos
atravesando España por debajo y encima. (...)*

MIGUEL HERNÁNDEZ, «Euzkadi»

La campaña del Norte (I): la caída de Vizcaya

Las razones de la ofensiva de Vizcaya^[1]

La imposibilidad de entrar en Madrid obligó a Franco a replantearse la antigua tesis de que la guerra se decidiría con la entrada en la capital de España. Si deseaba salir del punto muerto a que habían llegado las operaciones a finales de 1936, se imponía la búsqueda de un nuevo frente donde batir militarmente a las fuerzas del Frente popular. Franco decidió que ese nuevo frente sería el Norte. En esa dirección se habían pronunciado los asesores militares alemanes aunque, de la lectura de los documentos del III Reich, se desprende que el deseo de Hitler no era tanto adelantar la victoria de Franco cuanto garantizar los intereses germanos relativos a los minerales del Norte español.^[2] Sin embargo, en el ánimo de Franco debió pesar mucho más el hecho de que, a decir verdad, el Norte constituía un objetivo casi obligado en términos militares. Por un lado, había quedado aislado geográficamente del resto de la España controlada por el Frente popular y esto dificultaba —aunque no imposibilitaba— la llegada de ayuda. Además el control de la zona podría abrir la puerta a salir de la situación de inferioridad material que el Ejército nacional sufría en su enfrentamiento con el Frente popular.

Junto con estos factores militares existían otros de carácter político, religioso y social provistos de una enorme importancia. El primero de los mismos era la ambigüedad del PNV en relación con el gobierno del Frente popular y los nacionales. Los nacionalistas vascos, poderosos en las Provincias Vascongadas en las que no había triunfado el alzamiento, eran contrarios a éste en la medida en que se oponía al separatismo e incluso a la autonomía. No obstante, no es menos cierto que difícilmente podían sentirse identificados con los izquierdistas asturianos y santanderinos. No en vano, al igual que los alzados, eran católicos y, por añadidura, su ideología era socialmente de derechas, tanto que el socialista Indalecio Prieto los había definido como «Gibraltar vaticana». Tan obvio resultaba este aspecto que, de hecho, en las elecciones de febrero de 1936, los votos perdidos por el PNV habían ido a engrosar los del bloque derechista contrario al Frente popular y aquel partido tuvo que reconocer que los comicios habían constituido una «derrota» para él.^[3]

A lo largo de la primavera de 1936, las fuerzas que preparaban el alzamiento mantuvieron continuos contactos con el PNV con la esperanza de que éste se sumara.^[4] Cuando se produjo, el PNV de Navarra manifestó que no se unía al Gobierno del Frente popular en el enfrentamiento que acababa de estallar^[5] y el de Álava cedió a las presiones^[6] ordenando, primero, no oponerse a la

rebelión^[7] y, luego, sumarse a la misma.^[8] Los nacionalistas Landaburu e Ibarroondo incluso cursaron una misiva a Aguirre y otros dirigentes nacionalistas vascos de Vizcaya para que apoyaran el alzamiento fundamentalmente por razones religiosas y sociales.^[9] De manera nada sorprendente, muchos nacionalistas vascos se encuadraron en unidades de Falange y el Requeté en el curso de las primeras semanas de la guerra^[10] y además, durante el mes de agosto, el PNV mantuvo contactos con los alzados con el objetivo de llegar a un acuerdo. El cónsul británico en Bilbao fue informado, por ejemplo, de que los nacionalistas vascos estaban dispuestos a combatir contra el Frente popular si los nacionales les garantizaban que satisfarían sus deseos de autonomía.^[11] En ese mismo mes, el PNV llegó a proponer al embajador británico en España que el Gobierno de Su Majestad les entregara armas para poder combatir a las fuerzas republicanas.^[12] Si, finalmente, el PNV no se sumó a los nacionales se debió, posiblemente, a esa incapacidad para combatir con éxito a las fuerzas del Frente popular, pero también al hecho de que éste —al contrario de los nacionales— sí estaba dispuesto a conceder la autonomía a las Vascongadas. Como señaló Francisco Basterrechea a Indalecio Prieto a mediados de septiembre de 1936 sólo la concesión del Estatuto podría hacer que Euzkadi resistiera «las embestidas fascistas».^[13] Esa política de los nacionalistas vascos explica, por ejemplo, que hasta el 18 de septiembre Mola no declarara la disolución de las organizaciones del PNV en el territorio controlado por sus fuerzas. Había esperado dos meses a que el partido, conservador y católico, tomara el mismo camino que el resto de los católicos y conservadores españoles. La apreciación de Mola no era quimérica. Por el contrario, el 22 de septiembre, cuando sus unidades llegaron al Deva, Vizcaya estuvo a punto de capitular. Sin embargo, el 26 de septiembre el nacionalista Irujo entró en el gobierno del Frente popular presidido por Largo Caballero y el 1 de octubre las Cortes republicanas aprobaron el Estatuto vasco. De momento, Vizcaya siguió al lado del Frente popular.

A esta ambigüedad del PNV —resuelta formalmente en el otoño de 1936— se sumaron, en segundo lugar, unas pretensiones de autonomía en tiempo de guerra que no sólo quebraban el techo estatutario y constitucional de las Vascongadas sino que, en la práctica, imposibilitaban toda posibilidad de defensa coordinada de Vizcaya por parte de las fuerzas republicanas. El control de esta provincia por parte del PNV determinó que las actividades policiales fueran encomendadas a una nueva policía vasca, la Ertzantza, que no eliminó los actos de violencia que se estaban produciendo en otras partes de España, pero sí minimizó los ataques contra el clero si era nacionalista y evitó que se produjeran socializaciones y colectivizaciones como las llevadas a cabo en el resto del territorio controlado por el Frente popular. Sin embargo, no es menos cierto que también significó el rechazo de cualquier posibilidad de acción conjunta e integrada con las provincias de Santander y Asturias, también situadas en el norte de la España controlada por el Frente popular. Así se llegó, por ejemplo, al extremo de importar carbón de Gran Bretaña en lugar de traerlo de Asturias. Naturalmente, semejante conducta sólo sirvió para crear suspicacias importantes y para debilitar las posibilidades defensivas del Norte republicano. Semejante visión llegó a su punto máximo cuando Aguirre decidió crear un ejército nacional vasco. El 26 de octubre de 1936 anunció de manera oficial que todas las fuerzas armadas situadas en territorio vasco se

encontraban sometidas a la «autoridad superior del Consejo de Defensa de Euzkadi» y que, por lo tanto, resultaban independientes en la práctica de la autoridad militar central del gobierno de la República. En esta misma línea, el 7 de noviembre de 1936 se estableció un Estado Mayor del Ejército de Euzkadi. Hacia finales del mismo mes, éste contaba con unos efectivos de veinticinco mil hombres, a los que se sumaban entre doce mil y quince mil milicianos. El número no era despreciable, pero su efectividad, si se compara con la de las fuerzas del Ejército nacional, resultaba reducida como se comprobaría pronto.

El 30 de noviembre de 1936, el nuevo Ejército de Euzkadi desencadenó la denominada ofensiva de Villarreal, ya que toda la operación iba dirigida a tomar esta pequeña población que constituía la principal posición defensiva de los nacionales en el norte de Álava. Dirigida por el capitán Arambarri del Estado Mayor vasco, el Ejército de Euskadi contaba con cerca de treinta mil hombres distribuidos en 29 batallones, apoyados por cinco compañías de ingenieros, 25 cañones y 8 blindados soviéticos. La proporción numérica en favor de los atacantes vascos era de 8 a 1 y hubiera sido de esperar que aplastaran a sus adversarios. Lo cierto es que fueron batidos en toda regla por las fuerzas nacionales. Aunque muy inferiores numéricamente y enfrentados con una superioridad material abrumadora, los soldados nacionales demostraron un extraordinario valor y deshicieron, uno tras otro, todos los asaltos lanzados contra ellos por los nacionalistas vascos. Cuando, enterado de la ofensiva, Franco envió algunas unidades reducidas de refuerzos al Norte, las pérdidas vascas comenzaron a elevarse extraordinariamente y el 12 de diciembre hubo que suspender el ataque. Las bajas vascas superaron el número de cuatro mil quinientas —de ellas más de un millar fueron muertos— mientras que las de sus oponentes sólo llegaron a 255. Se trataba de una derrota mucho peor que la sufrida por los italianos en Guadalajara, pero, de manera comprensible, no tuvo la misma repercusión propagandística. En cualquier caso, no es de extrañar que los detractores de Aguirre comenzaran desde entonces a denominarlo «Napoleontxu» (el pequeño Napoleón).

El 14 de noviembre, en un intento del gobierno del Frente popular de salvar lo que podía degenerar en un auténtico desastre, todas las fuerzas de la zona quedaron incorporadas en un Ejército del Norte, bajo el mando del general Llano de la Encomienda. En la práctica, la medida no tuvo apenas repercusión. De hecho, el presidente vasco Aguirre prácticamente no perdió ocasión para vilipendiar a Llano de la Encomienda que, en febrero de 1937, decidió trasladar su cuartel general a Santander, convencido amargamente de que intentar dirigir las fuerzas vascas bajo control nacionalista era imposible. Su impresión no era equivocada ni estaba teñida por la exageración. Como señalaría el 13 de febrero de 1937, daba la impresión de que los nacionalistas vascos tenían más miedo a los «rojos» que a las tropas de Franco y, por ello, habían establecido una impermeable frontera con Santander.^[14] La única excepción a esta lamentable política militar fue el envío de siete batallones a Asturias donde lucharon en el último ataque republicano contra Oviedo en febrero de 1937. En realidad, dada la situación de las fuerzas militares que había en las Vascongadas no resulta extraño que las esperanzas de defensa descansaran en el denominado «Cinturón de Hierro», asentado en torno a Bilbao, cuya construcción comenzó el 5 de octubre de 1936. Muestra de la división que experimentaba la sociedad vasca es que el ingeniero jefe, capitán

Goicoechea, hizo todo lo que estuvo en sus manos para retrasar los trabajos de construcción. Al fin y a la postre, se pasaría al Ejército nacional con los planos. Ya en la posguerra, contribuiría enormemente al desarrollo de España con la invención del tren TALGO.

Finalmente, existía un factor de enorme importancia en relación con las posibilidades de defensa del Norte controlado por el Frente popular. Este era el carácter confesionalmente católico de los nacionalistas vascos.^[15] Durante el invierno de 1936-1937 se produjo un curioso intercambio de cartas entre el cardenal Gomá y Aguirre, en el cual el primero sostenía que la obligación de cualquier católico era sumarse al bando nacional y el segundo que la conducta cristiana era optar por los débiles y defender al gobierno legal.^[16] Los que se identificaban con el nacionalismo vasco podían mencionar los catorce sacerdotes vascos fusilados^[17] por las fuerzas de Mola en otoño de 1936, pero lo cierto era que aquellos fusilamientos se habían producido por razones políticas —eran nacionalistas— y no religiosas y que habían cesado terminantemente por orden expresa de Franco. Por el contrario, los católicos que militaban en el campo nacional podían hacer referencia a la cincuentena de sacerdotes asesinados en Vizcaya y Guipúzcoa por el Frente popular, por no mencionar los varios millares que encontraron la muerte de manera similar en el resto de la llamada España republicana. Por supuesto, había católicos vascos que pensaban como Aguirre, pero para otros resultaba inquietante el hecho de oponerse a una jerarquía que de manera obvia se había decidido en favor de uno de los bandos. De hecho, en un informe del Estado Mayor del general Mola ya se indicaba que las fuerzas que debían defender Vizcaya y Santander estaban formadas por naturales del país, muy flojos, que deseaban acabar la guerra cuanto antes. Aunque partidarios del nacionalismo vasco, su entusiasmo por éste no era suficiente como para que arriesgaran la vida por él. Además como tenían temor a las acciones de la izquierda estaban deseando la llegada de las fuerzas nacionales.^[18] Todas estas circunstancias llevaron a pensar al Mando nacional que la resistencia que se produciría en las Vascongadas no sería de consideración salvo en las cercanías de Bilbao. Si la concentración para la ofensiva resultaba además de envergadura, el triunfo podía ser, además de muy importante, extraordinariamente rápido y con él la victoria final en la guerra quedaría asegurada.

El inicio de la ofensiva

El peso principal de la ofensiva nacional sobre Vizcaya iba a recaer sobre las denominadas Brigadas Navarras. Aunque no estaban formadas únicamente por navarros y requetés, como se repite en ocasiones, el peso que éstos tenían era extraordinario y por ello su utilización resultaba absolutamente significativa. Para los nacionalistas vascos, los navarros formaban parte de Euzkadi, de manera que, aceptando ese punto de partida, la realidad era que en este conflicto se iban a enfrentar vascos con vascos y el número de los que eran partidarios de los alzados e incluso voluntarios en sus filas resultaba superior al de los que formaban en las filas nacionalistas. El mito de una España enfrentada con Euzkadi durante la guerra civil no resiste por ello el menor análisis histórico. Lo cierto fue que la guerra civil había realizado una división que no sólo

afectaba a España, en general, sino también a las Vascongadas, en particular.^[19]

Las Brigadas Navarras fueron inicialmente cuatro y estuvieron bajo el mando de los coroneles García Valiño, Cayuela, Latorre y Alonso Vega respectivamente^[20] y en su conjunto bajo el del general Solchaga, dependiente de manera directa del general Mola, jefe del Ejército del Norte. Inicialmente, cada brigada contaba con un número de hombres que se situaba entre los tres mil quinientos y los cinco mil, pero con el paso del tiempo los efectivos se engrosaron hasta convertir cada brigada en una verdadera división. Además las Brigadas disponían de un conjunto de baterías ligeras a las que se sumaba una Reserva General de Artillería (a las órdenes directas del generalísimo Franco) dotada de piezas de todos los calibres. Así en las dos masas españolas de artillería —la Masa V (Pérez de Guzmán) y la Masa M (Germán Castro)— colocadas a las órdenes del coronel Martínez Campos figuraban numerosas baterías italianas de 75/27 mm, 100/17 mm, 105/28 mm y 260 mm. Además intervendrían piezas alemanas de 88 mm de la Legión Cóndor no integradas en la Reserva General de Artillería. De hecho, se trataba de la concentración artillera más importante conseguida hasta entonces en el curso de la guerra. En colaboración con estas unidades militares en las alas del Ejército nacional iban a actuar otras dos italianas: las Frecce Nere (Flechas Negras) en el sector de la costa (hispano-italiana) y la División XXIII de Marzo en el sector de Orduña.^[21] A todo lo anterior se sumaba una fuerza aérea que superaba los doscientos aparatos entre la aviación española (Kindelán), la italiana (Velardi) y la alemana (Sperrle).

La ofensiva de Franco en Vizcaya perseguía, primero, romper el frente enemigo en las lindes de Guipúzcoa con Álava; segundo, avanzar hasta Bilbao y tomarlo y, tercero, continuar el avance en dirección a Santander. Dado que el Ejército nacional no tenía la menor intención de ver cómo el fracaso ante Madrid se repetía esta vez frente a Bilbao, y puesto que sabía la existencia de claras debilidades en el bando adversario, Mola dejó de manifiesto desde el principio que estaba dispuesto a arrasar la industria vasca desde el aire antes que cosechar una derrota. Aquella amenaza no era simple retórica. De hecho, la documentación alemana pone de manifiesto las tensiones continuas entre el jefe del Ejército del Norte y el Mando de la Legión Cóndor que deseaba su conservación para que, una vez tomada por Franco, pudiera ayudar a saldar la deuda de guerra que éste iba contrayendo con Hitler. Para los alemanes resultaba atrayente una política de bombardeos que permitiera experimentar nuevas tácticas aéreas y quebrantar de manera decisiva la voluntad de resistencia del enemigo, pero la postura de Mola constituía, según palabras de Richthofen, una «estupidez» y, desde el inicio de la ofensiva, el Mando de la Legión Cóndor se negó a obedecer órdenes de este tipo.^[22]

La ofensiva comenzó el 31 de marzo y el avance de las tropas de Franco se reveló imparable. El frente republicano quedó roto entre Villarreal y Arechavaleta y a lo largo de los días siguientes —hasta el 9 de abril— se fueron conquistando los montes Maroto, Albertia, Jarinto, Aranguio y Amboto y los pueblos de Ubidea, Ochandiano y Olaeta. Este avance nacional permitió ocupar los puertos de Berázar, Sumuelza y Urquiola y con ello se accedió a las tres carreteras que por Ceanuri, Dima y Durango llevaban desde Villarreal a Bilbao.

El 9 de abril, las tropas de Mola se vieron obligadas a detenerse ya que el temporal de lluvias dificultaba de manera añadida el desarrollo de las operaciones. Hasta el 20 de abril no se reanudó la ofensiva. En paralelo, continuaron las conversaciones con los nacionalistas vascos tendentes a lograr una paz por separado.^[23] La I Brigada de Navarra consiguió abrirse paso por el collado de Ambotaste, rodear el macizo de Peña Udalay caer el 24 sobre Elorrio. Desde esta localidad, y avanzando sobre Lequeitio por la carretera que, de norte a sur, pasaba por Vérriz y Marquina, las tropas atacantes lograron tomar de revés a las fuerzas republicanas a lo largo de un frente que iba desde Elgueta hasta el mar. El día 24, la IV Brigada pasó a controlar también el macizo de los Inchorta, entre Elgueta y Mondragón. Cuando el 25 cayó el monte Azcoinavieta, cerca de Vergara, el frente comenzó a desplomarse. Esta quiebra se produjo en unos momentos en que los bombardeos nacionales estaban bloqueando de manera extraordinariamente eficaz los transportes por carretera impidiendo así la realización de movimientos indispensables. El 26 de abril tuvo lugar el conocido bombardeo sobre Guernica realizado por la Legión Cóndor,^[24] un episodio en el que la propaganda ha prevalecido en numerosas ocasiones sobre el análisis histórico de los hechos.

Lejos de tratarse de una operación cuya finalidad fuera sembrar el terror, el bombardeo inicialmente no aparecía en los planes del Ejército nacional y fue decidido por Richthofen y Vigón el día antes de su realización. El militar alemán señaló en su *Diario* que había llegado a un acuerdo con Vigón en virtud del cual iba a imprimir «a sus tropas un ritmo tal que todas las carreteras al sur de Guernica queden bloqueadas. Si lo logramos, embolsaremos al enemigo en torno a Marquina» (*Diario*, 26 de abril de 1937). De estas palabras se desprende que efectivamente Vigón aceptó la propuesta de Richthofen. Semejante decisión contrariaba el plan inicial de Mola, pero venía impuesta por razones militares. De hecho, Guernica contaba con una fábrica de armas así como un puente y vías de comunicación que hubieran podido ser útiles para un ejército en retirada. Un tercio de las bombas utilizadas contra Guernica fueron incendiarias,^[25] pero esa circunstancia era habitual, como indica el diario de Richthofen, ya que el humo indicaba a las fuerzas de infantería que podían avanzar.

Sobre las cuatro y media de la tarde llegó hasta la villa de Guernica —en la que no se celebraba día de mercado como tantas veces se ha repetido— el primer bombardero enemigo. Se trataba de un bimotor Dornier 17, procedente del Sur, que volaba bajo. Tras virar noventa grados a la izquierda, dejó caer algunas bombas de 50 kg sobre la ciudad que, en total, debieron alcanzar el número de 12. Aquella acción provocó la lógica reacción entre los pobladores de la villa. La gente que había en Guernica corrió a guarecerse a los refugios en algunos casos y en otros optó por intentar protegerse en los caseríos y bosques de los alrededores. Terminada su misión, el Dornier 17 emprendió el regreso. Fue en el curso del mismo cuando se cruzó con una patrulla italiana que se dirigía también hacia Guernica. A las tres y media de la tarde había salido de Soria y estaba formada por tres Savoia 79. Su misión era bombardear el puente de la villa. La inmediatez cronológica con la acción anterior iba a provocar la sensación de que Guernica estaba siendo bombardeada en distintas oleadas y de manera ininterrumpida. Los aviones italianos llegaron a su

objetivo cerca de una hora después de despegar. Sus instrucciones eran muy claras. Debían «bombardear la carretera y el puente al este de Guernica, de manera que se obstaculice la retirada del enemigo». Los aparatos italianos no estuvieron sobre Guernica más de un minuto según se deduce de su propio parte. Durante una pasada única que discurrió en dirección norte-sur, arrojaron 36 bombas de 50 kg, es decir, 1800 kg de bombas. Cuando se retiraron de Guernica, los daños ocasionados en la ciudad eran relativamente reducidos. Se limitaban prácticamente a algunos edificios. Entre ellos se encontraban una casa de tres pisos utilizada como centro de Izquierda Republicana, probablemente tocada por los italianos, y la Iglesia de San Juan, seguramente alcanzada por el Dornier 17. Apenas pasadas las cuatro y media, iba a tener lugar el tercer bombardeo de la ciudad. El mismo fue realizado por un Heinkel 111 que iba provisto de una escolta de aviones italianos. Se trataba de cinco Fiat al mando de Corrado Ricci «Rocca». A este tercer bombardeo, le siguieron un cuarto y un quinto también de escasa magnitud. Efectivamente, a las cinco y a las seis de la tarde, otros dos bimotores alemanes arrojaron también sus bombas sobre la villa. Sin embargo, la operación más importante aún estaba por realizarse. Como ya vimos, los Ju 52 de la Legión Cónedor habían realizado un servicio al mediodía. Dos horas y veintitrés minutos después volvieron a despegar para su acción de la tarde. Se trataba de un tiempo normal ya que se necesitaban dos horas para cargar y preparar los aviones y a esto hay que sumar el espacio dedicado a la comida. Se había decidido realizar el bombardeo en una pasada que discurriera de norte a sur, iniciada desde el mar —donde había que virar 180 grados— y sobrevolando posteriormente la ría de Mundaca y el río Oca. Los alemanes deberían haber realizado una pasada de tanteo que les permitiera afinar la puntería. De hecho, una orden de Salamanca de 6 de enero de 1937, firmada por el general jefe del Aire ya había establecido que, en caso de bombardear poblaciones, debía precisarse el tiro para evitar víctimas civiles. Ni el C.G.G. ni el general Mola tenían constancia del mismo —no digamos ya Franco— y tampoco se menciona en los partes de Kindelán ni ese día ni el siguiente. De hecho, sólo se cita: «Se bombardea el puente sobre Guernica y las carreteras adyacentes».

El tipo de bombas, la deplorable incompetencia de las autoridades de Guernica para construir refugios o disponer de un sistema adecuado de extinción de incendios, y la alta proporción de casas construidas con madera tuvo como consecuencia que cerca del 70% de las viviendas fueran dañadas o destruidas a consecuencia del bombardeo. El número de víctimas mortales superó ligeramente el centenar a pesar de que el gobierno vasco no hizo referencia a las mismas durante días, posiblemente, porque su muerte se produjo en los días sucesivos.

Lo cierto es que el bombardeo de Guernica —un episodio menor— no fue, ni con mucho, el peor ni el más reprobable realizado durante la guerra por cualquiera de los dos bandos. Por supuesto, su realización no estuvo vinculada a propósito alguno de aniquilar una supuesta patria vasca ni mucho menos existió una orden en ese sentido dada por el Alto Mando nacional. Sin embargo, pudo ser utilizado por los partidarios del rearme en Gran Bretaña como un argumento a su favor, por el Frente popular para referirse a la barbarie fascista y por los nacionalistas vascos para construir una mitología de resistencia bélica que poca correspondencia tenía con la realidad.

Al día siguiente del bombardeo de Guernica, la disolución del frente republicano era ya una

realidad. El 27, la Brigada de Flechas Negras ocupaba Berriatúa y la IV de Navarra, Echevarría, Marquina y Urberuega. El 28, los italianos entraron en Lequeitio y la I de Navarra en Durango. Ese mismo día, el lehendakari Aguirre tuvo que cursar órdenes especiales a los jefes de unidad para que intentaran impedir las deserciones, un mal que se estaba extendiendo en proporciones alarmantes.^[26] El 29, las fuerzas de Franco penetraban en la arrasada localidad de Guernica. Al día siguiente, el frente formaba una línea que discurría sobre la ría de Mundaca y el valle de Gorocica hasta el puente de Euba (situado entre Durango y Amorebieta). Allí enlazaba con una línea ya alcanzada con anterioridad sobre los puertos de Urquida, Sumelza y Barázar y que concluía en la cuesta de Orduña.

La previsible derrota de los nacionalistas vascos impulsó al Vaticano a intentar convencer a Franco para que negociara una paz separada con ellos. El 6 de mayo, el cardenal Gomá recibió un telegrama cifrado de la Santa Sede en que se le daban instrucciones al respecto. El 7, Gomá llegó a un acuerdo con Mola y éste telefoneó a Franco a Salamanca para que diera el visto bueno. El generalísimo aceptó la posibilidad e incluso se mostró especialmente generoso —a decir verdad como nunca lo sería con otros durante y después de la guerra— en sus condiciones. Así ofreció «facilidades para la salida de los dirigentes», «libertad absoluta a los soldados y milicianos que se entreguen con las armas», «respeto a la vida y haciendas» y para Vizcaya una «descentralización administrativa en forma análoga a otras regiones favorecidas» lo que venía a equivaler a su equiparación con Navarra y Álava.^[27] Entre el 10 y el 15 de mayo, el cardenal Pacelli, secretario de estado del Vaticano, envió a Aguirre un nuevo telegrama —sin clave— donde se repetía la oferta. El telegrama fue interceptado —había pasado por Barcelona— por las autoridades del Frente popular y nunca fue entregado a Aguirre.^[28]

El 5 de mayo —mientras en la Barcelona del Frente popular se producía la «guerra civil dentro de la guerra civil» que fueron los «sucesos de mayo»—^[29] Aguirre asumió el mando militar supremo de las operaciones militares en Vizcaya con la intención de levantar una moral enormemente decaída. La medida en absoluto impidió el avance enemigo. Ciertamente, a inicios de aquel mismo mes, las fuerzas que llevaban a cabo la ofensiva se vieron sometidas a un ligero revés, pero el mismo se debió a la acción de los aliados italianos. Algunas unidades de «Flechas Negras» habían avanzado en el sector de Bermeo y, como consecuencia de los contraataques enemigos, se encontraron en una situación delicada. Sin embargo, al cabo de un par de días, el grueso de los «Flechas Negras», procedente de Guernica, enlazó con las avanzadas de su unidad y logró incluso progresar hasta el cabo Machichaco. Para reforzar esa brigada y cubrir un flanco derecho que podía quedar peligrosamente expuesto, fue transportada desde el sector de Orduña la División italiana XXIII de Marzo.

Entre los días 6 y 8 de mayo, el flanco quedó asegurado en la zona de la costa al ocupar la V Brigada de Navarra el monte Sollube. Este enclave había sido atacado por la citada unidad desde el Sur y el Este, mientras que los italianos lo hacían desde el Norte, siguiendo la carretera de Bermeo a Bilbao. Como señalaría un informe de los servicios secretos republicanos, enviado desde Bilbao el 9 de mayo,^[30] el número de personas ansiosas de rendirse al Ejército nacional era

considerable y si tal paso no se daba se debía al miedo de que, a pesar de todo, los vencedores realizarían «un gran número de fusilamientos». El 11 de mayo, la I de Navarra conquistó el macizo de Santa Cruz de Bizcargui, entrando así en contacto con el «Cinturón de Hierro», la línea fortificada que rodeaba Bilbao, en el sector de Larrabezúa. El 14, los italianos ocuparon los montes Jata y Tollu, y el 19, llegaron a las inmediaciones de Munguía. Al conquistar la II de Navarra la localidad de Amorebieta, todo el ala norte del Ejército de Franco quedó situada en una base de partida ideal para atacar el Cinturón de Hierro. Resultaba imperioso ahora el avance del ala sur de las fuerzas atacantes que se encontraban detenidas en las peñas de Mañaría en sus posiciones de Barázar, Sumuelza y Urquiola. La acción conjunta de las II y IV Brigadas de Navarra permitió realizar el envolvimiento de esta zona entre el 22 y el 26 de mayo y de esta manera el ala sur quedó establecida a lo largo del valle del Arratia, desde el alto de Barázar a Peña Lemona. Este último enclave sería escenario de violentos enfrentamientos, pero el día 5, la posición cayó en manos de los nacionales.

La voluntad de resistencia de los nacionalistas vascos se encontraba ya extraordinariamente mermada a finales de mayo, pero no era menor el estado de desmoralización del ministro de Defensa. Buena prueba de ello fue su actitud ante el incidente del *Deutschland*. Éste era uno de los buques de guerra alemanes que navegaban en aguas españolas. Entre las seis y las siete de la tarde del 29 de mayo de 1937, se encontraba fondeado en la bahía de Ibiza cuando fue bombardeado por dos aviones republicanos. Tal acción se debió al hecho de que los pilotos, que eran soviéticos, lo habían confundido con el crucero *Canarias*. Las bombas no dañaron seriamente el barco pero causaron veintidós muertos y ochenta y tres heridos. El *Deutschland* se dirigió a Gibraltar donde, tras recibir el oportuno permiso, desembarcó a los heridos —de los que morirían nueve— y procedió a realizar las reparaciones necesarias. El Ministerio de Defensa republicano alegó —falsamente— que el *Deutschland* había disparado primero, pero aquello no acalló la ira de Hitler. En la madrugada del 31 de mayo, el acorazado de bolsillo *Admiral Scheer*, junto con otros cuatro destructores alemanes, apareció frente a la ciudad de Almería y, de manera inmediata, comenzó a bombardearla en represalia. El número de disparos efectuados fue de doscientos y como consecuencia de los mismos murieron diecinueve personas y fueron destruidos treinta y cinco edificios. Indalecio Prieto sugirió a sus compañeros de gabinete que aprovecharan aquella situación para atacar a la flota alemana donde estuviera. Aquello, presumiblemente, provocaría la declaración de guerra de Alemania y con ella la ayuda de las potencias occidentales al gobierno del Frente popular. Prieto reconocería años después que «era la proposición de un pesimista, de quien no veía la posibilidad de ganar militarmente la guerra, porque media nación española o un tercio largo de la nación española luchaba con el resto del país y, además, con Portugal, con Alemania y con Italia, a todo lo cual había que sumar la indiferencia, cuando no la hostilidad, más o menos disimulada, del resto de Europa».^[31] Como se podía esperar, el resto del gabinete y el presidente de la República rechazaron la propuesta de Prieto considerándola un disparate. Hitler, previendo que se produciría una reacción de condena y antes de que la misma tuviera lugar, ordenó que la delegación alemana abandonara las reuniones del Comité de no-intervención y de las patrullas navales. Al mismo tiempo, afirmó que no se regresaría hasta que existieran plenas

garantías de que un incidente como ése no volvería a producirse. Como era fácil suponer, Italia tomó la misma actitud. La respuesta de las potencias occidentales estuvo a punto de rayar en el pánico. El embajador británico en Berlín, sir Neville Henderson, insistió ante Neurath para que «no hiciera a los rojos el favor de convertir la situación española en una guerra mundial». [32] Cordel Hull también insistió ante el embajador alemán en Washington en la necesidad de evitar un conflicto. Finalmente, sobre el incidente del bombardeo de Almería se decidió correr un tupido velo a fin de evitar mayores complicaciones.

Franco no era sabedor seguramente de hasta qué punto Prieto estaba desalentado por la marcha de la guerra, pero sí era bien consciente de la desmoralización de sus adversarios gracias a los informes que le llegaban procedentes, entre otros, de refugiados. [33] El triunfo parecía tan al alcance de la mano que la muerte de Mola en un accidente de aviación [34] el 3 de junio en absoluto mermó el empuje de la ofensiva. Una vez más el desalentado Prieto intentó una acción a la desesperada y propuso bombardear el entierro de Mola con la intención de matar al Mando nacional incluido Franco. El bombardeo no se llevó a cabo, pero, en cualquier caso, el resultado hubiera sido escaso porque al funeral no asistió Franco.

El hecho de que a principios de junio fuera un general profesional, Gamir Ulibarri, el que asumiera la dirección de las fuerzas vascas no podía cambiar una situación extraordinariamente deteriorada. Desde los inicios de la campaña, las fuerzas del Frente popular habían sufrido ya 36 703 bajas. [35] El ejército de Franco sólo tenía que doblegar las defensas del «Cinturón de Hierro» para concluir la ofensiva de Vizcaya con un éxito rotundo. Antes de entrar en esta cuestión debemos, sin embargo, hacer una referencia somera a dos acontecimientos políticos que se habían producido en ambos bandos en paralelo a la campaña de Vizcaya.

Los intentos de aglutinamiento en los dos bandos: de la unificación a los «sucesos de mayo»

La militarización de las milicias realizada por Franco significó un gran paso hacia la unificación de las fuerzas políticas que combatían a sus órdenes. [36] El 8 de enero de 1937, el Partido Nacionalista Español ya se había fusionado con los carlistas. En febrero de ese mismo año se produjeron asimismo conversaciones oficiales entre carlistas y falangistas con vistas a una unificación. Contra lo que se ha afirmado muchas veces, Falange estaba dispuesta a reconocer la monarquía católica y tradicional siempre que ésta fuera instaurada y no restaurada, pero exigían la incorporación de los carlistas, «sin reservas», a la Falange. Los carlistas, por el contrario, preveían el mando de un triunvirato, la finalización rápida de la guerra y la formación de una regencia. El rey, finalmente, tenía que ser designado con la intervención de Javier de Borbón-Parma. Las conversaciones entre carlistas y falangistas se interrumpieron en marzo de 1937. Para entonces, los segundos ya abogaban por una monarquía encarnada en don Juan de Borbón, el hijo de Alfonso XIII.

Con todo, el tema de la unificación no quedó olvidado. Por el contrario, el jefe de la Junta de Mando de Falange decidió, finalmente, celebrar el 25 de abril de 1937 un IV Consejo nacional

destinado a abordarlo. El debate no llegó a producirse. Entre el 16 y el 19 de abril tuvieron lugar una serie de enfrentamientos que recibieron el nombre de «Sucesos de Salamanca». El 16 se produjo un intento de deposición de Hedilla, el sucesor de José Antonio a la cabeza de la Falange, y su sustitución por un triunvirato. Hedilla respondió adelantando el consejo al día 18 y en la madrugada del 16 fue testigo de enfrentamientos entre falangistas que se saldaron con muertos. Franco no estaba dispuesto a permitir que en su bando se produjeran las luchas cainitas que tanto daño estaban haciendo a la causa del Frente popular. Así, el 18 por la tarde pronunció un breve discurso desde el balcón de su residencia (ante Hedilla) y, al día siguiente, se promulgó la unificación (Decreto 255). Tanto los falangistas como los carlistas —así como Mola y Queipo de Llano— dieron su asentimiento. Difícilmente puede decirse que sorprendiera a nadie. Los «Sucesos de Salamanca», pese a lo que han afirmado en ocasiones algunos falangistas, no provocaron la unificación, que, como hemos visto, formaba parte de los objetivos de los dirigentes falangistas desde tiempo atrás, pero sí es posible que contribuyeran a imprimirlle un ritmo más rápido.

El Decreto 255 establecía así un «movimiento» denominado «de momento» Falange Española Tradicionalista y de las JONS, cuyo jefe sería Franco. No se descartaba en el texto la posibilidad de «instaurar» la monarquía. La acción de Franco demostró ser muy inteligente ya que, a la vez que eludía el riesgo de crear un partido propio, integraba en una sola entidad a las fuerzas más relevantes de su bando. Desde luego, en la primavera de 1937, resultaba obvio a los dos bandos en conflicto que la unión interna era indispensable para conseguir la victoria. Sin embargo, si Franco logró este objetivo, algo muy distinto debe decirse del Frente popular. El equivalente de la unificación en el mismo fueron los sucesos de mayo de 1937,^[37] la caída de Largo Caballero y el ascenso del Dr. Negrín a la jefatura del Gobierno.

La evolución del bando frentepopulista tenía una coherencia —y unos antecedentes— con lo que había sucedido en la URSS en los años inmediatamente anteriores. En 1935, el año previo al estallido de la guerra civil española, el sistema soviético desató una nueva campaña represiva conocida convencionalmente como el «Gran Terror». Esta vez, la represión no se circunscribiría a determinados segmentos sociales cuyo exterminio se buscaba, sino que se extendió al conjunto de la sociedad y tocó de manera peculiar a las propias instancias del poder comunista.^[38] De esa manera, aunque los arrestos y las ejecuciones fueron llevados a cabo por el NKVD, ni siquiera sus dirigentes y agentes se hallaban a salvo de la represión. Bastó, por ejemplo, un telegrama de Stalin, cursado el 25 de septiembre de 1936, para acabar con Yagoda que desde 1933 había controlado el NKVD y había sido un instrumento privilegiado de la represión estalinista.^[39] Junto con él marcharon al exterminio sus agentes más fieles.

En agosto de 1936, a los pocos días de iniciada la guerra civil española, se celebró el proceso de Zinóviev, Kámeñev y otros catorce bolcheviques veteranos. Se trataba del primero de una serie de juicios-farsa en los que Stalin aniquilaría a cualquier posible rival. El primer juicio de Moscú tuvo un prolongado prólogo. Año y medio antes, los acusados habían sido declarados «moralmente responsables» del asesinato de Kírov, un cargo del que eran inocentes pero del que se confesaron

culpables. Ahora se les juzgó por el asesinato mismo y otros delitos como espionaje, conspiración para matar a Stalin y un largo etcétera. Se trataba solamente del comienzo.

En enero de 1937 fueron juzgados Pyátakov, Rádek y otros quince bolcheviques antiguos a los que se acusaba de haber cometido los mismos crímenes. El 13 de junio de 1937, Voroshílov, el comisario de Defensa, publicó un anuncio referido al arresto de un grupo de altos jefes militares que, supuestamente, habían cometido «traición, sabotaje y espionaje». Todos ellos fueron fusilados tras un juicio sumarísimo con lo que el Ejército Rojo quedó decapitado. Desde mayo de 1937 a septiembre de 1938, las purgas en el Ejército Rojo afectaron, entre otros, a la mitad de los mandos de los regimientos, a casi todos los mandos de brigada y a todos los jefes de cuerpos de ejército y distritos militares.

El papel de Stalin en esta nueva oleada de terror fue esencial. No sólo firmó las listas que se le entregaban con los nombres de los que debían ser detenidos o fusilados por decenas de miles sino que también supervisó personalmente algunos de los interrogatorios. De hecho, también insistió en la utilización de la tortura. Las víctimas se sumaron por millones. Según las estimaciones de Robert Conquest en una obra que consideró todos los datos accesibles para el investigador occidental hasta 1971, en enero de 1937, había unos cinco millones de personas en los campos de concentración soviéticos. Entre enero de 1937 y diciembre de 1938 fueron detenidos aproximadamente otros siete millones de personas, de entre ellos millares eran niños que, de acuerdo con la reforma legal de Stalin, podían ser condenados a muerte y ejecutados a partir de los doce años. Desde luego, las cifras de los muertos durante el Gran Terror resultan escalofriantes. Tan sólo bajo Yezhov, es decir, de enero de 1937 a diciembre de 1938, un millón de personas fue fusilado en la URSS y una cifra doble murió en reclusión. Como ejemplo del alcance de la represión puede indicarse que tan sólo en un campo de concentración del río Serpantika fueron fusilados en 1938 un número de personas mayor que el de todos los condenados en los últimos cien años del zarismo.^[40] A la sazón, los reclusos de los campos de concentración de Stalin excedían de manera considerable a los recluidos en los de Hitler. Sobre ese contexto, iba a tener lugar una nueva etapa de la represión en la España del Frente popular sustentada en el peso extraordinario de la influencia soviética.

Del 3 al 8 de mayo, Barcelona fue testigo de una guerra civil dentro de la guerra civil. El pretexto fue el intento de la Generalidad catalana de ocupar el edificio de Telefónica controlado por los sindicatos para salvaguardar las comunicaciones. En realidad, lo que se producía con esta medida era una provocación comunista a la que los anarquistas de la CNT-FM y el POUM respondieron saliendo con las armas a la calle. Como en julio de 1936, las milicias pretendieron hacerse con el poder desde abajo. En medio de una situación caótica (Azaña, el presidente de la República, estaba en Barcelona en esa fecha y permaneció aislado y, lo que es peor, olvidado y desatendido durante cuatro días), la Generalidad realizó un llamamiento al Gobierno central para librarse de aquellos a los que había entregado el poder menos de un año antes. Al final, el levantamiento anarquista-poumista fue abortado, en parte, por la llegada de tropas a la capital y, en parte, por el llamamiento de destacados dirigentes anarquistas para que sus bases apuntaran las armas sólo contra el enemigo común.

Los «sucesos de mayo» estuvieron preñados de consecuencias para el Frente popular. La erosión de la figura de Largo Caballero, provocada por el PCE y el sector prietista del PSOE, llegó a su punto máximo y el veterano dirigente socialista se vio obligado a abandonar la presidencia del Gobierno. El 19 de mayo de 1937, el socialista Negrín, apoyado directamente por el PCE, simpatizante de la URSS y casado con una rusa, ocupó la presidencia del Gobierno. La elección tenía cierta lógica si se tiene en cuenta que Negrín había sido un personaje clave para enviar a la URSS las reservas de oro del Banco de España y que, como veremos más adelante, sintonizó a la perfección con los planes de Stalin en relación con España. Junto con ese cambio, el coronel Rojo pasó a la jefatura del Estado Mayor Central e Indalecio Prieto fue nombrado ministro de Defensa nacional. En este departamento quedaron englobados los Ministerios de Guerra, Marina y Aire. Al mismo tiempo, el POUM fue acusado por los comunistas, siguiendo dictados de Stalin, de ayudar a la reacción y se inició una represión directa con el mismo. Los comunistas tenían la intención de organizar en la España del Frente popular un paralelo a los procesos de Moscú dirigidos contra los disidentes de izquierdas. Con tal finalidad, miembros de las Brigadas internacionales que hablaban alemán procedieron a secuestrar al dirigente del POUM Andreu Nin^[41] difundiendo la falacia de que era un agente de la GESTAPO. Nin fue torturado por Orlov y otros agentes soviéticos que, no obstante, no consiguieron quebrantarlo y, finalmente, acabaron asesinándolo. De manera vergonzosa —pero significativa— el resto de las fuerzas del Frente popular, empezando por el propio gobierno republicano no impidieron las acciones soviéticas. Se trataba del inicio de la represión estalinista sobre el POUM y de un control aún más efectivo de los comunistas en la España del Frente popular. De igual manera, el peso de los anarquistas declinó de manera definitiva (muchos de los protagonistas de los «sucesos de mayo» fueron enviados al frente). Los acontecimientos tenían una clara significación política, pero, también, militar.

La represión controlada por los comunistas

Durante los meses siguientes, la represión en la zona de España controlada por el Frente popular también fue pasando de manera creciente a manos comunistas. El 6 de agosto de 1937, siendo el socialista Prieto ministro de Defensa, se creó por decreto el Servicio de Investigación Militar o SIM.^[42] Aunque inicialmente la jefatura del SIM fue desempeñada por Prudencio Sayagües, antiguo dirigente de la FUE y miembro de Izquierda Republicana, no tardaron en sucederle personajes vinculados directamente con el PCE como fue el caso de Gustavo Durán.

Teóricamente el SIM era un servicio dedicado a tareas de inteligencia relacionadas con la guerra, pero ejerció desde el principio labores de represión que, como en el caso de las checas a las que nos hemos referido con anterioridad, facilitaban la corrupción de los agentes al poner en sus manos la posibilidad de incautarse sin control de todo tipo de bienes. No deja de ser significativo que el segundo jefe del SIM, Manuel Uriarri Barrutell, se fugara en 1938 a Francia con una fortuna en metales preciosos y joyas que procedían de sus acciones al mando de la institución.^[43]

El radio de acción del SIM acabó por englobar las acciones del anterior Departamento

Especial de Información del Estado (DEDIDE).^[44] Del SIM dependían no sólo checas enclavadas en distintas ciudades^[45] sino una red de campos de concentración que se hicieron tristemente célebres por los malos tratos dispensados a sus reclusos. Al respecto, no resultan sólo escalofriantes los testimonios de antiguos presos sino también los de combatientes del Frente popular a los que no les quedó oculta la verdad de aquellas checas.^[46] En ellas, a formas de tortura ya conocidas, no tardaron en sumarse otras de especial sofisticación traídas por los asesores soviéticos y entre las que se incluían el uso de la electricidad, la reclusión en lugares de reducidísimas dimensiones e incluso la utilización de colores y figuras que sirvieran para quebrar psicológicamente al detenido. La descripción realizada al respecto por el anarquista José Peirats no deja lugar a dudas del carácter de las checas del SIM:

... las checas del SIM eran tenebrosas, instaladas en antiguas casas y conventos. El régimen de torturas que se aplicaba era el procedimiento brutal: palizas con vergajos de caucho, seguidas de duchas muy frías, simulacros de fusilamiento y otros tormentos horrorosos y sangrientos. Los consejeros rusos modernizaron esta vieja técnica. Las nuevas celdas eran más reducidas, pintadas de colores muy vivos y pavimentadas con aristas de ladrillo muy salientes. Los detenidos tenían que permanecer en pie continuamente, bajo una potente iluminación roja o verde. Otras celdas eran estrechos sepulcros de suelo desnivelado, en declive... los recalcitrantes eran encerrados en la «cámara frigorífica» o en la «caja de los ruidos» o atados a la silla eléctrica. La primera era una celda de dos metros de altura, en forma redondeada; al preso se le sumergía allí en agua helada, horas y horas, hasta que tuviese a bien declarar lo que se deseaba. La «caja de los ruidos» era una especie de armario, dentro del cual se oía una batahola aterradora de timbres y campanas. La «silla eléctrica» variaba de la empleada en las penitenciarías norteamericanas en que no mataba físicamente.^[47]

Las torturas ocasionadas a los detenidos se correspondían con las señaladas por el anarquista Peirats. Por ejemplo, Antonio Gutiérrez Mantecón, que fue detenido en el invierno de 1937, y recluido en la checa de San Lorenzo, en Madrid, prestaría el siguiente testimonio de sus padecimientos.^[48]

Fue víctima de toda clase de malos tratos de obra y de amenazas, siendo golpeado con vergajos por los agentes interrogadores. Dirigía los interrogatorios un ruso alto, fuerte, de cara ancha, con pelo rubio, ondulado y peinado hacia atrás, que iba vestido con gabardina y una boina. Este sujeto, que ejercía autoridad plena en la prisión, siendo considerado como jefe de la brigada, apenas hablaba castellano; se servía de una intérprete española de unos veinticinco años, que vestía camisa roja con corbata roja, y que se distinguía en los malos tratos, siendo la que concretamente indicó que al declarante había que atarlo, desnudarlo y meterlo en la «cámara», que era una celda muy fría en los sótanos, empleada para castigo. También ordenaba que se golpease al declarante, como única manera de obligarle a confesar. Entre otros malos tratos sufridos en la «checa» de San Lorenzo, el declarante fue martirizado con duchas de agua helada, por la noche, en la misma celda del sótano y en pleno invierno; se trataba de cortarle la lengua con unos alicates por negarse a declarar y se le sometía constantemente a palizas, de las que todavía conserva huella.

Los testimonios son ciertamente coincidentes y sirven para dejar de manifiesto no sólo su veracidad sino también la manera en que la represión se descargaba a esas alturas de la revolución lo mismo sobre los considerados tradicionalmente enemigos como sobre las fuerzas de izquierdas rivales del PCE. En ese sentido, los paralelos con los comportamientos seguidos por los bolcheviques en Rusia resultan palpables. Por si fuera poco, el 9 de diciembre de 1937, Negrín presentó un proyecto de decreto por el que disponía la creación del Consejo de Defensa y Garantía del Régimen cuya misión era «perseguir a sus adversarios». La propuesta fue aprobada y se

publicó el 16 de diciembre en la *Gaceta*.

La actividad represiva no fue escasa, desde luego, a partir de 1937 cuando se suponía que, tras las grandes matanzas de noviembre y diciembre de 1936, apenas podrían quedar enemigos que abatir. Por el contrario, se amplió considerablemente a las fuerzas de izquierdas no sometidas al PCE e incluso a los que se consideraba meramente derrotistas o desafectos. El mismo mes de mayo de 1937 —que como ya hemos señalado representó un auténtico punto de inflexión en la historia política de la guerra civil en la zona controlada por el Frente popular— registró una actividad en Madrid en el terreno de la represión realmente considerable. Por citar sólo algunos ejemplos, señalemos que se llegó a asaltar el consulado de Perú durante la noche del 5 al 6 de mayo de 1937. El episodio, protagonizado por el socialista Wenceslao Carrillo, con la excusa de que en la legación había una emisora de radio que pasaba información a las fuerzas de Franco, se saldó con la detención de más de trescientos refugiados españoles y de unos sesenta peruanos. La acusación era falsa^[49] puesto que el único aparato de radio existente en la legación era un receptor. Con todo, dieciocho de los refugiados fueron llevados a la prevención de la Dirección General de Seguridad en la ronda de Atocha, donde fueron sometidos a torturas. De Atocha, los detenidos fueron trasladados a San Antón y, posteriormente, a la cárcel celular de Valencia juzgándoseles en esta ciudad y condenándoseles a muerte. El comportamiento de las autoridades republicanas había resultado tan contrario a los principios más elementales del derecho internacional que el gobierno de Perú acabó rompiendo relaciones diplomáticas con España el 17 de marzo de 1938. Se hizo cargo entonces de su legación la embajada de Chile pero ni siquiera esa circunstancia evitó que el 15 de julio de ese año volvieran a ser asaltados los locales de la legación peruana.

En un peldaño más de la escalada hacia el control absoluto de la sociedad, el 27 de mayo de 1937 un decreto de la Presidencia del Gobierno estableció la incautación de todas las emisoras de radio, fueran o no de particulares y se encontraran o no en servicio.^[50] La radiodifusión quedaba totalmente sometida al arbitrio del gobierno del Frente popular ordenando una orden dictada al día siguiente que en el plazo de cuarenta y ocho horas todos los propietarios debían declarar al gobierno sus estaciones, a la vez que se prohibía la venta de material radiofónico.

Con todo, posiblemente la medida de mayor importancia en esos momentos de la revolución fue el decreto de 22 de junio de 1937 contra el derrotismo. Ya en octubre de 1936, otro decreto había creado la figura del desafecto, un delito no tanto ya de opinión como de actitud que podía ser castigado y que, por su propia definición, daba lugar a todo tipo de arbitrariedades. La nueva norma, promulgada el mes siguiente a los sucesos de mayo, amplió considerablemente esa situación poniendo en manos de las fuerzas represivas prácticamente un cheque en blanco que recordaba sospechosamente las formulaciones legales del código estalinista vigente en la URSS.

El artículo séptimo del decreto de 22 de junio de 1937 establecía así, por ejemplo, lo que era derrotismo:

Segundo. Difundir o propalar noticias o emitir juicios desfavorables a la marcha de las operaciones de guerra o el crédito y autoridad de la República en el interior o en el exterior, difundir las noticias del enemigo o favorecer sus designios, tal como

emitir juicios favorables a la rendición de una plaza o a la conveniencia de pactar con los rebeldes.

...

Cuarto. Los actos o manifestaciones que tiendan a deprimir la moral pública o desmoralizar al Ejército o a disminuir la disciplina colectiva.

De la mera lectura del texto citado, se desprende hasta qué punto resultaba un riesgo innegable el dejar de expresar un entusiasmo absoluto hacia la política de un gobierno que, hasta el momento, no había dejado de sufrir derrotas militares y cuyos representantes habían estado implicados directamente en la realización de asesinatos en masa. Dado que las penas iban de los seis años y un día a la pena de muerte y que se estimulaba la acción de los delatores (art. 11)^[51] puede imaginarse el carácter de arbitrariedad anejo a esta norma y el peligro en que vivían millones de personas de ser detenidos o muertos. Por si todo lo anterior fuera poco, se llegó, violando los principios más elementales del derecho penal, a castigar acciones que no eran delitos en el momento de su comisión. Así, por ejemplo, centenares de empleados de Telefónica, Correos, el Ayuntamiento de Madrid, los juzgados, entidades bancarias o la Guardia Civil que habían sido depurados en los primeros meses de la guerra se convirtieron ahora en reos de desafeción o derrotismo e incluso acabaron siendo asesinados.^[52] No llama, por lo tanto, la atención la manera en que, a partir de ese momento, se articularon distintos procesos masivos en los que, supuestamente, se juzgaba a extensas redes de espías.

La caída de Bilbao

Aunque la propaganda republicana había insistido en el carácter prácticamente inexpugnable del «Cinturón de Hierro», la realidad distaba mucho de corresponderse con estas afirmaciones. El «Cinturón» tenía en su perímetro una extensión de 70 km que se apoyaba en sus extremos en el mar, al este y al oeste de la bahía de las Arenas. Así el sistema se iniciaba en la costa entre Plencia y Urdúliz, pasaba luego cerca de Laquíniz, Gámiz y Fica, torcía al suroeste, entre Larrabezúa y Galdácano, y desde allí seguía por la orilla izquierda del Ibaizábal hasta Miravalles, donde saltaba a la margen izquierda del Nervión, siguiendo por el monte Ganecogorta, Sodupe y alturas de San Pedro de Galdames, finalizando en la costa a la altura de Ciérvana. Esta extensión exigía unos setenta mil hombres. Además el trazado presentaba inconvenientes de no poca envergadura. Así las fortificaciones se encontraban, al noroeste, demasiado cerca de la población de Bilbao y no aseguraban una protección eficaz al puerto. Tampoco incluían en su perímetro las montañas Jata, Bizcargui y la Peña Lemona que rodeaban la localidad. De esta manera, Bilbao quedaba en una hondonada que podía ser batida por quien dominara aquellas alturas. A esto hay que añadir que en el trazado de las trincheras destinadas a la infantería no se aprovechó nunca la contrapendiente y que el «Cinturón» contaba con una sola trinchera única flanqueada por ametralladoras sin más reductos a retaguardia que los de Santa Marina, Santo Domingo y Archanda ya en contacto con el mismo casco urbano de Bilbao. De esa forma, la defensa en profundidad quedaba descartada salvo escasas excepciones como en los alrededores de Larrabezúa donde se construyeron dos o tres trincheras sucesivas. En términos estrictamente militares, el «Cinturón de Hierro» no tenía, por lo

tanto, una capacidad defensiva excepcional aunque el trazado de la trinchera no estuviera mal realizado e incluso contara en algunos casos con un revestimiento de hormigón armado desmesurado.

El fallecido general Mola fue sustituido inmediatamente por Dávila y a las fuerzas atacantes se sumó ahora la nueva VI Brigada de Navarra, al mando del coronel Bartomeu. El 11 de junio, tras un bombardeo aéreo de consideración y una preparación artillera en la que se utilizaron piezas de 210, 260 y 305 mm, las Brigadas Navarras I, V y VI iniciaron el asalto al «Cinturón de Hierro» en el sector comprendido entre el monte Urculu y San Martín de Fica.^[53] Antes de concluir el día, ambas posiciones se encontraban en manos de los asaltantes y los contraataques nocturnos lanzados por los republicanos resultaron infructuosos para recuperarlas.

El 12 de junio tuvo lugar una clara repetición de la táctica empleada el día anterior. Primero, las posiciones republicanas fueron bombardeadas por la aviación y la artillería de Franco, después se produjo un ataque que provocó la ruptura del «Cinturón» en un frente de unos dos kilómetros y medio, entre los vértices Urrusti y Cantoibasos, al oeste del Urculu. El hecho de que las fuerzas nacionales se volvieran a uno y otro lado de la brecha permitió tomar de través a los defensores apoderándose de las demás posiciones del sector. El 13 de junio, la brecha fue profundizada en dirección a Bilbao, alcanzándose los reductos defensivos de Santa Marina, Santo Domingo y Archanda. El «Cinturón de Hierro» quedaba así totalmente debelado por las tropas atacantes. Para conseguirlo habían necesitado apenas dos días y a un coste de tan sólo 500 bajas. La ciudad de Bilbao estaba ahora sólo a diez kilómetros. Como era de suponer, ante esta situación algunos de los nacionalistas vascos volvieron a acariciar la posibilidad de concluir una paz por separado con Franco. El mismo 13 de junio, el consejo nacional del PNV envió un mensaje a Manuel Irujo, ministro del Gobierno republicano, ordenándole que lo abandonara.^[54] Finalmente, sin embargo, Irujo permaneció en el Gobierno.

Del 14 al 18, mientras las Brigadas Navarras V y VI aseguraban el control sobre los reductos mencionados, el resto de las fuerzas de Dávila continuaron el avance. Los italianos de la Agrupación legionaria, partiendo de Plencia y Urdúliz, marcharon sobre Algorta y Las Arenas y, desde allí, por la orilla norte de la ría hacia Bilbao. La I Brigada navarra partió desde Larrabezúa hacia Galdácano donde cruzó a la izquierda del Ibaizábal, avanzando luego por Basauri y Arrigorriaga con la finalidad de envolver Bilbao por el sur de la ría. La IV Brigada navarra arrancó de Yurre y Villaro en dirección de Miravalles y Sodupe y la III Brigada navarra partió de la cuesta de Orduña en dirección a esta localidad y a Amurrio, prosiguiendo después hacia Arciniega y Valmaseda. Resultaba obvio que, conseguido además el control del mar por los atacantes, Bilbao no contaba con posibilidades de ser defendida. El día 16, Juan Ajurriaguerra, dirigente del PNV, comenzó negociaciones encaminadas a lograr una paz por separado.

Ante la caída inminente de Bilbao, algunas unidades republicanas intentaron destruir la industria del sector para evitar que pudiera caer en manos de los nacionales, pero los batallones nacionalistas del PNV lo impidieron disparando sobre ellos.^[55] En la noche del 18, los restos del Ejército popular de la República se replegaron en dirección a Santander y al día siguiente, las

fuerzas atacantes entraron en Bilbao. La derrota había costado a los vascos, según sus propias cifras, 48 500 bajas.^[56]

Como en otros casos anteriores, la entrada de las fuerzas nacionales en Bilbao fue seguida por la represión. Si los fusilamientos llevados a cabo por el Frente popular habían alcanzado la cifra de 490, las víctimas mortales de la represión nacional —incluidas las de la posguerra— se elevarían a 1788.^[57] Con todo, no llegó a las dimensiones de otras zonas de España ya que, por orden expresa de Franco, Bilbao fue ocupada por escasas fuerzas militares y se prohibieron de manera tajante las detenciones arbitrarias y los asesinatos incontrolados. Diez días después de la toma de la ciudad, al ocuparse Valmaseda y el monte de las Neveras, concluían prácticamente las operaciones en Vizcaya. Quedaba el frente establecido así en los límites de Santander, aunque todavía el 5 de julio las fuerzas de Franco lograron ocupar el macizo de Castro Alén. La liquidación del resto del Norte era ya sólo cuestión de tiempo.

*¿Qué es eso, abuela, que viene,
que avanza, que ya se acerca,
que corre por los caminos,
que salta por las mesetas,
que sube por las montañas,
que baja por las laderas,
que surca, veloz, los ríos
y que por los aires vuela
sembrando cariños nuevos,
fundiendo esperanzas nuevas?*

*La abuela quitó las gafas,
cogió al niño de la mano;
besóle la frente tierna;
y con voces guarneidas
de temblores y ronqueras,
dijo: «Nietecito, escucha:
eso que se nos acerca,
eso que alegra a tu madre,
eso que a tu padre alegra,
eso que aúna a los hombres
que quieren ganar la guerra,
eso que será la fuente,
de la España libre y nueva
eso, nietecito mío,
eso es... la Alianza obrera»*

A. AGRAZ, «UHP»

*... Venid, carros de Rusia, difícil mecanismo
animales sin sangre, sin hembra y sin sudores.
Con un poco de fuego, como quien quema a un árbol
sobre los recios surcos, os quedareis inmóviles.
Y os cubrirá la tierra, la lluvia, las hormigas,
la alondra de los cielos, las campesinas flores.
Y mientras vuestra herrumbre retorna a ser paisaje
vuelve a llenar de santos, Castilla su horizonte.*

AGUSTÍN DE FOXÁ,
«Un tanque ruso en Castilla»

La reacción del Frente Popular: Brunete

Brunete: la ofensiva^[58]

En la primavera de 1937, el mayor problema con que se enfrentaba el gobierno del Frente popular era eliminar —o al menos aliviar— la presión que las fuerzas de Franco ejercían sobre el Norte. Siendo prácticamente inexistente la coordinación militar entre el gobierno vasco y el republicano, la ayuda de éste al frente del Norte tuvo que adquirir la forma de operaciones de diversión. Las mismas tuvieron escaso relieve. Del 9 al 13 de abril, en el sector de Madrid, tuvo lugar un ataque del Frente popular contra las posiciones nacionales de Garabitas y el Cerro del Águila cuya finalidad era aislar la Ciudad Universitaria. Durante los días 10 y 11 de mayo, los republicanos lanzaron asimismo un ataque sobre la cabeza de puente establecida por los nacionales al sur de Toledo. Finalmente, del 30 de mayo al 2 de junio, se produjo una nueva ofensiva del Ejército popular cuyo objetivo era progresar sobre Segovia valiéndose del trazado de las posiciones enemigas en el sector de La Granja. Se trataba de un intento ambicioso que, combinado con un ataque demostrativo en el Alto de los Leones, debía no sólo romper el dogal enemigo sobre Madrid sino también obligar a los nacionales a desplazar tropas desde el Norte suavizando así la presión que las fuerzas de Mola ejercían en aquel frente. Todos estos ataques republicanos se saldaron con fracasos sucesivos y, al no conseguir el desvío de tropas enemigas de la zona de Vizcaya, no lograron aliviar ni siquiera mínimamente los efectos de la ofensiva de Mola.

Fue entonces, todavía en el verano de 1937, cuando tuvo lugar lo que el general Rojo definiría, de manera un tanto inexacta, «primer intento ofensivo del ejército de la República».^[59] La razón fundamental de esta ofensiva era el carácter cada vez más preocupante que las operaciones militares en el Norte estaban adquiriendo para el gobierno del Frente popular. Resultaba imperativo reducir la presión de las tropas de Franco sobre aquel frente y para ello el medio más adecuado era el desencadenamiento de una ofensiva de carácter diversorio. El teatro elegido para este objetivo debía contar con una serie de condiciones. En primer lugar, tenía que permitir al Ejército popular utilizar sus mejores tropas; en segundo, debía contar con la suficiente importancia como para obligar a Franco a disminuir la presión en el Norte y a enfrentarse con aquella nueva amenaza. En ese sentido, la elección de Madrid resultaba casi forzosa.

Ya en enero de 1937, cuando se cortó la carretera de La Coruña desde Las Rozas a El Plantío, los generales Pozas y Miaja habían proyectado una reacción en virtud de la cual, descendiendo por el valle del Guadarrama, se tomaría Brunete. De hecho, casi todos los estudios de operaciones realizados durante los primeros meses de 1937 contenían referencias a Brunete. El 22 de marzo, el

general Miaja, al frente del Ejército del Centro, y el teniente coronel Vicente Rojo, su jefe de Estado Mayor, procedieron a redactar unas directivas reservadas en las que se hacía referencia a una línea de penetración para romper el cerco de Madrid. La mencionada línea pasaba por Valdemorillo, Villanueva de la Cañada, Brunete y Villaviciosa de Odón. Cinco días después, el plan quedó perfilado. De acuerdo con éste, además del ataque ya señalado debía producirse otro sobre el saliente de La MaraÑosa y un tercero sobre Valsaín y La Granja. El 22 de abril, el jefe del Estado Mayor, coronel Álvarez Coque, propuso a Largo Caballero la realización de tres operaciones: una destinada a liberar Mérida; otra, cuyo objetivo era Oropesa y una tercera, centrada en Brunete. En un Estado dotado de cierta cohesión política —como sucedía en el creado por Franco— semejante propuesta hubiera venido decidida por criterios fundamentalmente estratégico-militares. No fue ése el caso en la España controlada por el Frente popular. De hecho, la decisión, de signo militar, se convirtió en un instrumento de lucha política entre las distintas facciones presentes en el Gobierno frentepopulista. La acción sobre Oropesa quedó descartada y hubo que decidir entre una ofensiva sobre Mérida y otra contra Brunete. Largo Caballero era partidario de la operación sobre Mérida considerando que discurriría sobre territorio mayoritariamente favorable a la causa del Frente popular y que de la misma podía derivarse una partición en dos de la España nacional. La idea era sumamente atractiva, pero el dirigente socialista había chocado, a la hora de intentar imponerla, con la resistencia de los comunistas soviéticos y españoles decididos a derribarle por su independencia. Apoyándose en Miaja, respaldado por los generales soviéticos Stern (Grigorovich), Kulik (Kupper) y Shmuckievich (Douglas), los comunistas hicieron todo lo posible para torpedear la iniciativa de Largo Caballero. Señalado el día 7 de mayo como el de comienzo de la ofensiva, la fecha fue retrasada hasta el 21. Sin embargo, tampoco entonces dio inicio. El 3 de mayo estallaron los «sucesos de Barcelona»^[60] precisamente cuando Largo Caballero se disponía a viajar a Extremadura. Como ya vimos, aquel enfrentamiento en tierras catalanas entre el PSUC y la inteligencia soviética, por un lado, y el POUM y la CNT, por el otro, se saldó con una clara victoria de los primeros. Tras la caída de Largo Caballero, el nuevo jefe del Gobierno, Negrín, y el ministro de Defensa Nacional, Prieto, rechazaron de manera definitiva la idea de una ofensiva en Extremadura. El nuevo objetivo señalado fue Brunete.

El plan de la ofensiva pretendía, mediante una maniobra de ruptura y envolvimiento, cercar la línea adversaria que discurría en las lindes de Madrid desde Las Rozas a Entrevías, atacándola de frente y de revés y provocando su caída. Si esta maniobra tenía éxito —lo que obligaba previamente a las fuerzas atacantes a enlazarse a la altura de Navalcarnero— Franco se vería obligado a retirar fuerzas del frente del Norte y tendría además que constituir un nuevo frente (por añadidura más extenso y más difícil de defender) que iría desde el Cerro de los Angeles a Brunete. De esta manera, Madrid se vería además libre del cerco que se apretaba sobre la ciudad desde el otoño de 1936 y la iniciativa de la guerra pasaría al Frente popular. A partir de la victoria, el Ejército popular —que no habría agotado sus reservas— podría pasar a nuevas ofensivas frente a un enemigo que no tendría posibilidad de proseguir la lucha en el Norte.

El plan tenía que ser ejecutado mediante dos ataques, uno principal y otro secundario. El

principal, llevado a cabo por los cuerpos de Ejército V (Modesto) y XVIII (Jurado),^[61] debía llevarse a cabo en dirección a Brunete, pasando entre los ríos Perales y Guadarrama, y concluyendo en las inmediaciones de Navalcarnero. El V Cuerpo constituiría un nuevo frente defensivo desde Quijorna hasta Sevilla la Nueva y avanzaría hacia Móstoles. El XVIII Cuerpo —en paralelo con el V— atacaría en dirección a Villanueva de la Cañada, Romanillos y Boadilla del Monte. De esta manera, podría enlazar entre el Ventorro de El Cano y Móstoles con las fuerzas que habrían llevado a cabo el ataque secundario. Éste, que desarrollarían las reservas de Madrid reunidas en el II Cuerpo (teniente coronel Romero), partiría del sector de Vallecas y cortaría el frente enemigo entre Villaverde y el Basurero, avanzando después hacia Alcorcón para enlazar allí con el XVIII Cuerpo.

Una vez que se hubiera llevado a cabo la conjunción de las fuerzas,^[62] quedarían constituidos dos frentes. El exterior tendría como finalidad detener a las tropas enemigas que se enviaran para socorrer a las atacadas y, si era posible, avanzar hacia el sur de la línea Ciempozuelos-Torrejón-Griñón. El interior, por su parte, aprovechando el aislamiento del adversario iría desmoronando sus resistencias. En su conjunto, el plan de la ofensiva, trazado de manera meticulosa por Rojo y en el que también intervinieron los consejeros soviéticos, resultaba notablemente brillante. Podía objetarse su ambición,^[63] pero, en conjunto, no podía ser calificado de imposible. Si se veía coronado por el éxito, estratégicamente, quedaría interrumpida la victoriosa ofensiva de Franco en el Norte y sus reservas serían atraídas a Madrid donde podrían ser fijadas e incluso destruidas con más facilidad. A esto se sumaba una serie de circunstancias favorables a los atacantes. Geográficamente, Brunete carece de líneas de defensa naturales y está dominado en buena medida por las alturas de Valdemorillo. Además, la superioridad numérica con que contaba el Ejército popular era, en un primer momento, verdaderamente abrumadora. En el momento de la ofensiva, en la localidad había varias planas mayores, incluida la del subsector,^[64] pero apenas fuerzas de los nacionales que pudieran ser calificadas de combatientes. En los pueblos cercanos de Quijorna, Villanueva de la Cañada, Villafranca del Castillo y Villanueva del Pardillo, los defensores se reducían a cinco unidades de tipo batallón, dos compañías sueltas, dos baterías y algunas piezas antitanque. Se trataba de un conjunto de efectivos muy reducido que permitía ser muy optimista sobre el resultado final de la ofensiva.

En la tarde del 5 de julio, el ministro de Defensa de la República visitó la zona de concentración. El ambiente de la tropa estaba marcado por el entusiasmo, un entusiasmo que superaba, en realidad, al de las autoridades del Frente popular. Prieto era consciente, por ejemplo, de que un fracaso en esta ofensiva podría poner de manifiesto que la guerra no podía ser ganada militarmente y que la única salida sería una paz negociada. Aquella misma noche comenzó el ataque. La División 11, al mando del comunista Líster, rompió el frente y logró llegar hasta Brunete. A medio kilómetro de esta localidad, las tres brigadas de la División de Líster actuaron. La 9 Brigada rebasó Brunete por la izquierda (este), la 100 por la derecha (oeste) y la restante se detuvo a unos trescientos metros del pueblo. A las seis de la mañana, dos batallones de la Brigada 100 atacaron Brunete de revés, mientras la 9 Brigada seguía avanzando hacia el Guadarrama y la

100 seguía hasta Sevilla la Nueva y Navalcarnero.^[65] El enemigo no se había percatado de las maniobras del Ejército popular y cuando se produjo el ataque sobre Brunete resultó presa del pánico. A las siete, las fuerzas de Líster habían tomado la localidad y todos sus defensores o eran bajas o habían caído prisioneros.^[66] En aquellos momentos, Líster debía haber continuado su avance, pero perdió casi cinco horas en Brunete dedicado a la requisas. Esta pérdida de tiempo iba a resultar fatal para la ofensiva.

Hacia las ocho y media, el Estado Mayor del I Cuerpo de Ejército nacional (general Yagüe) dio órdenes a algunas unidades dispersas para que se dirigieran a Brunete y fijaran al enemigo sobre el terreno. El batallón LXXV del Regimiento salmantino de la Victoria, mandado por el comandante Alfredo Castro Serrano, se encontraba en Villa-viciosa y recibió la orden de desplegarse en la línea del río Guadarrama. Esta unidad, a cuyo frente se situó Álvarez Entrena se excedió, de hecho, en su cometido. Así optó por rebasar la línea asignada y enfrentarse con el enemigo, a costa incluso de quedar destrozada, para dar tiempo al Mando y así permitirle reaccionar adecuadamente frente a la ofensiva. A unos dos kilómetros de Brunete se halla una ligera altura —la cota 663— que el batallón LXXV tomó para resistir a las fuerzas de Líster. La acción fue muy similar a la decidida por el unionista Buford en los primeros momentos de la batalla de Gettysburg. Una fuerza pequeña pero decidida y mandada por un jefe resuelto optó por resistir firmemente en una altura para dar tiempo a que el resto del Ejército llegara y detuviera la ofensiva enemiga. Como en el caso de Buford, la medida llevada a cabo por Álvarez Entrena tuvo efectos decisivos sobre el resultado de la batalla.

A las once se produjo el primero de una serie de terribles choques en la cota 663. Sin embargo, Líster no logró desalojar ni en ese día ni en los siguientes al batallón. El frente quedó fijado en ese costado en la cota 663 y el día 6, a las tres de la tarde, se estableció además a la izquierda del batallón el I Tabor de Regulares de Melilla. En paralelo a la acción del batallón mandado por Álvarez Entrena, la I Bandera de la Legión (comandante Cebriá) partiendo de Chapinería, se situó en unas posiciones que dominaban la carretera de San Martín de Valdeiglesias. También allí Líster quedó detenido. La acción del mando republicano no sirvió para subsanar una situación que estaba empeorando. A las once de la mañana, Miaja ordenó al V Cuerpo que se limitase a asegurar Brunete mientras no cayesen Quijorna y Villanueva de la Cañada. Esa falta de audacia —que parece indicar una desconfianza hacia los propios hombres o una supravaloración de los contrarios — se revelaría fatal.

Por otro lado, la situación de las otras divisiones del Ejército popular no era todo lo favorable que se habría esperado. La División 46, situada en el flanco derecho, arrolló las resistencias de primera línea y rompió el frente al amanecer. Sin embargo, su avance resultó detenido en Quijorna. Por su parte, la División 3 del XVIII Cuerpo se dirigió a Villanueva de la Cañada. No logró desbordar el pueblo inicialmente y sólo consiguió entrar en el mismo cuando, al atardecer, los defensores, ante la posibilidad de verse cercados, se retiraron. De esta manera, el primer día de la ofensiva había concluido en apariencia de manera favorable para el Ejército popular, pero lo cierto es que ya había comenzado a producirse una cierta ralentización. Para el segundo, se había previsto que se continuara el avance comenzado y, a su vez, se iniciara el secundario. Gracias a

éste se esperaba que las reservas de Madrid no pudieran paralizar el avance por Brunete. En cuanto al II Cuerpo había sido aún menos eficaz en el logro de su misión. Aunque inicialmente había logrado llegar hasta la carretera de Toledo, por la tarde el pánico cundió entre sus elementos más avanzados. La falta de experiencia y el temor a una situación de avance a la que no estaban acostumbradas impulsaron a estas tropas a replegarse perdiendo así lo obtenido en las primeras horas. Semejante error resultó fatal. Los nacionales habían captado el objetivo que perseguía el Ejército popular y dispuso una cobertura de fuego. Al día siguiente, cuando se produjo el ataque, no se logró ningún avance.

Al amanecer del día 7, las fuerzas del V Cuerpo tomaban Villanueva de la Cañada donde durante la noche se había combatido cuerpo a cuerpo. Quijorna, sin embargo, continuó resistiendo e incluso el enemigo reforzó su defensa. Durante el día 8, las tropas del Ejército popular tampoco lograron sus objetivos y, por añadidura, comenzaron a perder el dominio del aire. Ya el 7, los aviones de Franco habían bombardeado dos veces el norte de Brunete y otras tantas Valdemorillo y Villanueva de la Cañada.^[67] Desde el 8, los bombardeos sobre las fuerzas del Ejército popular no se interrumpieron y en ellos tuvo un papel destacadísimo la Legión Cóndor que Franco había trasladado desde el frente Norte.

A partir del día 9 de julio, la ofensiva del Ejército popular, que ya se había detenido, quedó completamente desangrada. Quijorna cayó el cuarto día de la ofensiva y Villanueva del Pardillo, el quinto, pero, para entonces, aquellos éxitos parciales ya carecían de trascendencia. El 10 de julio, el general Sperrle de la Legión Cóndor ordenó a todas sus escuadrillas de bombarderos que atacaran los aeródromos republicanos situados en las inmediaciones de Madrid. Al mismo tiempo, debían emplearse en bombardeos detrás de las líneas enemigas.^[68] La táctica consistió en realizar vuelos pequeños con intervalos de diez minutos durante todo el día y la noche. Las fuerzas del Frente popular habían perdido irremisiblemente el dominio del aire y la posibilidad de seguir con el plan original.

Brunete: la contraofensiva

Franco había captado el peligro que existía en la ofensiva del Ejército popular y había decidido rápidamente desplazar a Brunete parte de las tropas empleadas en el Norte. En primer lugar, fueron enviadas a Brunete dos divisiones, la 105 y la 108, que aún estaban en período de formación así como todas las reservas que se habían podido extraer del teatro de operaciones del Centro. Luego, de manera inmediata, la aviación nacional en masa (incluida la alemana Legión Cóndor) fue desviada a Brunete así como las Brigadas de Navarra 4 y 5 y un considerable despliegue artillero. Si los días 12 y 13, sus fuerzas ya habían sido lanzadas a contraataques parciales, a partir del 18 —durante el cual la Legión Cóndor derribó veintiún aparatos enemigos— el contraataque fue generalizado.

Su finalidad era estrangular la bolsa de Brunete y, si resultaba posible, liquidar todo el sector de El Escorial. Para ello operaron cinco divisiones: la 13 (Barrón), por el centro; la Provisional (Asensio); la 5.^a Brigada de Navarra (coronel Sánchez González), por la derecha; y la 150 (Sáenz

de Buruaga) y la 4.a Brigada de Navarra (coronel Alonso Vega) por la izquierda. Los hombres de la 11 División del Ejército popular desarrollaron en los días siguientes una durísima resistencia, sumada a la práctica de continuos contraataques, pero el día 20, Líster solicitó el relevo de su unidad que llevaba combatiendo sin interrupción catorce días con sus catorce noches.^[69] La situación era indudablemente gravísima para las fuerzas del Ejército popular. Como el mismo Líster expondría a los mandos en la finca de Canto del Pico, término de Torrelodones, las bajas ya rondaban la mitad de sus hombres, algunos combatientes habían enloquecido y la falta de sueño, día tras día, resultaba desesperante. Miaja señaló a Líster que debía entrevistarse con Rojo y éste, efectivamente, le anunció que la 11 podría ser relevada en dos o tres días.

Del 20 al 23, los ataques de la infantería nacional se redujeron, aunque continuaron los de la aviación y la artillería en paralelo a la ubicación de más fuerzas frente a Brunete con vistas a una ofensiva. El día 24 a las siete de la mañana —con un objetivo limitado a la destrucción del enemigo y a la recuperación de Brunete— la División Barrón, organizada a base de dos Brigadas, cada una con dos Regimientos de tres batallones,^[70] se lanzó sobre esta localidad.^[71] Su acción había sido precedida por un bombardeo artillero iniciado a las seis de la mañana y otro de aviación comenzado a las seis cuarenta y cinco. El combate resultó durísimo. Por la derecha, los regimientos Álvarez Entrena y Santamaría desalojaron las primeras posiciones del Ejército popular a la bayoneta calada. A las nueve cuarenta y cinco, los nacionales habían tomado las lomas que dominan de flanco la carretera que iba desde Brunete a Villanueva de la Cañada. Tras soportar un fortísimo contraataque republicano, las tropas de Álvarez Entrena atravesaron la carretera general de Brunete a Boadilla, rebasándola medio kilómetro a vanguardia. Seguir resistiendo constituía desde ese momento una imposibilidad aunque tal reflexión no caló en el ánimo de las fuerzas de Líster. Los soldados del Ejército popular continuaron defendiéndose hasta que, a las once cuarenta y cinco, el Regimiento Molero consiguió ocupar las ruinas a las que había quedado reducida la localidad.

La batalla, sin embargo, distaba de estar concluida. Al norte, a medio kilómetro aproximadamente, sobre una loma baja, se encontraba el cementerio. En su interior se refugiaron los restos de la División 11, mezclados con algunas fuerzas de la 35 (Walter) y la 14 (Mera). No iban a limitarse a resistir. Durante toda la noche del 24 al 25, se sucedieron a la desesperada los contraataques de los hombres del Ejército popular e incluso llegaron a entrar en Brunete algunos carros que acabarían siendo rechazados. Las primeras horas del día 25 transcurrieron en una sucesión prácticamente ininterrumpida de ataques y contraataques con resultado irresuelto pese a la acción continua de la Legión Cóndor que voló en tres oleadas sobre la zona de ataque.^[72] Si los soldados del Ejército popular no conseguían reconquistar el pueblo, los nacionales tampoco lograban desalojarlos de una altura, la del cementerio, desde la que eran dominados. Finalmente, a las tres cuarenta y cinco minutos de la tarde se inició un bombardeo artillero que duró un cuarto de hora y cuya finalidad fue preparar el asalto contra el camposanto. Cinco minutos antes de las cuatro, a la artillería se sumó la aviación. A las cuatro comenzó el ataque de la infantería nacional.

Inicialmente, la nueva acometida fue rechazada por los soldados del Ejército popular, pero

entonces se produjo un episodio que, como la acción del Batallón de la Victoria al principio de la batalla, tendría una enorme trascendencia. Mientras se dirigían a bombardear las posiciones republicanas algunos aviones nacionales, el sargento Juan Bejarano del Barco se lanzó al frente de una sección del VI Tabor de Melilla sobre el camposanto. La acción resultó tan vigorosa e inesperada que tomó el emplazamiento arrastrando en pos suyo al resto del VI Tabor y al IV Batallón de las Navas. El episodio hizo inútil un nuevo bombardeo nacional y si no se produjo esta vez sobre las propias tropas se debió a la correcta coordinación existente entre las fuerzas de aire y de tierra. Los aviones, libres de su misión inicial, pudieron concentrar su carga letal sobre un bosquecillo en el que se habían refugiado los restos de las Divisiones 11 y 14, batidos además por la artillería. El resultado de aquel duro castigo fue la desbandada de los soldados del Ejército popular de la República.

En las primeras horas de la tarde, el frente de Brunete —que había resistido tenazmente sólo hasta unas horas antes— se desplomó. Las medidas encaminadas a mantener a las tropas del Ejército popular en sus posiciones —o siquiera a evitar una retirada en desorden— no tuvieron éxito. En la noche del 25 al 26, la 11 División, en torno a la cual había girado el enfrentamiento en Brunete, se fortificó en Villanueva de la Cañada de donde no resultó relevada hasta el 27. De sus 10 000 combatientes, le quedaban menos de 4000 y de sus bajas un número considerable eran muertos. Éstas ascendían a 626 sólo entre jefes y oficiales^[73] y superó las cuarenta entre los comisarios. Brunete, sin embargo, no sólo había significado el aniquilamiento de la División 11 sino también el de una ofensiva republicana de envergadura.

Brunete: el balance

A finales de julio, el frente finalmente quedó fijado en una línea de pueblos como Villanueva del Pardillo-Villanueva de la Cañada y como Quijorna. Ambos bandos manifestaron su pretensión de que la victoria había sido propia. Tal conclusión, sin embargo, no resulta sostenible. El coste de la batalla de Brunete —localizada en torno a sólo unos kilómetros de territorio— fue, sin duda, considerable para los dos contendientes, pero resultó mucho más oneroso para los que habían desencadenado la ofensiva. Mientras que las tropas de Franco sufrieron unas 17 000 bajas, las pérdidas del Ejército popular debieron girar en torno a la cifra de 23 000. Si la 11 División perdió más del 60% de sus hombres, fue también muy considerable el golpe sufrido por las Brigadas Internacionales.^[74] La 11 Brigada tuvo 1165 bajas; la XII, 476; la XIII, 1099; la XV, 1259 y la CL, 270. Los batallones norteamericanos Lincoln y Washington quedaron tan quebrantados que se vieron obligados a fusionarse en uno solo. En cuanto al British, de sus 300 hombres sólo salieron ilesos 42. En términos materiales, los republicanos perdieron asimismo un centenar de aviones frente a veintitrés nacionales. Con todo, lo peor para el Frente popular era que, estratégicamente, la ofensiva se había saldado con un rotundo fracaso y que, de manera casi inmediata, Franco pudo volver a reanudar la campaña del Norte que era lo que se había intentado impedir.

Las razones de la derrota del Ejército popular fueron, fundamentalmente, dos. La primera consistió en la falta de preparación de sus tropas, especialmente en lo que a mandos se refiere. A

pesar de su abrumadora superioridad inicial y de su capacidad para lanzar una ofensiva, el Ejército popular había dejado de manifiesto que su capacidad de coordinación era muy limitada y que sus mandos distaban de estar en muchos casos a la altura de las circunstancias. Eso explica que, a la vez que la 11 División resistió heroicamente en Brunete, pudiera desperdiciar cinco horas preciosas en requisas innecesarias en el momento inicial de la ofensiva o que otras unidades se retiraran inesperadamente en el primer día abandonando para siempre un territorio ya ganado. El temor al avance y la insistencia en liquidar los puntos de resistencia situados en Quijorna (V) y Villanueva del Pardillo, primero, y Villafranca del Castillo, después (XVIII), en lugar de rebasarlos y avanzar hicieron que los republicanos perdieran un tiempo indispensable para el triunfo de la ofensiva. Esta suma de falta de preparación, de indecisión y de errores resultó fatal. El avance se vio ralentizado mientras las reservas se consumían con excesiva celeridad.

La segunda clave del fracaso de la ofensiva del Ejército popular fue, una vez más, la dificultad para mantener en favor propio la superioridad material con que contaba inicialmente. Cuando las fuerzas se vieron equilibradas, a los pocos días de comenzada la ofensiva, ésta se vio abortada. Se manifestó así un patrón que se repetiría varias veces durante el resto de la guerra. El ataque victorioso del Ejército popular había sido detenido por fuerzas nacionales muy inferiores que, al recibir refuerzos, pasarían a la contraofensiva transformando los reveses iniciales en victoria.

El triunfo de Franco —que resultó obvio en la medida en que frustró totalmente los planes del Ejército popular causándole numerosas bajas— no obtuvo todos los frutos que, potencialmente, podría haber conseguido y le ocasionó la crítica de aquellos que consideraban que el general español había violado una de las reglas básicas de la guerra.^[75] La feroz resistencia de la División 11 en Brunete le llevó a convertir los planes de su contraofensiva en más modestos y, posiblemente, le influyó para no continuarla tras el desplome del frente. Seguramente, Franco deseaba cualquier cosa menos volver a cosechar otro fracaso en las cercanías de Madrid y prefirió no perseguir a fondo a un enemigo derrotado aventurándose en una operación que, no obstante, se podría haber saldado con una victoria mayor. Como tendría ocasión de dejar de manifiesto varias veces a lo largo de la guerra, la prudencia era un atributo que estimaba enormemente. De esa manera, la línea del frente quedó estabilizada en esa zona hasta el final de la guerra y el eje de ésta se vio de nuevo desplazado hacia el Norte.

*Porque tiro la barrena
me llaman el barrenero.
Y me importa tres cominos
cualquier gobierno extranjero.
Ciérrenos Blum sus fronteras,
siga Plymouth con su cuento,
déjennos quienes decían
que querían protegernos,
y, al vernos en la estacada,
se alejan con viento fresco.
Tres puñetas nos importan
los extranjeros gobiernos,
mientras la entraña del mundo
guarde el gran volcán obrero,
que algún día estallará
viniendo en apoyo nuestro...*

A. AGRAZ, «Mineras»

*Un general, descendiente
de los héroes de Troya,
de genio napoleónico
y contextura de roca,
sube al altar de la Fama,
abre un surco en las memorias
de los hechos colosales,
donde clava su tizona,
que germina en romanceros
de una era luminosa...*

*Es Aranda, hijo del Cid,
quien, como rayo que ahonda
y acuchilla la negrura
de la noche de la Historia,
vivirá siempre, nimbado
de legendaria aureola.*

JORGE JUAN, «Poema de Oviedo»

La campaña del Norte (II): el final

La ofensiva de Santander: los preliminares^[76]

La ofensiva de Brunete apenas sirvió para retrasar la caída del Norte escasas semanas. La entrada de los nacionales en Bilbao había tenido además una importancia fundamental tanto en el terreno ideológico como en el militar. Tras producirse, la jerarquía católica podía expresarse aún con más claridad en favor del bando nacional ya que los católicos vascos prácticamente habían dejado de existir como adversarios. Así lo hizo efectivamente el 1 de julio de 1937 en la Carta colectiva del Episcopado español.^[77] Desde un punto de vista militar, la caída de Bilbao significó que la costa norte se vio bloqueada, a la vez que las autoridades del Frente popular no disponían de la marina y la aviación deseados para aprovisionar Santander y Gijón. Su situación, por lo tanto, se convirtió en muy difícil en términos estratégicos.

Pese a todo, el general Gámir Ulibarri, comandante en jefe de las fuerzas del Ejército popular en el Norte, no se dio por vencido e intentó llevar a cabo su reorganización. Así las agrupó en cuatro Cuerpos de Ejército —XIV, XV, XVI y XVII— de los que los dos primeros, vasco y santanderino respectivamente, debían defender Santander. Sus unidades, divididas en dos grandes masas, se orientaban hacia el Este, cubriendo el frente situado entre Castro-Urdiales y Villaverde de Trucios, y hacia el Sur, ocupando el saliente que, en la zona del Alto Ebro, dibuja el límite de la provincia con las de Burgos y Palencia. Su intención era retrasar al enemigo y obligar a Franco a detener su avance en el invierno. Llegados a ese punto, Gámir contaba con acciones desde el Sur que impidieran la caída total del Norte. Para que todo esto pudiera producirse, resultaba esencial que las tropas del Ejército popular que defendían la zona endurecieran al máximo su resistencia.

El mayor obstáculo para la puesta en práctica del plan de defensa del Ejército popular lo constituía la actitud de los nacionalistas vascos. Precisamente por ello Gámir ordenó la reagrupación de las fuerzas vascas sin tener en cuenta su filiación política. La respuesta del Euzkadi Buru Batzar del PNV —que ya estaba en tratos con los italianos para firmar una paz por separado— fue insistir en que debían ser los nacionalistas los que reorganizaran los batallones. Gámir desconocía las conversaciones que los nacionalistas mantenían con enviados del Duce y aceptó su postura aunque insistiendo en que la reorganización debía ser llevada a cabo en el plazo de quince días. La respuesta de los nacionalistas fue exigir de Gámir que sus tropas fueran desplegadas en una línea del frente que mirara hacia Euzkadi. De nuevo, el general republicano accedió a las pretensiones de los nacionalistas vascos y la mayor parte de las unidades de éstos se

concentraron en la zona situada entre Solares y la costa de Carranza.

Mientras tanto las conversaciones de los nacionalistas vascos con el enemigo habían proseguido a buen ritmo. El 5 de julio, Mussolini envió a Franco un telegrama en el que le sugería la posibilidad de que los vascos se rindieran por separado a las fuerzas italianas. A cambio de que aquéllos fueran colocados bajo custodia italiana, se habría conseguido mermar de manera importante las fuerzas enemigas, evitar el derramamiento de sangre, conseguir una victoria y acelerar la conclusión de la guerra. Franco contestó de manera favorable aunque manifestó sus dudas de que la rendición de los nacionalistas vascos produjera por sí sola el hundimiento del frente. El 23 de julio, el representante nacionalista Julio Jáuregui se entrevistó en Hendaya con un enviado del Ejército nacional. A cambio de una rendición de los nacionalistas vascos, Franco estaba dispuesto a permitir que sus dirigentes marcharan al exilio y a que no hubiera represalias contra los soldados que se rindieran. Por lo que se refiere a los italianos, también prosiguieron los contactos. En el curso de los mismos, los nacionalistas vascos afirmaron que si no se habían rendido antes se había debido al temor de que no se lo permitieran las fuerzas republicanas de Santander, pero que ahora la situación era distinta. Entre los puntos acordados estaba uno de especial relevancia: «los vascos no lucharían, sino que se mantendrían en situación defensiva, sin abandonar tampoco el frente... o sea sin prestar ninguna colaboración al resto del Ejército del Norte». A cambio de este comportamiento, «los italianos se comprometerían, a su vez, a dejar libre el mar para la entrada de barcos con víveres, los cuales a su salida podrían evacuar la población civil vasca». La conducta de los nacionalistas vascos —que, en puridad, sólo puede ser calificada de traición a las fuerzas del Frente popular que combatían en Vizcaya y el resto de España— llegó a su extremo al señalar a los italianos incluso el punto por donde debían llevar a cabo el ataque contra Santander: «El Ejército de Franco y las tropas legionarias italianas para tomar Santander no atacarán por el frente de Euzkadi... (desarrollarán) su ofensiva por Reinosa y el Escudo para ocupar Torrelavega y Solares, los dos puntos estratégicos de las comunicaciones con Santander y Asturias, y de esta manera copar al Ejército de Euzkadi en su demarcación territorial».^[78] Los gudaris capturados de esta manera serían trasladados por barco al extranjero y, caso de no ser posible la huida de todos, los restantes quedarían en campos de concentración italianos comprometiéndose Italia «a que ningún gudari vasco rendido tomase más las armas mientras durase la guerra». De acuerdo con lo pactado, el día 31 de julio, los nacionalistas vascos debían rendirse a los italianos.

Sin embargo, si aquéllos estaban dispuestos a concluir la guerra, el Estado Mayor del Ejército republicano del Norte tenía el propósito de continuar la lucha. Con tal finalidad, preparó el desencadenamiento al mismo tiempo de dos ofensivas, una que se lanzaría sobre el frente de Oviedo —una bolsa nacional en medio de la Asturias republicana— y otra contra la ermita de Kolitza. Aquellas acciones echaban por tierra los planes de los nacionalistas vascos para lograr una paz por separado y, por ello, la oposición de los mismos resultó fulminante. Sin embargo, pese a argüir todo tipo de objeciones —el supuesto antivasquismo de los mandos republicanos, la falta de preparación de las unidades vascas, etc.— el Estado Mayor, decidido a combatir, no transigió en esta ocasión. La respuesta de los nacionalistas vascos fue entonces el sabotaje. Como,

años después, indicarían los nacionalistas vascos Lejarzegui y Ugarte en un informe presentado ante la dirección del PNV, «la operación (contra la ermita de Kolitza) se inició pero, preparados oportunamente nuestros batallones de hacer que hacían y no hacer nada, fracasó...».^[79]

Algo similar sucedió en relación con la ofensiva de Asturias. Al final, antes de que pasaran veinticuatro horas desde el inicio de los ataques republicanos, los mismos estaban condenados al fracaso por obra y gracia de la actuación de los nacionalistas vascos. Como señalaron en el mencionado informe Lejarzegui y Ugarte: «Al día siguiente (de iniciarse la ofensiva de Kolitza) se pretendió seguir la operación, pero nosotros nos opusimos a ello decididamente, y pasara lo que pasara dimos orden a nuestros batallones para que no actuasen, cumpliéndose la misma y haciendo fracasar totalmente los intentos de lucha».^[80]

Las instrucciones cursadas al mismo tiempo a las unidades vascas a fin de que «empleasen los medios más radicales para desacatar los dictados del Estado Mayor» anularon cualquier posibilidad de disciplina. Un día antes, el 31 de julio, el PNV había dirigido a las autoridades del Frente popular un escrito en el que se manifestaba en contra de la realización de estas ofensivas. El 2 de agosto, la ofensiva del Ejército popular contra Oviedo hubo de ser suspendida. El destino de Santander quedó así sentenciado.

La campaña de Santander: la ofensiva

Aunque el 31 de julio no se pudo producir la entrega de las fuerzas nacionalistas vascas a las del Duce, las conversaciones entre ambas partes no se interrumpieron. Mientras tanto, el Ejército nacional se preparaba para lanzar una ofensiva sobre Santander que —no era extraño— seguía las indicaciones propuestas por los emisarios del PNV a los italianos. La intención de aquélla era estrangular, primero, el saliente del Alto Ebro, entre los puertos del Escudo y de Reinosa, y avanzar inmediatamente sobre Santander por las dos carreteras que descienden desde los puertos mencionados. De esta manera, se podría tomar de revés a las fuerzas adversarias que estaban en el este de la provincia y de las que se sabía que no presentarían resistencia.

Con la finalidad de llevar a cabo este plan se constituyeron tres agrupaciones de tropas bajo el mando del general Dávila, jefe del Ejército del Norte. La primera, concentrada en el límite entre Santander y Vizcaya, estaría formada por la Brigada de Flechas Negras, las Brigadas 2, 3 y 6 de Navarra y media Brigada de Castilla. La segunda, formada por el CTV italiano y la otra media Brigada de Castilla, debía atacar desde la región de Soncillo hacia el puerto del Escudo. Finalmente, la tercera, compuesta por las Brigadas navarras 1, 4 y 5 y una Brigada de Castilla, avanzaría sobre el puerto de Reinosa arrancando de Brañosera y Barruelo de Santillán.

La ofensiva se inició el 14 de agosto y en el primer día las fuerzas italianas pudieron avanzar treinta kilómetros sin encontrar apenas resistencia. Sólo el batallón vasco de Munguía resistió a los italianos lo que estuvo a punto de abortar las negociaciones para una paz por separado. No sucedió, sin embargo, así. El 15, los batallones vascos estaban ya muy cerca de los puntos en que se había convenido la entrega a los italianos. El 17, las fuerzas atacantes habían alcanzado sus primeros objetivos. Tomados Reinosa y el puerto del Escudo, se estableció el enlace entre las

agrupaciones segunda y tercera sobre la carretera transversal de Reinosa a Coronte y así quedó cerrada la bolsa del Alto Ebro. Al cabo de cuatro jornadas, los italianos habían capturado 14 carros, 80 piezas de artillería, la fusilería de 22 batallones y más de 10 000 prisioneros.^[81] Ciertamente, se habían resarcido con creces de la derrota de Guadalajara.

Toda orden de repliegue hacia Asturias cursada por el Mando del Ejército popular fue desobedecida conscientemente por las unidades nacionalistas vascas. El 23 de agosto, a las cinco de la mañana, éstas habían incurrido en rebelión armada contra el Mando republicano. Su consigna era que debían obedecer sólo las órdenes emanadas del Euzkadi Buru Batzar. A la vez que procedían a la liberación de dos mil quinientos presos recluidos en la cárcel de Santoña, el comandante local vasco proclamó la «República independiente de Euzkadi». Al día siguiente, mientras la 1 Brigada de Navarra alcanzaba Torrelavega y, tras adelantarse al puente de Barreda, cortaba en ese punto todas las comunicaciones republicanas hacia el oeste, dos oficiales vascos pasaron a las líneas italianas para negociar la rendición. Se entrevistaron así con el general Piazzoni de las «Flechas Negras» y el 26, las unidades nacionalistas vascas de la zona Laredo-Santoña se rindieron finalmente a los italianos. Dos días después, el general Roatta colocó bajo su protección a los dirigentes nacionalistas vascos y les garantizó que les ayudaría a pasar a Francia incluso aunque tuviera que recurrir al empleo de barcos italianos.

De momento, las fuerzas de Franco estaban demasiado ocupadas en perseguir a los restos del Ejército popular que quedaban en Santander como para entretenerte en cuestiones como el destino de los nacionalistas vascos. El 1 de septiembre, las unidades nacionales alcanzaron el puente de Unquera por la carretera de la costa. De esta manera Santander quedaba totalmente en sus manos. Tres días después, unidades del Ejército de Franco sustituyeron a las italianas en la custodia de los prisioneros vascos. Roatta se sintió humillado por aquella acción e incluso señaló que estaba dispuesto a dimitir. Sin embargo, aquella conducta distaba de ser inesperada. A inicios de julio, Franco había aceptado la propuesta de Mussolini de concluir una paz separada con los vascos, pero todo había quedado condicionado a una rendición rápida que evitara una campaña en Santander y el consiguiente derramamiento de sangre. Sin embargo, en opinión de Franco, los nacionalistas vascos no habían cumplido entonces con la palabra dada. De hecho, habían ido retrasando el momento de la rendición hasta que ya no quedó posibilidad de resistir obligando así a Franco a lanzar una ofensiva en la que se le habían ocasionado bajas y pérdidas materiales. Ahora los nacionalistas vascos no podían esperar un trato especial. Éstos, sin embargo, insistieron en su colaboración indispensable para el triunfo de las fuerzas de Franco en Santander. Así, en el informe de Víctor Lejarzegui e Iñaki Ugarte se afirmó taxativamente: «Podemos afirmar bajo palabra de vascos y cristianos que desde la retirada de Bilbao y hasta el presente, se ha actuado por lo que respecta a los batallones vascos y principalmente los nacionalistas, para la realización del convenio con Italia y sin permitir la menor resistencia con nuestros batallones. Sin ninguna jactancia y apelando a nuestra palabra antes citada afirmamos: Que de haber querido la resistencia del Norte, hubiera sido de tanta importancia como la de Euzkadi, en cuyo caso aunque mal resultado hubiéramos obtenido nosotros, el mismo resultado hubiera podido derivarse al enemigo por nuestra resistencia. Sabíamos nosotros y estábamos seguros de ello que si resistíamos hasta el

mes de octubre, el Norte no se pierde, porque el invierno hubiera impedido al enemigo organizar sus ofensivas, pero fieles cumplidores de nuestra palabra y roto el compromiso moral con el Gobierno de Valencia por parte de las fuerzas nacionalistas, ya que nadie más que ellas negociaban dicho plan, queríamos buscar una salida visible a nuestro ejército y evitarle cuanto más mejor la pérdida de sus hombres, que mirando en nuestro sentido de pueblo, los necesitamos mucho y en esta inteligencia, la solución única era la “italiana”, que al fin no se ha cumplido y no por nuestra culpa. Dejamos todo ello en manos de Jaungoikua».

Ciertamente, las consecuencias más importantes de las maniobras llevadas a cabo por los nacionalistas vascos fueron la imposibilidad de contener a las fuerzas de Franco en Santander un tiempo similar al de Vizcaya. De esta manera, se había facilitado su avance, la pérdida del Norte para el Frente popular y con ella la de la posibilidad de la victoria en el campo de batalla. El pago que los nacionalistas vascos recibieron por esta acción fue, sin embargo, bien magro. Millares de ellos fueron encuadrados en las unidades de Franco, de manera que combatirían en su seno hasta el final de la contienda.

Belchite: la ofensiva^[82]

El deterioro irrefrenable de la situación militar en el Norte obligó a las autoridades del Frente popular a plantearse el desencadenamiento de una nueva ofensiva de distracción que obligara a Franco a apartar tropas de aquel teatro de operaciones impidiéndole así la conclusión victoriosa de la campaña. En resumen, se trataba de intentar el lanzamiento de una ofensiva que repitiera el objetivo estratégico fundamental de la batalla de Brunete. Sin embargo, esta vez, el lugar elegido como escenario fue Aragón.

No faltaban razones para que el Mando del Ejército popular se decidiera por este lugar ya que en esta región, el frente era extraordinariamente fluido. En ambos bandos, los contendientes habían establecido posiciones en torno a los núcleos de población, fortificados con mayor o menor fortuna. El hecho de que la posición más avanzada desde Azaila fuera una covacha de peones rodeada por una alambrada escasa puede dar una idea de lo que esto significaba en términos prácticos. De hecho, cualquiera de los bandos hubiera podido, teóricamente, infiltrarse en la retaguardia del otro de haber contado con fuerzas suficientes como para realizar las debidas operaciones.

La secundariedad de este teatro de operaciones en cierta medida lo predestinaba para ser escenario de un ataque por sorpresa. De hecho, el llevado a cabo por el Ejército popular nunca se hubiera podido producir de desencadenarse una serie de bombardeos sobre los nudos de comunicaciones o las zonas de congestión. Sólo la torpeza de los servicios de inteligencia nacionales puede explicar que, pese a la quietud del frente, las tropas no se percataran de que las fuerzas del Frente popular estaban situadas en sus posiciones el día antes de comenzar la ofensiva, evitando así la viabilidad del ataque.

En la primera quincena de agosto, Vicente Rojo convocó al teniente coronel Cordón en una localidad situada a mitad de camino entre Lérida, donde se hallaba la sede del mando del Ejército

del Este, y Valencia. Cordón era un militar profesional del arma de Artillería, que había acabado con la resistencia nacional en el santuario de Santa María de la Cabeza y luego participado en la reorganización del Ejército de Cataluña. Partiendo de esa base, tenía cierta lógica que Rojo le encomendara la elaboración de un plan de ofensiva cuya finalidad era impedir el avance de las tropas de Franco en Santander desviándolas hacia el frente de Aragón.

La situación era realmente preocupante en el Norte y Cordón trazó su plan de operaciones con cierta premura convocando a los jefes de las unidades que participarían en la ofensiva, así como a Pozas y a Rojo. La ofensiva iba a tener una amplitud mayor que la de Brunete gracias a que el Frente popular había recibido nuevos envíos de armamento y contaba con un número de efectivos situado entre los 45 000 y los 50 000 hombres. Las operaciones debían realizarse bajo el mando del general Pozas, jefe del Ejército del Este, siendo jefe del Estado Mayor el teniente coronel Cordón. Aquéllas debían desarrollarse en paralelo al norte y al sur del Ebro.

Por el sur del río, tenía que producirse el ataque principal llevado a cabo por el V Cuerpo, trasladado desde Madrid, y por parte del XII que debía cubrir la maniobra principal. Ésta tenía como objetivo Zaragoza y debía lanzarse por la llanura, entre Quinto y Belchite. De acuerdo con lo planeado, la capital aragonesa debía caer en manos del Frente popular dentro de los tres primeros días. La ruptura debía realizarse de tal manera que se pudiese avanzar con rapidez sobre el frente Fuentes de Ebro-Mediana, mientras eran cercados Quinto y Belchite donde se esperaba una fuerte resistencia. En el caso de Quinto al ataque se sumarían fuerzas que cruzarían el Ebro por Pina, y en el de Belchite tropas del XII Cuerpo que ocuparían Puebla de Albortón y desbordarían el frente por el oeste de Belchite.

Por el norte del río, la División 27 debía romper el frente en dirección a Zuera, ocupar la localidad, contener a las fuerzas que pudieran descender desde el Norte y encaminar una brigada motorizada hacia el sur con el objetivo último de Zaragoza. Al mismo tiempo, la División 45, arrancando de los Monegros, desencadenaría un ataque en dirección a Villanueva del Gallego. Ambas acciones debían lograr que el frente se desplomara para poder amenazar Zaragoza. Según tardaran más o menos en llegar los refuerzos enemigos, se contaba con tomar la mencionada ciudad o con dominar, por lo menos, sus salidas hacia el Norte.

Tanto al norte como al sur del río, lo esencial era alcanzar las proximidades de Zaragoza con la mayor celeridad. Incluso se habían infiltrado unos sesenta comandos en la retaguardia nacional a fin de que se hicieran con el control de los puentes de la ciudad al amanecer del segundo día. De esa manera, se impediría una resistencia eficaz o, como mínimo, se podrían volar. Si Zaragoza caía, el gobierno del Frente popular incluso tendría alguna posibilidad de hacerse oír en el exterior más allá de la URSS o de los ambientes intelectuales controlados por la Komintern, algo enormemente perentorio en aquellos momentos.

A este objetivo estratégico, como ya hemos indicado, se sumaba otro no menos importante. El temor a perder una de las primeras capitales de España debía obligar, de manera lógica, a Franco a interrumpir la ofensiva en el Norte y entablar batalla, desfavorable en sus términos, en Aragón. Aunque las provincias Vascongadas habían caído en su totalidad, cabía mantener bajo el control del Frente popular tanto Santander como Asturias.

El plan era ciertamente ambicioso —entre Zuera y Fuendetodos hay casi cien kilómetros— pero dejaba sin establecer de manera clara algunos aspectos de no escasa importancia. Así no quedaba bien señalada la relación de enlace entre los diversos escalones del mando y algo similar sucedía con los servicios. En cierta medida, las unidades iban a ser lanzadas en una ofensiva en la que carecerían de contacto con las que actuaban a sus costados y no recibirían informes u órdenes de los mandos.

El 24 de agosto de 1937 dio comienzo la ofensiva. Inicialmente, tuvo un resultado desigual. Al norte del río, las diversas acciones ofensivas fracasaron en su mayoría por la propia incompetencia de las fuerzas del Ejército popular. Así, la División 27, una unidad típica de milicias vinculadas al PSUC, arrolló, al cabo de dos horas, a las unidades enemigas y se abrió camino hacia Zuera para, antes del mediodía, entrar en esta localidad. Sin embargo, la oposición de sólo dos tabores (Mehallah del Rif y Tiradores de Ifni) provocó su retirada.

Más al sur, otra columna del Ejército popular, formada por elementos anarquistas de la 47 División, avanzó hacia Villamayor del Gállego. El avance se vio abortado en parte porque su jefe, Kléber, perdió el control sobre el mismo casi desde el primer momento. Además las piezas de artillería de 75 mm que debían apoyarlo se revelaron inútiles, ya que la munición que las acompañaba era equivocada. Kléber no tuvo más remedio que replegarse con la finalidad de poner orden entre las tropas sujetas a su mando. De esa manera quedaba abortado el avance que llegó más cerca —unos seis kilómetros— de Zaragoza.

La única acción al norte del Ebro que tuvo éxito estuvo protagonizada por las Brigadas 52 y 70 que atravesaron el río y se apoderaron de la estación de Pina cortando así el ferrocarril a Quinto. Estas fuerzas colaborarían con los interbrigadistas a las órdenes de Walter en la toma de Quinto.

Al sur del Ebro, era donde debía producirse el embate principal contra Codo-Quinto. Por este lugar debía penetrar el V Cuerpo de Ejército (Modesto) con la División 11 (Líster) en vanguardia. Cordón había partido de la base de que Quinto y Belchite resistirían y por ello la orden de operaciones insistía en que deberían desentenderse de las posiciones enemigas envueltas y seguir avanzando en dirección a Zaragoza. Líster debía avanzar hacia la línea Fuentes de Ebro-Mediana, mientras que la 35 de Walter debía ocupar Quinto y la denominada X de Toral, Codo. Belchite, por su parte, debía ser tomado por el XII Cuerpo de Ejército (coronel Sánchez Plaza).

El frente se desplomó entre Quinto y Belchite. Codo, una población separada de Quinto por una llanada de quince kilómetros, cayó en el flanco izquierdo, aunque hubo núcleos de resistencia que resistieron hasta las primeras horas del día siguiente. También algunas unidades tomaron posiciones cerca de Belchite y se comenzó a hostigar la localidad con fuego de artillería desde la carretera de Lécera. En el flanco derecho, las unidades encargadas de aislar Quinto de Zaragoza habían conseguido a las diez de la mañana su objetivo. En el centro, la división motorizada, precedida de caballería, llegó, tras algunos choques, a Fuentes de Ebro hacia el mediodía. Por la izquierda, el XII Cuerpo rompió el frente y se abatió hacia su derecha para terminar el cerco de Belchite, misión que sólo conseguiría concluir tras dos jornadas.

La descripción del avance en este lado del Ebro podría dar una imagen —falsa, por otra parte— de éxito. La realidad era que el desorden y la falta de coordinación de las unidades del Ejército

popular fueron considerables. Las fuerzas de Líster habían llegado a Fuentes de Ebro totalmente dislocadas y su jefe había perdido el control sobre ellas. Cuando consiguió articular un ataque contra la localidad, el general Ponte había enviado desde Zaragoza un grupo de guardias de asalto, un batallón de Infantería y un par de baterías con sus reservas. Se trataba de fuerzas escasas, pero que demostraron ser suficientes para contener a los hombres de Líster.

Además —como en Brunete— el temor al vacío se extendió entre los mandos de las unidades. Las tropas del Ejército popular sabían combatir en posiciones, podían resultar incluso excelentes en la defensa, pero ignoraban cómo maniobrar y, por lo tanto, difícilmente podían llevar a cabo una ofensiva con éxito. Así, el avance hacia Zaragoza se pospuso para la segunda jornada. Con ello, este objetivo de la ofensiva quedaba condenado a no verse realizado.

Durante el segundo día, el deseo de tomar Fuentes de Ebro volvió a diferir el avance sobre Zaragoza. Al concluir aquél, las fuerzas del Ejército popular dominaban la línea Mediana-Fuentes de Ebro, pero aún seguían sin hacerse con el control de esta última localidad. En los dos flancos, Quinto y Belchite continuaban resistiendo de manera encarnizada a pesar de la inferioridad numérica y material. El mando republicano consideraba de gran importancia ambos enclaves, insistió en acabar con su resistencia y descuidó la prosecución del avance. Tal acción resultó fatal.

El día 26 —el mismo en que las tropas de Franco tomaban Santander y frustraban el principal objetivo estratégico de la batalla— Walter tomó Quinto, pero, obviamente, ya resultaba imposible continuar avanzando hacia Zaragoza. La situación en Belchite aún era más desfavorable para las tropas del Ejército popular, aunque la localidad distara de estar bien fortificada. Las obras principales se encontraban en un montículo denominado El Calvario, que se hallaba situado a un centenar de metros de Belchite y dominaba la llanura de El Saso. En este lugar había un emplazamiento para una batería de 75 mm cubierto con hormigón y viguetas. Estas obras no contaban con el camuflaje imprescindible y sus troneras resultaban demasiado grandes. Posiblemente, esta circunstancia se debía al deseo de ampliar el campo de tiro pero, en la práctica, derivó en que algunos proyectiles enemigos entraran por ellas durante la batalla causando daños de importancia. En realidad, las *defensas* de Belchite no eran fruto de la acción militar sino de la existencia de edificios y construcciones de una cierta solidez. Las escasas fuerzas nacionales aprovecharon las acequias, los muros de las huertas, algunas casas de gente pudiente, las escuelas y, especialmente, el seminario —a cubierto de la artillería por hallarse situado en contrapendiente — como defensas frente a los republicanos. Además, aunque los asaltantes llevaban martilleando con altavoces a los sitiados de Belchite —un recurso ya utilizado por Cordón en Santa María de la Cabeza— lo cierto es que el cerco siguió siendo poco sólido hasta el día 31.

Belchite: contraataque nacional y nuevo ataque del Ejército popular

Al producirse la ofensiva del Ejército popular sobre Belchite, Franco había aprendido sobradamente de los errores cometidos en Brunete tan sólo unos meses antes. En aquellos días tuvo lugar en Alfaro una reunión de Franco con algunos de sus colaboradores y se tomó la decisión de no desplazar tropas que estuvieran empeñadas en la campaña del Norte para

enfrentarse al ataque republicano antes de que lograra liquidar la bolsa de Asturias.

El día 26, el mismo de la caída de Santander, comenzaron a llegar a la línea Fuentes de Ebro-Mediana las primeras tropas de las Divisiones nacionales 13 y 150. Igualmente, se envió a Zaragoza toda la aviación disponible y, de manera muy especial, la Legión Cóndor alemana y la legionaria italiana. Con ello, el dominio del aire pasaba a las tropas de Franco.

Durante la cuarta jornada, resultó obvio que la ofensiva del Ejército popular había fracasado. Así se intentó continuar el avance en el sector de Fuentes de Ebro, pero ya resultaba imposible. En cuanto a la división que había ocupado Zuera, de hecho, no fue capaz de conservar sus posiciones. Perdió un tiempo precioso en reorganizar sus fuerzas lo cual permitió al Ejército nacional acudir con reservas, sorprenderla y obligarla a repasar en desbandada el río. No volvió ya a recuperar lo ganado días antes. Asimismo resultó detenido el avance de la columna que atacaba Villanueva del Gállego.

Como había sucedido meses atrás en Brunete, la ofensiva del Ejército popular —iniciada con éxito irregular— fracasaba a los pocos días de su inicio (en algún sector el mismo primer día) y las fuerzas atacantes se veían retenidas en un intento, estratégicamente erróneo, de conquistar posiciones de escasa importancia. La responsabilidad, también como en Brunete, cabía achacarla, en parte considerable, a la ineficacia de los mandos. Sin embargo, no iban a obtener mejores resultados las tropas que ahora iban a desencadenar el contraataque. Las Divisiones 13 (Barrón) y 150 (Sáenz de Buruaga) habían entrado en acción, pero Líster se había replegado a una línea de resistencia formada por el río Gisel que nace en las estribaciones del vértice Sillero y transcurre en dirección noreste hacia el Ebro. El transcurso de esta corriente al llegar a Mediana atraviesa una vega de 400-500 metros de ancho y unos diez kilómetros de largo. Contra los márgenes de esta vega, abruptos y fáciles de defender, se estrellaron, una y otra vez, los ataques de la División 13 (Barrón). Desarrollados bajo un calor abrasador y un fuego disparado en contrapendiente por los soldados del Ejército popular, se convirtieron en auténticas carnicerías especialmente en los últimos cien metros. Aun así duraron hasta el 6 de septiembre en que se decidió suspenderlos. Para entonces, la División había tenido algo más de 1400 bajas sobre un total de 4000 hombres.

El 31 de agosto, el general Pozas, con la finalidad de salir de la situación de estancamiento en que se había visto sumergida la ofensiva ordenó al comunista Modesto que intentara envolver a las fuerzas enemigas por el sur del vértice Sillero, en dirección a Valmadríd y Jaulín, llegando así al valle del Huerva y descendiendo hacia Zaragoza por la carretera general de Teruel. El 1 de septiembre, Modesto se entrevistó con Pozas en Bujaraloz —localidad donde estaba el puesto de mando del Ejército— y le expuso la imposibilidad de obedecer aquellas órdenes. No sólo los hombres de la 35 División estaban agotados, sino que además el ataque planeado implicaba una marcha lateral de treinta kilómetros por caminos casi inexistentes, sin suministros seguros a causa de la aviación contraria y con apenas alguna posibilidad de alcanzar Zaragoza. No eran objeciones baladíes y por ello es comprensible que Cordón las apoyara. La ofensiva había fracasado, pero se decidió continuar los ataques sobre Belchite para, por lo menos, obtener —¡y a qué coste!— una victoria simbólica.

A finales del mes de agosto, la situación de los defensores de Belchite era punto menos que

desesperada. Su intención era emular la heroica defensa del Alcázar de Toledo pero las condiciones eran mucho menos favorables. Por un lado, había que atender a una población civil considerable a la que se ocupó en tareas de desescombro e incluso militares. Además, desde el día 27 o 28, el acarreo de agua se había convertido en imposible.

El día 1 de septiembre se produjo un feroz ataque de las fuerzas del Ejército popular sobre la localidad, pero, a pesar de las enormes bajas por ambos lados, los nacionales lograron repelerlo. El día 2 —el mismo en que la explosión prematura de un mortero ocasionó la muerte del comandante Rodríguez Córdoba y del alcalde Ramón Alfonso Trayero— los mandos sitiados ordenaron el repliegue de unos 120 hombres que ocupaban posiciones en el seminario para defender la localidad. Al día siguiente, Indalecio Prieto anunció la caída de Belchite. El dato no se correspondía con la realidad y, ciertamente, colocaba en una situación muy delicada a las fuerzas republicanas.

El 4 se dio la orden de asalto general. Los soldados del Ejército popular consiguieron tomar la Iglesia de San Agustín con lo que se les abrió la posibilidad de avanzar hacia el interior de Belchite en dirección al último reducto, la Iglesia de San Martín. La suerte de Belchite estaba echada, pero sus defensores estaban resueltos a mantenerse imbatidos hasta el final.

El día 5 a las cinco de la tarde, el general Ponte autorizó a los defensores de Belchite a evacuar la localidad. Semejante acción sólo podía ya realizarse a la desesperada e intentando romper el cerco. Así lo intentó un grupo de seiscientas personas, entre soldados y civiles, capitaneados por el comandante Santapau. Sólo doscientos lo consiguieron, ya que algunos confundieron el camino de salida del pueblo. Aquel mismo día, las tropas del Ejército popular concluyeron la conquista de una localidad en la que se había combatido casa por casa y cuerpo a cuerpo y que había quedado reducida a un montón de escombros.

Belchite: balance final

La batalla de Belchite constituyó, en buena medida, una repetición de la ofensiva de Brunete. El mando del Ejército popular pretendía, fundamentalmente, provocar el desplazamiento de tropas adversarias desde el frente Norte y así impedir su caída y, en segundo lugar, una ganancia territorial que tuviera importantes efectos estratégicos (en este caso, la toma de Zaragoza). El éxito —como en el caso de Brunete— dependía de una acción inicial rápida que permitiera alcanzar los objetivos propuestos antes de que el equilibrio de fuerzas pudiera verse alterado de manera favorable al Ejército nacional.

La ofensiva de Belchite —pese a la conquista de la localidad y de un territorio adicional— constituyó un nuevo fracaso para las tropas del Ejército popular de la República e incluso puede decirse que en este caso quedaron aún más de manifiesto sus deficiencias. Si sus hombres demostraban ser de valor considerable en posiciones defensivas o en ataques y contraataques de envergadura limitada, siguió siendo patente su incapacidad para desencadenar una ofensiva de importancia. Puede incluso decirse que en buena medida, la ofensiva había fracasado ya el primer día como consecuencia de las propias insuficiencias. Durante las jornadas tercera y cuarta, tal

situación resultaba innegable y además Santander se encontraba ya en manos de las tropas enemigas. Aquella iniciativa no había pasado de obtener un cierto éxito local —costosísimo en términos militares— pero ni consiguió concluir en una victoria ni tampoco significó un daño real para los planes de Franco. Uno de los protagonistas de la ofensiva, Enrique Líster, señalaría con exactitud el resultado real de la ofensiva para la República: «¿Para qué nos sirvieron Quinto y Belchite, sobre todo este último, dónde se quemaron todas nuestras reservas? Para nada. Y, sin embargo, allí se consumieron varias Divisiones durante días...»^[83] A decir verdad, había vuelto a darse un patrón que se repetiría varias veces a lo largo de la guerra. Tras un limitado éxito inicial del Ejército popular de la República, su ofensiva había sido contenida por el Ejército nacional que contraatacaría obteniendo la victoria final.

Por lo que se refiere a Franco, resultó obvio que había aprendido las lecciones derivadas de la batalla de Brunete. No volvió a cometer el error de desplazar tropas desde el frente Norte y se limitó a enviar una aviación que, de manera suficiente, le aseguró que la ofensiva del Ejército popular quedara detenida. Asimismo rehusó empeñarse en un combate en Belchite cuyo coste —como en Brunete— hubiera sido excesivo. De esta forma, la batalla —pese a la insistencia del Frente popular en haber tomado la localidad que le daría nombre— se saldó con un grave fracaso para el Ejército popular, un ejército aún incapaz de desenvolverse con éxito en la ofensiva. Habría que esperar hasta final de 1937 para que tal situación experimentara cambios.

La caída de Asturias^[84]

La rendición —pactada con los italianos— de los batallones nacionalistas vascos en Santander y el posterior fracaso de la ofensiva republicana de diversión en Belchite habían sentenciado a la Asturias controlada por el Frente popular a caer en manos del Ejército nacional en plazo breve. Aquella consistía en una bolsa de 150 kilómetros de ancho por 90 de profundidad bloqueada por el mar. Para liquidarla, el Mando nacional tomó la decisión de fijar al adversario en el oeste y desencadenar el ataque en dirección este y sur. Con esa finalidad, se pasó a constituir dos grandes agrupaciones que serían mandadas por el general Dávila, comandante en jefe del Ejército del Norte. La agrupación oriental, a las órdenes del general Solchaga, estaba formada por las Brigadas Navarras 1, 4, 5 y 6 y un destacamento de las Brigadas de Castilla. Su misión consistía en realizar un avance desde la línea de separación de Santander con Asturias hasta el centro de esta última región. En cuanto a la agrupación meridional, bajo el mando del general Aranda, estaba integrada por unidades del VIII Cuerpo de Ejército, reforzadas por las Brigadas de Navarra 2 y 3. Su cometido consistiría en apoderarse, inicialmente, de los puertos de Pajares, Piedrafita, Vegarada, San Isidro, Tarna y El Pontón. Con posterioridad, debía avanzar hacia el interior de la provincia.

Frente a las tropas nacionales, los restos del Ejército del Norte se habían agrupado en dos masas, aproximadamente iguales, situadas en los frentes del Nalón y del Deva. En los sectores del Narcea y de la zona minera de León, las fuerzas del Ejército popular eran más reducidas ya que se confiaba en lo escarpado del territorio para ofrecer una resistencia considerable.

La esperada ofensiva contra Asturias se inició a primeros de septiembre con un ataque en el

frente oriental llevado a cabo por la Agrupación Solchaga. La 4 Brigada de Navarra (Alonso Vega) debía avanzar por la carretera de la costa con la I (García Valiño) flanqueándola por la izquierda. La V (Sánchez González) debía progresar por la carretera de Panes a Arenas de Cabrales con la VI (Abriat y después Te-Ha) escalonada a su retaguardia. Por último, el destacamento Moliner de Brigadas de Castilla debía rodear por el Sur los Picos de Europa.

Inicialmente, pudo pensarse que Asturias constituiría un objetivo tan sencillo como Santander. De hecho, el día 4, Llanes había caído en las manos de las fuerzas atacantes y el valle de Liébana era ocupado por el destacamento Moliner de las Brigadas de Castilla. Sin embargo, las fuerzas del Frente popular estaban decididas a resistir y aprovecharon para ello la fragosidad del terreno. Esta circunstancia provocó un parón de la ofensiva nacional hasta tal punto que sólo del 17 al 18 de septiembre pudieron ser alcanzados los importantes nudos de comunicaciones de Arenas de Cabrales —siguiendo la carretera del interior— y Posadas —por la de la costa.

El 9 de septiembre, Aranda dio inicio al ataque de sus fuerzas en el sector de León. Arrancando de las posiciones de San Pedro de Luna, Aranda embistió de flanco el frente republicano de la cuenca minera leonesa. Así fueron cayendo en días sucesivos Villadangos y el puerto de Pajares. Una vez que las fuerzas de Aranda lograron llegar hasta Villamanín, se lanzaron por Cármenes a Valdeteja, avanzando por las dos carreteras que llevan, respectivamente, a los puertos de Piedrafita y la Vigarada.

Había llegado el momento de realizar el enlace entre los sectores oriental y meridional de las fuerzas nacionales, siendo el mayor obstáculo para esta maniobra los Picos de Europa. Aunque se había intentado rebasarlo por el puerto del Pontón y la carretera que se dirige a Cangas de Onís, no se logró. Se optó entonces por intentar el enlace por el puerto de Tarna. El día 25, las 2 y 3 Brigadas Navarras, bajo el mando conjunto de Muñoz Grandes y reforzadas por una columna del coronel Ceano, emprendieron la tarea de tomar el mencionado puerto. Hasta el 1 de octubre no consiguieron las Brigadas navarras ocupar el puerto de Tarna y el de San Isidro que era el más inmediato hacia el oeste. Mientras tanto, las fuerzas de Solchaga habían rebasado el cruce de la Rebollada y dominado el valle de Onís. El 27 de septiembre tomaron Ribadesella y el 1 de octubre, el santuario de Nuestra Señora de Covadonga. Se cumplía ese día el primer aniversario del nombramiento de Franco como Jefe del Estado y la V de Navarra juzgó oportuno ofrecerle este éxito como un regalo de felicitación.

Sin embargo, pese a estos reveses, las fuerzas del Ejército popular seguían manifestando una voluntad de resistencia notable. Hasta entonces las tropas de Franco no habían llegado al corazón de Asturias y las siguientes semanas se convirtieron en una pugna de dimensiones impresionantes para impedir que lo consiguieran. Apoyándose a ambos lados del Sella y sirviéndose de los macizos de Suave y Santianes, los soldados del Ejército popular intentaron defender sobre todo el pueblo de Arriondas que constituía una auténtica pieza clave de las comunicaciones con el interior de Asturias. Los combates por esta posición resultaron de un notable encarnizamiento. Del 8 al 10 de octubre, los ataques de las fuerzas de Franco experimentaron un especial recrudecimiento y, efectivamente, Cangas de Onís cayó en sus manos en el último día mencionado. No sucedió lo mismo con Arriondas. La entrada en esta localidad no se produjo hasta el día 14, una vez que las

fuerzas nacionales cruzaron en amplio frente el río Sella y el Piloña, su afluente.

La caída de Arriondas imprimió, finalmente, un ritmo más acelerado a la ofensiva. El 16, la I de Navarra realizó un envolvimiento desde Arriondas del macizo de Suave, pudiendo atacar así de revés a las fuerzas republicanas del bajo Sella. El mismo día, Muñoz Grandes, descendiendo desde el puerto de Tarna, ocupó Campo de Caso. El 17, se rebasó Colunga. Al día siguiente, las fuerzas de Solchaga llegaron hasta Infiesto. El 19 se tomó Villaviciosa y las unidades de Solchaga y de Muñoz Grandes consiguieron enlazar en la sierra de Pendemules. Avanzadas las fuerzas nacionales hasta los puntos señalados, resultaba obvio que, más que nunca, la resistencia era inútil. El 20 por la noche, la Guardia Civil y los Carabineros se sublevaron en Gijón y procedieron a desarmar y detener a los milicianos. El 21, por la tarde, la IV de Navarra entraba, sin encontrar resistencia, en Gijón. Ese mismo día se pusieron en marcha las tropas de la guarnición de Oviedo. Entre el 22 y el 24 quedaron dominados todos los centros vitales de la provincia.

La represión que el Frente popular había llevado a cabo en Asturias se había cobrado 1493 víctimas mortales desde el estallido de la guerra. Ahora, los vencedores iniciaron la suya. Incluidos los fusilamientos de la posguerra, alcanzaría a 2310 personas.^[85] A diferencia de lo sucedido en otras zonas de España, en Asturias docenas de combatientes del Ejército popular —los que no habían conseguido huir en algún género de embarcación en el último momento— se lanzaron al monte para seguir resistiendo. Durante años estas reducidas partidas seguirían llevando a cabo acciones de hostigamiento, pero, en absoluto podrían revertir con sus acciones un resultado indiscutible: Asturias había caído y con ella el Frente popular perdía sus últimos territorios en el noroeste de España.

La campaña del Norte: balance final

La ofensiva de Mola, primero, y Dávila, después, sobre Vizcaya, seguida por las de Santander y Asturias, se zanjó con un éxito innegable del Ejército nacional. Lejos de producirse una situación de punto muerto —como la experimentada frente a Madrid— las tropas de Franco supieron realizar un uso notable de sus medios para lograr perforar en un plazo breve el frente enemigo siempre que así se lo propusieron. En el caso de Vizcaya, la resistencia fue menor de la esperada y, a medida que avanzaba la ofensiva, aquélla fue resultando más y más tenue hasta el punto de que Bilbao no sólo no se convirtió en un segundo Madrid —como temía Mola— sino que se entregó sin combatir.

Entre las causas de la sucesión de derrotas del Ejército popular deben señalarse la carencia de unión entre las tropas del Frente popular como consecuencia de la ambigüedad del PNV, la insistencia de Aguirre durante un tiempo en dirigir operaciones militares para las que no contaba con una mínima preparación y la sensación que muchos nacionalistas vascos tenían de que aquella guerra no era la suya y de que estaban quizás más cerca de los nacionales católicos que de los republicanos «sin Dios». Incluso antes de la ofensiva enemiga, algunos nacionalistas vascos sondaron la posibilidad de poder conservar su autonomía mediante una paz por separado con Franco. Tras las primeras derrotas, empezaron a no ver sentido a un combate en un bando con el

que sólo les identificaba la posibilidad de poder contar con un autogobierno. A medida que perdían terreno, sólo deseaban que su tierra no fuera arrasada por el enemigo y una vez que cayó Bilbao, muchos buscaron con decisión la paz por separado que garantizara su supervivencia de cara al futuro. Aquella conducta sólo podía calificarse de traición al gobierno de la República en términos reales, pero para los nacionalistas únicamente se trataba de una forma de prepararse para un futuro que no deseaban ligado a la derrota del Frente popular. Con ese trasfondo, los mandos militares —mucho más competentes que Aguirre— enviados por el Gobierno republicano a Vizcaya poco podían hacer. Llano de la Encomienda optó por fijar su cuartel general en Santander y Gámir contempló con profunda desazón la actuación de unos nacionalistas vascos que no sólo no cumplían órdenes sino que las desobedecían pactando, llegado el caso, con el enemigo. Que, finalmente, se produjera una derrota hubiera sido, posiblemente, algo normal incluso si el enemigo hubiera tenido mucha menos altura de la que tuvo. Como vimos, Franco había soldado cualquier posible fisura que pudiera perjudicar a su bando en abril de 1937, por el contrario, en el seno del Frente popular, en mayo del mismo año se producían los sucesos de Barcelona, las tensiones por la dirección militar de la guerra en Vizcaya y la caída de Largo Caballero. Los principales beneficiarios de aquellas disputas habían sido los comunistas, pero no puede descontarse el efecto positivo, de manera indirecta, para el Ejército nacional.

Con la caída de Vizcaya, la situación en el Norte empeoró enormemente para el Frente popular, aunque no se convirtió en totalmente desesperada. La resistencia en Santander, sumada a la llegada del invierno, quizás hubiera podido haber sometido a las tropas de Franco a un retraso indeseable en términos políticos y militares. Si tal objetivo no se consiguió, la responsabilidad debe achacarse en buena medida a los nacionalistas del PNV que prefirieron anteponer sus intereses partidistas y pactar con el enemigo antes que apoyar la causa del Frente popular. Desde su óptica, tal acción tenía lógica. Euzkadi había sido perdida militarmente y ahora lo esencial era salvar de cara al futuro a los jóvenes vascos que, de otra manera, morirían por una República que podía haberles otorgado el Estatuto, pero que no era la suya. Con la defeción de los batallones vascos en virtud del pacto de Santoña, la defensa republicana de Santander se convirtió en más difícil y, sin dejar de combatir, la única posibilidad consistió en replegarse hacia Asturias. Resultaba obvio que en esta región no podía prolongarse la resistencia con éxito aunque en algunos casos fuera encarnizada y algunos soldados decidieran mantenerla de manera aislada tras la pérdida de la región.

La victoria de las fuerzas nacionales en el Norte tuvo un carácter decisivo sobre el resultado de la guerra. El Frente popular había perdido, en términos económicos, una región geográfica dotada de un amplio litoral así como el 65% de la industria española y, prácticamente, la totalidad de la riqueza minera, que los alemanes ansiaban tanto y que tanto ayudaría a Franco en su esfuerzo de guerra. En términos militares, en el Norte el Frente popular perdió asimismo aproximadamente el 25% de sus fuerzas, unos ciento cincuenta mil hombres. A esto se sumaban decenas de miles de fusiles, miles de armas automáticas, cuatrocientos cañones y unos ciento cincuenta aviones. Hasta ese momento, el Ejército popular había contado con una superioridad numérica y material que le hubiera permitido ganar la guerra. No había sabido aprovecharlo y tras la campaña del Norte,

Franco pudo contar con una superioridad material que sólo ocasionalmente perdería. No sólo eso. Se encontró además en condiciones de incrementar decisivamente los efectivos de su Ejército con las poblaciones de Vizcaya, Santander y Asturias. A fines de 1937, el Ejército nacional contaba, prácticamente, con unos efectivos de tres cuartos de millón de hombres con los que pudo no sólo garantizar los frentes sino además formar una masa de maniobra integrada por seis Cuerpos, los denominados de Navarra, de Castilla, de Galicia, de Aragón, Marroquí y el italiano CTV. En una trágica paradoja histórica, miles de vascos que habían sido reticentes en la labor de defensa del Frente popular se vieron a partir de entonces encuadrados en las tropas de Franco donde permanecerían combatiendo sin fisuras hasta el final de la guerra. Con la pérdida del Norte había desaparecido para el Frente popular la posibilidad de ganar la guerra en virtud solamente de las acciones llevadas a cabo en el campo de batalla. Se trataba de una circunstancia trágica que no escapó precisamente a la atención de alguno de sus dirigentes más importantes.

SEXTA PARTE

Las grandes ofensivas del Ejército popular

*Líster, la vida, la cantera, el frío:
tú, la vida, tus fuerzas como llamas,
Teruel como un cadáver sobre un río.
(...)*

*Impulsos con el aire de tu capa
das a tu potro, puesto a cada instante
a recobrar las pérdidas del mapa.*

*Yo me encontré con este comandante,
bajo la luz de los dinamiteros,
en el camino de Teruel, delante.*

*Han cogido a la muerte los canteros
la primera ciudad, y en esta historia
se han derramado varios compañeros.*

En su sangre se envuelve la victoria.

M. HERNÁNDEZ, «Teruel»

*¡Que te besen los Angelus de las lentes campanas de siempre!
¡Que Dios tenga en su mano los años cansinos
de la vieja que espera tu vuelta, cual tiene la vara
del rosal que se encorva la horquilla que puso el Amor!*

JOSÉ MARÍA PEMAN,
«Hexámetros en loor de los soldados de Navarra»

La guerra se decide en Aragón (I): la ofensiva de Teruel

Teruel: los prolegómenos^[1]

El final del año 1937 no podía presentarse para el gobierno del Frente popular bajo peores auspicios. Durante el verano y el otoño no sólo habían caído en manos del Ejército nacional Vizcaya, Santander y Asturias sino que además habían fracasado las ofensivas de Brunete y Belchite en las que habían quedado de manifiesto las propias insuficiencias para desencadenar una ofensiva de manera competente. Pese a las reformas militares que vendrían vinculadas al nombre de Prieto,^[2] en buena lógica todo hacía presagiar que su futuro, aparte de adverso, iba a ser muy breve.

Tras acabar con éxito la campaña del Norte, el Mando nacional consideró —y la pretensión no constituía ningún absurdo— la posibilidad de concluir de manera rápida la guerra. Con tal finalidad, en noviembre y diciembre de 1937, se produjo un desplazamiento masivo de tropas y material destinado a desencadenar una ofensiva final. Así, en la zona inmediata a Medinaceli-Alcolea del Pinar se concentraron catorce divisiones de Infantería, una de Caballería e importantes formaciones de Artillería, Ingenieros y Servicios. Estas fuerzas debían ser empleadas en una ofensiva en dirección a Guadalajara-Madrid. Si, como parecía posible, Franco lograba cercar y tomar Madrid de esta manera la guerra podría darse por concluida de manera victoriosa.

Semejantes preparativos se producían en una grave situación para el Frente popular. Por un lado, su mejor armamento se había perdido en la fallida ofensiva de Brunete. Por otro, la Unión Soviética —preocupada por las actividades japonesas en Extremo Oriente— comunicó al gobierno del Frente popular que sólo podría contar con nuevas entregas de material si proporcionaba barcos para transportarlo. Por lo que se refiere a las tropas, el Estado Mayor Central del Ministerio de Defensa republicano había ordenado un nuevo llamamiento a filas y organizó nuevas unidades. Sobre el papel, se podía hablar de cinco Cuerpos de Ejército, nueve Divisiones y catorce Brigadas pero, en realidad, algunas de las unidades no estaban completas y en no pocos casos sus componentes eran bisoños. Fue así como volvió a desempolvarse un plan acariciado en su día por Largo Caballero. El mismo consistía en un ataque por Extremadura que cortara en dos el territorio enemigo en coordinación con un desembarco en Motril. La operación —que recibió el nombre de plan «P»— debía ser llevada a cabo por una parte del denominado Ejército de Maniobra, consistente en cinco Cuerpos de Ejército.

Lo apurado de la situación en el plano estratégico obligaba, sin embargo, al Ejército popular a

lanzar una ofensiva que desviara —y evitara— la planeada por el enemigo quedando para un momento posterior la puesta en marcha del plan P. Tras diversos estudios, el jefe del Estado Mayor Central republicano propuso a Prieto, el ministro de Defensa, el lanzamiento de una ofensiva limitada sobre Teruel, una ciudad aragonesa mal defendida, que además formaba un saliente enemigo en el interior del territorio controlado por el Frente popular.

Este plan —al que se dio la denominación de «contragolpe estratégico»— estaba supeditado al cumplimiento de varias condiciones. La primera era que había que atacar al enemigo en un punto débil, con celeridad y sin excesiva fuerza. Con esto se pretendía que Franco desplazara parte de las tropas con que pensaba atacar Madrid, pero que, a la vez, el desplazamiento no fuera tan masivo como para poner en peligro el éxito de la ofensiva del Ejército popular. En segundo lugar, resultaba indispensable que se mantuviera una reserva ante la eventualidad de que el Ejército nacional respondiera lanzando una contraofensiva de envergadura bien hacia Guadalajara, bien hacia Aragón. Finalmente, parte de las tropas destinadas a acometer el plan P debían permanecer en su sitio para poder realizarlo con la mayor rapidez.

El Ejército popular de la República puso en movimiento para desencadenar la ofensiva catorce Divisiones, aunque sólo nueve estaban preparadas para una acción de este tipo. Al contragolpe estratégico se destinaron en concreto las Divisiones 11, 25, 34, 70 y 68. Las Divisiones 45, 46 y 47 se situaron en el centro para enfrentarse con una posible ofensiva en esa zona y la 27 y 28 en Aragón para atender a una eventualidad semejante en dicha región. Finalmente, las Divisiones 35 y 70, así como las 66, 67 y 73 (en avanzado estado de formación) se situaron en reserva para la realización del plan P.

Se reunían así para la ofensiva de Teruel unos cuarenta mil hombres en su aplastante mayoría españoles,^[3] artillería adquirida recientemente por el gobierno del Frente popular y los blindados UNL-35 a los que, erróneamente, se suele calificar en algunas obras como camiones.^[4] El ocho de diciembre, el Consejo Superior de la Guerra aprobaba el plan de operaciones.^[5] De acuerdo con el mismo, el XXII Cuerpo (Ibarrola), con las Divisiones 11 (Líster) y 25 (Vivancos) debían atacar por la parte oriental; el XVIII Cuerpo (Heredia), con las Divisiones 34 (Vega) y 70 (Toral) atacarían por el sur y el XX Cuerpo (Menéndez), sólo con la División 68^[6] (Trigueros), atacaría Teruel por el sureste. Además en el ataque debían colaborar la División 64 (Cartón) del XIX Cuerpo, en línea al suroeste de Teruel, y la División 39 (Balibrea) del XII Cuerpo, en línea en el frente oriental. Frente a las tropas del Ejército popular de la República, se encontraban, defendiendo Teruel y las fortificaciones exteriores, un conjunto de unidades que pertenecían a la División 52. La 1 Brigada de la División, mandada por el coronel Barba, estaba formada por cinco batallones del Regimiento de Infantería 18 y ocupaba el perímetro exterior de la plaza. La 4 Brigada (en formación) se hallaba en Teruel casi en su totalidad y estaba formada por la 13 Bandera de Falange de Aragón, dos batallones de segunda línea, algunas fuerzas de Orden Público (unos cien hombres) y de Acción Ciudadana (unos doscientos cincuenta). Los defensores contaban además con dos baterías de cañones de 75, un grupo de obuses de 105, dos compañías de ametralladoras antiaéreas y unidades de Ingenieros y Servicios. En total, se trataba de unos siete

mil hombres, es decir, que el Ejército popular iba a contar con una superioridad numérica inicial verdaderamente abrumadora. Por añadidura, la I Brigada ocupaba posiciones de una gran fortaleza natural, pero que también eran susceptibles de una infiltración al existir espacios vacíos. Si se producía ese supuesto, la defensa podía quedar en una situación muy difícil ya que además no era presumible que las tropas de la 4 Brigada, situadas en la capital, pudieran socorrerla con la fuerza necesaria. El éxito de la ofensiva resultaba, por lo tanto, absolutamente posible.

Teruel: la ofensiva

Dado que era sabido que Franco iba a atacar Madrid el 18 de diciembre, se decidió que la ofensiva de Teruel comenzara una semana antes. De hecho, adelantarse a la ofensiva del Ejército nacional era condición esencial para poder desbaratarla. El desorden existente en la retaguardia catalana tuvo un efecto fatal sobre el Ejército popular. En esta ocasión, una huelga de maquinistas de tren en Barcelona retrasó cuatro días el inicio de la ofensiva. Finalmente, ésta se inició el 15 de diciembre sin preparación artillera. En las horas de la madrugada, la División 11 (Líster) se infiltró profundamente entre Concad y Cerro Gordo, ocupando San Blas. Al caer Concad, las comunicaciones de Teruel con Zaragoza se vieron cortadas.

Las Divisiones 34 (Vega) y 64 (Cartón) atacaron, respectivamente, en dirección a La Guea y Campillo sin lograr tomarlas —un desertor había advertido del ataque sobre esta última localidad [7] pero consiguiendo aislar Campillo por el oeste. Finalmente, la División 68 (Trigueros) se infiltró entre vértice Galiana y Castralvo con la finalidad de avanzar hacia Teruel en dirección Norte-Sur.

Al establecerse el día 16 contacto entre los XXII Cuerpos (División 11 al Norte) y XVIII (34 División al Sur), Teruel quedó aislado y el esfuerzo del Ejército popular pudo dirigirse contra la ciudad sobre una línea de 60 kilómetros. Se trataba ya de liquidar la bolsa. Durante los días siguientes el avance resultó imparable. El 17 se estranguló el saliente de Villastar y se acercó el ataque a Teruel desde el oeste. El 18 se ocupó la Muela de Teruel y se estableció contacto con las lindes de la ciudad. El 19 cayó el saliente del puerto de Escandón y fuerzas de la 25 División (116 Brigada mixta) llegaron hasta los barrios extremos de la ciudad. El 21 quedaron anulados los núcleos exteriores de resistencia y a partir del 22, fueron entrando en la ciudad fuerzas de las Divisiones 68, 40 y 25. Todos los contraataques, que se habían iniciado el mismo día 17, habían resultado infructuosos y la resistencia frente a la ofensiva del Ejército popular se vio articulada entonces en torno a algunos focos que tenían enormes dificultades para comunicarse entre sí.

El 25, las fuerzas republicanas llevaron a cabo un ataque que consiguió reducir y aislar la resistencia de los soldados nacionales a sólo dos núcleos centrados respectivamente en el Gobierno Civil y en el seminario y bajo el mando respectivo del coronel Rey D'Harcourt [8] y del también coronel Barba. La posibilidad de defensa de ambos militares era prácticamente nula ya que tenían que atender a buen número de civiles y su escasez de medios, especialmente de alimentos, resultaba desesperada.

Teruel: la respuesta de Franco

Los éxitos tácticos obtenidos por las fuerzas del Ejército popular se unían además a un importante logro estratégico. Franco no estaba dispuesto a permitir que el Frente popular recuperara ninguna de las capitales que había perdido desde el inicio de la guerra. Así, aceptó el desafío lanzado por el Mando enemigo —lo que significó el final de la posibilidad de acabar rápidamente la guerra mediante una ofensiva dirigida contra Madrid— y reaccionó con un envío masivo de refuerzos a la zona para lograr la recuperación de Teruel.

Ya el 15, dos Banderas de Falange de Aragón habían avanzado sobre las líneas enemigas y, al día siguiente, se habían unido a estas fuerzas tres batallones de la 53 División (3 y 5 del Regimiento 17 y 15 Bandera de la Legión) y media brigada de la División 84. El 17, acudió íntegra la División 84 que se estrelló contra la 11 División republicana (Líster). A continuación irían llegando la División 81, los carros de combate de Yagüe, la 62 (castellana), la 82 (tercera de las gallegas). El día 20, las navarras 1 y 61 y la aragonesa 54 estaban también a las órdenes del general Varela. El día 22 —mientras las fuerzas del Ejército popular iban entrando en Teruel— Franco firmó su «Directiva sobre operaciones para liberar Teruel». En ella se establecía la constitución de dos Cuerpos de Ejército, uno al norte del Turia bajo el mando del general Aranda y otro al sur bajo el del general Varela.

En paralelo a la planificación de esta respuesta del Ejército nacional, el Mando del Ejército popular consideraba, por el contrario, concluida la batalla y decidía relevar a las fuerzas del Ejército de Maniobra que habían intervenido en la misma y sustituirlas por las del Ejército de Levante (XIII y XIX Cuerpos de Ejército). En el centro, con la misión de liquidar la resistencia en Teruel, debía quedar la 40 División. Las Divisiones 11 y 25 (XXII Cuerpo de Ejército), 34 y 70 (XVIII Cuerpo de Ejército) y 68 (XX Cuerpo de Ejército) iban a ser relevadas por la 42 y 39 (XIII Cuerpo de Ejército) y 64 y 41 (XIX Cuerpo de Ejército). En la práctica, esto implicaba un estiramiento de las unidades y un frente cubierto por tropas de menor calidad y fuerza numérica. La decisión, teniendo en cuenta las medidas que estaba planeando el enemigo, no podía ser más errónea. Así quedó trágicamente de manifiesto cuando el día 28 de diciembre se desencadenó la contraofensiva de Franco.

Al sur del Turia, Varela lanzó la 82, la 1, la 61 y la 81 y, al norte, Aranda hizo lo mismo con la 62 y la 150 marroquí. El resultado fue desastroso para el Ejército popular de la República. La División 82 rompió el frente en Campillo y aniquiló totalmente a la Brigada Mixta 81 de la División 64 lo que dejó un vacío en el frente que hacía peligrar toda la defensa republicana al sur del Turia. Los ataques de la I de Navarra y de la 61 desbordaron, a su vez, las posiciones de las Pedrizas y Los Morrones. En la tarde del último día del año, los navarros ocuparon la Muela y a inicios de la noche cinco batallones nacionales —tres de la 61 y dos de la I— habían cruzado el Turia y se hallaban concentrados en las cercanías de Teruel.

Al norte del Turia, el contraataque nacional también había sido recompensado por el éxito. Mientras la División 150 avanzaba por las alturas de Cerro Gordo donde chocó con una encarnizada resistencia, la 62 tenía que progresar por un campo atrincherado en el llano. El mismo

fue aprovechado magistralmente por la 11 División de Líster. De hecho, sus contraataques desde el flanco derecho no sólo detuvieron a la 62 sino que le causaron además considerables bajas. El empuje del Ejército nacional hubiera podido quedar detenido de no ser porque un avance de la División 150 permitió atacar por el flanco a la División 11 republicana. El hecho de que además ésta estuviera siendo relevada por la División 68 durante la noche del 30 al 31 resultó fatal para las fuerzas del Frente popular que se vieron desbordadas y que cayeron prisioneras por unidades completas. Así, la 62 División nacional pudo ocupar Conced en medio de la nevada.

El éxito obtenido a ambos lados del Turia parecía preludiar que la ciudad de Teruel volvería a caer en manos del Ejército nacional en las próximas horas. Los cercados en la plaza asistieron a la misa del gallo, celebrada por el obispo, con la sensación de que su liberación era inminente. Esperanzados, incluso quebrantaron el racionamiento que hasta entonces se les había impuesto. Su impresión era compartida por el Mando. De hecho, el general Dávila, jefe del Ejército del Norte, cursó un telegrama a las nueve de la noche del día 31 en el que se afirmaba: «... se puede considerar que somos dueños de Teruel y todo se reducirá a hacer mañana una limpieza».

Teruel: la reacción del Ejército popular

Possiblemente, la ciudad hubiera podido caer en manos de las tropas nacionales si hubieran atacado en esos momentos ya que, de hecho, los soldados del Ejército popular habían evacuado la plaza en las primeras horas de la noche del 31.^[9] Sin embargo, aquella posibilidad se vio abortada por una reacción a la desesperada de algunas fuerzas. En medio de la nevada y de un frío especialmente crudo, los anarquistas de la 25 División se dirigieron hacia Teruel desde el Alfambra y volvieron a ocuparlo cuatro horas más tarde. *Desde* el puerto de Escandón, hicieron lo mismo los carabineros de la División 40. Al amanecer del 1 de enero de 1938, los soldados del Ejército popular comenzaron de nuevo el ataque. Así, las fuerzas nacionales que habían cruzado el Turia se vieron imposibilitadas de proseguir su avance. Por su parte, en el interior de la ciudad, las fuerzas republicanas se emplearon en acabar con las últimas resistencias. Como en el sitio de Madrid, en Brunete o Belchite, se trató de una lucha casa por casa, palmo a palmo y, no pocas veces, cuerpo a cuerpo.

El 5 de enero, la guarnición mandada por D'Harcourt estaba aislada en un sótano con cientos de refugiados civiles como el obispo de Teruel y el jefe de la Cruz Roja local. Éste solicitó autorización para trasladar a los heridos del hospital de la Asunción. Indalecio Prieto permitió la evacuación y garantizó que no se tomarían represalias con la población civil. Al mismo tiempo, la guarnición cercada solicitó a D'Harcourt que rindiera la posición a lo que éste accedió. Semejante gesto, motivado fundamentalmente por la humanidad y el absurdo que hubiera significado prolongar una resistencia inútil, llevó a D'Harcourt a ser denigrado por la prensa nacional que le achacó una cobardía desmentida por su bravura en los días anteriores. Durante los días 7 y 8 de enero, tuvo lugar la evacuación sin que en el traslado hacia Valencia se produjeran violencias contra los prisioneros.^[10]

La rendición de D'Harcourt —y con ello la conquista total de la plaza— provocó una reacción

de encendido entusiasmo en la zona de España controlada por el Frente popular. Por primera vez, el Ejército popular de la República había resultado victoriosa en una ofensiva, había debelado la contraofensiva enemiga y además había reconquistado una capital de provincia. Teniendo en cuenta que a esto se unía la paralización de la ofensiva nacional sobre Madrid, resultaba más que lógico el júbilo. Como recompensa, Rojo recibió la Placa Laureada de Madrid, la condecoración más alta, y militares como Hernández Sarabia y Líster fueron ascendidos.

Para conseguir mantener la ciudad, se ordenó empero una rectificación de las posiciones, lo que implicaba la recuperación de algunas posiciones perdidas. Tal misión fue encomendada al V Cuerpo de Ejército (Modesto). Así la División 47 fue lanzada sobre la Muela de Teruel y la 35 y la Brigada 217 de la División 67 sobre Concud. La operación se zanjó favorablemente y así el peligroso entrante sobre Teruel que tenía la División 61 nacional y la ocupación del borde oriental de la Muela quedaron neutralizados.

Gracias a este nuevo éxito, las fuerzas del Ejército popular habían conjurado la posibilidad de que se produjera un ataque frontal sobre Teruel y la línea del frente quedó fijada con cierto grado de seguridad. El Estado Mayor Central consideró que la batalla había concluido esta vez de manera definitiva y en virtud de las «Directivas generales para la organización defensiva» de 12 de enero se sacaron del frente los XX y XXII Cuerpos de Ejército, quedando aquél cubierto sólo por los XIII, XVIII y XIX Cuerpos de Ejército, con el V Cuerpo de Ejército en las inmediaciones de Teruel. La acción, en buena medida, parecía lógica. El objetivo estratégico había sido cumplido y, en apariencia, todo llevaba a pensar que Franco no arriesgaría sus tropas en un intento de recuperar una ciudad de tan escaso valor estratégico como Teruel.

Teruel: la contraofensiva

El razonamiento del Estado Mayor Central del Ejército popular podía estar preñado de lógica, pero no había tomado en cuenta la psicología peculiar de Franco y, precisamente por ello, se reveló como un error fatal. Para el Generalísimo, la pérdida de una capital de provincia no podía ser considerada sólo en términos estrictamente militares sino que estaba indisolublemente vinculada a consideraciones de tipo moral y político. Precisamente por ello, resultaba irrenunciable la idea de reconquistar Teruel y lograr así que el triunfo del Ejército popular —indudable, por otro lado— resultara de corta duración.

En la Instrucción General número 8, de 9 de enero de 1938, se dispuso que el Cuerpo de Ejército del norte del Turia atacara las alturas de Celadas y el Muletón. Al mismo tiempo, el Cuerpo de Ejército del sur del Turia debía absorber las reacciones del adversario, mientras un ala izquierda extraordinariamente fuerte descargaba un embate de una virulencia hasta ahora desconocida. La finalidad era conseguir una ruptura del frente para envolver Teruel por el norte.

La concentración militar de la que se iba a valer Franco no tenía paralelo con ninguna utilizada con anterioridad en la guerra. La masa de infantería iba a estar compuesta por cuatro Divisiones, la 13, 150, 5 y 84. La artillería contaba con más de sesenta baterías. En cuanto a la aviación, estaría compuesta por la Brigada Aérea Hispana, la Aviación legionaria italiana y la Legión

Cóndor.

El ataque se produjo el 17 de enero y se extendió a lo largo de tres días. La utilización sistemática de la aviación y las descargas artilleras continuas tuvieron un efecto devastador sobre las fuerzas del Ejército popular que, no obstante, se batieron encarnizadamente. En las Celadas, un enclave de considerable importancia táctica, fue dispersada la División 39 y tuvieron considerables bajas las Brigadas 11, 15 (Internacionales de la División 35) y CCXVI (de la División 67).

La pérdida de las alturas desde las que se podía dominar el curso inferior del Alfambra provocó una reorganización de las fuerzas del Ejército popular que preveían la posibilidad de que Teruel fuera objeto de un envolvimiento que concluyera con la caída de la plaza. Resultaba indispensable recuperar las posiciones ocupadas por los nacionales y, con esa finalidad, se pensó en articular un doble ataque que amenazara o cortara las comunicaciones enemigas con Zaragoza y recuperara las Celadas y el Muletón. De acuerdo con la Directiva del Ejército de Levante de 22 de enero de 1938, el XIII Cuerpo de Ejército recibiría la División 27 para atacar Singra y así cortar la carretera y el ferrocarril que conectaba con Zaragoza. El XX Cuerpo de Ejército debía, a su vez, entrar en línea entre el XIII y el V, con las Divisiones 46 y 66. La 46, bajo el mando de Valentín González, *el Campesino*, atacaría las Celadas de Norte a Sur, mientras que la 66 realizaría una acción demostrativa sobre el mismo lugar de este a oeste. Si las operaciones llevadas a cabo por las Divisiones 46 y 66 tenían éxito, las unidades de los V y XVIII Cuerpos de Ejército desencadenarían a su vez un ataque.

Los resultados de aquella reacción del Ejército popular fueron insatisfactorios. La División 27 ocupó Singra y cortó la carretera, pero un contraataque de las fuerzas nacionales la obligó a regresar a sus bases de partida. La División 46 (*el Campesino*) realizó un ataque frontal contra la cota 1205 en el que resultó evidente un auténtico derroche de coraje. Sin embargo, la preparación dejó mucho que desear, la dirección fue pobre y el esfuerzo se tradujo fundamentalmente en un número considerable de bajas. La División 66, por su parte, no llegó a intentar el asalto.

De esta manera, el esfuerzo del Ejército popular acabó de manera infructuosa y con elevadas bajas. Sin embargo, un intento nacional para envolver Teruel por el Norte fracasó de la misma manera. Era obvio que se había llegado a una situación en la batalla en la que sólo cabía optar por la estrategia de desgaste.

Teruel: la maniobra del Alfambra

Los días 5, 6 y 7 de febrero iba a producirse la última fase de la batalla de Teruel. El frente defendido por el Ejército popular había experimentado, de acuerdo con la Orden de 2 de febrero de 1938, un nuevo reajuste cuya finalidad era recuperar fuerzas de Teruel a fin de crear una reserva que permitiera disponer de una cierta libertad de acción. En virtud de la mencionada orden, se sacaron de línea los V y XVIII Cuerpos y permanecieron el XIII, el XX y el XIX. Sobre el papel, la potencia militar del Ejército popular quedaba reducida, aproximadamente, a la mitad. En la práctica, la capacidad de defensa resultaba bastante más mermada. En especial el XIII Cuerpo de

Ejército, que cubría el ala derecha, adolecía de una enorme debilidad. Este Cuerpo contaba con dos divisiones en primera línea —la 42, a la derecha, y la 39, a la izquierda— y una en reserva, la 27. El golpe de las fuerzas nacionales iba a descargarse precisamente sobre la División 42. Ésta —compuesta por las Brigadas 61, 82, 151 y 59— se encontraba desplegada en un frente de unos 70 kilómetros. Aquello significaba que cada batallón debía guarnecer una extensión de más de cinco kilómetros lo que era, prácticamente, imposible.

La maniobra del Alfambra, ideada por el Mando nacional, consistía en que el Cuerpo de Ejército de Galicia (Aranda) golpearía al Sur (derecha) con cinco Divisiones^[11] y 56 baterías de artillería, mientras al Norte (izquierda) hacia lo mismo el Cuerpo de Ejército marroquí (Yagüe) con otras cinco Divisiones,^[12] y 42 baterías. Al verse castigados los muy poco sólidos extremos de la División 42 por diez divisiones se esperaba que se quebraría su dispositivo. Cuando se produjera tal eventualidad, se lanzaría sobre el centro de la fragmentada unidad republicana la V de Navarra que debía abrir paso a la explotación del éxito por la 1 División de Caballería. La concentración de fuerzas —uno de los principios elementales de la estrategia— lograda por Franco era extraordinaria y, en términos materiales, significaba que cada soldado del Ejército popular debería enfrentarse con cuatro de las fuerzas nacionales y que la desproporción artillera aún resultaría mayor.

El 5 de febrero se produjo el ataque. Por el Norte, fuerzas^[13] del Cuerpo de Ejército marroquí (Pague) desbordaron a la LXI Brigada del Ejército popular en su flanco derecho. Por el Sur, el Cuerpo de Ejército de Galicia inundó con las Divisiones 83 y 84 las posiciones de la 59 Brigada Mixta. Por su parte, en el centro, la V envolvió el flanco izquierdo de la 61 Brigada del Ejército popular. Algunas posiciones republicanas de vanguardia prolongaron ferozmente su resistencia, pero se trataba de una actitud inútil. Las unidades nacionales habían anegado el frente y la reacción del Ejército popular ordenando entrar en línea a la 27 División y a la Brigada 22 difícilmente podía equilibrar la situación.

El día 6, las fuerzas nacionales continuaron su penetración con la finalidad de cerrar una enorme bolsa sobre el río Alfambra. Fue en este marco cuando se produjo la gran carga de Caballería del Alfambra. La División de Caballería, aprovechando la ruptura lograda en el centro por la 5 División, descargó sus golpes sobre las Brigadas 74 (27 División) y 22 (39 División) que habían sido enviadas por el Mando del Ejército popular para taponar la brecha. El impacto de más de tres mil jinetes cargando sobre los llanos de Argente, Lisiedo y Lidón fue terrible sobre aquellas unidades del Frente popular.

El 7 de febrero concluyó la maniobra llevada a cabo por las tropas de Franco. En sus manos había caído un importante número de prisioneros procedentes de las Brigadas Mixtas 22, 59, 61, 82, 151 y 124. Pero además se había producido un hecho que tendría una enorme importancia posterior y era que la 4.a Bandera de la Legión había conquistado una pequeña cabeza de puente en la orilla izquierda del Alfambra. Se trataba de unas alturas no muy elevadas que, presumiblemente, podían facilitar el paso del río a las fuerzas nacionales a la altura de Villalba Baja, un enclave situado a escasos kilómetros al norte de Teruel, frente a las Celadas y el Muletón.

Teruel: la reconquista

El revés del Alfambra convenció claramente al Mando del Ejército popular de que Franco tenía un firme propósito de recuperar Teruel. Sin embargo, no resultaba obvia la dirección que, supuestamente, iba a tener el ataque y se pensó que las fuerzas que habían realizado la maniobra del Alfambra intentarían envolver Teruel por el Norte trazando un arco de considerable magnitud. Para enfrentarse con esa eventualidad, el Mando republicano decidió lanzar al Ejército de Maniobra contra las fuerzas atacantes. La misión asignada consistía en impedir la previsible maniobra de envolvimiento. Las tropas que se utilizarían consistirían en primera línea en el XXI Cuerpo de Ejército (Divisiones 70 y 72) y en el XII (Divisiones 39, 19 y 25). La reserva estaría constituida por el V Cuerpo de Ejército (Divisiones 35 y 47).

La defensa de Teruel y sus alrededores recayó, por el Norte, en el XX Cuerpo de Ejército cubriendo el Alfambra y la ciudad, y por el Sur, el XIX que cubría la antigua línea en dirección al Oeste. Semejante disposición de fuerzas implicaba realmente desguarnecer la ciudad. La capital tenía que ser defendida por la División 46 (*el Campesino*) que había experimentado pérdidas considerables al intentar semanas antes recuperar las Celadas y que debía extenderse sobre un frente de ocho kilómetros. En cuanto, al XX Cuerpo de Ejército iba a valerse de tres divisiones para defender un frente que había exigido previamente la utilización de tres Cuerpos de Ejército. Sus posibilidades frente a la masa ofensiva puesta en funcionamiento por Franco eran realmente escasas.

El ataque sobre Teruel discurrió en una maniobra muy sencilla y, quizá por eso, inesperada para el Ejército popular. De acuerdo a la Instrucción general número 24 de 10 de febrero de 1938 se ordenó realizar el envolvimiento de Teruel con un radio de acción corto. El Cuerpo de Ejército marroquí (al Norte) y Castilla (al Sur) tenían como misión fijar al enemigo mediante una extraordinaria profusión de fuego, mientras el Cuerpo de Ejército a las órdenes del general Aranda atacaba por el centro aprovechando la cabeza de puente conquistada por la 4 Bandera de la Legión en Villalba Baja. El enlace entre las tropas de Aranda y el Cuerpo de Ejército de Castilla iba a ejecutarlo la I de Navarra.

Aranda decidió dividir sus fuerzas en tres grupos. Por la izquierda, la División 13 debía infiltrarse por la cabeza de puente de Villalba Baja por sorpresa. A continuación, la División 84 aprovecharía para penetrar por el mismo lugar y la 13 se establecería a la izquierda para impedir un contraataque republicano desde el Norte. Por la derecha, las Divisiones 83 y 150, cubiertas por 67 baterías de artillería de las que 19 eran de un calibre superior al 155, debían atravesar el río Alfambra para dislocar totalmente a la División 67 republicana y envolver la ciudad de Teruel. Por último, la I de Navarra debería enfrentarse con la División 46 (*el Campesino*) en el cementerio de Teruel.

La superioridad que habían logrado las fuerzas nacionales era extraordinariamente abrumadora. De hecho, como hemos visto, la División 67 del Ejército popular iba a recibir el embate del Cuerpo de Ejército gallego —cinco divisiones^[14] y una brigada de Caballería— que disfrutaba además del apoyo artillero de 67 baterías. Cada soldado republicano —en no pocas

ocasiones bisoño— iba a enfrentarse con seis de las tropas nacionales. En cuanto a armamento la desproporción era todavía mayor.

Como estaba planeado, el 17 de febrero se inició el ataque. Por la izquierda, la División 13 logró infiltrarse por sorpresa y la 84 alcanzó la zona de los servicios de vanguardia. Por la derecha, la 83 y la 150 fueron tomando una tras otra las alturas que dominaban la orilla izquierda de la desembocadura del Alfambra. En el cementerio de la ciudad de Teruel, las mermadas fuerzas de *El Campesino* opusieron una resistencia encarnizada. Se trataba de un esfuerzo denodado, pero inútil ya que las carreteras estaban ya controladas por las fuerzas de Aranda.

El día 21 de febrero, las fuerzas republicanas de Teruel comenzaron a retirarse de la ciudad para no verse cercadas. Previamente, *el Campesino* en persona había penetrado en la ciudad a bordo de un blindado para colaborar en la retirada de los soldados que corrían un riesgo real de verse cercados en la plaza del Torico.^[15] La acción —arriesgada y heroica a la vez— permitió salvar la vida a buen número de heridos que pudieron ser evacuados durante la noche. El 22 de febrero, Teruel era recuperado por las tropas de Franco. Lo que había sido una ofensiva de enorme éxito inicial para el Ejército popular de la República había concluido, al fin y a la postre, con una clamorosa derrota. Se repetía una vez más la sucesión de ofensiva del Ejército popular, resistencia nacional en inferioridad de condiciones y contraofensiva nacional victoriosa. En este caso, por añadidura, aún quedaba por llegar lo peor para el Frente popular.

*Frente a mí varias líneas
de asesinos están,
acechando mi vida,
campeadora y audaz,
que acobarda al acecho
y al cañón más fatal.*

*Con el alba en el pico,
delirante y veraz,
con rocío, mi arma
se dedica a cantar (...)*

MIGUEL HERNÁNDEZ,
«Canción de la ametralladora»

*Españoles de hoy. Santos y mártires;
héroes de independencia y reconquista.
Espanoles de hoy. En el reloj del tiempo
la hora sonó de la inmortal consigna:
¡Hagamos una España como la España aquella
que hace doscientos años se nos quedó dormida...!*

MIGUEL MARTÍNEZ DEL CERRO,
«Canto a la España deseada»

Las consecuencias de Teruel: las ofensivas de Aragón y Levante

Teruel: balance inmediato

La batalla de Teruel concluyó con pérdidas cuantiosas para ambas partes. De hecho, el desgaste resultó tan considerable que uno de los generales de Franco, Aranda, llegó a considerar que la misma había concluido en tablas.^[16] Para desgracia del Frente popular no había sido así. De hecho, la derrota en Teruel tuvo para el mismo unos efectos desastrosos. El número exacto de bajas no se puede establecer con certeza, pero, posiblemente, se acercó a los quince mil muertos. No fueron tampoco escasas las pérdidas materiales. En ese contexto no puede extrañar que semejante derrota tuviera consecuencias políticas importantes de las cuales la menor no fue precisamente la caída poco después de Prieto —que dejó de creer en Teruel en la posibilidad de una victoria del Frente popular en el campo de batalla— y un nuevo peldaño en el ascenso de la influencia comunista. Esta última circunstancia, de hecho, daría pábulo a las acusaciones dirigidas contra los comunistas de haber consentido la pérdida de Teruel por bastardos intereses partidistas. Las mismas, por otro lado, procedieron no pocas veces de antiguos miembros del PCE.^[17] Con todo, lo peor fue que durante las siguientes semanas el Ejército popular se vio incapacitado de resistir con una mínima eficacia a las fuerzas nacionales, dotadas ahora de una notable superioridad material.

La batalla de Aragón: la España del Frente popular partida en dos^[18]

La recuperación final de Teruel, unida a la concentración de tropas en el frente de Aragón, llevó a Franco a desistir de la ofensiva sobre Madrid que se había proyectado para finales de 1937 y aprovechar la agrupación de fuerzas para lanzar un ataque en dirección al Mediterráneo que concluyera con la división en dos de la España controlada por el Frente popular. La operación, trazada meticulosamente por el general Vigón, fue expuesta el 24 de febrero de 1938 por el Generalísimo ante una reunión de jefes militares.

El avance transcurriría en tres etapas. En el curso de la primera, debía batirse al adversario al sur del Ebro, entre Fuentes de Ebro y Vivel del Río, adelantando las líneas hasta el Guadalupe. Durante la segunda, el ataque se realizaría al norte del Ebro con intención de alcanzar el Cinca y, quizás, el Segre. En la última, por el sur del Ebro, se produciría un avance dirigido hacia el Mediterráneo.

El mando supremo de la ofensiva se confió a Dávila. Para llevarla a cabo se contaba con doscientos mil hombres que estaban agrupados desde los Pirineos al Ebro en los Cuerpos de Ejército de Navarra (Solchaga) y de Aragón (Moscardó), y desde el Ebro al sector de Teruel en los Cuerpos de Ejército marroquí (Yagüe), CTV (Berti), Galicia (Aranda) y Castilla (Varela). En conjunto, se trataba de 25 divisiones de Infantería y una de Caballería. Frente a ellos, el Mando del Ejército popular tenía desplegado en cuatro quintas partes del frente al XII Cuerpo y el resto estaba cubierto por parte del XXI. A retaguardia se encontraba el XVIII Cuerpo en reorganización y nueve Brigadas que constituían las reservas locales del Ejército del Este.^[19] En conjunto, las quince divisiones de Franco —catorce de Infantería y una de Caballería— se enfrentarían con los restos de seis divisiones republicanas. La superioridad numérica de los atacantes era, por lo tanto, considerable.

El 9 de marzo, el mismo día en que se aprobó en la España de Franco el Fuero del Trabajo y tres después del hundimiento del *Baleares*,^[20] se inició el ataque. El objetivo de esta primera fase de la ofensiva consistía en fijar al enemigo al norte del Ebro y en el frente de Teruel. El Cuerpo de Ejército marroquí (Yagüe)^[21] debía provocar la ruptura del frente por Villanueva de Huerva y continuar después por Belchite, Azaila, Escatrón y Caspe. El CTV italiano (Berti)^[22] debía penetrar por Rudilla y avanzar sobre Alcañiz, por Muniesa, Oliete, Albalate del Arzobispo e Híjar. Finalmente, el Cuerpo de Ejército de Galicia (Aranda),^[23] debía provocar una ruptura por Vivel del Río y confrontar con el anterior en Alcañiz, avanzando por la carretera que atraviesa, en dirección a esta localidad, Montalbán, Alcorisa y Calanda. Entre las tropas de Yagüe y el CTV italiano debía actuar un destacamento de enlace (García Valíño),^[24] que rompiera el frente por Bádenas y avanzara por Moyuela, Moneva, Ventas de Muniesa y Lécera. Finalmente, como reserva quedaría la División 105.

Se trataba de una operación dirigida contra un frente discontinuo con líneas de contención no muy sólida, contando con una considerable superioridad material. Semejante combinación de circunstancias debía ser suficiente para asegurar el éxito de la ofensiva. La intención del Ejército nacional era que el frente saltara en pedazos y, efectivamente, así sucedió. Incluso no faltaron las escenas de pánico en las unidades del Ejército popular. En contra de lo que se ha afirmado en ocasiones, a este triunfo no contribuyó de manera ni fundamental ni decisiva la utilización de los tanques alemanes. De hecho, Franco era extraordinariamente conservador en cuanto al uso de blindados e insistió en que éstos, como en la primera guerra mundial, se centraran en apoyar a la Infantería. No obstante, a escala muy reducida, los alemanes experimentaron los rudimentos de lo que luego en la segunda guerra mundial sería conocido como *blitzkrieg* o guerra relámpago. Concentrados en puntos concretos, perforaron el frente, se adelantaron para apoderarse de los nudos de comunicación, embolsaron a las fuerzas republicanas y después dispararon sobre ellas cuando intentaban la retirada. La rapidez del avance tuvo además como otra consecuencia importante que las reservas del Ejército popular no pudieran desplazarse con la celeridad suficiente como para prestar una ayuda efectiva.

En la segunda jornada de la ofensiva, la División 5 del Cuerpo de Ejército marroquí

reconquistó las ruinas de Belchite por las que tan encarnizadamente se había combatido tan sólo unos meses atrás. El 11, tomado de revés, el frente al sur de Zaragoza, entre Fuentes de Ebro y el vértice Sillero, se desplomaba y las fuerzas de la 1 División (García Valiflo) y del Cuerpo de Ejército marroquí (Yagüe) se conectaban en Lécera. De las diferentes masas de maniobra que llevaban a cabo la ofensiva, sólo el Cuerpo de Ejército de Galicia (Aranda) se encontraba con dificultades para poder avanzar.

El 13, las fuerzas del Cuerpo de Ejército marroquí, entre las que se encontraban los blindados alemanes, volvieron a protagonizar un avance de importancia —verdaderamente extraordinario porque fue de treinta y cinco kilómetros— dejando embolsados a sus oponentes, y enlazando en Híjar y La Puebla de Híjar con la División de García Valiño. El CTV, mientras tanto, había conseguido avanzar hasta Ariño y el Cuerpo de Ejército de Galicia (Aranda) se apoderaba de Montalbán. El 14, los italianos, que habían ocupado Calanda, enlazaban en Alcañiz con García Valiño. Yagüe avanzaba sobre Caspe, mientras la División de Caballería se situaba en Sástago para proteger el flanco izquierdo y la retaguardia al sur del Ebro. El día 15, entre Caspe y Calanda, el Ejército popular no contaba con una sola unidad organizada y además no existía el más mínimo enlace entre el Ejército del Este y el de Maniobra.

El éxito, verdaderamente espectacular, de la ofensiva del Ejército nacional llevó a Franco a comprender que el avance se podía prolongar de manera casi indefinida. El 15 de marzo dictó una directiva en la que se preveían dos operaciones. La principal, llevada a cabo por García Valiño, el CTV y el Cuerpo de Ejército de Galicia (Aranda), debía transcurrir al sur del Ebro con la finalidad de explotar el éxito avanzando hacia el mar. La complementaria, a cargo de los Cuerpos de Ejército de Navarra,^[25] Aragón^[26] y Marroquí,^[27] debía tener como escenario el norte del río e intentar progresar hasta el Cinca o, si fuera posible, el Segre. Un avance del frente hasta esa línea permitiría contar con una base de partida para la entrada del Ejército nacional en Cataluña lo que, previsiblemente, podía tener como consecuencia la conclusión en breve de la guerra.

Fue a estas alturas de la ofensiva, cuando la misma experimentó una breve pausa motivada por la resistencia de las fuerzas republicanas en Caspe. Allí se libró una encarnizada batalla que obligó al Cuerpo de Ejército marroquí y a la 1 División a combatir hasta el día 17 para poder entrar en la localidad. El hecho de que el Cuerpo de Ejército de Galicia hubiera ya tomado la sierra de San Just, Alcoriza y Ejulve, permitió que el frente al sur del Ebro quedara establecido sobre el curso del Guadalupe hasta Calanda y, siguiendo por el Guadalopillo, hasta Son del puerto. En algo más de una semana, las tropas de Franco habían avanzado en una profundidad de 120 kilómetros, conquistando unos siete mil kilómetros cuadrados. Se trataba de una victoria extraordinaria porque a lo anterior se añadía que, frente a las fuerzas nacionales, las unidades del Ejército popular se hallaban enormemente debilitadas. De hecho, les faltaban hombres en no menos del 30% y armamento en una proporción no inferior al 40%.^[28]

En paralelo, se produjo un episodio que iba a causarle algún quebradero de cabeza a Franco. El día 16, Mussolini ordenó a su aviación que bombardeara Barcelona. La ciudad no era, como se ha afirmado ocasionalmente, una «ciudad abierta», sino que constituía un objetivo militar de primer orden. En su interior existían numerosas fábricas de material de guerra, polvorines, depósitos,

parques y cuarteles. Por si fuera poco, su puerto era muy importante y lo mismo podía decirse de sus carreteras y vías férreas, ya que a través de ellas llegaba buena parte del material de guerra extranjero destinado al Frente popular. No resulta, por lo tanto, extraño que su defensa costera y antiaérea resultara muy potente. Sin embargo, el bombardeo llevado a cabo por la aviación italiana irritó enormemente a Franco. Ciano atribuiría en su diario esa reacción al hecho de que no se le hubiera informado previamente. Pudieron pesar también sobre su ánimo el hecho de que se bombardearan algunos objetivos no deseados y también las protestas formuladas por monseñor Antoniutti, el representante del Vaticano en España, y por lord Perth, embajador británico en Italia. Comprensiblemente, Franco no podía ver con agrado que dos potencias que tanto habían hecho, en mayor o menor medida, por favorecer su causa se manifestaran ahora molestas por los métodos utilizados.

Cuando el 22 de marzo dio inicio el conjunto de operaciones contempladas en la directiva dictada por Franco una semana antes, no pudo producirse bajo mejores auspicios. Se pretendía aprovechar el despliegue en ángulo entre el Gallego y el Ebro para lanzar sobre el Ejército popular una serie de ataques que fueran envolviendo sus posiciones al occidente del Cinca impidiéndole, a la vez, la retirada. El Cuerpo de Ejército de Navarra debía fijar al enemigo entre Jaca y Bolea y romper el frente al Norte y al sur de Huesca, envolviendo sus posiciones y avanzando hacia Barbastro. El Cuerpo de Ejército de Aragón debía también fijar a las fuerzas del Ejército popular, romper el frente al sur de Huesca y avanzar hacia Albalate de Cinca por Sangarrén, Grañén y Sariñena. Finalmente, el Cuerpo de Ejército marroquí (Yagüe) tenía que cruzar el Ebro al oeste de Sástago, avanzar hacia Bujaraloz y Candasnos y proseguir después hacia Fraga.

Con la finalidad de frenar a sus adversarios al sur del Ebro, el Mando del Ejército popular prácticamente había desguarnecido el área situada al norte del río. Esa circunstancia facilitó que las nacionales pudieran romper el frente y que sólo encontraran una cierta resistencia en torno a Huesca. Durante la tercera jornada de la ofensiva, las fuerzas del Cuerpo de Ejército de Navarra cruzaron el Flumen y las del Cuerpo de Ejército de Aragón avanzaron por Farlete, Alcubierre y Almuniente. Ambos Cuerpos enlazarían en Sangarrén y, dos días después, alcanzaban el Alcanadre en Pertusa y Sariñena.

El Cuerpo de Ejército marroquí, que había cruzado el Ebro por Gelsa, ocupó el 25 Bujaraloz. El 27 cruzó el Cinca y tomó Fraga, mientras su caballería avanzaba por la orilla derecha del río hasta Ballobar. Ese mismo día, el Cuerpo de Ejército de Navarra consiguió a su vez lograr una ruptura del frente en el sector de Sabiñánigo, prosiguiendo el avance sobre Broto y Boltaña. Quedaba embolsada la región de Los Monegros y las fuerzas del Ejército popular, que eran conscientes de la posibilidad de verse separadas de sus líneas en Cataluña, se vieron obligadas a cruzar el Cinca. El día 28, los Cuerpos de Ejército de Aragón y Navarra llegaban a la altura de este río en Albalate, Monzón y Barbastro.

El Cinca no pudo mantenerse como línea de defensa. Desbordada su línea por Yagüe, la voladura de puentes realizada por las fuerzas del Ejército popular no impidió que fuera cruzado durante los días 29 y 30 por las tropas de Moscardó y Solchaga, entre Albalate y Chalamera y cerca de El Grado. El 3 de abril, las tropas de Yagüe tomaron Lérida. Para conseguirlo tuvieron

que enfrentarse con la resistencia de algunas fuerzas a las órdenes del *Campesino*.^[29] Al final, los soldados del Ejército popular se retiraron al otro lado del Segre y el Cuerpo de Ejército marroquí se situó en la orilla derecha del Segre hasta Mequinenza, aunque estableció en Serós una cabeza de puente en la margen contraria.

El 6 de abril, el Cuerpo de Ejército de Aragón, que había alcanzado el Noguera Ribagorzana en Alfarrás, tomó Balaguer, al norte de Lérida, estableciendo también una cabeza de puente en la otra orilla del río. Las fuerzas de Moscardó se desplegaron por la margen derecha, desde Corbín a la confluencia con el Noguera Pallaresa, donde consiguieron apoderarse de las centrales eléctricas de Camarasa y San Lorenzo.

El 7 de abril, el Cuerpo de Ejército de Navarra tomó Tremp y Pobla de Segur. Se trataba de un logro importante porque allí estaban las instalaciones hidroeléctricas que suministraban electricidad a Barcelona y a sus industrias. Al norte del eje principal seguido por las fuerzas de Solchaga quedaron embolsadas en algunos valles —del Cinca, del Esera, del Noguera Ribagorzana, del Flamisell y del Noguera Pallaresa— diversas unidades del Ejército popular sobre las que el Cuerpo de Ejército de Navarra iría realizando diversas operaciones de limpieza cuya finalidad era aniquilar a las fuerzas enemigas u obligarlas a pasar a Francia. Sólo fue capaz de resistir algún tiempo la bolsa de Bielsa, situada en torno a esta localidad del Alto Cinca y defendida por la División 43.^[30]

Al sur del Ebro, las operaciones de las fuerzas nacionales tenían como finalidad aniquilar de manera simultánea a las tropas del Ejército popular que se replegaban sobre Gandesa y Morelia. Con tal finalidad, se constituyeron cuatro agrupaciones. La primera, formada por una Brigada de la División de Caballería y otra de la 105 División, debía ocupar la margen derecha del Ebro desde Mequinenza a Cherta vigilando sus pasos más importantes. La segunda, formada por la División 1 (García Valiño), una Brigada de Caballería y otra de la División 105, debía desbordar por el Norte Gandesa, intentando además cortar las comunicaciones con Tortosa. La tercera, formada por el CTV italiano, la División 15 y una Brigada de Caballería, tenía que asaltar Gandesa por el oeste y el Sur, impulsando al enemigo en dirección a Tortosa. Finalmente, la cuarta, formada por el Cuerpo de Ejército de Galicia, debía lanzarse contra Morella con la intención de conquistarla.

Frente a este dispositivo, el Mando del Ejército popular había reagrupado y situado sus escasas reservas en la zona sur del Ebro apoyadas en improvisadas fortificaciones situadas entre los ríos Guadalupe y Matarraña. Contra lo que se podría haber esperado, la resistencia de estas unidades provocó la práctica paralización de la ofensiva durante una semana. Sólo el 30 de marzo consiguieron las fuerzas atacantes avanzar con más rapidez, mientras la Agrupación de Caballería se extendía por la curva del Ebro entre Mequinenza y Fayón.

El 2 de abril, la Agrupación García Valiño^[31] desbordó por el Norte las defensas de Gandesa y enlazó en esta localidad con el CTV italiano. En los siguientes días, la Agrupación García Valiño y el CTV terminaron de ocupar la curva del Ebro situada entre Fayón y Cherta, pero su avance se vio frenado en las inmediaciones de Tortosa y, más al Oeste, entre los puertos de Beceite y la sierra de Montenegro.

También el día 24 de marzo había comenzado su avance, partiendo de Alcorisa, el Cuerpo de Ejército de Galicia (Aranda).^[32] La lucha en el Maestrazgo —antiguo escenario de enfrentamientos militares durante la primera guerra carlista— demostró ser especialmente difícil tanto por la voluntad de resistencia de las fuerzas del Ejército popular como por el carácter geográfico de la zona. Morella no cayó en manos de las tropas de Aranda hasta el día 4 de abril y aún se necesitaron cuatro días más para rebasar el Maestrazgo y quedarse detenido en el monte Turmell, a unos 35 kilómetros de la costa mediterránea. A esas alturas, resultaba obvio que Franco tenía como objetivo llegar al mar y así dividir en dos el territorio controlado por el Frente popular.

Con la finalidad de romper el frente en dirección Morella-Vinaroz y, dirigiéndose luego al Norte, tomar de revés a las fuerzas republicanas que habían detenido el progreso del CTV italiano, se trasladó a la Agrupación García Valiño a la zona de Morella. Su misión consistía en atacar en dirección a Chert-Santa Bárbara y envolver por el Este la sierra de Montenegro, mientras el Cuerpo de Ejército de Galicia arrollaba las fuerzas del Ejército popular que tenía frente a sí y, de esta manera, llegaba al Mediterráneo.

Tras conseguir ensanchar la base de partida, al Norte y al sur del monte Turmell, el 14 se produjo la ruptura del frente republicano. El 15, el Mediterráneo era alcanzado en tres lugares a la vez por las tropas de Franco: en Benicarló (Martín Alonso), en Vinaroz (Alonso Vega) y en Alcanar (García Valiño). Cataluña quedaba así separada del resto de la España controlada por el Frente popular y ésta dividida en dos zonas. Tres días después, la Agrupación García Valiño concluyó su conversión hacia el Norte y enlazó en los suburbios de Tortosa con las tropas legionarias. Resultó así obvio que las tropas del Ejército popular situadas en la orilla derecha del Ebro iban a verse embolsadas y para escapar de esa desastrosa eventualidad, cruzaron el río. El 19, toda la vertiente sur del Ebro estaba en manos de las tropas nacionales y concluía la ofensiva de Aragón.^[33] En el curso de la misma —quizá la más brillante de las desencadenadas por Franco aunque, en realidad, hubiera sido planeada por Vigón— se había aprovechado el triunfo previo de Teruel, se había procedido a la conquista de una extensión considerable de territorio, se había logrado la aniquilación de un número importante de fuerzas enemigas y se había conseguido la ruptura de la España controlada por el Frente popular en dos. La respuesta del gobierno del Frente popular fue aumentar el poder de los comunistas en el ejército. De manera bien significativa, la creación de la Agrupación Autónoma del Ebro destinada a la defensa meridional de Cataluña tendría como jefe al comunista Modesto y como efectivos a los V y XV Cuerpos a las órdenes respectivamente de los también comunistas Líster y Tagüeña. Sin embargo, el pesimismo en la España del Frente popular era, justificadamente, innegable. El presidente de la República, Manuel Azaña, se entrevistó en esas fechas con Negrín. Pretendía mostrar al político socialista la terrible verdad, pero Negrín no estaba dispuesto a escucharla. Con amargura, Azaña le advirtió: «Algún día tendrá que pedir la paz».^[34]

Levante: la discutida elección de Franco^[35]

El quebranto sufrido por el Ejército popular de la República era tan considerable y la ubicación

del Ejército nacional tan favorable que se pudo pensar en un final muy cercano de la guerra. A posteriori, se ha discutido si, caso de haber atacado Franco Cataluña en esos momentos quizá el conflicto hubiera podido terminar en breve.^[36] Se ha alegado, al respecto, que esta región no hubiera podido defenderse ni recibir auxilio de la otra zona sujeta al Gobierno del Frente popular. Además, la caída de Cataluña habría significado que la frontera quedara definitivamente cerrada y que la poca industria con que aún contaba la República hubiera pasado a manos de Franco. Debe señalarse que la opción citada resultaba tan tentadora que en ese sentido se expresaron Yagüe, Vigón y Kindelán.^[37] No sólo ellos lo veían así. El ministro de la Guerra alemán transmitió instrucciones al general Hellmuth Volkmann, comandante de la Legión Cónedor,^[38] para que convenciera a Franco de que la ofensiva debía continuar en dirección a Cataluña.

Sin embargo, pese a todos estos factores, Franco decidió no atacar Cataluña sino proseguir el avance en Levante. Las razones para esa decisión^[39] no fueron de escasa importancia. Por ejemplo, la caída de Cataluña hubiera dejado importantes contingentes del Ejército popular en el Centro y el Sur, e incluso hubiera podido provocar una reacción internacional. Ciertamente, las potencias occidentales no se habían movilizado ante la invasión de Austria por Hitler a inicios de marzo —ni lo harían meses después ante la desmembración de Checoslovaquia— y, quizás, no lo habrían hecho a causa de la caída de Cataluña. Así, el 22 de marzo de 1938, Keitel comunicaba a Weizsaecker que había llegado a esa misma conclusión.^[40] Posteriormente, sus adversarios Azaña y Rojo también considerarían que Franco había cometido un error al no desencadenar una ofensiva sobre Cataluña. Sin embargo, Franco consideró más prudente evitar cualquier riesgo de reacción contraria de un gobierno como el francés que había dado repetidas muestras de simpatía hacia el del Frente popular y que seguiría comportándose de manera semejante en el futuro.

El objetivo del nuevo avance del Ejército nacional consistió en alcanzar la línea Teruel-Sagunto que constituye el límite natural del Maestrazgo. Para ello, el Cuerpo de Ejército de Castilla debía conseguir una base de partida mediante el envolvimiento de la región de Aliaga por los altos valles del Alfambra y del Guadalope. Después, este mismo Cuerpo de Ejército de Castilla tendría la misión de establecer la comunicación directa por ferrocarril y carretera entre Teruel y Segorbe y al Cuerpo de Ejército de Galicia la prolongación de tal comunicación desde Segorbe a Sagunto.

La fase inicial de la ofensiva que debía llevar a cabo el Cuerpo de Ejército de Castilla se vio extraordinariamente entorpecida por la resistencia del Ejército popular, a la que ayudó el mal tiempo, y la recepción de armas facilitada por la apertura de la frontera con Francia el 17 de marzo. Del 23 al 28 de abril consiguió avanzar dificultosamente hasta la línea Escorihuela-Jorcás-Aliaga-Ladruñán. En paralelo, el Cuerpo de Ejército de Galicia fue progresando, también con enorme dificultad, hasta una línea Alcocebre-Alcalá de Chivert-Cuevas de Vinromá-Albocácer-Catí. A finales de abril, el avance nacional se vio de nuevo detenido por la combinación de la resistencia militar enemiga y del temporal de lluvias. En paralelo, el Destacamento de Enlace García Valiño se concentró en el sector de Morella para avanzar hacia Mosqueruela y así apoyar el avance del Cuerpo de Ejército de Castilla.

A inicios de mayo, resultaba obvio que la ofensiva nacional se había estancado. Hacia el día 26 de ese mes, Kindelán escribió a Franco para rogarle que diera por terminada una operación que estaba costando un considerable número de bajas y teniendo muy escasos resultados. Franco no accedió,^[41] y los acontecimientos le dieron la razón. Las tropas situadas entre Teruel y Morella habían conseguido avanzar hasta la línea Castralvo-Formicha Alto-Alcalá de la Selva-Mosqueruela-Villafranca del Cid-norte de Ares del Maestre hasta el mismo día en que Kindelán dirigió su misiva a Franco. La situación del Cuerpo de Ejército de Galicia era todavía peor ya que se había estrellado contra las fuerzas del Ejército popular situadas al norte de Albocácer y Cuevas de Vinromá y al sur de Alcocebar. Ciertamente, la ofensiva había entrado en crisis. Para salir de esa situación, el Mando nacional tomó la decisión de intentar fijar a las fuerzas del Ejército popular en ese sector, a la vez que desencadenaba un ataque sobre su flanco izquierdo desde Ares del Maestre a Vistabella, dando sobre la costa situada al sur de la ciudad de Castellón. Con la finalidad de alcanzar esos objetivos, el Cuerpo de Ejército de Galicia fue dividido en dos grupos de divisiones. El primero, bajo el mando de Alonso Vega, se situó entre Castellfort y Villafranca del Cid. El segundo, a las órdenes de Martín Alonso, tenía la misión de cubrir la zona de la costa. Por último, García Valiño, que había recibido importantes refuerzos, debía avanzar contra Vistabella, Adzaneta y Alcora de tal manera que fueran envueltas las posiciones del Ejército popular situadas al norte del río Mijares.

La maniobra —que se desarrolló entre los días 26 de mayo y 15 de junio— provocó el colapso del frente y la caída de Castellón quedando las líneas establecidas al sur del Mijares por la parte de Villarreal. De manera simultánea, el Cuerpo de Ejército de Castilla había ido progresando a lo largo de la carretera Teruel-Sagunto tomando el puerto de Escandón y la Puebla de Valverde. Por el sur de Castellón, fueron cayendo las poblaciones de Onda, Burriana y Nules. El avance resultó casi paralelo a un nuevo cierre de la frontera con Francia^[42] y a un nuevo envío de tropas italianas. Entre junio y julio, Franco recibiría cerca de seis mil soldados italianos más y un número considerable de aviones.^[43]

Possiblemente, una de las áreas donde la colaboración germano-italiana resultó especialmente valiosa en esos días fue en el control marítimo. Deseoso de impedir cualquier posible comunicación entre las dos zonas de la España controlada por el Frente popular, Franco ordenó a la Legión Cóndor y a la Aviazione Legionaria que bombardearan las ciudades costeras de especial importancia militar así como los buques mercantes. Valencia, Alicante y Barcelona —todas ellas objetivos militares de primerísimo orden y no ciudades abiertas como se ha afirmado en ocasiones — sufrieron así bombardeos aéreos.

A inicios del mes de julio, las líneas alcanzadas por las tropas nacionales iban desde la sierra de Javalambre al sur de Nules, pasando por el oeste de Sarrión y Mora de Rubielos, sur de Linares de Mora y Lucena del Cid, oeste de Onda y sierra del Espadán. Llegado a este punto, Franco decidió concluir la ofensiva de Levante con una maniobra que fuera coronada por la toma de Valencia. Los Cuerpos de Ejército de Castilla, del Turia (Solchaga) y el CTV italiano debían establecer escalonadamente un flanco defensivo que discurriera desde la sierra de Javalambre y el

Vértice Salada hasta Chiva y Carlet, pasando por Villar del Arzobispo. Al mismo tiempo el Cuerpo de Ejército de Galicia y el Destacamento García Valiño debían maniobrar desde la carretera de Sagunto que discurre en torno a Valencia para cortar a las fuerzas del Ejército popular la posibilidad de retirada al sur del Júcar.

Tras conseguir el Cuerpo de Ejército del Turia ampliar sus posiciones al sur de Teruel siguiendo la línea Valdecuenca-Villel-CublaCamarena-Manzanera, se produjo la ruptura del frente el 13 de julio por el sector de Sarrión. El día 20, dos días después de que Franco fuera exaltado a la dignidad de Capitán General del Ejército y la Armada por el Gobierno, las fuerzas atacantes habían llegado a las cercanías de Viver y enlazaban en Caudiel con las posiciones de la sierra del Espadán. Se cerraba así la bolsa de Mora de Rubielos. La actividad de la aviación de Franco resultó intensísima y, de hecho, las posiciones republicanas se vieron sometidas a una sucesión de bombardeos. Sin embargo, el avance se detuvo ahí. Los días 21, 22 y 23, las tropas nacionales no pudieron doblegar la resistencia del Ejército popular en Viver aunque se encontraban ya a menos de cuarenta kilómetros de Valencia. Así, por ejemplo, en la ermita de San Blas, en un frente de tres kilómetros, los sucesivos bombardeos de aviación y artillería y los continuados ataques de infantería no consiguieron desalojar a los soldados del Ejército popular de unas posiciones que estaban materialmente deshechas.^[44]

El 24 se produjo un cese de los ataques con la intención de que el 25 se iniciara la ofensiva que debía tomar Valencia. No sería así. Ese mismo día, el Ejército popular de la República cruzaba el Ebro y daba inicio la batalla más prolongada de la guerra. Sin embargo, antes de abordar su examen, tenemos que referirnos a otra ofensiva que derivó también de la victoria nacional en Teruel y que debe inscribirse en el marco de sus consecuencias. Nos referimos a la ofensiva de Extremadura.^[45]

Las últimas consecuencias de Teruel: las ofensivas de Andalucía y Extremadura

El duro golpe que significó para el Ejército popular de la República la derrota de Teruel no sólo permitió al Mando nacional continuar la explotación de esa victoria sino también ejecutar una serie de ofensivas de ámbito mucho más reducido con fines estratégicos secundarios. Totalmente absorbidas en la tarea de intentar contener las ofensivas de Aragón y Levante, las fuerzas republicanas poco podían hacer para enfrentarse a estas operaciones.

La primera de estas ofensivas tuvo como escenario la región andaluza. Así del 14 al 18 de junio, el Ejército del Sur (Queipo de Llano) rectificó a vanguardia sus líneas en los sectores de Fuenteovejuna y Granja de Torrehermosa, tomando la sierra Trapera y los pueblos de Peraleda del Zaucejo, Los Blázquez, La Granjuela y Valsequillo. Esta rectificación creaba la base para posibles operaciones posteriores.

La segunda, de más importancia, se produjo en Extremadura. En esta región, las posiciones del Ejército popular formaban un saliente en la zona de Mérida que, presumiblemente, podía ser utilizado para interferir las comunicaciones por ferrocarril y carretera que unían Andalucía con el resto de la España enemiga. Para liquidar este saliente —lo que tendría como consecuencia la

expulsión de las fuerzas del Ejército popular del área de Mérida y la conquista de la comarca de la Serena— el Mando nacional decidió el 2 de julio el desencadenamiento de una ofensiva. Ésta debía ser llevada a cabo por dos agrupaciones de tropas. La primera, perteneciente al Ejército del Centro (Saliquet) debía avanzar desde Madrigalejo a Orellana la Vieja donde cruzaría el Guadiana. La segunda, procedente del Ejército del Sur (Queipo de Llano) debería atacar hacia Monterrubio-Castuera. En este sector se produciría el enlace entre ambas agrupaciones con lo que se acabaría con el saliente enemigo. Una vez alcanzado ese objetivo, las dos agrupaciones deberían proseguir su avance hacia el Este, procediendo a la conquista de Talarrubias, La Puebla de Alcocer y Cabeza del Buey.

La ofensiva comenzó, finalmente, el 20 de julio. Al Norte, actuó la Agrupación de Divisiones del Guadiana (Mégica), flanqueada por el Este por una brigada de Caballería. Al Sur, la acción fue llevada a cabo por un Cuerpo de Ejército de Maniobra (Solans), reforzado por diversas unidades entre las que se encontraba una Brigada de Caballería.

El avance fue desigual. Mientras que las fuerzas del Ejército del Norte progresaron con cierta rapidez, las del Sur chocaron con una resistencia mayor. Con todo, el día 24 ambas agrupaciones enlazaban en Campanario con lo que la bolsa de Mérida quedaba cerrada. En los días siguientes fueron tomadas Medellín, Mengabil, Magacela, La Coronada, Don Benito y Villanueva de la Serena. Sin embargo, el 25 había cruzado el Ebro el Ejército popular y las operaciones tuvieron que ser, momentáneamente, interrumpidas.

La derrota de Teruel: balance final

Los efectos finales de la ofensiva del Ejército popular sobre Teruel sólo pueden ser comprendidos plenamente cuando se examina lo que fueron las ofensivas posteriores lanzadas por Franco sobre Aragón y Levante y, en mucho menor medida, cuando nos referimos a las ofensivas de Andalucía y Extremadura. Especialmente quebrantado, el Ejército popular de la República se vio enfrentado a una descarga prácticamente ininterrumpida de golpes certeros y bien planeados que en apenas unas semanas situó a sus adversarios en el Mediterráneo —lo que significó la división geográfica en dos de la España controlada por el Frente popular— y a las puertas de Cataluña. Franco hubiera podido continuar hacia Cataluña, pero optó, prudentemente, por proseguir su avance por Levante. Las fuerzas del Ejército popular se fueron replegando, pero sin dejar de combatir y entonces, cuando Franco se preparaba para un nuevo asalto contra Valencia que, a su juicio, hubiera precipitado el final de la guerra, se produjo el paso del Ebro y la situación experimentó un cambio radical.

*... Paciencia, da tiempo al tiempo,
sosiegate, loca entraña,
tienen las cosas sazón
que no es la de nuestras ansias.*

*... Azina, la color buena,
con lo seguro que avanza
capitaliza victoria
en milímetros de un mapa.*

*De que un día campear
de punta a punta de España,
tenemos un Fiador
con una cabeza clara.*

EUGENIO D'ORS, «Romance del impaciente ante un mapa en color de las operaciones de guerra»

*Tu carta —¡oh noble corazón en vela,
español indomable, puño fuerte!—
tu carta, heroico Lister, me consuela
de esta que pesa en mi carne de muerte.*

*Fragores en tu carta me han llegado
de lucha santa sobre el campo ibero;
también mi corazón ha despertado
entre olores de pólvora y romero.*

*Donde anuncia marina caracola
que llega el Ebro, y en la peña fría
donde brota esa rébrica española:*

*de monte a mar, esta palabra mía:
«Si mi pluma valiera tu pistola
de capitán, contento moriría».*

ANTONIO MACHADO, «A Líster, Jefe en los Ejércitos del Ebro»

La guerra se decide en Aragón (II): la batalla del Ebro

El nuevo Estado

La convicción de que la victoria se hallaba al alcance de la mano contribuyó, sin duda, a que durante los primeros meses de 1938 Franco dedicara un interés especial a los aspectos jurídicos y administrativos de lo que iba a ser la España de la posguerra. Con notable habilidad excluyó —aparentemente sólo de momento— la posibilidad de que Alfonso XIII pudiera regresar a España para realizar una restauración monárquica. El 3 de enero de 1938, Franco formó un gobierno en el que aparecían recogidas todas las tendencias que se daban cita en el bando nacional, desde la Falange (Fernández Cuesta y González Bueno) a los carlistas (conde de Rodezno) pasando por monárquicos (Gómez Jordana y Amado), un miembro del Bloque nacional (Sáinz Rodríguez) y, por supuesto, militares (Dávila y Martínez Anido). Tampoco faltaron en el gabinete hombres especialmente cercanos a Franco como su cuñado Serrano Suñer o su amigo José Antonio Suances. Dentro de la simbología que venía acompañando a las acciones de Franco, los ministros juraron su cargo en el monasterio de Las Huelgas, cerca de Burgos. No se trataba —por mucho que en ello insistiera la propaganda del Frente popular— de un gobierno fascista y no resulta por ello extraño que los asesores alemanes desde su llegada a España lo calificaran como *Weiss* (blanco) en clara referencia a las fuerzas que se habían enfrentado en Rusia con los bolcheviques. La mezcla de monárquicos de diferente tipo y de militares unidos por un programa antibolchevique y patriótico, que hundía sus raíces en la Historia nacional y deseaba defender la religión, recordaba, desde luego, más a personajes como Kornílov, Denikin o Kolchák que a Mussolini o Hitler. Incluso la Falange, que había recibido buena parte de su inspiración del fascismo italiano, contaba con peculiaridades, como su catolicismo, que la distanciaban de modelos como los entonces existentes en Alemania o Italia.

En la primavera, el nuevo gobierno iba a adoptar una serie de medidas que dejarían ver con una mayor claridad su orientación social e ideológica. Así el 9 de marzo fue promulgado el Fuenro del Trabajo que, trasunto fiel de la Carta del Trabajo italiana, pretendía regular en cierta medida las condiciones de la industria y evitar los principios de la lucha de clases distanciándose de las normativas aprobadas por las izquierdas en los años de la Segunda República. Al mes siguiente, el gobierno creó el Servicio nacional de reforma económico-social de la tierra que, contra lo que podría indicar su nombre, tenía como finalidad derogar de una manera más formal la reforma agraria y las diversas acciones desencadenadas por la revolución devolviendo las tierras a sus

anteriores propietarios. Aquel mismo mes se derogó la autonomía catalana (5) y se promulgó de manera formal una ley de censura de prensa (22).

Aniquilados de manera legal los aspectos izquierdistas y nacionalistas que caracterizaban al Frente popular, el embrionario nuevo estado de Franco necesitaba un soporte ideológico sobre el que levantarse. Halló éste —y para nadie fue una sorpresa— no en el fascismo, sino, como había sucedido en Rusia con los ejércitos blancos o en México con los criterios, en el patriotismo y en la forma de cristianismo vivida durante siglos en el seno de la nación, es decir, en el catolicismo.

La horrible persecución religiosa desencadenada por el Frente popular había llevado ya el 23 de noviembre de 1936, al cardenal Gomá, primado de España, a tomar abiertamente partido por los nacionales en un escrito de amplia circulación que recibió el nombre de «El caso de España».^[46] La suya no era, en absoluto, una postura aislada y si no resultó aún más evidente fue por un deseo de la jerarquía de no enajenarse las simpatías de los nacionalistas vascos —el PNV era un partido expresamente católico— y de no frustrar la posibilidad de una paz por separado con ellos. Como ya vimos, finalmente, el 1 de julio de 1937, Gomá había encabezado la firma de la Carta colectiva del Episcopado español.^[47] La suscribieron 43 obispos y 5 vicarios capitulares. No lo hicieron los 12 obispos ya asesinados por el Frente popular en aquel entonces, el obispo de Menorca recluido en la zona de España controlada por el Frente popular y el cardenal Vidal y el obispo Múgica que se negaron.

La Carta había sido precedida por una petición formal de Franco con la intención de que, dirigida a todos los obispos del mundo, les alertara de las tergiversaciones que la propaganda del Frente popular estaba creando sobre la guerra civil española. Las razones de la firma, en última instancia, fueron, fundamentalmente, espirituales y se relacionaban de manera clara con la persecución que padecía la Iglesia católica. No resulta por ello extraño que el texto insistiera en que «nuestra misión es de reconciliación y de paz», que afirmara que «con nuestros votos de paz juntamos nuestro perdón generoso para nuestros perseguidores» o que aclarara que «La Iglesia... ha organizado cruzadas. No es éste nuestro caso. La Iglesia no ha querido esta guerra ni la buscó». La Carta señalaba igualmente algo que también hubiera suscrito la Iglesia ortodoxa durante la guerra civil que asoló Rusia: «La división en dos bandos es tajante; el espiritual, con la defensa de la patria y de la religión; el materialista, con el comunismo, el marxismo y el anarquismo». En una descripción escalofriante, pero no inexacta, de lo que llamaban revolución comunista, los obispos se referían a las 20 000 iglesias y capillas destruidas y a los 6000 sacerdotes asesinados. De éstos diría el texto que «se les cazó con perros, se les persiguió a través de los montes... se les mató sin juicio las más de las veces». Finalmente, la Carta concluía con una defensa del Movimiento nacional y —por expreso deseo de la Santa Sede— con una condena del nacionalismo vasco.

La repercusión de la Carta fue, verdaderamente, espectacular. Tan sólo en Estados Unidos se agotaron varias ediciones que superaron en su conjunto los 100 000 ejemplares. Todos los episcopados respondieron al cardenal Gomá sumándose a las tesis expuestas en la Carta, sin que pudiera contrarrestar el efecto la propaganda llevada a cabo por el PNV y por algunos católicos a los que hoy se calificaría de progresistas. Al respecto, no deja de ser significativo que en 1938

Negrín impulsara en Barcelona la creación de un Instituto Católico de Estudios Religiosos que publicó un diálogo contra la Carta colectiva. Este tipo de acciones llevadas a cabo por las izquierdas tendrían un cierto eco después del Vaticano II, pero en aquella época fueron un fracaso total. Como en el caso de la guerra civil rusa o de la guerra mexicana de los cristeros, el fenómeno de la persecución religiosa era innegable y tanto la Santa Sede como los obispos de todo el mundo adoptaron una posición unánime y tajante.

Por si esto fuera poco, el 28 de agosto el Vaticano reconoció al gobierno de Franco como el legítimo y le envió a monseñor Antoniutti en calidad de delegado apostólico. Franco no olvidaría aquel respaldo y bajo su gobierno, prácticamente hasta los años setenta, la Iglesia católica disfrutaría en España de un peso religioso, familiar y educativo —en menor medida cultural— verdaderamente extraordinario. Semejante situación comenzó ya durante la guerra civil. No sólo se permitió el regreso a España de los jesuitas —expulsados por la Constitución republicana de 1931— y se estipuló que les fueran devueltas sus propiedades sino que la enseñanza religiosa católica se convirtió en obligatoria en las escuelas primarias y secundarias,^[48] se ordenó que hubiera un crucifijo en todas las clases de enseñanza media y universitaria y una imagen de la Virgen en las de primaria, se decretó la obligación de todos los funcionarios civiles y oficiales militares de asistir a los oficios religiosos y se procedió a investigar las creencias religiosas de los maestros. Otra muestra de la influencia católica fue la derogación oficial de la ley de divorcio republicana en marzo de 1938. Se trataría de una relación estrecha que sólo comenzaría a resquebrajarse durante los años sesenta y que, de manera significativa, indicaría ya en ese entonces que el régimen nacido de la guerra civil se acercaba a su ocaso.

La batalla del Ebro (I): las razones de una ofensiva^[49]

Tras la caída de Prieto, relacionada con la derrota de Teruel, Negrín había asumido la cartera de Guerra y se convirtió en el símbolo de la voluntad de resistir a toda costa frente a los continuados éxitos militares de Franco. Tras convencer a mediados de marzo a Blum para que abriera, siquiera parcialmente, la frontera francesa, llevó a cabo en abril una reorganización de su gobierno que, teóricamente, le iba a permitir controlar mejor los recursos con que aún contaba la España controlada por el Frente popular. En paralelo, con el mayor control de Negrín seguiría imparable una tendencia al monopolio comunista del poder que no había comenzado con él, pero que con él llegaría a su consumación.

El 1 de mayo de 1938, Negrín pronunció un discurso en el que formuló sus famosos «Trece puntos». Los mismos podían resumirse en defensa de la integridad de España frente a la penetración militar y económica extranjera; un plebiscito en relación con la nueva forma que tendría la república una vez concluida la guerra; preservación de las libertades regionales y de la libertad de conciencia individual; reforma agraria, respetando la pequeña propiedad; no confiscación de las empresas extranjeras cuyos propietarios no hubieran estado implicados en la rebelión militar; amnistía política general; continuación del apoyo a la Sociedad de Naciones y adhesión en el marco de la misma a la política de «seguridad colectiva». La formulación de estos

puntos no pasaba de ser una medida propagandística dada la estrecha vinculación de Negrín con los agentes de Stalin y los planes que estaban fraguando entre ellos para el futuro de España. Negrín tenía que ser consciente de que Franco nunca los aceptaría, pero sí pudo creer que podría mover a alguna de las potencias a presionarle en favor de una conclusión pactada del conflicto. En cualquiera de los casos, Negrín creía todavía en la posibilidad de ganar la guerra en el campo de batalla. Durante los meses de abril y mayo, unas veinticinco mil toneladas de material de guerra cruzaron la frontera francesa en dirección a la España controlada por el Frente popular. Esta nueva recepción de material militar —en el que destacaba un centenar de aviones 1-16 «ratas»— abría la posibilidad de lanzar una nueva ofensiva, algo que hubiera parecido totalmente imposible para un Ejército que llevaba soportando golpes y desastres desde hacía dos años y al que sus adversarios consideraban cerca de la derrota. La primera finalidad de esa ofensiva —cuya preparación se encargó a Rojo— era imperiosa. Se perseguía detener el imparable avance de las tropas de Franco posterior a la reconquista de Teruel. Los desastres de Aragón, el Maestrazgo y Extremadura no sólo habían significado considerables pérdidas humanas, económicas y territoriales para el Frente popular sino que además parecían presagiar, tras verse cortada Cataluña del resto de la España republicana, la caída de la región valenciana. En julio, las unidades del Ejército popular ya habían llegado en su retirada hasta la línea elegida por el Estado Mayor del Grupo de Ejércitos para defender Valencia y Sagunto. Para lograrlo, contaban con las últimas tropas extraídas de los frentes de Madrid, Andalucía y Extremadura, pero si estas unidades fracasaban en defender sus líneas, la caída de Valencia y de Sagunto era segura y con ello se entraría, presumiblemente, en una crisis que implicaría el final rápido de la guerra con una victoria nacional. Se trataba, en última instancia, de una confirmación, siquiera indirecta, de que había sido acertada la decisión de Franco de encaminar las fuerzas del Ejército nacional hacia el Sur en lugar de hacia el Norte.

Pese a la importancia de ese objetivo estrictamente militar, el Gobierno del Frente popular tenía además otra razón de tipo político que debía impulsarlo a lanzar la ofensiva. En aquellos momentos, y dada la superioridad material con que contaba el Ejército nacional, la España controlada por el Frente popular sólo podía aspirar a la supervivencia sobre la base de uno de los dos siguientes supuestos: la conclusión de una paz negociada con mediación internacional o la prolongación del conflicto lo suficiente como para que llegara a conectar con una guerra que se adivinaba inminente en Europa. De producirse este último supuesto, Negrín contaba con que la España frentepopulista fuera aliada de la Francia del Frente popular y de Gran Bretaña contra Alemania e Italia que estaban ayudando a Franco desde 1936.

Esta situación, ciertamente difícil, había llevado al Mando del Ejército popular a preparar la nueva ofensiva ya en los primeros días de junio. Se había venido retrasando por falta de elementos materiales (especialmente puentes), cuya consecución dependía de la industria catalana al no poder ser importados.^[50] Como tuvimos ocasión de ver, durante los días 21, 22 y 23 de julio, las tropas de Franco no lograron avanzar hacia Valencia por Viver. De esta manera, tuvieron que detenerse para tomar un respiro previo a un nuevo ataque sobre Valencia planeado para el día 25 de aquel mismo mes. No llegaría a llevarse a cabo porque ese mismo día se inició la ofensiva del Ejército popular en el Ebro.

La batalla del Ebro (II): la ofensiva del Ejército popular

Para desencadenar la ofensiva, Negrín y su jefe de Estado Mayor, el general Rojo, buscaron una zona que permitiera, a la vez, dañar las líneas de comunicación de Franco, minimizar el impacto de la superioridad material del enemigo y concentrar las reservas y suministros. Finalmente, se eligió la parte del río Ebro situada entre Fayón y Benifallet, un sector que estaba defendido por el Cuerpo de Ejército marroquí, al mando de Yagüe. La maniobra quedó encomendada al Ejército del Ebro que era el último que se hallaba en proceso de organización.^[51] Dirigido por el comunista Modesto, estaba formado por los XV y V Cuerpos de Ejército, a las órdenes de los también comunistas Tagfieña y Líster respectivamente. Se trataba en más de un sentido, por lo tanto, de un auténtico Ejército Rojo que mostraba la ascendencia vertiginosa e ininterrumpida de los comunistas en la España controlada por el Frente popular. De acuerdo con el plan, el Ejército del Ebro debía forzar el río en dos zonas de paso. Después había que alcanzar, por el Norte, los montes de Fatarella, y, por el Sur, las sierras de Pándols y Cavalls. A continuación habría que reducir por envolvimiento el área situada entre Ascó, Camposines, Benisanet y el río, con Mora de Ebro, y profundizar en las direcciones Fatarella-Villalba-Batea y Corbera-Gandesa-Bot. Como acciones secundarias, se había pensado en una, al Norte, entre Fayón y Mequinenza con la finalidad de cortar las comunicaciones enemigas de Norte a Sur; y otra, al Sur, en el sector de Amposta, para atraer la atención hacia la costa y así facilitar la caída de la región montañosa.

Durante los primeros días de julio, el coronel Luis Campos Guereta, jefe de la 50 División, había notificado al Mando los movimientos que las fuerzas republicanas estaban realizando al otro lado del Ebro, pero Franco descalificó como pesimismo semejantes informaciones. El 14 de julio, Yagüe se dirigió a Dávila, al que quizá juzgó más receptivo que a Franco, para informarle de que «de un modo indudable el enemigo persiste cada vez más en su intención de forzar el Ebro». Tres días después volvió a cursarse un nuevo informe al Mando en el que se indicaba cómo en una pequeña islita, doscientos metros aguas abajo del puente volado de Amposta, se había descubierto un puente y 200 barcas. Yagüe solicitó de nuevo refuerzos, consciente —varios desertores lo habían confirmado en esos días— de que la ofensiva del Ejército popular en breve iba a convertirse en realidad. La respuesta de Franco fue negativa. Pensaba emplear todas las tropas en la ofensiva sobre Valencia y además consideraba que un río caudaloso —como el Ebro— era un obstáculo prácticamente infranqueable.^[52] El que durante la noche del 22 al 23 se percibieran movimientos de vehículos pertenecientes a las tropas republicanas^[53] no hizo cambiar de postura al mando.

A las 0,15 del 25 de julio —lo que equivalía a la noche del 24 de julio según el horario del adversario—^[54] unidades procedentes de seis divisiones del Ejército popular comenzaron a cruzar el río Ebro por doce puntos distintos. La sorpresa fue total, pero no puede culparse de ella a los servicios de información nacionales, como se ha hecho en ocasiones.^[55] Como estaba previsto, el XV Cuerpo de Ejército pasó entre Flix y Ascó, y el V en el área de Mora de Ebro a Miravet. Por el Norte, debían confluir hacia Gandesa y por el Sur, hacia las sierras de Pándols y Cavalls. En la

mañana del 25, se recibió en Burgos una comunicación telefónica procedente del Cuartel General del Ejército del Norte en la que se informaba de la ofensiva del Ejército popular. El primo de Franco, Francisco Franco Salgado-Araujo, lo despertó inmediatamente y le leyó el mensaje. La reacción de Franco fue ponerse en comunicación rápidamente con el general Kindelán, que tenía el mando de la aviación, y ordenarle que utilizara «toda la aviación disponible contra los rojos sin reparar en sacrificios para destrozar y desorganizar sus dispositivos de marcha, cortar sus comunicaciones con retaguardia y debilitar su capacidad de penetración».^[56]

Sin embargo, a pesar del acoso de la aviación adversaria, que comenzó en la primera jornada, las tropas del Ejército popular continuaron la maniobra de paso y fueron reduciendo los diferentes núcleos de resistencia: Flix, Ascó, Ribarroja, Camposines, Pinell y Fatarella. El jefe de la 50 División, coronel Campos, que había advertido repetidamente de que aquel momento iba a llegar, solicitó a las pocas horas de combate permiso para replegarse a fin de evitar que sus hombres se vieran copados. El Mando se lo autorizaría, pero, acusado de ser el culpable de la ruptura de la línea de fuego, fue destituido y lo sustituyó el coronel Coco. Por lo que se refiere a las fuerzas del Ejército popular, al final del primer día, se habían logrado todos los objetivos del avance.

Durante la segunda jornada, quedaron reducidos los demás pueblos de la bolsa, se ocupó Corbera y se avanzó hacia Gandesa y Villalba. Se trataba de importantes triunfos y los mandos del Ejército popular no estaban dispuestos a perderlos como en otras ocasiones. El 27 de julio, mientras la zona era limpiada de enemigos y se continuaba el avance, Líster dictaba una orden que establecía que cualquiera que se retirara de una posición fuera fusilado.^[57] Era una manera de intentar garantizar la conservación de las ganancias territoriales al estilo de cómo, años atrás, lo había hecho Trotsky al frente del Ejército Rojo. Pese al martilleo de la aviación nacional, por la izquierda, las fuerzas del Ejército popular quedaron fuertemente asentadas y, a la vez que resistían con éxito los contraataques enemigos, continuaron su avance hacia Bot. Por la derecha, la caballería quedó detenida frente a Pobla de Masaluca y en el centro se llegó hasta Villalba y Gandesa. Estas dos últimas localidades no pudieron ser tomadas en los dos primeros días de la ofensiva, un fracaso que se atribuyó al hecho de que la artillería y los tanques no habían pasado el Ebro en grado suficiente como para permitirlo. Durante los días 30 y 31, los nuevos ataques del Ejército popular sobre estos objetivos se enfrentaron ya con una potencia de fuego que fueron incapaces de traspasar. Quedaba así de manifiesto que la ofensiva no podría avanzar en profundidad y hubo que adoptar la decisión de suspender los ataques y de organizar las nuevas posiciones.

El balance inicial de la ofensiva había sido ciertamente halagüeño y no es extraño que sembrara la desmoralización en el Estado Mayor de Franco.^[58] Consiguiendo que, durante el día, avanzaran las tropas del Ejército popular, mientras por la noche recibían suministros, Modesto había ocupado las montañas situadas al sur del río en apenas una semana. En su poder estaba una extensión de territorio superior a los 30 kilómetros desde Fayón a Benifallet y una zona de maniobras de 20 kilómetros de máxima profundidad. En paralelo, las acciones de las tropas de Franco destinadas a impedir el paso de material —incluida la apertura de las represas de Tremp y

Camarasa receptoras de los afluentes pirenaicos del Ebro— se revelaron inicialmente infructuosas. Sin embargo, la satisfacción inicial de los atacantes no duró mucho. El parte del observatorio central de la DCA del Ejército popular del día 31 señalaba que habían tenido lugar desde las 7.08 h a las 17.55 h 50 servicios de la aviación enemiga con un total de 200 aparatos de bombardeo y 96 de caza. La presión de la aviación nacional sería mucho mayor a medida que fuera avanzando la batalla, pero, de momento, contribuyó a detener el avance enemigo a inicios de agosto. El día 3, seguían Gandesa, Villalba y Pobla de Masaluca en manos de las tropas nacionales y el frente se encontraba establecido a lo largo del Matarraña hasta su confluencia con el Ebro, habiendo escapado también Fayón a los atacantes.

El hecho de que la ofensiva se hubiera visto abortada y además existiera la posibilidad de que el Ejército popular fuera aniquilado con el Ebro a sus espaldas provocaron una avalancha de críticas contra Negrín. Azaña incluso pensó en la posibilidad de formar un nuevo gobierno — destinado a negociar la paz — en el que estuviera incluido Besteiro, el único dirigente del PSOE que, durante el período republicano, se había manifestado a favor de la democracia y en contra de la bolchevización del partido propugnada por Largo Caballero. Sin embargo, ni Negrín ni los comunistas estaban dispuestos a aceptar una derrota de ese calibre. Una demostración de fuerza aérea realizada en los cielos de Barcelona sumada a centenares de telegramas que solicitaban la permanencia de Negrín llevaron a Azaña, de carácter medroso, a renunciar a sus propósitos.

Para Negrín, la situación del adversario distaba de ser óptima. De momento, su ofensiva sobre Valencia había quedado interrumpida *sine die* y además se veía obligado a lanzar sus reservas sobre un terreno de defensa relativamente fácil. El 16 de agosto, Negrín formó un nuevo gobierno. En los meses siguientes, su misión sería que el Gobierno del Frente popular, cuya muerte había parecido sentenciada sólo unos días antes, lograra que la guerra concluyera con un resultado distinto a la derrota. Ese intento de supervivencia, en realidad, sólo conseguiría prolongar la agonía.

La batalla del Ebro (III): las ofensivas de Franco

Detenida la ofensiva del Ejército popular, Franco tenía dos opciones. La primera hubiera consistido en contener a las fuerzas del Ejército popular que tenían el Ebro a sus espaldas y haberse lanzado contra una Cataluña que entonces se encontraba prácticamente indefensa. La segunda era lanzarse sobre las tropas enemigas en una batalla de desgaste que las aniquilara privando así al gobierno del Frente popular de su mejor arma. La primera posibilidad fue defendida ante Franco por Kindelán^[59] y, asumida a posteriori por el comunista Tagüeña,^[60] convencidos ambos de que así la guerra hubiera podido concluir en 1938 con la derrota fulminante del Frente popular. Sin embargo, Franco optó por la segunda. De esa manera, la ofensiva del Ejército popular se convertiría en una batalla de desgaste en la que fueran aplastadas las tropas enemigas y no tuvieran posibilidad de interponerse en la marcha del Ejército nacional hacia Cataluña, Levante y la victoria final. En buena medida, se repetiría así un esquema bélico que contaba con antecedentes en Brunete, Belchite o Teruel. El Ejército popular de la República había

desencadenado una ofensiva para apartar a Franco de sus objetivos, pero, una vez paralizada por la resistencia del Ejército nacional, se vería seguida por una contraofensiva de consecuencias desastrosas para la España del Frente popular.

Con tal finalidad, Franco ordenó la primera ofensiva cuyo objetivo era acabar con la bolsa Fayón-Mequinenza, defendida por unidades de la 42 División. El 6 de agosto, una extraordinaria preparación artillera acompañada de acciones aéreas en bombardeo y picado, permitió que las tropas nacionales, bajo el mando del coronel Lombana, ocuparan el vértice dels Auts, mientras los soldados del Ejército popular se retiraban a la orilla izquierda del río. Al día siguiente, las fuerzas nacionales ocupaban en la misma línea del Ebro las posiciones abandonadas.

Con una enorme celeridad, la totalidad de la artillería y de los carros de combate empleada en la reducción de la bolsa Fayón-Mequinenza fue trasladada a las estribaciones del suroeste de la sierra de Pándols, cercanas a Prat del Comte. Allí estas fuerzas fueron desplegadas junto con las de la IV de Navarra. Su objetivo ahora consistía en dirigirlas contra la 11 División republicana de tal manera que consiguieran desalojar a ésta, primero, del macizo central y, luego, de las estribaciones orientales. La ofensiva comenzó en las primeras horas del día 10 de agosto, tras una intensa preparación artillera y unos bombardeos aéreos masivos. Se inició así una serie ininterrumpida de ataques nacionales durante el día que eran seguidos por contraataques del Ejército popular durante la noche en un marco geográfico y climatológico especialmente duro. Si las temperaturas superaban con facilidad los treinta grados por la mañana, por la noche descendían considerablemente. A todo ello se sumaron de manera especialmente cruel la sed, las irregularidades en los suministros y lo escarpado de los caminos. A costa de más de tres mil bajas, los navarros lograron ocupar la cota 705 para descender después hacia el barranco de Pándols, pero ahí quedó detenido su avance. Por añadidura, en la noche del 14 al 15 de agosto, un contraataque de la División 35 del Ejército popular (que había sustituido a la 11) restableció la situación. Estas circunstancias, unidas a la previsible imposibilidad de vencer a las fuerzas republicanas que defendían Pándols, llevaron al Mando nacional a pensar en un nuevo objetivo militar. Fue así como se optó por desencadenar una nueva ofensiva en el sector de Cuatro Caminos. Este derivaba su nombre de la confluencia de las carreteras que iban de Gandesa a Villalba, de Villalba a La Fatarella y el Camí Vell de Corbera, siguiendo por Valdecanelles. Estas vías formaban, junto con el cruce de la Venta de Camposines, los puntos auténticamente claves para controlar las comunicaciones. Los objetivos de la operación consistían en ocupar los montes de La Fatarella para, a continuación y partiendo del kilómetro 6, confluir hacia Camposines. De esta manera, se produciría un envolvimiento de las posiciones del Ejército popular situadas frente a Gandesa y valle del Riu Sec, a lo largo de la carretera de Corbera. El Tercio de Nuestra Señora de Montserrat (los denominados «catalanes de Franco»), perteneciente a la División 74 debía llevar a cabo la ruptura del frente en una elevación —la cota 481 o «Posición Targa»— que domina la encrucijada de Cuatro Caminos. Además, otras fuerzas de esta misma División debían infiltrarse por Valdecanelles con la finalidad de rebasar Corbera por el Norte.

A las doce del 19 de agosto, el Tercio de Nuestra Señora de Montserrat se lanzó al asalto de la «Punteta de Targa». El embate fue durísimo, pero, anochecido ya, el Tercio debió retirarse sin

haber conquistado su objetivo y habiendo sufrido 228 bajas entre muertos y heridos. Al día siguiente se reanudaron los ataques, actuando otras unidades sobre los flancos de la cota 481. Finalmente, los hombres del Ejército popular tuvieron que abandonarla ya que las fuerzas nacionales habían ocupado algunas posiciones al este y existía la posibilidad de que la cota se viera envuelta. La progresión de los atacantes siguió el eje del camino de Villalba a La Fatarella utilizando unidades de las Divisiones 82 y 152, pero pronto quedó de manifiesto que se interrumpiría nuevamente a causa de la tenaz resistencia republicana.

El 22 de agosto, las fuerzas nacionales ocuparon Puig Gaeta. Se trataba de la cota más elevada del sistema montañoso de La Fatarella, que había sido literalmente machacado por los bombardeos aéreos y las baterías artilleras, que arrasaron también el bosque. Allí, sin embargo, se detuvo el avance. Mientras algunas unidades se pararon en la partida de Prat de Gardell, entre el Gaeta y La Fatarella, otras intentaron infructuosamente llegar a Corbera por la Partida de Fanjoanes. A partir del día 25 comenzó a resultar obvio que esta segunda ofensiva podía concluir con un nuevo fracaso para las tropas de Franco. Durante ocho días se siguió combatiendo a la desesperada en el triángulo comprendido entre Villalba, Corbera y Puig Gaeta, pero las unidades nacionales sólo consiguieron avanzar cuatro kilómetros en profundidad. El 29 de agosto, Mussolini, totalmente desilusionado por lo que consideraba torpeza e incapacidad militar de Franco, señaló a su yerno la posibilidad de que el general español fuera derrotado: «Anota en tu diario que hoy, 29 de agosto, yo profetizo la derrota de Franco. Ese hombre o no sabe hacer la guerra o no quiere hacerla. Los rojos son luchadores, Franco, no».^[61] El Duce, que nunca tuvo entre sus cualidades la del genio militar, incluso llegó a pensar que lo más sensato era que Franco llegara a una paz de compromiso.^[62] Sin embargo, Franco distaba mucho de darse por vencido —a decir verdad, estaba convencido de que seguía la táctica adecuada para aniquilar a las tropas enemigas— y en los últimos días de agosto, inició una reagrupación de fuerzas en las cercanías de Gandesa relacionada con el envío de la I de Navarra. Se pretendía iniciar así una tercera ofensiva que lograra una ruptura del frente en la zona de la partida de los Gironesos, situada entre Gandesa y Corbera. El objetivo perseguido era ocupar Corbera de Ebro y avanzar después por el valle del Riu Sec hacia la Venta de Camposines.

El día 2 de septiembre, Franco llegó al puesto de mando situado en el Coll del Moro y el 3 se inició el ataque. Desde las ocho hasta las doce, 76 baterías descargaron una auténtica lluvia de fuego sobre las posiciones del Ejército popular. A estos bombardeos respondieron 15 baterías republicanas desplegadas entre Puig Gaeta y Corbera. Este cruce de fuegos fue seguido por un bombardeo aéreo efectuado sobre las líneas republicanas por treinta aparatos. A las doce en punto cesó la preparación artillera y se produjo el ataque de la infantería nacional. Las tropas navarras tenían que ocupar los Gironesos mientras que la División 13 debía romper el frente al norte de Corbera. La localidad —defendida por las tres Brigadas mixtas de la División 27 del Ejército popular— pudo ser ocupada mediante una maniobra envolvente a las siete de la mañana de la siguiente jornada. La lucha había sido durísima y las fuerzas nacionales tuvieron que reagruparse antes de continuar el avance hacia el Molí d'en Farriol. En el curso de estos combates la División 27 del Ejército popular había quedado deshecha, pero la brecha fue cubierta inmediatamente por la

División 11.

El 8 de septiembre, las fuerzas nacionales reiniciaron la ofensiva. La I de Navarra continuó su avance en la sierra de la Vall de la Torre y la carretera y la División 13 se desplazó hacia la cota 496 (la «Muntanya del Cucut») para poder batir con su fuego la carretera de La Fatarella-Camposines y ocupar las alturas que permitieran a otras unidades avanzar por el llano. Los ataques nacionales chocaron con una resistencia encarnizada de las fuerzas del Ejército popular. Las dos siguientes semanas de septiembre iban a ser una repetición de la táctica de desgaste ya utilizada en Pàndols y Puig Gaeta. Durante el día, la artillería y la aviación nacionales machacaban las posiciones del Ejército popular y su infantería procedía al ataque. Por la noche, los soldados enemigos contraatacaban e intentaban recuperar el territorio perdido. En apariencia, se había llegado a un punto muerto, una circunstancia que sólo podía favorecer al gobierno del Frente popular. De hecho, como tendremos ocasión de ver más adelante, a esas alturas los agentes de Stalin y Negrín estaban fraguando planes para la España de la posguerra, una España de partido único sometida a la política soviética. [63]

La batalla del Ebro (IV): el contexto internacional

El balance de la batalla del Ebro a mediados del mes de septiembre no resultaba especialmente alentador para Franco. Durante cerca de dos meses se había producido una cadena ininterrumpida de ataques extraordinariamente sangrientos contra las líneas republicanas, pero el avance territorial había resultado mínimo y las bajas, considerables. En el plano internacional, Alemania e Italia dudaban cada vez más de la capacidad de Franco para ganar la guerra. En paralelo, la ofensiva propagandística en el extranjero se había recrudecido y un buen número de periodistas favorables a la causa del Frente popular estaban informando positivamente acerca de Negrín [64] en términos no por falsos, menos convincentes. Precisamente, con ese contexto internacional, Negrín aprovechó el momento para viajar a Suiza y reunirse en secreto con el duque de Alba. Su intención —que fracasó ante la firmeza de Franco— era llegar a una paz negociada. El 9 de septiembre, Negrín se entrevistó en el bosque de Shil, en las afueras de Zurich, con un emisario de Hitler para tantear las posibilidades de llegar al final de las hostilidades. Doce días después, el jefe del Gobierno del Frente popular sorprendió a la opinión pública internacional anunciando la retirada de España de las Brigadas internacionales creadas en 1936 por decisión de Stalin. [65] No pasaba de ser una medida propagandística ya que desde hacía mucho tiempo estas unidades estaban compuestas mayoritariamente por soldados españoles, pero podía crear la impresión de que Negrín deseaba acabar con la presencia de tropas extranjeras en España y poner fin a la guerra mediante una mediación internacional. El efecto de esas maniobras político-psicológicas acabó dejándose sentir. De hecho, con ese trasfondo, no resulta extraño que el embajador alemán Stohrer señalara en un comunicado fechado el 19 de ese mes que la depresión había cundido en el Cuartel General de Franco y que éste estaba incluso soportando fuertes discusiones con los generales situados bajo sus órdenes: «... el equilibrio de las fuerzas que se ha producido —en proporción aún mayor que en Teruel— no permite prever si Franco podrá reanudar la ofensiva, o cuándo y

cómo podrá hacerlo. Eso hace que la moral sea muy baja en el Cuartel General. Se han multiplicado las escenas de violencia entre Franco y sus generales, que no ejecutan bien las órdenes de ataque. La situación internacional, alarmante, contribuye todavía más a la depresión general». El mismo Franco, por primera vez en años, se sintió mal y se encerró en su cuartel general de Aragón.^[66] Por si fuera poco, la evolución política de la Europa central amenazaba con influir en la situación española. En esa época, Hitler había exigido a Checoslovaquia que le entregara los Sudetes^[67] con el argumento de que estaban poblados por alemanes oprimidos. Los checoslovacos, abandonados por sus aliados franceses, estaban dispuestos a llegar a ciertas concesiones, pero no a desaparecer como nación. Ante su resistencia, Hitler amenazó directamente con desencadenar la guerra. Finalmente, la presión británica y la conciencia de su desamparo llevaron a Checoslovaquia a aceptar el 20 de septiembre las peticiones de Hitler. Aquella concesión no significó, sin embargo, el apaciguamiento del Führer. Ya el 28 de mayo había señalado en una reunión a la que asistieron Goering, Brauchitsch, Beck, Keitel, Raeder, Ribbentrop y Neurath, que tenía la «inquebrantable voluntad de que Checoslovaquia fuera borrada del mapa». El 22 de septiembre, Hitler sorprendió a Chamberlain presentando nuevas reivindicaciones. La respuesta de Checoslovaquia fue decretar una movilización general. Franco —a pesar de que a la sazón había dejado de recibir los suministros que necesitaba de Alemania e Italia— se apresuró a declarar que en caso de conflicto europeo, la España nacional se declararía neutral,^[68] pero Negrín sintió que sus planes de internacionalizar la guerra civil podían convenirse en realidad. En ese nuevo escenario, frente a Alemania, y posiblemente Italia, se coaligarián la Unión Soviética, las potencias occidentales, Checoslovaquia y, por supuesto, la España del Frente popular.

Sin embargo, el desenlace iba a ser muy distinto. El 28 de septiembre los jefes de gobierno de Gran Bretaña, Francia, Italia y Alemania se reunieron en Munich y, excluyendo conscientemente a la Unión Soviética, entregaron Checoslovaquia a Hitler. La paradoja más terrible de aquella política de apaciguamiento fue que no sólo no conjuró el peligro de una guerra mundial, sino que además estimuló a Hitler para acabar provocándola. Pero eso no sería evidente hasta el 1 de septiembre de 1939 cuando las tropas del Führer invadieran Polonia. De momento, parecía que la paz había sido comprada a costa de la destrucción de Checoslovaquia. Negrín no iba a lograr insertar la guerra civil en otra mundial y no es de extrañar que Franco manifestara a Von Stohrer su alegría por lo sucedido.^[69]

La batalla del Ebro (V): el proyecto para una nueva República

El *impasse* militar estaba a punto de concluir. Franco volvió a recibir material alemán y, en contra de lo señalado ocasionalmente^[70] no fue al coste elevadísimo de conceder más derechos mineros a Alemania y de avenirse a sufragar los gastos de la Legión Cónodor. De hecho, los gastos de la Legión Cónodor no se pagaron hasta concluida la contienda y el material entregado se iba abonando mediante un sistema de *clearing*.^[71] No hubo, pues, a diferencia de lo sucedido con el envío por

Negrín de las reservas de oro del Banco de España a la URSS una entrega de la riqueza de la nación a una potencia extranjera.^[72] La suerte del Frente popular quedaba definitivamente echada. Sin embargo, ni Stalin ni Negrín daban la partida por perdida. Por el contrario, tenían bien delimitado el destino de una España en la que gobernara un Frente popular vencedor. Así lo pone de manifiesto un documento soviético recientemente desclasificado, fechado el 10 de noviembre de 1938 y procedente de Marchenko, el encargado de negocios de la URSS en España. En él, se dirigía a M. M. Litvinov, comisario del pueblo de Asuntos Exteriores, para informarle de la situación:

«En mi primera conversación con él tras mi regreso, Negrín se refirió de pasada a la labor de nuestros especialistas en España. Manifestó su deseo de que el nuevo jefe del trabajo, el compañero Kotov, no se hiciera con la información por sí mismo ni se procurara un círculo amplio de relaciones oficiales... manifestó de manera meridiana que creía que no era correcta ni adecuada la relación directa entre el compañero Kotov y sus subordinados, por una parte, y el Ministerio de Gobernación y el SIM, por otro. Así que me propuso que el compañero Kotov estableciera contacto con él, Negrín, que está creando un aparato secreto especial bajo su propia dirección. El que Negrín, que siempre ha sido muy correcto en lo que se refiere a nuestra gente, haya juzgado pertinente expresar esa observación, indica sin lugar a dudas la enorme presión que sobre él ejercen el partido socialista, los anarquistas y especialmente los agentes de la Segunda Internacional, en relación con las “interferencias” de nuestra gente en el trabajo de policía y contraespionaje...»^[73]

Con el ejército y los organismos de represión controlados por el PCE y los agentes soviéticos, con la práctica aniquilación en su territorio de los contrarios al Frente popular y de los sacerdotes y religiosos, con el inicio de la represión de otros grupos de izquierda considerados rivales, se podía acometer la creación de un solo partido que articulara la implantación de una dictadura comunista. Al respecto resulta especialmente revelador otro documento soviético, dirigido a Voroshílov, en el que se refiere una conversación mantenida con Negrín el 10 de diciembre de 1938:^[74]

«Sobre la creación de un Frente Nacional de todos los españoles . Negrín me dijo que había estado hablando con Díaz y Uribe sobre el asunto de la creación de un Frente Nacional unido que concibe como una forma distinta de nuevo partido. Esa idea se le ocurrió después de perder la confianza en poder unir a los partidos socialista y comunista. Semejante unificación no se pudo llevar a cabo por la oposición de los dirigentes del partido socialista. Como mucho, se podría esperar que el partido socialista fuera absorbido por el comunista tras acabar la guerra, pero en ese caso, los dirigentes más conocidos del partido socialista —Prieto, Caballero, Besteiro, Almoneda, Peña y otros— no aceptarían la unificación y los burgueses los seguirían considerando como el partido socialista para aprovecharse de la división. Pero ¿en qué partido podría apoyarse el gobierno? No resulta adecuado apoyarse en el comunista desde el punto de vista de la situación internacional. Los partidos republicanos que ahora existen carecen de futuro. El Frente popular no tiene una disciplina en calidad de tal y sufre la lucha de los distintos partidos. Lo que se precisa,

por lo tanto, es una organización que unifique lo mejor de cada uno de los partidos y organizaciones y sirva de apoyo fundamental para el gobierno. Se podría denominar Frente Nacional o Frente o Unión Española. Negrín no ha pensado cómo debería construirse esa organización de manera concreta... Sería posible la doble militancia, es decir, que los miembros del Frente Nacional pudieran seguir perteneciendo a los partidos que ya existen... el Partido Comunista debería ofrecer colaboradores a esa nueva organización, pero, al principio, no de entre sus dirigentes. Sería más conveniente utilizar a gente poco conocida. La dirección del trabajo de organización y de propaganda del nuevo partido debería quedar en manos de los comunistas... No cabe un regreso al viejo parlamentarismo. Sería imposible permitir el “libre juego” de los partidos tal como existían antes, ya que en ese caso la derecha podría conseguir nuevamente llegar al poder. Eso significa que resulta imperativo o una organización política unificada o una dictadura militar. No ve que sea posible ninguna otra salida».

La postura de la URSS coincidía con la de Negrín en que, después de la guerra, no habría en España una democracia, pero los agentes soviéticos seguían siendo favorables a la unificación del PCE con el PSOE y a la eliminación de los disidentes de izquierdas. En un documento dirigido por G. Dimitrov, el factotum de la Komintern, a Stalin, Molotov, Kaganovich, Voroshílov, Yezhov, Mikoyán y Andreyev, el 25 de noviembre de 1938, se expresaba de la siguiente manera:^[75]

«En los dos o tres últimos meses no se han producido cambios esenciales en la cuestión de la unidad de las fuerzas antifascistas en la España republicana. Es verdad que durante este tiempo los seguidores de Largo Caballero, los trotskistas y los elementos trotskizantes de la Federación Anarquista Ibérica (FAI) han desencadenado una vigorosa ofensiva contra el Partido Comunista, la unificación del Partido Comunista con los socialistas, la unidad interna de la Juventud Socialista Unificada, la dirección del Partido Socialista, el Frente popular, el gobierno, el PSUC... Hay que señalar que aunque esa ofensiva ha obstaculizado y todavía obstaculiza el desarrollo del movimiento para crear la unidad de toda la clase obrera y de todas las fuerzas antifascistas y ha ocasionado un riesgo de escindir la Juventud Socialista Unificada, no ha logrado su objetivo principal. No ha logrado aislar al Partido Comunista ni aniquilar la unidad de socialistas y comunistas ni la del Frente Popular.

...

Para reforzar la unidad es preciso intensificar la lucha contra sus enemigos —POUM, partidarios de Largo Caballero, aventureros de la FAI, derrotistas— coordinando esa labor con la lucha por una unidad más estrecha entre el Partido Comunista y el Partido Socialista, por la unión de la juventud, por una reactivación del Frente Popular, y, sobre todo, por la creación de una central sindical unificada... habrá que hacer algo para lograr que algunos dirigentes importantes de la CNT, entre sus elementos más honrados, se incorporen al Partido Comunista y al PSUC. Entonces podríamos valernos de esos casos para llevar a cabo una campaña política a gran escala.

...

La labor del PCE ha mejorado en los últimos tiempos, en especial, en el seno del ejército y, en menor medida, en las empresas y en la UGT... el PCE dispone en la actualidad de unos 830 000 miembros —sin contar el PSUC— de los que la mitad se encuentran en el Ejército».

A unos meses del final de la guerra, tanto Negrín como el PCE y los agentes soviéticos eran conscientes de que la democracia parlamentaria era ya cosa del pasado. Al pensar así manifestaban una clara coherencia con la trayectoria de los movimientos revolucionarios en España desde finales del siglo XIX y, desde luego, con la trayectoria del PSOE y el PCE en 1934 y 1936. En el futuro, tras la victoria del Ejército popular de la República, se pasaría a un sistema de partido único controlado por el PCE —y a través de éste por Stalin— en el que se integrarían los elementos sumisos a estas directrices de formaciones como el PSOE o la CNT. Igualmente serían unificados los sindicatos. Por lo que se refería al ejército o a las fuerzas de represión, su control por parte de los comunistas era casi absoluto. Finalmente, los adversarios —socialistas refractarios a la unificación con el PCE, poumistas, anarquistas, nacionalistas o republicanos históricos— sólo podían esperar el exterminio. De manera nada sorprendente, entre los que apoyarían con las armas el proyecto de dictadura de Negrín se hallaría Juan Tomás Estalrich, uno de los chequistas que había desempeñado labores represivas en los Linceos de la república y que entonces tenía a sus órdenes una brigada. Seguramente, actuaba tan convencido como en los años anteriores, pero esta vez no le iba a acompañar la suerte. Al fin y a la postre, el plan del PCE —y de sus asesores soviéticos— fracasó y se debió únicamente a la derrota militar, una derrota que iba a resultar irreversible tras la batalla del Ebro.

La batalla del Ebro (VI): la conclusión

El 30 de octubre, dos días después de la muerte de su hermano en una misión aérea, Franco inició una nueva ofensiva que, en esta ocasión, tenía como objetivo la sierra de Cavalls. A partir de las ocho, comenzó la preparación artillera, que fue llevada a cabo por 91 baterías y duró cuatro horas. La infantería estaba situada en las barrancadas próximas a la ermita de Santa Madrona. Mientras tanto fuerzas de la División 74 intentaban fijar a las tropas del Ejército popular en la zona oriental de Pándols y la ermita de San Marcos. Durante aquella jornada, las tropas nacionales consiguieron completar la ocupación de la cresta y las fuerzas republicanas tuvieron que retirarse en dirección a Benisanet. Por su parte, la División 74 logró el día 31 ocupar el vértice San Marcos y la ermita. Así, a primeras horas de la tarde, las fuerzas del Ejército popular se retiraron para evitar verse envueltas.

Como consecuencia del dominio conseguido en Cavalls y San Marcos, la División 84, situada en lo alto de Pándols, realizó una serie de ataques que, al final, obligaron al Ejército popular de la República a retirarse de unas posiciones que ocupaban desde el 15 de agosto. Se trataba de un repliegue obligado porque las fuerzas de Franco habían iniciado el avance hacia Pinell marchando en vanguardia los carros de combate italianos. Además otras fuerzas habían cortado la carretera de Tortosa que por Benisanet va al Valle de Arán. El control sobre las alturas permitió ocupar Miravet el día 4 de noviembre una vez que las Divisiones 11 y 46 del Ejército popular repasaron el río. Mientras tanto, la División 45 del Ejército popular ocupó posiciones defensivas en la sierra de la Picos, entre Mora de Ebro y Ascó. A esas alturas, resultaba obvio que la batalla estaba perdida, pero la resistencia se prolongaba para ralentizar el avance enemigo y permitir la evacuación de

hombres y material a la otra orilla del Ebro.

El día 6, las tropas nacionales ocuparon Benisanet y las alturas situadas al sur del Riu Sec, así como la carretera de Mora. Así quedaba la carretera de Venta de Camposines hasta el río bajo el fuego nacional. En la jornada siguiente fueron ocupadas la sierra de la Picosa, mediante una maniobra envolvente, y Mora de Ebro. Empero la resistencia del Ejército popular no había concluido todavía. Fue así como las tropas republicanas lanzaron una acción ofensiva en el sector del Bajo Segre, ocupando Aitona, Serós y Soses tras cruzar el río por la noche. De esta manera llegaron a la carretera general de Lérida a Fraga donde fueron contenidas.

En el Ebro, las fuerzas de Franco siguieron avanzando. Así se fueron ocupando la totalidad de las sierras del Águila y de las Perlas, La Fatarella (el día 14) y Ascó (el 15). Era obvio que el Generalísimo intentaba reducir de manera definitiva la bolsa del Ebro. Las fuerzas del Ejército popular volaron el puente de García y continuaron la resistencia en torno al de Flix y dique de la presa de Electroquímica. Se trataba, naturalmente, de posibilitar la evacuación durante el mayor tiempo posible. El día 16, a primeras horas de la tarde, cayó Ribarroja. Aquella noche Flix fue abandonado por los hombres del Ejército popular, que volaron su puente para evitar la persecución enemiga. Al día siguiente por la mañana, la localidad era ocupada por las tropas nacionales. La batalla del Ebro había terminado.

La batalla del Ebro (VII): balance final

Sin duda, la batalla del Ebro fue una de las ofensivas mejor preparadas de la guerra. Si algo quedó de manifiesto en su transcurso fue que el Ejército popular de la República había llegado a un notable grado de competencia, tanto en los mandos como en la tropa. La ofensiva consiguió así en menos de una semana su objetivo estratégico inmediato que era impedir la ofensiva nacional sobre Valencia. Con todo, aquella victoria estratégica inicial —de enorme trascendencia por otra parte— pudo haber terminado en desastre para el Frente popular. Con el río Ebro a sus espaldas, las tropas atacantes hubieran podido ser contenidas por Franco mientras éste lanzaba una ofensiva sobre Cataluña. Así lo comprendieron tanto Kindelán (en su bando) como Tagüeña (en el republicano), pero Franco prefirió optar por la batalla de desgaste, una opción que no fue comprendida. Que así fuera no carece de lógica ya que el Ejército popular de la República detuvo a las unidades enemigas en situación desfavorable hasta el final de octubre (más de tres meses) y aún habría que esperar a mediados de noviembre para que éstas lograran obligarlo a repasar el río Ebro. Da cuenta, siquiera mínimamente, de lo que fue este enfrentamiento el hecho de que a los noventa días de contraofensiva, Franco sólo hubiera logrado profundizar dos kilómetros en dirección Bot-Pinell, ocho en la de Gandesa-Camposines y cuatro en la de Villalba-Fatarella. Algunas posiciones —como la cota 343 que dominaba la salida de Corbera— fue perdida y reconquistada cuatro veces en un mismo día.^[76] Sin embargo, al final, los hechos —los resultados— dieron la razón a Franco y el Ejército del Ebro quedó aniquilado, en lugar de permanecer intacto, como hubiera sucedido de dirigirse contra Cataluña.

En paralelo, fracasaron totalmente los planes de Negrín —ya totalmente decidido a implantar

una dictadura bajo control de Stalin en la España controlada por el Frente popular— consistentes en llegar a una paz pactada o en alargar el conflicto para conectarlo con una guerra europea. Así, la mayor ofensiva lanzada nunca por el Ejército popular de la República no sirvió para conducirlo a la victoria, sino únicamente para prolongar la agonía de una derrota que se perfilaba como segura mucho tiempo atrás.

SÉPTIMA PARTE
El final de la guerra

*Voluntariado del pecho de España,
del corazón candeal de Castilla,
duro soldado de pino y de nieve,
seca firmeza de fuego y encina:*

*por Cataluña la sangre nos llama,
por Cataluña su sangre nos grita,
por Cataluña de brazos fabriles,
pródiga, grande, viril, plena y rica.*

R. ALBERTI,
«Madrid por Cataluña»

*Nadie es nada. Todos son
sílabas que se resumen
en un romance sin nombre
y en un olvido sin cruces.
¡Cómo se achica aquel bravo
y aquel capitán se pudre!
Y la miliciana aquella
de entreabiertos ojos dulces
con su fusil y su «mono»
muerta, en la yerba, de bruces...
¡Qué montoncillo tan leve
de campanillas azules!
Pero Dios sabe los nombres
y los separa en las nubes.*

J. M. PEMÁN, «Romance de los muertos en el campo»

La campaña de Cataluña

La ruptura del frente^[1]

Tras la victoria en la batalla del Ebro, Franco podía, prácticamente, dar por segura la victoria. Le interesaba además desencadenar con la mayor brevedad una ofensiva que impidiera a sus adversarios la más mínima reagrupación. El objetivo lógico era —ahora sí— una Cataluña que no podría contar ya con el Ejército del Ebro. La ofensiva debía ser llevada a cabo por el Ejército del Norte (Dávila) que estaba formado por el Cuerpo de Ejército de Urgel (Muñoz Grandes),^[2] el Cuerpo de Ejército del Maestrazgo (García Valiño),^[3] el Cuerpo de Ejército de Aragón (Moscardó),^[4] el CTV italiano (Gambara)^[5] y el Cuerpo de Ejército marroquí (Yagüe).^[6] Además en la zona de Lérida se habían situado la División 40 y la División de Caballería (Monasterio).

El plan de maniobra tenía la pretensión de dividir el frente enemigo en tres secciones (Alto Segre, Medio Segre y Bajo Segre). Al lograrse esto, las tropas del Ejército popular quedarían desconectadas entre sí y podrían ser aplastadas con mayor facilidad. El Cuerpo de Ejército de Urgel y el del Maestrazgo debían romper el frente entre La Baronía y Tremp, mientras que el CTV italiano y el Cuerpo de Ejército de Navarra debían realizar la misma misión en el sector de Serós. Estas rupturas permitirían envolver el área situada entre el Segre Medio y el canal de Urgel. El Cuerpo de Ejército de Aragón (Moscardó) debía fijar con anterioridad al enemigo en el sector Balaguer-Lérida-Aytona, y después atacaría en dirección a Cubells y Bellcaire. Al mismo tiempo, el Cuerpo de Ejército marroquí (Yagüe), por el Sur, tenía que cruzar el Ebro por Flix y Mora con la intención de desorientar a las fuerzas del Ejército popular del sector de Amposta. Con posterioridad, avanzaría por Falset y Tivisa hacia Cambrils y Hospitalet.

El Mando del Ejército popular obviamente esperaba una ofensiva sobre Cataluña^[7] e intentó evitarla echando mano de un recurso empleado varias veces en los años anteriores: la maniobra de diversión en un frente que obligara a los atacantes a desviar sus tropas. Con tal finalidad, se proyectó un ataque principal en el sector de Peñarroya-Valsequillo. El mismo debía ser antecedido por dos ataques demostrativos sobre Brunete y Motril. Se repetía así el patrón que ya hemos visto repetidas veces. La acción del Ejército nacional provocaba una reacción del Ejército popular que sería contenida y originaría una fatal contraofensiva enemiga.

La maniobra del Ejército popular se había previsto para los primeros días de diciembre de 1938 a fin de adelantarse a la ofensiva nacional sobre Cataluña. Finalmente, ambas ofensivas sufrieron un retraso debido en el caso de las tropas de Franco a causas climatológicas y en el de las del Ejército popular a problemas de organización.

El Mando del Ejército popular esperaba un ataque por la cabeza de puente de Balaguer en dirección a Tárrega donde debía tomarse la carretera Lérida-Barcelona. Esas previsiones habían llevado a pensar en un contraataque sobre los dos flancos enemigos. Sin embargo, el hecho de que la ofensiva, finalmente, se produjera no en un lugar sino en dos —al norte y al sur de la carretera citada— dificultó la resistencia.

El 23 de diciembre de 1938, después de ser rechazada la propuesta del gobierno del Frente popular de celebrar una tregua de Navidad, Franco inició su ofensiva contra Cataluña. La superioridad material que había logrado concentrar era extraordinaria. Sus 350 000 hombres contaban con medios de transporte suficientes para relevar las tropas cada cuarenta y ocho horas y un dominio absoluto del aire. Frente a ellos sólo había 90 000 soldados del Ejército popular prácticamente sin equipo tras la retirada del Ebro. No resulta extraño que la campaña de Cataluña se convirtiera en la primera ofensiva de Franco en que, prácticamente, todo discurrió con una exacta precisión. No fue, sin embargo, como se ha repetido erróneamente un paseo militar.^[8]

En la primera jornada de la ofensiva, el Cuerpo de Ejército de Urgel (Muñoz Grandes) y el Cuerpo de Ejército del Maestrazgo (García Valiño) perforaron el frente en La Baronía y Tremp convergiendo sobre Artesa de Segre que era un nudo de comunicaciones importante. Sin embargo, las fuerzas del Ejército popular consiguieron detener a sus adversarios en la zona comprendida entre el Noguera Pallaresa y el Alto Segre. Al mismo tiempo, el CTV italiano y el Cuerpo de Ejército de Navarra (Solchaga) penetraron por la cabeza de puente de Serós, avanzando después hacia Borjas Blancas y Pobla de la Granadella y logrando una profundidad de 16 kilómetros.

La distinta evolución de los dos ejes de ataque llevó a las fuerzas del Ejército popular a intentar mantenerse en el Norte en una posición defensiva, mientras en el Sur se lanzaba un contraataque sobre el flanco izquierdo de los italianos que se dirigían a Borjas Blancas. La acción sólo tuvo un leve efecto ralentizador sobre las unidades atacantes. Mientras tanto el Cuerpo de Ejército de Navarra (Solchaga) alcanzó con su ala izquierda la Pobla de Granadella y con la derecha Flix, donde enlazó con el Cuerpo de Ejército marroquí (Yagüe). En las siguientes jornadas, el Cuerpo de Ejército de Urgel (Muñoz Grandes) avanzó por el valle de Meyá en dirección a Artesa de Segre y el Cuerpo de Ejército del Maestrazgo (García Valiño) se dirigía al mismo objetivo, pero remontando el Segre y tomando en su avance Alós de Balaguer.

El 28 de diciembre, el Cuerpo de Ejército de Aragón (Moscardó) perforaba las líneas del Ejército popular por la cabeza de puente de Balaguer y enlazaba en Cubells con el Cuerpo de Ejército del Maestrazgo (García Valiño). Esta conjunción permitió comenzar el envolvimiento por el Sur de Artesa de Segre. Cuando el Cuerpo de Ejército de Urgel (Muñoz Grandes) inició el ataque sobre esta misma localidad desde el Norte, la suerte de las fuerzas del Ejército popular que la defendían quedó echada. El 4 de enero de 1939, Artesa de Segre cayó en manos de las tropas nacionales. La línea de atrincheramientos que el Ejército popular tenía en el canal de Urgel se vio rebasada y el Alto Segre se encontró expuesto a la continuación de la ofensiva.

El inicio de la ofensiva del Ejército popular en Peñarroja-Valsequillo el 5 de enero de 1939 no consiguió impedir un avance enemigo que se estaba demostrando imparable. Mediante un ensanchamiento de la ruptura del frente conseguida en el sector de Serós, el 6 de enero, las fuerzas

nacionales alcanzaron, por el flanco izquierdo, la carretera de Lérida a Tarragona, desde Artesa de Lérida a Vinaixa y, por el flanco derecho, el camino que, pasando por Vilosell y Margalef, lleva a Vinebre. Los Llanos de Urgel se veían así desbordados por el Norte y por el Sur, lo que obligó a las tropas republicanas a replegarse para evitar verse copadas. A esas alturas de la ofensiva, el Ejército popular había perdido una cuarta parte de sus efectivos y no contaba con reservas para intentar sustituirlos en una proporción mínima.

El 9 de enero^[9] se dictaron las instrucciones encaminadas a atravesar la cadena montañosa litoral que va de Calaf a Montblanch. El Cuerpo de Ejército de Urgel (Muñoz Grandes) debía lanzar su ataque en el sector Pons-Oliola, avanzando por el norte del Segre hacia el valle del Rialp; el Cuerpo de Ejército de Aragón (Moscardó) debía ocupar posiciones en la carretera que iba de Pons a Calaf; el Cuerpo de Ejército del Maestrazgo (García Valiño) se situaría en la línea Calaf-Montmaneu para dirigirse a Manresa; el CTV italiano se dirigiría a Sarreal y Santa Coloma de Queralt; el Cuerpo de Ejército de Navarra (Solchaga) avanzaría hacia la línea Pla de Cabra-Valls y, finalmente, el Cuerpo de Ejército marroquí (Yagüe), tras cruzar el Ebro, debía avanzar en dirección Reus-Morell-Nulles y Hospitalet-Tarragona-Tamarit. Tarragona obviamente se presentaba como un objetivo especialmente importante y por ello estaba previsto que en el caso de que Yagüe se viera retrasado en su avance por la resistencia enemiga, el Cuerpo de Ejército de Navarra se adelantara para tomar la citada ciudad.

El 11 de enero, el Cuerpo de Ejército de Navarra (Solchaga) tomó Montblanch y a partir de ahí se fue abriendo paso hacia la costa a través del valle del Francolí. En paralelo, Yagüe conseguía cruzar el Ebro y entraba en Tortosa, alcanzando el Mediterráneo en Cala Ametlla. Se producía así un pugilato entre las fuerzas de Solchaga y las de Yagüe por entrar en Tarragona. El 14, Solchaga conquistaba Valls, a una jornada de Tarragona y obligaba a retirarse a los restos de los XV y XXIV Cuerpos del Ejército popular para no verse copados. El 15 de enero, las tropas de Solchaga y de Yagüe entraban en Tarragona.

De manera simultánea, el Cuerpo de Ejército de Aragón ocupó Tárrega y Cervera, sobre la carretera Lérida-Barcelona. Mientras tanto el Cuerpo de Ejército del Maestrazgo (García Valiño) y el CTV italiano habían enlazado en Montmaneu. El 18, al caer Pons en manos de las fuerzas al mando de Muñoz Grandes quedó copado prácticamente el X Cuerpo de Ejército republicano que combatía en el Alto Segre.

Un día antes de la toma de Pons, el Mando nacional había señalado los nuevos objetivos a las fuerzas situadas bajo sus órdenes. Con la intención de alcanzar el Cardoner y el Llobregat, Yagüe debía avanzar hacia San Baudilio de Llobregat y Molins de Rey; Solchaga hacia Martorell y Abrera; el CTV italiano hacia Igualada y Esparraguera; García Valiño hacia Calaf y Manresa; Moscardó sobre Solsona y Muñoz Grandes hacia Basella. Una vez alcanzado este último objetivo, Muñoz Grandes debía colaborar con Moscardó en la toma de Solsona.

El 21, el Cuerpo de Ejército de Urgel había llegado a Basella donde se dividió en dos agrupaciones que se dirigieron respectivamente hacia Seo de Urgel y hacia Solsona. Moscardó, al mismo tiempo, avanzaba hacia Cardona; García Valiño hacia Calaf y Manresa; el CTV hacia Barcelona por la carretera de Lérida; Solchaga ocupaba Villafranca del Panadés y Yagüe hacía lo

mismo con Sitges.

No resulta difícil imaginar el estado de postración en que se encontraba en esos momentos la capacidad de resistencia del Ejército popular. Muy posiblemente, había perdido ya más de la mitad de sus efectivos y, de manera continua, se veía enfrentado con un enemigo numérica y materialmente muy superior que desbordaba sus fuerzas una y otra vez, obligándolas a retirarse para impedir el cerco. Por si fuera poco, casi podía afirmarse que el frente no existía en las direcciones de Solsona, Barcelona y Manresa y además los accesos a Barcelona estaban abiertos a cualquier avance enemigo. En una situación como aquélla los rumores se dispararon entre los combatientes republicanos e incluso se llegó a hablar de una posible invasión francesa que permitiera mantener Cataluña en manos del Frente popular. El Mando del Ejército popular estaba dispuesto a continuar resistiendo en la medida de lo posible para evitar la caída de Barcelona, una ciudad no sólo emblemática sino de enorme importancia militar a causa de sus comunicaciones —el puerto, las carreteras y las vías férreas— y de las armas acumuladas en sus fábricas, parques, depósitos y cuarteles. Contando con la posibilidad de que los atacantes se detuvieran en el Llobregat para recuperarse del avance, se intentó constituir dos agrupaciones de tropas que descargaran sus golpes sobre el CTV italiano, unidad a la que se consideraba más fácil de vencer. Mientras una de las agrupaciones del Ejército popular atacaba de flanco al CTV en la zona Monistrol-Vacaricas, la otra debía hacer lo mismo en el sector de Manresa, lo que debería permitir caer sobre la retaguardia de los italianos. Al final, tal proyecto no pudo hacerse efectivo lo que se debió, fundamentalmente, a la práctica imposibilidad de reagrupar a las fuerzas del Ejército popular y, de manera bien significativa, a la rapidez de avance de las tropas de Franco.

El 24, las fuerzas de García Valiño entraban en Manresa; los italianos alcanzaban el Llobregat por Abrera; Solchaga lo cruzaba por Martorell y Yagüe ocupaba el campo de aviación del Prat, en las inmediaciones de la Ciudad Condal. Ese mismo día, el Mando nacional dictaba sus órdenes para la toma de esta población.

De la entrada en Barcelona al cierre de la frontera

El plan de avance sobre Barcelona preveía que el Cuerpo de Ejército de Navarra (Solchaga) progresaría sobre Rubí y San Cugat del Vallés, de tal manera que, desde allí, pudiera atacar Can Rius, Vallvidrera y Tibidabo, ya muy cerca de la capital. Por su parte, el Cuerpo de Ejército marroquí (Yagüe) avanzaría sobre Barcelona por el Este y el Sur, desde Esplugas y Hospitalet. En paralelo, el CTV italiano progresaría en dirección Tarrasa-Sabadell-Masnou con la finalidad de cubrir por el Norte a las fuerzas atacantes.

Aunque en la zona de España controlada por el Frente popular se habían voceado consignas que llamaban a que Barcelona resistiera como Madrid lo había hecho en 1936, la realidad resultó muy distinta. A la repetición continua de fracasos y retrocesos —que tenían su paralelo en el avance de Franco sobre la capital de España— había que sumar ahora todas las derrotas militares sufridas durante los últimos años. Así, en lugar de producirse una resistencia como la encontrada en Madrid, el pánico cundió entre la población y medio millón de personas huyó hacia la frontera

con Francia. Como señalaría posteriormente Rojo, «Barcelona se perdió, lisa y llanamente, porque no hubo voluntad de resistencia, ni en la población civil ni en algunas tropas contaminadas por el ambiente».^[10] El juicio era una verdad a medias. A esas circunstancias, ciertamente reales, se sumaba la convicción de que no había posibilidad de enfrentarse con éxito al Ejército nacional y la esperanza de que la llegada de Franco acabara con el terror desatado desde julio de 1936 por las fuerzas del Frente popular. Para muchos de los que se quedaron, el desfile de las tropas de Franco por las Ramblas iba a significar, como mínimo, el final de dos años y medio de sinsabores y pánico. Durante ese tiempo, las víctimas mortales causadas por el Frente popular habían ascendido a la cifra escalofriante de 5682, era la segunda más elevada aunque a bastante distancia de Madrid.^[11] También como en el caso de Madrid la represión desencadenada por los vencedores fue, numéricamente, inferior. Incluyendo los fusilamientos de la posguerra, el número de víctimas mortales en toda la provincia llegaría a 2536.^[12]

A primeras horas del 26 de enero, una vez ocupadas las alturas que rodean la ciudad y el puerto, las tropas de Yagüe entraron en Barcelona prácticamente sin efectuar un solo disparo. Hasta el último momento se habían estado produciendo las evacuaciones de soldados del Ejército popular.^[13] De manera bien significativa, la ciudad volvió a ser administrada con la colaboración de buena parte de los empleados municipales que habían servido a las órdenes de la Generalidad catalana.

Al mismo tiempo, y siguiendo la misma línea de acción ya llevada a cabo en otros frentes, la aviación de Franco bombardeaba las carreteras por las que huían unos 300 000 soldados del Ejército popular mezclados con unos 200 000 refugiados. Las gestiones de la Liga de los Derechos del Hombre y de la Cruz Roja para evitar semejantes acciones resultaron infructuosas en la medida en que Franco no estaba dispuesto a dejar escapar a las tropas que acababa de derrotar y que podían regresar a la España que aún controlaba el Frente popular para seguir combatiendo.

El cierre de la frontera

El 29 de enero, las tropas de Franco habían llegado a una línea que iba, de manera discontinua, de Orgañá, en el Alto Segre, hasta Mataró. Ese mismo día se cursaron las órdenes pertinentes para consumar la persecución de las unidades enemigas que se encontraban en estado de franca desbandada. El Cuerpo de Ejército de Urgel lo haría en dirección a Seo de Urgel y Puigcerdá; el de Aragón, hacia Berga y Ripoll; el del Maestrazgo, hacia Vich, Olot y Besalú; el de Navarra, hacia Bañolas y Cerviá de Ter, y el CTV hacia Flassá y Torroella de Montgrí. Las fuerzas de Yagüe quedarían mientras tanto concentradas en la región Villafranca del Panadés-Villanueva y la Geltrú.

Salvo en el sector de Granollers-La Garriga,^[14] la resistencia frente a aquel alud militar fue ya muy escasa. Resulta de interés el hecho de que en este sector mencionado fuera donde combatieron por última vez algunos miembros de las Brigadas Internacionales que no habían sido repatriados durante la batalla del Ebro, según se desprende de documentos firmados del 24 al 26

de enero de 1939 por Luigi Gallo y otros dirigentes de las mismas. El 2 de febrero, las fuerzas del Cuerpo de Ejército de Urgel entraron en Berga. El 4, las tropas de García Valiño tomaban Gerona. El 6, el presidente de la República, Azaña, el presidente del gobierno del Frente popular, Negrín; el presidente de la Generalidad catalana, Companys y el presidente del gobierno vasco, Aguirre, cruzaron la frontera a pie. Huían así de Figueras, donde se había refugiado el gobierno del Frente popular. Las fuerzas del XI Cuerpo de Ejército republicano, al mando de Márquez, habían procedido antes a volar un depósito de material y munición sito en el castillo de Figueras. El 8 de febrero, también caía esta ciudad. Dos días después, las tropas nacionales izaban la bandera bicolor en Port Bou y cerraban la frontera con Francia. La campaña de Cataluña, sin embargo, iba a durar todavía tres jornadas más.

La toma de Menorca

En paralelo a los últimos estertores del Ejército popular en Cataluña se produjo la rendición de la isla balear de Menorca. Del 3 al 6 de febrero de 1939, 33 aviones italianos estuvieron lanzando sobre la isla octavillas en las que se instaba a las fuerzas localizadas en la misma a la rendición. Sin embargo, el éxito en esa empresa no lo cosecharían las fuerzas de Mussolini sino la diplomacia británica. El 7 de febrero, a primeras horas de la mañana, el *Devonshire*, un navío británico de guerra, se aproximó a Menorca llevando a bordo a un emisario del general Franco, el conde de San Luis. Con el pretexto de devolver la visita al capitán británico, el jefe de la base naval, González Ubieta, subió al navío y allí celebró una entrevista con el enviado enemigo. De manera nada sorprendente, éste indicó a González Ubieta que la única alternativa a la rendición de la isla era que la misma fuera sometida a un bombardeo continuo hasta lograr su capitulación por la fuerza. Por supuesto, de darse esta última alternativa ningún simpatizante del Frente popular podría abandonar el lugar. Se trataba de un auténtico ultimátum cuyo plazo finalizaba el 8 de febrero a las 10 de la mañana. González Ubieta, el maquinista naval San Martín, el delegado del gobierno Mercadal y el comisario político Valbuena no esperaron a que concluyera y declararon su intención de acogerse a la protección que pudiera brindarles el pabellón británico. La negociación pudo empero romperse como consecuencia de la acción brutal de la aviación italiana que, con la única finalidad de obligar a Gran Bretaña a reconocer su papel especialmente relevante en la posible capitulación de Menorca, procedió a bombardear el *Devonshire* cuando se hallaba anclado en el Clot de la Mola. El *Devonshire* inmediatamente abandonó las aguas jurisdiccionales —aunque eso significó en la premura de la huida arrancar las cadenas de las anclas— y se puso a salvo. Con todo, Italia no obtuvo lo que ambicionaba. Las autoridades británicas protestaron por el acto de la aviación italiana, pero no permitieron que semejante acción terminara con las negociaciones.

La llegada del *Devonshire* coincidió, por otra parte, con una sublevación dirigida contra las autoridades del Frente popular. La misma fue encabezada por Juan Thomas Riutort, jefe de la 2.^a Brigada mixta, y obtuvo un rápido éxito en Ciudadela y Ferrerías. Algunas fuerzas de la 1 Brigada, bajo el mando de Juan Palou, intentaron abortar el levantamiento y se enfrentaron con los alzados

en Mercadal. Fue un vano intento. El 9 de febrero, la 105 División (López Bravo) desembarcó en Menorca procedente de Tarragona con la intención de incorporar la isla al territorio ya controlado por el Ejército nacional. Como era de suponer, no encontraron resistencia a su paso y pudieron entrar en Mahón y en la fortaleza de la Mola^[15] sin ningún género de inconvenientes. El episodio de Menorca resultó especialmente revelador de la configuración que estaba adoptando la política internacional de Franco. Si la capitulación pasó por manos británicas se debió fundamentalmente al hecho de que, de esta manera, Gran Bretaña —que negó que el *Devonshire* hubiera actuado siguiendo órdenes— podía desempeñar una baza extraordinaria al lograr que su Marina transfiriera Menorca de las manos del Frente popular a las del gobierno nacional. De esta forma no sólo Franco volvía a acercarse a una Gran Bretaña a la que no deseaba distante y de la que sabía que era anticomunista, sino que además Mussolini era alejado de las Baleares. Desde un punto de vista humanitario, lo más positivo de la labor británica fue que la mayoría de los jefes y oficiales del Ejército popular pudieron embarcar en el *Devonshire* y en el velero *Carmen Picó* con lo que unas 700 personas fueron evacuadas salvándose de la ejecución o la cárcel. Sin embargo, lo que resultaba más obvio que nunca era que Gran Bretaña reconocía que Franco era el vencedor en aquella cruenta guerra civil y que también deseaba mantener buenas relaciones con él para evitar una deriva hacia los regímenes fascistas que le habían ayudado a obtener la victoria. Como había sucedido desde antes del estallido de la guerra, Gran Bretaña veía en el bando nacional no a un régimen similar a los de Italia o Alemania, sino una reacción frente a una revolución similar a la que había sufrido Rusia dos décadas antes. Esa visión contribuye a explicar de manera satisfactoria no sólo su actitud durante la guerra civil española sino también tras la conclusión de la Segunda guerra mundial.

*Vas a ver nuestra España de la hora azul
después de las negras horas pasadas;
la España que está naciendo
como una aurora intacta
de la frente sin empañadura,
de las clarísimas miradas
y del ágil aplomo
del Caudillo, que no cabalga
pomposamente
para el vulgo patán de la Prensa diaria,
¡del Caudillo infalible
y seguro en su marcha
de a pie, fija, precisa, eficaz,
marcha de infantería castellana,
de muchacho español, resucitado
a la divina Voz que se levanta... y anda!*

*Vais a ver la España tenaz
del martirio y la audacia;
vais a ver la España de Franco;
sencillamente: vais a ver ¡España!*

EDUARDO MARQUINA,
«Prólogo para una fiesta de cine y de versos»

*Para la libertad sangro, lUCHO, pERVIVO.
Para la libertad, mis ojos y mis manos,
como un árbol carnal generoso y cautivo,
doy a los cirujanos.*

...
*Porque donde unas cuencas vacías amanezcan,
ella pondrá dos piedras de futura mirada
y hará que nuevos brazos y nuevas piernas crezcan
en la carne talada.*

*Retoñarán aladas de savia sin otoño
reliquias de mi cuerpo que pierdo a cada herida.
Porque soy como el árbol talado, que retoño:
porque aún tengo la vida.*

MIGUEL HERNÁNDEZ, «El herido»

El final

La agonía de la II República^[16]

Mientras se producía el avance imparable de las fuerzas nacionales hacia la frontera con Francia y las últimas unidades del Ejército popular retrocedían intentando que aquél fuera más lento, tuvo lugar el 1 de febrero de 1939 la última sesión de las Cortes de la Segunda República. De los 473 diputados que las componían, sólo pudieron estar presentes en el castillo de Figueras, que les servía de sede improvisada, el reducido número de 62. No pocos de ellos se habían sumado en julio de 1936 al alzamiento. También faltaban los que habían sido asesinados por las fuerzas del Frente popular a pesar de que no se hubieran unido a los alzados. Negrín, el jefe del gobierno, manifestó ante los reunidos su intención de continuar combatiendo y obtuvo el voto de confianza de los presentes. La acción revestía un notable cinismo porque, como hemos visto, Negrín ya había pactado con Stalin la desaparición del sistema parlamentario muerto años atrás y su sustitución por una dictadura comunista de partido único. Negrín había intentado que Azaña permaneciera en España en su calidad de presidente de la Segunda República, pero no lo consiguió. Convencido desde hacía años de la derrota del Frente popular, Azaña se trasladó inmediatamente a París y se estableció en la Embajada española. Le acompañaban Giral, Hernández Saravia y Rivas Chérif. Para todos ellos resultaba obvio que la guerra estaba concluida.

En paralelo, Franco había impulsado algunas normas legales de especial relevancia. El 15 de diciembre de 1938, el Consejo de Ministros aprobó un proyecto de ley «para reparar la injusticia que las Cortes Constituyentes cometieron el 26 de noviembre de 1931 con don Alfonso de Borbón Habsburgo-Lorena». El texto legal rehabilitaba a Alfonso XIII y se aprobaba en contra de las presiones de Mussolini que temía que Franco restaurara la monarquía en lugar de crear un régimen fascista.

El 22 de diciembre, Franco presidió en Burgos un Consejo de Ministros en el que se aprobó la paga extraordinaria de Navidad y el desempeño de las papeletas del Monte de Piedad inferiores a diez pesetas. Al mismo tiempo, se creó una comisión de antiguos ministros de la monarquía parlamentaria y de la Segunda república, junto con intelectuales y profesionales, para estudiar la «ilegitimidad de los poderes actuantes el 18 de julio de 1936». Se trataba de justificar jurídicamente el alzamiento contra un gobierno ilegítimo, el del Frente popular.

El día 14 de enero, el mismo en que cesaba toda resistencia del Ejército popular en Cataluña,^[17] el gobierno de Franco promulgó un decreto de responsabilidades políticas que colocaba fuera de la ley a los que no se habían sumado a la rebelión militar de julio de 1936 y

también a los que a partir del 1 de octubre de 1934 se hubieran opuesto al «movimiento nacional». Quedaba así consagrado legalmente el destino que los vencedores preparaban para los que habían apoyado el proceso revolucionario. De manera bien significativa, la ley recordaba a la que antes del estallido de la fuerza había impuesto el Frente popular^[18] para juzgar las responsabilidades políticas. Visto desde esa perspectiva, no deja de resultar curioso que Franco esperara casi tres años para imponer una legislación similar. Aunque los oficiales nacionales que visitaron los terribles^[19] campos de refugiados franceses^[20] aseguraron que nadie sería juzgado por su afiliación a un partido político o por sus ideas, la realidad iba a resultar trágicamente diferente. No es de extrañar que, previéndolo, más de 400 000 refugiados españoles permanecieran en Francia y sólo regresaran unos 70 000. Incluso en el caso de los que volvieron pesaron, sin embargo, en no pocos casos mucho más circunstancias de carácter personal (como el deseo de reencontrarse con la familia) que la confianza en las difusas promesas de seguridad de los vencedores.

La solución podía haber sido distinta pasando, por ejemplo, por un decreto de amnistía. Franco meditó en esa posibilidad y se decidió en contra fundamentalmente porque estaba convencido de que los crímenes cometidos por el Frente popular durante aquellos años debían ser castigados penalmente y porque temía las reacciones de venganza que se producirían en las familias que habían perdido a sus parientes en los fusilamientos o las sacas.^[21] Iba a dar así inicio un proceso que se extendería hasta inicios de la siguiente década y que, durante la posguerra, se traduciría en 27 966 fusilamientos.^[22]

A esas alturas, las autoridades del Frente popular se habían dividido ya de manera irreparable. El 9 de febrero, Negrín salió de Toulouse en avión con destino a Alicante. Le acompañaba Álvarez del Vayo. Tanto estos dos personajes como los comunistas seguían siendo partidarios de mantener la resistencia contra Franco a cualquier precio. Alegaban en favor de su postura que la República aún contaba con unidades militares en el centro y en Levante —cerca de medio millón de hombres— que podían alargar la guerra hasta medio año más. Obviamente, no se contaba con derrotar al Ejército nacional que ya superaba holgadamente el millón de hombres. En realidad, lo que se continuaba pretendiendo, como el año anterior, era ganar tiempo hasta que estallara la guerra mundial, una guerra que, supuestamente, permitiría implantar el proyecto de dictadura comunista que Negrín había pactado con los agentes de Stalin.^[23]

El 21 de febrero, Negrín se trasladó a Madrid y poco después se entrevistó con Casado, jefe del Ejército del Centro. Negrín insistió en el material de guerra que estaba en suelo francés y que, según él, podría ser trasladado a la España aún controlada por el Frente popular. La respuesta de Casado fue señalarle que la resistencia era imposible y que lo mejor que podía hacerse era tratar de conseguir las mejores condiciones para la capitulación. En el curso de la discusión le indicó asimismo que resultaría conveniente celebrar una reunión con los jefes del Ejército, de la Fuerza Aérea y el almirante de la Flota para que expresaran su parecer sobre la situación.

La reunión se celebró efectivamente el 27 de febrero al mediodía en el aeródromo de Los Llanos. Con la excepción de Negrín, eran militares de carrera todos los asistentes: el general Miaja, jefe supremo del Ejército; el general Matallana, jefe del Grupo de Ejércitos; el coronel

Casado, jefe del Ejército del Centro; el general Menéndez, jefe del Ejército de Levante; el general Escobar, jefe del Ejército de Extremadura; el coronel Moriones, jefe del Ejército de Andalucía; el coronel Camacho, jefe de la Zona Aérea Centro-Sur; el general de ingenieros Bernal, jefe de la base naval de Cartagena y el capitán de navío Buiza, jefe de la Flota. Una vez que Negrín expuso la necesidad de seguir resistiendo a cualquier coste, los distintos militares fueron manifestando su punto de vista. Si Escobar insistió en la necesidad desesperante de armas y municiones, Buiza manifestó el cansancio de unas tripulaciones inermes ante los ataques de la aviación enemiga y afirmó que a menos que antes del 4 de marzo el mando pasara a una Junta de militares que pudiera negociar la rendición, la flota se dirigiría a un puerto francés para buscar refugio.

Resultaba obvio que ninguno de los mandos —salvo Miaja— se adhería a las tesis de Negrín. La conclusión de la crisis de Munich y, sobre todo, la derrota en la batalla del Ebro y la pérdida de Cataluña habían desmentido hacía tiempo la viabilidad de la postura de Negrín y por ello no resulta extraño que para otros dirigentes republicanos, aquella visión resultara excesivamente voluntarista, por no decir irresponsablemente suicida. Por otro lado, constituía una quimera pensar que Franco podía mostrarse razonable con los vencidos ahora cuando no lo había hecho en circunstancias mucho peores para él. En la misma línea, Azaña, Martínez Barrio, Companys y Aguirre abogaban por la rendición militar ya que la misma, al menos, evitaría un derramamiento de sangre que estimaban inútil.

El 27 de febrero, Francia y Gran Bretaña, sin esperar a la rendición formal del Ejército popular de la República, reconocieron como legítimo al gobierno nacional. Como en el caso de la rendición de Menorca, Gran Bretaña —y Francia que dependía totalmente de ella para conjurar el peligro alemán— adoptaba la posición mejor de cara a la posguerra española. Podía abrigar reticencias hacia el nuevo régimen, pero no dudaba en considerarlo preferible a lo que sus diplomáticos habían definido antes de la guerra como una «España soviética». Ese mismo día, Azaña envió a Diego Martínez Barrio, el presidente de las Cortes republicanas, una comunicación en la que presentaba su dimisión como presidente de la República. El 1 de marzo, el Consejo de Ministros, asentado en París, tomó la decisión de hacer pública la dimisión de Azaña. Al día siguiente se reunió la Comisión permanente de las Cortes —también en París— y aceptó la dimisión. Enfrentado con los mandos militares y con las autoridades de la República, Negrín se había convertido en el jefe de un gobierno sin ministros, dispuesto a halagar a los militares para arrastrarlos hacia sus posiciones^[24] y a realizar reestructuraciones de fuerzas que ponían ya en manos de los comunistas el poco poder con que no contaban en la España controlada por el Frente popular.^[25] La línea de gobierno seguida durante años resultaba ahora más evidente que nunca. El 2 de marzo, tras entrevistarse con Negrín en la Posición Yuste, Casado y Matallana se trasladaron a Valencia. Allí, reunidos con Miaja y Menéndez, decidieron dar un golpe de estado que derribara a Negrín y facilitara las negociaciones con el enemigo para llegar a un acuerdo de paz.

No sólo pensaban así los militares de carrera. El día 3, Negrín recibió un mensaje de Martínez Barrio en el que este último le comunicaba que estaba dispuesto a hacerse cargo de la presidencia de la República sólo en el caso de que el gobierno se comprometiera a llevar a cabo una acción política que desembocara en «terminar la guerra con el menor estrago posible». Ese mismo día,

Negrín había convocado en Madrid a Miaja, a Casado y a Matallana. Sólo asistiría el último.

Cartagena: el último golpe frustrado

De todos los mandos militares nombrados en última instancia por Negrín para mantener el control del Ejército en sus manos sólo llegó a tomar posesión de su cargo Francisco Galán en Cartagena. Se le había notificado su nombramiento el 4 de marzo en el curso de una reunión a la que Negrín había convocado a los comunistas Cordón, Jesús Hernández, comisario político de la Zona Centro-Sur, y Togliatti. Durante la misma, a Galán se le anunció que se esperaba para las once una sublevación en Cartagena que debía ser sofocada a ser posible sin derramamiento de sangre. Sin esperar a reunirse con la CCVI Brigada mixta, acantonada en las afueras de Murcia, Galán se dirigió a Cartagena y allí tomó posesión a las diez y media del mismo día 4. El jefe de la base hasta esos momentos, Carlos Bernal García, no opuso la más mínima resistencia a la cesión del mando.

Sin embargo, la llegada de Galán no conjuró el peligro. Interpretada como un intento de golpe comunista que prolongaría la guerra innecesariamente, el 5 de marzo, un grupo capitaneado, entre otros, por Gerardo Armentia, jefe del Regimiento de artillería de costa, y Arturo Espá, segundo jefe del mismo, se apoderó de la artillería de la base, así como de la emisora Flota Republicana de Cartagena. Bajo la consigna «¡Por España! ¡por la paz!», los conjurados radiaron un mensaje en el que se afirmaba que en la ciudad había estallado una sublevación.^[26]

La situación se complicaría pronto y escaparía del control de los sublevados. Obligado Galán a dimitir, Espá se vio pronto rebasado. Entregado el mando al general Barrionuevo, éste inmediatamente pidió a Franco el envío de tropas para controlar totalmente la base. De manera casi inmediata lo que había sido una sublevación contra Negrín se convirtió, con el apoyo de elementos civiles, en un golpe en favor de Franco. El cuartel general de éste respondió de manera inmediata enviando una escuadrilla de Savoias que atacó a los barcos anclados en Cartagena. Sometido al bombardeo aéreo y ante el peligro de las baterías costeras, Buiza, el jefe de la Escuadra, dio la orden de que la flota abandonara el puerto.

A las once de la mañana del 5 llegó a Cartagena el teniente de navío Antonio Ruiz al que Negrín había nombrado para sustituir a Galán. La ciudad se encontraba en esos momentos en manos de elementos favorables a Franco. Ruiz llegó a un acuerdo con Barrionuevo en virtud del cual las baterías costeras no impedirían la salida de la flota. A continuación, a bordo de las naves abandonaron el puerto Galán, el propio Antonio Ruiz y otros.^[27] Aparentemente, todo parecía indicar que los alzados habían obtenido un fácil triunfo. Sin embargo, no fue así. La CCVI Brigada entraba en Cartagena mientras zarpaba la flota y en un par de horas controló la situación nuevamente aunque persistían algunos reductos. El 6 de marzo a las cuatro de la mañana, la flota republicana se enteró del fracaso de la revuelta en Cartagena y se planteó la posibilidad de regresar a la base. Si no lo hizo fue por temor a no encontrar el combustible suficiente. De sus 4000 hombres, 2400 solicitaron regresar a España. El resto prefirió el exilio.

Aquel mismo día, las fuerzas de Franco sufrieron un drama inesperado. Tras recibir varios

mensajes solicitando tropas, dio la orden de trasladar a Cartagena por vía marítima las divisiones acantonadas en Castellón y Málaga. Para este cometido se recurrió a buques mercantes de pésima calidad habilitados para el transporte de tropas. El 6 de marzo se encontraban ya frente a Cartagena varios navíos de la Escuadra de Franco. Cuando penetró en el puerto el *Castillo de Olite* no halló una ciudad en manos amigas. Por el contrario, una artillería de nuevo leal al gobierno del Frente popular acertó a darle en la santabarbara y provocó su hundimiento. De los 2200 hombres que viajaban en el barco, sólo pudieron ser rescatados 1048. La sublevación de Cartagena concluyó así con pérdidas considerables para ambos bandos. Si el Frente popular mantuvo en sus manos la base fue a costa de perder la Escuadra y de dejar aún más de manifiesto su enorme debilidad interna. Por lo que se refiere al bando nacional, la pobreza de los transportes se tradujo en la muerte de más de mil hombres apenas unos días antes de que la guerra concluyera.

Casado: el golpe que sí triunfó^[28]

Los confusos acontecimientos de Cartagena se produjeron en paralelo al acontecimiento que, finalmente, llevaría a capitular al Ejército popular de la República. El 5 de marzo, a primeras horas de la mañana, Negrín, que se encontraba en la Posición Yuste, tuvo noticia de que Casado había anunciado mediante un manifiesto que el gobierno era destituido y que se había formado un Consejo Nacional de Defensa con la finalidad de acabar con las hostilidades. La respuesta inmediata de Negrín fue dirigir un mensaje escrito al Consejo en el que le instaba a que la transmisión de poderes se realizara de manera constitucional. Asimismo propuso Negrín que se designara a una o varias personas para que acabaran con las discrepancias que pudieran existir entre el Consejo y el Gobierno. La propuesta no obtuvo respuesta y Negrín el 6 de marzo decidió abandonar España en avión. Pronto sería seguido por algunos comunistas que tenían la pretensión de seguir resistiendo en el exterior.

El Consejo, desde luego, comenzó su vida sin preocuparse de lo que pudiera hacer o pensar Negrín. Uno de sus miembros más relevantes, el socialista Julián Besteiro, dejaría constancia por escrito de sus sentimientos, unos sentimientos que compartían no pocos españoles de la España aún controlada por el Frente popular:

«La verdad real: estamos derrotados por nuestras propias culpas (claro que el hacer más estas culpas es pura retórica). Estamos derrotados nacionalmente por habernos dejado arrastrar a la *línea bolchevique*, que es la aberración política más grande que han conocido quizás los siglos. La política internacional rusa, en manos de Stalin y tal vez como reacción contra un estado de fracaso interior, se ha convertido en un crimen monstruoso... La reacción contra ese error de la República de dejarse arrastrar a la *línea bolchevique*, la representan genuinamente, sean los que quieran sus defectos, los nacionalistas, que se han batido en la gran cruzada *anticomintern*.

...

El drama del ciudadano de la República es éste: no quiere el fascismo; y no lo quiere, no por lo que tiene de reacción contra el bolchevismo, sino por el ambiente pasional y sectario que acompaña a esa justificada reacción (teorías raciales, mito del héroe, exaltación de un patriotismo

morboso y de un espíritu de conquista, resurrección de formas históricas que hoy carecen de sentido en el orden social, anti-liberalismo y antiintelectualismo *enragées*, etcétera). No es, pues, fascista el ciudadano de la República, con su rica experiencia trágica. Pero tampoco es, en modo alguno, bolchevique. Quizás es más anti-bolchevique que antifascista, porque el bolchevismo lo ha sufrido en sus entrañas, y el fascismo no». [29]

No se equivocaba Besteiro en sus juicios. La España republicana se había introducido en el camino que conducía hacia la dictadura comunista en un anticipo de lo que luego serían las denominadas democracias populares del Este de Europa posteriores a la segunda guerra mundial. Así lo afirmarían posteriormente personajes como el poumista Julián Gorkín, [30] Enrique Castro Delgado, creador del Quinto Regimiento, [31] Jesús Hernández, ministro comunista en el gobierno republicano [32] o el futuro general del KGB Pavel Sudoplatov que actuó en España como agente de Stalin encuadrado en el NKVD y que afirmaría años después: «España demostró ser un jardín de infancia para nuestras operaciones de inteligencia futuras. Nuestras iniciativas posteriores relacionadas con inteligencia surgieron todas de los contactos que hicimos y de las lecciones que aprendimos en España. Los republicanos españoles perdieron pero los hombres y las mujeres de Stalin ganaron». [33]

Ahora urgía, por lo tanto, llegar a ese acuerdo con los indudables vencedores de la guerra civil. Casado creía —o ansiaba creer— que Franco se avendría a una paz sin represalias y que incluso se conservarían los grados obtenidos a los militares del Ejército popular. El 5 de marzo, en el sótano del viejo caserón del Ministerio de Hacienda, sito en la calle de Alcalá de Madrid, se instaló el Consejo Nacional de Defensa. A las ocho de aquel mismo día se acordó, a propuesta de Besteiro, que la presidencia fuera desempeñada por un militar y, a instancias de Casado, recayó en Miaja que estaba ausente. En el curso del mismo día, Julián Besteiro, Casado y Cipriano Mera se dirigieron por radio a todos los españoles anunciando el propósito que guiaba al Consejo: acabar la guerra y obtener una paz sin represalias.

El recién creado organismo estaba constituido por representantes de las diversas tendencias republicanas, socialistas y anarquistas. [34] Los comunistas, a los que se contemplaba como terribles enemigos, fueron excluidos. Aunque de los cuatro Cuerpos de Ejército que componían el Ejército del Centro, tres se encontraban bajo mando comunista y el cuarto a las órdenes de Cipriano Mera, [35] todo hacía suponer que no surgirían complicaciones. De hecho, los mandos del I Cuerpo [36] (Barceló) y del II [37] (Bueno) habían acordado con Casado que aceptarían las decisiones del Consejo. Sin embargo, en la noche del 5 al 6 de marzo, Barceló se proclamó jefe del Ejército del Centro y unió bajo su mando y contra Casado a las unidades cuyos mandos eran comunistas. De manera inmediata, se sumó a Barceló el II Cuerpo de Ejército cuyo jefe era ahora Ascanio al haber caído enfermo Bueno.

La División 8 del II Cuerpo de Ejército consiguió apoderarse de la plaza de Colón y de la plaza de la Cibeles en Madrid, mientras que la 42 Brigada mixta, también del mismo Cuerpo de Ejército, controlaba los Nuevos Ministerios. Mientras tanto en Alcalá de Henares, la División 300 de guerrilleros y la base de carros de combate se sublevaron y se dirigieron hacia Torrejón de

Ardoz, donde se les unió la V Brigada de Carabineros. La División 300 ocupó sin lucha la Posición Jaca en la Alameda de Osuna.

La columna procedente de Alcalá de Henares consiguió entrar en Madrid y allí enlazó con los comunistas sublevados contra Casado. El 7 de marzo, además de los enclaves señalados, controlaban el Parque del Retiro, las plazas de Manuel Becerra y de la Independencia, la Comandancia General de Ingenieros y el Gobierno Civil. El Consejo casadista, por su parte, estaba aislado en un reducido triángulo formado por la Cibeles, Antón Martín y el Teatro de la Ópera. Aparentemente, su situación era desesperada. Por ello, no es de extrañar que, convencidos de su posible triunfo, los comunistas hubieran comenzado ya a fusilar a algunos de los jefes republicanos.^[38]

El cambio en la situación vino, en buena medida, de la mano del anarquista Cipriano Mera. A partir del 7, sus tropas se enfrentaron con los comunistas en un decidido esfuerzo por dominarlo. Mientras tanto, Casado daba orden de retirar fuerzas de los frentes de Levante y de Extremadura y de bombardear la sede del PCE en Madrid con fuerzas de la base aérea de Albacete. El 10 de marzo, la sublevación comunista había sido prácticamente liquidada en Madrid, aunque algunos focos persistirían todavía hasta el 12. Ese mismo día, Casado planteó un ultimátum a los últimos comunistas que seguían resistiéndose al Consejo. Éstos no sólo aceptaron abandonar la lucha sino que incluso se presentaron como leales defensores del nuevo orden republicano.^[39] Llegaron incluso hasta el punto de no defender a los coroneles Francisco Ortega y Barceló y al comisario Conesa a los que Casado ordenó fusilar por haber dado muerte a algunos prisioneros tomados a los casadistas. Así concluyó una nueva guerra civil entre republicanos dentro de la guerra civil española. La habían provocado, como en mayo de 1937, los comunistas y también como entonces Franco se había mantenido al margen, librándose de lanzar ataques en unos momentos en que sus adversarios se mataban entre sí.

«Cautivo y desarmado...»

Como hemos señalado, el objetivo fundamental —en realidad, único— del Consejo casadista no era otro que negociar una paz con Franco en la que estuvieran incluidas garantías de que los vencidos no serían sujetos a represalias. El 12 de marzo, el mismo día en que concluía la sublevación comunista, compareció ante Casado el teniente coronel Centaño, jefe del Parque de Artillería 4, acompañado de un civil. Al afirmar que eran representantes de Franco, el Consejo, ese mismo día, decidió la redacción de un documento donde quedaran reflejadas las condiciones en que se produciría la capitulación. Éstas eran: *a)* Independencia e integridad nacional; *b)* Eliminación de toda clase de represalias y *c)* Expatriación de todos aquellos que desearan abandonar el suelo español siempre que no estuvieran incursos en delitos contemplados por el Derecho penal común. De manera clara, el Consejo casadista venía así a excluir la posibilidad de una mediación internacional como la que poco antes el embajador republicano en Londres, Pablo Azcárate, había sondeado.

El 14 de marzo el tribunal de responsabilidades políticas de Franco comenzó sus actuaciones.

Cinco días después se produjo la respuesta a las condiciones presentadas por el Consejo. Franco insistió en que la rendición debía ser incondicional y en que a los vencidos no podía quedarles otro recurso que entregarse a la benevolencia de los vencedores. Para tratar aspectos más concretos de las negociaciones debían trasladarse a Burgos uno o dos oficiales profesionales, pero no —como había propuesto el Consejo— civiles como Julián Besteiro. Casado se ofreció para acudir personalmente a negociar acompañado del general Matallana, pero Franco rechazó también esa posibilidad. Finalmente, el Consejo designó al teniente coronel de Estado Mayor Antonio Garijo Hernández y al comandante de Caballería Leopoldo Ortega Nieto que eran en esa época jefes de las Secciones de Información y Organización del Grupo de Ejércitos.^[40] El 23 de marzo, Burgos accedió a que éstos cumplieran la función de representantes. Por parte del Gobierno nacional se designó como representantes a los coroneles Luis Gonzalo Victoria y José Ungría Jiménez y a los comandantes Carmelo Medrano Exquerra y Eduardo Rodríguez Madariaga, que eran miembros del Cuartel General y del Estado Mayor.

Una vez en Burgos, Garijo y Ortega mantuvieron inmediatamente una reunión con Victoria y Ungría. Frente a la comunicación de Casado, firmada dos días antes, que presentaron los primeros solicitando una paz sin represalias, los segundos insistieron en que podían fiarse de la humanidad y los sentimientos cristianos de los vencedores que, no obstante, no aceptarían firmar un acuerdo formal. Finalmente, los representantes de Franco aceptaron señalar ocho «bases» para la rendición que quedaron expresadas de la siguiente manera:^[41]

1. La España nacional mantiene cuantos ofrecimientos de perdón tiene hechos por medio de proclamas y de la radio, y será generosa para cuantos, sin haber cometido crímenes, hayan sido arrastrados engañosamente a la lucha.
2. Para los jefes y oficiales que depongan voluntariamente las armas, sin ser responsables de la muerte de sus compañeros, ni de otros crímenes, aparte de la gracia de la vida, la benevolencia será tanto mayor cuanto más significados y eficientes sean los servicios que en estos últimos momentos presten a la causa de España, o haya sido menor su intervención y su milicia en la guerra.
3. Los que rindan las armas, evitando sacrificios estériles, y no sean reos de asesinatos y otros crímenes graves, podrán obtener un salvoconducto que los ponga fuera de nuestro territorio, conservando entretanto plena seguridad personal.
4. A los españoles que en el extranjero rectifiquen su vida, se les dispensará protección y ayuda.
5. Ni el mero servicio en el campo rojo, ni el haber militado simplemente en campos políticos extraños al Movimiento Nacional, serán motivo de responsabilidad criminal.
6. De los delitos cometidos durante el dominio rojo sólo entienden los tribunales de justicia. Las responsabilidades civiles se humanizarán en favor de las familias de los condenados.
7. Nadie será privado de libertad por actividades criminosas más que el tiempo necesario para su corrección o reeducación.
8. El retraso de la rendición y la estéril resistencia a nuestro avance serán causas de graves responsabilidades, que exigiremos en nombre de la sangre inútilmente derramada.

Se fijó como condición para continuar las gestiones que la totalidad de la Aviación republicana fuera entregada antes de las 6 de la tarde del 25 de marzo. Los representantes del Consejo aceptaron la entrega de la Aviación, pero señalaron —con razón, por otra parte— que no podría consumarse en el plazo señalado por razones de imposibilidad técnica.

El día en que vencía el plazo, a las tres menos cuarto de la tarde, los representantes del Consejo regresaron a Burgos donde fueron recibidos por sus interlocutores. Se produjo entonces

una discusión en torno a si había posibilidad de entregar la Aviación por zonas. Los nacionales se negaron a ello, pero aceptaron la redacción de un documento que sería suscrito por ambas partes. Con la finalidad de que los emisarios republicanos elaboraran un borrador se les dejó solos, pero a las 6 de la tarde, la hora en que vencía el plazo, Ungría volvió a hacer acto de presencia y les comunicó que «de orden de la Superioridad» quedaban terminadas las negociaciones. El mismo oficial aclaró a los republicanos que se trataba de una orden procedente del Generalísimo. A continuación se les condujo al aparato que debía devolverlos a Madrid. Las últimas esperanzas del Consejo quedaron así pulverizadas por el deseo personal de Franco.

El 26 de marzo, el Consejo, en un vano intento de obtener garantías, se ofreció a entregar la Aviación al día siguiente pidiendo al Gobierno de Franco que señalara la hora. La respuesta del Generalísimo fue que se iba a producir un avance general en todos los frentes y que los republicanos debían responder con bandera blanca y entrega de rehenes. Asimismo, Franco manifestó su deseo de que los miembros del Consejo Nacional salieran del país, indicando que si no contaban con aparatos se les facilitaría un trimotor. El socialista Besteiro rechazó el ofrecimiento con la esperanza, que se revelaría sin base, de poder interceder por otros republicanos. No sólo no lo lograría sino que después, a causa de la enfermedad, él mismo fallecería en prisión.

A las once y media de la noche del 26 de marzo, el secretario del Consejo, José del Río dio cuenta por la radio de las negociaciones que se estaban llevando a cabo con Franco para concluir la guerra. El 27 por la noche celebró el Consejo su última reunión. Lo único que podía hacer ya era huir del vencedor con el que había intentado negociar. De hecho, así lo había hecho ya el general Miaja el día antes, precisamente en la misma jornada en que daba inicio la ofensiva de Franco denominada de la Victoria.

En ella debía participar la práctica totalidad del Ejército nacional. Así se desplegó el Ejército de Levante (Orgaz)^[42] desde el sector de Nules al de Somosierra, el Ejército del Centro (Saliquet)^[43] desde el sector de Somosierra a la línea del Guadiana y el Ejército del Sur (Queipo de Llano)^[44] desde la línea del Guadiana al sector de Motril. La maniobra planeada debía consistir en un esfuerzo principal llevado a cabo por el Ejército del Centro desde la cabeza de puente de Toledo hacia Ocaña, Tarancón y Cuenca a fin de aislar Madrid del resto de la España del Frente popular. Previamente, los Ejércitos del Sur y de Levante deberían realizar ataques encaminados a absorber las reservas enemigas.^[45]

El día 26 de marzo, tal y como estaba previsto, el Ejército del Sur rompió las líneas del Ejército popular —donde no se produjo prácticamente resistencia— y alcanzó las localidades de Santa Eufemia y Pozo-blanco. Al día siguiente, el Ejército del Centro comenzó el avance por el sector de Toledo sin encontrar ningún obstáculo y sus unidades llegaron a las carreteras generales de Valencia, Cartagena y Andalucía. Ya la noche anterior el frente de Madrid había desaparecido y al final de la jornada sólo estaban en sus posiciones los Estados Mayores del Ejército popular. La Aviación republicana por su parte emprendió la huida. En algunos casos, los pilotos se pasaron al enemigo; en otros volaron hasta el África francesa en busca de refugio. El 28 de marzo, la

población que llevaba esperando la caída del Frente popular desde hacía tres años salió a las calles de Madrid para recibir a las tropas nacionales. Aquella mañana, los miembros del Consejo Nacional de Defensa —con excepción del socialista Besteiro que fue detenido el mismo día— habían huido en avión hacia Valencia. Concluía así una resistencia de 29 meses. Había sido la más larga —incluso más prolongada que la de Leningrado durante la Segunda Guerra Mundial— ofrecida por una ciudad a un Ejército enemigo en toda la Historia contemporánea.

Aquel mismo día, sucedería lo mismo en Valencia, Murcia, Almería, Jaén, Ciudad Real, Cuenca y Guadalajara. Resultaba obvio que, en términos militares, la guerra había terminado y que las fuerzas nacionales sólo tenían que avanzar y ocupar posiciones inermes. El 29 entraron en Guadalajara, Cuenca, Ciudad Real, Jaén, Albacete, Almería y Sagunto; el 30, en Valencia, Murcia y Cartagena, y, finalmente, el 31, en Alicante. En esta última ciudad se habían ido hacinando los republicanos que intentaban huir al extranjero. Más de la mitad se entregaron a las tropas italianas, mientras los restantes confiaron en poder subir a algún barco francés. Tanto unos como otros se verían frustrados en sus ilusiones. El *Canarias*, seguido del *Júpiter* y del *Vulcano*, impediría al navío galo acercarse a recoger a los huidos. En cuanto a los italianos que custodiaban a los presos republicanos fueron sustituidos aquella misma noche del 31 de marzo por fuerzas de Franco.

El 1 de abril, el único día de la contienda en que guardara cama a causa de una enfermedad, Franco, aquejado de gripe, firmó el último parte de guerra:

«EN EL DÍA DE HOY, CAUTIVO Y DESARMADO EL EJÉRCITO ROJO, HAN ALCANZADO LAS TROPAS NACIONALES SUS ÚLTIMOS OBJETIVOS MILITARES. LA GUERRA HA TERMINADO».

Los porqué de una derrota, los porqué de una victoria

Los porqué de una derrota

En abril de 2006, algunos medios de comunicación españoles publicaron un manifiesto titulado «Con orgullo, con modestia y con gratitud» en el que llevaban a cabo una reivindicación de la II República. El texto era una repetición de una mitología republicana que no hubieran respaldado —de hecho, no lo hicieron— los principales protagonistas del drama español entre 1931 y 1939. Que este manifiesto fuera suscrito por gente del mundo del espectáculo o de las artes tenía una cierta coherencia teniendo en cuenta cómo, históricamente, nunca han faltado miembros de tan honrosísimas ocupaciones que apoyaran públicamente las peores atrocidades que el mundo ha conocido desde Lenin a Mao pasando por Mussolini, Hitler o Stalin. Más notable es que entre los firmantes se encontraran autores de libros de Historia de los que, si bien muy escorados ideológicamente, se espera un mínimo rigor científico.^[1] No es finalidad de esta obra entrar en el contenido de ese manifiesto y más cuando las conmemoraciones del 75.º aniversario de la Segunda República no lograron reunir en toda España ni siquiera a tres mil personas. Pero sí debemos detenernos en una de las afirmaciones del texto donde se dice categóricamente que la victoria «sólo fue posible gracias a la ayuda de los regímenes fascista y nazi que preparaban una invasión de Europa que acabaría provocando una guerra mundial y, aún más decisivamente, gracias a la culpable indiferencia de las democracias, que, antes de convertirse en víctimas de las mismas potencias en cuyas manos habían abandonado a España, eligieron parapetarse tras el hipócrita simulacro de neutralidad que representó el comité de No Intervención de Londres». Semejante lectura del conflicto no sólo es contraria a los hechos, sino que constituye una patética reproducción de la interpretación propagandística de la Komintern tras la invasión de la URSS en el verano de 1941. Subrayémoslo bien: de la propagandística porque las interpretaciones de uso interno fueron muy diferentes, por ejemplo, en el informe Stepanov; y después de la invasión de la URSS porque, nada más acabar la guerra civil española, Stalin suscribió un acuerdo con Hitler que permitió a ambos dictadores repartirse Europa, prepararse para el siguiente asalto y considerar como el peor enemigo no al otro Estado totalitario sino a las democracias occidentales. Recordemos, por ejemplo, que cuando Hitler atacó a Francia y Gran Bretaña, las órdenes de la Komintern —la misma Komintern que organizó las Brigadas internacionales para combatir en España— ordenó no combatir contra la invasión alemana porque se trataba de una guerra entre potencias imperialistas e incluso sabotear el esfuerzo de guerra de las democracias contra los nazis.^[2]

Esa visión de la Komintern —y no es de extrañar— no fue la de los vencidos siquiera porque muchos habían acabado concibiendo una profunda aversión a Stalin y al PCE. De hecho, para los derrotados en la guerra civil española, el porqué se había perdido ésta resultó en no pocos casos casi de tanta importancia como la derrota en sí. Examinando los diversos testimonios orales a los que todavía se puede acceder,^[3] resulta sorprendente el número de ex combatientes que creyeron hasta el final que la guerra civil sería ganada por la República. En el fondo de esa confianza residía no pocas veces no una fría consideración de los datos objetivos sino más bien una fe punto menos que metafísica. Puesto que estaban convencidos de que la razón estaba de su lado, de que los rebeldes no habían hecho nada por el pueblo, de que habían activado un mecanismo de clara represión antiobrera... no podían ganar la guerra. Si se produjo la derrota tuvo que deberse a causas internas que debilitaron la fortaleza que, supuestamente, tenía la causa obrera. Pero no sólo la gente de a pie vio así la derrota. Lo mismo sucedió con dirigentes de talla. El anarquista Diego Abad de Santillán, por ejemplo, escribió al año siguiente de concluido el conflicto^[4] que la pérdida de éste se debió a: «*a) la política franco-británica de la no intervención... unilateral; b) la intervención rusa en nuestras cosas, y c) la patología centralista del Gobierno ambulante de Madrid-Valencia-Barcelona-Figueras*». En resumen, la guerra se había perdido por el abstencionismo de las democracias occidentales, pero también por la acción de lo que Abad de Santillán consideraba, como anarquista, auténticas bestias negras: la acción comunista y el intento de organización del Gobierno central (bien limitado en sus resultados) que sólo podía interpretar como «*patología centralista*». Por supuesto, el dirigente anarquista no pensaba que la desintegración del poder republicano provocado, no en exclusiva pero sí en buena medida, por la CNT-FM tuviera nada que ver con la derrota final del conflicto.

Algo similar, aunque con mayor equilibrio y distinto enfoque, encontramos en otra obra, publicada en 1941, debida a Julián Gorkín,^[5] un importante dirigente del POUM. Para Gorkín, la guerra se había perdido por la acción directa de Stalin (que había enviado el material militar «tarde y con pobreza») y de los comunistas («que lo administraban conscientemente mal») sumada a la disposición del dictador soviético a pactar con Hitler. No dejaba de ser un punto de vista curioso el de atribuir la derrota a la potencia que más había ayudado al Frente popular, bien es verdad que según su conveniencia y aniquilando de paso a grupos no dispuestos a someterse a Moscú como fue el caso del POUM. Con todo, la versión de Gorkín coincidiría, en cuanto a la atribución de responsabilidades, con la de los comunistas arrepentidos Jesús Hernández —ministro republicano y factor esencial en la caída de Prieto—^[6] Enrique Castro^[7] y Valentín González «El Campesino». ^[8] Para todos ellos, la derrota debía atribuirse no a Hitler y a Mussolini o a la pasividad supuesta de Gran Bretaña y Francia, sino de manera principal a Stalin, cuya intervención no sólo había provocado la misma sino además el régimen de terror creado por los comunistas españoles servilmente a sus órdenes.

Esa misma versión fue la seguida por importantes socialistas —tan enfrentados por tantas otras cosas— como Largo Caballero^[9] y Besteiro.^[10] Este último, como ya vimos,^[11] llegó incluso a la conclusión de que Stalin era mucho peor que Franco.

Por supuesto, la opinión de éstos difería sustancialmente de la de anarquistas, poumistas y comunistas desengañados. Para la Pasionaria, la derrota había arrancado, no de la intervención de Alemania e Italia a favor de los alzados, sino de la falta de unión del Frente popular, especialmente «tanto más que los nacionalistas vascos y los anarquistas... no participaban en el Frente Popular». Aunque, en teoría, la Pasionaria no pretendía minimizar el papel de los partidos republicanos en la guerra civil, sin embargo su conclusión no podía resultar más tajante:

Y sobre todo, lo que la guerra mostró de manera exhaustiva, es que sin la unidad de la clase obrera, la dirección de la revolución democrática cae inevitablemente en manos de la burguesía, que frena esta revolución, que no la lleva hasta el fin, que incluso la transforma en instrumento contra el proletariado.^[12]

Pese a las diferencias ideológicas existentes entre estos autores, la interpretación de la derrota resulta muy similar. La misma se debió, fundamentalmente, a la acción del adversario interior que para unos era el PCE (POUM-CNT) y para otros eran los anarquistas y asimilados (PCE). De manera implícita, parecía desprenderse que los rebeldes nunca podían haber vencido por sus medios y que la derrota había que atribuirla a que una determinada visión política —la propia, por supuesto— se había visto imposibilitada por la rivalidad de otras que también se hallaban en el mismo bando.

En algunos análisis de los vencidos sí se concedió un cierto papel a la intervención extranjera a favor de los alzados pero, de manera bien significativa, en ningún caso como aparece citada en el Manifiesto pro-republicano que hemos citado al principio de este capítulo. Por ejemplo, José Antonio de Aguirre, el presidente del gobierno vasco,^[13] atribuyó así la misma al «frío egoísmo de las cancillerías (que) condenó a muerte a quienes entonces eran los únicos que estaban defendiendo con las armas en la mano los ideales democráticos», a la ayuda germano-italiana y, de manera muy especial, al «compromiso de Munich» que acabó con cualquier posibilidad de resistencia de la República. De manera bien significativa, Aguirre no dice ni una palabra de la política desleal de los nacionalistas vascos hacia el Frente popular. Por su parte, Francisco Ayala^[14] señaló cuatro razones fundamentales para la derrota: la intervención italo-germana, la negativa de Francia e Inglaterra a entregar a la República «aquellos armas que por un tratado previo estaban obligadas a venderle», la intervención soviética dotada del «mismo frío cinismo que el Eje Roma-Berlín» y la «desprevenida inocencia» de España. De manera bien significativa, ninguna de estas explicaciones hace referencia ni a las carencias generales del bando frentepopulista ni, mucho menos, a las motivaciones militares relacionadas también con el otro bando.

Finalmente, entre los vencidos, hay que señalar a un tercer grupo de personajes que intentó realmente profundizar en la totalidad de causas de la derrota de la República sin caer, al menos no de manera tan explícita y parcial, en discursos de tipo apologético. El primero de ellos fue un político: Manuel Azaña. En su obra *La revolución abortada*^[15] el presidente de la República señaló como causas de la derrota el hundimiento del Gobierno republicano en septiembre de 1936, la intervención internacional en favor de los alzados; el sectarismo de los gobiernos vasco y

catalán que impidieron un mando único, rivalizaron con el Estado en el funcionamiento de los servicios públicos relacionados con la guerra y de la industria; y el «efecto paralizante» provocado por el «derrame sindical». Éste, según Azaña, fue el mayor auxiliar de los alzados después de los alemanes e italianos, en la medida en que destrozó el orden anterior sin crear a cambio uno nuevo. De esa manera, se aceptaba que los derrotados eran, en no escasa medida, responsables de su derrota y que las dificultades que habían impedido la victoria del Frente popular habían sido de orden internacional, pero también técnico, es decir, militar e industrial.

Con todo, y tiene lógica que así sea, entre los personajes que captaron con mayor profundidad las causas de la derrota del Frente popular se encuentran un ministro de Defensa (Indalecio Prieto) y un militar (Vicente Rojo). Ambos fueron vencidos, pero no es menos cierto que Prieto desempeñó su papel de manera competente y que Rojo fue el mejor militar del Ejército popular de la República. El primero, al caer el frente del Norte —un hecho que implicó que el Frente popular ya no podría ganar la guerra militarmente— hizo públicas las causas de aquel desastre.^[16] Las mismas, que con escasos matices podían extrapolarse a las razones de la derrota final, eran las siguientes:

1. Antagonismos políticos terriblemente perjudiciales en estas circunstancias y a cuyo conjunto corrosivo ha dado en denominarse con gran justicia la «sexta columna».
2. Intromisiones de la política en el Mando militar, privándole de libertad, quebrantando su prestigio y, a veces, destruyendo sus planes. A una decisión política, a la cual se ha aludido antes, fueron debidas las consecuencias más graves del desordenado repliegue de Santander.
3. Insuficiente solidaridad entre las regiones afectadas por la lucha, dejando que deleznables resentimientos pueblerinos llegaran a tomar carta de naturaleza en el propio Ejército.
4. Desconocimiento de la verdadera naturaleza de sus funciones por parte de los comisarios que, mediante injerencias intolerables, incluso anularon órdenes del Mando.
5. Apartamiento del ejército combatiente de personal excesivo de entre el movilizado para dedicarlo a funciones pseudoindustriales, auxiliares o burocráticas, y el cual, al ser incorporado a filas a última hora y en momentos críticos, constituyó una rémora en vez de un refuerzo.
6. Conducta errónea de la retaguardia, consintiendo que cobre influencia en ella el enemigo.
7. Cultivo de recelos injustificados en torno a los Mandos, bajo sospecha de que reveses inevitables son fruto de la traición, y el afán de sustituir aquéllos, sin darse cuenta de que la enorme complejidad de una guerra moderna no permite eliminar su dirección técnica, que forzosamente han de asumir los militares profesionales, debiendo quedar reservada la política a la misión de trazar las líneas generales de la campaña, pero sin inmiscuirse en la ejecución de los planes.

La síntesis de estas causas, como se ve, es la falta de Mando único cuya conveniencia reclaman todos, pero que casi nadie acepta.^[17]

La descripción de Prieto es enormemente interesante. Señala como causas de la derrota la división partidista del Frente popular inexistente en el bando nacional (1), el peso excesivo de la política en las operaciones también desconocida en el caso del enemigo (2, 4 y 7), la desgracia que significó tener a los nacionalistas vascos como aliados (3), la corrupción que suele mencionarse poco, pero que causó un enorme daño al Frente popular (5) y el número de españoles que, estando en la zona controlada por el Frente popular, simpatizaban, sin embargo, con los nacionales, una circunstancia curiosa si se tiene en cuenta que Prieto desplegó una extraordinaria labor represiva en la retaguardia con la colaboración de los agentes de Stalin. De manera bien significativa,

porque Prieto contaba con datos abundantes al respecto, no menciona ni la intervención de Alemania e Italia —sabía que la de la URSS era muy superior— ni una supuesta inferioridad material, porque hasta finales de 1937 ésta recayó de manera abultada en la España dominada por el Frente popular. Prieto sabía y no se equivocaba que la responsabilidad esencial de la derrota se hallaba en los propios derrotados.

No debería extrañar que Vicente Rojo llegara a conclusiones muy similares que se fueron reflejando en diversos documentos escritos antes y después de la guerra. Así en la minuta de una entrevista sostenida entre Rojo y Matallana en Valencia del 16 al 19 de noviembre de 1938,^[18] justo en la época en que Negrín llegaba a un acuerdo con la URSS para implantar una dictadura sometida a Stalin al final de la guerra, el militar afirmaba:

Es preciso llegar a la unidad política o pedir la paz, porque de lo contrario sobrevendrá el caos.

La guerra es posible sostenerla y ganarla con las siguientes condiciones:

1. Unidad absoluta en lo político y en la dirección de la guerra.
2. Disciplina absoluta en el frente y en la retaguardia.
3. Organización de los abastecimientos y garantía de los mismos.
4. Importación urgente de armamentos.
5. Reorganización militar y social.

Si esto no es posible por falta de personas, por falta de medios, por desavenencias políticas o por lo que sea, liquidar el conflicto evitando el caos, con una de las fórmulas siguientes:

1. Conversaciones previas para entrega de las personas responsables.
2. Preparación de la entrega de poderes.
3. Evacuación de la masa responsable para evitación de represalias.
4. Secreto en las decisiones que conduzcan a la liquidación.

Rojo había llegado a las mismas conclusiones que Prieto aunque mantuviera más tiempo que él la fe en la victoria del Frente popular. La derrota no cabía atribuirla a la intervención germano-italiana sino, sustancialmente, a los mismos vencidos que habían sido incapaces de alcanzar unos objetivos conseguidos por Franco antes de que acabara 1936.

Después de la guerra, Rojo describiría las diez causas de aquella derrota:

Nada de esto hubiera ocurrido:

1. Si no hubieran decidido sublevarse por haber perdido las elecciones de febrero.
2. Si no hubieran creado el terror con las patrullas de choque de FE.
3. Si no hubieran pactado con potencias extranjeras (Italia) la cooperación económica y militar para derribar un régimen político legal.
4. Si no se hubiera organizado por Franco y desde el Estado Mayor Central la sedición, traicionando a la República a la que juró servir lealmente.
5. Si no hubieran iniciado el levantamiento con crímenes y matanzas en África idénticas a las que aquí se relatan. Les corresponde el gesto de la iniciativa de la barbarie.
6. Si no hubieran sembrado el terror y el miedo.
7. Si no hubieran implicado a la Iglesia y a todas las fuerzas de derecha en la insurrección.
8. Si no hubieran destruido con la insurrección todos los resortes del poder legítimo que se vio naufragando en medio de innumerables traiciones.
9. Si hubieran montado el golpe de Estado más inteligente y audazmente y con mayor espíritu de sacrificio de los

dirigentes que dejaron a merced del populacho en las principales ciudades a la masa de jefes y oficiales que ignoraban los planes o que querían ser fieles a su juramento.

10. Si hubieran medido la verdadera calidad del pueblo español, sus aspiraciones y la conciencia que tenía de sus derechos y del progreso al que aspiraba.^[19]

En su análisis final, Rojo sí mencionaba ahora a Alemania e Italia, y, curiosamente, aún a pesar de culparles del fracaso del golpe (su éxito hubiera significado un fin inmediato del Frente popular), no tenía más remedio que reconocer el papel de los militares alzados en la victoria. Lo hacía intentando minimizar su habilidad militar y subrayando su uso del terror, olvidando, por ejemplo, que éste no había sido menor en la zona controlada por el Frente popular y no por ello había garantizado la victoria. Al final, por muchas vueltas que se quisiera dar a tan desagradable tema, lo cierto es que la victoria había derivado de factores militares y organizativos y en ambos terrenos, por desgracia para el Frente popular, el adversario se había mostrado superior. Por una de esas paradojas de la Historia, las circunstancias que provocaron la derrota de los Blancos en su lucha contra los Rojos durante la guerra civil rusa, se dieron en España en la zona controlada por el Frente popular. Como los Blancos, los frentepopulistas contaron en su bando con el lastre de los nacionalistas; y como los Blancos, los frentepopulistas padecieron la falta de un mando único. Contaban con otras ventajas no escasas que no tuvieron los Blancos en Rusia, pero no supieron aprovecharlas de manera adecuada.

Los porqué de una victoria

Si los alzados de 1936 vencieron se debió a un conjunto de causas, mucho más prosaicas pero también más reales y efectivas. Las siguientes podrían sintetizarse de la siguiente manera:

1. *La superación de la inferioridad material inicial*

Como señaló muy lúcidamente el socialista Indalecio Prieto^[20] al comenzar la guerra, la superioridad con que contaba el Frente popular debía determinar de manera casi matemática su victoria sobre los alzados. Éstos, quizás con la excepción de Franco, nunca pensaron en el desencadenamiento de una guerra civil. Las directrices emanadas del general Mola, y las esperanzas de los otros generales alzados, apuntaban al triunfo de un golpe de Estado que debería decidirse apenas en unas horas si se alcanzaba el triunfo en Madrid o en unos días si había que marchar sobre la capital para que ésta cayera. Al adoptar esta visión, Mola estaba siguiendo uno de los axiomas desarrollados por Clausewitz, el gran estratega germano, en la tercera parte de *Sobre la guerra*. Éste consistía en afirmar que la victoria dependía de hallar el centro de gravedad que, herido, derribaría al adversario. En los Estados desgarrados por disensiones internas, también según Clausewitz, este centro está en las capitales. Independientemente de que la teoría del centro de gravedad desarrollada por Clausewitz fuera o no acertada en 1936, lo cierto es que los alzados no consiguieron llevarla a la práctica y la guerra —como se lamentaría Rojo, pero también republicanos históricos como Sánchez Albornoz—^[21] se prolongó.

El golpe hubiera podido ser abortado con relativa facilidad en esos momentos dada la abultada superioridad en hombres y material del Frente popular. Si no fue se debió, fundamentalmente, a dos razones: el estallido de la revolución —o revoluciones— que, desde el PSOE a la CNT pasando por el POUM o el PCE, eran el objetivo político esencial desde hacía décadas; y la firmeza de los alzados en seguir combatiendo y no desmoralizarse dando ejemplo de una tenaz gallardía que se manifestó de manera especial en episodios como Oviedo, Huesca o el Alcázar de Toledo. Mientras que un bando pensó que no sólo la superioridad material se hallaba de su parte, sino también la moral y que además contaba con el respaldo del «pueblo» al que pretendía representar de manera exclusiva; el otro, que, como veremos daba enorme importancia a los factores morales, sabía que la victoria derivaría de aspectos esencialmente militares. Mientras que un bando creía en la victoria de sus respectivas utopías, el otro estaba convencido de que debía contener la marea revolucionaria si deseaba no sólo salvaguardar su libertad religiosa y la unidad de España, sino incluso sobrevivir físicamente. Si el Frente popular había llegado a asesinar a Calvo Sotelo, a pesar de su condición de aforado, ¿quién podría estar a salvo? Esa circunstancia explica que episodios como los de los matrimonios que entregaban sus alianzas para comprar armas en la zona nacional, carecieran de paralelo en la controlada por el Frente popular o que el número de voluntarios fuera mayor en la zona nacional —a pesar de contar con menos población— que en la dominada por el Frente popular.

Hasta finales de 1937, el Frente popular contó con una superioridad técnica y material indiscutible derivada de sus propios medios y de los proporcionados por la URSS, principalmente, y por otras naciones, de manera secundaria. Sin embargo, dividido en partidos empeñados en llevar a cabo utopías incompatibles, sin capacidad ni voluntad de controlar a los nacionalistas vascos y catalanes, y desprestigiado ante Gran Bretaña por la represión llevada a cabo sobre todo en Madrid, no supo aprovecharla. Tras la pérdida del Norte, la posibilidad de una victoria sobre los nacionales se fue alejando más hasta hacerse imposible después de la terrible derrota en el Ebro.

2. *El mejor empleo de la ayuda extranjera*

Constituye un tópico muy extendido el de afirmar que mientras que el Frente popular careció del material militar, especialmente el debido a la ayuda extranjera, para ganar la guerra; los nacionales sí contaron con el suficiente. La afirmación no deja de ser una tautología, ya que no cabe duda de que si un bando ganó y otro fue vencido, es que al vencedor le bastó y al derrotado le resultó insuficiente. Esta línea de razonamiento tan poco sólida es la seguida, por ejemplo, por Gerald Howson en su libro *Armas para España*,^[22] una obra elogiosamente comentada por Santos Juliá.^[23] La obra de Howson insiste en varios aspectos muy concretos como que la España del Frente popular recibió menos armas de lo que se ha indicado, que ese material era anticuado si es que no inútil y que las personas y organismos encargados de su adquisición por parte del gobierno de la República fueron engañados o estafados. La derrota del Frente popular sería así inevitable. La tesis es obvia. El problema es que el libro de Howson está plagado de errores ya señalados por

algunos de los historiadores militares españoles.^[24] En algunos casos, Howson repite tópicos propios de ciertos «hispanistas» como que cada duque o marqués poseía «un castillo, un palacio, tres casas solariegas, una casa en Madrid, un piso en Montecarlo, dos aeroplanos privados y seis Rolls-Royce»,^[25] mientras que el pueblo de las aldeas vivía en chamizos; que en 1931 estaban en condiciones peores que «en el 431 de la era cristiana».^[26] Esa población española rural había sido pagana ¡hasta su conversión al cristianismo ya en el siglo xx!^[27] y creía «que los animales, aves e insectos del campo nacían espontáneamente de los elementos ambientales de la tierra, el aire y el agua».^[28] Con esos presupuestos sobre la situación en España, no resulta extraño que Howson afirme, erróneamente, que el Ejército español tenía en 1931 ochocientos generales;^[29] que la Legión está formada por «ex presidiarios españoles cuyas penas se habían conmutado por el servicio militar»;^[30] que era la «tercera parte extranjera del ejército»;^[31] que antes de 1936 no había habido socialistas en gobiernos españoles^[32] o que llegue a afirmar que la revolución de 1934 —que justifica— costó «cuatro mil vidas».^[33] Junto a esos errores graves sobre la sociedad española y la Historia contemporánea, Howson acumula los relativos al tema concreto del libro. Por ejemplo, suprime repetidos envíos de armas recibidos por el gobierno de la República como el del vapor *Elaie*, que llegó al puerto de Alicante el 18 de enero de 1937; el artillero recibido en agosto de 1937 en el C.O.P.A. de Almansa y en Lérida; el del vapor soviético *Ijora* que llegó a Bilbao el 8 de enero de 1937;^[34] el del material soviético que cruzó la frontera catalana en enero-febrero de 1939, por citar sólo algunos. No menos se equivoca Howson cuando afirma que después de julio de 1937 llegó muy poco material de uso militar para la República de países que no fueran la URSS.^[35] Por citar sólo algunos posteriores a esa fecha, hay constancia de que el *Reyna* llegó a Gijón, el 18.10.37; de la salida desde Gdynia del *Mostaganem*, el 27.10.37, del *Gravelines* y el *Perros Guirec*, el 29.1.38, del *Thielbeck*, en la noche del 5 al 6 de febrero de 1938, del *Virginia* (ex *Morna*) el 26.2.38; del *Winnipeg* de Rótterdam a Burdeos, a finales de marzo-inicios de abril de 1938, el *Diana* (ex *Scotia*) el 14; otra vez el *Virginia*. Igualmente en abril de 1938 el *Fenja* y el *Yorkbrook* llevaron material de guerra desde Marsella a Barcelona. En esas y otras expediciones, el Frente popular recibió fusiles, municiones, armas automáticas, aviones y piezas de artillería procedentes, entre otras naciones, de Checoslovaquia, Paraguay, Bolivia, e incluso de Alemania e Italia, si bien en el caso de estos últimos países actuaron como mediadores cargueros finlandeses. No resulta extraño que con esas carencias en el análisis, Howson considere exagerada la cifra de 1968 piezas de artillería importadas por los republicanos tal y como señaló José Luis In-fiesta Pérez en la revista *Ejército* de noviembre de 1992.^[36] La verdad es que desde que Infiesta publicó su trabajo sabemos que el Frente popular recibió todavía más piezas hasta llegar al número de 2418. En paralelo a la disminución del material recibido por la República, Howson hincha las cifras del que tuvo el Ejército nacional y así, por ejemplo, señala que los nacionales emplearon 700 cañones en «su contraofensiva... hacia el final de la batalla del Ebro». La realidad es que ese número de cañones era el que tenía todo el Ejército nacional y las bocas de fuego empleadas en la ocasión a la que se refiere Howson rondaba las 320. No más acertado anda Howson en el material aeronáutico soviético recibido por la República y en su empleo. De hecho, reduce el número a 657

aparatos, cuando no fueron menos de 923, o afirma que los I-152 no participaron en la guerra,^[37] cuando lo cierto es que sí efectuaron misiones de guerra.

Si deficiente es el análisis en lo referente al número, no mejor es el relativo a la calidad de los materiales que, según Howson, para la República fue vetusto y no pocas veces inútil. Por lo que se refiere a fusiles, ciertamente el Ejército popular de la República recibió modelos que habían sido proyectados en su casi totalidad en la última década del siglo XIX o la primera del s. XX, es decir, que estuvo en una situación como el Ejército nacional que recibió de Italia un modelo de 1891 y de Alemania, de 1898. Pero además el Ejército popular de la República contaba con los Mosin-Nagant soviéticos que eran excelentes —aunque Howson no sepa que la diferencia entre el antiguo y el moderno era sólo que las medidas ya no se calculaban en *arshin* sino en sistema métrico decimal— y, como otras armas, ambicionadas por el Ejército nacional. Entre éstas se hallaban las ametralladoras Maxim Mod. 1910, los fusiles ametralladores Maxim-Tokarev, los fusiles ametralladores Bergmann MG 15nA, alemanes, y Browning Wz 28, polacos. La ametralladora francesa Saint-Etienne Mod. 1907 de la que dice que fue retirada del frente occidental en 1914 —probablemente confundiéndola con la Puteaux Mod. 1905 ya que la Saint-Etienne continuó usándose hasta los primeros tiempos de la segunda guerra mundial— fue aún más usada por los nacionales que por el Ejército popular. Finalmente, hay que recordar su afirmación de que el fusil ametrallador Chauchat Mod. 1915 no era bueno, al indicar que, según Jasón Gurney, los interbrigadistas británicos los «tiraron a la basura la primera mañana de la batalla del Jarama».^[38] Muy sobrados de material debían estar los interbrigadistas porque el Ejército nacional lo siguió usando hasta el final de la guerra.

No más acertados son los juicios de Howson en lo que al material de artillería se refiere.^[39] Se escandaliza así de que el Ejército popular estuviera armado con «sesenta tipos distintos de piezas de artillería»,^[40] pasando por alto que la artillería nacional empleó 74 modelos diferentes más otros 25 de costa. No más acertado está cuando califica de «prehístoricos cañones de campaña franceses»^[41] a los Saint Chamond franceses que en 1939 se consideraban armamento suficiente para intentar una recuperación de Gibraltar. Pasa por alto además que del material artillero enviado por Alemania e Italia al Ejército nacional tan sólo las tres baterías del Grupo experimental —septiembre de 1938— eran modernas, ya que las restantes eran anteriores o contemporáneas a la primera guerra mundial. Finalmente, por lo que se refiere a la escasez de proyectiles —otro de los tópicos utilizados por Howson— nunca hubiera debido de ser un problema grave ya que el Frente popular tenía organizada la fabricación en su territorio. Cuestión diferente es si la gestión de esa necesidad se llevó a cabo con competencia o con torpeza.

En términos de carros de combate, el Frente popular contó con una «abrumadora superioridad cualitativa».^[42] La diferencia fue tan extraordinaria a favor del Ejército popular de la República que sólo se fue nivelando cuando, a medida que avanzaba la guerra, el Ejército nacional se fue apoderando de los carros enemigos. Baste decir al respecto que en septiembre de 1938, la Agrupación de Carros de combate nacional disponía de 64 carros Panzer I y 32 T-26 capturados, es decir, el 33% era material soviético capturado. En noviembre, la proporción de material

soviético capturado era aún mayor, casi un 39%. Por no referirse a la Agrupación de Carros del Sur del Ejército nacional que estaba armada en un 100% con material capturado al Ejército popular de la República.

Por lo que se refiere al material aeronáutico, también la República contó con una clara superioridad durante buena parte de la guerra. No sólo los aparatos proporcionados por la URSS eran superiores técnicamente a los alemanes o italianos, sino además más numerosos.

Esa superioridad del enemigo la fue equilibrando el Ejército nacional gracias a diversos expedientes. Uno fue, como ya hemos mencionado, la captura de material enemigo y es que, en medida no escasa, el Ejército nacional pudo abastecerse gracias a esa circunstancia. La captura de envíos como los del *Sylvia*, el *Eugenio Cambanis*, el *Virginia S* y el *Ellinico Vouono* permitió a los nacionales surtirse de material indispensable que, originalmente, iba destinado al Frente popular. Súmese además el perdido por el Ejército popular de la República en los diferentes enfrentamientos. De hecho, no deja de ser significativo que hacia el final del conflicto, entre un 25-30% del Ejército nacional estuviera equipado con material capturado al enemigo hasta el punto de que, por una cruel ironía de la Historia, el Ejército popular de la República se había convertido en uno de sus grandes proveedores.

Pero a esa circunstancia se unió otra que dice mucho de lo sucedido en ambos bandos. Los nacionales apresaron veintidós^[43] Aero A.101 que transportaba el *Hordena* y que Howson califica de «vetustos y prácticamente inservibles».^[44] A juzgar por las palabras de Howson, los aviones carecían de valor y, de hecho, los aparatos de ese tipo que llegaron a las manos de los republicanos sólo fueron utilizados de manera fugaz en Belchite para, acto seguido, verse relegados a misiones de reconocimiento marítimo en el seno del Grupo 71. Pues bien, a diferencia de lo hecho por sus adversarios, la Aviación nacional los utilizó en la campaña de Vizcaya, en la detención de la ofensiva del Ejército popular sobre La Granja-Segovia, en la batalla de Brunete, en las campañas de Santander y Asturias, en la de cierre de la bolsa de Mérida y en la contención de la ofensiva contra Peñarroya. Todavía el 28 de marzo de 1939, dos días antes de acabar la guerra, se usaron en una misión en el sector de Aranjuez.

Como ha señalado muy acertadamente A. Mortera Pérez, «la moraleja de todo esto es que, cuando llegaba a manos nacionales —bien por captura, bien por adquisición— un tipo de material anticuado o desgastado, éstos, en vez de postergarlo entre lacrimógenas quejas o acerbas críticas, se limitaban a repararlo, ponerlo en servicio y tratar de sacarle así el mayor rendimiento posible».^[45] Y es que, al final, la conclusión a la que se llega al examinar las cifras escuetas y exactas del material empleado por ambos bandos se llega a la conclusión de que con el material de que dispuso, el Frente popular pudo ganar la guerra y que la derrota no puede achacarse a un desnivel de suministros.

3. La baza diplomática

De no menor importancia en la derrota y victoria finales fue la baza diplomática. Sin embargo, una vez más, hay que atribuirla en no escasa medida a las acciones llevadas a cabo por los

respectivos gobiernos. El gobierno del Frente popular no fue abandonado por las democracias como suele repetirse de manera tópica e inexacta. El gobierno francés del Frente popular simpatizaba abiertamente con el del Frente popular español e incluso en las épocas en que la frontera con Francia estaba formalmente cerrada siguieron llegando a la España frentepopulista entregas de armas.^[46] Por su parte, como ya hemos visto, Gran Bretaña había llegado a la conclusión antes del estallido de la guerra de que el Frente popular avanzaba en la dirección de un sistema similar al soviético y no estaba dispuesta a apoyar semejante eventualidad. La propaganda posterior hablaría de la lucha entre la democracia y el fascismo, pero, de manera bien significativa, la guerra civil española no fue vista así por las potencias de la época. Para Alemania, se trataba de una lucha entre los blancos —el nombre que dieron desde el principio del conflicto al bando nacional— y los rojos similar a la vivida por Rusia o Finlandia. Sus enemigos intentarían homologar a Franco con Hitler o Mussolini, pero el Führer sufrió especialmente el carácter blanco del régimen de Franco y el que el sector azul del bando nacional, la Falange —el único con similitudes con los fascismos— pesara tan poco. Durante la II Guerra Mundial, Hitler se plantearía incluso la posibilidad de dar un golpe de Estado en España que derribara a Franco e implantara una verdadera dictadura fascista. Para la URSS, se trataba de una oportunidad de extender la revolución mediante la creación de una dictadura similar a la que, después de la segunda Guerra mundial, conocería el Este de Europa. Sin embargo, no fue tan ingenua como para pensar que se enfrentaran en los campos de España los partidarios de la democracia y los del fascismo. Sin duda, desde la perspectiva de la Komintern, el bando nacional era fascista, pero también lo habían sido los socialdemócratas alemanes o las democracias occidentales si se terciaba. Cuando concluyó la guerra en España, Stalin no tuvo ningún problema en pactar con Hitler el reparto de Europa oriental y en ordenar que los partidos comunistas en Occidente sabotearan el esfuerzo de guerra de las democracias contra el nacionalsocialismo alemán.

Las democracias como Estados Unidos o Gran Bretaña no simpatizaban con ninguno de los dos bandos, pero no pudieron dejar de percibir el peligro comunista como algo mucho peor que la implantación de una dictadura autoritaria. Las noticias sobre matanzas como las de la Cárcel Modelo de Madrid o las de Paracuellos no pudieron ser neutralizadas mediante inventos propagandísticos como el de la supuesta matanza en masa en Badajoz. Era obvio que los alzados fusilaban y que se veían episodios de horror en la zona de España que controlaban. Sin embargo, no estaban desencadenando una revolución como la soviética, precisamente la revolución que las legaciones diplomáticas podían observar con verdadero espanto en ciudades como Madrid y Barcelona, donde la represión frentepopulista se cobró más de veinte mil vidas durante la guerra, es decir, tantas como el régimen de Franco en toda España tras la guerra. Entre la revolución al estilo soviético y la contrarrevolución, optaron por la neutralidad benevolente hacia la segunda.

Dicho sea de paso, sería el mismo comportamiento que seguirían después de la segunda guerra mundial y durante la Guerra Fría.

Como puede apreciarse en el cuadro que adjuntamos en el apéndice, los intercambios comerciales con el «área de la libra y el dólar» fueron para Franco tanto o más importantes que los llevados a cabo con Alemania e Italia. La suma del factor revolucionario y del económico explica

sobradamente la política británica durante la guerra civil española. Cuando se produjo el estallido del conflicto español, los puestos principales del Almirantazgo británico estaban controlados por personajes como sir Samuel Hoare, que siempre se mostró partidario de reconocer a Franco y llevar una política de amistad con Mussolini, o sir Ernle Chatfield, más inclinado hacia los rebeldes que hacia el Frente popular. Hoare y Chatfield formaron un tandem invencible que se opondría a cualquier intento de perjudicar a Franco o de ayudar al Frente popular. Ya a finales de 1936, el Almirantazgo británico —que conocía las matanzas de oficiales perpetradas por los simpatizantes del Frente popular— se pronunció repetidamente en favor de reconocer el derecho de beligerancia de los alzados lo que equivalía a considerar a ambos bandos como similares ante el derecho internacional.^[47] De hecho, hacia finales de noviembre de 1936, se reconoció de manera tácita el derecho de Franco a imponer un bloqueo.

Cuando el 2 de enero de 1937, Eden supo de la llegada de millares de soldados italianos destinados a ayudar a Franco, propuso que se impusiera un bloqueo británico que frenara la creciente intervención de Mussolini. Sin embargo, el 8 de ese mismo mes, el veto de Hoare en el Consejo de ministros impidió que se llevara a cabo esa medida que hubiera resultado fatal para Franco. Éste, respaldado por el gobierno británico, pudo ahora continuar bloqueando los puertos del Norte frentepopulista.^[48] Cuando se produjo la caída de éste, las relaciones entre Gran Bretaña y Franco continuaron mejorando y eso a pesar de que entre agosto de 1936 y septiembre de 1937 se produjeron ocho ataques contra barcos británicos.

El Comité de Nyon, reunido por primera vez el 10 de septiembre de 1937, fijó la división del Mediterráneo en áreas de patrulla para las flotas francesa y británica y tal medida impidió por un tiempo los ataques a barcos británicos. En enero de 1938 volvieron a producirse éstos, pero para entonces Eden ya poco podía hacer. Al mes siguiente, fue sucedido por lord Halifax en el Ministerio de Asuntos Exteriores. El primer ministro británico, Chamberlain, no consideró que aquella situación debiera cambiar la política británica hacia Franco. Esta debía consistir ahora en que aquella guerra concluyera cuanto antes y en llegar a un acuerdo con Italia que impidiera una nueva guerra mundial. Así se decidió incluso que si los buques de Franco hundían barcos británicos y tales acciones se debían «a la buena fe», semejantes actos no serían considerados «piratería».^[49]

Si la baza diplomática de las democracias —con la excepción de Francia— acabó basculando en contra del Frente popular por su política revolucionaria, no mejores fueron las consecuencias de su alianza con la URSS. La Academia de Ciencias de la URSS dio unas cifras de ayuda al Frente popular —sin incluir las Brigadas internacionales— que aparecen recogidas en el texto ruso de *Solidarnost narodov s Ispanikoy respublikoy* que hemos utilizado para esta obra:^[50]

806 aviones de combate (mayormente cazas), 362 tanques, 120 autos blindados, 1555 piezas de artillería, cerca de 500 000 fusiles, 340 lanzagranadas, 15 113 ametralladoras, más de 110 000 bombas de aviación, cerca de 3 400 000 proyectiles de artillería, 500 000 bombas de mano, 826 millones de cartuchos, 1500 Tm de pólvora, lanchas torpederas, estaciones de reflectores para la defensa antiaérea, camiones, emisoras de radio, torpedos y combustibles. No todos estos pertrechos de guerra llegaron a su destino, porque, como ya hemos indicado, algunos buques soviéticos y de otras naciones, fletados con esta finalidad, fueron hundidos por los piratas italianos o conducidos a puertos que estaban en poder de los sublevados.

Ciertamente, Franco necesitaba tan imperiosamente la ayuda de Alemania e Italia como el Frente popular la de la URSS, pero negoció de manera incomparablemente mejor las condiciones. En el caso de la Italia fascista y de la Alemania nacionalsocialista, Franco logró evitar la entrega de bases en territorio nacional —algo en lo que seguiría insistiendo Hitler durante la segunda guerra mundial— pactó condiciones razonables de pago (en contra de imposiciones pretendidas por Alemania) y mantuvo la independencia de su régimen. Difícilmente hubiera podido ser más distinta la forma de actuar del Frente popular. Se ha insistido repetidamente en que Stalin estafó a España y que no puso interés en que el Frente popular ganara la guerra. Como ha resumido magníficamente A. Mortera Pérez,^[51] Stalin cobró el material de guerra al Frente popular considerablemente más barato de lo que Franco lo recibía de sus suministradores, y siguió enviando material en cantidades importantes cuando la guerra estaba ya perdida —después del Ebro— pero sus agentes habían logrado pactar con Negrín la transformación de la República en una dictadura comunista. Lejos de tratarse de un paso obligado, el envío del oro del Banco de España a la URSS vino motivado por la cercanía ideológica entre el Frente popular y un régimen totalitario que, a la sazón, había exterminado a millones de seres humanos y mantenía a otros millones en una red inmensa de campos de concentración. Hacia la URSS marcharon unas reservas que no debieron salir de España o que podían haber sido enviadas a una nación más fiable y no puede resultar extraño que un personaje tan carente de escrúpulos como Stalin aprovechara la situación. Sin embargo, no se trató de una mera estafa. Stalin deseaba resultados en España y desde el inicio de la guerra dio instrucciones al socialista Largo Caballero sobre la manera en que debía llevar a cabo la revolución, envió abundante material de guerra, decidió la formación de las Brigadas internacionales y puso la impresionante maquinaria político-propagandística de la Komintern al servicio del Frente popular. Franco no estaba dispuesto a convertir España en una nación sometida a Alemania e Italia y así lo dejaría de manifiesto durante la II Guerra Mundial. Por el contrario, un sector importante del Frente popular —como lamentarían amargamente algunos de sus componentes— sí deseaba ansiosamente la colaboración con Stalin e incluso la conversión de España en una nación de características similares fiscalizada por agentes de Moscú. Aunque no se conocieran todos los detalles, esas circunstancias pesaron de manera considerable en contra del Frente popular y, siquiera de manera indirecta, a favor de Franco. Algo similar sucedería con un factor esencial para entender la guerra y para comprender su desenlace.

4. El factor religioso y moral

Otro factor que tuvo una considerable relevancia en la victoria final de Franco fue el que podríamos denominar religioso y moral. En un estudio sobresaliente acerca de la derrota de los Estados del Sur en la guerra de Secesión, ha quedado de manifiesto cómo éste contribuyó decisivamente a la misma.^[52] Lo mismo podría decirse de la guerra civil española. Sin embargo, en el caso español, a diferencia del estadounidense, el aspecto religioso estuvo íntimamente ligado con la persecución emprendida por uno de los bandos, una persecución que tiene claros paralelos en la guerra civil rusa y en la guerra de los cristeros en México.

Si los diversos segmentos en que estaba fragmentado el Frente popular creían en la justicia de sus respectivas causas no siempre coincidentes y no pocas veces incompatibles, los distintos sectores del rebelde estaban unidos por uno muy concreto: la necesidad de evitar una revolución que no sólo pretendía despedazar España sino también aniquilar la religión mediante una persecución terrible. Así, los muertos eran «caídos por Dios y por España». Habían combatido para salvar a la nación de su desmembramiento por parte de los nacionalistas catalanes y vascos y de la implantación de una dictadura de izquierdas, así como del exterminio de la Iglesia católica. Sin embargo, el evitar la quema de iglesias, el saqueo de conventos y el asesinato de sacerdotes y religiosas fue, más que ninguna otra, la circunstancia que dio coherencia a las masas de un bando ideológicamente muy variado. Por ello, no resulta chocante que en muchas de las unidades combatientes la formación ideológica real estuviera más conectada con el «páter» que con elementos cercanos a la Falange o al Requeté.

Esta circunstancia proporcionó a los vencedores la certeza de combatir por el Bien e inspiró desde prácticas como las del «Detente»^[53] o la de entregar cualquier magro bien de que se dispusiera por el bien de la Causa. Probablemente tampoco dejó de causar mella en sus adversarios. Para muchos nacionalistas vascos, el hecho de que sus aliados estuvieran asesinando sacerdotes y quemando iglesias no dejó de ser motivo de profundas tensiones de conciencia y seguramente ese drama se repitió en el interior de muchos españoles que estaban en zona republicana: ¿podía vencer una causa que perseguía a los supuestos representantes de Dios?

Una vez más, el Frente popular sólo recogió las consecuencias de sus actos. Su persecución contra los católicos —la más terrible del siglo xx contra los fieles de esta Iglesia— colocó a la aplastante mayoría de los católicos del mundo a favor del bando de Franco ya que no podían permanecer indiferentes. La victoria del Frente popular implicaría la consumación de un proceso de exterminio. Aunque sólo fuera por eso, la guerra debía ganarla Franco. El efecto que esta circunstancia tuvo en las opiniones públicas de países como Irlanda, Francia y, especialmente, Estados Unidos distó mucho de ser insignificante y, desde luego, pesó, junto con otros factores, sobre los gobiernos para que no ayudaran a la República. Al respecto, no deja de ser significativo que México, el único país que junto con la URSS ayudó oficialmente a la República, hubiera protagonizado una terrible persecución religiosa tan sólo unos años antes.

5. *La conservación de la mentalidad militar y la unidad de mando*

A lo anterior hay que añadir que, lejos de subordinar lo militar a lo político —como recomendaba, por ejemplo, Clausewitz— Franco hizo todo lo contrario. Así supo mantener la cadena del mando, se ocupó desde el principio de la formación de acuerdo a principios específicamente castrenses de sus hombres, atendió a aspectos logísticos de enorme importancia y fue articulando un ejército que en 1939 superaba el millón de hombres. Se puede objetar que todo lo hizo guiado por un espíritu escasamente creativo (tardó más que la República en modificar la unidad básica) y demasiado convencional. Pese a todo, los resultados fueron muy positivos. Lejos de distraerse, como sus adversarios, con luchas internas referentes al modelo político o a la prioridad de la

revolución sobre la victoria o viceversa, captó desde el principio que lo único que importaba era obtener el triunfo militar. Así lo vieron también los otros militares sublevados. Ellos eran conscientes igualmente de que lo más importante era ganar la guerra y de que Franco era el más indicado para ese papel. Como señalaría Queipo de Llano: «¿Y a quién habríamos nombrado si no? A Cabanellas, imposible. Era republicano convencido y todos sabíamos que era masón. De haber nombrado a Mola, habríamos perdido la guerra». [54] A partir de entonces, Franco controlaría sin oposición un instrumento encaminado a ganar una guerra que concluiría con su victoria. Esa unidad de mando, ese principio elemental del enfoque militar no se dio en el bando del Frente popular. Tampoco existió —y resultó fatal— la unión política y administrativa.

El Frente popular contó con una superioridad material y numérica muy abultada hasta finales de 1937. Contó igualmente con militares brillantes como Vicente Rojo, [55] pero nunca logró ni la unidad de mando ni una articulación central. Tanto en Rusia como en México, la ausencia de ese mando central fue sufrida por los Blancos y los Cristeros respectivamente. No resulta sorprendente que ambos perdieran la guerra.

La guerra que ganó Franco

La derrota final del Frente popular —una derrota vinculada a factores militares— fue responsabilidad obvia del propio Frente popular. Se trata de una obviedad, pero es una obviedad negada de manera tópica y machacona por aquellos que se empeñan en retrotraer a acontecimientos del pasado que, por su propia naturaleza, no pueden cambiarse, las luchas políticas del presente. Sin embargo, no sería justo atribuir sólo a sus torpezas y errores la derrota. En ella tuvo un factor esencial el propio Franco como supieron ver desde el principio los generales que decidieron otorgarle el mando único.

Aunque Franco tardó en sumarse al Alzamiento, no pasó mucho tiempo antes de que la guerra civil se convirtiera en «su» guerra. En julio de 1936 vio con enorme claridad que sería larga y dura y decidió pedir ayuda a Inglaterra, Italia y Alemania. En agosto y septiembre, con una acusadísima carencia de medios y una notable inferioridad de condiciones, fueron sus columnas las que llevaron a cabo las acciones más espectaculares de los sublevados y lograron unificar a los distintos focos rebeldes salvo alguna excepción. Antes de finalizar el mes, se había convertido en el Generalísimo de los ejércitos alzados, pero también en su suprema autoridad política. La unidad de mando quedaba así conseguida.

Durante los meses siguientes —tras liberar el Alcázar de Toledo— llegó a las puertas de Madrid. El Ejército popular de la República podría haberlo aplastado dada su enorme superioridad numérica y material. No lo consiguió y aunque aprovecharía propagandística-mente el haberlo contenido a las afueras de la ciudad, no pudo privarlo de la iniciativa militar. De hecho, durante los meses sucesivos, el Ejército popular no pudo ir más allá de concluir las sucesivas batallas en tablas con la excepción de la derrota italiana de Guadalajara, muy aireada por la propaganda, pero de escasa relevancia militar.

Con la elección de desplazar el centro de gravedad militar al Norte republicano, Franco dio un

vuelco a la guerra que resultaría verdaderamente decisivo. A pesar de su inferioridad numérica y material, Franco no sólo logró tomar Vizcaya, Santander y Asturias, sino que además aniquiló las ofensivas de diversión lanzadas por el Ejército popular.

Franco decidió entonces desencadenar una nueva ofensiva sobre Madrid que le permitiera concluir la guerra. Para evitar tal posibilidad, la República lanzó la ofensiva de Teruel. Se produjo entonces un proceso que se repetiría vez tras vez durante la guerra civil. Franco detuvo, primero, la ofensiva republicana y después la transformó en una contraofensiva de consecuencias terribles para el adversario. En esta ocasión, el quebranto sufrido por las fuerzas republicanas pudo aprovecharlo Franco rompiendo el frente de Aragón y partiendo en dos la España del Frente popular en la que fue, quizá, la ofensiva más brillante de la guerra.

Al término de aquella ofensiva, Franco, en contra del parecer de sus generales, en lugar de dirigirse contra Cataluña, dirigió sus esfuerzos ofensivos sobre Valencia. La decisión se ha discutido, pero, posiblemente, fue acertada. Tanto que para evitarla, el Ejército popular de la República llevó a cabo el paso del Ebro. Pasadas las primeras jornadas, y a pesar de la incomprendición de sus generales o del propio Mussolini, Franco demostró controlar la situación. Como señalaría al abandonar una reunión, «no me comprenden. En treinta y cinco kilómetros tengo encerrado al ejército rojo». Tenía razón y, de hecho, supo mantener una notable serenidad durante la batalla. Mientras duraría la misma, y a pesar de los juicios agoreros, Franco se empleó en tareas de gobierno como el inicio del programa de obras de transformación del puerto de Pasajes; la puesta en marcha del plan de subsidios familiares para los trabajadores; la reorganización del Instituto Nacional de Previsión; la promulgación de la ley de reforma del bachillerato... la aparición del Instituto Social de la Marina o la constitución del Tribunal Supremo. De manera bien significativa, de los 20 magistrados que lo integraban en 1936, 13 se habían reincorporado a su puesto en la España nacional.^[56] El paralelo con la España del Frente popular —donde Negrín pactaba por aquel entonces la conversión de la República en una dictadura de partido único controlada por Stalin— salta a la vista. El Ebro concluyó con una nueva victoria de Franco que, pocos meses después, se convirtió en definitiva.

Se puede objetar —con razón— que Franco no era Napoleón. Sin embargo, fue muy superior a sus adversarios al menos en cuatro aspectos. En primer lugar, porque, desde una situación de enorme inferioridad —que en algunos aspectos como el de los carros de combate duró casi toda la guerra— supo equilibrar materialmente el conflicto y acabar consiguiendo la superioridad; en segundo lugar, porque supo hacer un mejor uso de sus recursos; en tercer lugar, porque supo plantear mucho mejor la baza diplomática y, en cuarto lugar, porque, en paralelo, mantuvo la unidad política y militar de sus fuerzas y supo construir un Estado. Es cierto que las deficiencias manifestadas por el Frente popular facilitaron en parte la labor de Franco, pero si el Ejército nacional hubiera adolecido de las mismas, hubiera perdido la guerra.

Los costes de la guerra

Como en el caso de Rusia, de Finlandia, de México, la guerra civil española fue un conflicto

nacido de un proceso revolucionario que provocó una reacción contrarrevolucionaria. A semejanza de Finlandia —pero a diferencia de Rusia y México— fueron las fuerzas contrarrevolucionarias las que vencieron. Los costes del proceso revolucionario y de la guerra fueron considerables y aunque no es tarea de una obra como la presente detenernos detalladamente en ese tipo de aspectos, resulta indispensable hacer una referencia mínima a los mismos. En términos materiales, la tierra sembrada en 1939 descendió a ocho millones de hectáreas de trigo en relación con los once de 1935 cuando aún no habían comenzado las ocupaciones de tierras previas al estallido de la guerra y las posteriores ocupaciones y colectivizaciones. No se trató de un daño proporcional en todo el territorio español. Lógicamente, las zonas más afectadas agrícolamente fueron aquellas en que tuvieron lugar las operaciones militares. Si la huerta de Valencia salió casi intacta del conflicto, por el contrario, en áreas de Aragón —como Gandesa— donde se libraron algunos de los combates de la batalla del Ebro, las vides descendieron en casi un 50%. El porcentaje de daños en lo que se refiere a la ganadería resultó bastante similar al de la agricultura. Así se perdió algo más del 30% de aquélla. Si tenemos en cuenta que un porcentaje elevadísimo de la población española dependía de la agricultura para subsistir, no resulta difícil imaginarse el impacto terrible que estas situaciones tendrían en su vida. Sólo cuando —abandonando las teorías sobre la reforma agraria que ya en los años 20 había fracasado en toda Europa y que la II República quiso implantar sin tener en cuenta los precedentes de fracaso— se optó por la vía de la industrialización a finales de los años 50, cambió esa situación y España entró por el camino del desarrollo.

Curiosamente, las pérdidas industriales no resultaron tan graves como las referidas al sector agrícola y ganadero. Las razones para esta circunstancia son varias. En primer lugar, en ello influyó considerablemente el hecho de que Franco, en contra de lo que se suele afirmar de manera no por repetitiva menos inexacta, no practicó una política de grandes bombardeos como la que luego tendría lugar en la segunda guerra mundial. Este resultado positivo no debería, sin embargo, opacar el hecho de que en otro tipo de bienes, los de equipo y transporte, los daños casi pueden ser calificados como espectaculares. Pese a que los combates navales fueron muy limitados por las razones expuestas a lo largo del libro, no es menos cierto que la tercera parte de la marina mercante (220 000 toneladas) se perdió en la guerra. Más grave aún resultó el golpe sufrido por el servicio ferroviario. En el curso de la guerra fue destruido el 42% de las locomotoras, el 40% de los vagones de mercancías y el 70% de los vagones de pasajeros existentes en 1936. No resulta en absoluto exagerado afirmar que las comunicaciones experimentaron un serio trastorno como consecuencia de esa situación.

En términos urbanos, la guerra dejó también una estela de destrucción considerable, aunque, como hemos señalado, durante la misma no se produjeron bombardeos como los que caracterizaron la segunda guerra mundial. Con todo, desde que la aviación y la artillería republicanas comenzaron a bombardear centros urbanos ya en julio de 1936 hasta el final de la guerra, ambos bandos realizaron bombardeos. Así, ciento setenta y tres núcleos urbanos fueron reconocidos oficialmente como perjudicados por la guerra (lo que equivalía a la dispensación de algún tipo de ayuda para su restauración). En número de casas, esto significó la destrucción total

de un cuarto de millón y la parcial de una cifra similar. No resulta en absoluto exagerado el afirmar que, en algún momento u otro, millones de españoles en ambas zonas se encontraron sin un techo para cobijarse como consecuencia de esta circunstancia. Entre las destrucciones de edificios tuvieron un capítulo especial las relacionadas con iglesias. No se trató sólo de los daños artísticos —que fueron considerables— sino también de la destrucción completa de un centenar y medio de iglesias llevada a cabo por el Frente popular. El número de las mismas que tuvo daños superiores a un 50% del edificio sólo fue ligeramente inferior a dos mil.

Este panorama —claramente desolador— resulta especialmente palpable cuando nos referimos a categorías de corte macroeconómico. Es cierto que en su conjunto las pérdidas no llegaban a las que sufrieron países como Francia en la primera guerra mundial o la URSS en la segunda, no es menos cierto que las cifras aún sobrecogen. El coste de la guerra, la suma de los gastos internos y externos, bordeó la cifra espectacular de treinta mil millones de pesetas. Además, en 1939, la producción agrícola había descendido un 21%; la industrial, un 31%; la renta nacional, un 26% y la renta per cápita, un 28%. Buena parte de ese descenso fue mayor en la zona controlada por el Frente popular donde las medidas revolucionarias habían tenido un efecto desolador sobre la producción.

A las pérdidas materiales mencionadas, deben sumarse, *last but not least*, las humanas. El inicio de la guerra se tradujo ya en la represión y el exilio de no pocos personajes vinculados al mundo de la creación y del intelecto. Es conocido el caso del fusilamiento de García Lorca, de la muerte fuera de España de Antonio Machado o del exilio de personajes de la talla de Claudio Sánchez Albornoz o Juan Ramón Jiménez. Todos ellos, por unas razones u otras, implicaron pérdidas lamentabilísimas para España. No es menos cierto que la sangría se produjo en ambos bandos, que el exilio comenzó ya durante la guerra civil y que de haber vencido el Frente popular no hubiera resultado, con toda certeza, menor. Y es que su victoria no hubiera sido seguida por un estallido de libertad sino por una repetición de lo que estaba aconteciendo en la URSS y después de la segunda guerra mundial sucedería en Europa oriental.

La propaganda de guerra —y de posguerra— insistiría en que los intelectuales, tanto en España como en el extranjero, estaban al lado del Frente popular y ferozmente en contra de los alzados en julio de 1936. La realidad fue muy otra porque no faltaron en España los intelectuales que apoyaron a los alzados —curiosamente, entre ellos la aplastante mayoría de los que habían ayudado a implantar la república en 1931 como fue el caso de Pérez de Ayala, de Baroja, de Unamuno, de Ortega y Gasset, de Marañón...— y porque incluso en el extranjero los intelectuales conocidos que se alinearon con Franco y en contra del Frente popular fueron con seguridad mayoría en países no sólo como Alemania e Italia sino también como Francia o Irlanda. Las razones desde el punto de vista de muchos sobraban si se tenía en cuenta que la Iglesia católica sufría una despiadada persecución que estaba costando la vida a millares de sacerdotes y religiosos, o que la España del Frente popular, como había señalado Churchill, estaba repitiendo la evolución hacia una dictadura comunista que había sufrido Rusia desde octubre de 1917.

Para colmo, en la España controlada por el Frente popular, lejos de denunciar lo que estaba sucediendo, no fueron pocos los intelectuales que legitimaron las muertes e incluso unieron sus

voces a los de aquellos que indicaban a nuevas víctimas a la vez que exigían su eliminación. Conocido de sobra es el papel de la socialista Margarita Nelken que afirmaba a unos días del estallido de la guerra: «No basta para darnos garantías con “liquidar a los enemigos que ocupan cargos en los ministerios”. Para tener esas garantías indispensables, para que nuestros combatientes del frente se sientan las espaldas protegidas a retaguardia, para que no tengan que temer que se les apuñale por detrás, es preciso ir al fondo del asunto y encararse con la verdad; esto es, saber y decir quiénes tuvieron la responsabilidad de que los traidores pudieran traicionar; quiénes por su incapacidad para obrar como verdaderos republicanos —por muy republicanos que fuesen— demostraron no tener capacidad para defender hoy a la República». [57]

La visión de la República que tenía la Nelken era puramente bolchevique y no puede por ello extrañar que acabara militando en el PCE. Sin embargo, en teoría hubiera sido de esperar otra postura en gente dedicada en el mundo de la creación intelectual. La realidad fue muy diferente. Una semana antes de que la diputada del PSOE escribiera las frases reproducidas arriba se había iniciado en la administración una verdadera oleada de purgas que afectó a todos los ramos de la vida nacional. [58] El 25 de julio de 1936 Miguel de Unamuno, que se había manifestado repetidamente contra el Frente popular y ahora apoyaba a los alzados, fue cesado de su cargo de rector vitalicio de la universidad de Salamanca y tres días después la universidad de Madrid era objeto de un cambio extraordinario de cargos y nombramientos que llevarían, por ejemplo, a Julián Besteiro a convertirse en decano de la facultad de Filosofía y Letras y a Juan Negrín a ocupar la secretaría de la facultad de Medicina. No eran los únicos hombres del PSOE beneficiados por la purga.

Al igual que había sucedido en Rusia durante la revolución, los intelectuales partidarios del Frente popular se habían arrogado el derecho de expulsar de la vida pública —e incluso de la física— a aquellos que no comulgaran con su especial cosmovisión. Así, el 23 de agosto de 1936, la Alianza de Intelectuales Antifascistas celebró una asamblea cuya finalidad era depurar la Academia Española de la Lengua cuyos miembros eran mayoritariamente de derechas. El comité de depuración, auténtica checa de la cultura, estuvo formado por Maroto, Luengo, Abril y, por supuesto, el poeta Rafael Alberti. La depuración fue durísima —de nuevo, sin comparaciones con ninguna otra sufrida en España en ninguno de los siglos precedentes— pero, con todo, pareció escasa a las organizaciones del Frente popular que la consideraron un tanto tibia. Nuevamente, los intelectuales decidieron plegarse a los intereses partidistas, unos intereses que desde hacía semanas se escribían en sangre, y el 30 de julio publicaron un manifiesto de adhesión a la República. El texto sería utilizado por la propaganda del Frente popular tanto durante la guerra como después del conflicto para dejar de manifiesto hasta qué punto la intelectualidad se hallaba identificada con el gobierno del Frente popular. La realidad, siniestra y cruenta como entonces la vivía Madrid, fue bien diferente. La declaración, ciertamente escueta, estaba suscrita por una docena de intelectuales de primera fila y decía así:

Los firmantes declaramos que, ante la contienda que se está ventilando en España, estamos al lado del Gobierno de la República y del pueblo, que con heroísmo ejemplar lucha por sus libertades.

Ramón Menéndez Pidal, Antonio Machado, Gregorio Marañón, Teófilo Hernando, Ramón Pérez de Ayala, Juan Ramón Jiménez, Gustavo Pittaluga, Juan de la Encina, Gonzalo Laforda, Pío del Río Ortega, Antonio Marichalar y José Ortega y Gasset.

No deja de ser todo un símbolo que ese mismo día fuera detenido Ramiro de Maeztu, otro de los grandes intelectuales de la época, en un piso de la calle de Velázquez número 9. Se trataba del domicilio de su amigo José Luis Vázquez Dodero que había aceptado esconderlo desde la noche del 17 de julio. Fue trasladado inmediatamente a la comisaría de Buenavista donde un inspector lo puso en libertad al no encontrar ninguna causa legal que motivara su detención. Ramiro de Maeztu finalmente sería asesinado en una de las matanzas masivas realizadas en la época en que Santiago Carrillo era consejero de Orden Público.

La firma del manifiesto de adhesión a la República fue obtenida en la mayoría de los casos recurriendo a la coacción y no debe extrañar por lo tanto que fuera repudiado por ellos una vez que se vieron a salvo fuera de la España controlada por el Frente popular. Desde luego, resulta especialmente revelador que los tres escritores que en 1931 habían fundado la Asociación al Servicio de la República —Ortega y Gasset, Marañón y Pérez de Ayala— se desvincularan de manera repetida y expresa de la España del Frente popular. La revolución no se correspondía a su juicio con los valores democráticos que ellos habían propugnado.

Sin embargo, la firma de manifiestos —un instrumento propagandístico inventado por la Komintern y que ha tenido múltiples seguidores desde entonces— no fue ciertamente suficiente para garantizar la seguridad de nadie. Había además que dar muestras de plegarse a las directrices del Frente popular incluidas sus continuas peticiones de sangre. Medios para hacerlo no escasearon. El 1 de septiembre de 1936, por ejemplo, apareció un nuevo periódico de carácter semanal cuya cabecera ostentaba el título de *El Mono Azul*. Dirigido por Rafael Alberti y María Teresa León, en la cabecera aparecían además como responsables José Bergamín, un católico que había decidido arrojar su suerte con la revolución, Rafael Dieste, Lorenzo Varela, Antonio R. Luna, Arturo Souto y Vicente Salas Vin. Se trataba, sin ningún género de dudas, de una suma perfecta de comunistas y compañeros de viaje. Sin embargo, a pesar de tratarse de un equipo más que adicto al Frente popular, para evitar deslizamientos, el PCE estableció un control sobre el periódico en el seno del Quinto Regimiento a cuya cabeza se hallaba Manuel Sánchez Arcas.

El propio nacimiento de *El Mono Azul* era una demostración palpable de cómo la revolución se había superpuesto sobre la legalidad. Así, su redacción se encontraba en un palacio incautado al marqués de Duero mientras que la edición se llevaba a cabo, igual que sucedía con *Mundo Obrero*, en los talleres de la Editorial Católica. Su primer número dejaba de manifiesto lo que podía esperarse de aquella alianza —que nunca fue crítica— entre los intelectuales de izquierdas y el Frente popular. Rafael Alberti lo iniciaba con los siguientes versos:

*El Mono Azul sale ahora
de papel pues sus papeles
son provocarles las hieles
a Dios Padre y su señora*

A continuación Felipe C. Ruanova se mofaba en un poema del fusilamiento de un sacerdote que en sus últimos momentos había suplicado a sus asesinos que le perdonaran la vida. No se trataba, desde luego, de un tema baladí porque aquel mismo 1 de septiembre de 1936 tres hijas de la Caridad de la Casa de Misericordia fueron fusiladas a la vista de niños y adultos por agentes del Ateneo libertario de Vallecas.^[59] También ese día, con un volante de la jefatura de policía se personó un destacamento de los guardias de asalto mandado por un teniente en el asilo de epilépticos de San José en Carabanchel Alto y se llevó detenidos a los religiosos que lo atendían. Todos fueron fusilados junto al Charco Cabrera.^[60]

El resto de *El Mono Azul* eran insultos a Unamuno —al que la propaganda prorrеспUBLICANA de la posguerra reivindicaría como propio— redactados por Armando Bazán; y noticias de que Ramón J. Sender actuaba con la checa conocida como la Escuadrilla del Amanecer en el sector de Guadarrama.

Las motivaciones para aquella conducta de apoyo a una revolución extraordinariamente cruenta se hallaron en ocasiones en la convicción ideológica y otras, como el caso de Bergamín, en el miedo. Un caso similar fue el del poeta Juan Ramón Jiménez. También él escribió, a petición de Alberti, unas líneas en *El Mono Azul* donde afirmaba:

Bien sé que es imposible alumbrar del todo la sombra, que nada enorme es perfecto. Pero que la destrucción y la muerte no pasen más de lo inevitable o merecido. ¡No matar nunca, no destruir nunca a ciegas! No debe ser ciega la fe del noble pueblo español.

Sabía Juan Ramón Jiménez de lo que hablaba porque una patrulla de milicianos en busca de un tal Ramón Jiménez estuvo a punto de darle el paseo. Se salvó simplemente porque uno de ellos le introdujo un dedo en la boca y, al descubrir que no llevaba dentadura postiza, descubrió el error.^[61] Sabía de lo que hablaba, sin duda, pero en sus líneas de *El Mono Azul* tan sólo pedía que no se matara a ciegas —como hubiera sido su caso— pero en modo alguno que se detuvieran las matanzas. Al fin y a la postre, valiéndose de influencias que no estaban al alcance de la mayoría de los españoles, el creador de *Platero y yo* decidió abandonar la España del Frente popular para no regresar nunca.

El periódico socialista *Claridad* no dejaba lugar a demasiadas esperanzas al señalar: «Todos los humoristas acaban al servicio de la barbarie, Camba, Fernández Flórez, Muñoz Seca y tantos otros. Hay que desconfiar de los humoristas profesionales. Siempre llevan dentro un contrarrevolucionario». ^[62] Más bien debían ser los humoristas los que desconfiaran del Frente popular. De los citados en el medio del PSOE, todos acabaron ante un pelotón de fusilamiento o, con suerte, en el exilio. Por otro lado, tampoco se lo ponían fácil a los que buscaban salvarse mediante la entrada en la Asociación de Escritores Antifascistas. *Claridad* no dejaría de fustigar a todos aquellos que ya en 1934 no se habían sumado a la revolución o que habían cometido el imperdonable pecado de escribir para el *Diario de Madrid*, *El Sol*, *La Voz*, *Ahora* o la *Revista de Occidente*. En la única esquina con una cruz que llegaría a publicar, el medio socialista afirmaría:

Descanse en paz

Doña Literatura Pura

Entendieron la literatura como un ejercicio de tipo personal, del que sólo ellos y la gramática eran responsables. Arte concebido como narcisismo o vicio solitario. El arte habrá que aceptarlo como una dimensión del trabajo. Todo lo demás es fascismo.

No se trataba, sin duda, de una acusación de escasa importancia en aquella época. Tampoco lo fue que se enviara desde Madrid a provincias listados de obras y autores a cuya destrucción había que proceder tanto en bibliotecas como en librerías. La poda que pretendían los partidarios del Frente popular era de tal magnitud que, de haberse podido llevar a cabo, hubiera significado la creación de un páramo cultural sin precedentes en la Historia de España. No en vano entre los condenados por la inquisición frentepopulista se hallaban los escritores Enrique Jardiel Poncela, Carlos Arniches, Ramón Gómez de la Serna, Eduardo Marquina, Tomás Borrás, José Juan Cadenas, A. Fernández Arias, Joaquín Calvo Sotelo, Ignacio Luca de Tena, M. Morcillo, Pilar Millán Astray, José María Pemán, Jacinto Miquelarena, Adolfo Torrado, Ramón López Montenegro, Jesús J. Gabaldón, Pedro Mata, Alejandro McKimlay, Antonio Quintero y Felipe Sassone, junto con compositores como Moreno Torroba, Jacinto Guerrero o Rosillo cuya música debía contener, presuntamente, corcheas antirrevolucionarias. No fueron, desde luego, los únicos músicos que tenían que temer. El 1 de septiembre de 1936, Rafael Alberti, convertido, gracias a su condición de militante comunista, en dispensador de patentes de limpieza de sangre política, anunció que se negaba a participar como recitador en un acto organizado por la Asociación profesional de periodistas, dado que en él iba a intervenir también el músico Joaquín Turina, catedrático a la sazón del Conservatorio, porque no lo consideraba afecto al régimen.

Los casos de intelectuales que optaron por el exilio, a ser posible con nombramiento oficial, no fueron, desde luego, escasos. El 1 de septiembre de 1936 se había nombrado a Fernando de los Ríos rector de la universidad de Madrid. Ni siquiera apareció a tomar posesión de su cargo y poco después marchó a ocupar la embajada de la España republicana en Estados Unidos. Jiménez Asúa, decano de la facultad de Derecho, logró igualmente que se le nombrara encargado de negocios en Praga lo que le evitó permanecer en la capital durante la guerra y la revolución. Por lo que se refiere a José Ortega y Gasset salió con su familia hacia Alicante el 2 de septiembre de 1936. En el tren iba a coincidir con Cipriano Rivas-Cherif que partía a Ginebra para hacerse cargo del consulado llevando consigo las memorias del presidente Azaña.

Ortega y Gasset estaba asqueado de la revolución frentepopulista y le faltó tiempo al llegar al exilio para manifestar que si había firmado el Manifiesto de intelectuales había sido coaccionado y en medio de un clima de terror donde los asesinatos estaban a la orden del día.

Sin embargo, antes de que llevara a cabo la menor declaración en ese sentido, la diputada socialista Margarita Nelken lo fustigaría en la prensa por una falta al parecer tan horrenda como la de ser el artífice de la *Revista de Occidente*: «Hay muchas maneras de ayudar al fascismo y a su advenimiento; no es la menos eficaz la incubación, en torno a una revista “selecta”, de delicuescencias cultivadoras de la deshumanización del arte... ¡Descanse con toda paz don José Ortega y Gasset, en el extranjero y en compañía de su familia! De los que hoy puede prescindir

España; el mundo nuevo que España está forjando ya no los necesita».

No se trataba de un episodio aislado. En realidad, era una manifestación más de toda una mentalidad, la misma mentalidad que llevaba a Wenceslao Roces, subsecretario de Instrucción Pública, a señalar que «los actuales Institutos tienen que desaparecer para dar la cultura que el pueblo necesita. Vamos a acabar con la casta de bachilleres que lleva en sus entrañas una dosis de feudalismo... No son títulos académicos los que precisa España»^[63] o que emergía continuamente en los periódicos del Frente popular señalando que había que cambiar la población universitaria ya que la actual en su mayoría creía en la religión y no era adicta.^[64] Era también la mentalidad que Jesús Hernández, el comunista que sin tener siquiera un título de bachillerato elemental se había convertido en ministro de Instrucción Pública, ponía de manifiesto al señalar: «Es preciso depurar el personal docente, desde los organismos superiores de cultura hasta la escuela primaria... Es necesaria, irremediable, la eliminación de todos los profesores y maestros no afectos y muy atentamente, al señorito fascista, al parásito amparado en títulos académicos, he de depurar el cuerpo estudiantil en las Universidades e Institutos».^[65]

El exilio unido a la victoria nacional rondó las 300 000 personas. Fue una pérdida inmensa, pero no es menos cierto que una victoria frentepopulista no hubiera provocado un exilio menor y que incluso muchos de los exiliados hubieran sido coincidentes en ambos casos. Tampoco puede pasarse por alto que, en términos comparativos, fue una cifra considerablemente inferior a la sufrida por Rusia tras la victoria de los bolcheviques en la guerra civil.

El número de muertos en la guerra civil ha sido un tema hinchado por ambos bandos deseosos de aumentar el descrédito del adversario. Las cifras han oscilado entre las 800 000 personas^[66] y el medio millón.^[67] Tras los magníficos estudios de Salas Larrazábal en los años 70, los definitivos son los llevados a cabo por Ángel David Martín Rubio que han corregido algunos aspectos de Salas Larrazábal y han puesto de manifiesto los defectos obvios de otras obras no por muy publicitadas correctas en su metodología y conclusiones.^[68]

De los muertos en combate, la cifra debió aproximarse a las 100 000 personas en número redondos e incluso pudo resultar ligeramente inferior.^[69] Estas cifras de partida nos obligan a aceptar el hecho, especialmente doloroso, de que la mayor parte de las muertes de la guerra civil se produjeron como derivación no de los combates en el frente sino en la retaguardia. Quizá sea este aspecto el que pone en evidencia de la manera más sangrante —en todos los sentidos del término— el carácter de enfrentamiento revolucionario que tuvo la guerra civil.

En la zona controlada por el Frente popular, que nunca fue la totalidad de España, el número de fusilamientos ascendió a 56 576,^[70] siendo perpetrados cerca de 15 000 tan sólo en Madrid.^[71] Lejos de tratarse de muertes debidas a impulsos espontáneos de cólera popular como se repite con insistencia machacona, la represión estuvo en manos de las fuerzas que componían el Frente popular y de los propios organismos gubernamentales republicanos, como ya hemos indicado. Se realizó de manera sistematizada e incluso codificada y siguió toda una filosofía de exterminio revolucionario que se utilizó en Rusia y, en menor medida, en México. Esta circunstancia, como hemos indicado, tuvo un enorme peso en la política seguida por potencias como Gran Bretaña.

En la zona controlada por los alzados, los fusilamientos durante la guerra ascendieron a la cifra de 46 823.^[72] A ellos hay que sumar 27 966 realizados durante la posguerra.^[73] Obviamente, la derrota del Frente popular evitó que pudiera seguir ejerciendo la represión tras la guerra, pero si juzgamos por lo que fueron los episodios de la posguerra rusa —con la eliminación de las izquierdas no afines y de los nacionalistas— y de toma del poder en las democracias populares, cuesta creer que hubiera sido inferior a la de los vencedores. Por el contrario, todo lleva a pensar que había resultado muy superior. No sólo eso. De haberse continuado, el proceso revolucionario previo a julio de 1936, muy posiblemente a juzgar por el precedente ruso, el resultado de final de libertades hubiera sido semejante.

Cifra especial en esta consideración es la relacionada con los religiosos y sacerdotes católicos. Un estudio de Antonio Montero^[74] da la cifra de 6800 religiosos asesinados en zona republicana. Se trata, sin duda, de un número muy elevado que podemos dar por prácticamente exacto, quizás con alguna modificación a la alza. Esta circunstancia convierte la revolución llevada a cabo por el Frente popular en la persecución más grave de la Historia de España, la más grave de la Historia del siglo xx —con la excepción de la sufrida por los cristianos rusos a manos de los bolcheviques — y una de las más cruentas de la Historia del cristianismo. En algunos casos puede aducirse que se debió a impulsos populares —argumento, dicho sea de paso, que no deja en muy buen lugar a ese tipo de impulsos— pero, en términos generales, fue llevada a cabo de manera concienzuda y sistemática por las fuerzas que componían el Frente popular y por los organismos gubernamentales.

Sin duda, detrás de cada una de esas cifras existió un drama humano de no escasa relevancia. Sin duda, así fue vivido no sólo por la víctima directa, sino también por sus allegados. Sin embargo, con excepción de los parámetros relativos a la persecución religiosa —e incluso en ese caso la experiencia rusa fue peor— la guerra civil española no fue la más cruenta de la Historia como tantas veces se repite. En el siglo XIX, la guerra civil norteamericana se zanjó con la muerte del 2% de la población e incluso hubo zonas del Sur donde prácticamente desapareció la población masculina con una edad entre los 15 y los 40 años. La destrucción también resultó incomparablemente mayor. Por ejemplo, según propia confesión del general unionista Sherman, en su marcha sobre Georgia su ejército destruyó bienes por valor de 100 millones de dólares. De éstos, sólo la quinta parte resultó de «alguna ventaja para nosotros» y el resto fue «mero aniquilamiento y destrucción».^[75] Como él mismo señaló: «No combatimos sólo contra ejércitos enemigos, sino también contra un pueblo hostil y tenemos que procurar que los viejos y los jóvenes, los ricos y los pobres, sientan la mano dura de la guerra... La verdad es que el ejército al completo arde de deseos insaciables de cometer su venganza en Carolina del Sur».^[76] Semejantes hechos carecen de paralelo en la guerra civil española.

Ya en el siglo XX, la guerra civil rusa superó, en términos absolutos y relativos, las pérdidas humanas y materiales de la guerra civil española. Puede decirse lo mismo de un conflicto tan poco conocido como la guerra civil finlandesa donde en apenas unos meses murió el 1% de la población. España no llegaría a esa proporción y eso en un período de casi tres años de combates.

Finalmente, la represión de la posguerra fue también muchísimo más elevada en el caso de Rusia y algo similar en términos proporcionales en el de Finlandia. Resultó inferior en el de la guerra de los cristeros en México, pero debe recordarse que ese conflicto concluyó con un pacto favorecido por una mediación internacional. Se trató de una tragedia, pero no fue *la* tragedia del siglo XX, ni, equitativamente, se puede comparar con episodios como las dos guerras mundiales o el Holocausto, como ocasionalmente se ha hecho.

La guerra civil española, esencialmente, fue una parte del terrible enfrentamiento contra las revoluciones totalitarias iniciado a partir del golpe bolchevique de 1917 y proseguido prácticamente hasta la caída de la URSS en las postrimerías del siglo XX. La resistencia frente a esos procesos revolucionarios fracasó en Rusia, en la Europa del Este, en Cuba y en algunas naciones africanas y asiáticas. Triunfó, sin embargo, en Finlandia, España y Grecia de manera específica y, muy posiblemente, en Italia y Francia tras 1945 de forma más encubierta. Al vencer en el proceso, Franco se colocó en el blanco de las iras de la Komintern —y de otras fuerzas— pero también garantizó la persistencia de su gobierno personal, un gobierno que no pensaba abandonar antes de llevar a cabo lo que consideraba su misión porque tenía muy presente la experiencia vivida por el general Primo de Rivera.

Gran Bretaña y los Estados Unidos no sólo estaban inmersos en la estrategia de la Guerra Fría al poco de acabar la segunda guerra mundial, una estrategia, por cierto, en la que se enfrentaban con Stalin, el principal valedor del Frente popular derrotado por Franco. Además temían que en España se produjera un episodio como el de la guerra civil que asoló a Grecia varios años después de la Segunda guerra mundial y en el curso de la cual los comunistas griegos intentaron implantar una dictadura al estilo de las del Este de Europa. Puestos a tener que optar entre regímenes, las democracias occidentales prefirieron el de Franco que no pretendía perpetuarse tras su muerte y que había anunciado su propósito de instaurar una monarquía. Como durante la guerra civil, Franco no contaba con las simpatías de las democracias, pero no se les podía ocultar que, a diferencia de Chiang Kai-shek o de los ejércitos blancos en Rusia, sí había vencido a un gobierno que, al menos desde 1938, había pactado con Stalin la conversión de España en una dictadura comunista de partido único. Era así una especie de aliado natural siempre preferible a un régimen prosoviético en el Mediterráneo occidental. Así, como en el pasado y convencidas de que cualquier alternativa era peor, las democracias decidirían su mantenimiento en el poder, apoyarían su proyecto de instauración de una monarquía en la persona del príncipe don Juan Carlos y, tras su muerte, propiciarían la entrada plena de España en el seno del mundo libre.

Al morir Franco, España había sufrido una supresión de libertades que había durado épocas, pero no se encontró con un proceso de adaptación terrible como el vivido por las naciones de Europa oriental tras la desaparición de las dictaduras comunistas. Por el contrario, y a pesar de las desigualdades con otras naciones más avanzadas, bajo el régimen de Franco, había experimentado un espectacular desarrollo durante los años sesenta y se había convertido en la novena potencia industrial del mundo. De manera bien significativa también, la nación regresaba así, en no escasa medida, al punto de partida de unas décadas antes cuando era regida por una monarquía parlamentaria respetada en el resto del mundo. Pero ahora la monarquía parlamentaria no era la

misma que había aniquilado las fuerzas que provocaron la implantación de la Segunda república y que en su mayoría se unieron en 1936 en el Frente popular. Tampoco era igual España. Ahora, más fuerte, más próspera, más rica y, sobre todo, con una experiencia terrible de la que extraer las debidas lecciones, España podía reanudar su Historia sobre mejores bases.

Madrid, primavera de 2006

Apéndice A

LOS AVIONES DE LA GUERRA CIVIL ESPAÑOLA

Possiblemente, fue la guerra civil española el primer conflicto militar de la historia en que el arma de Aviación adquirió características casi decisivas. De hecho, la victoria militar de Franco se debió en cierta medida a la superioridad aérea de que disfrutó desde finales del año 1937. Aún más que en relación con los blindados, la guerra civil española permitió experimentar a las potencias participantes —la URSS, Alemania e Italia— la utilización de diversas tácticas que se ensayaron por primera vez sobre territorio español y que luego serían trágicamente utilizadas durante la segunda guerra Mundial. El número de aviones que intervinieron de una manera u otra durante la guerra es comparativamente muy elevado. Casi podría decirse sin temor a exagerar que se utilizó militarmente todo aquello que podía remontar el vuelo. En este apéndice hemos recogido la descripción de los principales aparatos que volaron en la guerra civil española.

I) Los aviones utilizados por ambos bandos

BREGUET XIX

Este aparato fue utilizado por España por primera vez en 1925 durante la guerra de Marruecos. Al estallar la guerra, los cerca de noventa que quedaron en manos de la República fueron utilizados en acciones como el bombardeo de Tetuán y Melilla en julio de 1936 o las operaciones en la sierra de Madrid. En manos de los nacionales quedaron unos sesenta que fueron utilizados en el paso del Estrecho, en la ofensiva de Málaga y en el Norte. En poco tiempo resultaron absolutamente ineficaces frente a la aviación de caza y a partir de la primavera de 1937 fueron retirados por ambos bandos del combate en primera línea.

País de origen: Francia.

Motor: Lorraine-Eizalde A.4, 450 HP.

Envergadura: 14,83 m.

Longitud: 9,51 m.

Velocidad máxima/mínima: 225 km/h-80 km/h.

Techo: 7200 m.

Autonomía: 800 km.

Tripulación: 2.

Armamento: Una o dos ametralladoras Dame de 7,5 mm y 440 kg de bombas.

Peso vacío: 1387 kg.

Peso total: 2500 kg.

Primer vuelo: 1922.

SAVOIA S.62

El mejor Hidro de entre los Savoia. Al estallar la guerra había 33 en activo de los que 24 quedaron en manos de la República y 9 en poder de los nacionales. De éstos últimos, sólo cinco de ellos no contribuyeron de manera decisiva a la victoria de los sublevados en Marín sino que también fueron utilizados en el «Convoy de la Victoria» y en la vigilancia del Mediterráneo. Los otros 4 fueron utilizados —y perdidos posteriormente— en trasladar a Goded desde Palma a Barcelona para encabezar la rebelión en esta ciudad. La Generalidad catalana los utilizó en la expedición contra Mallorca y el Gobierno republicano en Aragón y Santander. En 1938 fueron dados de baja.

País de origen: Italia

Motor: Hispano Suiza HS 12Lb de 600 HP.

Envergadura: 16,60 m.

Longitud: 12,56 m.

Velocidad máxima/mínima: 220 km/h-180 km/h.

Techo: 4500 m.

Autonomía: 1200 km.

Tripulación: 3.

Armamento: De dos a cuatro ametralladoras de 7,7 mm y 500 kg de bombas.

Peso vacío: 2630 kg.

Peso total: 4030 kg.

Primer vuelo: 1926.

DE HAVILLAND DH-89 «DRAGON RAPIDE»

Al estallar la guerra había tres aparatos de este tipo destinados a uso militar en España. Todos ellos quedaron en zona republicana, pero uno se perdió al dirigirse en el mismo el general Nuñez de Prado a Zaragoza con la intención de convencer al general Cabanellas de que no se sumara al Alzamiento y ser incautado el aparato. Los sublevados adquirieron otros cuatro aparatos de este tipo que fueron utilizados en la sierra de Madrid, el Norte y Aragón. Seguramente el aparato más famoso de este tipo que intervino en la guerra fue el que en julio de 1936, fletado por el monárquico Bolín, trasladó a Franco de Canarias a Marruecos.

País de origen: Gran Bretaña.

Motor: Dos DH «Gypsy Six» de 200 HP.

Envergadura: 14,63 m.

Longitud: 10,52 m.

Velocidad máxima/mínima: 242-75 km/h.

Techo: 6000-4875 m.

Autonomía: 835 km.

Tripulación: 1.

Acomodo: de 7 a 9 pasajeros.

Peso vacío: 1465 kg.

Peso total: 2500-2720 kg.

Primer vuelo: 1934.

DOUGLAS DC-2

Al estallar la contienda, de los cuatro aparatos existentes en España uno quedó en manos de los nacionales y tres en las de los republicanos. Excelente avión —y uno de los más rápidos— combatió en ambos lados sobre Badajoz y sirvió a los nacionales para abastecer a los sitiados de Santa María de la Cabeza. Durante la guerra sólo se perdieron dos, uno bombardeado en tierra y otro en un accidente.

País de origen: Estados Unidos.

Motor: Dos Wright 1820 «Cyclone» de 710 HP.

Envergadura: 25,92 m.

Longitud: 18,90 m.

Velocidad máxima/mínima: 338-93 kms/h.

Techo: 7000-6600 m.

Autonomía: 1970 km.

Tripulación: 2 o 3.

Acomodo: 14-18 personas.

Peso vacío: 5420 kg.

Peso total: 8114 kg.

Primer vuelo: 1934.

AIRSPED A.S.6 ENVOY

El 10 de agosto de 1936 recibieron los nacionales el primero de estos aparatos que combatió en la guerra civil. A finales de ese mismo mes, la República recibió otros cuatro. De éstos, uno sería aprovechado por Fernando Rein Loring para pasarse a los nacionales el 26 de septiembre de 1936. A bordo de este mismo aparato fallecería en accidente aéreo el general Mola.

País de origen: Gran Bretaña.

Motor: Dos Armstrong Siddeley Cheetah IX de 350 HP.

Envergadura: 15,95 m.

Longitud: 10,52 m.

Velocidad máxima/mínima: 338-100 km/h.

Techo: 7315-6860 m.

Autonomía: 1045 km.

Tripulación: 1.

Acomodo: 8 pasajeros.

Peso vacío: 1842 kg.

Peso total: 2860 kg.

Primer vuelo: 1934.

II) Los aviones nacionales

DORNIER DO J WAL

Possiblemente el mejor de los hidroaviones fabricados hasta bien entrados los años treinta. Al estallar la guerra, diez quedaron en zona republicana y trece en zona nacional. La República hizo uso escaso de ellos vg: en el desembarco de Mallorca, pero los nacionales —que los remotorizaron con los Issota «Asso» de 500 HP— formaron el Grupo I-G70 y los utilizaron en el paso del Estrecho, en el bloqueo del Norte republicano y en la vigilancia de la costa mediterránea. Estos aparatos estuvieron de servicio hasta 1953.

País de origen: Alemania.

Motor: Dos Napier «Lion» de 450 HP.

Envergadura: 22,50 m.

Longitud: 17,25 m.

Velocidad máxima/mínima: 197 km/h-105 km/h.

Techo: 5000 m.

Autonomía: 3000 km.

Tripulación: 3 o 4.

Armamento: De dos a cuatro ametralladoras de 7,9 mm y 700 kg de bombas.

Peso vacío: 3400 kg.

Peso total: 6800 kg.

Primer vuelo: 1922.

JUNKERS JU 52/3M

En los últimos días de julio de 1936, Franco recibió los primeros veinte Ju-52 enviados por Hitler. Este aparato resultó decisivo en el puente aéreo destinado a cruzar al sur de la Península al Ejército de África. Como bombardero, resultó especialmente valioso a las fuerzas nacionales que avanzaron sobre Madrid cruzando Extremadura y el valle del Tajo. El número de aviones de este tipo recibidos por los nacionales fue de 67, que operaron en todos los frentes. Alguno de estos aparatos seguía siendo utilizado en la década de los sesenta.

País de origen: Alemania

Motor: Tres BMW 132 de 660 HP.

Envergadura: 29,27 m. Longitud: 18,90 m.

Velocidad máxima/mínima: 290 km/h-104 km/h.

Techo: 7000-6300 m.

Autonomía: 1120 km.

Tripulación: 4.

Acomodo: 17 pasajeros.

Armamento: Dos ametralladoras MG-15 de 7,9 mm y 1500 kg de bombas.

Peso vacío: 6380 kg.

Peso total: 9900 kg.

Primer vuelo: 1934.

SAVOIA SM.81 «PIPISTRELLO»

A finales de julio de 1936, Mussolini envió doce de estos aviones a Franco aunque sólo nueve llegaron a su destino. El número mínimo de estos aparatos recibidos por los nacionales fue de 84. Posiblemente su primera acción fue el 2 de agosto cuando bombardearon Mérida. Asimismo colaboraron en el paso del Estrecho y, posteriormente, en Extremadura, Talavera y la batalla de Madrid.

En Mallorca se estableció un grupo denominado «Pipistrelli delle Baleari» (Murciélagos de las Baleares) que operaban de noche. Intervinieron también en Guadalajara, el Norte, Teruel y el Ebro.

País de origen: Italia.

Motor: Tres Alfa-Romeo 126 R.C. de 750 HP.

Envergadura: 24 m.

Longitud: 17,80 m.

Velocidad máxima/mínima: 345-110 km/h.

Techo: 7000 m.

Autonomía: 2000 km.

Tripulación: De 4 a 6.

Armamento: Seis ametralladoras de 7,7 mm, cuatro Breda y dos Lewis y 2 Tm de bombas.

Peso vacío: 6500 kg.

Peso total: 10 500 kg.

Primer vuelo: 1935.

HEINKEL HE 51

Estos aviones fueron enviados por Hitler a Franco a los pocos días de estallar la guerra y el 6 de agosto llegaron los primeros a manos nacionales. En toda la guerra, Franco recibió 126 de estos aparatos. Durante los primeros meses de la guerra proporcionaron una clara superioridad técnica en el aire a los sublevados. La aparición de los cazas soviéticos I-16 y I-16 llevó a dedicar al Heinkel-51 a la táctica de ataque al suelo, desde un plano casi vertical y en forma de rueda continua, denominada la «cadena» combatiendo en todos los frentes.

País de origen: Alemania.

Motor: BMW VI de 750 HP.

Envergadura: 11 m.

Longitud: 8,40 m.

Velocidad máxima/mínima: 330-95 km/h.

Techo: 7700 m.

Autonomía: 570-740 km.

Tripulación: 1.

Armamento: Dos ametralladoras de 7,92 mm y de 60 a 200 kg de bombas.

Peso vacío: 1473 kg.

Peso total: 1900 kg.

Primer vuelo: 1933.

FIAT CR.32 «CHIRRI»

Uno de los aviones más famosos de la guerra civil y, sin duda, un excelente biplano de caza. El 13 de agosto de 1936, los nacionales recibieron los primeros 12 aparatos de este tipo. En total, Franco recibió 377 de estos aparatos que combatieron en todos los frentes y que se batieron con éxito con los I-15 soviéticos.

País de origen: Italia.

Motor: Fiat A.30 RA bis de 600 HP.

Envergadura: 9,50 m.

Longitud: 7,45 m.

Velocidad máxima/mínima: 375-108 km/h.

Techo: 8800-8000 m.

Autonomía: 780 km.

Tripulación: 1.

Armamento: Dos ametralladoras Breda de 12,7 mm.

Peso vacío: 1275 kg.

Peso total: 1800 kg.

Primer vuelo: 1933.

SAVOIA S.55X

Tres de estos aparatos italianos tuvieron un papel importante en la derrota de la expedición catalana enviada contra Mallorca en agosto de 1936. El último de estos aviones fue derribado sobre Palma el 26 de mayo de 1937.

País de origen: Italia.

Motor: Dos Issota-Fraschini «Asso 750» de 680 HP.

Envergadura: 24 m.

Longitud: 16,75 m.

Velocidad máxima/mínima: 280-109 km/h.

Techo: 5000 m.

Autonomía: 3500 m. Tripulación: 4.

Armamento: Cuatro ametralladoras de 7,7 mm y un torpedo o 2 Tm de bombas.

Peso vacío: 5750 kg.

Peso total: 8260 kg.

Primer vuelo: 1930.

MACCHI M.41 BIS

Tres de estos aparatos italianos fueron utilizados contra la expedición catalana contra Mallorca de agosto de 1936. Con base en Pollensa, estos aparatos siguieron volando hasta 1938 en que fueron desguazados.

País de origen: Italia.

Motor: Fiat A.20 de 440 HP.

Envergadura: 11,12 m.

Longitud: 8,66 m.

Velocidad máxima/mínima: 262-90 km/h.

Techo: 8500-7500 m.

Autonomía: 700 km.

Tripulación: 1.

Armamento: Dos ametralladoras Vickers de 7,7 mm y 60 kg de bombas.

Peso vacío: 1170 kg.

Peso total: 1600 kg.

Primer vuelo: 1927.

HEINKEL HE 46 «PAVA»

Los primeros seis aparatos de este tipo destinados a Franco llegaron a la Península en agosto de 1936. En total, durante la guerra fueron entregados a los nacionales 20. Eran fáciles de volar y maniobrar pero con excesivas vibraciones. Actuaron en el avance sobre Madrid, en el Norte, Teruel y el Ebro. En agosto de 1938 fueron destinados a la Escuela de Observadores de Málaga.

País de origen: Alemania.

Motor: Siemens-Bramo SAM 22B de 650 HP.

Envergadura: 14 m.

Longitud: 9,50 m.

Velocidad máxima/mínima: 260-95 km/h.

Techo: 6000 m.

Autonomía: 1050 km.

Tripulación: 2.

Armamento: Una ametralladora móvil de 7,9 mm y 200 kg de bombas.

Peso vacío: 1467 kg.

Peso total: 2300 kg.

Primer vuelo: 1931.

CANT Z.501

El primero de estos aparatos llegó a los nacionales a inicios de septiembre de 1936. Con posterioridad Mussolini envió 10 que operaron desde la base de Pollensa en la zona del Mediterráneo. La ausencia de cazas republicanos les permitió tener un papel notable en la localización, captura y hundimiento de barcos republicanos.

País de origen: Italia.

Motor: Isotta-Fraschini «Asso XI» de 900 HP.

Envergadura: 22,50 m.

Longitud: 15 m.

Velocidad máxima/mínima: 275-100 km/h.

Techo: 7000 m.

Autonomía: 2600 km.

Tripulación: 4.

Armamento: Tres ametralladoras Breda de 7,7 mm y 640 kg de bombas.

Peso vacío: 3825 kg.

Peso total: 5500-7070 kg.

Primer vuelo: 1934.

HEINKEL HE S9B «ZAPATONES»

A finales de agosto de 1936 recibieron los nacionales los dos primeros de estos dos aparatos. En el curso de la contienda, Hitler enviaría a Franco 27 de estos aviones. Este aparato se reveló muy eficaz en incursiones contra barcos, puertos republicanos de Levante y vías férreas, haciéndose famoso por su táctica consistente en planear silenciosamente antes de llegar a su objetivo con la finalidad de coger desprevenidos a sus adversarios.

País de origen: Alemania.

Motor: Dos BMW de 660 HP. Envergadura: 23,70 m. Longitud: 17,40 m.

Velocidad máxima/mínima: 220-87 km/h.

Techo: 6000-3500 m.

Autonomía: 1750 km.

Tripulación: 4.

Armamento: Un cañón MGFF de 20 mm, dos ametralladoras MG 15 de 7,9 y 1 Tm de bombas o un torpedo de 1 Tm.

Peso vacío: 6225 kg.

Peso total: 10 000 kg.

Primer vuelo: 1931.

ROMEO Ro.37 BIS

El 29 de septiembre de 1936 llegaron a manos de los nacionales los 10 primeros aparatos de este tipo cuyo número llegaría a 68 en sucesivos envíos. Combatieron en Talavera, Madrid, la ofensiva de Málaga, Guadalajara, Vizcaya, Teruel y el Ebro.

País de origen: Italia.

Motor: Piaggio P.X de 700 HP.

Envergadura: 11,08 m.

Longitud: 8,57 m.

Velocidad máxima/mínima: 330-108 km/h.

Techo: 7500 m.

Autonomía: 1500 m.

Tripulación: 2.

Armamento: Dos ametralladoras Breda-Safat de 12,7 mm, fijas, una de 7,7 móvil y 180 kg de bombas.

Peso vacío: 1570 kg.

Peso total: 2425 kg.

Primer vuelo: 1935.

HEINKEL HE 70 E Y F «RAYO»

En octubre de 1936 llegaron a España los dos primeros He-70F enviados por Hitler a Franco. Al mes siguiente, llegaron otros 16 y durante la guerra alcanzaron la cifra de 28. Magnífico en su capacidad de vuelo y en su velocidad, participó en Vizcaya y en Brunete.

País de origen: Alemania.

Motor: Motor BMW VI de 750 HP.

Envergadura: 14,80 m. Longitud: 11,70 m.

Velocidad máxima/mínima: 360-105 km/h.

Techo: 6000-5250 m.

Autonomía: 1000 km.

Tripulación: 2 o 3.

Armamento: Una ametralladora de 7,9 mm móvil y 300 kg de bombas.

Peso vacío: 2300 kg.

Peso total: 3420 kg.

Primer vuelo: 1933.

HENSCHEL HE 123 A «ANGELITO»

Dos aparatos de este tipo fueron recibidos por los nacionales en el mes de octubre de 1936 y otros cuatro en noviembre. El total de los aviones de este tipo recibidos por Franco fue de 6 y otros 12 ya concluida la guerra. Fue empleado como avión de asalto y también como bombardero en picado, misión en la que acabaría siendo relevado por el «Stuka». Su apodo deriva de su

intervención en la ofensiva de Vizcaya donde se perdieron tres en breve espacio de tiempo subiendo sus pilotos al cielo como «angelitos».

País de origen: Alemania.

Motor: BMW 132 de 880 HP.

Envergadura: 10,50 m.

Longitud: 8,33 m.

Velocidad máxima/mínima: 345-100 km/h.

Techo: 9000 m.

Autonomía: 860 km.

Tripulación: 1.

Armamento: Dos ametralladoras MG 17 de 7,9 mm y 250/450 kg de bombas.

Peso vacío: 1500 kg.

Peso total: 2215 kg.

Primer vuelo: 1935.

MESSERSCHMITT

En total, se recibieron 139 aviones entre prototipos y las variantes B, C D y E.

BF 109B/C

En octubre de 1936 llegaron a Sevilla los tres primeros prototipos de este aparato. Durante la guerra los nacionales recibieron no menos de 84 aviones de este tipo. Este aparato actuó en el Jarama, Santander, Asturias, Brunete, Teruel (donde uno fue capturado por los republicanos que permitieron su estudio a técnicos franceses y, posteriormente, lo enviaron a la URSS), el Ebro y la ofensiva de Cataluña. Este aparato fue presentado oficialmente en el Festival de Zurich de julio de 1937 donde venció en las pruebas de velocidad, subida y picado, y en el concurso de patrullas. El 11 de noviembre de ese mismo año batió el récord de velocidad para aviones terrestres volando a 610 km/h.

País de origen: Alemania.

Motor: Junkers Jumo 210 D de 720 HP.

Envergadura: 9,87 m.

Longitud: 8,55 m.

Velocidad máxima/mínima: 465-350 km/h.

Techo: 8400 m.

Autonomía: 690 km.

Tripulación: 1.

Armamento: Un cañón MG FF de 20 mm y dos ametralladoras MG 17 de 7,9 o cuatro MG 17.

Peso vacío: 1505 kg.

Peso total: 2150 kg.

Primer vuelo: 1935.

MESSERSCHMITT BF 109E

En diciembre de 1938 fueron recibidos por los nacionales los primeros ejemplares de este aparato (al mismo tiempo que la propia aviación alemana) y en enero de 1939 se incorporaron al Grupo J/88 de la Legión Cóndor. Intervinieron con enorme éxito en la ofensiva de Cataluña. Convertidos en una auténtica leyenda durante la Segunda Guerra Mundial, en España no fueron dados de baja hasta 1955.

País de origen: Alemania.

Motor: Daimler-Benz 601 de 1100 HP.

Envergadura: 9,87 m.

Longitud: 8,63 m.

Velocidad máxima/mínima: 570-129 km/h.

Techo: 11 500-11 000 m.

Autonomía: 660 km.

Tripulación: 1.

Armamento: 2 cañones MG FF de 20 mm y 2 ametralladoras MG 17 de 7,9 y 250 kg de bombas.

Peso vacío: 2005 kg.

Peso total: 2505 kg.

Primer vuelo: Verano de 1938.

BÜCKER Bü 131 A B JUNGMANN

El 6 de noviembre de 1936 recibió el Ejército de Franco las tres primeras Bücker-131 de las 53 que recibiría a lo largo de la guerra. Constituyó, sin duda, el avión de escuela ideal.

País de origen: Alemania.

Motor: Hirth HM 504 de 105 HP.

Envergadura: 7,40 m.

Longitud: 6,60 m.

Velocidad máxima/mínima: 183-82 km/h.

Techo: 4000 m.

Autonomía: 650 km.

Tripulación: 2.

Peso vacío: 390 kg.

Peso total: 680 kg.

Primer vuelo: 1934.

JUNKERS W. 34 HI

Los tres primeros aparatos de este tipo llegaron a manos de los nacionales en noviembre de 1936. En total se recibieron 7. Alguno de ellos continuó siendo utilizado hasta 1951.

País de origen: Alemania.

Motor: BMW 132A «Hornet» de 650 HP.

Envergadura: 18,48 m.

Longitud: 10,20 m.

Velocidad máxima/mínima: 262100 km/h.

Techo: 6200 m.

Autonomía: 850 km.

Tripulación: 2.

Acomodo: 4-6 pasajeros.

Armamento: Una ametralladora dorsal ocasionalmente.

Peso vacío: 1650 kg.

Peso total: 3175 kg.

Primer vuelo: 1926.

HEINKEL HE 45 «PAVO»

Los primeros 15 He-45B llegaron a manos de los nacionales en noviembre de 1936. En 1937, la cifra de envíos alcanzó el número de 33. Participaron en las «cadenas» en el Norte, Brunete, Teruel, Levante y el Ebro.

País de origen: Alemania.

Motor: BMW VI de 750 HP.

Envergadura: 11,50 m.

Longitud: 10 m.

Velocidad máxima/mínima: 290-105 km/h.

Techo: 5500 m.

Autonomía: 1200 km.

Tripulación: 2.

Armamento: Una ametralladora de 7,9 mm, fija, otra móvil y 300 kg de bombas.

Peso vacío: 2105 kg.

Peso total: 2745 kg.

Primer vuelo: 1932.

PWS 10 «PAVIPOLLO»

En julio de 1936, los nacionales adquirieron 20 de estos aparatos en Polonia. En febrero de 1937 formó con ellos una escuadrilla de caza Ángel Salas. La disponibilidad de los He-51 llevó a desplazar a los «pavipollos» a la Escuela de Jerez.

País de origen: Polonia.

Motor: Skoda-Lorraine «W» de 450 HP.

Envergadura: 11 m.

Longitud: 7,50 m.

Velocidad máxima/mínima: 260-215 km/h.

Techo: 7500-6500 m.

Autonomía: 300 km.

Tripulación: 1.

Armamento: Dos ametralladoras de 7,7 mm.

Peso vacío: 1115 kg.

Peso total: 1550 kg.

Primer vuelo: 1930.

HEINKEL HE 60 E

En noviembre de 1936 llegaron a los nacionales los primeros seis aparatos de este tipo, de los que adquirirían uno más en febrero de 1939. Fueron utilizados en tareas de reconocimiento y de protección de la escuadra.

País de origen: Alemania.

Motor: BMW VI de 660 HP.

Envergadura: 13,50 m.

Longitud: 11,50 m.

Velocidad máxima/mínima: 240-90 km/h.

Techo: 5000 m.

Autonomía: 950 km.

Tripulación: 2.

Armamento: Una ametralladora fija de 7,92 mm, otra móvil similar y 300 kg de bombas.

Peso vacío: 2775 kg.

Peso total: 3400 kg.

Primer vuelo: 1933.

JUNKERS JU 87A «STUKA»

En noviembre de 1936 llegaron a manos de los nacionales los primeros «Sturzkampfflugzeug» (bombarderos en picado) que fueron probados con fruición por los alemanes deseosos de saber las posibilidades del bombardeo en picado. El 19 de diciembre de 1936, un Stuka logró destruir con una sola bomba el puesto de mando republicano en Bujalance, Córdoba, lo que influyó considerablemente en su utilización posterior. Su actuación fue ciertamente muy destacada en Teruel, el Ebro y la ofensiva de Cataluña. En total, llegaron 7 más un prototipo.

País de origen: Alemania.

Motor: Junkers Jumo 210 de 640 HP.

Envergadura: 13,80 m.

Longitud: 10,32 m.

Velocidad máxima/mínima: 320-100 km/h.

Techo: 7860-7000 m.

Autonomía: 1000 km. Tripulación: 2.

Armamento: Una ametralladora de 7,9 m, fija y otra similar móvil, y 500 kg de bombas.

Peso vacío: 2320 kg.

Peso total: 3395 kg.

Primer vuelo: 1935.

JUNKERS JU 87B «STUKA»

Este aparato fue probado por primera vez en España —como el JU 87A— adonde llegaron 5 aviones en octubre de 1938. Encuadrados en el Grupo K/88 de la Legión Cóndor, su labor fue muy eficaz.

País de origen: Alemania.

Motor: Junkers «Jumo 211 Da» de 1200 HP.

Envergadura: 13,80 m.

Longitud: 10,98 m.

Velocidad máxima/mínima: 385-100 km/h.

Techo: 8000 m.

Autonomía: 800 km.

Tripulación: 2.

Armamento: 3 ametralladoras de 7,9 mm y de 500 a 1000 kg de bombas.

Peso vacío: 2757 kg.

Peso total: 4335 kg

Primer vuelo: 1938.

HEINKEL HE 112

En noviembre de 1936, los nacionales recibieron el prototipo de este aparato. En noviembre de 1938, recibieron otros 16 aparatos de este tipo. Participaron en la ofensiva de Cataluña.

País de origen: Alemania.

Motor: Junkers «Jumo 210 Ea» de 680 HP.

Envergadura: 9,10 m.

Longitud: 9,30 m.

Velocidad máxima/mínima: 510-135 km/h.

Techo: 9500-8500 m.

Autonomía: 1150 kms.

Armamento: 2 cañones MG/FF de 20 mm y 2 ametralladoras MG 17 de 7,9 y 60 kg de bombas.

Peso vacío: 1620 kg.

Peso total: 2360 kg.

Primer vuelo: 1935.

ROMEO Ro.41

El 1 de enero de 1937 recibieron los nacionales los tres primeros Ro.41. En febrero y noviembre

de ese año llegaron nuevas entregas de 16 y 9 aparatos respectivamente. Fueron destinados a las escuelas de caza de Gallur y Valladolid.

País de origen: Italia.

Motor: Piaggio P.VII de 430 HP.

Envergadura: 8,81 m.

Longitud: 6,70 m.

Velocidad máxima/mínima: 340-98 km/h.

Techo: 8200 m.

Autonomía: 600 km.

Tripulación: 1-2.

Armamento: Dos ametralladoras Breda de 7,7 mm.

Peso vacío: 980 kg.

Peso total: 1250 kg.

Primer vuelo: 1934.

DORNIER DO 17E «BACALAO» O «PABLO»

A inicios de febrero de 1937 llegaron cuatro de estos aparatos a Cádiz para formar junto a cuatro Ju-86 y cuatro He-111 un grupo de bombardeo rápido de la Legión Cóndor. En total, los nacionales recibirían 32 ejemplares de las tres variantes E, F y P. Se trataba de un aparato excelente aunque su carga de bombas resultara escasa. Fueron utilizados en Vizcaya, Brunete y Asturias bajo mando alemán y en el Ebro y Cataluña bajo el español.

País de origen: Alemania.

Motor: Dos BMW VI de 750 HP.

Envergadura: 18 m.

Longitud: 16,25 m.

Velocidad máxima/mínima: 378 (358)-109 km/h.

Techo: 5500-5100 m.

Autonomía: 1500 (2050) m.

Tripulación: 3.

Armamento: De 2 a 4 ametralladoras de 7,9 mm y 750 kg de bombas (2 ametralladoras de 7,9, ocasionalmente 3 y 750 kg de bombas).

Peso vacío: 4500 kg.

Peso total: 7040 (7010) kg.

Primer vuelo: 1934 (1936).

DORNIER DO 17P «BACALAO»

En el otoño de 1938 llegaron a la España de Franco doce aparatos de este tipo. Utilizados en la última fase de la batalla del Ebro y en la ofensiva de Cataluña, estos aviones —denominados posteriormente «lápices voladores» por su forma— demostraron una enorme eficacia.

País de origen: Alemania.

Motor: 2 BMW 132N de 960 HP.

Envergadura: 18 m.

Longitud: 16 m.

Velocidad máxima/mínima: 435-125 km/h.

Techo: 9550 m.

Autonomía: 2200 km.

Tripulación: 3.

Armamento: 3 ametralladoras de 7,92 mm y 1 Tm de bombas.

Peso vacío: 5640 kg.

Peso total: 7680 kg.

Primer vuelo: 18 de junio de 1938.

HEINKEL HE 111B/E «PEDRO»

A inicios de 1937 les llegaron a los nacionales cuatro aparatos de este tipo que realizaron su primera misión el 20 de febrero del mismo año. En el curso de la guerra, los aparatos de este tipo recibidos por Franco ascendió a 97. Sin duda, fueron los mejores bombarderos de que disponían los alemanes contando con una excelente estabilidad y agilidad y siendo su mayor defecto su escasa visibilidad en tierra. Participaron en Guadalajara, el Norte (donde hundieron el destructor *Ciscar*), Brunete, Teruel, el Ebro y Cataluña.

País de origen: Alemania.

Motor: 2 DB-600 de 950 HP.

Envergadura: 22,60 m.

Longitud: 17,25 m.

Velocidad máxima/mínima: 400-120 km/h.

Techo: 7000 m.

Autonomía: 900-1660 km.

Tripulación: 4.

Armamento: 3 ametralladoras de 7,9 mm y 1,5 Tm de bombas.

Peso vacío: 5850 kg.

Peso total: 10 000 kg.

Primer vuelo: 1935 el prototipo y 1937.

HEINKEL HE 115A

En marzo de 1939 dos de estos aparatos fueron enviados al Grupo AS/88 de la Legión Cóndor para su evaluación. Utilizados en algunas misiones de reconocimiento, en mayo de 1939 regresaron a Alemania. País de origen: Alemania.

Motor: 2 BMW 132K de 960 HP.

Envergadura: 22,27 m.

Longitud: 17,30 m.

Velocidad máxima/mínima: 314-115 km/h.

Techo: 6400-5500 m.

Autonomía: 2000 km.

Tripulación: 3.

Armamento: 2 ametralladoras MG-15 de 7,9 mm y 1250 kg de bombas o un torpedo.

Peso vacío: 5410 kg.

Peso total: 9400 kg.

Primer vuelo: Agosto de 1937.

SAVOIA SM.79 «SPARVIERO»

El 13 de febrero de 1937 llegaron a los nacionales los tres primeros aparatos —del total de 100— de este tipo que recibieron durante la guerra. Eran unos aviones de combate magníficos caracterizados por la agilidad, la velocidad y la resistencia al fuego y, de hecho, sólo cinco fueron derribados en combate a lo largo de todo el conflicto. Actuaron en las Baleares, el Mediterráneo, el Norte (donde intervinieron en el bombardeo de Guernica), Brunete, Belchite, Teruel, el Ebro y Cataluña.

País de origen: Italia.

Motor: 3 Alfa-Romeo 126 R.C. de 780 HP.

Envergadura: 21,20 m.

Longitud: 15,60 m.

Velocidad máxima/mínima: 430-130 km/h.

Techo: 7000 m.

Autonomía: 1900-3300 km.

Tripulación: 4-5.

Armamento: 3 ametralladoras Breda-Safat de 12,7 mm, 1 de 7,7 y 1250-1536 kg de bombas.

Peso vacío: 6800 kg.

Peso total: 10 500 kg.

Primer vuelo: 1935.

BÜCKER Bü 133 JUNGMEISTER

El 14 de febrero de 1937 fue recibido por los nacionales el primero de los 21 aparatos de este tipo que utilizarían durante la guerra en la Escuela de Transformación de Jerez. Curiosamente, la República adquiriría tres de estos aparatos para su uso en la Escuela de la Ribera.

País de origen: Alemania.

Motor: Hirth HM 506 de 160 HP.

Envergadura: 6,60 m.

Longitud: 6,15 m.

Velocidad máxima/mínima: 230-80 km/h.

Techo: 6000-4500 m.

Autonomía: 500 km.

Tripulación: 1.

Peso vacío: 410 kg.

Peso total: 585 kg.

Primer vuelo: 1935.

KLEM L32 A XIV

A inicios de 1937 llegaron a la España de Franco cuatro aparatos de este tipo que fueron utilizados por la Legión Cóndor como transporte de personal y correo. En España se utilizó hasta 1955.

País de origen: Alemania.

Motor: Siemens Sh-14a de 150 HP.

Envergadura: 12 m.

Longitud: 7,20 m.

Velocidad máxima/mínima: 210-67 km/h.

Techo: 4800 m.

Autonomía: 800 km.

Tripulación: 2-3.

Peso vacío: 590 kg.

Peso total: 950 kg.

Primer vuelo: 1931.

JUNKERS JU 86D

En febrero de 1937 fueron enviados 4 de estos aparatos a la Legión Cóndor para formar parte del grupo experimental VB/88. En la primavera de ese mismo año fue recibido un quinto aparato. Participaron activamente en la lucha sobre Extremadura.

País de origen: Alemania.

Motor: 2 Junkers Jumo 205cc, diesel, de 600 HP.

Envergadura: 22,50 m.

Longitud: 17,60 m.

Velocidad máxima/mínima: 325-98 km/h.

Techo: 5900 m.

Autonomía: 1500 km

Tripulación: 4.

Armamento: 3 ametralladoras de 7,9 mm y de 800 a 1000 kg de bombas.

Peso vacío: 5670 kg.

Peso total: 7850 kg.

Primer vuelo: 1934.

BREDA BA.65

En febrero de 1937 fueron enviados tres aparatos de este tipo a Franco. Durante la guerra fueron recibidos por los nacionales 23 aparatos de este modelo que se comportaron magníficamente como bombarderos incluso en picado. Intervinieron en Santander, Teruel, el Ebro y Cataluña siempre pilotados por italianos.

País de origen: Italia.

Motor: Fiat A-80 de 1000 HP.

Envergadura: 12,10 m.

Longitud: 9,30 m.

Velocidad máxima/mínima: 430-123 km/h.

Techo: 8300 m.

Autonomía: 550 km.

Tripulación: 1-2.

Armamento: 2 ametralladoras de 12,7 mm, 2 de 7,7 y 1 Tm de bombas.

Peso vacío: 2400 kg.

Peso total: 3500 kg.

Primer vuelo: 1935.

ARADO AR.66 C

El 25 de febrero de 1937 los nacionales recibieron 6 de estos aparatos que fueron destinados a las escuelas de El Copero y Jerez.

País de origen: Alemania.

Motor: Argus As-10 de 240 HP.

Envergadura: 10 m.

Longitud: 8,30 m.

Velocidad máxima/mínima: 210-77 km/h.

Techo: 5200-4500 m.

Autonomía: 715 km.

Tripulación: 2.

Armamento: Ocasionalmente 1 ametralladora y bombas ligeras.

Peso vacío: 885 kg.

Peso total: 1305 kg.

Primer vuelo: 1932.

FIAT BR.20 «CICOGNA»

En junio de 1937 llegaron a la aviación nacional seis de estos aparatos entrando en acción al mes siguiente en Brunete. Formaron casi de manera inmediata, junto con los Breda 65, el Grupo 35 de la Aviación legionaria a las órdenes del teniente coronel italiano Sergio Lalatta. En total 13 de

estos aviones intervinieron con brillantez al lado de las fuerzas de Franco participando en Teruel, el Ebro y la ofensiva de Cataluña. Destacaron de manera especial por la precisión de sus bombardeos.

País de origen: Italia.

Motor: 2 Fiat A-80 de 1000 HP.

Envergadura: 21,56 m.

Longitud: 16,10 m.

Velocidad máxima/mínima: 432-107 km/h.

Techo: 9000 m.

Autonomía: 1500-3000 km.

Tripulación: 5.

Armamento: 1 ametralladora de 127 mm, 3 de 7,7 y 1600 kg de bombas.

Peso vacío: 6500 kg.

Peso total: 10 100 kg.

Primer vuelo: 10 de febrero de 1936.

MESSERSCHMITT BF 108 «TAIFUN»

A mediados de 1937, la Legión Cóndor recibió seis de estos aparatos para ser utilizados como avionetas de enlace en el Grupo S/88. Sin ningún género de dudas, fueron los mejores aparatos de este tipo utilizados durante la guerra civil española. Una idea de su calidad queda de manifiesto si tenemos en cuenta que todavía algunos siguen en funcionamiento en distintas partes del mundo.

País de origen: Alemania.

Motor: Argus As 10C de 240 HP.

Envergadura: 10,62 m.

Longitud: 8,30 m.

Velocidad máxima/mínima: 300-80 km/h.

Techo: 6500-6200 m.

Autonomía: 1000 km.

Acomodo: 4.

Peso vacío: 860 kg.

Peso total: 1400 kg.

Primer vuelo: 1934.

GOTHA Go 145-A

El 28 de mayo de 1938 llegaron a Vigo los primeros ocho Go-145A de un total de 21 que recibiría Franco durante la contienda. Fueron utilizados en las escuelas de pilotos.

País de origen: Alemania.

Motor: Argus As 10C de 240 HP.

Envergadura: 9 m.

Longitud: 8,65 m.

Velocidad máxima/mínima: 220-90 km/h.

Techo: 4000-3700 m.

Autonomía: 675 km.

Tripulación: 2.

Armamento: Ocasionalmente 1 ametralladora móvil MG-15 de 7,9 mm.

Peso vacío: 880 kg.

Peso total: 1380 kg.

Primer vuelo: 1934.

CAPRONI AP.1 «APIO»

Entre octubre y diciembre de 1938 llegaron a la España de Franco diez de estos aparatos. Fueron utilizados en las escuelas de caza.

País de origen: Italia.

Motor: Alfa-Romeo 126 RC34 de 780 HP.

Envergadura: 12 m.

Longitud: 8,69 m.

Velocidad máxima/mínima: 390-100 km/h.

Techo: 8000-7500 m.

Autonomía: 1500 km.

Tripulación: 2.

Armamento: 2 ametralladoras Breda de 7,7 mm fijas, 1 móvil y 400 kg de bombas.

Peso vacío: 1847 kg.

Peso total: 2740 kg.

Primer vuelo: 1934.

HENSCHEL Hs 126 «SUPERPAVA»

En octubre de 1938 ocho de estos aparatos fueron recibidos por el Grupo A/88 de la Legión Cóndor. Fueron utilizados con mucho éxito en la ofensiva de Cataluña (donde se perdió uno) y durante los primeros años de la Segunda Guerra Mundial fue el mejor aparato alemán de su categoría.

País de origen: Alemania.

Motor: Bramo 323 «Fafnir» de 830 HP.

Envergadura: 14,50 m.

Longitud: 10,85 m.

Velocidad máxima/mínima: 355-95 km/h.

Techo: 9000-8300 m.

Autonomía: 720 km.

Tripulación: 2.

Armamento: 1 ametralladora de 7,9 mm fija, 1 móvil y 150 kg de bombas.

Peso vacío: 2030 kg.

Peso total: 3090 kg.

Primer vuelo: 1936.

CAPRONI CA.310 «LIBECCIO»

En octubre de 1938 llegaron a la España de Franco los primeros aparatos de este tipo. Los mismos llegarían a un total de 16 durante la guerra. Participaron en la fase final de la batalla del Ebro y en la ofensiva de Cataluña.

País de origen: Italia.

Motor: 2 Piaggio P.VII de 430 HP.

Envergadura: 16,20 m.

Longitud: 12,20 m.

Velocidad máxima/mínima: 365-100 km/h.

Techo: 7000 m.

Autonomía: 1650 km.

Tripulación: 4.

Armamento: 2 ametralladoras de 7,7 mm fijas y 1 móvil y 400 kg de bombas.

Peso vacío: 3040 kg.

Peso total: 4205 kg.

Primer vuelo: 1937.

FIESELER Fi-156A «CIGÜEÑA»

A mediados de 1938 fueron enviados a la Legión Cónedor seis Fi-156A. Los mismos actuaron con éxito en los meses que restaban de conflicto. Aparato realmente extraordinario —uno de ellos sirvió para liberar a Mussolini durante la segunda guerra mundial— siguió de servicio en España hasta 1962.

País de origen: Alemania.

Motor: Argus As 10C de 240 HP.

Envergadura: 14,25 m.

Longitud: 9,90 m.

Velocidad máxima/mínima: 175-50 km/h.

Techo: 5900-4600 m.

Autonomía: 465-1010 km.

Tripulación: 2-3.

Peso vacío: 860 kg.

Peso total: 1320 kg.

Primer vuelo: Mayo de 1936.

FIAT G.50 «FRECCIA»

En marzo de 1939 fueron recibidos diez de estos aparatos en la España de Franco formándose a mediados de ese mes una escuadrilla experimental.

País de origen: Italia.

Motor: Fiat A-74 de 870 HP.

Envergadura: 10,98 m.

Longitud: 7,80 m.

Velocidad máxima/mínima: 485/114 km/h.

Techo: 10 700 m.

Autonomía: 670 km.

Tripulación: 1.

Armamento: 2 ametralladoras Breda-Safat de 12,7 mm.

Peso vacío: 1930 kg.

Peso total: 2330 kg.

Primer vuelo: 26 de febrero de 1937.

III) Los aviones republicanos

VICKERS VILDEBEEST

Los Vickers que había en España quedaron todos en zona republicana al estallar la guerra. Fueron utilizados en el bombardeo de Zaragoza de 22 de julio, en la Sierra de Teruel, en Andalucía, en Extremadura y, por último, en Talavera. Se conoce asimismo su actuación en Málaga, Guadalajara y Levante, aunque finalmente sólo eran utilizados, con alguna excepción, como vehículos para instrucción.

País de origen: Gran Bretaña.

Motor: Hispano Suiza 12 lbr de 600 HP.

Envergadura: 14,93 m.

Longitud: 11,22 m.

Velocidad máxima/mínima: 225 km/h-90 km/h.

Techo: 5800 m.

Autonomía: 970-2000 km.

Tripulación: 2-3.

Armamento: Dos ametralladoras Vickers 7,7 mm, fijas, una Lewis de 7,7 mm móvil y 750 kg de bombas o un torpedo de hasta 967 kg.

Peso vacío: 1990 kg.

Peso total: 3850 kg.

Primer vuelo: 1928.

POTEZ 540

Este avión —muy manejable pero extremadamente lento y mal armado— sólo fue utilizado en acciones militares durante la guerra civil española. La República adquirió 14 de estos aparatos. Fueron utilizados en agosto de 1936 en la Escuadrilla España de Malraux y la 2.^a Lafayette. Sus últimas acciones se produjeron durante la ofensiva nacional contra Málaga a principios de 1937.

País de origen: Francia.

Motor: 2 Hispano-Suiza 12 Xbrs de 690 HP.

Envergadura: 22,10 m.

Longitud: 16,20 m.

Velocidad máxima/mínima: 310-110 km/h.

Techo: 10 000 m.

Autonomía: 1200 km.

Tripulación: Cuatro.

Armamento: Tres ametralladoras

Dame de 7,5 mm y 1000 kg de bombas.

Peso vacío: 3785 kg.

Peso total: 5950 kg.

Primer vuelo: 1933.

DEWOITINE 371/372

La República recibió 18 de estos aparatos desde agosto de 1936 a octubre de 1937. No pudieron entrar en combate hasta finales de agosto de 1936 y a finales de ese mismo año, dada su inferioridad frente a la aviación germano-italiana, fueron destinados de Madrid a otros frentes como el Norte o Levante. Los últimos fueron destruidos el 6 de febrero de 1939 en el ametrallamiento del campo de Vilajuiga por la Legión Condor alemana.

País de origen: Francia.

Motor: Gnome Rhone 14 Kfs de 930 HP.

Envergadura: 11,80 m.

Longitud: 7,44 m.

Velocidad máxima/mínima: 405-120 km/h.

Techo: 11 000 m.

Autonomía: 900 km.

Tripulación: 1.

Armamento: 2 ametralladoras Vickers de 7,7 mm en el fuselaje y dos Dame de 7,5 en los planos.

Peso vacío: 1295 kg.

Peso total: 1860 kg.

Primer vuelo: 1932.

GOURDOU LESEURRE GL-32

Este avión estaba siendo retirado de las escuelas francesas cuando se produjo el estallido de la guerra civil. Este evento llevó a enviar a la República 16 en agosto de 1936, siendo utilizados en octubre de ese mismo año en la batalla de Madrid. A inicios de 1937, el gobierno vasco encargó otros doce aparatos a Francia. Once llegaron a Vizcaya y fueron utilizados como bombarderos ya que estaban totalmente superados como aviones de combate. Los últimos aparatos de este tipo — también denominado LGL-32 — fueron destruidos en el ataque alemán sobre Vilajuiga.

País de origen: Francia.

Motor: Gnome Rhone «Jupiter» 9Adi de 420 HP.

Envergadura: 12,20 m.

Longitud: 7,55 m.

Velocidad máxima: 250 km/h.

Techo: 9700 m.

Autonomía: 500 km.

Tripulación: 1.

Armamento: Dos ametralladoras Vickers de 7,7 mm y dos Dame de 7,7. 250 kg de bombas.

Peso vacío: 1010 kg.

Peso total: 1522 kg.

Primer vuelo: 1925.

POLIKARPOV I-15 «CHATO»

A mediados de octubre de 1936 llegaron los primeros Chatos enviados por la URSS a la República (alcanzarían una cifra de 153, a los que hay que sumar 237 fabricados en España, alcanzando un total de 390) aunque no entraron en acción hasta los primeros días de noviembre del mismo año. Era superior al He 51 y podía competir con el Fiat que lo superaba en velocidad y penetración. Al final de la contienda unos setenta aparatos de este tipo fueron capturados por los nacionales y otros cuarenta y cuatro recuperados o devueltos por Francia. Destacaron de manera especial en la batalla de Guadalajara.

País de origen: URSS.

Motor: M-25 de 710 HP.

Envergadura: 9,75 m.

Longitud: 6,10 m.

Velocidad máxima/mínima: 369-90 km/h.

Techo: 10 000-9800 m.

Autonomía: 725 km.

Tripulación: 1.

Armamento: Cuatro ametralladoras ShKas de 7,62 mm y 64 kg de bombas.

Peso vacío: 965 kg.

Peso total: 1374 kg.

Primer vuelo: 1933.

POLICARPOV I-15B «SUPER CHATO»

La URSS envió 93 de estos aparatos a la República a finales de 1938. Sólo 30 llegaron a Barcelona en enero de 1939, siendo retenidos los otros 62 en Francia y perdiéndose 1 en el entrenamiento en Francia. El 5 de febrero, durante la ofensiva de Cataluña, recibieron orden de pasar a Francia posiblemente con la intención de ser utilizados más adelante en la defensa del Centro republicano.

País de origen: URSS.

Motor: M-25 B de 750 HP.

Envergadura: 10,20 m.

Longitud: 6,20 m.

Velocidad máxima/mínima: 375-110 km/h.

Techo: 9500-9000 m.

Autonomía: 800 km.

Tripulación: 1.

Armamento: 4 ametralladoras ShKAS de 7,62 mm y 100 kg de bombas.

Peso vacío: 1290 kg.

Peso total: 1714-1900 kg.

Primer vuelo: Enero de 1937.

TUPOLIEV SB «KATIUSKA» (TAMBIÉN «MARTIN BOMBER» Y «SOFÍA»)

El 15 de octubre de 1936 recibió la República los primeros aparatos de este tipo enviados por la URSS, que llegarían a alcanzar la cifra de 93. El 28 de ese mismo mes realizaron su primera misión bombardeando Tablada y Talavera. Más rápido que los cazas nacionales, éstos adoptaron la táctica de esperarlo a gran altura para, en el momento adecuado, picar y así superarlo en velocidad. El «Katiuska» tenía defectos graves como la tendencia a incendiarse con facilidad cuando era alcanzado, su difícil mantenimiento, su deficiente vuelo con un solo motor y la pesadez de mandos. La utilización por los nacionales de los cazas alemanes Bf 109 y de los cañones 8,8 multiplicó espectacularmente las bajas experimentadas por los Katiuskas. Aparatos de esta clase atacaron el acorazado alemán *Deutschland*.

País de origen: URSS.

Motor: 2 M-100 A de 860 HP.

Envergadura: 20,33 m.

Longitud: 12,57 m.

Velocidad máxima/mínima: 430-120 km/h.

Techo: 9550 m.

Autonomía: 1750 km.

Tripulación: 3.

Armamento: Cuatro ametralladoras ShKAS de 7,62 mm y de 600 kg a 1 Tm de bombas.

Peso vacío: 4000 kg.

Peso total: 5740-6100 kg.

Primer vuelo: 1934.

POLIKARPOV I-16 «MOSCA» O «RAT»

Este avión soviético fue utilizado por primera vez el 15 de noviembre de 1936 durante la batalla de Madrid. El hecho de que parecieran «salir de las alcantarillas» les valió el apodo con que fueron conocidos por los nacionales. Durante la guerra, la URSS envió unos 278 de estos aparatos. El aterrizaje con este aparato resultaba complicado ya que tenía tendencia a entrar en barrena con facilidad. Posiblemente, su papel más destacado lo tuvieron en la batalla de Guadalajara. Hasta la llegada de los Mecer 109 E no fueron superados. Aun así intervinieron en Brunete, Teruel, el Ebro y la ofensiva de Cataluña. Se recibieron 276 de la URSS a los que se sumaron 10 fabricados en España.

País de origen: URSS.

Motor: M-25 de 725 HP.

Envergadura: 9 m.

Longitud: 5,90 m.

Velocidad máxima/mínima: 455-115 km/h.

Techo: 9200 m.

Autonomía: 820 km.

Tripulación: 1.

Armamento: Dos ametralladoras ShKAS de 7,62 mm.

Peso vacío: 1200 kg.

Peso total: 1460 kg.

Primer vuelo: 1937.

GRUMMAN G-23 DELFIN

La adquisición de aviones de este tipo por parte de la República chocó con el embargo internacional de armas que, de manera muy especial, le resultó perjudicial mientras que no afectaba en absoluto a sus adversarios. Llegaron 34 de estos aparatos, que participaron en la defensa de Levante y de manera muy especial en la batalla del Ebro. Muy inferiores al Fiat CR-32 o al Bf-109, durante la guerra sólo consiguieron un derribo (un hidro He-59) y, por el contrario, sufrieron bajas considerables.

País de origen: Estados Unidos.

Motor: Wright R-1820 de 890 HP.

Envergadura: 10,50 m.

Longitud: 7,56 m.

Velocidad máxima/mínima: 354-105 km/h.

Techo: 7625 m.

Autonomía: 1040 km.

Tripulación: 2.

Armamento: 2 ametralladoras fijas de 7,7 mm, 1 móvil y 300 kg de bombas.

Peso vacío: 1460 kg.

Peso total: 2180 kg.

Primer vuelo: 1931.

BRISTOL BULLDOG

Procedentes de Estonia, ocho de estos aparatos llegaron al puerto asturiano de El Musel el 5 de julio de 1937. Participaron así en la campaña de Vizcaya y en las de Santander y Asturias. Se trataba de aparatos totalmente atrasados ya en esa época y además se carecía de repuestos para los mismos. Estas circunstancias explican que pese a que uno fue capturado por las fuerzas de Franco, nunca llegó a ser utilizado en combate y se le relegó a la exposición del Gran Kursal en San Sebastián.

País de origen: Gran Bretaña.

Motor: Bristol «Jupiter» de 530 HP.

Envergadura: 10,34 m.

Longitud: 7,67 m.

Velocidad máxima/mínima: 287-88 km/h.

Techo: 9900-8930 m.

Autonomía: 450 km.

Tripulación: 1.

Armamento: 2 ametralladoras Vickers de 7,7 mm y 4 bombas de 9 kg.

Peso vacío: 1008 kg.

Peso total: 1660 kg.

Primer vuelo: 1927.

HANRIOT H 437 439

La República adquirió siete durante la guerra, dedicándose fundamentalmente al entrenamiento en vuelo nocturno. Ninguno de estos aparatos sobrevivió a la guerra.

País de origen: Francia.

Motor: Renault 4Pei «Bengali» de 140 HP.

Envergadura: 12 m.

Longitud: 7,22 m.

Velocidad máxima/mínima: 215-70 km/h.

Techo: 5000 m.

Autonomía: 650 km.

Tripulación: 2-3.

Peso vacío: 604 kg.

Peso total: 887 kg.

Primer vuelo: 1935.

KOOLHOVEN Fk-51

A inicios de 1937 comenzaron a ser recibidos por la República los 22 aparatos de este tipo que adquiriría durante la guerra. Ocho de ellos fueron utilizados en la campaña de Vizcaya, donde no podían competir con los cazas de Franco. Los restantes se emplearon para entrenamiento de vuelo nocturno.

País de origen: Holanda.

Motor: Wright R975E de 450 HP.

Envergadura: 9 m.

Longitud: 7,80 m.

Velocidad máxima/mínima: 265-88 km/h.

Techo: 6500-5600 m.

Autonomía: 730 km.

Tripulación: 1 o 2.

Armamento: Ocasionalmente, dos ametralladoras de 7,7 mm fijas y una móvil.

Peso vacío: 1000 kg.

Peso total: 1600 kg.

Primer vuelo: 1935.

POLIKARPOV R-5 «RASANTE» O «PAPAGAYO»

En noviembre de 1936 llegaron a la España republicana los únicos 31 aparatos de este tipo, realizando su primera acción el 2 de diciembre contra el aeródromo nacional de Velada, junto a Talavera. Especialmente vulnerables a los cazas y a la defensa antiaérea adversarios dada su escasa velocidad y capacidad de maniobra, fueron relegados ya en 1936 a los ataques nocturnos. Durante el resto de la contienda actuaron en Aragón y Levante.

País de origen: URSS.

Motor: M-17 de 730 HP.

Envergadura: 15,50 m.

Longitud: 10,50 m.

Velocidad máxima/mínima: 270-95 km/h.

Techo: 6500-6400 m.

Autonomía: 1100 km.

Tripulación: 2.

Armamento: 1-2 ametralladoras fijas de 7,62 mm, 1-2 móviles y 400 kg de bombas.

Peso vacío: 1915 kg.

Peso total: 2800 kg.

Primer vuelo: 1928.

POLIKARPOV R-Z «NATACHA»

A inicios de 1937 recibieron los republicanos los primeros aparatos de este tipo, que llegaron a 93. Fueron empleados en Guadalajara, Aragón, Brunete (donde sufrieron pérdidas de relevancia), Teruel, el Ebro y la ofensiva de Cataluña.

País de origen: URSS.

Motor: AM-34 de 750 HP.

Envergadura: 15,50 m.

Longitud: 9,72 m.

Velocidad máxima/mínima: 316-105 km/h.

Techo: 8700-8000 m.

Autonomía: 1000 km.

Tripulación: 2.

Armamento: 2 ametralladoras de 7,62 mm, una PV fija y una ShKAS móvil, y 450 kg de bombas.

Peso vacío: 2007 kg.

Peso total: 3150-3500 kg.

Primer vuelo: 1935.

CAUDRON 440 GOELAND

La República adquirió media docena de estos aparatos durante la guerra, que fueron utilizados para enlace y transporte. Dos de ellos fueron capturados por el enemigo.

País de origen: Francia.

Motor: 2 Renault 6Q de 220 HP.

Envergadura: 17,60 m.

Longitud: 13,80 m.

Velocidad máxima/mínima: 333-90 km/h.

Techo: 5600 m.

Autonomía: 560-1690 km.

Tripulación: 2.

Peso vacío: 2720 kg.

Peso total: 3810 kg.

Primer vuelo: 1934.

LETOV S.231

Desechado por la aviación checoslovaca por su inferioridad frente al Avia 534, este avión fue uno de los adquiridos por el Gobierno del Frente popular a impulsos de las desastrosas comisiones cobradas en el curso de las compras para el Ejército popular. El 17 de marzo de 1937, ocho de

estos aviones llegaron a Santander, averiándose dos en los vuelos de prueba. En la campaña del norte, todos ellos fueron derribados o capturados. En la primavera de ese mismo año llegaron a Barcelona otros diez que participaron en las campañas de Levante y Cataluña.

País de origen: Checoslovaquia.

Motor: Walter «Mercury 24» de 560 HP.

Envergadura: 10,06 m.

Longitud: 7,85 m.

Velocidad máxima/mínima: 348-100 km/h.

Techo: 9300 m.

Autonomía: 450 km.

Tripulación: 1.

Armamento: 2 o 3 Vickers de 7,7 mm en España. 200 kg de bombas.

Peso vacío: 1187 kg.

Peso total: 1550 kg.

Primer vuelo: 1933.

Apéndice B

LOS BLINDADOS DE LA GUERRA CIVIL ESPAÑOLA

La guerra civil española constituyó un auténtico campo de pruebas para los blindados pertenecientes a la URSS, Italia y Alemania. Como hemos podido señalar a lo largo de la presente obra, nunca se produjeron en España grandes enfrentamientos de blindados similares a los acontecidos durante la Segunda Guerra Mundial, pero sí se realizaron experimentos de tácticas concretas como la denominada *Blitzkrieg* o «guerra relámpago». La superioridad numérica en lo que a carros de combate se refiere perteneció claramente al Ejército popular de la República. Sin embargo, el Mando republicano no supo aprovecharla para ganar la guerra.

A continuación describimos someramente los principales blindados (carros, autoametralladoras y camiones) que intervinieron en el conflicto. Hemos descartado aquellos que como el carro de combate para infantería tipo 1937 o el Verdeja no pasaron de la fase de prototípico o cuya participación resulta problemática, como es el caso del carro de combate ligero Vickers 6 Ton tipo B.

Carros de combate

CARRO DE ASALTO SCHNEIDER CA1 MODELO 1916

En el año 1921, el Gobierno español compró seis carros de este modelo. Utilizados en la guerra de Marruecos, los cuatro que quedaron fueron llevados al Parque de Artillería de Madrid. Uno fue utilizado el 20 de julio en el asalto al Cuartel de la Montaña, y el 21, dos CAI fueron enviados a sitiarn el Alcázar de Toledo, donde uno fue destruido. En los meses siguientes desaparecerían estos carros en la defensa de Madrid.

País de origen: Francia.

Año de fabricación: 1916.

Tripulación: 7, jefe de carro, conductor, artillero, sirvientes de ametralladoras y proveedores.

Peso: 13 500 kg.

Longitud: 6,32 m.

Ancho: 2,05 m.

Alto: 2,30 m.

Vano libre al suelo: 254 mm.

Contacto con el suelo: 2,64 m.

Ancho de cadenas: 355 mm.

Número de eslabones: 36.

Suspensión: Muelles helicoidales.

Motor: Schneider de gasolina, cilindrada de 9,70 l refrigerado por agua, de 60 CV.

Transmisión: Manual 3AV, 1R.

Velocidad: 6,75 km/h.

Radio de acción: 80 km o 6/8 h.

Combustible: 1001.

Armamento: Obús S corto de 75 mm y 2 ametralladoras Hotchkiss de 8 mm.

Munición: 96 disparos de 75 mm, 400 de 8 mm.

Blindaje: Acero, 11,4 a 5,40 mm.

CARRO DE COMBATE LIGERO RENAULT FT (FAIBLE TONNAGE) MODELO 1917

En el año 1922, España compró 12 carros de este tipo a los que añadió otros seis para realizar el desembarco en Alhucemas. En 1931, se organizaron con ellos dos Regimientos ligeros de carros de combate que aún existían en julio de 1936. Del total, seis quedaron en la zona controlada por el Frente popular y otros cinco en la nacional. Los primeros se emplearon en el asalto al Cuartel de la Montaña, los combates en el Alto del León, en Talavera y, en noviembre de 1936, en la defensa de la Casa de Campo en Madrid, donde fueron destruidos. En cuanto a los rebeldes, se utilizaron al inicio de la guerra en el frente de Aragón, donde fueron destruidos tres. Nuevos FT-17 comprados en la URSS y en Polonia fueron utilizados en el frente de Vizcaya y en el de Santander por las fuerzas republicanas y después de la victoria nacional en este sector pasaron a ser usados por las tropas del Ejército nacional en la denominada Compañía Renault.

País de origen: Francia.

Año de fabricación: 1917.

Tripulación: 2, jefe de carro-tirador y conductor.

Peso: 6700 kg.

Longitud: 4,94 m.

Ancho: 1,74 m.

Alto: 2,14 m.

Vano libre al suelo: 397 mm.

Contacto con el suelo: 1,28 m.

Ancho de cadenas: 330 mm.

Número de eslabones: 32.

Suspensión: Muelles y ballestas.

Motor: Renault de gasolina, 4 cilindros refrigerado por agua, 60 CV.

Transmisión: Manual 4AV, IR.

Velocidad: 7,7 km/h.

Radio de acción: 39 km.

Combustible: 108 l.

Armamento: Ametralladora Hotchkiss de 7 mm, modelo 1914. Cañón de 37 mm Puteaux.

Munición: 4800 cartuchos.

Blindaje: Acero, 6 a 16 mm.

CARRO DE COMBATE LIGERO TRUBIA 75 HP SERIE 4

Este carro de origen español debe su nombre a la fábrica de Trubia donde fue ideado en 1925 por el capitán de artillería Carlos Ruiz de Toledo. Construidos cuatro prototipos en 1926 y probados se devolvieron a la fábrica y no terminaron de corregirse sus defectos hasta 1935. Entonces fueron entregados al Regimiento de Infantería Milan n.º 32 de Oviedo, cayendo así en 1936 en manos de los alzados. Tras la liberación de Oviedo, donde se usaron como blocaos móviles, fueron desguazados, excepto uno que sobrevivió.

País de origen: España.

Año de fabricación: 1926.

Tripulación: 3, jefe-tirador, segundo tirador y conductor.

Peso: 8900 kg.

Longitud: 5,38 m.

Ancho: 2,11 m.

Alto: 2,39 m.

Suspensión: Muelles helicoidales.

Motor: Daimler MV-1574 de gasolina, de 4 cilindros.

Transmisión: Manual.

Velocidad: 19 km/h.

Armamento: 3 ametralladoras Hotchkiss de 7 mm.

Blindaje: 20 mm.

CARRO DE COMBATE LIGERO TRUBIA MODELO 1936

El proyecto para la construcción de este carro fue aprobado el primer día del año 1936. El estallido de la guerra impidió concluir la realización de su prototipo, pero sus planos fueron enviados a la factoría que en Sestao tenía la Sociedad Española de Construcción Naval con la finalidad de que pudiera realizarse su fabricación. Sólo llegaron a concluirse 16 de estos carros que participaron en la defensa de Vizcaya y luego en la de Santander, donde 9 de ellos cayeron en manos del Ejército nacional.

País de origen: España.

Año de fabricación: 1936.

Tripulación: 3, jefe, tirador de proa y conductor.

Peso: 5500 kg.

Longitud: 3,55 m.

Ancho: 1,70 m.

Alto: 1,85 m.

Vano libre al suelo: 300 mm.

Contacto con el suelo: 1,80 m.

Ancho de cadenas: 320 mm.

Número de eslabones: 56.

Suspensión: Muelles.

Motor: MAN D-0530 diesel, de 6 cilindros, 70 CV a 1800 rpm.

Transmisión: Manual 3AV, 1 R.

Radio de acción: 8 h.

Combustible: 92 l.

Armamento: 2 ametralladoras Lewis 7,7 mm.

MunicIÓN: 9600 cartuchos.

Blindaje: Acero, 13,3 mm.

CARRO DE COMBATE LIGERO FIAT-ANSALDO CV-3

Mussolini envió 147. Flojo y de peores prestaciones que el Pz I, a mediados de agosto de 1936, los rebeldes ya habían comenzado a recibir estos carros y los emplearon en la toma de San Sebastián, en las batallas de Madrid y de Guadalajara, en la campaña de Santander, en la ofensiva de Aragón, en la batalla del Ebro y en la ofensiva de Cataluña.

País de origen: Italia.

Año de fabricación: 1935.

Tripulación: 2, jefe-tirador y conductor.

Peso: 3400 kg.

Longitud: 3,15 m.

Ancho: 1,43 m.

Alto: 1,28 m.

Vano libre al suelo: 330 mm.

Ancho de cadenas: 270 mm.

Número de eslabones: 72.

Suspensión: Dos carrillos apoyados en semiballestas.

Motor: Fiat SPA CV3 de gasolina, de 4 cilindros, de 43CV a 2400 rpm.

Transmisión: Caja manual Fiat 4AV, 1 R.

Velocidad: 41 km/h.

Radio de acción: 120 km o 6 horas.

Combustible: 651.

Armamento: 2 ametralladoras Fiat 14 o 2 Fiat-35 de 8 mm.

MunicIÓN: 3200 disparos.

Blindaje: Acero, de 6 a 13,5 mm.

CARRO DE COMBATE LIGERO T-26B

La URSS envió 281 de estos carros que en los últimos días de septiembre de 1936 o primeros de octubre llegaron ya a España en número de 15. Su primera intervención tuvo lugar el 29 de octubre en el enfrentamiento de Seseña, donde combatirían contra los CV-3. Este carro fue utilizado en el Jarama, Guadalajara, Brunete, Belchite y Teruel por los republicanos. En las ofensivas de Aragón, del Ebro y de Cataluña fueron empleados por los dos bandos.

País de origen: URSS.

Tripulación: 3, jefe-tirador, cargador, conductor.

Peso: 9400 kg.

Longitud: 4,62 m.

Ancho: 2,44 m.

Alto: 2,24 m.

Vano libre al suelo: 380 mm.

Contacto con el suelo: 2,77 m.

Ancho de cadenas: 259 mm.

Número de eslabones: 95.

Suspensión: Dos cangrejos con dobles brazos oscilantes y ballestas, a ambos lados.

Motor: GAZ T-26, de gasolina, de 4 cilindros, de 91 CV a 2100 rpm.

Transmisión: Manual 5AV, IR.

Velocidad: 30 km/h.

Radio de acción: 190 km.

Combustible: 2901.

Armamento: Cañón de 45/44 mm. Mod. 1932, 1 ametralladora de 7,62 mm DT-1932.

Munición: 122 disparos de cañón; 1440 de ametralladora.

Blindaje: Acero, de 7 a 16 mm.

CARRO DE COMBATE MEDIO, RÁPIDO, BT-5

La URSS envió 50 carros de este modelo. Bajo mandos soviéticos, los carros carecieron de apoyo de infantería y un número realmente elevado fue destruido o capturado. Durante 1938 fueron utilizados algunos en las ofensivas de Aragón y Levante, esta vez bajo mando español y con resultados muy similares. Este carro sólo volvería a aparecer nuevamente en la batalla del Ebro, donde las seis unidades utilizadas fueron capturadas.

País de origen: URSS.

Año de fabricación: 1932.

Tripulación: 3, jefe de carro-tirador, cargador conductor.

Peso: 11 500 kg.

Longitud: 5,43 m.

Ancho: 2,19 m.

Alto: 2,34 m.

Vano libre al suelo: 228 mm.

Contacto con el suelo: 3,60 m.

Ancho de cadenas: 553 mm.

Número de eslabones: 73.

Suspensión: Ruedas independientes.

Motor: M-5, de gasolina modificado de aviación, 12 cilindros, 350 CV a 2300 rpm.

Transmisión: Manual 4AV, 1R.

Velocidad: 63 km/h.

Combustible: 3961.

Armamento: Cañón de 45/46 mm.

Modelo 1932; ametralladoras DT-1932 de 7,62 mm.

Munición: 73 proyectiles de cañón, 2394 cartuchos de ametralladora.

Blindaje: Acero. De 6 a 13 mm.

CARRO DE COMBATE LIGERO PzKpfw I

A primeros de octubre de 1936, los rebeldes recibieron los primeros 41 ejemplares de este carro de fabricación alemana. Fue utilizado en el ataque sobre Madrid, el Jarama, Vizcaya, Brunete, Santander, Teruel, el Ebro y la ofensiva de Cataluña. En España se utilizaron tres variantes: A, B y Pz Beg.

País de origen: Alemania.

Año de fabricación: 1934-1935.

Tripulación: A y B: 2, jefe-tirador y conductor; Pz Beg: 3, jefe-tirador, conductor y operador de radio.

Peso: 5400 kg (A), 5800 kg (B) y 5900 kg (Pz Beg).

Longitud: 4,02 m, 4,42 m y 4,42 m.

Ancho: 2,06 m.

Alto: 1,70 m (A y B), 1,99 (Pz Beg).

Vano libre al suelo: 294 mm.

Contacto con el suelo: 2,29 m (A) y 2,40 m (B y Pz Beg).

Ancho de cadenas: 279 mm.

Número de eslabones: 100 (B y Pz Beg).

Suspensión: Muelles helicoidales.

Motor: Krupp M-305 de gasolina, 4 cilindros, 57 CV a 3000 rpm (A). Maybach NL-38 Tr de gasolina, 6 cilindros, 100 CV a 3000 rpm (B y Pz. Beg).

Transmisión: Aphon FG-31, manual 5AV, 1R.

Velocidad: 37 km/h (A), 40 km/h (B y Pz Beg).

Radio de acción: 145 kms/h (A) y 170 km/h (B y Pz Beg).

Combustible: 1771 en dos depósitos.

Armamento: 2 ametralladoras Dreyse MG-13 de 7,92 mm. En el PzBegWg, una ametralladora.

Munición: 1525 proyectiles. 900 projectiles.

Blindaje: Acero, 13 mm.

CARRO DE ASALTO Y TRANSPORTE IGC-SADURNÍ

Este vehículo fue fruto de la labor de la Comisión de Industrias de Guerra de Cataluña (IGC), que dependía de la Generalidad catalana y fue dirigida por el cetenista Eugenio Vallejo. Entre las empresas de empleo civil que fueron transformadas en industrias de guerra se encontraba la denominada Maquinaria moderna para Construcciones y Obras públicas, S.A.E., sita en San Sadurní de Noya, dedicada a la fabricación de tractores para agricultura agrícolas e industriales Benach. El chasis del tractor fue blindado y sobre el mismo se colocó una torreta dando así lugar al IGC-Sadurní, una de cuyas modalidades se dedicaba al transporte de personal o tractor de artillería y la otra a carro de asalto. Los «sucesos de mayo» de 1937 implicaron el cese de Vallejo y el final de las labores de producción que no habían pasado apenas de la fase de prototipo.

País de origen: España.

Año de fabricación: 1937.

Tripulación: 2, conductor y tirador.

Peso: 4700 kg.

Longitud: 2,80 m.

Ancho: 1,56 m.

Número de eslabones: 81.

Suspensión: Brazos oscilantes.

Motor: SEFA, de gasolina, 4 cilindros, 43 CV.

Transmisión: Manual. 3AV 1R.

Armamento: Una ametralladora Hotchkiss de 7 mm.

Blindaje: Acero compuesto.

Autoametralladoras

BLINDADO «BILBAO»

Este vehículo era un camión (el 4x2 Ford V8 Modelo 1930) blindado, cerrado y provisto de una ametralladora emplazada en una torre cilíndrica. Al estallar la guerra había cuarenta y ocho de estos blindados en España asignados a los Guardias de Asalto y al Grupo de Autoametralladoras-Cafión de Caballería. Cuarenta y uno quedaron en manos republicanas y siete en las de los rebeldes. Así, intervinieron dos en el asalto al Cuartel de la Montaña, cuatro en la columna Riquelme que marchó a Toledo a sitiarn el Alcázar, ocho en la recuperación de Alcalá de Henares y Guadalajara, cinco en el Alto del León. Igualmente los rebeldes los utilizaron en la conquista de Badajoz y en el ataque sobre Madrid.

País de origen: España.

Año de fabricación: 1932. Tripulación: 8, jefe, tirador de torre, conductor y cinco fusileros.

Peso: 4800 kg.

Longitud: 5,44 m.

Ancho: 2,07 m.

Alto: hasta el techo 2,01 m, hasta el techo de la torre 2,60 m.

Vano libre al suelo: 210 mm.

Suspensión: Ballestas.

Motor: Ford V-8 Modelo 36 de gasolina, de 85 CV a 3800 rpm.

Transmisión: Manual 4AV 1R

Velocidad: 50 km/h.

Torre: Cilíndrica de acero de 3 mm con 1 ametralladora.

Armamento: 1 ametralladora Hotchkiss modelo 1924 de 7 mm.

BLINDADO FA-I (FAI)

Este automóvil blindado era un modelo soviético consistente en un auto de turismo —copia del Ford A— al que se había superpuesto un casco blindado. Fue recibido por primera vez por la República el 15 de octubre de 1936 y se llegaría a alcanzar la cifra de 20 unidades a lo largo de toda la contienda. Fueron utilizados en el norte (en Bilbao se desembarcaron parte de los veinte FA-I) y en la batalla de Málaga. Al concluir la guerra, quedaban seis en funcionamiento en Jaén.

País de origen: URSS.

Año de fabricación: 1932.

Tripulación: 2, jefe-tirador y conductor.

Peso: 2000 kg.

Longitud: 3,75 m.

Ancho: 1,70 m. Alto: 1,95 m.

Motor: GAZ-A de gasolina, de 4 cilindros, 40 CV a 2800 rpm. Transmisión: Manual. 4AV, 1R.

Velocidad: 80 k/h.

Radio de acción: 200 km.

Armamento: 1 ametralladora DT-1932 de 7,62 mm.

Blindaje: 8 mm.

AUTOAMETRALLADORA BLINDADO ANSALDO-LANCIA IZ

Este vehículo estuvo muy vinculado a la acción de los fascistas italianos que formaron parte del Ejército de Franco. Así, intervino por vez primera en acción en la batalla de Málaga de febrero de 1937 y, posteriormente, en la derrota de Guadalajara, la ofensiva de Santander, la campaña de Levante y la batalla del Ebro.

País de origen: Italia.

Año de fabricación: IZ.I 1915 e IZ.II 1917.

Tripulación: 6.

Peso: 4300 kg (I) y 4230 kg (II).

Longitud: 5,61 m (I) y 5,40 m (II).

Ancho: 1,94 (I) y 1,824 (II).

Alto: 2,90 m (I) y 2,40 m (II).

Vano libre al suelo: 200 mm.

Ruedas: 9,35x135. Las de atrás gemelas.

Motor: Lancia IZ de gasolina, de 4 cilindros, 36 CV a 1200 rpm.

Transmisión: Manual 4AV, 1R.

Velocidad: 60 km/h.

Radio de acción: 300 km.

Combustible: 1201.

Armamento: 3 ametralladoras Fiat-Revelli Modelo 1914 de 6,5 mm.

Munición: 15 000 cartuchos.

Blindaje: Acero. 6 a 9 mm.

AUTOAMETRALLADORA-CAÑÓN MEDIO BA-6

El 15 de octubre de 1936 fueron desembarcados en Cartagena los primeros 25 vehículos de este modelo procedentes de la URSS. Fueron utilizados durante 1936 y 1937 en servicios de apoyo a la artillería y exploración. Sólo de manera excepcional se enfrentaron con otros carros. Tras la caída de Bilbao, algunos de estos vehículos cayeron en manos del Ejército de Franco siendo empleados especialmente por la Agrupación de Carros de Combate del Sur.

País de origen: URSS.

Tripulación: 4, jefe-tirador, tirador de proa, conductor, cargador.

Peso: 5200 kg.

Longitud: 4,65 m.

Ancho: 2,10 m.

Alto: 2,43 m.

Ruedas: 6 de acero estampado con neumáticos 6,50x20.

Suspensión: Ballestas.

Motor: GAZ-A, de gasolina, 4 cilindros, 40 CV a 2800 rpm.

Transmisión: Manual 4AV, 1R.

Velocidad: 50 km/h.

Radio de acción: 200 km.

Armamento: Cañón de 45/46 mm.

Modelo 1932. Dos ametralladoras DT-1932 de 7,62 mm.

Munición: 49 disparos de 45 mm. 2000 de 7,62 mm.

Blindaje: 10 mm.

El camión blindado formó parte del panorama bélico español desde el mismo mes de julio de 1936. Su efectividad fue mínima aunque eso no impidió que multitud de milicias los utilizaran con profusión dado su imponente aspecto exterior. A continuación reproducimos las características del construido por la Constructora Field de Barcelona que, posiblemente, fue el mejor de todos los que circularon.

País de origen: España.

Año de fabricación: 1936.

Tripulación: una media de 9.

Peso: 5900 kg de media.

Longitud: 5,80 m.

Ancho: 2,15 m.

Alto: 2,50 m.

Vano libre al suelo: 250 mm.

Motor: 216 de gasolina, de 6 cilindros, de 79 CV a 3300 rpm.

Blindaje: Acero de 12 mm.

Apéndice C

LOS PROTAGONISTAS DE LA GUERRA CIVIL ESPAÑOLA

Aguirre Lecube, José Antonio (1904-1960). Abogado, empresario y futbolista del Atlético de Bilbao. De familia carlista, pasó a las filas del nacionalismo vasco procedente de la Juventud Católica de Vizcaya, de la que fue presidente. Fue el principal dirigente del PNV durante la República y la guerra civil. Aunque inicialmente hizo causa común con los carlistas oponiéndose al gobierno republicano de 1931-1933, progresivamente iría adoptando una postura favorable a una república vasca en el seno de una federación de repúblicas españolas. Durante la guerra, sin embargo, abogan por la independencia tras el final del conflicto. Alcalde de Guecho y diputado en las tres legislaturas de la República, el 7 de octubre de 1936 fue nombrado presidente del primer Gobierno autónomo vasco, al frente del cual se mantuvo en la guerra y en el exilio hasta su muerte en París en 1960.

Alcalá-Zamora y Torres, Niceto (1877-1949). Presidente del Gobierno provisional de la República al proclamarse ésta en abril de 1931. Dimitió de este cargo a causa del sesgo de separación real de Iglesia y Estado contenido en la Constitución republicana. En diciembre de 1931 fue elegido presidente de la República. Destituido de este cargo en abril de 1936, se alejó de España en los primeros días de julio del mismo año. Iniciada la guerra, cuando se encontraba en Islandia, se negó a incorporarse a cualquiera de los dos bandos. Instalado en la República Argentina desde enero de 1942, murió en este país el 18 de febrero de 1949.

Alfonso XIII (1886-1941). En abril de 1931, este monarca suspendió sus prerrogativas regias y abandonó España. Condenado por el régimen republicano, mediante ley de 15 de diciembre de 1938, Franco anuló todas las disposiciones republicanas contrarias al antiguo monarca y a sus familiares. En marzo de 1939, Alfonso XIII envió un telegrama a Franco expresándole su adhesión y confianza.

Alonso Vega, Camilo (1889-1971). Compañero de promoción y amigo de Franco. En 1936 era teniente coronel de Infantería y jefe del Batallón de Montaña «Flandes» 8, de guarnición en

Vitoria. Incorporado a la conspiración sobre finales de junio de 1936, contribuyó al fácil triunfo de la rebelión en Vitoria. Casi siempre al mando de tropas navarras, participó en el Norte, la toma de Vinaroz, la llegada al Mediterráneo, Brunete, el Ebro y la ofensiva de Cataluña. En 1969 fue nombrado capitán general.

Álvarez del Vayo, Julio (1891-1975). Político, periodista, escritor y diplomático socialista. Diputado socialista a Cortes en 1933 y 1936. Partidario de la unión de las Juventudes socialistas y comunistas y de la creación de milicias armadas, contribuyó de manera decisiva a crispar el ambiente político antes del estallido de la guerra, actitudes todas estas que lamentaría más tarde. Ministro de Estado de 5 de septiembre de 1936 a 5 noviembre de 1936. Desde esa fecha a 18 de mayo de 1937 representó a España en la Sociedad de Naciones. Nombrado comisario general de guerra, desde el 5 de mayo de 1938 al final de la guerra fue de nuevo ministro de Estado. En 1974 fue nombrado presidente del Frente Revolucionario Antifascista Popular (FRAP).

Ansaldo Bejarano, Juan Antonio (1901-1958). Monárquico que conspiró desde 1931 contra la República afiliándose temporalmente a Falange. Colaborador del general Sanjurjo en la conspiración de 1932, pilotaba el avión en que aquél halló la muerte en las cercanías de Lisboa el 20 de julio de 1936. Participó activamente en la guerra civil y fue recompensado con un puesto diplomático al concluir ésta. Su enemistad con Franco provocó su destitución y exilio hasta su muerte.

Aranda Mata, Antonio (1888-1979). Comandante militar de Oviedo al producirse el alzamiento. El día 19 se puso al frente de los sublevados de la plaza. El 17 de octubre pudo enlazar con las fuerzas de Mola. Tras la caída del frente del Norte, ocuparía después la jefatura del Cuerpo de Ejército de Galicia. Intervino en Teruel, Montalbán, Utrilla, Morella, la toma de Vinaroz, el Ebro y la entrada en Valencia. Enemistado con Franco, éste dispuso su pase a la reserva antes de que cumpliera la edad reglamentaria. En 1976, Juan Carlos I lo ascendió a teniente general.

Aranguren Roldán, José (1875-1939). General de brigada de la Guardia Civil, jefe de la 5.^a Zona, con residencia en Barcelona. En las primeras horas del 19 de julio, junto con los coroneles de la Guardia Civil Brotóns y Escobar, se enfrentó a los sublevados. El Gobierno le ordenó que se hiciera cargo del mando de la División y allí permaneció hasta los sucesos de mayo de 1937 en que fue destinado a Valencia. Al terminar la guerra, se negó a salir de España. Detenido en Valencia y juzgado por un Consejo de Guerra, fue ejecutado en 1939.

Armentía Palacios, Gerardo (1890-1939). Comandante jefe del Regimiento de Artillería de Costa 3, de guarnición en Cartagena. Se mantuvo junto al Gobierno de la República y formó parte de la columna que avanzó hacia Córdoba, a las órdenes del general Miaja. Intervino en la sublevación de Cartagena contra Negrín pocos días antes de terminar la guerra, muriendo en extrañas circunstancias durante la misma.

Arranz Monasterio, Francisco (1897-1957). Capitán de Artillería y aviador militar. Se sumó en Marruecos a los sublevados y el 23 de julio voló a Alemania como emisario de Franco para obtener ayuda de Alemania. Durante la guerra fue jefe de Estado Mayor del general del Aire Kindelán. Falleció siendo coronel.

Ascaso Budría, Domingo (?-1937). Dirigente anarquista. Tomó parte en el asalto al cuartel de Atarazanas en Barcelona y mandó la columna que llevaba su nombre en Aragón. Murió en 1937 durante los «sucesos de mayo» en Barcelona.

Ascaso Budría, Francisco (1901-1936). Hermano del anterior. Anarquista y fundador con García Oliver, Durruti, Ricardo Sanz y otros, del grupo Los Solidarios. Murió durante el asalto al cuartel de Atarazanas, en Barcelona.

Ascaso Budría, Joaquín (?-1939). Hermano de los anteriores. Militante anarquista. Participó en el yugulamiento de la rebelión en Barcelona. Hasta agosto de 1937 fue presidente del Consejo de Aragón.

Asensio Cabanillas, Carlos (1896-1969). Teniente coronel de Infantería, jefe del Grupo de Fuerzas Regulares Indígenas de Tetuán 1. El 17 de julio de 1936 ordenó que sus fuerzas se sumaran a la sublevación iniciada en Melilla. Mandó una de las columnas que avanzaron hacia Madrid participando en las tomas de Badajoz, Toledo y Talavera de la Reina. Intervino asimismo en las batallas de Madrid, Brunete, Teruel, y las ofensivas de Valencia y de Cataluña. Terminada la guerra, alcanzó el grado de teniente general.

Asensio Torrado, José (1892-1961). Coronel de Estado Mayor y masón. Actuó al lado del Gobierno republicano. El 5 de septiembre de 1936 se le designa jefe de Operaciones del Ejército del Centro. Los comunistas, tratando de debilitar a Largo Caballero, lo atacaron con extrema dureza. Ocupó la Subsecretaría de Guerra, desde octubre de 1936 hasta febrero de 1937, en que la caída de Málaga motivó su sustitución y encarcelamiento. Sobreseída la causa, fue enviado a Estados Unidos como agregado militar de la Embajada. Murió en el exilio.

Azaña Díaz, Manuel (1880-1940). Político, escritor y presidente del Ateneo de Madrid. Fundador y dirigente de los partidos Acción Republicana e Izquierda Republicana. Ministro de la Guerra (de abril a octubre de 1931) y jefe del Gobierno (de octubre de 1931 a septiembre de 1933). Uno de los principales artífices de la coalición de izquierdas o Frente Popular, cuyo triunfo electoral en febrero de 1936 le llevó de nuevo a la Jefatura del Gobierno, pasando en mayo del mismo año a ocupar la Presidencia de la República, en la que se mantuvo hasta febrero de 1939.

Balbo, Italo (1896-1940). Militar y político italiano de ideología fascista. Prestó su colaboración a los conspiradores antirrepublicanos desde varios años antes de estallada la guerra civil suscribiendo un pacto de ayuda con los monárquicos alfonsinos y carlistas.

Balboa López, Benjamín (1901-1976). Oficial de 3.^a clase del Cuerpo auxiliar de radiotelegrafistas de la Armada. Al tener lugar la sublevación de 1936, captó un mensaje de Franco instando a la misma. Tomando personalmente la iniciativa de sofocar aquella acción de rebeldía, logró que el Gobierno del Frente popular no perdiera el contacto con las unidades navales y así impidió además el paso del Estrecho por parte de los sublevados. Durante la guerra llegó a subsecretario de Marina y Aire. Exiliado a México al acabar la guerra, falleció en este país.

Barrón Ortiz, Fernando (1892-1952). Militar africanista, teniente Coronel de Caballería y jefe del Grupo de Fuerzas Regulares Indígenas de Melilla 2. Se sublevó el 17 de julio. Mandó una de las columnas que avanzaron hacia Madrid tomando Santa Olalla, Maqueda, Toledo, Escalona, Olías del Rey, Yuncos e Illescas. Participó en la batalla de Madrid, el Jarama, Brunete, reconquista de Teruel, Belchite, el Ebro y la ofensiva de Cataluña. Al término de la guerra era general en jefe de la 13 División en el Cuerpo de Ejército Marroquí. Alcanzó el grado de teniente general.

Barroso Sánchez Guerra, Antonio (1893-1982). Agregado militar en la Embajada de España en Francia. Iniciado el Alzamiento, sin renunciar al empleo que venía desempeñando, colaboró con los militares sublevados denunciando los posibles envíos de aviones por el Gobierno francés al español del Frente Popular. Descubierto, se pasó a los rebeldes actuando en la Sección de Operaciones del Cuartel General de Franco. Alcanzó el grado de capitán general, fue ministro del Ejército y desempeñó multitud de consejerías en diversas empresas públicas y privadas.

Bartomeu González-Longoria, Maximino (1888-1958). Teniente coronel de Infantería perteneciente al grupo de conspiradores antirrepublicanos. El 17 de julio se sumó en Melilla a la rebelión. Durante la guerra actuó en Madrid, Bilbao, Andalucía, etc. Tras la contienda desempeñó entre otros cargos el de capitán general.

Batet Mestres, Domingo (1872-1937). General de División procedente del Arma de Infantería. En octubre de 1934, al frente de la IV División Orgánica, sofocó la rebelión catalanista en Barcelona, hecho por el que se le concedió la Laureada de San Fernando. El día 13 de junio de 1936 cesó, a petición propia, como jefe del Cuarto Militar del Presidente de la República. Designado para el mando de la VI División Orgánica, que tiene su plana mayor en Burgos, el 19 de julio, se rindió a los sublevados. Juzgado por un Consejo de Guerra, fue condenado a muerte y, pese a la petición de indulto de personajes como Queipo o Cabanellas, fusilado a inicios de 1937.

Bayo Giraud, Alberto (1892-1967). Capitán de infantería y piloto militar que colaboró con el estrangulamiento de la sublevación en Barcelona. En agosto de 1936 dirigió la frustrada invasión catalana de Mallorca. Intervino en la batalla de Brunete. Al acabar la guerra se exilió a México y a Cuba. En este último país instruyó a las guerrillas de Fidel Castro en Sierra Maestra. Fue nombrado general honorario del nuevo ejército cubano.

Beimler, Hans (1895-1936). Político comunista y diputado alemán. Evadido de Dachau, donde lo había confinado Hitler, fundó al estallar la guerra de España la centuria «Thaelmann» que en noviembre de 1936 se insertó dentro de las Brigadas Internacionales. En diciembre de ese año, murió Beimler en circunstancias confusas.

Beltrán Casaña, Antonio, «el Esquinazao» (?-1960). Anarquista aragonés que durante la primera guerra mundial combatió como voluntario en el Ejército de Estados Unidos y, posteriormente, se sumó a la rebelión republicana de Jaca de 1930. Durante la guerra civil ingresó en el PCE llegando a teniente coronel de milicias y a mandar la 43 División. Esta unidad quedó sitiada en la bolsa de Bielsa donde resistió por tres meses. Tras pasar a Francia, regresó a la España republicana y participó en el Ebro y la batalla de Cataluña. Durante la segunda guerra mundial colaboró con la Resistencia contra los nazis. Posteriormente formó parte de los servicios de inteligencia de Estados Unidos con los que acabó rompiendo exiliándose a México donde murió.

Beorlegui Canet, Alfonso (1888-1936). Teniente coronel de Infantería. Al estallar la guerra se encontraba en situación de disponible en Pamplona donde se puso a las órdenes de Mola. Inmediatamente, al mando de una columna, ocupó Irún y San Sebastián. En su avance sobre Irún fue herido de bala, cuya infección le provocó la muerte.

Bergonzoli, Annibale (1884-1973). Militar italiano que a finales de 1936 fue enviado a España al mando de la División «Littorio». Participó en la batalla de Guadalajara, así como en acciones en Aragón, Cataluña, etc. Durante la segunda guerra mundial fue capturado por los británicos regresando posteriormente a Italia y reingresando en el Ejército. Fue presidente de la Asociación Nacional de Excombatientes italianos en España.

Besteiro Fernández, Julián (1870-1940). Catedrático de Lógica de la Universidad Central, presidente del PSOE y de su ala moderada. Presidente de las Cortes Constituyentes (1931-1932), se mantuvo prácticamente al margen de la política desde el comienzo de la guerra civil. En marzo de 1939 formó parte del Consejo Nacional de Defensa en Madrid destinado a negociar la paz con Franco. Falleció el 27 de septiembre de 1940 en la cárcel de Carmona.

Bilbao y Eguía, Esteban (1879-1970). Carlista y diputado en las Cortes de 1933. Consejero nacional de FET y de las JONS. Durante la guerra estuvo a las órdenes directas de Franco. Tras la guerra, fue ministro de Justicia, Presidente de las Cortes y del Consejo del Reino.

Blomberg, Werner von (1878-1946). Mariscal del III Reich, del que fue ministro de la guerra de 1933 a 1938. Fue contrario a la intervención alemana en la guerra civil española.

Blum, Léon (1872-1950). Político socialista francés que presidió el Gobierno formado tras el triunfo del Frente Popular en mayo de 1936. Dada su simpatía por el gobierno español del Frente Popular, procuró burlar la práctica de la no-intervención para ayudarlo. Durante la segunda guerra

mundial fue deportado por los nazis. Posteriormente, fue presidente del Consejo de ministros francés.

Bolín Bidwell, Luis Antonio (1894-1969). Correspondiente del *ABC* en Londres. Organizó el vuelo del avión «Dragon Rapide» que condujo a Franco de las Palmas a Tetuán. En julio de 1936 fue enviado por este general a Italia para solicitar ayuda militar de Mussolini. En enero de 1938 fue designado director general de Turismo.

Cabanellas Ferrer, Miguel (1872-1938). General de División, procedente del Arma de Caballería y Jefe de la V División Orgánica. En 1933 fue elegido diputado del Partido Radical. Masón y republicano, se sumó, sin embargo, a la conjura de 1936. El 18 de julio, Casares Quiroga intentó sustituirlo en el mando de la División por el general Núñez de Prado, al que envió a Zaragoza. El 19 de julio, Cabanellas se sumó al Alzamiento. Presidente de la Junta de Defensa Nacional, se opuso a la entrega del mando único a Franco. Nombrado inspector general del Ejército, falleció en Málaga el 14 de Mayo de 1938.

Cabanellas Ferrer, Virgilio (1873-1954). General de División, procedente de Caballería. Jefe de la I División Orgánica, el 18 de julio fue cesado. Encarcelado durante la guerra, permaneció en prisión hasta el triunfo de Franco. Ascendido a teniente general, no volvió a tener mando efectivo.

Calvo Sotelo, José (1893-1936). Ministro de Hacienda de Primo de Rivera. Fundador del Bloque Nacional en 1934, el empuje revolucionario de las izquierdas españolas le llevó a acercarse a posiciones fascistas. Diputado en las Cortes republicanas de 1933 y 1936, fue asesinado en julio de ese año por policías socialistas.

Gambó y Baile, Francesc (1876-1947). Abogado, financiero, político y escritor catalán. Jefe de la Lliga Regionalista, fue ministro de Comercio y de Hacienda con Alfonso XIII. Defensor del Estatuto catalán durante la República, fue diputado a Cortes en 1933. Al estallar la guerra civil, apoyó económicamente a Franco y recomendó a los miembros de la Lliga que colaboraran con él.

Carlos, comandante (1906-1983). También Carlos Contreras, pseudónimo de Vittorio Vidali, comunista argentino de origen italiano. Comisario del 5.º Regimiento. Organizador de las Brigadas Internacionales, colaboró en el secuestro y asesinato de Nin, difundiendo la tesis de que éste había sido rescatado por la Gestapo. Al terminar la guerra civil, se exilió a México. De regreso en Italia después de la segunda guerra mundial fue elegido senador.

Carrasco Amilibia, León (1879-1936). Coronel jefe del Regimiento de Artillería Pesada 3 y comandante militar de San Sebastián. Pese a su carácter de monárquico convencido, Mola no confió en él y no se le avisó de la sublevación. Detenido en el Gobierno Civil, logró evadirse el 21 y ordenó la ocupación de la ciudad. El 28, tuvo que rendirse. Dos días después fue asesinado.

Carrillo Alonso, Wenceslao (1889-1963). Socialista. Durante la República fue elegido concejal

por Madrid y diputado a Cortes. Durante la guerra fue director general de Seguridad y subsecretario de Gobernación. Formó parte del Consejo de Defensa de Casado, circunstancia que llevó a su hijo Santiago a romper con él e incluso amenazarlo gravemente. Al terminar la guerra se exilió.

Carrillo Solares, Santiago (1915-2012). Hijo del anterior. Secretario general de las Juventudes socialistas desde 1934 y artífice de la fusión de éstas con los comunistas en 1936. Ingresó en el PCE al poco de estallar la guerra. En noviembre de 1936 fue nombrado consejero de la Junta de Madrid. Tanto Dimitrov como Stepanov le atribuyeron la responsabilidad principal en los asesinatos masivos de Paracuellos. Se exilió al concluir la guerra. Desde 1960 a 1982 fue secretario general del PCE.

Casado López, Segismundo (1893-1968). Comandante de Caballería, era jefe de la guardia presidencial al estallar la guerra. Miembro del Estado Mayor tras la formación del Gobierno Largo Caballero. Director de la Escuela Popular de Estado Mayor y luego del XXI Cuerpo de Ejército. Desde mayo de 1938, jefe del Ejército del Centro. En marzo de 1939, ya coronel, creó el Consejo Nacional de Defensa, que buscó obtener una paz con garantías. Exiliado al acabar la guerra, residió en Gran Bretaña. Al regresar a España se le absolvió de todos los cargos, pero no se le permitió reingresar en el Ejército.

Casares Quiroga, Santiago (1884-1950). Dirigente de la Organización Republicana Gallega Autónoma. Primer ministro del 12 de mayo al 19 de julio de 1936. Se exilió a Londres.

Cervera y Valderrama, Juan (1870-1952). Vicealmirante, cesó como jefe de la base naval de Cartagena en marzo de 1936. El 18 de julio, se adhirió al Alzamiento y fue designado jefe del Estado Mayor de la Armada. Después de haber pasado a la reserva en octubre de 1936, fue ascendido a Almirante. En 1961, se le concedió el título de marqués de Casa Cervera.

Chamberlain, Arthur Neville (1869-1940). Político conservador británico. Primer ministro desde 1937. Al año siguiente concluyó con Hitler el Pacto de Munich.

Ciano, Galeazzo (1903-1944). Conde de Cortellazzo. Ministro de Relaciones Exteriores de Benito Mussolini y yerno de éste. Apoyó resueltamente la exaltación de Franco a la jefatura del Gobierno español y la intervención de las armas italianas en España. Tras la guerra civil, viajó a España, donde fue recibido apoteósicamente. Contrario a la alianza con Hitler, colaboró en la destitución de Mussolini en julio de 1943. Prisionero de su suegro, fue condenado a muerte y ejecutado el 11 de enero de 1944.

Codovila, Vittorio (1894-1970). Dirigente comunista italo-argentino que, habitualmente, usó el pseudónimo de «Medina». Desde 1933 estuvo en España participando en los asuntos del PCE. Intervino en la unificación de las Juventudes socialistas y comunistas, en la constitución de las

Brigadas Internacionales y en la caída de Largo Caballero. Intentó fusionar al PCE con el PSOE infructuosamente. A finales de 1937 abandonó España.

Companys i Jover, Lluís (1883-1940). Dirigente de la Esquerra Republicana de Cataluña. Gobernador civil de Barcelona(1931), diputado a Cortes por esta misma ciudad en las tres legislaturas republicanas. Presidente del Parlamento autónomo catalán, hasta su nombramiento como ministro de Marina del Gobierno de Azaña (de junio a septiembre de 1933). Desde finales de diciembre de 1933, presidente de la Generalidad de Cataluña. Participe de la revolución de octubre de 1934, fue encarcelado y juzgado por esta causa. Amnistiado tras las elecciones de febrero de 1936, volvió a ocupar la Presidencia de la Generalidad, en la que se mantuvo durante toda la guerra, resultando, por lo tanto, responsable de la represión desencadenada en Cataluña cuyo número de víctimas mortales ascendió a una cifra cercana a los 9000. Detenido y entregado por los nazis a Franco, fue fusilado en el Castillo de Montjuich el 15 de octubre de 1940.

Cordón García, Antonio (1895-1969). Militar de carrera monárquico que durante la guerra se identificó con los comunistas. Fue jefe de la secretaría técnica del Ministerio de la Guerra bajo Largo Caballero; jefe de Estado Mayor del general Pozas; subsecretario de Guerra y secretario general de Defensa. Ascendido a General por el último gobierno de Negrín, se exilió al acabar la guerra.

Cortés González, Santiago (1887-1937). Capitán de la Guardia Civil y cajero de la Comandancia de aquélla en Jaén. Se unió a los rebeldes del Santuario de Nuestra Señora de la Cabeza siendo desde septiembre su jefe. Resistió hasta el 1 de mayo de 1937, en que, herido, fue llevado por los republicanos a un hospital, donde murió el 2 del mismo mes a consecuencia de las heridas. Le fue concedida la Cruz Laureada de San Fernando con carácter póstumo.

Daladier, Edouard (1884-1970). Jefe de Gobierno francés (1938-1940). Signatario del Pacto de Munich.

Dávila Arrondo, Fidel (1878-1962). General de Brigada, procedente del Cuerpo de Estado Mayor, se encontraba en situación de reserva al estallar la guerra. Del 18 al 19 de julio se rebeló en Burgos, siendo nombrado miembro de la Junta de Defensa Nacional. El 7 de octubre, ocupó la presidencia de la Junta Técnica del Estado. En julio de 1937, tras la muerte del general Mola, lo sustituyó como Jefe del Ejército del Norte interviniendo en esta campaña así como en Teruel, el Maestrazgo, el Ebro y la ofensiva de Cataluña. El 30 de Enero de 1938 fue nombrado Ministro de Defensa Nacional. Alcanzó el grado de teniente general y, con carácter póstumo, el de capitán general así como diversos cargos oficiales. Franco le concedió el título de Marqués de Dávila con Grandeza de España.

Díaz Ramos, José (1896-1942). Secretario del PCE. En diciembre de 1938 fue trasladado a la URSS. Su muerte se produjo en extrañas circunstancias y cabe la posibilidad de que se suicidara

desilusionado por la visión del comunismo.

Díaz Sandino, Felipe (1891-1960). Teniente Coronel de Infantería y aviador militar. Jefe de la Escuadra Aérea 3, con destino en Barcelona, se mantuvo leal a la República. Fue consejero de Defensa en el primer Gobierno de la Generalidad posterior al Alzamiento. Al acabar la guerra, se exilió.

Durruti Dumange, Buenaventura (1896-1936). Dirigente anarquista leonés. Estaba en Barcelona al producirse el alzamiento que contribuyó a yugular en esta ciudad. Al frente de una columna confederal, estuvo en Aragón, donde participó en acciones militares y en la colectivizaciones. Muerto en la Ciudad Universitaria de Madrid, en circunstancias extrañas.

Eden, Robert Anthony (1897-1977). Político conservador británico. Ministro de Asuntos Exteriores, defendió la no-intervención aunque desde los primeros meses de 1937 comenzó a desear un triunfo republicano. A inicios de 1938 dimitió de su cargo. Reasumió su carrera política durante la guerra mundial y se convirtió en primer ministro en 1955. La crisis de Suez le obligó a dimitir y retirarse de la política.

Escobar Huertas, Antonio (1879-1940). Coronel de la Guardia Civil. Se mantuvo leal a la República resultando su actitud decisiva para abortar el golpe en Barcelona. Participó en noviembre de 1936 en la defensa de Madrid. Herido durante los sucesos de mayo de 1937, se convirtió después en delegado del Gobierno en Cataluña. Ascendido a general, tomó parte en la ofensiva de Extremadura. Al terminar la guerra, fue capturado por los nacionales y fusilado.

Espinosa de los Monteros y Bermejillo, Eugenio (1880-1954). General de brigada del Cuerpo de Estado Mayor y Director de la Escuela Superior de Guerra. Al estallar la guerra se ocultó en la embajada francesa pasando luego a la zona rebelde. Fue jefe del I Cuerpo de Ejército del Centro al mando del cual ocupó Madrid en marzo de 1939. Embajador de España en Berlín, participó en la entrevista de Hendaya entre Hitler y Franco.

Fal Conde, Manuel (1894-1975). Político de la Comunión tradicionalista. Fue nombrado, en 1934, por el pretendiente Alfonso Carlos de Borbón su representante supremo y secretario general de la organización; se dedicó a reclutar milicias armadas con vistas a un posible alzamiento. Al inicio de la guerra civil desempeñó la jefatura suprema de los carlistas. La creación por su parte de una Real Academia militar carlista proporcionó a Franco el pretexto para desembarazarse de él ofreciéndole la posibilidad de optar por un consejo de guerra o por la salida del país. Fal Conde se exilió a Portugal. Al producirse la Unificación, se negó a ser nombrado consejero nacional. Al terminar la guerra regresó a España y fue confinado en las Baleares por su aversión a Franco. En 1956 se retiró de la política.

Fanjul Goñi, Joaquín (1880-1936). Militar monárquico. Durante la República, intervino en

diversas conspiraciones contrarias al régimen. El 19 de julio se hizo cargo de la rebelión en Madrid. Al caer el Cuartel de la Montaña, fue condenado a muerte. Se le ejecutó el 17 de Agosto de 1936.

Faupel, Wilhelm von (1873-1945). Embajador de Alemania ante el Gobierno de Franco. Fue partidario de una mayor intervención militar alemana en la guerra civil española. Se suicidó al consumarse la derrota de Alemania en la segunda guerra mundial.

Franco Bahamonde, Francisco (1892-1975). Militar. General de brigada a los 34 años de edad. Durante la sublevación armada de las izquierdas de octubre de 1934 salvó a la República. Con posterioridad, resistió varias veces la tentación de unirse a un golpe militar. Su actitud al respecto cambió de manera decisiva en abril de 1936, aunque en los meses anteriores ya había tenido contacto con los diversos conspiradores militares. Al empezar la guerra era comandante militar de Canarias. El 18 de julio de 1936 se trasladó a Tetuán y tomó el mando supremo de las tropas marroquíes. Con el ejército de África cruzó el Estrecho e inició la marcha hacia Madrid. El 29 de septiembre de 1936, fue reconocido jefe de todas las fuerzas sublevadas y al día siguiente nombrado generalísimo y jefe del Gobierno del Estado. Auténtico artífice de la victoria en la guerra, se mantendría en el poder si bien no pretendió perpetuar su sistema y dio paso a una monarquía.

Franco Bahamonde, Nicolás (1891-1977). Marino de guerra e ingeniero naval militar. Fue uno de los factores decisivos para el nombramiento de su hermano Francisco como Generalísimo y jefe del Gobierno Español. Durante la guerra dirigió una red de espionaje y realizó diversas misiones diplomáticas en favor de los nacionales. En 1938 fue nombrado Embajador de España en Portugal, cargo que desempeñó hasta 1957.

Franco y Salgado-Araujo, Francisco (1890-1975). Teniente coronel de Infantería, ayudante y secretario particular de su primo, el general Francisco Franco. No participó en la guerra con mando de fuerzas. En 1941 ascendió a general de brigada y, en 1953, a teniente general.

Galán Rodríguez, Francisco (1902-1971). Teniente retirado de la Guardia Civil y militante comunista, intervino ante el Gobierno de Madrid para que fueran armadas milicias, colaborando en sofocar la rebelión en Madrid. Combatió brillantemente en la Sierra de Madrid, Teruel, Asturias y Cataluña. Alcanzó el grado de Coronel y fue el último jefe de la Base Naval de Cartagena. Al acabar la guerra se exilió a Argentina, desvinculándose del PCE.

Gambra, Gastone (1890-1962). Jefe del Cuerpo de Tropas italianas que Mussolini envió a España para apoyar a Franco. Amigo personal de éste, parece que le censuró la dureza de la represión contra los republicanos. Fue herido en el Ebro. Posteriormente, fue embajador de Italia en España. Fue jefe del Estado Mayor del mariscal Graziani en la República de Saló.

Gámir Ulibarri, Mariano (1877-1962). General de Brigada, jefe de la V Brigada de Infantería, de guarnición en Valencia. Permaneció leal a la República y en 1937 asumió el mando del Ejército del Norte, aunque el Gobierno vasco dificultó extraordinariamente su tarea. Combatió asimismo en Santander y Asturias, desempeñando después el cargo de inspector de enseñanza militar. Al término de la guerra se exilió a Francia, regresando finalmente a España.

García Aldave, José (1876-1936). General de Brigada, jefe de la VI Brigada de Infantería y Comandante Militar de Alicante. Su vacilación en sumarse al alzamiento determinó el fracaso de éste en la mencionada ciudad. Al negarse a reprimir a los rebeldes, se vio cesado. Condenado a muerte, se le fusiló el 13 de octubre de 1936.

García Escámez, Francisco (1893-1951). Coronel de Infantería. Se encontraba en Pamplona el 18 de julio y se sumó a la rebelión. Al mando de una columna se dirigió inmediatamente hacia Logroño y después a Soria. El hecho de que no avanzara hasta Guadalajara provocó censuras en su contra. Participó en los combates de Somosierra, el Jarama, Aragón, etc. En 1938 fue ascendido a general de brigada y al final del conflicto tenía el mando de la 15 División del Ejército de Levante. En 1947 fue ascendido a teniente general. En 1952, Franco concedió el título de marqués de Somosierra al hijo de García Escámez.

García Oliver, Juan (1901-1980). Dirigente anarcosindicalista. Fue Ministro de Justicia en el Gobierno presidido por Largo Caballero. Al acabar la guerra, se exilió.

García-Valiño y Marcén, Rafael (1898-1972). Comandante de Infantería en la I Brigada Mixta de Montaña. Al iniciarse el Alzamiento, se unió a los sublevados en Pamplona. Mola le entregó el mando del Tercio de Requetés de Montejurra. Tras ser ascendido a coronel se convirtió en jefe de la 1 a Brigada de Navarra y de la División del mismo nombre. Finalmente, se convirtió en jefe del Cuerpo de Ejército del Maestrazgo participando en las campañas de Aragón, Maestrazgo y Cataluña. En 1947 ascendió a teniente general.

Gil Robles y Quiñones, José María (1898-1980). Dirigente de la CEDA. Partidario de una política accidentalista, abogó por respetar el orden legal. La radicalización de las izquierdas lo arrastró a pensar en la conveniencia de una solución armada que impidiera la revolución. Así, entregó parte de los fondos de la CEDA para la financiación del golpe de 18 de julio de 1936. Terminada la guerra abogó por una monarquía constitucional y formó parte de la oposición democrática a Franco. Regresó a España en 1953.

Giral Pereira, José (1879-1962). Catedrático de la Universidad de Madrid. Fundador de Acción Republicana. Ministro de Marina en el Gobierno Azaña desde octubre de 1931 hasta junio de 1933. Jefe del Gobierno entre el 19 de julio y el 5 de septiembre de 1936. Ministro en los gobiernos de Largo Caballero y Negrín, durante toda la guerra. Terminada ésta se exilió. De 1945 a 1947, presidió el Gobierno republicano en el exilio.

Goded, Manuel (1882-1936). General de división y comandante general de las Baleares, se sublevó en la mañana del 19 de Julio de 1936. Director del alzamiento en Barcelona, su derrota significó la pérdida para los rebeldes de Cataluña que, con excepción de Barbastro y Tarragona, se había adherido, íntegramente, al Alzamiento. Condenado por un Consejo de guerra, fue fusilado el 12 de octubre de 1936.

Goicochea Cosculluela, Antonio (1876-1953). Monárquico, fundador y jefe del Partido de Renovación Española. En unión con el general Barrera y del representante de la Comunión Tradicionalista, suscribió un pacto con Mussolini, con cuya ayuda sería derribada la República y restaurada la Monarquía. Financió igualmente a la Falange como fuerza de choque de la subversión antirrepublicana. Colaboró con el Alzamiento y en 1938 se opuso tajantemente a una solución pactada de la guerra. Tras alcanzar diversos cargos —entre ellos el de gobernador del Banco de España— en 1943 suscribió un manifiesto solicitando la restauración de la monarquía.

Gomá Tomás, Isidro (1869-1940). Eclesiástico catalán, arzobispo de Toledo en 1933 y cardenal en 1935. Desde 1936 manifestó abiertamente su apoyo a la sublevación militar. Autor de la Carta colectiva del episcopado español (1937), en la que se legitimaba el alzamiento.

Góriev, Vladimir Yefimovich (?-1937). General de Brigada del Ejército soviético. Asesor del Ejército popular de la República y posible artífice de la derrota de Franco ante Madrid en noviembre de 1936. Participó en la batalla del Jarama y en la de Guadalajara así como en el Frente Norte. Poco después de regresar a la URSS, fue fusilado.

Guilloto León, Juan Modesto. Véase Modesto, Juan.

Hedilla Larrey, Manuel (1902-1970). Jefe provincial de Falange Española en Santander que intervino en la preparación del alzamiento. En septiembre de 1936 fue nombrado jefe de la Junta de Mando Provisional y más tarde sucesor de José Antonio. Cuando se decretó la Unificación (abril de 1937) fue detenido y condenado a muerte, pero se le conmutó la pena por la de reclusión y destierro.

Hernández Saravia, Juan (1880-1962). Teniente coronel de Artillería y secretario del presidente de la República, Manuel Azaña. Al iniciarse la guerra se mantuvo leal al Gobierno del Frente popular. Durante el gobierno Giral fue ministro de la Guerra. Bajo el de Largo Caballero recibió mandos en el frente. Así intervino en Málaga y Brunete, y, siendo ya general, tomó Teruel. Fue derrotado en Alfambra, el Ebro y Cataluña. Al acabar la guerra, se exilió a Francia y posteriormente a México.

Hidalgo de Cisneros y López de Montenegro, Ignacio (1894-1966). Comandante de Intendencia y aviador militar. Ayudante de órdenes del ministro de la Guerra. Con el general Núñez de Prado colaboró en lograr que la Aviación se mantuviera fiel al Gobierno. Miembro del PCE, dirigió la

Fuerza Aérea republicana. Al sublevarse Casado, salió de España. Murió en el exilio.

Hitler, Adolf (1889-1945). Dictador nacional-socialista de origen austriaco. Decidió de manera directa y personal la ayuda a los alzados proporcionándoles aviones para realizar el paso del Ejército de África a la Península, la resolución de canalizar este apoyo a través de Franco en exclusiva y el envío de la Legión Cónodor.

Ibárruri Gómez, Dolores, «Pasionaria» (1895-1989). Miembro fundador del PCE al producirse la escisión comunista del PSOE en 1920-1921. En 1930 pasó a formar parte del Comité Central del PCE y en 1932 entró en su Comité Ejecutivo. Diputada por Asturias tras las elecciones de febrero de 1936. Durante la guerra civil se convirtió en uno de los símbolos de la resistencia republicana.

Irujo Ollo, Manuel de (1891-1981). Político nacionalista vasco. Diputado por Guipúzcoa en 1933 y 1936. A diferencia de algunos de sus compañeros del PNV, el 18 de julio de 1936 se pronunció públicamente en contra de la rebelión militar. Ministro sin cartera en los Gobiernos de Largo Caballero y Negrín (entre septiembre de 1936 y agosto de 1938). Ministro de Justicia de mayo a diciembre de 1937. En agosto de 1938 abandonó el Gobierno en muestra de solidaridad con la Generalidad catalana.

Kindelán Duany, Alfredo (1879-1962). General de Brigada, procedente del Cuerpo de Ingenieros y aviador militar. Al proclamarse la República, solicitó el retiro y marchó a Suiza. Regresó a España antes de iniciarse el Alzamiento y conspiró desde abril de 1936. Fue personaje clave en lograr la designación de Franco como Generalísimo de los Ejércitos y Jefe del Gobierno Español. Franco lo designó jefe del Aire. Después de la guerra su orientación monárquica llevó a Franco a destituirlo del cargo de capitán general de Cataluña y a desterrarlo a las islas Canarias por unos meses. En 1946, D. Juan de Borbón lo nombró presidente de su Consejo privado. En 1961, Franco le concedió el título de marqués de Kindelán.

Kleber, Emilio (1895?-1938?). Militar de origen austriaco pero nacionalizado soviético cuyo verdadero nombre pudo ser Manfred Stern, Lazar Stern o Lazar Farete. Estuvo al mando de la IX Brigada Internacional con la que combatió en Madrid, Brunete y Belchite. Su oposición a Vicente Rojo acabó provocando su destitución y regreso a la URSS donde desapareció en una de las purgas de Stalin.

Krivitsky, Walter (1899-1940). Jefe del servicio secreto militar soviético para Europa, que se encargó de labores propagandísticas en favor de la República española. En 1937, desertó a Estados Unidos. Posiblemente fue asesinado por agentes de Stalin.

Largo Caballero, Francisco (1869-1946). Dirigente del ala izquierdista del PSOE y de la UGT. Su radicalización —«bolchevización»— desde mediados de 1933 fue uno de los desencadenantes de la guerra civil española. En octubre de 1934, se alzó en armas contra el gobierno legítimo de la

República. Durante las elecciones de 1936 anunció su propósito de ir a una guerra para implantar la dictadura del proletariado. Al estallar la guerra civil se encargó de formar Gobierno en septiembre de 1936, asumiendo a la vez el Ministerio de la Guerra. Con posterioridad, en este Gobierno participarían por primera vez en su historia los anarcosindicalistas. Su Gobierno no supo aprovechar la situación de ventaja militar con que contaba la República. La caída del mismo se produjo tras los «sucesos de mayo» de 1937. A partir de entonces, estuvo desvinculado de cualquier poder de decisión. Se exilió en Francia y durante la segunda guerra mundial estuvo en un campo de concentración alemán. Falleció en París el 23 de marzo de 1946.

Ledesma Ramos, Ramiro (1905-1936). Empleado de Correos. Después que en febrero de 1931 diera a conocer su manifiesto «La Conquista del Estado», inició un movimiento de marcada influencia fascista, aun cuando afirmó ser nacional-sindicalista. Jefe de las Juntas de Ofensiva Nacional Sindicalista, se unió a la Falange Española, a la que aportó el yugo y las flechas y la bandera roja y negra. Integró el primer triunvirato director de Falange, junto con José Antonio Primo de Rivera y Ruiz de Alda. Expulsado de la Falange, poco después de iniciada la guerra civil, fue detenido. Murió asesinado en Aravaca el 29 de octubre de 1936.

Lerroux, Alejandro (1864-1949). Fundador del Partido Radical. Republicano demagogo y anticlerical a principios de siglo. Al proclamarse la Segunda República su tendencia política se fue derechizando progresivamente. Al estallar la guerra huyó a Portugal desde donde manifestó su simpatía por los rebeldes. En 1947 regresó a España.

Lister Forján, Enrique (1907-1995). Miembro del PCE. Antes de comenzar la guerra había recibido formación militar en la Academia Frunze de Moscú. Durante la guerra fue sucesivamente jefe del Quinto Regimiento, de la 11 División (conocida como División Líster) y del V Cuerpo de Ejército. Estuvo así presente en el Jarama, Guadalajara, Brunete, Belchite, Teruel, el Ebro y Cataluña. Tuvo también un destacado papel en la represión de las colectividades anarquistas en Aragón. Al acabar la guerra, se exilió a la URSS donde alcanzó el grado de general. En 1970 fue expulsado del PCE, adonde regresó en 1986, tras la caída de Santiago Carrillo.

Llano de la Encomienda, Francisco (1880-1963). General de Brigada, procedente de Infantería, que era jefe de la IV División Orgánica, con destino en Barcelona al estallar la guerra. Se mantuvo leal al Gobierno de la República. Estuvo al mando del Frente del Norte donde los nacionalistas vascos imposibilitaron su labor. Tras la caída de Cataluña pasó a la zona Centro. Terminada la guerra, se refugió en Francia y en 1940 se trasladó a México, donde residió hasta su muerte.

Mangada Rosehorn, Julio (1877-1946). Teniente coronel de Infantería. Iniciada la guerra, formó en Madrid unas milicias que en las cercanías de la Casa de Campo se dedicaron a realizar juicios sumarísimos contra algunos militares sublevados e incluso a dictar la ejecución de parte de ellos. A finales de agosto de 1936, al frente de una columna, actuó en la Sierra de Gredos derrotando en Navalperal a una columna rebelde lo que llevó a que sus hombres lo proclamaran general. Tras

fracasar en Talavera, desempeñó exclusivamente cargos burocráticos. Se exilió al término de la guerra.

March Ordinas, Juan (1880-1962). Financiero mallorquín de extracción social humilde. Amasó una fortuna considerable mediante el contrabando de tabaco convirtiéndose en la primera fortuna de España. La República le privó del monopolio del tabaco marroquí lo que le llevó a colaborar con las conspiraciones destinadas a derribarla. Encarcelado, logró evadirse de la prisión y puso parte de su fortuna a disposición de los sublevados. Fue él quien garantizó que de nada carecerían las familias de generales sublevados como Franco o Mola, quien adquirió el avión que llevó al primero de Canarias a Marruecos y quien avaló compras de armas a las potencias fascistas. Sin duda, resultó el principal apoyo económico privado de la rebelión. Creó, en el año 1955, la fundación que lleva su apellido.

«**Marianet**». Ver: Vázquez, Mariano.

Martín Alonso, Pablo (1896-1964). Coronel, jefe del Regimiento de Infantería de Zamora 8, de guarnición en La Coruña. Anteriormente fue ayudante de campo de Alfonso XIII y gentilhombre de cámara. El 10 de Agosto de 1932 se sumó a la sublevación siendo detenido y confinado en Villa Cisneros, de donde consiguió huir el 31 de diciembre de 1932. Siendo ministro de la Guerra el general Molero, en febrero de 1936, ya amnistiado, se le dio el mando del Regimiento de Zamora, en donde el 20 de julio logró sublevarse. Participó en el frente de Asturias, en Teruel y en el de Levante, donde mandó la División 83. Fue jefe de la Casa Militar del general Franco y ministro del Ejército. Alcanzó el grado de Teniente General.

Martín Moreno, Francisco (1879-1941). Coronel del Cuerpo de Estado Mayor, con destino en la Jefatura del Ejército de España en África. Durante toda la guerra fue jefe de Estado Mayor en el Cuartel General de Franco. Firmó todos los partes de guerra a excepción del último, el denominado «de la Victoria», que fue redactado por Franco.

Martínez Barrio, Diego (1883-1962). Dirigente del Partido Republicano Radical. Ministro de Comunicaciones en el Gobierno provisional de la República (1931) y de Gobernación en el de Lerroux de 1933. Presidió el Gobierno que convocó las elecciones de noviembre de 1933, tras las cuales fue ministro de la Guerra en el nuevo Gobierno de Lerroux. En 1934 rompió con éste, a causa de su acercamiento a la CEDA. Posteriormente, abandonó el Partido Radical y fundó la Unión Republicana. Al producirse el alzamiento del 18 de julio, protagonizó un intento de formar un Gobierno de conciliación que evitara la guerra civil. Su conversación con Mola al respecto concluyó en fracaso. Durante toda la guerra sería presidente de las Cortes. Se exilió al término de la guerra. Designado presidente interino de la República Española en el exilio, murió en París el 1 de enero de 1962.

Marty, André (1886-1956). Diputado comunista francés y miembro de la Komintern, por la que

fue enviado a España para organizar las Brigadas Internacionales. Desequilibrado y carente de cualidades militares, fue apodado «El Carnicero de Albacete» por las numerosas ejecuciones (según él no más de quinientas) que ordenó. Se sospechó de su intervención en un desfalco durante la guerra. Tras la caída de Cataluña huyó a Francia y, posteriormente, a la URSS. En 1953, fue expulsado del Partido Comunista Francés.

Maura y Gamazo, Miguel (1887-1971). Republicano católico. Ministro del Interior en abril-octubre de 1936. Abandonó poco después España adoptando una posición neutral. Con posterioridad regresó a España manteniéndose apartado de la política.

Mera García, Cipriano (1896-1975). Albañil de profesión, perteneciente a la CNT. Encarcelado el 18 de julio de 1936, fue puesto inmediatamente en libertad. Dotado de notables cualidades para el mando militar, apoyó la desaparición de las milicias y la militarización. Participó en la defensa de Madrid, en la batalla del Jarama, en Guadalajara (donde destacó especialmente), en Brunete, etc. Fue jefe de la 14 División y del IV Cuerpo de Ejército. En marzo de 1939 apoyó el golpe de Estado del coronel Casado.

Mijá Menant, José (1878-1958). General de Brigada del Arma de Infantería. En agosto de 1936, su fracaso ante Córdoba provocó su destitución y el que se le acusara de traidor. Presidente de la Junta de Defensa de Madrid en noviembre de 1936. Junto con Rojo, fue el artífice de la victoria republicana en la batalla de Madrid. Jefe de los ejércitos del Centro y Centro-Sur. Aunque Casado le otorgó la presidencia del Consejo Nacional de Defensa en marzo de 1939, no llegó a ejercerla. Al acabar la guerra se exilió a Francia, Argelia y, finalmente, a México, donde murió.

Mizzian (Mohammed ben Mizzian bel Kasen) (1897-1975). Comandante de Infantería, con destino en el Grupo de Regulares Indígenas de Alhucemas 5. Participó en el Alzamiento militar. Trasladado a la Península con el Ejército Expedicionario de Marruecos, actuó en Talavera de la Reina, Toledo, Madrid (donde fue herido de gravedad), Teruel, Alfambra, Asturias, el Ebro y Cataluña. Mandó la 1.a División en el Cuerpo de Ejército del Maestrazgo. Alcanzó el grado de teniente general en el Ejército Español y mandó la Capitanía General de Galicia y la de Canarias. Al independizarse Marruecos, causó baja en el Ejército español y en el mencionado país fue jefe del Estado Mayor, Ministro de la Guerra, mariscal y consejero regio.

Modesto Guilloto, Juan (Guilloto León, Juan Modesto) (1906-1969). Militante comunista. Desde el inicio de la guerra participó en la formación de milicias, convirtiéndose en comandante del centro de formación del 5.^º Regimiento. Participó en el Guadarrama, Tajo, Jarama, Brunete, Belchite, Teruel, etc. Ascendido a teniente coronel de milicias, se convirtió en jefe del V Cuerpo de Ejército. En agosto de 1938, siendo coronel, fue designado jefe del Ejército del Ebro. Tras la derrota de Cataluña, regresó a la zona Centro donde intentó infructuosamente reorganizar el Ejército popular. Acabó la guerra con el grado de general que, posteriormente, le fue reconocido en la URSS. Murió exiliado, en Checoslovaquia, alejado al parecer de sus antiguas convicciones

comunistas.

Mola Vidal, Emilio (1887-1937). Militar. Nombrado por Gil Robles en 1935 jefe del Ejército de Marruecos. Destinado por el Gobierno del Frente Popular a la Comandancia militar de Pamplona, desde allí se convirtió en el auténtico forjador de la sublevación de julio de 1936. A fines de Julio de 1936, dominado por el pesimismo, estuvo a punto de abandonar la lucha y refugiarse en Francia. A iniciativa suya se formó el 24 de julio la Junta de Defensa Nacional bajo la presidencia del general Cabanellas. Partidario de un mando militar unificado, apoyó para el mismo a Franco el 21 de septiembre. En la primavera de 1937 dirigió la ofensiva contra el Norte republicano. El 3 de junio de ese año murió en accidente de avión. Durante la segunda guerra mundial, Hitler lo consideró —en contraposición a Franco— como el verdadero cerebro del alzamiento y de la guerra civil. En 1948, Franco, con carácter póstumo, le concedió el título de duque de Mola.

Mola Vidal, Ramón (1896-1936). Capitán de Infantería, con destino como juez de causas en la IV División. Con anterioridad al inicio de la guerra, visitó a su hermano el general Emilio Mola y le manifestó su pesimismo sobre las posibilidades que tenía el golpe de triunfar en Barcelona. El 19 de julio se sumó a la rebelión. Al conocer la rendición del General Goded, se suicidó.

Molero Lobo, Nicolás (1870-1947). General de División, procedente de Infantería y jefe de la VII División Orgánica, con destino en Valladolid. Trató de mantener la guarnición leal al Gobierno. En la noche del 18 de julio, el General Saliquet y algunos acompañantes lograron penetrar en su despacho, conducidos por el oficial de servicio. Se produjo entonces un tiroteo en el cual fue herido Molero. En agosto de 1937 fue juzgado por un consejo de guerra que le condenó a tres años y un día de prisión. Un nuevo proceso pronunció una sentencia de treinta años de reclusión que fue commutada en 1938 por la de doce años y un día. En 1940 fue puesto en libertad bajo fianza.

Monasterio Ituarte, José (1882-1952). Coronel, jefe del Regimiento de Cazadores de Caballería de Castillejos 1, con destino en Zaragoza. Se adhirió al Alzamiento y durante la guerra tuvo a su mando una División de Caballería y fue jefe de milicias de FET de las JONS. Sus tropas lograron el enlace del Ejército del norte con el del sur en Arenas de San Pedro, en la Sierra de Gredos. En 1943, suscribió un manifiesto en el que rogaba a Franco, junto con otros militares, la restauración de la monarquía. Alcanzó el grado de Teniente General.

Montseny i Mañé, Federica (1905-1994). Dirigente de la FAI. En noviembre de 1936 aceptó el Ministerio de Sanidad. Ministra hasta mayo de 1937. Durante los «sucesos de mayo» su intervención fue decisiva para evitar que la CNT continuara la lucha.

Al acabar la guerra, se exilió a Francia.

Moscardó Ituarte, José (1878-1956). Coronel de Infantería, director de la Escuela Central de Gimnasia y gobernador militar de Toledo. El 18 de julio, estando en Madrid, decidió regresar a Toledo para colaborar con la rebelión aunque sólo en la mañana del martes 21 de julio proclamó el

estado de guerra. A partir de entonces, se recluyó en el Alcázar de Toledo a la espera de la llegada de los sublevados. En esa situación resistiría heroicamente hasta el 28 de septiembre de 1936. Condecorado con la Cruz laureada de San Fernando y ascendido a general, se le entregó el mando de la División Soria y, posteriormente, del Cuerpo de Ejército de Aragón. Ascendido a teniente general en junio de 1943, pasó a la reserva en 1946. En 1948, Franco le otorgó el título de Conde del Alcázar de Toledo con grandeza de España.

Música Urrestarazu, Mateo (1870-1968). Obispo de Vitoria, de tendencia monárquica y conservadora. En 1931 fue expulsado por el ministro de la Gobernación, el católico Miguel Maura. Cuando estalló la rebelión ya estaba repuesto en su diócesis y el 6 de agosto de 1936 publicó una pastoral exhortando a sus fieles a sumarse a la sublevación. El 14 de octubre de 1936 abandonó España y se refugió en Roma. Desde allí censuró los fusilamientos de sacerdotes vascos realizados por las tropas de Mola.

Muñoz Grandes, Agustín (1896-1972). Coronel de Infantería, disponible en Madrid, fue jefe de la Guardia de Asalto. Durante el Frente Popular conspiró, aunque no intervino en la sublevación. Detenido en Madrid, logró evadirse y pasó a la zona rebelde. Tras la ocupación de Bilbao, en 1937, asumió el mando de una Brigada Navarra participando en Santander y Asturias. Participó con la 61 División en la batalla de Teruel (1937-1938). Después, con la 150 División, intervino en Aragón. En 1938, ya general, participó en la ofensiva de Cataluña al mando del Cuerpo de Ejército de Urgel. Tras la guerra, fue ministro secretario del Movimiento, tuvo el mando de la División Azul enviada por Franco para combatir en el frente del Este durante la segunda guerra mundial. El Führer le condecoró con la Cruz de Caballero Cruz de Hierro con hojas de roble. Jefe de la Casa Militar de Franco, el 11 de julio de 1962 se le nombró vicepresidente del Gobierno. En 1967 se le ascendió a capitán general.

Mussolini, Benito (1883-1945). Dictador fascista italiano. Desde 1933, al menos, proporcionó ayuda militar y financiera a los que conspiraban contra la República. Su ayuda al ejército rebelde fue considerable.

Negrín López, Juan (1892-1956). Médico, catedrático de fisiología y político socialista. Diputado en 1931, 1933 y 1936. Ministro de Hacienda en el primer Gobierno Largo Caballero de septiembre del 36. En calidad de tal envió la práctica totalidad de las reservas de oro del Banco de España a la Unión soviética. Tras los «sucesos de mayo» Azaña le encargó formar Gobierno. La labor de Negrín estuvo muy vinculada al control de la España del Frente popular por parte de los comunistas. Así se creó el SIM, se disolvió el POUM y el Consejo de Aragón y se constituyó el Consejo de Guerra para Asuntos Militares. El 6 de abril de 1938, tras la ruptura del frente, formó un nuevo gobierno y el 1 de mayo hizo públicos los «Trece Puntos» como bases mínimas para pactar un armisticio. Habiendo llegado a un pacto con los agentes de Stalin en España para implantar una dictadura comunista, intentó alargar el conflicto lo suficiente como para conectarlo con una guerra mundial que estaba pronta a estallar. Al acabar la guerra se exilió presidiendo un

gobierno republicano hasta 1945. Con posterioridad reanudó con notable éxito sus actividades profesionales en Gran Bretaña.

Nin, Andrés (o Andreu) (1892-1937). Miembro de la CNT, traductor al castellano de las obras de Trotsky y fundador del POUM. En septiembre de 1936 se convirtió en uno de los consejeros de la Generalidad catalana. Durante los «sucesos de mayo» se alineó con el POUM y la CNT lo que permitió su detención. Trasladado a Madrid, desapareció secuestrado por miembros de las Brigadas Internacionales. Torturado por comunistas siguiendo órdenes de Stalin, fue inmediatamente asesinado y acusado de colaborar con Franco.

Núñez de Prado y Susbielas, Miguel (1882-1936). General de división, procedente del Arma de Caballería y director general de Aeronáutica. El 17 de julio se le designó para el mando de las fuerzas militares de España en África, que no llegó a ocupar a causa de la rebelión. El 18 de julio se le nombró inspector general del Ejército y se le dio la orden de sustituir, en el mando de la V División Orgánica, al general Miguel Cabanellas. Detenido al llegar a Zaragoza, fue trasladado a Pamplona, donde se le fusiló.

Oliveira Salazar, Antonio. Véase: Salazar, Antonio de Oliveira.

Pasionaria. Véase Ibárruri.

Pérez Farrás, Enrique (1885-1949). Comandante de Artillería. Condenado a muerte por los sucesos revolucionarios de octubre de 1934, la pena le fue commutada por la de reclusión perpetua. Amnistiado en febrero de 1936, fue un factor decisivo en sofocar la rebelión en Barcelona. Fue asesor militar de la columna que el 23 de julio salió de Barcelona al mando de Durruti. Durante el resto de la guerra sólo desempeñó cargos burocráticos y al concluir la misma se exilió a México.

Pla i Deniel, Enric (1876-1968). Obispo de Salamanca durante la guerra. El 30 de septiembre de 1936 publicó una carta pastoral titulada «Las dos ciudades» en que apoyaba a los rebeldes y calificaba su levantamiento de «Cruzada». En octubre del mismo año cedió su palacio episcopal a Franco, que lo usó como residencia oficial. Firmante de la carta colectiva del episcopado español en que se legitimaba el alzamiento, al concluir la guerra publicó otra pastoral titulada «El triunfo de la ciudad de Dios y la resurrección de España» en la que volvía a defender las tesis del vencedor. Procurador de las Cortes, en 1941 fue creado arzobispo de Toledo, y en 1946, cardenal.

Ponte y Manso de Zúñiga, Miguel (1882-1952). General de brigada, procedente de Infantería. Solicitud su retiro después de proclamada la República, conspirando posteriormente contra ésta. Colaboró con el general Saliquet para adueñarse de la VII División Orgánica, en Valladolid. Miembro de la Junta de Defensa nacional, cesó en este puesto en agosto de 1936. Fue, durante la guerra, jefe de la 5.^a División y luego de los Cuerpos de Ejército V, I y de Toledo, sucesivamente. En 1943, suscribió junto con otros militares un manifiesto en el que se pedía a Franco la

restauración de la monarquía. Alcanzó el grado de Teniente General.

Portela Valladares, Manuel (1866-1952). Durante la Monarquía fue gobernador de Barcelona, fiscal del Tribunal Supremo y ministro de Fomento. Bajo la República, fue diputado de las Cortes Constituyentes y, en el bienio derechista de 1934-1935, gobernador general de Cataluña y ministro de la Gobernación. A finales de 1935, se convirtió en presidente del Consejo de Ministros. Presidió las elecciones del 16 de Febrero de 1936. Intentó crear un Partido Centrista, pero fracasó. Al estallar la guerra, pretendió sumarse a la rebelión, pero fue rechazado por Franco. Esto le llevó a regresar a la zona republicana, donde incluso habló ante las Cortes reunidas en Valencia. Al tener noticia de esto, los rebeldes publicaron la carta que había dirigido a Franco intentando sumarse a la sublevación. Esta circunstancia lo llevó a emigrar precipitadamente. Falleció en Francia.

Pozas Perea, Sebastián (1876-1946). General de brigada, procedente del Arma de Caballería e inspector general de la Guardia Civil. Su lealtad al gobierno del Frente Popular tuvo como consecuencia el que una importante parte de la Benemérita permaneciera fiel al Gobierno. El 19 de julio, fue nombrado Ministro de la Gobernación, con retención del mando de la Guardia Civil. Posteriormente fue jefe del Ejército del Centro e intervino en la defensa de Madrid. A lo largo de la guerra actuó en el Jarama, Belchite, Guadalajara, Teruel e incluso los sucesos de mayo de 1937. Se exilió al término de la guerra.

Prieto Tuero, Indalecio (1883-1962). Dirigente socialista. Propietario de *El Liberal* de Bilbao. Diputado a Cortes por Bilbao de 1918 a 1923, y de 1931 a 1936. Ministro de Hacienda y de Obras Públicas de 1931 a 1933. Participó en el levantamiento armado del PSOE contra el gobierno legítimo de la República en octubre de 1934. En el Gobierno de Largo Caballero de septiembre de 1936, ocupó la cartera de Marina y Aire. En el Gobierno Negrín de mayo de 1937, fue ministro de Defensa Nacional. En abril de 1938 dimitió a causa de sus discrepancias con Negrín y de manera muy especial por las presiones comunistas. Ese mismo año emprendió un viaje a diversos países de Hispanoamérica para defender la causa de la República sorprendiéndole el final de la contienda fuera de España. Establecido en México, actuó en favor de multitud de españoles que deseaban exiliarse a este país. En 1948, colaboró en un proyecto de restauración monárquica que hubiera concluido con la dictadura franquista. El mismo fracasó por la actitud de Don Juan de Borbón, que prefirió pactar con el general Franco.

Primo de Rivera y Sáenz de Heredia, José Antonio (1903-1936). Hijo del dictador Miguel Primo de Rivera, empezó a intervenir en política en 1930, en el seno de la Unión Monárquica, con el principal objeto de defender la memoria de su padre. Enemigo de la Segunda República, su visión política se identificó pronto con el fascismo italiano. En octubre de 1933 fundó Falange Española y en 1934 fusionó este partido con las JONS de inspiración más cercana al nazismo alemán. Diputado por la candidatura de derechas de Cádiz en la legislatura de 1933. En 1936 no fue reelegido al ir Falange en solitario a las elecciones. Detenido en marzo de 1936, acusado de

tenencia ilícita de armas, esta circunstancia no le impidió colaborar de manera activa en la preparación del alzamiento de julio de 1936. Juzgado, fue condenado a muerte y ejecutado en la prisión de Alicante el 20 de noviembre de 1936.

Queipo de Llano y Sierra, Gonzalo (1875-1951). General de orientación republicana. En diciembre de 1930 tomó parte en la sublevación militar de Cuatro Vientos en favor de la República, pero fracasó y tuvo que exiliarse. Al instaurarse la República en abril de 1931, fue nombrado capitán general de Madrid. Jefe de la Casa Militar del presidente Alcalá-Zamora. En 1936, siendo inspector general de carabineros, se sumó a la conspiración militar y el 18 de julio se sublevó en Sevilla. Fue miembro de la Junta de Defensa Nacional y participó en el nombramiento de Franco como jefe del gobierno del Estado. Jefe nominal del Ejército del Sur, el de Andalucía Oriental tan sólo, actuó militarmente en la ofensiva contra Málaga y algunas operaciones menores. Tal decisión de Franco quizás derivó del deseo de que no pudiera aducir éxitos militares. Teniente general, desde 1939, a causa de sus diferencias con Franco, no desempeñó mando militar alguno. En 1950 le fue concedido el título de marqués de Queipo de Llano.

Rada y Peral, Ricardo de (1885-1956). Teniente Coronel de Infantería. Retirado al proclamarse la República, actuó en Falange, cuya fuerza de choque organizó. Posteriormente, instruyó las milicias carlistas. Se sumó a la rebelión en Pamplona, siendo segundo en la columna de García Escámez. Ascendido a coronel, actuó de manera especial en el Jarama y el Ebro. Al término de la guerra era general y tenía el mando de una división. Tras la guerra, alcanzó el grado de teniente general.

Redondo Ortega, Onésimo (1905-1936). Fundador, en Valladolid, el 13 de Junio de 1931, del semanario *Libertad*. Ingresó en las Juntas de Ofensiva Nacional Sindicalista y posteriormente se unió a José Antonio Primo de Rivera. Detenido el 14 de marzo de 1936, fue trasladado a la cárcel de Ávila, de donde fue liberado el 19 de julio. Murió en un choque con milicianos en el pueblo de Labajos (Segovia), el 24 de julio de 1936.

Rey D'Harcourt, Domingo (1883-1939). Teniente Coronel de Artillería. Estando al mando de la plaza de Teruel, fue sitiado por fuerzas republicanas, desde el 16 de diciembre de 1937. El 7 de enero de 1938 se vio obligado a capitular, lo que provocó acusaciones de traición. Al término de la guerra, cuando el Ejército republicano se retiraba de Cataluña hacia Francia, fue asesinado cerca de Figueras por milicianos comunistas.

Ridruejo Jiménez, Dionisio (1912-1975). Poeta y periodista. Ingresó en Falange Española en mayo de 1933. Contrario al decreto de unificación de FET y de las JONS de abril de 1937, negoció posteriormente con Serrano Suñer la persistencia de los falangistas opositores en la nueva Falange. Jefe del Servicio Nacional de Propaganda desde 1938. Voluntario de la División Azul en 1941. En 1942, dirigió una carta a Franco renunciando a todos sus cargos y pidiendo la baja en Falange. La respuesta del régimen fue una cadena de destierros y confinamientos. En 1947 se

entrevistó con Franco, marchando al año siguiente a Roma como corresponsal del periódico falangista *Arriba*. A partir de 1956 sufrió diversos encarcelamientos por su antifranquismo. Al año siguiente fundó el Partido Social de Acción Democrática de signo social-demócrata.

Riquelme y López Bago, José (1880-1972). General de Brigada, procedente del Arma de Infantería. El 19 fue nombrado jefe de la I División Orgánica. Posteriormente tuvo el mando de las fuerzas que atacaron Toledo y más adelante de las que pelearon en el Guadarrama. Tras su fracaso en Talavera de la Reina, fue procesado. Absuelto, no volvió al servicio activo hasta 1938 en que fue nombrado comandante militar de Barcelona. Tras la guerra, se exilió.

Roatta, Mario (1887-1968). Militar italiano que, con el pseudónimo de «Mancini», se convirtió en jefe del C.T.V. Triunfante en Málaga, fue destituido tras la derrota de Guadalajara. Tras la segunda guerra mundial fue condenado por crímenes de guerra.

Rodezno, conde de (1883-1952). Título de Tomás Domínguez Arévalo. Noble navarro de ideología carlista. Diputado en 1931, 1933 y 1936. Al estallar la rebelión del 18 de julio se puso a las órdenes de Mola. Decretada la Unificación, medió ante el príncipe Javier de Borbón y Parma para que las milicias carlistas obedecieran sin reservas a Franco. Ministro de Justicia en el primer gobierno de Franco, éste le otorgó la condición de Grande de España.

Rodríguez, Melchor (1893-1972). Anarquista. En noviembre de 1936 fue nombrado delegado especial de prisiones. Desde su toma de posesión, se suspendieron las sacas de presos y sólo se cumplieron las sentencias de muerte dictadas por tribunales. Su intervención salvó la vida de multitud de presos contándose entre ellos Muñoz Grandes, Serrano Súñer, Sánchez Mazas, Miguel Primo de Rivera, Margarita Larios, Raimundo Fernández-Cuesta, etc. En marzo de 1937, cesó en su cargo y acusó públicamente a José Cazorla, consejero de orden público de la Junta de Defensa de Madrid, de haber utilizado «métodos feroces». Al concluir la guerra, fue detenido, procesado y condenado. En el curso del proceso, el general Muñoz Grandes testificó en su favor. Gracias a esta intervención y a otras, al año y medio de prisión fue puesto en libertad. A su entierro en Madrid acudieron tanto militantes de la CNT como partidarios del régimen de Franco.

Rojo Luch, Vicente (1894-1966). Militar. En noviembre de 1936, es nombrado jefe de Estado Mayor de Miaja para la defensa de Madrid. Cerebro de las ofensivas de Brunete, Belchite, Teruel y el Ebro. Siendo Prieto ministro de Defensa, fue designado jefe del Estado Mayor Central, que ocupó hasta febrero de 1939. Al acabar la guerra, marchó a Argentina y luego a Bolivia, donde fue profesor de la Escuela de Guerra. En 1957 regresó a España, donde fue juzgado por rebelión y condenado a treinta años de reclusión. Indultado poco después, falleció en Madrid.

Rosenberg, Marcel (¿-1937). Primer embajador de la URSS en España, acreditado ante el Gobierno de Madrid después de iniciarse la guerra. Largo Caballero llegó a arrojarlo de su despacho por intentar presionarle en sus decisiones. En 1937 regresó a la URSS, donde

desapareció en una de las purgas de Stalin.

Sáenz de Buruaga Polanco, Eduardo (1893-1964). Coronel de Infantería y aviador, disponible en Tetuán, Marruecos, al estallar la guerra. El 17 de julio asumió el mando de las fuerzas sublevadas en esta ciudad, entregando dos días después el mando al general Franco. Intervino en la batalla de Madrid, el Jarama, Brunete, Belchite, Teruel y el Ebro. Tras la guerra, fue gobernador militar de Madrid y el Campo de Gibraltar. Teniente general, tuvo el mando de las capitánías generales de Baleares y Sevilla.

Salazar, Antonio de Oliveira (1889-1970). Desde 1932, jefe del Gobierno, simultaneando los cargos de ministro de Hacienda, de Guerra y de Asuntos Exteriores. Mantuvo estrecha alianza política y militar con la España de Franco. En 1937 reconoció oficialmente el Gobierno de Franco. En 1942 suscribió con éste el denominado Pacto ibérico.

Saliquet Zumeta, Andrés (1887-1959). General de división, procedente del Arma de Infantería, disponible forzoso. Al iniciarse el Alzamiento, logró el triunfo del mismo en Valladolid. Formó parte de la Junta de Defensa Nacional y formó parte del conjunto de generales que nombró a Franco Generalísimo y jefe del Estado. Designado jefe del Ejército del Centro, tras concluir la guerra alcanzó el grado de teniente general. En 1943 fue uno de los militares que suscribió un manifiesto en el que se pedía a Franco la restauración de la monarquía. En 1950, Franco le concedió el título de marqués de Saliquet.

Sánchez González, Juan Bautista (1893-1957). Coronel de Infantería, sumado al Alzamiento en África, permaneció allí hasta Abril de 1937. Como Jefe de la 5.^a Brigada Navarra, intervino en Vizcaya, Teruel, Brunete y Cataluña, llegando a la frontera en Port Bou. Ocupó Barcelona el 26 de enero de 1939. Tras la guerra, alcanzó el grado de Teniente General y se manifestó partidario de la restauración monárquica.

Sanjurjo Sacanell, José (1872-1936). Militar, con antecedentes familiares en el carlismo. Se negó a defender a la monarquía parlamentaria frente al asalto republicano de abril de 1931 y siguió siendo director de la Guardia Civil. Tras los sucesos de Castilblanco y Arnedo, Azaña lo destinó a la Dirección General de Carabineros. Entregado desde entonces a la conspiración, dirigió el intento de golpe de 10 de agosto de 1932. Fracasado el mismo, fue condenado a muerte e inmediatamente indultado. Amnistiado por Gil Robles en 1934, se exilió a Portugal. Siguió allí conspirando contra la República. Reconocido como jefe supremo de los rebeldes del 18 julio de 1936, al salir para España murió en un accidente de aviación el 20 de julio de 1936.

Segura Sáez, Pedro (1880-1957). Obispo de Coria, posteriormente arzobispo de Burgos y de Toledo y primado de España. Monárquico a ultranza, fue expulsado de España por el gobierno. Nunca fue restituido al cargo de cardenal primado y cuando regresó en 1937 se ocupó de la diócesis de Sevilla. Desde el final de la guerra protagonizó repetidos altercados con el régimen.

En noviembre de 1954, mientras se hallaba en Roma, la Santa Sede nombró a un coadjutor auxiliar con derecho a la sucesión privando a Segura de buena parte de su poder.

Serrano Súñer, Ramón (1901-2003). Diputado por la CEDA, amigo personal de José Antonio Primo de Rivera y esposo de una hermana de la esposa de Franco. Detenido por las autoridades del Frente Popular, consiguió pasar a la zona rebelde. Allí se convirtió en persona de confianza de Franco e intervino en la redacción del Decreto de Unificación. Ministro del Interior en enero de 1938. El 20 de mayo de 1941 fue encargado del Ministerio de Asuntos Exteriores. Se entrevistó en repetidas ocasiones con Hitler y Mussolini. Destituido tras los incidentes de Begoña, en 1945 solicitó a Franco que disolviera la Falange. Retirado totalmente de la política, se dedicó brillantemente a la abogacía.

Solchaga Zala, José (1881-1953). Coronel de Infantería, jefe del Regimiento de América 14, se sumó a la sublevación en Pamplona. Inmediatamente organizó tres columnas con las que los rebeldes tomaron San Sebastián, Irún y buena parte de Guipúzcoa. En 1937, al mando de la Brigada Navarra actuó en el Frente del Norte hasta la derrota final de los republicanos en Asturias. Mandó después el Cuerpo de Ejército de Navarra, con el que intervino en Levante, Aragón, Cataluña y Toledo. Antes de concluir la guerra fue ascendido a general de división y en 1943 se convirtió en teniente general. En ese mismo año suscribió un manifiesto en el que se pedía a Franco la restauración de la monarquía.

Stalin. Iosif Vissariónovich Jugashvili (1879-1953). Dictador soviético. Decidió personalmente la creación de las Brigadas internacionales, ayudó con envíos de armas al gobierno del Frente popular y fue apoderándose de la evolución política de la República. A finales de 1938, había llegado a un acuerdo con Negrín para implantar una dictadura comunista en España.

Stohrer, Eberhard von (1883-1944). Sucesor de Von Faupel como embajador de la Alemania nazi ante Franco. No creyó en la posibilidad de que éste ganara la guerra y se mostró favorable a llegar a una paz pactada. Criticó duramente la represión de los rebeldes. En 1943 regresó a Alemania.

Tagüeña Lacorte, Manuel (1913-1971). Licenciado en ciencias físico-matemáticas. A inicios de 1937, con veinticuatro años, mandaba una brigada. A los veinticinco tenía a sus órdenes un cuerpo de ejército en la batalla del Ebro. Tras la derrota en Cataluña pasó a Francia y de allí a la zona Centro. Al acabar la guerra poco después, se exilió a la Unión soviética. Durante la segunda guerra mundial fue jefe de Estado mayor de una gran unidad del ejército soviético. Doctorado en Biología, profesor en distintas instituciones docentes, en 1953 fijó su residencia en México, donde falleció.

Varela Iglesias, José Enrique (1891-1951). Militar. Considerado de tendencias carlistas. Tuvo un papel muy destacado en el avance sobre Madrid en 1936 y también participó en Brunete, Teruel y

el Ebro. En agosto de 1939 fue nombrado ministro del Ejército. Objeto de un atentado falangista en 1942, al año siguiente suscribió un manifiesto en el que se pedía a Franco la restauración de la monarquía. En 1951, se le concedió el título de marqués de Varela de San Fernando. Fue nombrado capitán general a título póstumo.

Vázquez Rodríguez, Mariano, «Marianet» (1909-1939). Secretario del Comité Nacional de la CNT al empezar la guerra. Partidario de la colaboración con el Gobierno de la República y de subordinar la revolución a la consecución de la victoria. Muerto en extrañas circunstancias.

Vidal y Barraquer, Francisco (1868-1943). Arzobispo de Tarragona y Cardenal. Emigró al iniciarse la guerra. Se negó a suscribir la carta colectiva del episcopado español en favor de los rebeldes. Intentó que ambos bandos llegaran a una paz negociada. Falleció en Suiza, adonde se había exiliado.

Vigón Suerodíaz, Juan (1880-1959). Coronel de Estado Mayor. Fue ayudante del rey Alfonso XIII y profesor de los infantes. Al iniciarse la guerra regresó a España desde Buenos Aires y se sumó a los rebeldes. Designado como Jefe de Estado Mayor del Ejército del Norte, intervino en Vizcaya, Santander, Asturias, Aragón y Cataluña. Tras la guerra, alcanzó el grado de Teniente General y desempeñó diversos cargos, entre ellos el de ministro del Aire. En 1955, Franco le concedió el título de marqués de Vigón.

Warlimont, Walter (1893-1976). Coronel de Estado mayor del Ejército alemán, enviado a Franco como asesor militar. Abogó por el envío de carros de combate a España y por la utilización de bombardeos aéreos.

Yagüe Blanco, Juan (1892-1952). Militar. Simpatizante del falangismo. Durante la conspiración fue enlace entre Mola y Franco. Conquistador de Badajoz, se distinguió en el avance hacia Madrid en 1936. Luego prosiguió hasta Talavera de la Reina y la Ciudad Universitaria de Madrid, donde se vio frenado. Sustituido, a petición de Mola, apoyó el nombramiento de Franco para el mando único del Ejército en septiembre de 1936. Intervino en los frentes de Madrid, Teruel, el Ebro y Cataluña. Llegó al grado de Teniente General el 1.^o de noviembre de 1943. En 1952, a título póstumo, Franco le otorgó el título de marqués de San Leonardo de Yagüe.

Apéndice D

CUADRO 1

SOVIÉTICOS EN LA GUERRA CIVIL

Aviadores	772
Tanquistas	351
Artilleros	105
Marinos	77
Técnicos de radio	152
Intérpretes	204
Asesores militares	222
Técnicos y mecánicos aeronáuticos	130
Observadores militares	52
	—————
	2.065

CUADRO 2

MATERIAL BÉLICO ENVIADO POR LA URSS A LA REPÚBLICA (excluido el naval)

Aviones militares	806
Carros de combate	362
Autos blindados	120
Piezas de artillería	1.555

Morteros	3.340
Ametralladoras	15.113
Fusiles	500.000
Bombas de aviación	110.000
Proyectiles de artillería	3.400.000
Granadas de mano	500.000
Cartuchos de fusil	862.000.000
Pólvora (toneladas)	1.500

CUADRO 3

MATERIAL ITALIANO RECIBIDO POR LOS NACIONALES (excluido el naval)

Aviones de combate	700
Tanquetas	170
Cañones	1.000
Camiones	4.250
Remolques y tractores	1.700
Vehículos ligeros	270
Motocicletas	1.200
Ametralladoras	3.500
Fusiles ametralladores	5.200
Fusiles	220.000
Pólvora y explosivos	5.000 toneladas
Cartuchos	100 millones
Proyectiles de artillería	Varios millones

CUADRO 4

MATERIAL ALEMÁN RECIBIDO POR LOS NACIONALES
 (excluido el naval)

Aviones	833
Cañones	600
Panzer I	c. 120
Ametralladoras	5.000
Fusiles ametralladores	5.000
Fusiles	200.000

CUADRO 5

**TROPAS ITALO-ALEMANAS RECIBIDAS
 POR LOS REBELDES**

Italia	70.000 combatientes
Alemania	19.000 técnicos y combatientes

CUADRO 6

**PLANTILLAS DEL EJÉRCITO Y FUERZAS
 DE ORDEN PÚBLICO (AÑO 1936)**

	generales	jefes y oficiales	sub-oficiales	tropa	total
Ejército pen. E.M.G	81	8.851	6.988	101.455	117.385
Asimilados	10	—	—	—	10
Ejército África	3	1.683	1.572	30.383	33.641
Dirección General de Marruecos y Colonias	—	527	246	12.713	13.486
Servicio de Aviación	2	607	567	4.131	5.307
TOTAL EJÉRCITO	96	11.668	9.373	148.682	169.819

	jefes y generales	sub-oficiales	oficiales	tropa	total
Guardia Civil	6	1.516	2.127	30.742	34.391
Carabineros	2	676	1.115	13.456	15.249
Cuerpos Seguridad y Asalto	—	450	543	16.667	17.660
TOTAL ORDEN PÚBLICO	8	2.642	3.785	60.865	67.300
TOTAL GENERAL	104	14.310	13.158	209.547	237.119

CUADRO 7

PERSONAL MILITAR EN SITUACIÓN DE RESERVA, RETIRADO O COMPLEMENTO

	reserva	complementos	retirados	edades
Generales	481	—	21 a 25 años	269
Estado Mayor	4	—	26 a 30 años	605
Infantería	97	1.930	31 a 35 años	1.274
Caballería	21	630	26 a 40 años	2.064
Artillería	88	632	41 a 45 años	3.268
Ingenieros	71	158	46 a 50 años	1.914
Guardia Civil	81	—	51 a 55 años	1.807
Carabineros	51	—	56 a 60 años	1.273
Jurídicos	22	65	61 a 65 años	525
Intendencia	49	238	66 a 75 años	188
Sanidad	44	252	71 a 75 años	285
Farmacia	8	56	76 a 80 años	121
Veterinaria	5	65	Más de 80 años	49
TOTAL	1.022	4.026		13.642

CUADRO 8

**GENERALAS EN ACTIVO EL 18 DE JULIO DE 1936
EJECUTADOS O ASESINADOS EN LA GUERRA CIVIL**

	muertos			muertos			total	%		
	en activo	en Z. S.	%	en Z. R.	%					
EJÉRCITO										
Estado Mayor										
General	85	7	8,23	17	20,00	24	28,23			
Asimilados	11	—	—	3	27,27	3	27,27			
Orden Público	7	1	14,28	1	14,28	2	28,57			
TOTAL	103	8	7,76	21	20,39	29	28,15			
MARINA										
Cuerpo General	18	2	11,11	7	38,88	9	50,00			
Cuerpos Parentados	16	1	6,25	4	25,00	5	31,25			
TOTAL	34	3	8,82	11	32,35	14	41,17			
TOTAL EJÉRCITO Y ARMADA	137	11	8,03	32	23,35	43	31,38			

CUADRO 9

**NIVELES DE REFUGIADOS ESPAÑOLES EN FRANCIA
Y DE REPATRIADOS DESDE DICHO PAÍS
HASTA FINES DE 1939**

época	número de refugiados	repatriados desde 1-2-1939
Fines de 1936	cerca de 10.000	—
Agosto de 1937	45.000	—
Octubre de 1937	60.000	—
Primeros de abril de 1938	35.000	—
Fines de 1937	de 40.000 a 45.000	—

época	número de refugiados	repatriados desde 1-2-1939
Mediados de febrero de 1939	475.000	40.000
Primeros de marzo de 1939	440.000	75.000
Primeros de abril de 1939	430.000	85.000
Mediados de mayo de 1939	410.000	105.000
Primeros de agosto de 1939	255.000	250.000
Mediados de diciembre de 1939	140.000	360.000

CUADRO 10

PERSONAL MILITAR EN ACTIVO. SITUACIÓN 30-4-1936

OFICIALES GENERALES

	teniente general	general de división	general de brigada	total
E. M. G.	3	24	57	84
E. M.	—	—	—	—
Infantería	—	—	—	—
Tercio	—	—	—	—
Mar	—	—	—	—
Caballería	—	—	—	—
Artillería	—	—	—	—
Ingenieros	—	—	—	—
Aviación	—	—	—	—
Cuerpo Tren	—	—	—	—
Guardia Civil	—	—	5	5
Carabineros	—	—	2	2
Cuerpo Jurídico Militar	—	—	1	1
Intendencia	—	—	4	4
Intervención	—	—	2	2
S. M. (Médicos)	—	—	4	4
S. M (Farmacia)	—	—	—	—
S. M. (Tropas)	—	—	—	—

	teniente general	general de división	general de brigada	total
Veterinaria	—	—	—	—
Equitación	—	—	—	—
O. M.	—	—	—	—
B. O. T (E. M.)	—	—	—	—
Músicos	—	—	—	—
Moros (Infantería)	—	—	—	—
Moros (Caballería)	—	—	—	—
Cuerpo Eclesiástico	—	—	—	—
Inválidos	—	—	1	1
Inválidos (Equiparados)	—	—	—	—
PRIMERA RESERVA				
E. M. G.	—	2	8	10
Asimilados	—	1	2	3
TOTAL	3	27	86	116
SEGUNDA RESERVA				
E. M. G.	31	47	263	341
Asimilados	—	30	47	77
HONORARIOS				
Armas	—	—	270	270
Asimilados	—	—	59	59
TOTAL GENERAL	34	104	725	863

OFICIALES PARTICULARES

	teniente coronel	coman- dante	capitán	teniente	alférez
	coronel	coronel	capitán	teniente	alférez
E. M. G.	—	—	—	—	—
E. M.	19	60	101	65	—
Infantería	123	256	567	1.526	1.667
Tercio	—	—	—	2	8
					1

	coronel	teniente coronel	comandante	capitán	teniente	alférez
Mar	—	—	—	—	2	6
Caballería	24	53	143	318	399	135
Artillería	51	76	265	578	926	417
Ingenieros	19	61	140	292	363	208
Aviación	—	—	—	—	—	83
Cuerpo Tren	—	1	3	17	—	94
Guardia Civil	30	75	126	333	544	415
Carabineros	18	40	84	172	294	177
Cuerpo Jurídico						
Militar	21	14	33	26	9	—
Intendencia	13	47	113	252	309	60
Intervención	14	27	79	29	—	—
S. M. (Médicos)	15	38	180	337	79	—
S. M. (Farmacia)	4	15	28	57	19	—
S. M. (Tropas)	—	—	4	32	17	39
Veterinaria	4	17	25	118	73	—
Equitación	—	1	5	24	—	—
O. M	2	7	23	129	241	37
B. O. T (E. M.)	—	—	1	4	10	—
Músicos	—	—	4	19	39	—
Moros (Infantería)	—	—	—	49	16	5
Moros (Caballería)	—	—	—	10	7	17
Cuerpo Eclesiástico	—	—	4	1	28	—
Inválidos	60	35	73	240	190	63
Inválidos (Equiparados)	1	1	4	18	7	3
PRIMERA RESERVA						
E. M. G.	—	—	—	—	—	—
Asimilados	—	—	—	—	—	—
TOTAL	418	824	2.005	4.648	5.247	2.893

TOTAL POR CUERPOS

	jefes
E. M. G.	—
E. M.	245
Infantería	5.281
Tercio	11
Mar	8
Caballería	1.072
Artillería	2.313
Ingenieros	1.083
Aviación	83
Cuerpo Tren	115
Guardia Civil	1.523
Carabineros	785
Cuerpo Jurídico Militar	103
Intendencia	794
Intervención	149
S. M. (Médicos)	649
S. M. (Farmacia)	123
S. M. (Tropas)	92
Veterinaria	237
Equitación	30
O. M.	439
B. O. T. (E. M.)	15
Músicos	62
Moros (Infantería)	70
Moros (Caballería)	34
Cuerpo Eclesiástico	33
Inválidos	661
Inválidos (Equiparados)	34
TOTAL	16.044

CUADRO 11

BUQUES DE LA ARMADA EN 1936
Y SU DISTRIBUCIÓN EN AMBAS ZONAS

	en servicio		en reparación o construcción		total	
	Z. S.	Z. R.	Z. S.	Z. R.	Z. S.	Z. R.
BUQUES PRINCIPALES						
Acorazados	—	1	1	—	1	1
Cruceros	1	3	3	—	4	3
Destructores	1	11	—	5	1	16
Submarinos	—	12	—	1	—	13
Minadores	—	—	4	—	4	—
BUQUES DE APOYO						
Torpederos	4	7	—	—	4	7
Cañoneros	4	1	—	—	4	1
Guardacostas	5	4	—	—	5	4
Guardapescas	—	—	—	—	—	—
Lanchas	1	—	—	—	1	—
Buques hidrográficos	—	2	—	—	—	2
Buques escuela	1	1	—	—	1	1
Transporte	—	2	—	—	—	2
Buques salvamento	—	1	—	—	—	1
Pontoneros	—	1	—	—	—	1
Remolcadores	3	8	—	—	3	8
Aljibes	—	4	—	—	—	4

FUERON HUNDIDOS

Z. S.	Acorazado <i>España</i> , al chocar contra una mina	30 de abril de 1937
	Crucero <i>Baleares</i> , torpedeado por un destructor	6 de marzo de 1938
Z. R.	Destructor <i>Ferrándiz</i> , cañoneado por el <i>Canarias</i>	29 de sep. de 1936
	Submarino <i>B-5</i> , hundido en Estepona	septiembre de 1936
	Submarino <i>B-6</i> , hundido en el norte	19 de sep. de 1936
	Submarino <i>C-1</i> , hundido en Barcelona	9 de octubre de 1938
	Submarino <i>C-3</i> , hundido en Málaga	12 de dic. de 1936
	Submarino <i>C-5</i> , hundido en el Cantábrico	diciembre de 1936

Submarino <i>C-6</i> , hundido en Gijón	20 de octubre de 1936
Destructor <i>Císcar</i> , hundido en Gijón	20 de octubre de 1936
Acorazado <i>Jaime I</i> , hundido en Cartagena	17 de junio de 1937

FUERON ADQUIRIDOS

Z. S.	Submarino <i>Sanjurjo (Archimedes)</i>	abril de 1937
	Submarino <i>Mola (Torriceli)</i>	abril de 1937
	Destructor <i>Ceuta</i>	diciembre de 1937
	Destructor <i>Melilla</i>	diciembre de 1937
	Destructor <i>Huesca</i>	diciembre de 1937
	Destructor <i>Teruel</i>	diciembre de 1937
	Cañonero <i>Calvo Sotelo</i> (antiguo <i>Zacatecas</i>)	verano de 1938
	Lancha <i>Requeté</i> , 45 toneladas	enero de 1937
	Lancha <i>Badajoz</i> , 45 toneladas	enero de 1937
	Lancha <i>Oviedo</i> , 45 toneladas	enero de 1937
	Lancha <i>Toledo</i> , 45 toneladas	enero de 1939
	Lancha <i>Cándido Pérez</i> , 28 toneladas	marzo de 1937
	Lancha <i>Sicilia</i> , 12 toneladas	finales de 1937
	Lancha <i>Nápoles</i> , 12 toneladas	finales de 1937
Z. R.	Dos lanchas GS-9 soviéticas	1 de mayo de 1937
	Dos lanchas GS-9 soviéticas	25 de junio de 1937
	Ocho lanchas más posteriormente	

CUADRO 12

SITUACIÓN DE LOS BUQUES DE LA ARMADA
EL 17 DE JULIO DE 1936 A LAS 17 HORAS

unidad (botado)	toneladas	dotación
EL FERROL		
Crucero <i>Miguel de Cervantes</i> (1928)	7.975	564
Crucero <i>Libertad</i> (1925)	7.975	564
Destructor <i>Velasco</i> (1923)	1.145	70
Torpedero <i>Número 2</i> (1911)	180	31
Guardacostas <i>Uad-Martín</i> (1917)	320	39
Acorazado <i>España</i> (1913) [servicio reducido]	15.700	854

unidad (botado)	toneladas	dotación
Crucero <i>Almirante Cervera</i> (1925) [reparación]	7.975	564
Torpedero <i>Número 7</i> (1913) [reparación]	180	32
Crucero <i>Canarias</i> (1931) [en construcción]	10.000	—
Crucero <i>Baleares</i> (1932) [en construcción]	10.000	—
Minador <i>Júpiter</i> (1935) [en construcción]	2.100	—
Minador <i>Vulcano</i> (1935) [en construcción]	2.100	—
Minador <i>Neptuno</i> (1937) [en construcción]	2.100	—
Minador <i>Marte</i> (1937) [en construcción]	2.100	—
MARÍN		
Torpedero <i>Número 9</i> (1913)	180	31
SANTANDER		
Acorazado <i>Jaime I</i> (1914)	15.700	854
Destructor <i>Almirante Antequera</i> (1930)	1.536	175
PASAJES		
Torpedero <i>Número 3</i> (1912)	180	31
Guardacostas <i>Alcázar</i> (1919)	370	41
CÁDIZ (LA CARRACA)		
Crucero <i>República</i> (1920) [en reparación]	5.590	404
Cañonero <i>Cánovas del Castillo</i> (1922) [rep.]	1.335	220
Cañonero <i>Lauria</i> (1912) [en reparación]	800	127
Guardacostas <i>Larache</i> (1919) [en reparación]	400	41
CEUTA		
Destructor <i>Dato</i> (1923)	1.335	220
Guardacostas <i>Uad-Kert</i> (1917)	649	39
ALGECIRAS		
Destructor <i>Churruca</i> (1929)	1.536	175
Torpedero <i>Número 19</i> (1916)	180	31
RÍO MARTÍN (TETUÁN)		
Guardacostas <i>Uad-Muluya</i> (1917)	429	39
Guardacostas <i>Uad-Lucus</i> (1917)	430	39

unidad (botado)	toneladas	dotación
AGUAS DE MARRUECOS (EN EL MAR)		
Cañonero <i>Laya</i> (1911)	800	127
ALMERÍA		
Destructor <i>Lepanto</i> (1929)	1.536	175
CARTAGENA		
Destructor <i>Sánchez Barcaiztegui</i> (1926)	1.536	175
Destructor <i>Alcalá Galiano</i> (1929)	1.536	175
Destructor <i>Almirante Valdés</i> (1930)	1.536	175
Destructor <i>Alsedo</i> (1922)	1.145	70
Submarino <i>C-1</i> (1927)	915	40
Submarino <i>C-2</i> (1928)	915	40
Submarino <i>C-3</i> (1929)	915	40
Submarino <i>C-4</i> (1929)	915	40
Submarino <i>C-5</i> (1929)	915	40
Submarino <i>C-6</i> (1929)	915	40
Submarino <i>B-5</i> (1925)	570	28
Submarino <i>B-6</i> (1925)	570	28
Torpedero <i>Número 14</i> (1914)	180	31
Torpedero <i>Número 20</i> (1916)	180	31
Torpedero <i>Número 21</i> (1920)	180	31
Torpedero <i>Número 22</i> (1920)	180	31
Guardacostas <i>Tetuán</i> (1919)	400	40
Destructor <i>José Luis Díez</i> (1928) [en reparación]	1.536	175
Destructor <i>Lazaga</i> (1924) [en reparación]	1.145	70
Destructor <i>Almirante Miranda</i> (1931) [en constr.]	1.536	175
Destructor <i>Gravina</i> (1931) [en construcción]	1.536	175
Destructor <i>Escaño</i> (1932) [en construcción]	1.536	175
Destructor <i>Císcar</i> (1933) [en construcción]	1.536	175
Destructor <i>Jorge Juan</i> (1933) [en construcción]	1.536	175
Destructor <i>Ulloa</i> (1933) [en construcción]	1.536	175
BARCELONA		
Torpedero <i>Número 16</i> (1916)	180	31
Torpedero <i>Número 17</i> (1916)	180	31

unidad (botado)	toneladas	dotación
AGUAS DE CATALUÑA (EN EL MAR)		
Destructor <i>Almirante Ferrándiz</i> (1928)	1.536	175
PALMA DE MALLORCA		
Submarino <i>B-1</i> (1921)	570	28
Submarino <i>B-2</i> (1921)	570	28
Submarino <i>B-3</i> (1922)	570	28
Submarino <i>B-4</i> (1922)	570	28
CANARIAS		
Cañonero <i>Canalejas</i> (1923)	1.335	220
Guardacostas <i>Arcilla</i> (1918)	520	49
SANTA ISABEL (FERNANDO POO)		
Crucero <i>Méndez Núñez</i> (1922)	4.780	320

CUADRO 13

SITUACIÓN DE LOS BUQUES DE LA ARMADA EL 22 DE JULIO DE 1936 A LAS 8 HORAS

LA FLOTA REPUBLICANA

tipo	nombre	toneladas	posición
EN SERVICIO			
Destructor	<i>Sánchez Barcáiztegui</i>	1.536	Estrecho/Tánger
Destructor	<i>Almirante Valdés</i>	1.536	Estrecho/Tánger
Submarino	<i>B-6</i>	570	Estrecho/Tánger
Cañonero	<i>Laya</i>	800	Estrecho/Tánger
Guardacostas	<i>Uad-Muluya</i>	429	Estrecho/Tánger
Guardacostas	<i>Uad-Lucus</i>	430	Estrecho/Tánger
Acorazado	<i>Jaime I</i>	15.700	Estrecho/Mayorga
Crucero	<i>Miguel de Cervantes</i>	7.975	Estrecho/Mayorga
Crucero	<i>Libertad</i>	7.975	Estrecho/Mayorga

tipo	nombre	toneladas	posición
Destructor	<i>Almirante Ferrández</i>	1.536	Estrecho/Mayorga
Destructor	<i>Churruca</i>	1.536	Estrecho/Mayorga
Guardacostas	<i>Xauen</i>	768	Atlántico
Destructor	<i>Almirante Antequera</i>	1.536	Málaga/patrulla
Destructor	<i>Alsedo</i>	1.145	Málaga/patrulla
Submarino	<i>C-1</i>	915	Málaga/patrulla
Submarino	<i>C-3</i>	915	Málaga/patrulla
Submarino	<i>C-4</i>	915	Málaga/patrulla
Submarino	<i>C-6</i>	915	Málaga/patrulla
Destructor	<i>José Luis Díez</i>	1.536	Cartagena
Destructor	<i>Lepanto</i>	1.536	Cartagena
Destructor	<i>Alcalá Galiano</i>	1.536	Cartagena
Submarino	<i>C-2</i>	915	Cartagena
Submarino	<i>C-5</i>	915	Cartagena
Submarino	<i>B-5</i>	570	Cartagena
Torpedero	<i>Número 14</i>	180	Cartagena
Torpedero	<i>Número 20</i>	180	Cartagena
Torpedero	<i>Número 21</i>	180	Cartagena
Torpedero	<i>Número 22</i>	180	Cartagena
Guardacostas	<i>Tetuán</i>	400	Mahón
Submarino	<i>B-1</i>	570	Mahón
Submarino	<i>B-2</i>	570	Mahón
Submarino	<i>B-3</i>	570	Mahón
Submarino	<i>B-4</i>	570	Mahón
Torpedero	<i>Número 16</i>	180	Barcelona
Torpedero	<i>Número 17</i>	180	Pollensa
Torpedero	<i>Número 3</i>	180	Pasajes
Crucero	<i>Méndez Núñez</i>	4.780	Santa Isabel
TOTAL		62.860	
EN REPARACIÓN			
Destructor	<i>Lazaga</i>	1.145	Cartagena
EN CONSTRUCCIÓN			
Destructor	<i>Almirante Miranda</i>	1.536	Cartagena
Destructor	<i>Gravina</i>	1.536	Cartagena
Destructor	<i>Escaño</i>	1.536	Cartagena

tipo	nombre	toneladas	posición
Destructor	<i>Ciscar</i>	1.536	Cartagena
Destructor	<i>Jorge Juan</i>	1.536	Cartagena
Destructor	<i>Ulloa</i>	1.536	Cartagena
TOTAL		9.216	

Total buques de guerra en servicio, en reparación y en construcción:
44 buques; desplazamiento: 73.221 toneladas.

LA FLOTA SUBLEVADA

tipo	nombre	toneladas	posición
Cañonero	<i>Dato</i>	1.335	Ceuta
Guardacostas	<i>Uad-Kert</i>	649	Ceuta
Torpedero	<i>Número 19</i>	180	Algeciras
Guardacostas	<i>Alcázar</i>	370	Cádiz
Cañonero	<i>Canalejas</i>	1.335	Canarias
Guardacostas	<i>Arcilla</i>	520	Canarias
Destructor	<i>Velasco</i>	1.145	El Ferrol
Torpedero	<i>Número 2</i>	180	El Ferrol
Guardacostas	<i>Uad-Martín</i>	320	El Ferrol
Torpedero	<i>Número 9</i>	180	Marín
TOTAL		6.214	

EN SERVICIO REDUCIDO

Acorazado	<i>España</i>	15.700	El Ferrol
-----------	---------------	--------	-----------

EN REPARACIÓN

Crucero	<i>Almirante Cervera</i>	7.975	El Ferrol
Torpedero	<i>Número 7</i>	180	El Ferrol
Crucero	<i>República</i>	5.590	Cádiz
Cañonero	<i>Cánovas del Castillo</i>	1.335	Cádiz
Cañonero	<i>Lauria</i>	800	Cádiz
Guardacostas	<i>Larache</i>	41	Cádiz
TOTAL		15.921	

tipo	nombre	toneladas	posición
EN CONSTRUCCIÓN			
Crucero	<i>Canarias</i>	10.000	El Ferrol
Crucero	<i>Baleares</i>	10.000	El Ferrol
Minador	<i>Júpiter</i>	2.100	El Ferrol
Minador	<i>Vulcano</i>	2.100	El Ferrol
Minador	<i>Neptuno</i>	2.100	El Ferrol
Minador	<i>Marte</i>	2.100	El Ferrol
<hr/>		<hr/>	
TOTAL		28.400	

Total de buques de guerra en servicio, en reparación y en construcción: 23 buques; desplazamiento: 66.235 toneladas.

**PERSONAL DE LOS CUERPOS DE LA ARMADA
ANTES DEL ALZAMIENTO DE 1936.
BAJAS NACIONALES POR ACCIÓN POLÍTICA
FRENTEPOPULISTA**

	escala activa	situación de reserva	muertos en el alzamiento 17-22 julio	muertos meses más tarde
CUERPO GENERAL				
Almirante	—	6	—	—
Vicealmirante	6	17	—	2
Contraalmirante	13	75	1	4
Capitán de navío	32	1	—	13
Capitán de fragata	65	—	1	26
Capitán de corbeta	133	1	2	42
Teniente de navío	260	—	8	83
Alférez de navío	172	—	1	67
Alféreces de fragata, guardiamarinas, aspirantes	91	—	—	2
TOTALES	772	100	13	239

	escala activa	situación de reserva	muertos en el alzamiento 17-22 julio	muertos meses más tarde
OTROS CUERPOS				
General de división	1	7	—	1
General de brigada	15	64	—	5
Coronel	39	5	—	9
Teniente coronel	85	6	—	5
Comandante	185	16	1	26
Capitán	197	11	1	14
Teniente	69	1	1	12
Alférez	9	1	1	8
Otros	19	—	—	—
TOTALES	619	111	4	80
MAQUINISTAS				
(2. ^a sección)	175	—	—	—
AUXILIARES	3.033	21	1	12
MARINEROS	c. 11.000	—	—	—
SERVICIOS CIENTÍFICOS	27	—	—	—
TOTALES			17	331

CUADRO 14

TIPOS DE CAMBIO

ESTADOS UNIDOS

1 libra	4,90 \$
1 RM	0,40 \$
1 lira	0,052 \$
1 franco Suizo	0,22 \$

GRAN BRETAÑA

1 libra:	21,6 francos suizos
	12,3 marcos
	8,95 florinen holandeses
	100 escudos
	29 francos belgas
	77 cambio no oficial de la peseta republicana

CUADRO 15

CAMBIO EXTRANJERO AUTORIZADO POR EL MINISTRO DE FINANZAS PARA EL ESFUERZO
BÉLICO (JULIO, 1938- MARZO, 1939) (en libras esterlinas)

	Alemania	Italia	total países del Eje	gasolina para CAMPESA	material de transporte	suministros bélicos	totales en el área del dólar y de la libra	
1938								
Julio	60.000	67.500	127.500	300.000	50.000	250.000	600.000	727.500
Agosto	75.000	67.500	142.500	300.000	32.000	250.000	582.000	724.500
Septiembre	60.000	67.500	127.500	280.000	32.000	260.000	572.000	699.500
Octubre	60.000	76.000	136.000	300.000	32.000	250.000	582.000	718.000
Noviembre	60.000	77.000	137.000	230.000	44.000	275.000	549.000	686.000
Diciembre	60.000	67.000	127.000	200.000	44.000	275.000	519.000	646.000
1939								
Enero	25.000	10.000	35.000	262.000	78.000	275.000	615.000	650.400
Febrero	68.000	67.000	135.000	200.000	80.000	300.000	580.000	715.000
Marzo	68.000	67.000	135.000	200.000	69.000	175.000	444.000	579.000
							5.043.000	

Cuadro 16

CAMBIO EXTRANJERO Y GASTOS EN DIVISAS PARA EL ESFUERZO BÉLICO
(JULIO, 1938-MARZO, 1939)

	A	B	C	D	E
	factorías autorizadas y suministros militares en libras	gastos en divisas en libras	ventas mediante clearing y compensaciones	lo mismo que C en libras	B + D en libras
Julio	250.000	228.757	123.000,00 P	2.460	231.217
	250.000	286.346-15-7	12.630,00 S	585	
Agosto			16.392,00 P	328	287.260
Septiembre	260.000	287.530-3-7	89.713,40 B	3.094	
			14.484,00 F	1.618	
			195.757,50 P	3.915	296.157
Octubre	250.000	156.585-9-0	5.045,50 S	234	
			220.000,00 B	7.586	
			187.109,23 P	3.742	
Noviembre	275.000	202.675-11-5	93.243,00 S	4.317	168.147
Diciembre	275.000	208.023-1-11	261.681,54 P	5.234	212.225
			145.696,05 S	6.745	
			1.000,00 E	9	
			300.699,16 P	6.014	220.791

	A	B	C	D	E
	factorías autorizadas y suministros militares en libras	gastos en divisas en libras	ventas mediante clearing y compensaciones	lo mismo que C en libras	B + D en libras
Enero	275.000	242.341-13-3	274.155,87 P in S +1.313.635,85 P 1.587.791,72 P	31.756	274.098
Febrero	300.000	118.071-16-4	304.060,23 P in S +142.135,30 P 446.195,53 P 451.608,31 P		
Marzo	175.000 2.310.000 (TOTAL)	176.856-6-8		8.924 9.032 2.002.779 (TOTAL)	126.996 185.888 2.002.779

P = peseta nacional; S = Franco suizo; B = franco Belga; E = Escudo y F = florín holandés.

Bibliografía

- A BARRISTER, «I accuse France» (reimp. de *The Catholic Herald*), High Wycombe. The Bucks Free Press Ltd., 1937.
- «A l'aide de la République espagnole. Au peuple de France! C'est en Espagne que se joue la sort de la France», Comité International d'Aide au Peuple Espagnol, París.
- A l'assaut, Publicación de la XII BI.
- «A Negro Nurse in Republican Spain», The Negro Committee to Aid Spain with the Medical Bureau and City North American Committee to Aid Spanish Democracy, Nueva York.
- ABAD DE SANTILLÁN, D., *Por qué perdimos la guerra. Una contribución a la historia de la tragedia española. Realidades Ibéricas*, Buenos Aires, Ediciones Imán, 1940.
- , *La revolución y la guerra de España. Notas preliminares para su historia*, Barcelona, Ediciones Nervio, 1937.
- , *Alfonso XIII, la II República, Francisco Franco*, Gijón, 1979.
- , *El anarquismo y la revolución en España. Escritos 1930-1938*, Madrid, 1976.
- ABELLA, R., *Julio 1936: Dos Españas frente a frente*, Barcelona, 1981.
- , *La vida cotidiana durante la Guerra Civil: La España republicana*, Barcelona, 1976.
- ABRAHAMS, W. Véase STANSKY, P.
- Academia de Ciencias de la URSS, *International Solidarity with the Spanish Republic, 1936-1939*, Moscú, 1974.
- Academie Republicii Populare Române, *Dictionar Enciclopedic Romin*, Editura Political Bucarest, 1962. Artículo sobre Brigazi Internationale.
- ACIER, M., *From Spanish Trenches. Recent Letters from Spain*, Nueva York, Collected and Edited by Modern Age Books, Inc., 1937.
- Acta de acusación contra los agentes de Trotsky, el aliado del fascismo alemán*, Valencia, Ediciones Europa-América, 1937.
- ADAM, *Visite aux volontaires de la Liberté*, París, 1937.
- ¡Adelante la 13!*, órgano de la XIII Brigada mixta, 1937.
- ADLER, M., *Briefe aus Spanien. Mit einen Vorwort von Julius Deutsch*, Praga, 1937.
- AGUADO, E., *Don Manuel Azaña Díaz*, Barcelona, 1972.
- , *Manuel Azaña*, Madrid, 1978.
- AGUILAR, F., y MARTÍNEZ, S., «A los camaradas internacionales, luchadores de la libertad en defensa de nuestra Patria». Véase *España a las Brigadas Internacionales*, pp. 83 y 84.
- AGUIRRE Y LECUBE, J. A. DE, *De Guernica a Nueva York pasando por Berlín*, Buenos Aires, 1943.
- , «Euzkadi saluda efusivamente a las Brigadas Internacionales». Véase *España a las Brigadas Internacionales*, p. 67.
- AGUILAR OLIVENCIA, M., *El ejército español durante la Segunda República*, Madrid, 1986.
- Ahora (Madrid), continuado a partir de enero de 1937 por Ahora (Diario de la Juventud), de las JSU.
- AJZNER, S., *Madryt-Saragossa*, Varsovia, 1961.
- , «Rekrutacja ochotników polskich do Hiszpańskiej Armii Republikańskiej w 1936-1937 r», publicado en *Wojskowy Przeglad Historyczny*, Varsovia, año 4, 1959, núm. 2, pp. 169-186.
- , «Zdzi e jów polskich oddziałów ochotniczych w Hiszpanii», *ZPola Walki*, órgano del Instituto de Historia del Partido, Varsovia, 1958, núm. 3, pp. 3-28.
- ALBA, V., *Dos revolucionarios: Joaquín Maurín. Andreu Nin*, Madrid, 1975.
- , *El Frente Popular*, Barcelona, 1976.
- , *Histoire du POUM*, París, 1975.
- , *Historia de la Segunda República española*, México D.F., 1960.
- , *El marxismo en España, 1919-1939: Historia del BOCy del POUM*, México D.F., 1973.
- , *El Partido Comunista en España*, Barcelona, 1979.
- , *Sentencia dictada contra el POUM, 1938*, México D.F., 1974.
- , *La Revolución española en la práctica*, Documentos del POUM, Madrid, 1977.
- , «George Orwell, l'eterno voluntari», *La Nostra Revista*, México, año 5, núm. 51, p. 58.

- ALBANESI, A., *Nella bufera spagnola con le camicie nere delta «Divisione d'Assalto Littorio»*, prefacio del ministro de Estado Sen. Dino Perrone, con 141 ilustraciones fuera de texto, Florencia, Bandettini, 1940.
- ALBERTI, R., «A las Brigadas Internacionales», poesía del grupo Capital de la Gloria, *Hora de España*, mayo de 1937, p. 35. También en *Homenaje de despedida a las Brigadas Internacionales*, p. 9.
- , «Al general Kleber», *Obras completas*, Madrid, Signo, 1938.
- , «Hans Beimler, defensor de Madrid». Véase en *Homenaje de despedida a las Brigadas Internacionales*, pp. 10 y 11.
- ALBIÑANA, María J., «Episodio inédito. Tito herido en la guerra de España. Un médico “fascista” le salvó la vida», *El Español*, 29 de febrero de 1964.
- ALCALÁ-ZAMORA, N., *Discursos*, Madrid, 1979.
- , *Memorias*, Barcelona, 1977.
- , *Pensamientos y reflexiones*, México D.F., 1950.
- ALCALDE, C., *La mujer en la Guerra Civil*, Madrid, 1976.
- ALCOFAR/NASSAES, J. L., *Los asesores soviéticos en la Guerra Civil española*, Madrid, 1971.
- , «*Spanshy*», *Los extranjeros que lucharon en la Guerra Civil española*, Barcelona, 1973.
- ALEXANDER, V., *British Volunteers for Liberty: Spain, 1936-1939*, Londres, 1982.
- ALLAN, T., *This Time a Better Earth*, Nueva York, 1938.
- , y GORDON, S., *The Scapel, the Sword*, Boston, Little Brown and Company, 1952.
- ALMENDROS, J., *Situaciones españolas, 1936-1939: El PSUC en la Guerra Civil*, Barcelona, 1976.
- ALONSO, P. L., *La Batalla de Teruel*, Barcelona, 1975.
- ALPERT, M., *El ejército republicano en la Guerra Civil*, Barcelona, 1977.
- , *La reforma militar de Azaña, 1931-1933*, Madrid, 1982.
- ALTOLAGUIRRE, M., «Homenaje a los americanos muertos en defensa de España». Véase *Homenaje de despedida a las Brigadas Internacionales*, pp. 12 y 13.
- ÁLVAREZ DEL VAYO, J., *Freedom's Battle*, Nueva York, 1940.
- , *Give Me Combat*, Boston, 1973.
- , *The Last Optimist*, Nueva York, 1950.
- ÁLVAREZ, S., «La juventud y los campesinos», Conferencia Nacional de Juventudes, enero de 1937.
- , *Nuestra organización y nuestros cuadros*, Valencia, 1937.
- American Literature*, XXXVIII, noviembre de 1966, sobre Robert Merriman.
- American Medical Bureau to Aid Spanish Democracy. Véase *One Year in Spain*.
- AMI. Véase *Ayuda Médica Internacional*.
- ANASAGASTI, Y., y SAN SEBASTIÁN, K., *Los años oscuros: El gobierno vasco: el exilio, 1937-1941*, San Sebastián, 1985.
- ANSALDO, J. A., *¿Para qué...? De Alfonso XIII a Juan III*, Buenos Aires, 1951.
- ANSÓ, M., *Yo fui ministro de Negrín*, Barcelona, 1976.
- ARMERO, J. M., *España fue noticia: Correspondientes extranjeros en la Guerra Civil española*, Madrid, 1976.
- ARNOLD, M., «Las baterías antiaéreas que defienden Madrid», *Mundo Gráfico*, Madrid, 26 de mayo de 1937.
- ARÓSTEGUI SÁNCHEZ, J., y MARTÍNEZ, J. A., *La Junta de Defensa de Madrid*, Madrid, 1984.
- ARRARÁS, J., *Historia de la Cruzada Española*, Madrid, 1940.
- , *Historia de la Segunda República española*, Madrid, 1964, 1968.
- , *Memorias íntimas de Azaña*, Madrid, 1939.
- , *El sitio del Alcázar de Toledo*, Zaragoza, 1937.
- ARTOLA, M., *Partidos y programas políticos, 1808-1936*, Madrid, 1974, 1975.
- «Asile et travail aux réfugiés espagnols. Pour la liquidation des camps de concentration», *Résolutions de la Conférence française d'aide aux réfugiés espagnols*, 10 et 11 juin 1939, Comité français de coordination pour l'aide aux populations civiles de l'Espagne républicaine, París, 1939.
- AUB, M., *Diario de Djelfa*, México, Nueva Distribuidora de Ediciones, 1944.
- AUDEN, W. H., *Spain 1937*, Londres, 1937.
- ¡A vencer!*, periódico del frente de la XIII BI, 1937.
- Ayuda Médica Internacional*, órgano del Servicio Sanitario de las BI. AZAÑA, M., *Los españoles en guerra*, Barcelona, 1977.
- , *Madrid*, Londres, 1937.
- , *Obras completas*, México D.F., 1967, 1968.
- , *Una política, 1932-1933*, Madrid, 1932.
- , *Speech by His Excellency the president of the Spanish Republic, January 21, 1937*, Londres, 1937.

- , *La velada de Benicarló*, Buenos Aires, 1939.
- , *A Year of War in Spain*, Londres, 1937.
- AZNAR ZUBIGARAY, M., *Historia militar de la guerra de España, 1936-1939*, Madrid, Idea, 1940.
- BAHAMONDE Y SÁNCHEZ DE CASTRO, A., *Un año con Queipo de Llano*, México D.F., 1938.
- , *Memoirs of a Spanish Nationalist*, Londres, 1939.
- Bajo la bandera de la España Republicana. Recuerdan los voluntarios soviéticos participantes en la guerra nacional-revolucionaria en España*, Moscú, Editorial Progreso, 1965.
- BALK, Th., «La Quatorzième. D'après des rapports, des communications, des carnets de notes», Editions du Commissariat des Brigades Internationales, Madrid, 1937.
- Bandera Roja*, periódico de la centuria Thaelmann.
- BAREA, A., *La forja de un rebelde*, Nueva York, 1977.
- BARNANS, J., «Vuestro arrojo y vuestra fe nos servirán de guía», véase *España a las Brigadas Internacionales*, p. 77.
- Bartoszak*, revista de la batería Bartosz Glowacki.
- «Batallón Dimitrov», *Levante*, 20 de marzo de 1938-1 de agosto de 1938, Primer Batallón Dimitrov, CXXIX Brigada Internacional, fotografías de Mayo y Dezo Hoffman y fotografiados de Fragman, 25 folios.
- BATES, R., *I add my Witness (Reporter in Spain)*, Londres, 1936.
- , *Sirocco*, Nueva York, Harcourt, Brace and Company, 1941.
- , *The Olive Field*, Washington, Square Press, 1966.
- Battaglione Garibaldi*, París, Edizioni di Cultura Sociale, 1937.
- BAYO GIROD, capitán: *Mi desembarco en Mallorca (De la guerra civil española)*, Guadalajara, México, 1944.
- Bayonetas Internacionales*, órgano de la 45 DI.
- BEKIER (Ferry), A., *¡Salud, camaradas!*, Varsovia, 1957.
- BELFORTE, F., *La Guerra Civil in Spagna. Vol. II: Gli interventi stranieri nella Spagna rossa*.
- , *La Guerra Civil in Spagna. Vol. III: La campagna dei volontari italiani*, Milán, 1939.
- BÉLINO, F., «Les volontaires des Brigades Internationales et la solidarité des peuples envers l'Espagne républicaine», *Cahiers du Communisme*, I, 1957.
- BELL, J. H., *Essays, Poems and Letters*, prólogo de J. M. Keynes, Londres, The Hogarth Press, 1938.
- BENAVIDES, M. D., *La escuadra la mandan los cabos*, México D.F., 1944.
- , *Guerra y Revolución en Cataluña*, México, D.F., Ediciones Tenochtitlán, Colección Estos Tiempos, 1946.
- , *Luz sobre España*, México, D.F. 1944.
- BENNET, R., artículo en *New Statesman* sobre George M. Nathan y el *gang* del Castle Murder, 24 de marzo de 1961.
- BERG ANDRÉ, M., *Edgard André, mi compañero de vida y de lucha*, Valencia, Ediciones Solidaridad, ¿1937?
- BERNADÓ, M., «La Brigada Internacional», *Treball*, 16 de noviembre de 1936.
- BERNANOS, G., *Les grandes cimetières sous la lune*, París, Plon, 1938. BERNERI, C., «Fernando De Rosa», *Guerra di Classe*, 9 de octubre de 1936.
- , «Giovanni Barberis», *Guerra di Classe*, 28 de agosto de 1936.
- , «Gli anarchisti italiani caduti al fronte (28 agosto-3 settembre 1936)», *Guerra di Classe*, 9 de octubre de 1936.
- , «La guerra e la rivoluzione», *Guerra di Classe*, 16 de diciembre de 1936.
- , *Mussolini á la conquête des Baléares*, París, 1938. Trad. española, prólogo de Diego Abad de Santillán, Barcelona, 1937, 171 págs.
- , *Pietrogrado, 1917-Barcelona*, 1937, Milán, Sugar Editore, 1964.
- , «Un indegno», *Guerra di Classe*, 16 de diciembre de 1936.
- BESSIE, A. C., *Men in Battle: a Story of Americans in Spain*, Nueva York, Charles Scribner's Sons, 1939.
- , (ed.) *The Heart of Spain. Anthology of Fiction, non Fiction and Poetry*, Veterans of the Abraham Lincoln Brigade, Nueva York, 1952
- , *The Un-American*, Nueva York, Cameron Associates, 1957. Reportaje en la televisión de la RDA.
- , *Spain Again*, San Francisco, 1975.
- , *The Heart of Spain*, Nueva York, 1952.
- , y PRAGO, A., *Our Fight: Writings by Veterans of the Abraham Lincoln Brigade, Spain 1936-1939*, Nueva York, 1987.
- BERTRAN Y MUSITU, J., *Experiencias de los Servicios de Información del Nordeste de España durante la Guerra. Una teoría, una técnica y una escuela sobre información general*, prólogo del conde de los Andes, Madrid, Espasa Calpe, 1940.
- BETHUNE, N., «Le crime de la route Málaga-Almería. Récit accompagné de documents graphiques qui révèlent la cruauté fasciste», Publicaciones Iberia, ¿1937?, 16 hojas. Trad. al inglés, Publicaciones Iberia, ¿1937?

- , «This Station E.A.Q», Madrid, Spain, Committee to Aid Spanish Democracy, 1937, 8 hojas.
- BIHALJI-MERIN, O., *Hans Beimler. Un héroe de la guerra contra el fascismo*, prólogo de José Díaz, Valencia, Ediciones del Partido Comunista de España, 1937?
- , *Spain 1936-193Z* Londres, 1938.
- , *Spain between Death and Birth*. Trad. al inglés del alemán por Charles Fullman, Nueva York, Dodge Publishing Company, 1938.
- , *Spanien zwischen Tod und Ceburt*, Zúrich, Jean Christopher Verlag, 1937.
- , *Spanija izmedu smrti i radanja*, Belgrado, 1956.
- Bili Smo y Spanijl, Slovenacke grupe bivsih spanskih boraca, Liubliana, 1958.
- BLAIR, E. Véase ORWELL, G.
- BLAS BONZANO, P., «Nuestra ayuda solidaria para con la población civil», *L'Unitú Garibaldina*, 28 de diciembre de 1938.
- BLEIBERG, G., «Páginas de un diario sobre la guerra del Norte», *Hora de España*, Barcelona, marzo de 1938, pp. 55-66.
- BLINKHORN, M., *Carlism and Crisis in Spain, 1931-1939*, Cambridge, 1975.
- , *Spain in Conflict, 1931-1939: Democracy and Its Enemies*, Londres, 1986.
- Boje Polaków w Hiszpanii, 1936-1939 Zjad (1). *Dabrowszczaków w Warszawie*. Listopad, 1945. Varsovia, 1946. Primer congreso de los interbrigadistas del Dombrowski (noviembre de 1945).
- Bojovati Jsme ve Spanelsku. *Ceskoslovenst dobrovolnici mezinárodnich brigád ve Spanelsku, 1936-1939*. Statni Naklada telsivi Politické Literatury. Praga, 1957, 198 pp. más ilustraciones. Memorias preparadas por Bedrich Biheller, Bohumil Lastovicka, Josef Vondraczek, Eugen Stern, Josep Pros, Karel Kubin, Oldrich Haken, Dr. Frantisek Kriegel.
- BOLÍN, L., *España: Los años vitales*, Madrid, 1967.
- BOOKCHIN, M., *The Spanish Anarchists: The Heroic Years, 1868-1936*, Nueva York, 1977.
- BORGHENS, V., *Chapaief, un héroe de la guerra civil en Rusia*, Madrid, Ediciones Europa-América, Figuras y Episodios, 1938.
- BORIE: «Saludo a la XII Brigada», *L'Unitá Garibaldina*, 28 de diciembre de 1938.
- BORKENAU, F.: *The Spanish Cockpit*, Londres, 1937.
- BORRAS CASCAROSA, J., *Aragón en la Revolución española*, Barcelona, 1983.
- BORRAS LLOP, J. M., *Francia ante la Guerra Civil española: Burguesía, interés nacional e interés de clase*, Madrid, 1981.
- BORRELL, V., «En les nostres trinxeres hem defensat la dignitat deis treballadors de tot el món». Véase *España a las Brigadas Internacionales*, pp. 95 y 96.
- Bot, periódico de la compañía judía Botwin.
- BOWERS, C., *My Mission to Spain*, Nueva York, 1954. Trad. francesa, París, Flammarion, 1956.
- BRADEMAS, J., *Anarcosindicalismo y revolución en España, 1930-1937*, Barcelona, 1974.
- BRANDT, W., «Draussen. Schriften während der Emigration. Der Brief des Genossen Willy», abril de 1937.
- , *My Road to Berlin*, Londres, 1960.
- BREDEL, W., *Begegnung am Ebro; Aufzeichnungen eines Kriegskommissars*, París, Editions du 10 Mai, 1939.
- , *Rencontre sur l'Ebre*, París, Editions du 10 Mai, 1939.
- , *Selkáni na Ebru*, Praga, 1955.
- , *Spotkanie nad Ebro*, Varsovia, 1951.
- BRENAN, G., *The Face of Spain*, Nueva York, 1951.
- , *Memoria personal, 1920-1975*, Madrid, 1979.
- , *The Spanish Labyrinth*, Londres, 1943.
- «Brief des genossen Koplenig an die österreichischen Kommunisten in Spanien», Antwort der tisterreichischen Kommunistische Freiwilligen in Spanien, Rivadeneyra, Madrid, 1937.
- Brigadas Internacionales. Spanien 1936-1939 So kämpften und sagen die Kameraden tier XI. Internationalen Brigade*, edición conmemorativa editada el 18 de julio de 1961, con un disco grabado con cuatro canciones interbrigadistas, a cargo del Komitee der Antifaschistischen Widerstandskämpfer in der Deutschen Demokratischen Republik.
- British Battalion XV International Brigade*, Londres, Marston Publicity, 1938.
- BROME, V., *The International Brigades, Spain 1936-1939*, Londres, Heinemann, 1965, 317 pp. más láminas.
- , *The International Brigades, Spain 1936-1939*, Nueva York, Morrow, 1966.
- BRON, M., *Pasaremos*, Varsovia, 1958.
- , «Udział Polaków w wojnie hiszpńskiej w latach 1936-1939», *Wojskowy Przeglad Historyczny*, año 8, núm. 1, 1963, pp. 97-131.
- , *Wojna hiszpańska, 1936-1939 (w dokumentach i publikacjach)*. Zbral, opracował i opatrzył sloweom wiazacym. Państwowe Zabłady Wydawn Szkolnych, Varsovia, 1961.

- , (ed.), *Polacy w wojnie hiszpańskiej 1936-1939*, Varsovia, 1963.
- BROUÉ, P. [Véase TROTSKY. *La Révolution espagnole*.]
- , y TÉMINE, E., *La Révolution et la Guerre d'Espagne*, París, 1961.
- BROWER, B., «La Brigada de Abraham Lincoln, hoy». Véase *Los que fueron a España*, págs. 71-106. Traducción de «The Abraham Lincoln Brigade Revisted», *Esquire*, marzo de 1962.
- BROWN, I., *Durango, a Martyred City*, Relief Committee for Victims of Fascism, Londres, 1937.
- BROWNE, F., *Twenty Drawings. Killed in Action with Spanish Government Militia, Aug. 29th 1936*, Londres, Lawrence, 1936.
- BROZ-TITO, J., «Protiv blokade Spanije», *Proleter*, 8 de noviembre de 1936.
- , y DEDIJER, V. (col.): «Tito speaks», *Life*, International Edition. Partes I, II, III, IV, 21 de abril-2 de junio de 1952.
- BRUNO, A., *La flota republicana y la Guerra Civil de España*, México D.F., 1944.
- BUCHANAN, T., *The Spanish Civil War and the British Labour Movement*, Cambridge, 1991.
- Bulletin*. Publicación del Comisariado General de las BI. Archivo importante en el Ayuntamiento de Valencia.
- BUSCH, E., *Canciones de las Brigadas Internacionales*, Barcelona, 1938. Trad. alemana: *Spanien, 1936-1939. So sangen die Kameraden der XI. International-Brigade*, Berlín, Verlag Lied der Zeit, 1947.
- C(entrale) S(anitaire) I(nternationale). Comité Exécutif du 15 juillet 1939. La Centrale Sanitaire Internationale offre à ses délégués. Álbum del archivo de la AVER, París, con fotografías originales sobre la ayuda a interbrigadistas y españoles recluidos en campos de concentración franceses.
- Caballería Popular*, órgano de Caballería, División 45, Ejército Popular, verano de 1937, Madrid.
- CABANELAS, G., *Cuatro generales: Preludio a la Guerra Civil*, Barcelona, 1977.
- , *La Guerra Civil y la victoria*, Madrid, 1978.
- , *La Guerra de los Mil Días: Nacimiento, vida y muerte de la II República española*, vols. I y II. Barcelona, Buenos Aires, México, D.F., 1973.
- CALANDRONE, G., *La Spagna brucia. Cronache garibaldine*, Roma, Editori Reuniti, 1962.
- CALMER, A. (ed.): *Saluda (Poems, Stories, Sketches)*, Nueva York, International Publishers, 1938.
- CALPE CLEMENTE, V., «Clases de analfabetos. Algunas orientaciones metodológicas», *¡De Frente!*, ediciones 39 División, II, núm. especial. Frente de Levante, 1938. A esta división perteneció, durante el segundo semestre de 1938, la CXXIX BI.
- CAMPESINO, EL (Valentin González): *La vie et la mort en U.R.S.S., 1939-1949*, París, 1950. Trad. española con introduc. de Julian Gorkín, México, Avante, 1951.
- , *Comunista en España y antiestalinista en la U.R.S.S.*, México D.F., 1952.
- , *Yo escogí la esclavitud*, Barcelona, 1977.
- CANAPINO: «Los garibaldinos. Guido Picelli, un hijo heroico de la “verdadera” Italia», *Las Noticias*, 7 de enero de 1938.
- CANTALUPO, R., *Embajada en España*, Barcelona, Luis de Caralt, ed., 1951.
- CAPLAN, S., *Tito, el usurpador*, colección Grandes Reportajes, Barcelona, 1954.
- CARNES, L., «El hijo de un ras abisinio viene a luchar a nuestro lado», *Estampa*, 20 de febrero de 1937. Resultó ser un impostor.
- CARR, E. H., *The Comintern and the Spanish Civil War*, Londres, 1984.
- CARR, R., *Modern Spain: 1875-1980*, Oxford, 1980.
- , *The Spanish Civil War: A History in Pictures*, Nueva York, 1986.
- , *Spain, 1808-1939*, Oxford, 1966.
- , *The Spanish Tragedy: The Civil War in Perspective*, Londres, 1977.
- , *Estudios sobre la República y la Guerra Civil española*, Barcelona, 1973.
- , *The Republic and the Civil War in Spain*, Londres, 1971.
- CARRASQUER, F., *Las colectividades de Aragón: Un vivir autogestionado, promesa de futuro*, Barcelona, 1986.
- CARRIÓN, P., *Los latifundios en España*, Madrid, 1932.
- , *La reforma agraria de la Segunda República y la situación actual de la agricultura*, Barcelona, 1973.
- CARROLL, P. N., *The Odyssey of the Abraham Lincoln Brigade*, Stanford, 1994.
- CASADO, S., *Así cayó Madrid*, Madrid, Guadiana de Publicaciones, 1968.
- , *The Last Days of Madrid*, Londres, 1939.
- CASANOVA RUIZ, J., *Anarquismo y revolución en la sociedad rural aragonesa, 1936-1938*, Madrid, 1985.
- , *Caspe, 1936-1938*, Zaragoza, 1984.
- CASANOVA, M., «Comment le Front Populaire a ouvert les portes à Franco. La Guerre d'Espagne. Témoignage d'un combattant trotskiste dans les Brigades Internationales», *Cahiers de la IV Internationale*, 1, Ligue Communiste, Mayenne, 3 de febrero de 1971.

- CASTELLANO, M., *Lo que se conquista con el fusil se consolida con el pico y la pala*, publicaciones de la Academia de Oficiales de la 39 División, imprenta de la 39 División, Frente de Levante, 1938. Véase CALPE CLEMENTE, V.
- CASTELLS, A., *Las Brigadas Internacionales de la Guerra de España*, Barcelona, 1974.
- CASTERÁS ARCHIDONA, R., *Las Juventudes Socialistas Unificadas de Cataluña: Ante la guerra y la revolución, 1936-1939*, Barcelona, 1982.
- CASTILLA, F., *El anarquismo ibérico: La FAI y la CNT*.
- CASTILLO-PUCHE, J. L., *Hemingway, entre la vida y la muerte*, Barcelona, Destino, 1968.
- CASTRO DELGADO, E., *Hombres Made in Moscú*, Barcelona, 1965.
- CAUBIN HENRÍQUEZ, J., *La batalla del Ebro. Maniobras de una División*, prólogo de Vicente Rojo, Imp. Unda y García, 1944.
- Centrale Sanitaire Internationale: «Conférence Internationale d'Aide Sanitaire à l'Espagne Républicaine», Paris, 3 et 4 juillet 1937. Compte Rendu et Résolutions. Ejemplar ciclostilado del archivo de la AVER.
- CESAREC, A., «Spanjolski susreti», Zora, Zagreb, 1961.
- Chapaiev-batalion dvadtsati odnoi natzionalaosti, Moscú, 1939.
- CHAPAPRIETA TORREGROSA, J., *La paz fue posible: Memorias de un político*, Barcelona, 1972.
- CHIAPUSO, M., *Los anarquistas y la guerra en Euzkadi: La comuna de San Sebastián*, San Sebastián, 1977.
- , *El gobierno vasco y los anarquistas: Bilbao en guerra*, San Sebastián, 1978. «Chlop hiszpanski panem swej ziemi», Komisariat Brygad Miedzynarodowych, Barcelona, 1938. Información para los internacionales sobre el problema del campesinado español.
- CIANO, C. G., *Les archives secrètes du Comte Ciano*, 1936-1942, París, 1949.
- , *The Ciano Diaries*, 1939-1943, Garden City, 1946. Trad. española, Barcelona, Los Libros de Nuestro Tiempo, 1946.
- CIERVA Y DE LAS HOCES, R. DE LA: *Cien libros básicos sobre la guerra de España*, Madrid, 1966.
- , *Historia actualizada de la Segunda República y la guerra de España, 1931-1939*, Getafe, 2003.
- , *Historia de la Guerra Civil española*, Madrid, 1969.
- , *Historia ilustrada de la Guerra Civil española*, Barcelona, 1971.
- , *Leyenda y tragedia de las Brigadas Internacionales*, Madrid, 1973.
- , *Brigadas Internacionales 1936-1996 La verdadera historia*, Madridejos, 1997.
- «Cile Války Vlády Republiky. Préd. Spanělskem a svétem (13 bodu dr. Negrina)», Komisariat Mezinárodnich Brigád, Barcelona, 1938. Servicio para los polacos sobre los trece puntos del doctor Negrín.
- CIMORRA, C., *España en las trincheras*, Madrid, Ed. Nuestro Pueblo, 1938.
- CIRRE JIMÉNEZ, J., *Memorias de un combatiente de la Brigada Internacional*, Granada, Editorial y Librería Prieto, 1938.
- CLAVEGO, P., *El trabajo de los comisarios políticos*, Madrid-Barcelona, Ediciones Europa-América, ¿1937?
- COLACOVIC, R., «Blagoye Parovic», *Komunist*, 12 y 19 de julio de 1957, Yugoslavia.
- COLODNY, R. G., *Spain: The Glory and the Tragedy*, Nueva York, 1970.
- , *El asedio de Madrid (1936-1937)*. Trad. española, París, Ruedo Ibérico, 1970.
- , *The Struggle for Madrid. The Central Epic of the Spanish Conflict, 1936-1937*, Nueva York, Paine-Whitman, 1958.
- COMÍN COLOMER, E., *El comisariado político en la guerra española*, Madrid, 1973.
- , *El comunismo en España, 1919-1936*, Madrid, 1959.
- , *Historia del anarquismo español*, Barcelona, 1956.
- , *Historia del Partido Comunista de España*, Madrid, 1965.
- , *Historia secreta de la Segunda República*, Barcelona, 1959.
- , *Luchas internas en la zona roja*, Madrid, 1959.
- , *El Quinto Regimiento de Milicias Populares*, Madrid, 1973.
- , *La República en el exilio*, Barcelona, 1957.
- , *La personalidad masónico-comunista de André Marty, «el carníbero de Albacete»*, Ediciones Asmer, Secretos Internacionales, Hechos y Documentos inéditos, núm. 1, 1944, 48 pp.
- Comissió Internacional Militar de la Retirada de Voluntaris del Exèrcit de la República: «Informe sobre les tasques i gestions, presentat i aprovat pel Consell de la Societat de Nacions el 16.1.1939». Texto mecanografiado.
- «Commune de Paris franchit l'Ebre», relato sacado de *Epopée d'Espagne*, pp. 162 y 163.
- Commune de Paris*. Publicación del batallón de este nombre.
- COMORERA, J., «Nuestro pueblo nunca podrá miraros como extranjeros». Véase *España a las Brigadas Internacionales*, pp. 86 y 87.
- COMPANY, Ll., «En nom de Catalunya he de regraciart vos el vostre gest magnífic». Véase *España a las Brigadas Internacionales*, pp. 53 y 54.

- CONFORTI, O., *Guadalajara: La prima sconfitta del fascismo*, Milán, 1967.
- CONTRERAS, C. J., *La quinta columna. Cómo luchar contra la provocación y el espionaje*, Valencia, Ediciones del PCE, ¿1937?
- , «¡Los deberes de la retaguardia!», discurso pronunciado por el camarada, en la conferencia de información de los refugiados y evacuados celebrada por el Socorro Rojo de España (SRI) en Valencia, 12 de septiembre de 1937, Valencia, Ediciones Socorro Rojo, 1937.
- , «Nuestro gran Ejército Popular», discurso de saludo pronunciado en el Pleno del CC ampliado del Partido Comunista de España, celebrado en Valencia los días 5, 6, 7 y 8 de marzo de 1937, Barcelona, Ediciones del PCE, Comisión Nacional de Agitación y Propaganda, 1937.
- , Problemas del Ejército Popular. Dos trabajos de Enrique Líster y Santiago Álvarez, Caspe, Ediciones Pasaremos, 1937.
- , Texto de la Conferencia dada por el comandante Carlos ante los milicianos del Batallón de Hierro, 15 de septiembre de 1936, Sección de Cultura del Batallón de Hierro, Madrid, 1936.
- «Contro l’Aragona. Cronache e documenti», *Guerra di Classe*, 5 de octubre de 1937.
- COPEMAN, F., *Reason in Revolt*. Londres, Blandford Press, 1948, 325 pp. más láminas.
- COPIC, W., *Dnevnik*. Este curioso diario, 1 de febrero de 1937-26 de julio de 1937, figura entre los documentos recuperados del fondo de las BI, depositados en el Archivo de la Komintern, de Moscú. Lo hemos visto publicado en *Ucesnic*, II, pp. 249-298, a cargo de Vlajko Begovic.
- CORBINOS, I., «Voluntarios de la Libertad», *Vanguardia*, 6 de noviembre de 1938.
- CORMAN, M., *Salut, camarade! Cing mois sur les fronts d’Espagne*, OstendeParís, Editions Tribord, 1937.
- CORNFORD, J. Véase SLOAN, P.
- COVERDALE, J. F., *Italian intervention in the Spanish Civil War*, Princeton, 1975.
- COWARD, J., «Back from the Dead; the Adventures of Jack Coward, International Brigade», prólogo de Harry Pollit, *Daily Worker*, Londres, 1937.
- COWLES, V., *Looking for Trouble*, Nueva York y Londres, Harper and Brothers, 1941. Apuntes periodísticos sobre el Lincoln.
- COX, G., *Defense of Madrid*, Londres, V. Gollancz, Ltd., 1937, 221 pp. más láminas.
- CREMASCOLI, F., *Inferno a Barcelona*, Milán, Mondadori, 1939, 99 pp. más láminas.
- Crónica de la guerra española, Buenos Aires, Editorial Codex, S. A., 1966-1967. Obra de divulgación en cinco tomos, con apartados muy interesantes, al parecer dirigida por Ricardo de la Cierva, de la Sección de Estudios de la Guerra de España, del MIT. Salió a la luz pública por fascículos de 1967 a 1969.
- Crónica, semanario gráfico, Madrid.
- CSTARI, J., *A spanyol barikadokon-Egy magyar ónkéntes visszaemlékezée*. Budapest, 1961. Libro de propaganda, muy documentado, con nombres y datos concretos sobre los interbrigadistas húngaros.
- «Cuando los internacionales descansan. Notas de un combatiente de la Brigada X», Crónica, 6 de junio de 1937.
- CUNHA, J. Véase GAY DA CUNHA, J.
- Dabrowszczak*. Organ batalionu im. Dambrowskiego, publicado en España de 1936 a 1938, inicialmente redactado en la Delegación de las BI de Madrid, por Sulinski (Josef Mazel), Szymon Krajewski, Wiktor y Mieczyslaw y Zofia Szleyen.
- «Dabrowszwacy», Varsovia, 1956, selección de artículos e ilustraciones de *Dabrowszczak*, a cargo de Josef Mrozek.
- DAHLEM, F., *Der Freiheitskampf des Spanischen Volkes*, Berlín, 1963.
- , «O wojenne-politiczeskoj rabotie XI Internacyonalnoj brigady», *Kommunisticzeskij Internacyonal*, año 20, 1938, núm. 4, págs. 72-81. Sobre el trabajo militar y político en la XI BI.
- Daily Express*, Londres. Sólo para la batalla de Guadalajara.
- Daily Herald*, Londres. Sólo para la batalla de Guadalajara.
- Daily Telegraph*, Londres. Sólo para la batalla de Guadalajara.
- Daily Worker*, Londres.
- Daily Worker*, Nueva York.
- Dal fronte dell’Aragona alla battaglia della Cina*, prefacio de André Marty, Barcelona, Edizioni del Commissariato delle Brigate Internazionali.
- DALLET, J., *Letters from Spain to his Wife (American Volunteer)*, Nueva York, Workers Library Publishers, 1938.
- DE VITA, A., *Battaglione Garibaldi. (Ottobre 1936-aprile 1937)*, París, Edizione di Cultura Sociale, 1937.
- DE WET, O., *Cardboard Crucifix. Story of a Pilot in Spain*, Londres, William Blackwood, 1938.
- , «Carpet d’un aviateur», Nueva York, Doubleday, Doran and Co., Inc., 1938.
- , *The Valley of the Shadow*, Nueva York, 1949.
- DEI SABELLI, L., «Nell’anniversario di Malaga», *Nuova Antologia*, 16 de febrero de 1938.
- «Del Frente Popular de Madrid al Frente Popular del Mundo. Homenaje a las Brigadas Internacionales», C. Bermejo, impresor,

Madrid, 1937, 12 pp. más láminas.

DELAGE, L., «Os habéis ganado nuestra gratitud y nuestro cariño». Véase *España a las Brigadas Internacionales*, p. 51.

DELAPRÉ, L., *Le martyre de Madrid. Témoignages inédits*, Madrid, 1937.

—, *Mort en Espagne*, París, Editions Pierre Tisné, 1937. Artículos redactados por este enviado especial del *Paris-Soir*.

DELMER, S., *Trail Sinister. An Autobiography*, vol. I, Londres, Secker and Warburg, 1961.

DELPERRIE DE BAYAC, J., *Les Brigades Internationales*, París, Fayard, 1968.

Der achizehnte Juli: Kampfe fiix Spaniens Fretheit, Dresde, 1952.

Der Februarkampfer. 1934-1938, Ediciones del Comisariado de las BI, Barcelona, ¿1938?

Der Österreichische Freimillige. Dezember-Janner, 1938, Rivadeneyra, Madrid, 1938.

DEUTSCH, J., *Quel est l'enjou de la guerre civile espagnole?*, Barcelona. «Deux missions internationales visitent les camps de réfugiés espagnols (mai 1939)», edité par le Comité Internationale de Coordination pour l'Aide à l'Espagne Républicaine, París, 1939.

DEWEZ, S., *Gloire aux volontaires internationaux de la liberté*, Madrid, Diana (UGT), 1937, 30 pp. más láminas.

DÍAZ, J., «Os marcháis sin que el laurel de la victoria definitiva os acompañe». Véase *España a las Brigadas Internacionales*, pp. 55-59.

DÍAZ DE VILLEGAS, J., *Guerra de liberación, 1936-39*, Barcelona, 1958.

—, *La guerra revolucionaria*, Madrid, 1963.

DÍAZ DEL MORAL, J., *Historia de las agitaciones campesinas andaluzas*, Madrid, 1967.

—, y ORTEGA Y GASSET, J., *La reforma agraria y el estatuto catalán*, Madrid, 1932.

DÍAZ DOIN, G., *Cómo llegó Falange al Poder*, Buenos Aires, 1940.

—, *236 biografías sintéticas políticas y militares*, Buenos Aires, 1943.

—, *El pensamiento político de Azaña*, Buenos Aires, 1943.

DÍAZ-PLAJA, F., *La historia de España en sus documentos: El siglo XX Dictadura... Repùblica, 1923-1936*, Madrid, 1964.

—, *La historia de España en sus documentos: El siglo XX La Guerra, 1936-1939*, Madrid, 1963.

DIESTRO, R., *Czetviori batalion*, Moscú, 1939.

Dimitrovac. Revista del Batallón Dimitrov. Textos en francés, checo y ruso. Redactores: Rarlo Mrazovic y Veljko Vlahovic.

Dirección General de Información, *Causa general: La dominación roja en España*, Madrid, 1961.

Dobrovolníci svobody. O boji československých dobrovolníků proti fasismu ve říši spanské v letech, 1936-1939, Praga, 1956.

Dokumente der deutschen Politik, vol. V, 1942. Sobre la prohibición del voluntariado.

Dom vojska Polskiego. General Karol Swierozewski. Prasa Wojskowa. Its, Biblioteca Swetlicova, Varsovia, 1950.

DUMONT, J., *Les vraies leçons de la guerre d'Espagne*.

DUPRÉ, H., *La «Legión tricolor» en España (1936-1939)*, prefacio de Pierre Constantini, ilustraciones de Elsen, París, Editions de la Ligue Francaise, 1942, 252 pp. más láminas.

EBY, C., *Between the Bullet and the Lie. American Volunteers in the Spanish Civil War*, Nueva York, Chicago, San Francisco, Holt, Rinehart and Winston, 1969, simultáneamente. (Existe edición española: *Voluntarios norteamericanos en la Guerra Civil española*, Barcelona, 1974.)

ECHEVERRÍA, T., *Cómo se preparó el alzamiento: El general Mola y los carlistas*, Madrid, 1985.

EDWARDS, J. C., *Airmen without Portfolio. U.S. Mercenaries in Civil War Spain*, Westport, 1997.

EHRENBURG, I., *Corresponsal en España*, Buenos Aires, Tiempo Contemporáneo, 1968.

—, *España, República de Trabajadores*, Madrid, Editorial Zenit, 1932, 1976.

—, *Estampas de España*, Madrid, Edic. SRI, ¿1937?

—, *Eve of War, 1933-1941*, Londres, 1944.

—, *Homini, anni, vita*, Roma, Editori Riuniti, 1965.

—, *¡No pasarán! Sie Kommen nicht durch! Vom Freiheitskampf der Spanier*, Londres, Malik-Verlag, 1937.

—, «¡Por la vida!», *La Vanguardia*, 10 de abril de 1938.

EISNER, A., «Smiert' gienierala Lukacza», *Nowyj Mir*, Moscú, núm. 6, 1957, pp. 211-221.

Ejército del Pueblo, Barcelona.

Ejército Popular, último ejemplar, 1 de febrero de 1939, Gerona.

El Artillero Internacional. Órgano del Grupo de Artillería de la 45 División, 1937.

«El general Lukács ha muerto por la libertad de España», *Estampa*, 19 de junio de 1937.

El Soldado de la República. Le Soldat de la République. Journal de la XIV Brigade, Madrid, 1937. El primer número apareció el 16 de febrero de 1937.

El Voluntario de la Libertad. Publicación esencial de las BI y órgano de su Comisariado. Antes de la batalla del Jarama ya se

publicaba en francés, inglés, alemán, italiano y polaco, pero después se publicó, incluso, en yiddish.

Encontramos las siguientes ediciones:

El Voluntario de la Libertad, edición checoslovaca, Barcelona, 1938.

El Voluntario de la Libertad, edición polaca, Madrid-Barcelona, 1936-1938.

Il Voluntario della Liberta, edición italiana.

Le Volontarie de la Liberté, deutsche Ausgabe, Madrid, 1937-1938.

Le Volontaire de la Liberté, organe des Brigades Internationales, édition française, Madrid, 1937-1938.

Le Volontaire de la Liberté, organo delle Brigate Internazionali, edizione italiana, Madrid-Barcelona, 1937-1938.

Ochotnik Wolosci, versión polaca confeccionada por Szymon Krajewski, Mieczyslaw Szleyen y Josef Mazel (Sulinski).

The Volunteer for Liberty, organ of the International Brigades, Madrid-Barcelona, 1937-1939. Con más de sesenta números publicados.

The Volunteer for Liberty, clises de publicaciones originales (colección del periódico de la XV Brigada), impreso en Madrid y Barcelona, 1937-1939.

VALB (Veterans of the Abraham Lincoln Brigade), Nueva York, 1949.

Volunteer for Liberty, editado por Veterans of the Abraham Lincoln Brigade, 1946.

ELLIOT, L., *What about Spain?*, International Brigade Association, Londres, 1945.

Elöre. Órgano del batallón Rakosi.

ELSTOB, P., *Spanish Prisoner. An Extraordinary Human Document*, Londres, Macmillan and Co. Ltd., 1939.

EMILIA, E., «El recuerdo de vuestra generosa colaboración será para nosotros siempre un ejemplo». Véase *España a las Brigadas Internacionales*, pp. 43-46.

ENZENSBERGER, H. M., *El corto verano de la anarquía: Vida y muerte de Durruti*, Barcelona, 1977.

Epopée d'Espagne, Brigades Internationales, 1936-1939, ed. por Amicale des Anciens Volontaires Francais en l'Espagne Républicaine, París, 1957. Segunda edición publicada con motivo del XX aniversario de la guerra de España.

ERCOLI: *Las características de la revolución española*, Barcelona-Madrid, Ediciones Europa-América.

—, *The Spanish Revolution*, Nueva York, 1938.

ESCOFET, F., *De una derrota a una victoria: 6de octubre de 1934-19 de junio de 1936*, Barcelona, 1984.

España a las Brigadas Internacionales, Barcelona, Tipografía Catalana, 1938, 114 pp. y láminas.

«Espana fuera de Espana. Cómo Ybor City, foco fervoroso de españolismo en Estados Unidos, ha contribuido a la causa popular. Palabras de un internacional del batallón Lincoln», *Mundo Gráfico*, 16 de junio de 1937.

Espagne. XXX^{eme} anniversaire. 1936-1966, editado por Amicale des Anciens Volontaires Francais en l'Espagne Républicaine.

Estampa, semanario gráfico (Madrid).

Estampas de la Guerra. Álbum 1-6, Madrid, Ed. Nacional. Con los partes de guerra nacionales del 19 de julio de 1936 al 1 de abril de 1939.

Estella. Nuestros hermanos los internacionales, Madrid, Ediciones del Socorro Rojo, ¿1937? *Tra gli eroi dei martini della Liberta*, Madrid, Edizione delle Brigate Internazionali, 1937, 63 pp. y láminas.

«Etienne Rovira, de les Brigades Internacionals», *Treball*, 12 de diciembre de 1936.

Exercit del Poble (Barcelona).

F. C., «Revolucionarios portugueses en Espana», *Estampa*, 19 de diciembre de 1936.

FALCÓN, C., *Madrid*, Madrid-Barcelona, Editorial Nuestro Pueblo, 1938.

FALDELLA, E., *Venti mesi di guerra in Spagna. (Luglio 1936-Febbraio 1938)*, Florencia, Felice le Monnier, 1939, 514 pp. y numerosos mapas fuera de texto.

FERNÁNDEZ, A. E., *La España de los maquis*, Milán, Editorial Avance, 1967, 114 pp. más láminas.

FERNÁNDEZ, C., *Paracuellos del Jarama: ¿Carrillo culpable?*, Barcelona, 1983.

FERRAGUT, J., «Las heroicas milicias populares. El abolengo revolucionario y la historia militar del batallón Octubre», *Mundo Gráfico*, 2 de septiembre de 1936.

FISCHER, L., *Der Krieg in Spanien*, París, Editions Imprimerie Coop. Etoile, ¿1937?

—, *La guerra en Espana. La Nueva Espana*, Buenos Aires, 1937.

—, *La guerre en Espagne*. Trad. del inglés por Mme. Martin-Chauffer, Editions Imprimerie Coop. Etoile, ¿1937?

—, *Men and Politics. An Autobiography*, Nueva York, Duell, Sloan and Pierce, 1941.

—, «The War in Spain», *The Nation*, Nueva York, 1937.

—, *Why Spain Fights On*, prólogo de C. R. Attlee, Londres, The Union of Democratic Control, ¿1938?

FISCHER, R., *Stalin and German Communism*, Oxford, 1949.

FOOTE, A., *Handbook for spies*, Londres, Museum Press Limited, 1953.

FORD, H. D., *A poets war: British poets and the Spanish Civil War*, Filadelfia, University of Pensilvania Press, 1965.

Foreign Relations of the United States, Diplomatic Papers, 1936-1937, 1938-1939.

FOX, R., *A Writer in Arms*. Véase SLATER, H.

—, *Portugal 1936*, Madrid-Barcelona, Ediciones Europa-América, ¿1937?

FOXÁ, A. DE: *Madrid de corte a cheka*, San Sebastián, 1938.

FRASER, H., *De las Brigadas Internacionales a los Sindicatos católicos (Un comunista inglés juzga al comunismo)*, Madrid, Editora Nacional, 1957.

FRASER, R., *Blood of Spain*, Nueva York, 1979.

Freiheits Kaempfer (Luchador de la Libertad). Periódico publicado por los judíos interbrigadistas en España.

Frente Rojo, Valencia-Barcelona.

From the Aragon front to the battle in Chine, prólogo de André Marty, Barcelona, 1938.

¡Fuego! Revista del Grupo Skoda de Artillería Eslava.

GAGGI, O., «Della Siberia in Spagna», *Guerra di Classe*, 5 de noviembre de 1936.

GARCÍA DURAN, J., *Fuentes de la Guerra Civil española y bibliografía*, Barcelona, 1985.

GARCÍA OLIVER, J., *El eco de los pasos*, París, 1978.

GARCÍA VENERO, M., *El general Fanjul: Madrid en el alzamiento nacional*, Madrid, 1967.

—, *Historia de las Internacionales en España*, vol. II: 1914-1936; vol. III: 1936-1939, Madrid, 1957.

—, *Historia del nacionalismo catalán*, vols. I y II, Madrid, 1967.

—, *Historia del nacionalismo vasco*, Madrid, 1969.

—, *Madrid: julio 1936*, Madrid, 1973.

GARCÍA, A., «Las Brigadas Internacionales se despiden. Por boca de su organizador, André Marty, hablan de su contenido y de su número. Abandonan con dolor la sierra donde lucharon por la libertad», *Las Noticias*, 25 de septiembre de 1938.

GARCÍA, J., «Brygady Miedzynarodowe w Hiszpanii», *Zeszyły Teoetpczno-Polityzue* 156, núm. 9, Varsovia, 1956.

—, *Ispanskii narod o borzeza svobodu in demokratii protiv fashizma*, Moscú, 1956.

—, *Ispainia Narodnogo Fronta*, Moscú, Akademia Nauka URSS, 1957.

—, «Internatsional'nye brigady y Ispanii, 1936-1938», *Voprosy Istorii*, núm. 7, Moscú, 1956.

GARCÍA-NIETO, M. C., y DONEZAR, J. M., *La Guerra de España, 1936-1939*, Madrid, 1975.

—, *La Segunda República: Política burguesa y movimiento obrero, 1931-1936*, Madrid, 1974.

GARCÍA-VALIÑO Y MARCENT, R., *Guerra de liberación española*, Madrid, 1949.

Garibaldini in Spagna. Publicación del Comisariado de la XII BI, 1937, Madrid, Diana (UGT), 395 pp. y láminas.

GAROSCI, A., *Gli intelletuali e la guerra di Spagna*, Milán, Einaudi, 1959.

GARRIDO GONZÁLEZ, L., *Colectividades agrarias en Andalucía, Jaén, 1931-1939*, Madrid, 1979.

GARRIGA, R., *El general Juan Yagüe: Figura clave para conocer nuestra historia*, Barcelona, 1985.

—, *La Legión Cóndor*, Madrid, 1975.

GATES, J., *The Story of an American Communist*, Nueva York, Thomas H. Nelson and Sons, 1958.

GAY DA CUNHA, J., «La bandera de la brigada». Véase *Los que fueron a España*, págs. 153-165.

—, *Un brasileiro na guerra espanhola*, Porto Alegre, Libraria do Globo, 1946.

GEISER, C., *Prisoners of the Good Fight: Americans against Franco and Fascism. The Spanish Civil War, 1936-1939*, Nueva York, 1986.

GELHORN, M., «Madrid to Morata», *New Yorker*, 24 de julio de 1937.

—, «Men Without Medals», *Collier's*, 9 de septiembre de 1937.

—, «The Undefeated», *Collier's*, 1945.

—, *The Face of War*, Londres, 1959.

GEORGE: «Brigades Internacionales», *Exercit del Poble*, 6 de octubre de 1937.

GERASSI, J., *The Premature Antifascists: North American Volunteers in the Spanish Civil War, 1936-1939*, Nueva York, 1986.

German Foreign Policy. Documents on. Serie D-III. The Spanish Civil War, Londres, 1951.

Gerszon Dua-Bogen. Na tropach Bohaterstwa. Wydawnic Two «Idisz Buch», Varsovia, 1960.

Get them away. The Story of the French Concentration Camps, International Brigades, Londres, 1941.

GIANN: «In memoria di Fosco Falaschi», *Guerra di Classe*, 5 de noviembre de 1936.

GIBSON, I., *La noche en que mataron a Calvo Sotelo*, Barcelona, 1982.

—, *Paracuellos: Cómo fue*, Barcelona, 1983.

—, *Queipo de Llano: Sevilla, verano de 1936*, Barcelona, 1986.

—, *La represión nacionalista de Granada en 1936 y la muerte de Federico García Lorca*, París, 1971.

GIL-ROBLES, J. M., *Discursos Parlamentarios*, Madrid, 1971.

- , *No fue posible la paz*, Barcelona, 1968.
- GILLAIN, N., *El mercenario. Diario de un combatiente rojo*. Ed. Tánger, 1939.
- , *Le mercenaire*, Lille, 1937.
- , *Le mercenaire. Carnet de route d'un combattant rouge*, París, Librairie Arthème Fayard, 1938.
- GINER DE LOS RÍOS, F., «Aunque dejéis nuestro suelo no os borraréis de nuestro corazón». Véase *España a las Brigadas Internacionales*, p. 97.
- GINER, V., *Historia de la Segunda República, 1931-1939*, Madrid, 1985.
- Gloire. Aux Volontaires Internationales de la Liberté*. Revista.
- GLUCKSTEIN, Y., *Los satélites de Rusia en Europa*, Madrid, Artola, 1955.
- GODED, M., *Un facioso cien por cien*, Zaragoza, 1939.
- GOJKO, N., *Moja lekarska iskusiva u spanskom ratu. Vojnosanitetski pregled br. 12*, Belgrado, 1967.
- GOLDMAN, E., *Vision on Fire: Emma Goldman on the Spanish Revolution*, Nueva York, New Paltz, 1983.
- GOMÁ Y TOMAS, I., *Pastorales de la Guerra de España*, Madrid, 1955. GÓMEZ CASAS, J., *Los anarquistas en el gobierno*, Barcelona, 1977.
- , *Historia de la FAI*, Madrid, 1977.
- , *Historia del anarcosindicalismo español*, Madrid, 1969.
- GORDON, I., *Giroicheskai zhizn Mate Zalka-generala Lukacha. Voen-Izd-vo*, Moscú, 1959.
- GORDON, S. Véase ALLAN, T.
- GORKIC, M., «Cemu nas uci Spanija», *Proleter*, 8 de noviembre de 1936.
- , «Stjegonese Slobode i Napretka», *Proleter*, 5 de mayo de 1937.
- GORKÍN, J., *Caníbales políticos*, México D.F., 1941.
- , *Les communistes contre la révolution espagnole*, París, 1978.
- , *El proceso de Moscú en Barcelona*, Barcelona, 1974.
- GOZZOLI, V., «Aldo Perrissimo», *Guerra di Classe*, 9 de junio de 1937.
- GRÜNBERG, G., *Wir kümpfen und siegen fair dich Freiheit!* Berlín, 1956. *La Voz del Combatiente*. Comisariado General de Guerra, Inspección Centro, Guadalajara Edic., Madrid, 1937, 57 pp. y láminas.
- Guerra di Classe*. Redazione: Casa CNT-FAI (Sección Italiana), Vía Layetana, 32 y 34, Barcelona. Semanario al servicio de la UST y de la AIT, dirigido por Camillo Berneri. Primer número: 9 de octubre de 1936. Ultimo número: 30 de noviembre de 1937.
- Guerra y revolución en España, 1936-1939*. Obra elaborada por una comisión presidida por Dolores Ibárruri e integrada por Manuel Azcárate, Luis Balaguer, Antonio Cordón, Irene Falcón y José Sandoval, editorial Progreso, Moscú, 1966.
- GUEST, C. H., *David Guest. A Scientist fights for Freedom (1911-1938)*, Londres, Lawrence and Wishart Ltd., 1939, 256 pp. y láminas.
- «Guido Picell», *Guerra di Classe*, 24 de marzo de 937.
- GUTIRREZ-RAYÉ, J. (rec.), *Partes oficiales de guerra (Nacionales y rojos)*, Madrid, Ed. Camarasa, 1941.
- GUTTMANN, A., *The Wound in the Heart: America and the Spanish Civil War*, Nueva York, The Macmillan Company, 1962. Sobre la aviación republicana.
- GUZMÁN, E. DE: *El año de la Victoria*, Madrid, 1974.
- , *La Segunda República fue así*, Barcelona, 1977.
- GYORKEI, J., *Spanyol földön a szabadságért*, Budapest, 1963.
- , *Magyar önkéntesek a spanyol nép szahadsá gharcában*, Budapest, 1959.
- HALDANE, Ch., *Truth Will Out*, Londres, 1949, y Nueva York, 1950.
- HALDANE, J. B., *A.R.P. (References to bombing of Madrid, Guernica, Barcelona)*, Londres, Gollancz, 1938.
- , *This is Station E.A. Q.* Véase BETHUNE, N.
- Hans Beimler, *Symbol der Einheit*, edición del Internationalen Antifaschistischen Klub Barcelona, Talleres Gráficos de la Sociedad General de Publicaciones, ¿1937?
- HEMINGWAY, E., *The Fifth Column and Four Stories of the Spanish Civil War*, Nueva York, 1969. Trad. francesa.
- , *For Whom the Bell Tolls?*, Nueva York, Scribner's Sons, 1940 y 1968.
- HEMINGWAY, E., *The Spanish Earth*. Con una introducción de Hasper Wood e ilustraciones de Frederick K. Russell, Cleveland, The Savage Company, 1938. Texto del comentario del filme de este nombre y breve relación del rodaje (*The Heat an the Cold*), publicado anteriormente en *Verve*.
- , *The Spanish Earth*, filme documental realizado en 1937 por Joris Ivens, con palabras de Ernest Hemingway, producido por Contemporany Historians Inc.

HEMINGWAY, L., *Mi hermano Ernest Hemingway*, Barcelona, Plaza y Janés, 1962.

HERNÁNDEZ GARCÍA, A., *La represión en La Rioja durante la Guerra Civil*, Logroño, 1984.

HERNÁNDEZ, J., *Yo fui un ministro de Stalin*, México, D.F., 1953.

—, *Yo, ministro de Stalin en España*, prólogo y notas de Mauricio Carlavilla, Madrid, Nos, 1954.

HERNÁNDEZ, M., «Al soldado internacional caído en España». Véase *Homenaje de despedida a las Brigadas Internacionales*.

RRERA PETERE, J., «A Jaskel Honigstein, último caído de las Brigadas». Véase *Homenaje de despedida a las Brigadas Internacionales*.

HERRICK, W., *The Itinerant*, Nueva York, McGraw, 1966. El autor fue interbrigadista de la XV.

HEUSLER, A., *Avec les héros de la Liberté, 1936-1937*, París, Editions du Comité International d'Aide au Peuple Espagnol, 0937?, 73 pp. más láminas.

HIDALGO DE CISNEROS, I., «Entrevista», notas tomadas por Burnett Bolloten.

—, *Memorias 2: La República y la Guerra de España*, París, Lib. du Globe, 1964.

Historia de la Cruzada Española, Madrid, Ediciones Españolas, 1940-1943, 8 volúmenes. Dirección literaria hasta el volumen V, Joaquín Arrarrás Iribarren. Primer colaborador literario del volumen VI, Alfredo R. Antigüedad; del VII, Manuel Aznar Zubigaray, también único colaborador del volumen VIII. Dirección artística, Carlos Sáenz de Tejada. Delegado del Estado hasta el volumen V, Ciriaco Pérez Bustamante.

HOAR, V., *The Mackenzie-Papineau Battalion*, 1969.

HODGSON, R., *Franco frente a Hitler (Spain Resurgent)*, Barcelona, Ed. AHR, 1954.

HOFFMAN, L., *Vitr dalejch oest*. Ceské, Budejovice, Krajské nake, 1963. *Hogar de niños en las cercanías de Madrid Ernesto Thälmann. Kinderheim Ernest Thälmann*, Madrid, UGT, Imp. Col. Torrent, 1937, 46 pp. más una hoja.

Homenaje a André Marty, Ediciones del Comisariado de las Brigadas Internacionales, Madrid.

«Homenaje a las Brigadas Internacionales», *Crónica*, 7 de noviembre de 1937. *Homenaje a las Brigadas Internacionales del Frente Popular de Madrid*, Madrid, Prensa Obrera.

Homenaje de despedida a las Brigadas Internacionales, Ediciones Españolas, 1938.

Hommage á André Marty, Comisariado de las Brigadas Internacionales, Madrid.

HONNER, F., «Die Internationalen Brigaden and das "12 februar" Battalion», *Weg and Ziel*, núm. 6, Viena, 1955.

HOOD, O., y FRANKFELD, Ph., *Americans in Spain. New England fights for Spanish Democracy*, Nueva York, Workers Library Publications, 1937.

HOPKINSON, T., *George Orwell*, Londres, The British Council, 1955.

HORSKY, P., *Spanelsko v srdci*, Praga, 1956.

HUSEK, J., «Slovansti dobrovolnici y boji spanélkého lidu sasvobodu», *Slovansky Prehled*, XLII, núm. 7, Praga, 1956, pp. 235 y 236.

«I Caduti a Monte Pelato», *Guerra di Classe*, 28 de agosto de 1937.

I. R. M., «El batallón Edgar André, modelo de organización y disciplina», *Estampa*, 19 de diciembre de 1936.

IBÁRRURI, D. (Pasionaria), *Memorias de Pasionaria, 1939-1977*, Barcelona, 1984.

—, «Hasta pronto, hermanos...», *Brigadas internacionales*, octubre de 1936 octubre de 1938, París, Imprimerie Ouvrière, 1938.

—, «¡Hermanos!». Véase *España a las Brigadas Internacionales*, pp. 75 y 76.

—, *El único camino*, París, Eds. Sociales. 1962.

Il Garibaldino. Giornale della Brigata Garibaldi. Redactor: Canapino.

Il Volontario della Liberta. Véase *El Voluntario de la Libertad*.

Immer bereit fir die verteidigung der Freiheit des Volkes, Berlín, 1956, folleto del Comité de Combatientes de la Resistencia Antifascista de la RDA sobre los voluntarios alemanes en España.

«In alto i cuori!», *Guerra di Classe*, 21 de abril de 1937. Dedicado a Antonio Ciero.

In Spain with the International Brigade. A Personal Narrative, Londres, Burns Oates and Washbourne, 1938.

«Interbrigadisten. Der Kampf deutscher Kommunisten und anderer antifaschisten im national-revolutionären Krieg des spanischen Volkes 1936 bis 1939». Texto de una conferencia pronunciada los días 20 y 21 de enero de 1966 en la Academia Militar Friedrich Engels de Berlín. Berlín, Deutschen Militärverlag, 1966.

Internacyonalnyje brigady. Epizody gieroiczeskoj bor'by internacyjonalnych brigad w Ispanii, Moscú, 1937.

International Press Correspondance (Londres).

IRUJO, M. DE: *Un vasco para el Ministerio de Justicia*, Buenos Aires, 1976-1978.

Ispanskij narod protiw faszyzma (1936-1939 gg) (Sbronik statiej), Moscú, 1963.

IWANOW, W., *Ispanija w plamyce*, Sofía, 1959. La historia de las BI desde el punto de vista búlgaro.

- IZQUIERDO, A., *Belchite a sangre y fuego*, Barcelona, 1976.
- Iz istorii oswoboditelnoj bor by inspanskogo naroda. (Sbornik statiej), Moscú, 1959.
- JACKSON, G., *A Concise History of the Spanish Civil War*, Londres, 1974.
- , *Entre la reforma y la revolución, 1931-1939*, Barcelona, 1980.
- , *The Spanish Republic and the Civil War, 1931-1939*, Princeton, Princeton University Press, 1965.
- , *The Spanish Civil War*, Chicago, 1972.
- , y CENTELLES, A., *Catalunya republicana i revolucionaria, 1931-1939*, Barcelona, 1982.
- JACKSON, M., *Fallen Sparrows. The International Brigades in the Spanish Civil War*, Filadelfia, 1994.
- JELLINEK, F., *The Civil War in Spain*, Londres, 1938.
- JIMÉNEZ DE ABERASTURI, L. M., y JIMÉNEZ DE ABERASTURI, J. C., *La Guerra en Euzkadi*, Esplugas de Llobregat, 1978.
- JIRKU, G., *Kampf dem Tode! (Die Arbeit des Sanitätsdienstes der Internationalen Brigaden)*, Madrid, Diana, UGT.
- , *Nous luttons contre la mort (Le travail du Service Sanitaire des Brigades Internationales)*.
- , *Nuestra lucha contra la muerte*, prólogo del doctor Oscar Telge, jefe del Servicio Sanitario de las BI.
- , *We fight Death (The Work of the Medical Service of the International Brigades in Spain)*, Madrid, Diana, UGT, 1937.
- JOHNSTON, V. B., *Legions of Babel. The International Brigades in the Spain Civil War, 1936-1939*. The Pennsylvania State University Press, 1967.
- JORDAN, Ph., *There is no return*, Londres, Cresset Press, 1938.
- Jugosloveni u Spaniji, Sarajevo, Svetlost, 1953.
- KAMINSKI, H. E., *Ceux de Barcelone*, París, Les Editions Denoel, 1937.
- , *Quelli di Barcellona (Ceux de Barcelone)*, única traducción autorizada del francés, de Delfino Insolera, Milán, Mondadori, 1950.
- «Kampflieder. Battle-Song. Canzoni di guerra. Chansons de guerre. Canciones de guerra de las Brigadas Internacionales», edición patrocinada por la XI BI bajo la dirección de Ernst Busch, Madrid, Diana, UGT.
- KANTOROWICZ, A., *Chapaiev-bataillon dvdsati odnoi natsionalnosti*, Moscú, 1939. Trad. edición de Madrid.
- , *Spanisches Riegs Tagebuch*, Colonia, Verlag Wissenschaft and Politik, 1963.
- , *Spanisches Tagebuch*, Berlín, Aufbau-Verlag, 1948.
- , *Tschapáiew, das Bataillon der 21 Nationen*, Madrid, Imprenta Col. Torrent, s. d.
- , *Tschapáiew, das Bataillon der 21 Nationen*, Berlín, Verlag des Ministeriums für Nationale Verteidigung, 1956; reedición de la de Madrid, véase supra.
- , *Notatnik hiszpanski*, Varsovia, 1952.
- Karabin i serce, Madrid, 1937; reedición polaca, 1956.
- KARI, L., *De dansk Spaniensfrivillige. Indledning ved Erik Reske-Nielsen*, Copenhague, Rosenkilde Og Baggers Forlag, 1952.
- Karmen. *España en llamas. Spain in flames*, filme documental de los primeros tiempos. Kdo Zavinil Mnichov. (Sborniz z mezinárodního Vedeckého zasedání k 20 výročí Mnichova), Praga, 1959.
- KEMP, P., *Mine Were of Trouble*, Londres, 1957.
- KISCH, E. E.; *Die drei Kühne. Eine Bauengeschichte zwischer Tirol and Spanien*, Ediciones del Comisariado de las Brigadas Internacionales, 1938.
- , *Soldaten am Meresstrand*, Valencia, Imprenta La Semana Gráfica, s. d.
- , *The Three Cows (Story of International Brigades)*, Londres, Key Books, 8, 1938.
- KNOBLAUGH, E. H., *Correspondent in Spain*, Sheed and Ward, Londres, Nueva York, 1937.
- KOESTLER, A., *The Spanish Testament*, Londres, 1937.
- , «Le camp du Vernet», *L'Arche*, núm. 14, París, traducido al catalán en extracto y publicado en *Quaderns d'Estudis Politics, Económics i Socials*, como «El darrer avatar de les Brigades Internacionals», Perpiñán, septiembre 1946.
- Kolarovac. Revista de la batería Vasilije Kolarov.
- KOLTSOV, M. E., *Diario de la Guerra de España*, Madrid, 1978.
- , *Ispanskij Dnevnik*, Moscú, Sebeskii pisatel, 1957.
- KOMAR, W., «O pracy partyinopolitycznej w 129 Brygadzie Miedzynarodowej w Hiszpanii», *Zolniers Wolnosci*, núm. 258, Varsovia, 1956, p. 3.
- Kompania im. Mickiewicza, Madrid, 1937.
- KORTA, A., *Karol Swierczawski. Zarys Zycia i dzialalosci*, Varsovia, Wydwin, 1954.
- KOVACEVIC, V., *U rogovima Spanije*, Sarajevo, 1958.
- KOZLOWSKI, E. Véase BRON, M., Wojna hiszpanska.
- , y SOBCZAK, K., «Brygady Miednarodowe w obronie Republiki Hiszpanskiej», *Mysl Wolskowa*, núm. 9, 1956, pp. 69-91.

- , y TECHNICZEK, M., *Voina hispanska, 1936-1939*, Chronologia wydarzen i bibliografia, Wydawnictwo Ministerstwa Obrony Narodowej, Varsovia, Woiskowy Instytut Historyczny, 1964, 516 pp. más láminas.
- KRISTANOV, C. A., *Sanitarnaja slazba Internacionalojih brigad ispanskoji republikanskoji armijti*, Medgiz, Narkomsdrav URSS, 1939.
- KRIVITSKY: *General Walter. I was a Stalin's Agent*, Londres, Hamish Hamilton, 1940.
- , *Yo, jefe del Servicio Secreto Militar soviético*, prólogo y notas de Mauricio Carlavilla, Editorial Nos, Guadalajara, 1945.
- KRUSCHEV, N., *Kruschev recuerda*, Madrid, Prensa Española, 1970.
- KRUZIK, F., «Ceskoslovenství dobrovolnice v národné revolucii valce španělského lidu 1936-1939», *Historie a Vojenství*, n.º 4, 1955, pp. 433-443.
- , «KSC a ces dobrovolníci v mezinárodních brigidách ve Španělsku», *Historia a Vojenství*, n.º 1, 1961, pp. 111-141.
- «Krv i život za slobodu!», Barcelona, 1938.
- KSIEZARCZYK, F., *Droga w ogniu*, Varsovia, Ministerstwa Obrany Narodowej, 1964.
- La Spagna nel postro cuore 1936-1939*, Roma, 1996.
- «L'ajut internacional al poble hispanic», *Companya*, 15 de abril de 1937.
- «L'assassinat d'Andreu Nin», *Spartacus*, París, 1939.
- «L'assassinio dei compagni Berneri e Barbieri», *Guerra di Classe*, suplemento del 5 de mayo de 1937, fechado el 9 de mayo de 1937.
- L'Espagne Antifasciste*. Servicio de propaganda del Comité Nacional de la CNT, edición de los grupos anarquistas extranjeros combatiendo en España.
- L'Humanité*, París.
- L'Oeuvre*, París. Sólo para la retirada de Málaga.
- L'Unità Garibaldina*, Barcelona, Imprenta Elzeviriana.
- «La agresión italiana». Documentos ocupados a las unidades italianas en la acción de Guadalajara, Valencia, 1937.
- La Batalla*, órgano central del POUM, Barcelona.
- La Ciento Veintinueve*, órgano de esta Brigada, 1938.
- La colonna italiana in Spagna*, París, Imprimerie SFIE, 1937.
- La deuxième DB Général Leclerc*, París, Arts et Métiers Graphiques, 1948.
- «La giornata gloriosa del 28 agosto 1936. La battaglia di Monte Pelato, nel racconto d'un reduce», *Guerra di Classe*, 28 de agosto de 1937.
- «La Marsellaise sur l'Ebre». Sacado de *Epopée d'Espagne*.
- «La politica dell'Unione Sovietica. Rapporto al XX Congresso del PCUS», Roma, Editori Riuniti.
- La Publicitat*, Barcelona.
- La Quatorzième*. Véase BALK, T.
- «La tragédie hongroise. Le rôle des anciens des Brigades Internationales. (Les anciens des Brigades Internationales à la tête de la résistance militaire)», *France Observateur*, 3 de enero de 1957.
- La Vanguardia al Servicio de la República*, Barcelona.
- La Vanguardia Española*, Barcelona.
- La Voix du Régiment*, órgano del Regimiento de Tren Interbrigadista.
- La Voz de la Sanidad*, publicación interbrigadista.
- LACIS, R., *¡Viva la República! Wospominanija uczestników antifaszysthói woiny w Ispanii*, Riga, Sbornik. Sost. i piedisł, 1957.
- LANDAU, K., «Le stalinisme en Espagne. Témoignages de militants révolutionnaires sauvés des prisons stalinianas», prefacio de Alfred Rosmer, *Spartacus*, n.º 11, París, 1938.
- LANDIS, A. H., *Spain: The Unfinished Revolution*, Nueva York, 1972.
- , *The Abraham Lincoln Brigade*, Nueva York, The Citadel Press, 1968, 677 pp. más láminas.
- , *Death in the Olive Groves. American Volunteers in the Spanish Civil War, 1936-1939*, Nueva York, 1989.
- LANGBEIN, H., *Die Stiirkeren (Un Informe)*, Viena, Stern Verlag, 1949.
- LARDNER JR., R., *Somebody had to do Something*, Los Angeles, James Lardner Memorial Fund, 1939.
- LARGO CABALLERO, F., *Mis recuerdos: Cartas a un amigo*, México, 1954.
- «Las Brigadas Internacionales. La ayuda extranjera a los rojos españoles», Oficina Informativa Española, 1948.
- «Las Brigadas Internacionales según testimonio de sus artífices», Comité de Información y Actuación Social, Barcelona, ¿1938?, 79 pp. más láminas.
- Las Noticias*, órgano de la UGT catalana, Barcelona.
- LAST, J., *Brieven uit Spanje*, Amsterdam, Uitgeverij Contact.
- , *De Spaansche Tragedie*, Amsterdam, Uitgeverij Contact, 1938.

- , *Ett ar i Madrids Skyttegravar*. Oversättning av Ivan Faludi, Estocolmo, Axel Holmströms Förlag. 1938.
- , *In de loopgraven voor Madrid*, Amsterdam, Uitgeverij Contact.
- , *Lettres d'Espagne*, París, Gallimard, 1938.
- , *Madrid Strijd verder*, Amsterdam, Uitgeverij Contact, 1937.
- LAST, J., *The Spanish Tragedy*. Traducción del holandés por David Hallet, Londres, George Routledge and Sons Ltd., 1939.
- , *VZakopech u Madrid*, Praga, 1937.
- LAWSON, D., *The Abraham Lincoln Brigade*, Nueva York, 1986.
- LAWSON, J. H., *La guerra de España*. Filme documental.
- LÁZARO: «Los guerrilleros rojos de Extremadura», *Estampa*, 19 de junio de 1937.
- «Le chemin de la victoire, 18 juillet-18 décembre 1936. A tour les peuples d'Espagne! A tour ceux qui aiment la paix, le progrès, la liberté!» Appel du PC d'Espagne (Section de l'Internationale Communiste). Prefacio de André Marty, Services Politiques des Brigades Internationales, Madrid, ¿1936?
- Le livre de la Quinzième Brigade Internationale. Nos combats contre le fascisme*. Comisariado de Guerra, Madrid, Diana, UGT, 1937.
- Le Soldat de la République*. Véase *El Soldado de la República*.
- Le Trait d'Union*, bulletin intérieur des volontaires internationaux des camps d'Argeles et St. Cyprien, édité par l'AVER, 33, rue Poliveau, París, déleg. 2, rue Dagobert, Perpiñán, marzo 1939.
- Le Volontaire Antifasciste*, órgano del batallón Henri Vuillemin.
- Le Volontaire de la Liberté*. Véase *El Voluntario de la Libertad*.
- LEEDS, J., *Let my People know: The Story of Wilfred Mendelson*, Nueva York, 1942.
- LEIDER, B., *American Hero*, Nueva York, Ben Leider Memorial Fund.
- LEHMANN, J., *Poems for Spain*, Londres, The Hogarth Press, 1938.
- LERROUX, A., *Mis memorias*, Madrid, 1963.
- Les archives secrètes de la Wilhelmstrasse. III. L'Allemagne et la guerre civile espagnole. 1936-1939*, París, Lib. Plon.
- LEVAL, G. (Pierre Piller): *L'anarchisme et la révolution espagnole*, Turin, 1971.
- , *Collectives in the Spanish Revolution*, Londres, 1975.
- , *Le communisme*, París.
- , *Espagne libertaire, 1936-39: L'œuvre constructive de la révolution espagnole*, Meuse, 1971.
- Libro Blanco sobre la batalla de Guadalajara*.
- Libro de táctica general para nuestros combatientes*, prólogo de R. Vanier. Comisariado de Guerra de las Brigadas Internacionales, Madrid, 1937.
- LINDBAECH, L., *Batljon Thälmann*, Oslo, Tiden Norsk Förlag, 1938.
- , *Internationella Brigaden*, Estocolmo, 1939.
- , *Spania og vi, med tegninger af Willy Midelfart*, Oslo, Drevers Förlag. 1946.
- LÍSTER, E., *Memorias de un luchador. Vol. I: Los primeros combates*, Madrid, 1977.
- , *Nuestra guerra: Aportaciones para una historia de la guerra nacional revolucionaria del pueblo español. 1936-1939*, París, 1966.
- LIZÓN GADEA, A., *Brigadas Internacionales en España*, Madrid, Editora Nacional, 1940.
- LLORENS, C., «Lectura de planos», ediciones 39 División. *¡De frente!*, núm. 1, Frente de Levante, 1938. Unidad superior de la CXXIX BI, en el frente de Javalambre.
- LOJENDIO, L. M. DE: *Operaciones militares de la Guerra de España. 1936-1939*, Barcelona, Montaner y Simón, 1940.
- LONDON, A. G., *España, España* (trad. E. Cordón), Praga, Artia, 1965.
- , *L'aveu*. Films Corona, de París, y Selenia, de Roma. Basado en *La confesión*, con el director Costa-Gavras, griego, el guionista Jorge Semprún, y los actores Yves Montand y Simone Signoret, antiguos militantes del PC.
- , *La confesión*, Madrid, Editorial Ayuso, 1970.
- , *Spanelsko, Spanelsko...*, Praga, Nakladatelství Polické Literatury, 1963.
- , *Se levantaron antes del alba...*, Barcelona, 1978.
- LONCO, L. (Gallo): *Las Brigadas Internacionales en España*, México, D.F., 1966.
- , Informe a la Komintern sobre las fuerzas internacionales en la zona Centro-Sur (mayo 1938). Divulgado en el libro de Bron-Kozłowski-Techniczek, *Wojna hiszpańska*.
- , *Le Brigate Internazionali in Spagna*. Orientamendi, Roma, Editori Riuniti, 1956.
- , *Un anno di guerra in Spagna*. Pref. di Paolo Tedeschi e di Mario Montagnana, París, Edizioni di Cultura Sociale, 1938.
- LÓPEZ SILVEYRA, J. J., *Guerra de guerrillas*, prefacio de Jesualdo, Montevideo, 1944.
- , «La última marcha de las Brigadas Internacionales». Véase *Los que fueron a España*, pp. 195-207.

- «Los niños españoles y las Brigadas Internacionales». Comité Pro niños españoles de las Brigadas Internacionales, Barcelona, Tipografía Catalana, E. C., marzo de 1938.
- Los que fueron a España*, Buenos Aires, Edit. Jorge Álvarez, S. A., colección Política Concentrada, 13, 1966.
- «Ludwig Renn comanda una columna al frente de Madrid», *Treball*, 18 de noviembre de 1936.
- MAASSEN, H., *Die Söhne des Tschapajew*, Berlín, 1960.
- MABILLE, L., *Cinq semaines en Espagne avec le bataillon Henri Barbusse*, París, Paix et Liberté.
- MACARRO VERA, J. M., *La utopía revolucionaria: Sevilla en la Segunda República*, Sevilla, 1985.
- MACARTNEY, W. F. R., *Walls trace Mouths*, Londres, 1936.
- , *Zig-zag*, Londres, 1937.
- MACGOVERN, J., «Terror in Spain. How the Communist International has destroyed Working Class Unity, undermined the fight against Franco and suppressed the Social Revolution», Londres, Independent Labour Party. 1938.
- MACHADO, A., «A los voluntarios extranjeros». Véase *Homenaje de despedida a las Brigadas Internacionales*, pp. 5 y 6.
- , «La España verdadera en su alma lleva escritos vuestros nombres». Véase *España a las Brigadas Internacionales*, pp. 91 y 92.
- MADARIAGA, S. DE: *España*, Buenos Aires, 1942.
- , *Memorias, 1921-1936*, Madrid, 1974.
- Madrid Document*. Película de 1937.
- Madrid es nuestro* (60 crónicas de su defensa), Madrid-Barcelona, Edit. Nuestro Pueblo, 1938.
- Madrid honra a Hans Beimler*. Comisariado de las Brigadas Internacionales.
- Magyar Partizánszóvetseg Hadtörténelmilevétar is Múzeum. Magyar Onkéntesek a Spanyol nep Szabadságharcában*. Kossuth Knyvkiadó, 1959.
- MAÍZ, B. F., *Mola, aquel hombre: Diario de la conspiración*, 1936, Barcelona, 1976.
- MALEFAKIS, E. E., *Agrarian Reform and Peasant Revolution in Spain: Origins of the Civil War*, New Haven, 1970.
- MALRAUX, A., *Antimémoires*, París, Gallimard, 1967.
- , *L'espoir*, París, Gallimard, 1937.
- , *Sierra de Teruel*. Trad. y pról. Max Aub, México, Ediciones Era, 1968, 156 pp. más ilustraciones.
- , *Sierra de Teruel*. En francés, *L'espoir*. Película dirigida por el propio André Malraux sobre su novela.
- MANGADA, J., «La victoria a la que tanto habéis contribuido nos volverá a unir». Véase *España a las Brigadas Internacionales*, pp. 71 y 72.
- MARINOV, N., *Interbrigadisti*, Sofía, 1948.
- , *Internatsionalisty*, Sofia, 1948.
- MARKO, P., *Lufia s Spanjes (1936-1939). Shenime Historike dhe Kujtime Nga Vullnetarët Shqiptarë*, Tirana, Institut té Historisë së Partisë Pranë K. Q. té P.P.S.H., 1959.
- MARTÍNEZ BANDE, J. M., *Los asedios*, Madrid, 1983.
- , *La batalla de Teruel*, Madrid, 1974.
- , *La batalla del Ebro*, Madrid, 1978.
- , *La campaña de Andalucía*, Madrid, 1969.
- , *La campaña de Cataluña*, Madrid, 1979.
- , *Los cien últimos días de la República*, Barcelona, 1973.
- , *El final de la Guerra Civil*, Madrid, 1985.
- , *El final del frente norte*, Madrid, 1972.
- , *La gran ofensiva sobre Zaragoza*, Madrid, 1973.
- , *La guerra en el norte*, Madrid, 1969.
- , *La intervención comunista en la Guerra de España, 1936-1939*, Madrid, 1965.
- , *La invasión de Aragón y el desembarco en Mallorca*, Madrid, 1970.
- , *La marcha sobre Madrid*, Madrid, 1968, 1982.
- , *La ofensiva sobre Segovia y la batalla de Brunete*, Madrid, 1972.
- , *La ofensiva sobre Valencia*, Madrid, 1977.
- , *Vizcaya*, Madrid, 1971.
- MARTÍNEZ BARRIO, D., *Memorias*, Barcelona, 1983.
- , *Orígenes del Frente Popular Español*, Buenos Aires, 1943.
- , *Páginas para la historia del Frente Popular*, Madrid-Valencia, 1937.
- , «Con vuestra marcha facilitáis el triunfo de la causa libertadora». Véase *España a las Brigadas Internacionales*, pp. 19-21.
- , «Mensaje de despedida a las Brigadas Internacionales», *Las Noticias*, 12 de octubre de 1938.

- MARTINI, M., *I garibaldini raccontano la battaglia dell'Ebro*, París, Edizioni di Cultura Sociale, 1939.
- MARTY, A., «Andre Marty accuse. Les fascistes insulteurs des Brigades Internationales et de l'Espagne républicaine». Compte rendu officiel *in extenso* des séances à la Chambre (16 et 17 mars 1939). Intr. Jacques Duclos, París, Imp. Cent. Croissant, 1939.
- , *Avec l'Espagne pour nos libertés et la paix*, éditions du Comité Populaire de Propagande, 1936.
- , *En Espagne... où se joue le destin de l'Europe*, París, Bureau d'Editions, 1937.
- , *España: bastión avanzado de la libertad*, Barcelona, Ediciones Europa-América.
- , «Espagne, son exemple, son Front Populaire». Discours prononcé à la session du Comité Central du Parti Communiste Français le 22 novembre 1938, París, Imp. Cent. Croissant, 1938.
- , *Heroic Spain*, Nueva York, Workers Library Publishers, 1937.
- , *L'affaire Marty*, París, Deux Rives, 1955.
- MARTY, A., «L'Espagne, bastion avancé de la liberté et de la paix». Discours au Comité du Parti Communiste Français, 29 octobre 1937. París, Imp. Cent. Croissant, 1937.
- , «Pour la paix et la liberté en Espagne, en France et dans le monde». Discours prononcé à la fete de reception des volontaires d'Espagne, 19 novembre 1938 au Velodrome d'Hiver à Paris. París, Imp. J. E. P., 1938.
- , *Volontaires d'Espagne. Douze mois sublimes*, París, Comité Populaire de Propagande du Parti Communiste, 1938.
- MARVIN, A. (ed.), *Bili smo v Spaniji. Spomin slovenskih prostovol cez*. Uredili: Stanko semic-Daki, Albin Marvin, Ivan Kreft, Glavni mednik Albin Marvin, 3, propravljena in izpolnjena, izd. Sekcija Bivsih spanskih borcev LRS, Liubliana, 1960.
- MARZOCCHI, U., «Cimitero di Huesca, il 12 Gennaio 1937», *Guerra di Classe*, 1 de febrero de 1937.
- , «Intorno a Huesca. Vicien, 24 de marzo de 1937», *Guerra di Classe*, 5 de mayo de 1937.
- , «Rivoluzio Giglioli», *Guerra di Classe*, 1 de julio de 1937.
- MASETTI, M., *Martini italiani dell'idea socialista in terra di Spagna*, Milán, 1956.
- MASLARIC, B., *Moshva, Madrid, Moshva, Sécanja. Prosvjeta*. Zagreb, 1952.
- MASTRODICASA, L., «Libero Battistelli», *Guerra di Classe*, 1 de julio de 1937.
- MATOUSEK, M.: *Mezinárodní lékarská pomoc demokratickému Španělsku*, Praga, 1937.
- MATTHEWS, H. L., *Half of Spain Died: A Reappraisal of the Spanish Civil War*, Nueva York, 1973.
- , *The Yoke and the Arrows*, Nueva York, 1961.
- , *Two Wars and more to come*, Nueva York, Carrick and Evans, Inc., 1938.
- MATTIOLI, G., *L'aviazione legionaria in Spagna. L'aviazione*, Roma, 1940.
- MAURA, M., *Así cayó Alfonso XIII*, México, D.F., 1962.
- MAURICE, J., *La reforma agraria en España en el siglo XX, 1900-1936*, Madrid, 1975.
- MAURÍN, Jeanne: *Cómo se salvo Joaquín Maurín: Recuerdos y testimonios*, Madrid, 1980.
- MAURÍN, J., *Revolución y contrarrevolución en España*, París, 1966.
- MEDEM, G., *Los judíos voluntarios de la libertad (Un año de lucha en las Brigadas Internacionales)*, edición del Comisariado de las Brigadas Internacionales. Madrid, octubre de 1937, 80 pp. más láminas.
- , *The Jews fighting for Freedom*, Nueva York, 1938.
- MERA, C., *Guerra, exilio y cárcel de un anarcosindicalista*, París, 1976.
- MERIN, P. Véase BIHALJI-MERIN, O.
- MERRIMAN, M., y LERUDE, W., *American Commander in Spain. Robert Hale*.
- , *Merriman and the Abraham Lincoln Brigade*, Reno, 1986.
- MÍAJA, J., «España os despidió con lágrimas en los ojos». Véase *España a las Brigadas Internacionales*, pp. 35 y 36.
- MIKCSHE, F. O., *Attack. A Study of Blitzkrieg Tactics*, Nueva York, 1942.
- , *Blitzkrieg*, Londres, Faber and Faber, 1941.
- MILMAN, M., *Jewish Captain in fighting Spain (1936-1938)*, Tel Aviv, 1945.
- MINEK, A., «Z dziejów aparatu politycznego Brygady im. J. Dabrowskiego», *Wojsko Ludowe*, núm. 1, Varsovia, 1957, pp. 22-34.
- MINKOW, M., «Uczestijeto na bylgarite w Ispanskata nacyonal norewolucyonna wojna (1936-1939)», *Wojemo-istoriczeski Shornik*, núm. 5, Sofía, 1960, pp. 78-88.
- «Miscellaneous Pamphlets Issued by the Medical Bureau and North American Committee to aid Spanish Democracy». Medical Bureau and North American Committee to Aid Spanish Democracy, Nueva York, ¿1938?
- «Missatge de comiat de la Unió de Dones de Catalunya als voluntaria de la llibertat». Véase *España a las Brigadas Internacionales*, pp. 79-82.
- MOA, P., 1936: *El asalto final a la República*, Madrid, 2005.

- , 1934: *Comienza la guerra civil*, Madrid, 2004.
- , *Los orígenes de la guerra civil española*, Madrid, 1999.
- , *Los mitos de la guerra civil*, Madrid, 2003.
- MODESTO GUILLOTO, J., «Vosotros, voluntarios internacionales, dignificáis y ennoblecéis nuestra causa». Véase *España a las Brigadas Internacionales*, pp. 47-49.
- , *Soy del Quinto Regimiento (Notas de la guerra española)*, Barcelona, 1978.
- MOHR, E., *Wir im fernen Vaterland geboren. Die centuria Thalmann*, París, Editions Prométhée, 1938.
- MOLA VIDAL, E., *Obras completas*, Valladolid, 1940.
- , *El pasado, Azaña y el porvenir: Las tragedias de nuestras instituciones militares*, Madrid, 1934.
- MONTAGNANA, M., *Ricordi di un operaio torinese*, Roma, Rinascita, 1949, 2 vols.
- MONTERO, A., *Historia de la persecución religiosa en España, 1936-1939*, Madrid, 1961.
- MORENO GÓMEZ, F., *La Guerra Civil en Córdoba, 1936-1939*, Madrid, 1985.
- Mundo Gráfico*, semanario gráfico, Madrid.
- Mundo Obrero*, Madrid.
- Naprzod, gazelka okopowa Batalionu Palafox, 1937.
- Nasi Spanci, Liubliana, 1962. Estudio concreto.
- NEGRÍN, J., «Droga do Zwycistwa przemówienie prezesa racy ministrów przed Kortezami», 1 Lutego 1938, Komisariatu Brygad Miedzynardowych, *Nowa Hiszpania*, 1, Barcelona, 1938.
- NEGRÍN, J., «L'adieu du président Negrín aux combattants internationaux». Discours prononcé par le Dr. Juan Negrín, président du Conseil espagnol, le 9 octobre 1938, à Barcelona à l'occasion du départ d'Espagne des volontaires étrangers, Délegation de Propagande, París, 1938.
- , «L'Espagne nouvelle. Plus haut le drapeau de la victoire». Le discours du président du Conseil aux Cortes, edición del Comisariado de las Brigadas Internacionales, Madrid, 1938.
- , «La semilla de vuestros cinco mil muertos será semilla que multiplicará con creces el fruto de fe y entusiasmo extinguido». Véase *España a las Brigadas Internacionales*, pp. 5-18.
- , «Lettre d'adieu aux combattants internationaux», Comité Franco-Español, París, 1940.
- , «Rede des Ministerpräsidenten Dr. Negrin in Madrid», edic. des Cornmissariates der Internationalen Brigaden, Madrid.
- , «Saludo y despedida del Dr. Negrín a los combatientes de las Brigadas Internacionales que abandonan España», Subsecretaría de Propaganda, Delegación de Madrid, Madrid, 1938.
- , «The Pennant of Victory. Spain's Prime Minister speaks of the Cortes», Commissariat of the International Brigades, Barcelona, 1938.
- , y MARTÍNEZ BARRIO, D., *Documentos políticos para la historia de la República española*, México, D.F., 1945.
- NELSON, C., y HENDRICKS, J., *Madrid 1937. Letters of the Abraham Lincoln Brigade from the Spanish Civil War*, Nueva York, 1996.
- NELSON, S., *Dobrolníci*, Praga, 1959.
- , *The Volunteers. A Personal Narrative of the Fight against Fascism in Spain*, Nueva York, Masses and Mainstream, 1953.
- NENNI, P., *La guerre d'Espagne*. Traducción del italiano por Jean Baumier, París, Francois Maspero, Cahiers Libres, 1959.
- , «La situation politique et militaire en Espagne», *Nuovo Avanti*, París, 18 de septiembre de 1937.
- , «Peuple d'Europe, a l'aide, a l'aide!», *Nuovo Avanti*, París, 9 de abril de 1938.
- , *Un garibaldino in Spagna*, Roma, Ed. Avanti, 1958.
- , «Vaincue dans la Catalogne, l'Espagne ne se rend pas», *Nuovo Avanti*, París, 11 de febrero de 1939.
- NERUDA, P., «Llegada a Madrid de la Brigada Internacional». Poesía incluida en *Homenaje de despedida a las Brigadas Internacionales*, pp. 20 y 21, y en el libro *España en el corazón. Himno a las Glorias del Pueblo en Guerra*, en dos ediciones del Ejército del Este, una fechada en el frente de batalla de Barcelona y la otra en el frente de batalla próximo a Barcelona.
- News Chronicle*, Londres.
- NIAIDANIK, K. L., *Ispanskii proletariat y natsionalnorevolutsyonnoj voine*, Moscú, Academia Nauk SSSR, Institut Istorii, 1960.
- NITTI, F. F., *Chevaux 8, hommes 70*. Pref. Jean Cassou, Toulouse, Chantal, 1945.
- , *Il maggiore e un rosso*, Milán-Roma, Edizioni Avanti, 1953.
- Norges Hjelp til Spania. An orientering ved Kristian Gleditsch og Nini Haslund Gleditsch. Utgitt av den norske Hjelpekommet til Spania*, Oslo, 1938.
- NORTH, J., *Men in the Ranks; the Story of 12 Americans in Spain*. Prólogo de Ernest Hemingway, Nueva York, Friends of the Abraham Lincoln Brigade, 1939.

- , *No Men are Strangers*, Nueva York, International Publishers, 1958.
- , *Why Spain Can Win*, Nueva York, Workers Library Publishers, 1939.
- «Nos combats contre le fascisme». Véase *Le Livre de la Quinzième Brigade Internationale*.
- NOTHOMB, P., *Beiges dans les tranchées d'Espagne*. Prefacio de Emile Vandervelde, Bruselas, Amicale des Combattants d'Espagne, 1937.
- «Notre Fredo. Volontaire de la Liberté. Capitaine de la Compagnie Mitrailleuse du bataillon Commune de Paris», Madrid, Comissariat de Guerre des Brigades Internacionales, 1937.
- Nuestra Voz, órgano de la LXXXVI BM.
- Nuestros españoles, editado por los combatientes de Yugoslavia, Madrid, Comisariado de las Brigadas Internacionales, 1937.
- «Nuevos obreros de la victoria», *El Socialista*, Madrid, 22 de noviembre de 1936, sobre la llegada a Madrid de la XII BI.
- O Generale Swierozwskim, Varsovia, Wspomnienia, 1952. Sobre el general Walter.
- O'DONNELL, P., *Salud! An Irishman in Spain*, Londres, Methuen and Co. Ltd., 1937.
- Ochonitk Wolnosci. Véase *El Voluntario de la Libertad*.
- Oficina Informativa Española. Véase «Las Brigadas Internacionales».
- OLAYA, F., *La comedia de la no intervención en la Guerra Civil española*, Madrid, 1976.
- One Year in Spain. The Story of American Doctors and Nurses, Nueva York, Medical Bureau to Aid Spanish Democracy, 1937.
- O'Riordan, M., *Connolly Column*, Dublín, 1979.
- ORLOV, A., *Historia secreta de los crímenes de Stalin*, Barcelona, Destino, 1955.
- ORNITZ, L., *Captured by Franco*, Nueva York, Friends of the Abraham Lincoln Battalion, 1939.
- ORWELL, G., *Homage to Catalonia*, Londres, 1938.
- OSSORIO Y GALLARDO, A., «Discursos pronunciados los días 25 de agosto y 6 de septiembre de 1936, respectivamente», Madrid, 1936.
- , *Mis memorias*, Buenos Aires, 1946.
- , *Vida y sacrificio de Companys*, Buenos Aires, 1943.
- OTERO SECO: «El general Lukach, héroe de las Brigadas Internacionales», *Mundo Gráfico*, 30 de junio de 1937.
- Our Fight! Notre Combat. Nuestro Combate. Journal of the XV International Brigade, 1937-1938.
- PACCIARDI, R., *Mario Angeloni*, Roma, Librería Política Moderna, 1944.
- , *Volontari italiani nella Spagna repubblicana, II battaglione Garibaldi*, Lugano, Nuove Edizioni di Capolago, 1948.
- PADILLA DE BOLÍVA, A., *El movimiento anarquista español*, Barcelona, 1976.
- , *El movimiento comunista español*, Barcelona, 1979.
- PAGES, P., *Andreu Nin: Su evolución política, 1911-1937*, Bilbao, 1975.
- , *Historia del Partido Comunista de España*, Barcelona, 1978.
- , *El movimiento trotskista en España, 1930-1935: La izquierda comunista de España y las disidencias comunistas durante la Segunda República*, Barcelona, 1977.
- PAYNE, S. G., *Falange*, Stanford, 1961.
- , *El nacionalismo vasco: De sus orígenes a la ETA*, Barcelona, 1974.
- , *Politics and the Military in modern Spain*, Stanford, 1967.
- , *La Revolución y la Guerra Civil española*, Madrid, 1976.
- , *The Spanish Revolution*, Nueva York, 1970.
- , *El colapso de la República*, Madrid, 2005.
- PALMER, N., *Australians in Spain. Cols., Len Fox, McNeill y Ron Hurd*, Sidney, Current Book Distributors, mayo de 1948.
- PANIAGUA, X., *La sociedad libertaria: Agrarismo e industrialización en el anarquismo español, 1930-1939*, Barcelona, 1982.
- Pasaremos, órgano de la XI BI.
- Pasaremos. *Deutsche Antifaschisten im National-Revolutionären Krieg der Spanischen Volkes*, Leipzig-Berlín, Deutscher Militärverlag, 1970.
- «Paul Robertson ha pasado por España. Las canciones del gran artista negro en las trincheras», *Mundo Gráfico*, 16 de febrero de 1938.
- PAZ, A., *Los servicios de espionaje en la Guerra Civil de España, 1936-1939*, Madrid, 1976.
- PEIRATS, J., *Los anarquistas en la crisis política española*, Buenos Aires, 1964.
- , *La CNT en la revolución española*, Ediciones CNT. Tomo I, Buenos Aires, 1955; tomo II, Toulouse, 1952, y tomo III, Toulouse, 1953.
- PENCHIENATI, C., *I giustiziati accusano. Brigate Internazionali in Spagna*, Roma, Estab. Tip. Arte della Stampa, 1965.
- PÉREZ DE URBEL, J., *Los mártires de la Iglesia*, Barcelona, 1956.

- PERUCHO, A., *La vida heroica de Hans Beimler*. (Grandes Figuras de la Revolución, núm. 4.) Prol. Pedro Ardiaca, Barcelona, Edit. Maucci, ¿1937?
- PESCE, G., *Un garibaldino in Spagna*. Prefacio de Edoardo d'Onofrio (Biblioteca della Resistenza), Roma, Edizioni di Cultura Sociale, 1955.
- PIERIESVIETOV, R., y Rossi, K., *Giero internacionalnoi brigadi. Hans Beimler, Guido Picelli, na riespublikanskich frontach Ispanii*, Leningrado, 1938.
- PIKE, D. W., *Vae victis! Los republicanos españoles refugiados en Francia (1939-1944)*, París, Ruedo Ibérico, 1969.
- PLIESEIS, S., *Vom Ebro Zum Dochsteim. Lehens-Kampf eines österreichischen Arbeiters*, Linz, Verlag Neue Zeit, 1946.
- Pod znamemem ispanskoi Republiki. Sovietskii Komitet Veteranov Voini , Moscú, 1965. Texto original de *Bajo la bandera de la España Republicana*.
- Polacy w Wojnie Hiszpańskie, 1936-1939, Varsovia, 1967.
- POLLIT, H., *Arms for Spain*, Communist Party of Great Britain, Londres, 1933.
- , *Pollit visit Spain* (crónica de la visita de Harry Pollit a España en diciembre de 1937. Prólogo de J. B. S. Haldane), International Brigade Wounded and Dependents Aid Found, Londres, 1938.
- PONS PRADE, E., *Guerrillas españolas, 1936-1960*, Barcelona, 1977.
- POSTER, W., *History of the Communist Party of the United States*, Nueva York, 1952.
- POWEL, T. G., *Mexico and the Spanish Civil War*, Albuquerque, 1981.
- PRADOS, E., «A Hans Beimler, muerto heroicamente en la defensa de Madrid. Despedida a las Brigadas Internacionales». Véase *Homenaje de despedida a las Brigadas Internacionales*, pp. 27-31.
- PRAT, J., «L'humour et la guerre», charla de Jean Prat, dada en el Foyer du Francais Antifasciste el 20 de febrero de 1938, Barcelona, Edit. du Foyer du Francais Antifasciste, 1938.
- PRESTON, P., *The Coming of the Spanish Civil War*, Londres, 1978.
- , *Las derechas españolas en el siglo XX. Autoritarismo, fascismo y golpismo*, Madrid, 1986.
- , *La destrucción de la democracia en España*, Madrid, 1978.
- , *The Spanish Civil War, 1936-1939*, Londres, 1986.
- , *Pri Madride bojovali sme o Prahu*, Bratislava, 1961.
- PRIETO, I., *Cómo y por qué salí del Ministerio de Defensa Nacional*, México, D.F., 1940.
- , *Convulsiones de España*, México, D.F., 1967.
- PRIETO, R., «Cantos en la noche». *Los que fueron a España*, págs. 148-151.
- , «El paso del Ebro», *Los que fueron a España*, pp. 131-143.
- PROGRES: *Guerra y Revolución en España, 1936-1939*, Moscú, 1966, 1967, 1971, 1977.
- Proletario Antifascista, periódico del frente de la XIII BI.
- PROS, J., y VIDICKA, A., *Viva la vida*, Praga, 1956.
- Qué es y qué quiere decir el Partido Obrero de Unificación Marxista , Comité Ejecutivo del POUM, Barcelona, Ediciones La Batalla, 1936.
- Quelques récits de nos combats écrits sur le front de Madrid par un «collectif» de volontaires internationaux de la Liberté, Edts. du Comité International d'Aide au Peuple Espagnol, París, Imprimerie Saint-Blaise, 1 de mayo de 1937.
- QUERO MORALES, J., *La política de No Intervención (17 de julio de 36-17 de julio de 37)* Institut d'Estudis Internacionals i de Dret Comparat, Barcelona, Imprenta de la Casa d'Assistència President Maciá, 1937.
- «Qui són els herois de la Brigada Internacional?», *Treball*, 21 de noviembre de 1936.
- R. M., «La Columna Internacional. Antifascistas de diversos países luchan en la defensa de Madrid», *Crónica*, 29 de noviembre de 1936.
- RAVINES, E., *La gran estafa*, México, D.F., 1952.
- , *The Yenan Way*, Nueva York, 1951.
- RAZOLA, M., y CONSTANTE, M., con la colaboración de Patricio Serrano.
- REAL, J. J., «Recuerdos de la derrota y de la huida». *Los que fueron a España*, pp. 167 y 168.
- RECORDEAU: «Neuf mois en Espagne rouge (Journal d'un milicien des Brigades Internationales)», *Jeunesse de France*, 27 de noviembre de 1938.
- REGLER, G. [Correspondencia con Burnett Bolloten.]
- , *The Owl of Minerva: The Autobiography of Gustav Regler*, Londres, 1959.
- , «Eran mis camaradas», *La Vanguardia*, 1 de enero de 1939.
- , *Le glaive et le fourreau*, París, Plon, 1960.
- , *The Great Crusade*. Pref. Ernest Hemingway, Nueva York, Longmans, Green and Co., 1940.

«Release them to fight on». Informe de la International Brigades Conference, 3 de abril de 1943.

RENN, L., *Der Spanische Krieg*, Berlín, Aufbau-Verlag, 1959.

RICHARDSON, R. D., *Comintern Army: The International Brigades and the Spanish Civil War*, Lexington, 1982.

RIEGER, M., *Espionaje en España*. Pref. José Bergamín. Trad. Lucienne y Arturo Perucho. Barcelona, Ediciones Unidad, 1938.

—, *Espionnage en Espagne*. Pref. José Bergamín, París, 1938.

RIENFFER, K., *Comunistas españoles en América*, Madrid, Ed. Nacional, Colección Libros de Actualidad Política, 1953.

RIVAS-CHERIF, C., *Retrato de un desconocido: Vida de Manuel Azaña*, México, D.F., 1961.

ROJAS, C., *Azaña*, Barcelona. 1973.

—, *Los dos presidentes: Azaña-Companys*, Barcelona, 1977.

—, *La Guerra Civil vista por los exiliados*, Barcelona, 1975.

—, *La Guerra en Catalunya*, Barcelona, 1979.

—, *Por qué perdimos la Guerra: Antología de testimonios de los vencidos en la contienda civil*, Barcelona, 1970.

ROJO, V., *¡Alerta los pueblos! Estudio político-militar del período final de la guerra española*, Buenos Aires, 1939.

—, *Así fue la defensa de Madrid*, México, 1967.

—, *España heroica*, Buenos Aires, 1942; México, Era, 1961.

Rok práce a zkusenosti lazaretu Jana Amose Komenského w demohratickém Spanelsku, Praga, 1938.

ROLFE, E., *The Lincoln Battalion, The Story of the Americans who fought in Spain in the International Brigades*, Nueva York, Veterans of the Abraham Lincoln Brigade, 1939.

—, *City of Anguish*.

—, *First Live*, Los Angeles, 1951.

Romancero de los voluntarios de la Libertad. Prol. Gustav Regler, Madrid, Edic. del Comisariado de las Brigadas Internacionales, 1937.

ROMERO CUESTA, J., «La vida de los caudillos populares contada por ellos mismos. El comandante Carlos de aquel Quinto Regimiento que ha dado un Ejército a la República», *Mundo Gráfico*, 26 de mayo de 1937.

ROMERO, L., *Caray cruz de la República*, 1931-1936, Barcelona, 1980.

—, *Desastre en Cartagena (marzo de 1939)*, Barcelona, 1971.

—, *El final de la Guerra*, Barcelona, 1976.

—, *Por qué y cómo mataron a Calvo Sotelo*, Barcelona, 1982.

—, *Tres días de julio: 18, 19 y 20*, Barcelona, 1967.

ROMERSTEIN, H., *Heroic Victims*, Washington, 1994.

ROMILLY, E., *Boadilla*, Londres, Hamish Hamilton, Londres, 1937

ROSSELLI, C., *Oggi in Spagna, domani in Italia*, París, Edizioni di Giustizia e Liberta, 1938.

ROSSIF, F., *Mourir a Madrid*, película documental con selección de temas de los interbrigadistas, comentados por Madeleine Chapsal, 1963.

ROST, N., *Het geval Jef Last. Over Fascisme en Trotskisme*, Amsterdam, Pegasus, 1938.

ROUQUÈS, «L'opinion d'un médecin». Véase *Deux missions internationales visiten les camps...*, pp. 7 y 8.

RUBIO, J., *Asilos y canjes durante la Guerra Civil española*, Barcelona, 1979.

—, *La emigración de la Guerra Civil de 1936-1939*, San Martín, 1977.

RUBIN, H., *Spain's Cause was Mine*, Carbondale y Edwardsville, 1997.

RUIZ ALBÉNIZ, V., *Las crónicas de El Tebib Arrumi*, 10 vols.

RUST, W., *Britons in Spain. The History of the British Battalion of the XVth International Brigade*, Londres, Lawrence and Wishart Ltd., 1939.

—, *Spain fights for Victory*, Londres Communist Party of Great Britain, 1938.

SALAÜN, S., *La poesía de la Guerra de España*, Madrid, 1985.

SALAS LARRAZÁBAL, J., *La guerra de España desde el aire*, Barcelona, Ariel, 1969.

—, *Intervención extranjera en la Guerra de España*, Madrid, 1974.

SALAS LARRAZÁBAL, R., *Los datos exactos de la Guerra Civil*, Madrid, 1980.

—, *Historia del Ejército Popular de la República*, Madrid, 1973.

—, *Pérdidas de la Guerra*, Barcelona, 1977.

—, y SALAS LARRAZÁBAL, J. M., *Historia General de la Guerra de España*, Madrid, 1986.

«Salüd Internationale». (Crónica gráfica en el XX aniversario de las BI), Berlín, Verlag des Ministeriums fir Nationale Verteidigung, 1956.

Salud, publicación interbrigadista.

- SAMARIN, A., *Bor'ba za Madrid*, Moscú, 1940.
- SANCHEZ, J. L., *Habla un aviador de la República*, Madrid, 1973.
- SANCHEZ, J. M., *The Spanish Civil War as a Religious Tragedy*, Notre Dame, 1987.
- SÁNCHEZ-ALBORNOZ, C., *Anecdotario político*, Barcelona, 1976.
- , *Mi testamento histórico político*, Barcelona, 1975.
- SANCHÍS, M., *Alas Rojas sobre España*, Madrid, Publicaciones Españolas, 1956.
- SAVICH, O., «Casa de Campo», *Hora de España*, núm. 13, enero 1938, pp. 63-83.
- , *Dva goda y Ispanii*, 1937-1939, Moscú, Sovetskiu Pisateli, 1961.
- SCHAFFER, G., *No Pact with Franco*, Londres, International Brigade Association and Friends of Republicain Spain, 1951.
- SCHWART, F., *La internacionalización de la Guerra Civil española, julio de 1936-marzo de 1937*, Barcelona, 1971.
- SERRA, T., «Castillo Vicente Segura», *Guerra di Classe*, 5 de mayo de 1937.
- SHEEAN, V., *Not Peace but a Sword*, Nueva York, Doubleday, Doran and Company, 1939.
- SIMPSON HOPE, sir J., *Refugees. A Review of the Situation since September 1938*, Londres, Royal Institute of International Affairs, 1939.
- SINCLAIR, U., *¡No passaran! (Una historia del setge de Madrid)*, Barcelona, edición del Comissariat de Propaganda de la Generalitat de Catalunya, 1937.
- SIRKOW, D., «Za uczastijeto na bylgarski antifaszysti w nacyonaluo rewolucyonnata wojna na ispanskija narod (1936-1939)», *Izwestija na Instituta pa Istorya na BK, pri CKBKP*, núm. 10, 1963, pp. 163-210. Sobre la participación búlgara.
- SKOUTELSKY, R., *L'Espoir guidait leurs pas. Les volontaires français dans les Brigades internationales 1936-1939*, París, 1998.
- , *Novedad en el Frente*, Madrid, 2006.
- SLATER, H., *Ralph Fox, a Writer in Arms*, John Lehmann, Jackson, Lewis, Londres, 1938.
- SLOAN, P. (ed.), *John Cornford. A Memoir*, Londres, Jonathan Cape, 1938.
- Slovenski hrdinovia vo Spanielsku*, Bratislava, 1937.
- SMITH, H., *Attack for Victory. Veterans of the Abraham Lincoln Brigade*, Nueva York, 1942.
- SOLDINI, P. A., «La triste primavera di Guadalajara», Milán, *De Tempo*, XV, 7, 8 y 9 de febrero de 1953.
- SOLIVA, S., y SEVIL, J., «Orden general de la 45 División. En mi P.C. a veinticinco de octubre de 1938». Véase *España a las Brigadas Internacionales*, pp. 113y114.
- SOMMERFIELD, J., *Volunteer in Spain*, Londres, Lawrence and Wishart Ltd.; Nueva York, Alfred A. Knopf, 1937.
- SORIA, G., *Guerra y Revolución en España*, Barcelona, 1978.
- SOUCHY BAUE, A., *Erih Muehsam. Su vida, su obra, su martirio*, Barcelona, Tierra y Libertad, Cuadernos de Educación Social.
- SUCHY, A., y FOLGARE, P., *Colectivizaciones: La obra constructiva de la revolución española*, Barcelona, 1977.
- SOUTHWORTH, H. R., *Antifalange*, París, 1967.
- , *La destrucción de Guernica*, París, 1975.
- , *El mito de la Cruzada de Franco*, Barcelona, 1986.
- Soziale Revolution*, periódico anarquista publicado por grupos extranjeros en España.
- «Spain 1938». Report of the Trade Union and Labour Party Members Delegation to Spain, February, 1938. Londres, International Brigades Wounded and Dependents' Aid Committee, 1938.
- Spanelska m ládez v boji o svoboder a mir*, Praga, 1937.
- Spanelsko v boji*, Praga, 1937.
- SPENDER, S., *World within World. Autobiography*, Londres, Gollancz, 1951.
- STANSKY, P., y A BRAHAMS, W., *Journey to the Frontier. Julian Bell and John Cornford; their Lives and the 1930's*, Londres, Constable, 1966.
- STAROBIN, J., *The Life and Death of an American Hero (The Story of Dave Doran)*, Nueva York, New Age Publishers, 1938.
- STORE, H., «Retour de l'Espagne», *Jeunesse de France*, 1938.
- STRZELCZYK, J., *Zolniers wolnosci*, Varsovia, 1954.
- Sturmkolonne*, publicación de la Primera Compañía del batallón Tschapáiew, julio de 1937.
- SUDOPLATOV, P y A., *Special tasks*, Boston, 1994.
- SUARDI, E., «Nuestros deberes», *L'Unitá Garibaldina*, 28 de noviembre de 1938.
- SUÁREZ, L., *Francisco Franco y su tiempo*, Madrid, 1984, 8 vols.
- SUEIRO, D., *La flota es roja*, Barcelona, 1983.
- SUERO ROC, M. T., *Militares republicanos de la Guerra de España*, Barcelona, 1981.
- SWIERCZEWSKI, K., *Diejstwija 35 Dimizii w saragosskoj nastupatielnoj opieracyi riespublikancew*, Moscú, Dis. Wojennaja Akademija im. M. Frunze, 1940.

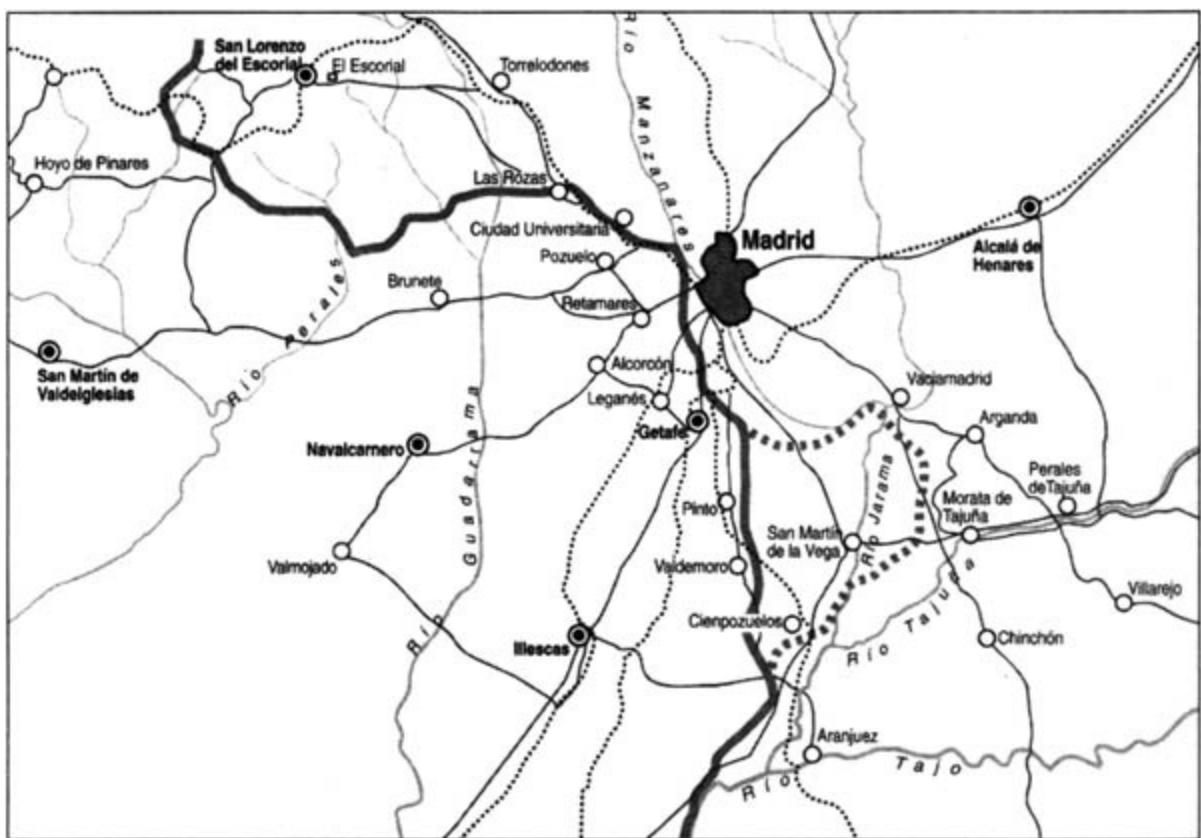
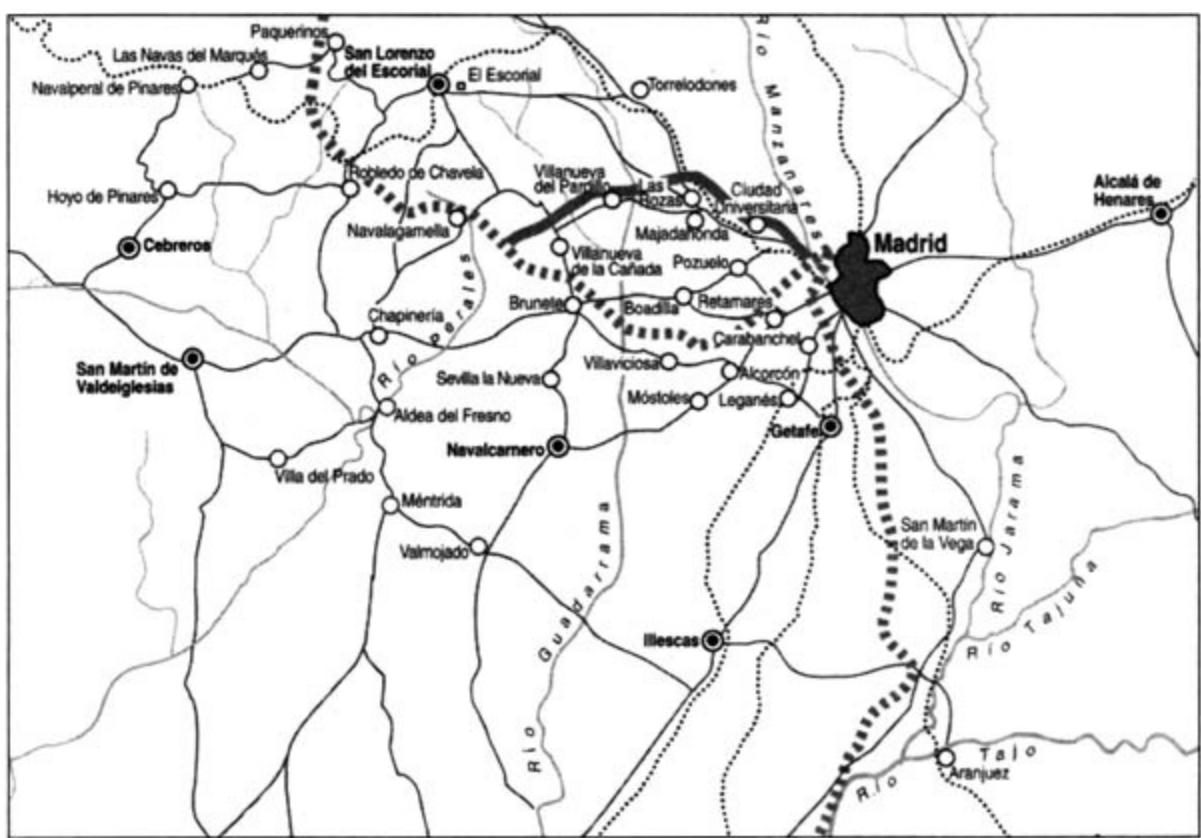
- , «Iz istoriu miedzunarodnoj solidarnosti w bor'bie s fasczymom», *Istoriczeskij Archiw*, núm. 2, 1962, pp. 171-190.
- Szesc Miesiecy bojow Kompanii Mickiewicza, Madryt, Nakladena 13 Brygady Miedzynarodowej, 1937.
- SZINDA, G., *Die XI Brigade*. Int. Henrich Rau, Berlín, Ministerio de Defensa Nacional, 1956.
- SZLEYEN, M., «Udzial Polaków w wojnie hiszpanskiej 1936-1939», *Mysl Wojskowa*, núm. 10, 1952, pp. 58-74.
- SZLEYEN, Z., *Ochotnicy wolosci*, Ksiega wspomnien dabrowszszaków, Varsovia, Wiedza Powszechna, 1957.
- T. R., «La Brigata Garibaldi. (Dal fronte di Huesca.)», *Guerra di Classe*, 19 de julio de 1937.
- TAGGARD, G., «To the Veterans of the Abraham Lincoln Brigade!», *Harper's*, The Long View, 1946.
- TAGÜEÑA LACORTE, M., *Testimonio de dos guerras*, México, D.F., 1974.
- TAMAMES, R., *España, 1931-1975: Una antología histórica*, Barcelona, 1980.
- , *La Guerra Civil española: Una reflexión moral 50 años después*, Barcelona, 1986.
- TAYLOR, F. J., *The United States and the Spanish Civil War*, Nueva York, 1956.
- TEDESCHI, P., *Guadalajara*, París, Edizioni di Cultura Sociale, 1937.
- Témoignages complémentaires pour l'histoire de l'Espagne. La guerre civile, 1936-1939, Madrid, 1953.
- Témoignages sur Collioure, Comité International de Coordination et d'Information pour l'Aide à l'Espagne Républicaine, París, 1939.
- Teruel, martirio e liberazione di un popolo, Barcelona, edizione del Commissariato delle Brigate Internazionali, 1938.
- TÉRY, S., Pront de la Liberté. Espagne, 1937-1938, París, Editions Sociales Internationales, 1938.
- , *La porte du Soleil*, París, Editeurs Reunis, 1951.
- , Où l'aube se leve, Nueva York, Bretano's, 1945.
- The Book of the XV Brigade. Records of British, American, Canadian and Irish Volunteers in the XV Brigade in Spain, 1936-1938*. Commissariat of War. XV Brigade, Madrid, 1938.
- The Fight for Peace and Democracy. American League for Peace and Freedom*, Nueva York, abril de 1938.
- The International Brigades. Foreign Assistants of the Spanish Reds*, Madrid, 1952.
- The Manchester Guardian*, Londres. Sólo para la batalla de Guadalajara.
- The New York Times*, Nueva York.
- The Shanghai Magazine; su revista Traducciones mensuales*, Shanghai.
- The Spanish Children and the International Brigades*, Barcelona, 1937.
- The Story of the Abraham Lincoln Battalion*. Written in the Trenches of Spain. Nueva York, San Francisco, Sheridan, Friends of the Abraham Lincoln Battalion, 1937.
- The Times*, Londres.
- The Volunteer*, VALB, 1962-1966.
- These Men have died*, Madrid, Commissariat of War of the International Brigades, 1938.
- «They did their Part: Let's do Ours! Rehabilitate the Veterans of the Abraham Lincoln Brigade», Nueva York, Rehabilitation Department, Friends of the Abraham Lincoln Brigade, 1939.
- THOMAS, H., *La Guerra Civil española*, Barcelona, 1983.
- , *The Spanish Civil War*, Londres, 1961.
- THOREZ, M., «Des avions pour l'Espagne! Contre l'encerclement de la France!». Discours prononcé par Maurice Thorez, secrétaire général du PC le 25 aoút 1936 au Vélodrome Buffalo, París, Editions du Comité Populaire de Propagande, 1936.
- TILLON, Ch., *Les FTP*, París, René Juillard, 1962.
- TINKER, F. G., *Some Still Live*, Nueva York-Londres, Funk and Wagnalls Co., 1938.
- TISA, J., *Recalling the Good Fight. An Autobiography of the Spanish Civil War*, Massachusetts, 1985.
- TOGLIATTI, P., *Escritos sobre la Guerra de España*, Barcelona, 1980.
- TORRIENTE BRAU, P. DE LA: *Peleando con los milicianos*, México, Edit. México Nuevo, 1938.
- Treiball, Barcelona.
- Treibriemen, periódico de la MGK del Tschapáiew, julio de 1937.
- TRENTIN, S., *Deus anys de feixisme totalitari a Italia. De la installació del Tribunal especial a l'establiment de l'Imperi*, Barcelona, Editorial Forja, 1938.
- Triangle bleu. Les républicains espagnols à Mauthausen, 1940-1945. Pref. Daix, París, NRF Gallimard, 1969.
- Tridrat let jisni i borbi italianskoi Kommunistischeskoi Parti. Moscú, 1953.
- Triunfaremos, periódico del frente de la XIII BI, 1937.
- TROTSKY, L., *Escritos sobre España*, París, 1971.
- , *La Revolución española, 1931-1939*, ed. 1977.
- TUÑÓN DE LARA, M., *La España del siglo XX, 1914-1939*, París, 1973.

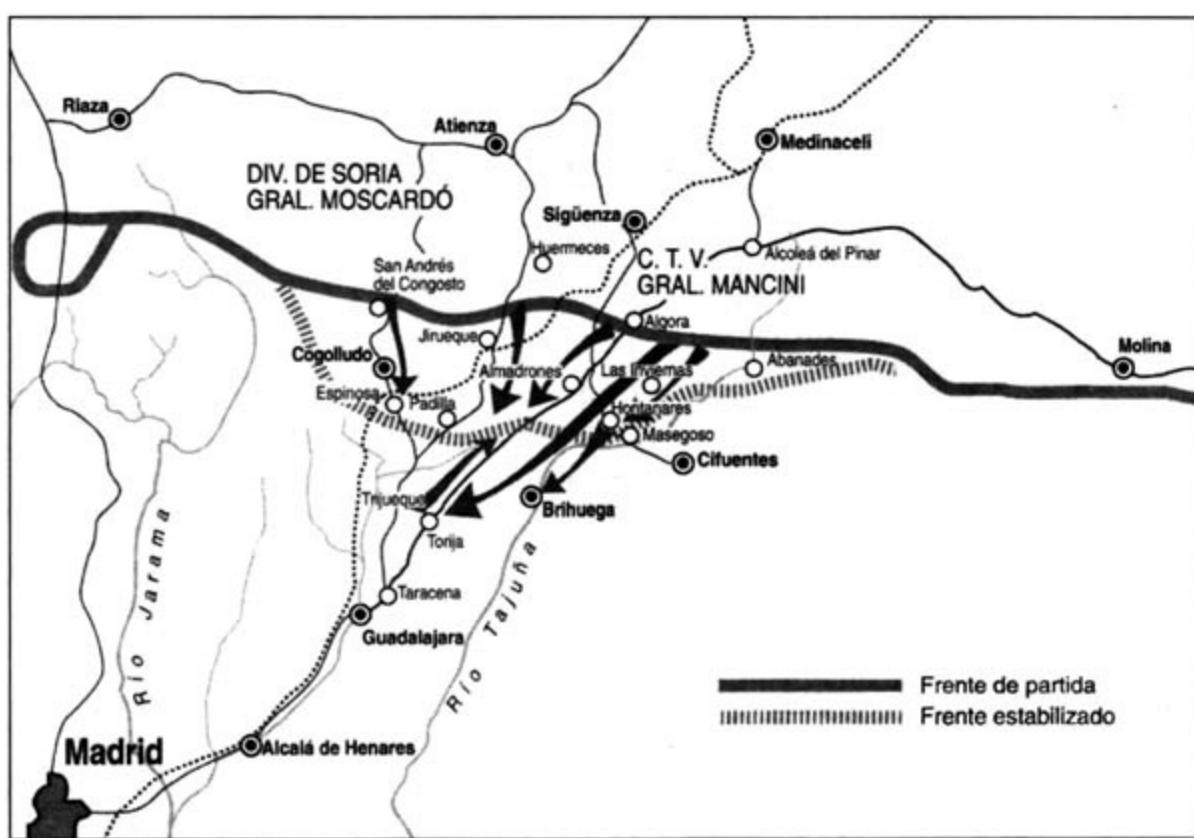
- , *Historia de España. Vol. IX: La crisis del Estado: Dictadura, República, Guerra, 1923-1939. Vol. XII: Textos y documentos de historia moderna y contemporánea (siglos XVIII-XX)*, Barcelona, 1981.
- , *El movimiento obrero en la historia de España*, Madrid, 1972.
- , *La II República*, Madrid, 1976.
- , *La crisis del Estado español, 1898-1936*, Madrid, 1978.
- , *La Guerra Civil española: 50 años después*, Barcelona, 1985.
- TUSELL GÓMEZ, J., *Las elecciones del Frente Popular en España*, Madrid, 1974.
- UCESNICI, P., *Spanija. 1936-1939*, Belgrado, *Zbornik Sécanja Jugoslovenskih Dobrovoljaca u Spanskem Ratu*, 1971. Cinco vols. redactados bajo la dirección de Cedo Kapor, ayudado por Vlajko Begovic, Veljko Kovacevic, Dr. Gojko Nikolic y Vojo Todorovic. Prólogo de Josip Broz-Tito.
- UHSE, B., *Die erste Schlacht*, Estrasburgo, Editions Prométhée, 1938.
- , *Lt. Bertran*, Berlín, 1961.
- , *Pierwsza bitwa*, Varsovia, 1954.
- , *První bitva. Z nemeckého originálu. Die erste Schlacht. Preložil Miroslav Drápal*, Praga, Nase Vojsko, 1950.
- ULMANN, A., «La tragédie d'Alicante», París, 1939. Separata de *La Lumière*, 7 de abril de 1939.
- Un año de las Brigadas Internacionales, Madrid, Comisariado de las Brigadas Internacionales, 1937.
- «¡Unirse o perecer!». Visita del ciudadano De Brouckere, presidente de la Segunda Internacional, a las Brigadas Internacionales, Madrid, Comisariado de las Brigadas Internacionales, 1937.
- «Une année de lutte et de gloire des Brigades Internationales», *L'Humanité*, 18 de octubre de 1937.
- VAN DEN BOSSCHE, E., *Je parle au peuple*, Bruselas, 1937.
- VARELA, L., «Campo de Aragón (A los soldados de la Brigada Dombrovsky y a su comisario, Stopczyk)». Véase *Homenaje de despedida a las Brigadas Internacionales*, pp. 36-38.
- VÁZQUEZ, M., y VALERO, J., *La Guerra Civil en Madrid*, Madrid, 1978.
- VEGA GONZÁLEZ, R., *Cadetes mexicanos en la guerra de España*, México, Cía. Gral. de Ediciones, 1954.
- VELICKOV, K., *Volontaires de la Liberté*, Sofía, 1965.
- Venceremos, órgano de la Brigada Dombrowski, Madrid, 1937-1938.
- VENTÍN PEREIRA, J. A., *La guerra de la radio, 1936-1939*, Barcelona, 1986.
- Vers la Liberté, journal du Bataillon André Marty de la 12^{eme} Brigade Internationale, Madrid, 1937.
- VIÑAS, A., *La Alemania nazi y el 18 de julio*, Madrid, 1977.
- , *Guerra, Dinero, Dictadura*, Barcelona, 1979.
- VIÑAS, R., *La formación de las Juventudes Socialistas Unificadas, 1934-1936*, Madrid, 1978.
- VIDAL, C., *Las Brigadas Internacionales*, Madrid, 2006.
- , *Paracuellos-Katyn*, Madrid, 2005.
- , *Checas de Madrid*, Barcelona, 2003.
- , *La guerra de Franco*, Barcelona, Planeta, 1996.
- , *Recuerdo 1936... Una historia oral de la Guerra Civil española*, Madrid, Anaya & Muchnik, 1996.
- , *José Antonio: la biografía no autorizada*, Madrid, Anaya & Muchnik, 1996.
- , *Durruti: la furia libertaria*, Madrid, Temas de Hoy, 1996.
- , *La destrucción de Guernica*, Madrid, Espasa Calpe, 1997.
- , *Intrépidos y sucios: los españoles vistos por Hitler*, Barcelona, Planeta, 1996.
- VIDAL, F., «Un voto de calidad. El combatiente de Verdún que viene del Ebro», *La Vanguardia*, 13.XII.1938.
- VIDARTE, J. S., *Todos fuimos culpables*, México D.F., 1973.
- VIGNAUX, P., *Manuel de Irujo: Ministre de la République dans la Guerre d'Espagne, 1936-1939*, París, 1986.
- VIGORELLI, A., «¡Adelante la juventud!», *L'Unità Garibaldina*, 28 de diciembre de 1938.
- VILAR, P., *La Guerra Civil española*, Barcelona, 1986.
- VILLALBA, J., «Informe de la caída de Málaga al Consejo Superior de Guerra», fechado el 12 de febrero de 1937.
- VILLARROYA I FONT, J., *Els bombardeigs de Barcelona durant la Guerra Civil, 1936-1939*, Montserrat, 1981.
- «Vittime della dittatura internazionale. Matteotti, Barbieri, Berneri», *Guerra di Classe*, 23 de junio de 1937.
- Vivre libre ou mourir combattant? Les glorieux exploits de la jeunesse espagnole et de la colonne internationale , París, Editions de la Jeunesse, 1937.
- Voina v Ispanii, Moscú, 1937.
- Voluntarios Internacionales de la Libertad, 1936-1939, Belgrado, Asociación de los ex combatientes yugoslavos en el ejército de la República española, 1956.

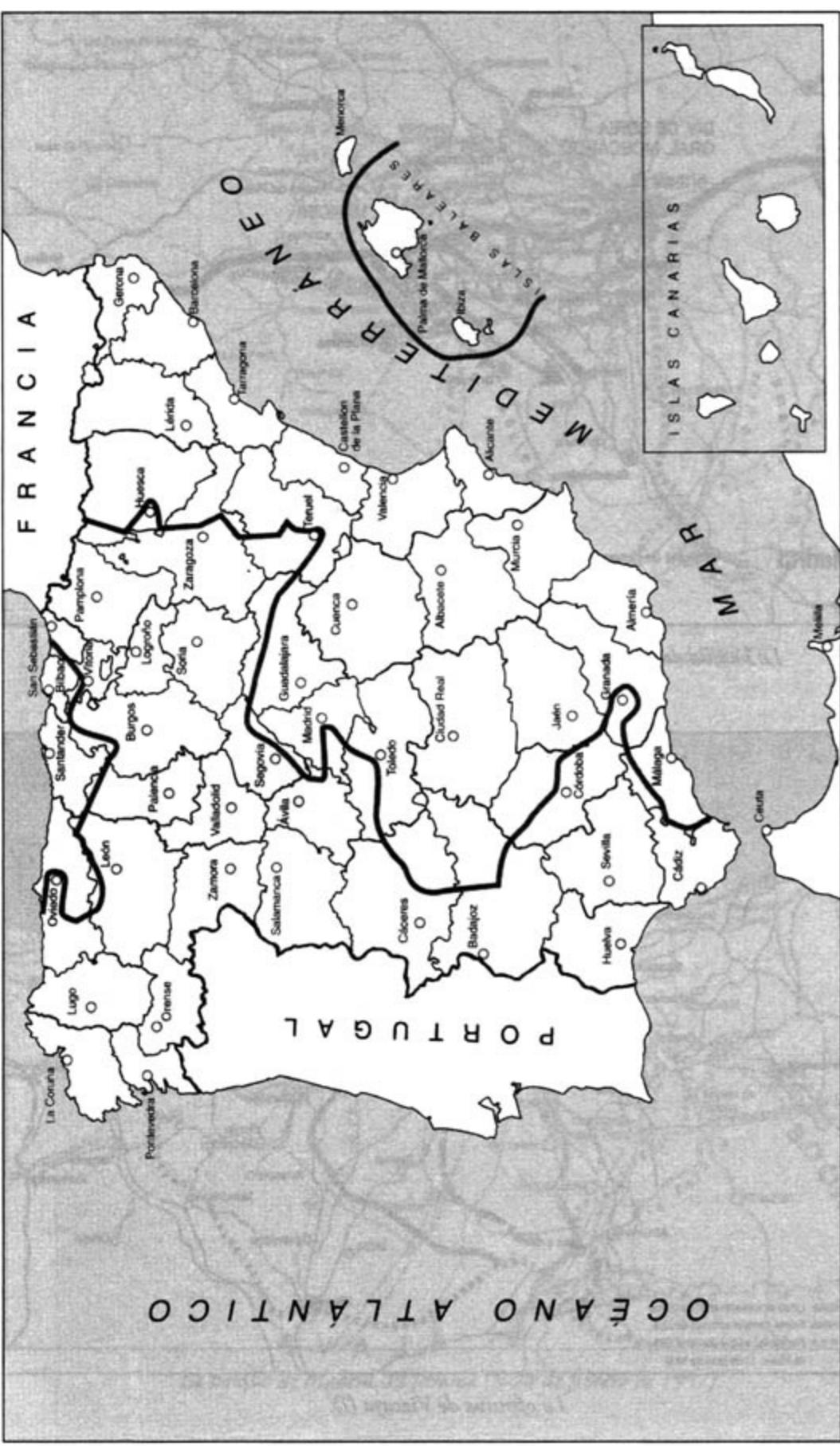
- VOROS, S., *American Commissar*, Filadelfia, Chilton Co. Book Division, 1981.
- WATSON, K. S., *Single to Spain*, Londres, Arthur Barker, 1937.
- «Wayfarer. The International Brigade». Reproducido de *The Weekly Review*, Londres, 1939?
- WEICKERT, E., *An der Jarama Front*, Berlín, Deutscher Militarverlag, 1962.
- WEINERT, E., *Camaradas. Ein Spanienbuch*. Epílogo de Peter Kast, Berlin, 1960.
- , (ed.), *Die Fahne der Solidarität*, 1953.
- WEINTRAUB, S., *The Last Great Cause: The Intellectuals and the Spanish Civil War*, Nueva York, 1968.
- WILD, S., *Franco the Fascist. Spain and the Past War World*, Londres, International Brigade Association, 1944.
- WINTRINGHAM, T., *Dealock War*, Londres, Faber and Faber Ltd., 1940.
- , *English Captain*, Londres, Faber and Faber Ltd., 1939.
- Wir haupfen und siegen für dich Freiheit, Berlín, Comité de los combatientes de la Resistencia Antifascista de la DKR, 1956.
- WOLFF, M., *Fascist Spain, Menace to World Peace*, Nueva York, Veterans of Abraham Lincoln Brigade, 1947.
- , *Western Front now!*, Nueva York, Veterans of the Abraham Lincoln Brigade, 1941.
- , *Another Hill*, Urbana y Chicago, 1994.
- WPA. *Teachers in Spain*, Nueva York, Friends of the Abraham Lincoln Brigade, Teachers Union Chapter, 1938.
- WULLSCHLEGER, M., *Schweizer kämpfen in Spanien*, Zúrich, 1939.
- WYDEN, P., *The Passionate War*, Nueva York, 1983.
- WYKA, J., *Piesn a Saragossie*, Varsovia, 1956.
- YPSILON (seudónimo de Johann Rindl y Julian Gumperz), *Pattern for World Revolution*, Nueva York, 1947.
- Za mír a Svobodu. Regidoval: F. Solovák. Redakní Krahn: J. Stastny, J. Cerny, J. Hosek, O. Glaser, S. Manto. Vydali Ceskoslovenští Dobrovolníci Ve Španelsku, Barcelona, Talleres Gráficos Sdad. Gral. de Publicaciones, E. C., 1937.
- Za svoboda Ispania, Sofía, 1949.
- Za swobodu Ispanii. *Wospominanija litowcę - uczastników bojów w Ispanii*, Vilna, 1957.
- Za wolosc wasza i nasza, Varsovia, 1961.
- ZARAGOZA, C., *Ejército Popular y militares de la República*, 1936-1939, Barcelona, 1983.
- Zoluiers Woluosci. Revista de la Compañía Mickiewicz, dirigida por Mieczyslaw Szleyen.
- ZORZETTO: «Los garibaldinos al trabajo», *L'Unitd Garibaldina*, 28 de diciembre de 1938.
- ZUEHLKE, M., *The Gallant Cause. Canadians in the Spanish Civil War 1936-1939*, Vancouver y Toronto, 1996.
- ZUGAZAGOITIA, J., *Historia de la Guerra en España*, Buenos Aires, 1940.
- , *Historia de la guerra de España*, editada por el periódico socialista *La Vanguardia* de Buenos Aires, 1940.
- ZUND, E., *Révélations*, Imprimerie Lesigne, Bruselas, 1937.

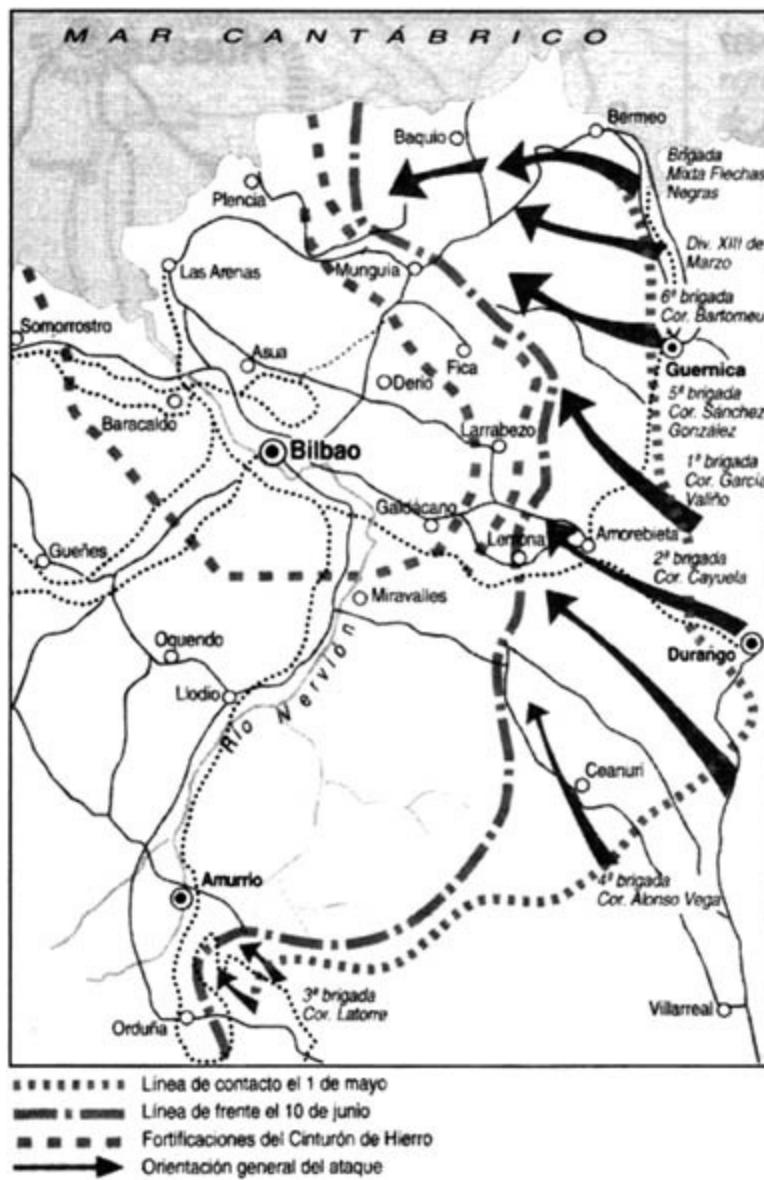
MAPAS



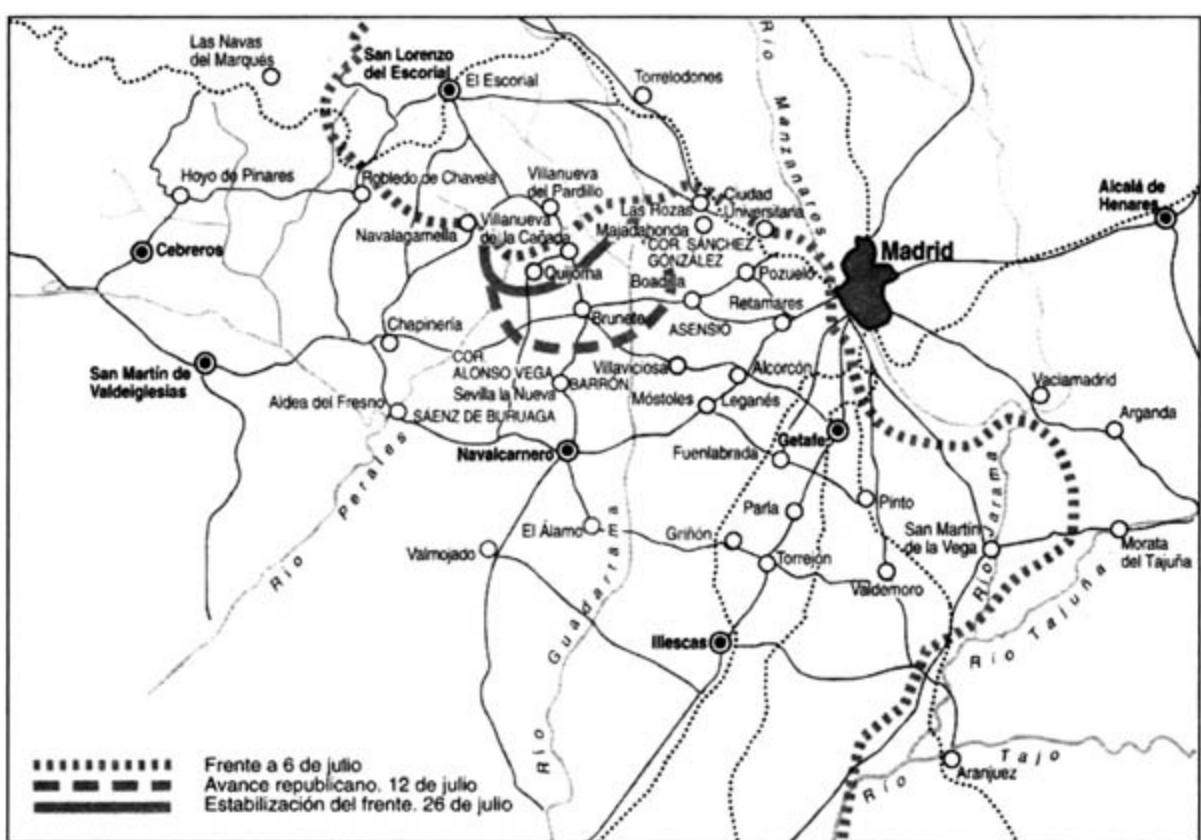


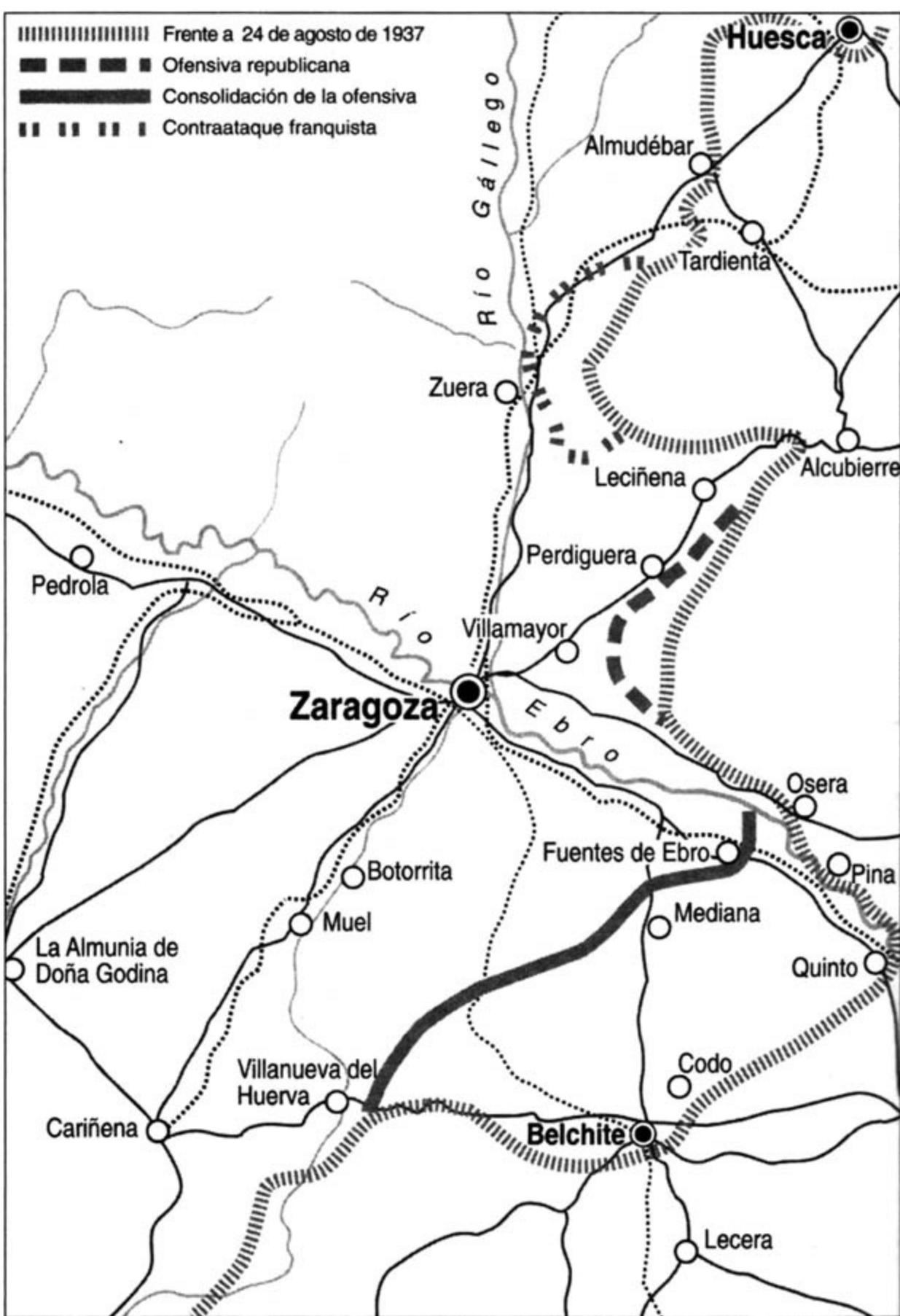


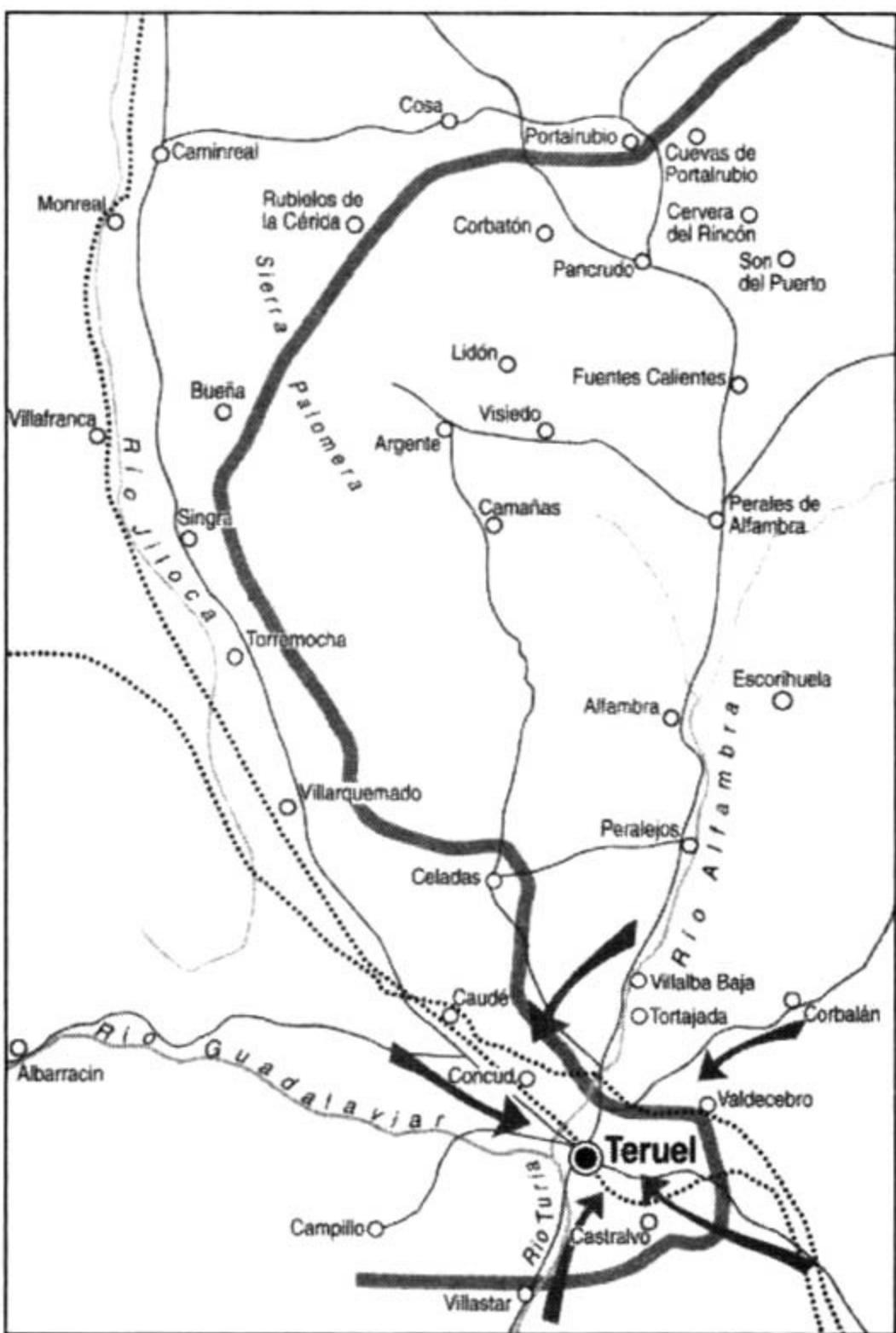


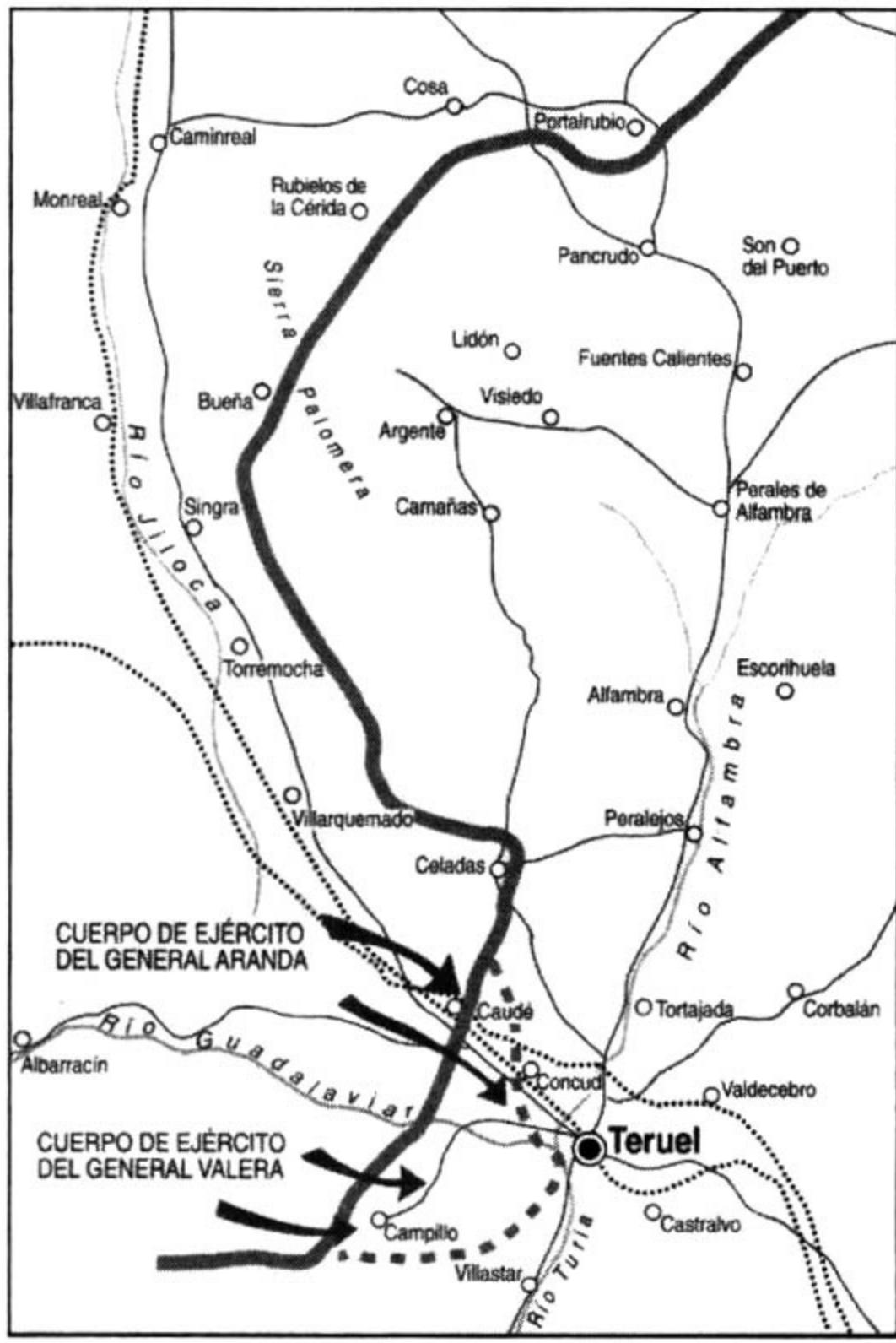


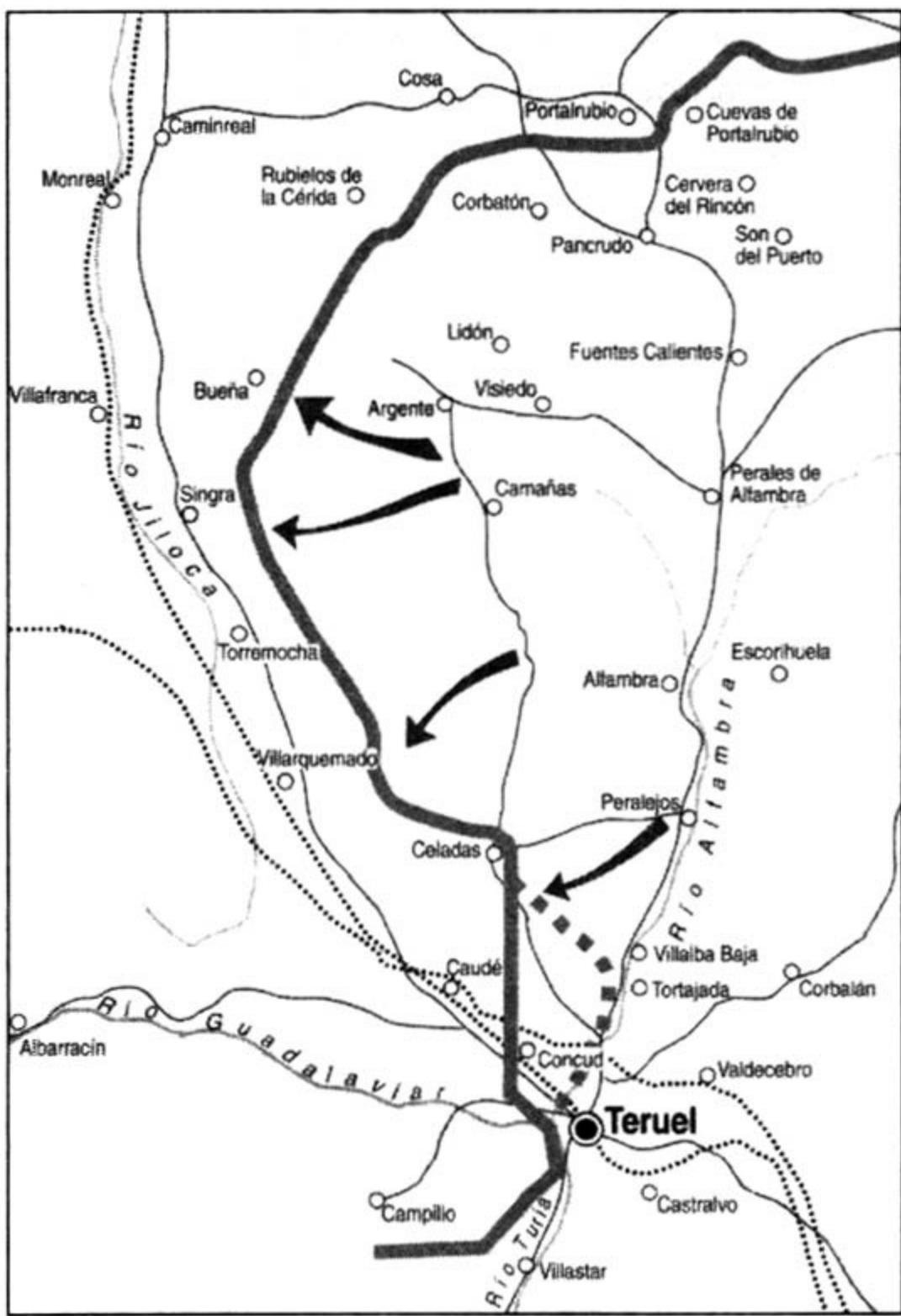
- Línea de contacto el 1 de mayo
- Línea de frente el 10 de junio
- - - - Fortificaciones del Cinturón de Hierro
- Orientación general del ataque

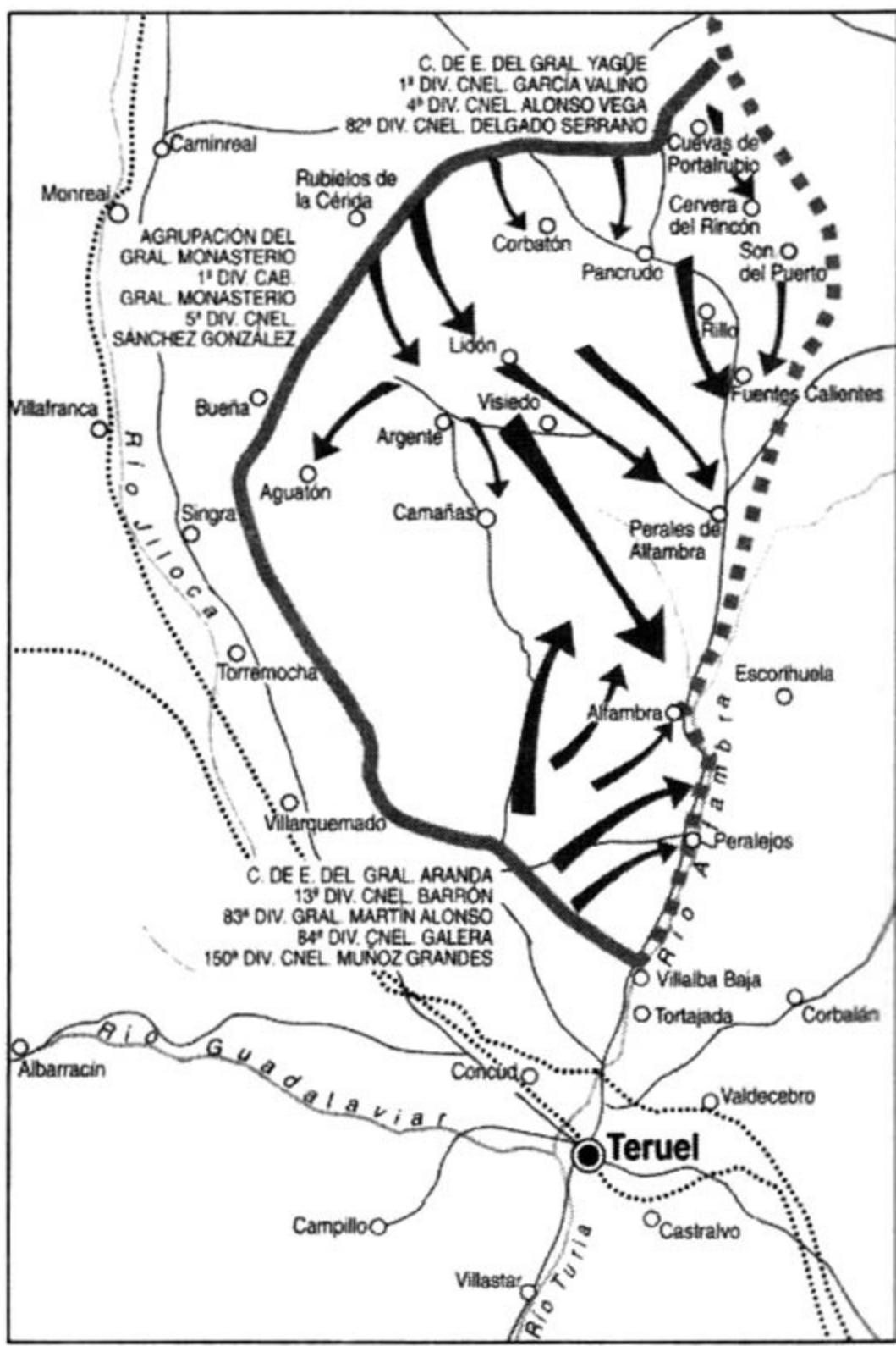


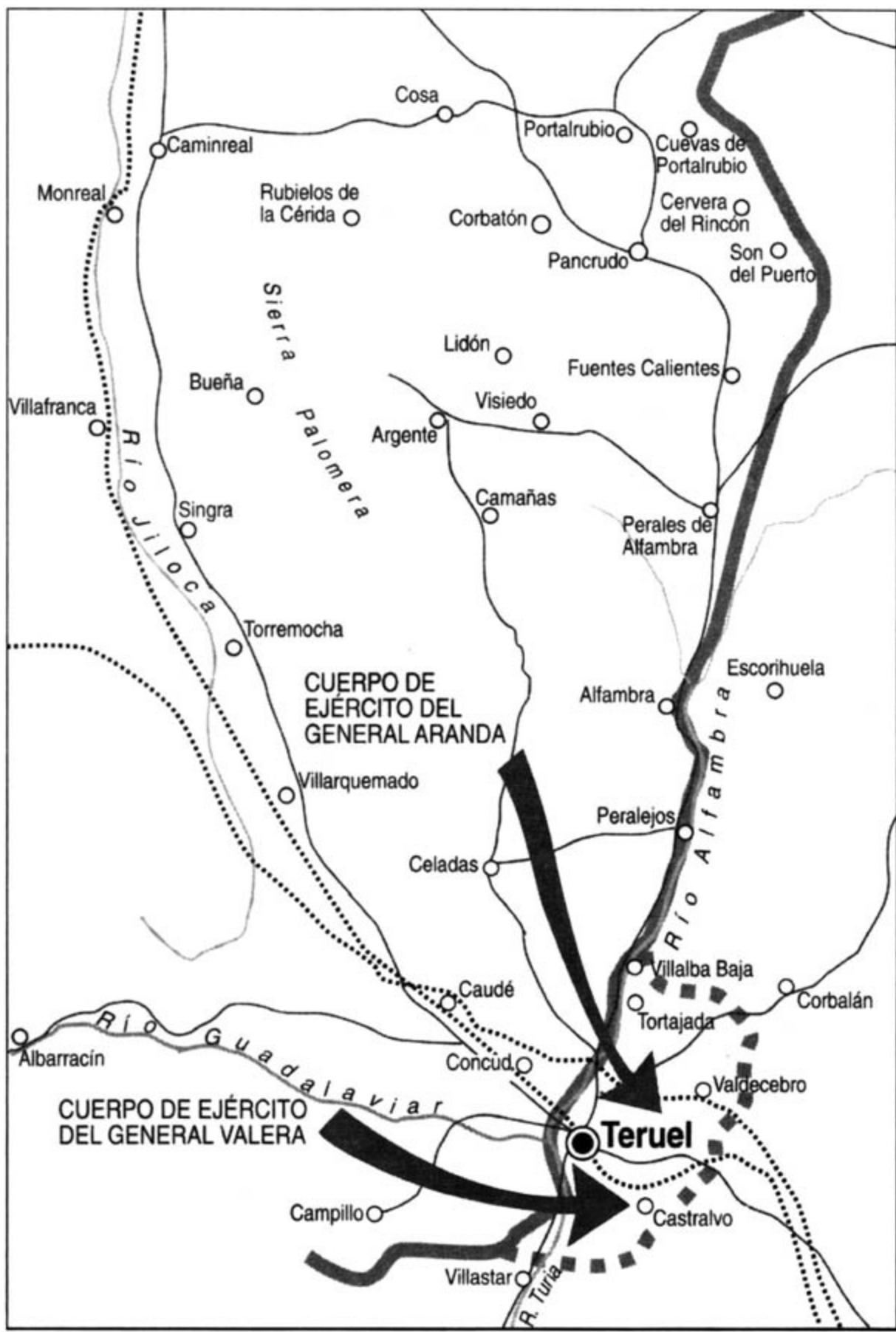


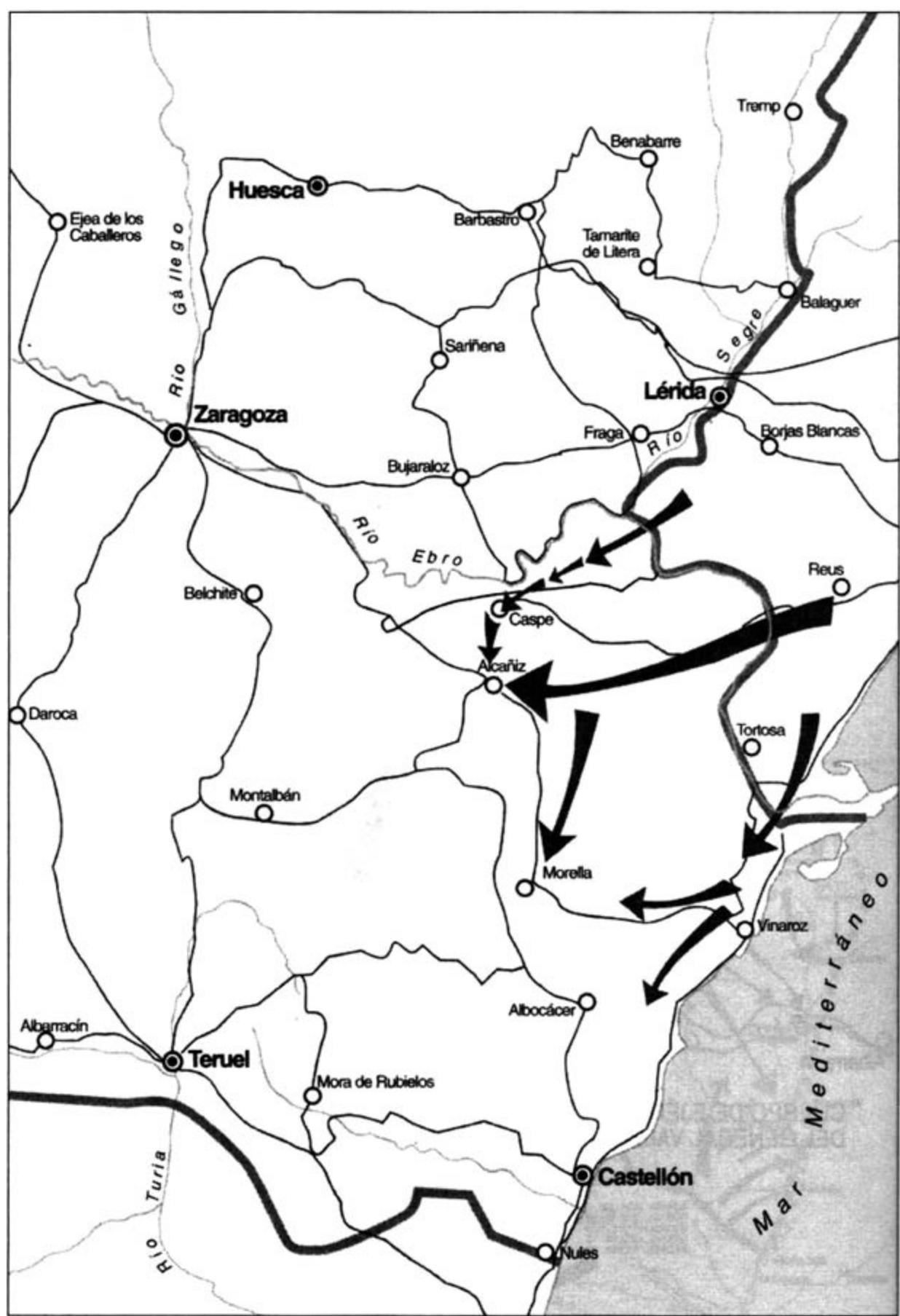


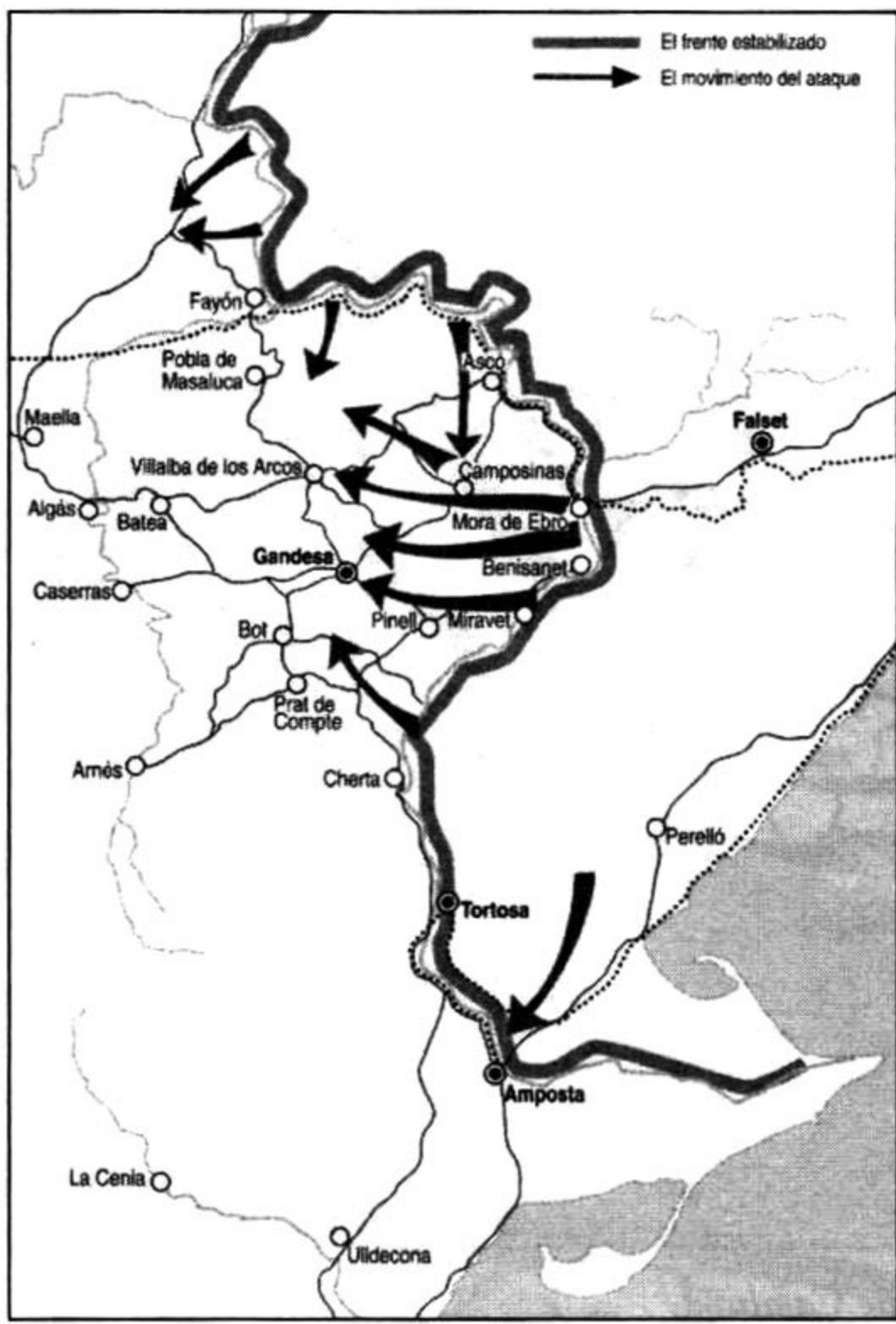


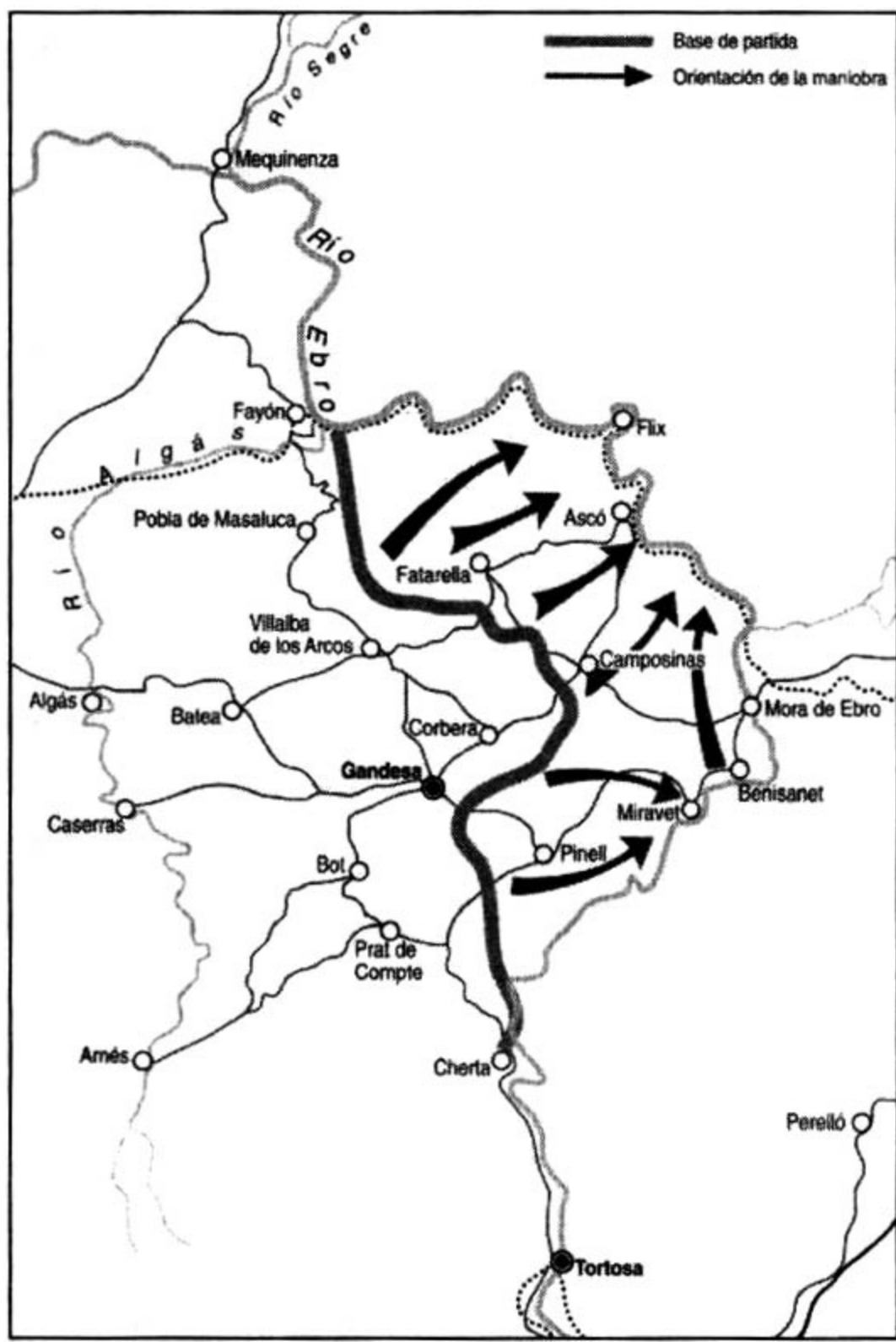


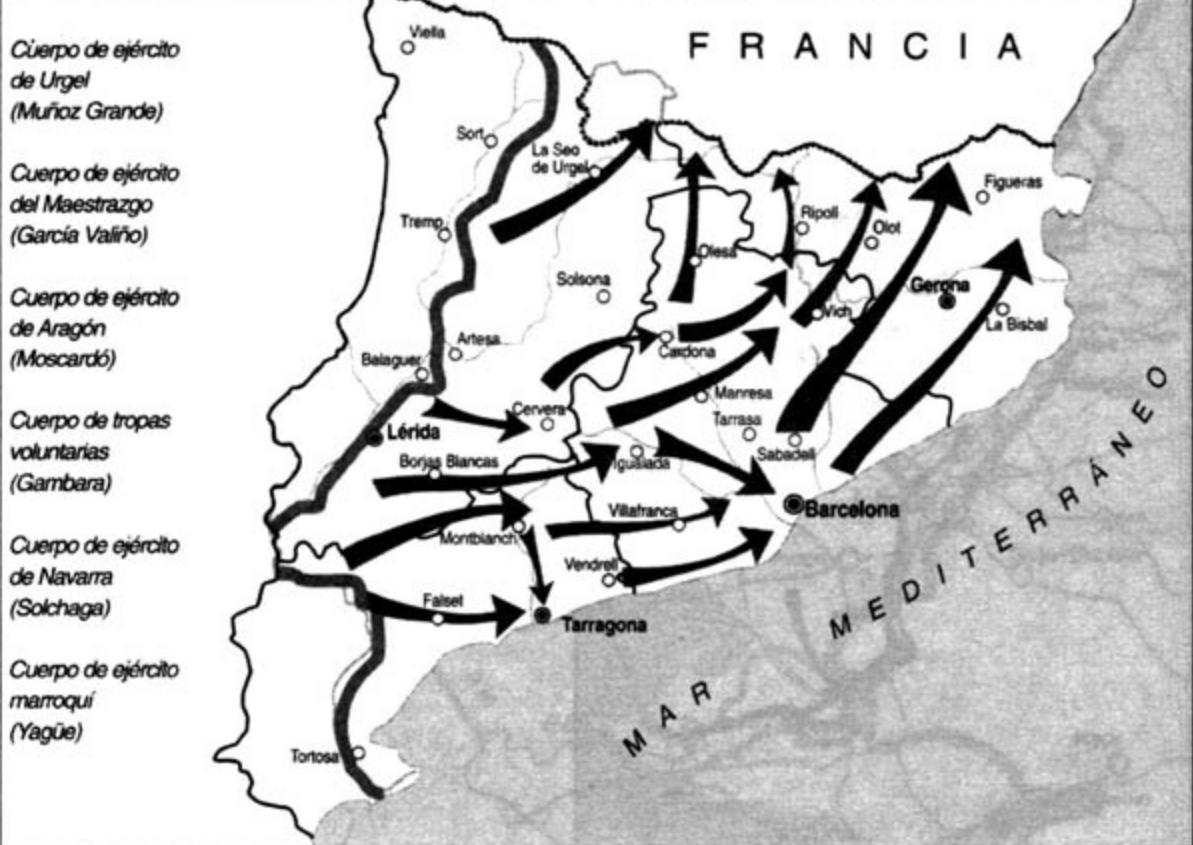










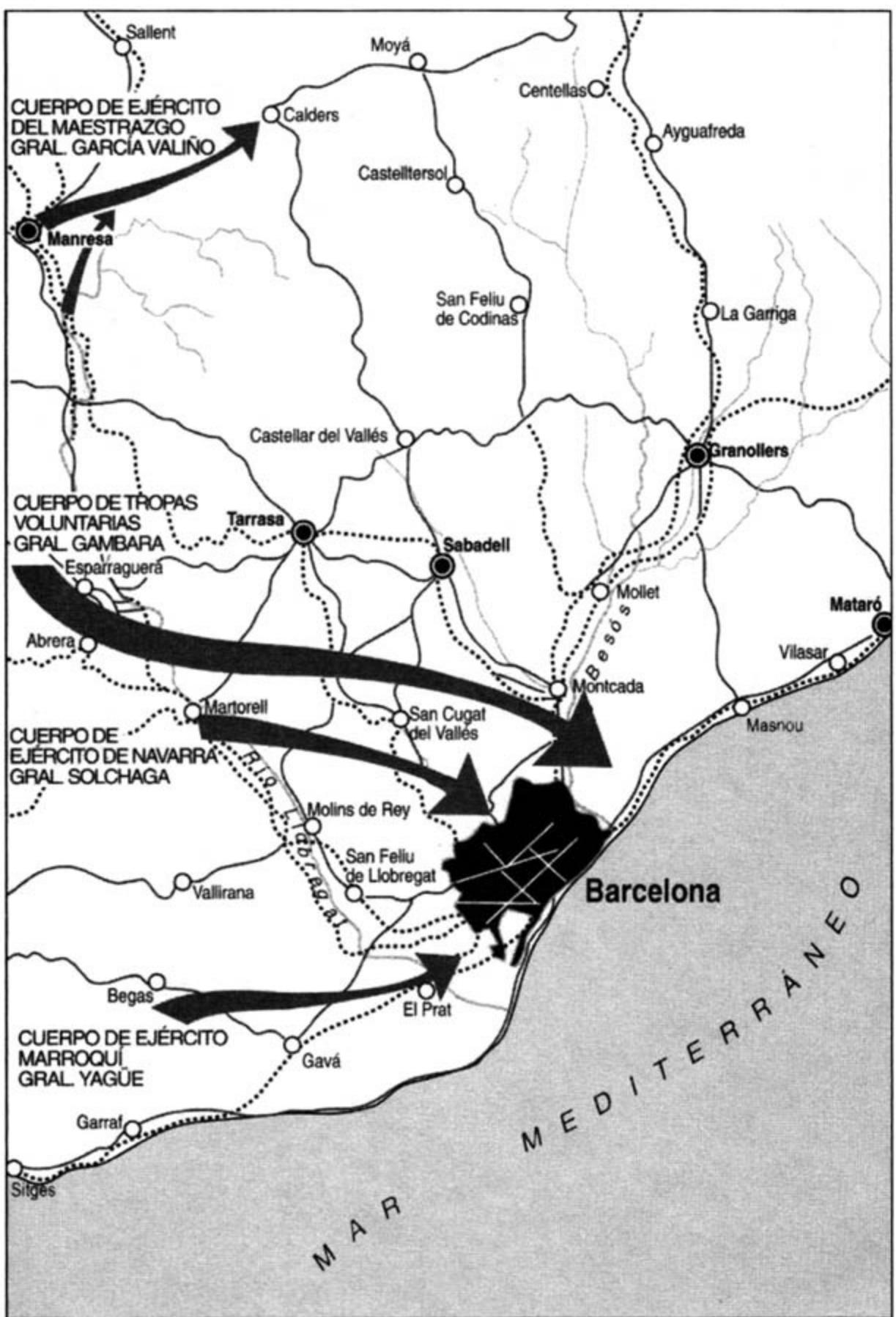




Frente de partida el 23 de diciembre de 1938
Frente alcanzado el 17 de enero de 1939
Frente alcanzado el 26 de enero de 1939
Frente alcanzado el 7 de febrero de 1939
Frontera francesa: 9-10 de febrero

FRANCIA





IMÁGENES



El advenimiento de la II República significó el triunfo de una serie de fuerzas antisistema que desde finales del siglo XIX buscaban la aniquilación de la monarquía parlamentaria.



La coalición republicano-socialista, que gobernó de 1931 a 1933, no sólo fue incapaz de contentar a sectores de izquierdas que se vieron desilusionados por su período de gobierno...



... sino que además se enajenó por su sectarismo a sectores sociales identificados con valores como los propugnados por la Iglesia católica.

ESTO

REVISTA DEL HOGAR

La Asamblea de Acción Popular en Comadrejón—por su importancia política y por los acontecimientos que le ha prestado la fracasada elección municipal—constituye uno de los actos más brillantes del verano y de relevante en lo difuso de las derechas, que la Ley reconoce en todos los ciudadanos.



En las elecciones de 1933, el desencanto ocasionado por las izquierdas y la relativa unidad de las derechas permitió a éstas llegar al poder. Sin embargo, Alcalá Zamora, el presidente de la República, se negó a que el partido mayoritario, la CEDA, formara gobierno.



Semejante comportamiento carecía de justificación en la medida en que la CEDA, a diferencia del nacionalsocialismo alemán o del fascismo italiano, estaba dispuesta a respetar la Constitución de la República.



La derrota electoral impulsó a las izquierdas —en especial al PSOE y a ERC— a desencadenar un golpe de Estado en contra del gobierno legítimo.

LA VANGUARDIA

BARCELONA

NOTAS GRÁFICAS

Domingo 28 de Octubre de 1934

OCHO PÁGINAS

MINISTROS DE LA REPÚBLICA EN OVIEDO



El golpe socialista-nacionalista sólo consiguió mantenerse durante un tiempo en Asturias, donde la revolución se tradujo en el asesinato de los considerados enemigos del pueblo y en la destrucción de iglesias y propiedades.



Para acabar con el Ejército rojo —así denominado por sus fundadores—, el gobierno de la república se vio obligado a traer tropas de África.



Como forma de revertir aquella derrota y consumar la revolución frustrada de 1934, las izquierdas se agruparon en el Frente Popular. En febrero de 1936, tras un cúmulo de irregularidades electorales, esta formación llegaba al poder.



La victoria del Frente Popular fue considerada por algunas fuerzas políticas motivo suficiente para preparar un golpe de Estado que detuviera una revolución similar a la de 1934.



Finalmente, en julio de 1936, se produjo un alzamiento que el Gobierno del Frente Popular conocía pero que prefirió no abortar para luego reprimir con más facilidad a los implicados.



En paralelo, las fuerzas izquierdistas se libraron de los últimos frenos para consumar la revolución ansiada desde hacía años.



El golpe fracasó en la mayoría del territorio nacional...



... que sufrió, junto con las operaciones militares, la represión de la retaguardia.



Dada su acentuada inferioridad de recursos, la esperanza de triunfo de los alzados se centró en el avance hacia Madrid...



... llevado a cabo en buena medida por el ejército de África, al mando del general Franco.



En el curso de las semanas siguientes, y a pesar de la disparidad contraria de medios, las tropas de Franco progresaron por Andalucía y Extremadura y llegaron al valle del Tajo.



En una inteligente maniobra, Franco se desvió hacia Toledo para liberar al Alcázar, un bastión que resistía desde inicios de la guerra y cuya caída el Frente Popular había anunciado en repetidas ocasiones.



La convicción de que la guerra pudiera alargarse decidió a los generales rebeldes

a constituir un mando único que recayó en Franco, el militar que más había destacado en los meses anteriores.



La considerable superioridad numérica y material del Ejército popular logró contener a las tropas de Franco a las puertas de Madrid, pero, en contra de lo esperado, no pudo aniquilarlas ni recuperar la iniciativa militar.



Finalmente, tras la derrota italiana de Guadalajara, Franco decidió desplazar el centro de la guerra hacia el Norte.



A pesar de que el Ejército popular de la República seguía disponiendo de una clara superioridad material y numérica, en los meses siguientes el Ejército nacional desbarató las ofensivas lanzadas por el enemigo...



... y, al hacerse con el control del Norte, invirtió la situación de inferioridad material que había padecido desde julio de 1936.



La victoria en el Norte vino, además, acelerada por la traición de los nacionalistas vascos, que en Santoña capitularon por separado, abandonando a sus aliados del Frente Popular.



Tras su victoria en el Norte, Franco decidió atacar de nuevo Madrid para concluir cuanto antes la guerra...



... pero en diciembre de 1937 se desencadenó una ofensiva del Ejército popular de la República para tomar Teruel.



La respuesta de Franco no sólo paralizó el avance del Ejército popular...



... sino que, además, le ocasionó una terrible derrota.



Para aprovecharla, Franco lanzó una nueva ofensiva que rompió el frente enemigo en Aragón en marzo de 1938.



El triunfo de esa ofensiva se tradujo en la llegada al mar del Ejército nacional. Así, quedaba dividida en dos la España del Frente Popular.



En abril de 1938, Franco hubiera podido desencadenar una ofensiva contra Cataluña, que estaba separada del resto de la España del Frente Popular.



Sin embargo, optó por seguir avanzando en dirección a Levante.



La decisión —muy controvertida— no llegó a llevarse a cabo.



El 25 de julio, el Ejército popular de la República, provisto de nuevo e importante material de guerra, cruzó el Ebro en su última gran ofensiva.



Pero Franco detuvo la ofensiva y, tras fijar a las fuerzas enemigas en un terreno reducido, procedió a su aniquilación.



De esa manera, desapareció la esperanza del Gobierno republicano de alargar la guerra lo suficiente como para que enlazara con un conflicto en Europa.



El 23 de diciembre de 1928, tras su aplastante victoria en el Ebro, Franco desencadenó la ofensiva de Cataluña. Tan sólo unas semanas antes, Negrín había pactado con la URSS la transformación de España en una dictadura sometida a Stalin.



El 10 de febrero de 1939, el Ejército nacional llegaba a la frontera con Francia. A esta nación pasarían en abierta huida Azaña, Companys y Aguirre, además de decenas de miles de refugiados.



El 14 de febrero de 1939, el gobierno de Franco promulgó un decreto de responsabilidades políticas que colocaba fuera de la ley a los que no se habían sumado al alzamiento de julio de 1936 y, de manera bien significativa, a los que se habían sumado a la revolución ya en octubre de 1934.



El 5 de marzo de 1939, Casado anunció la formación de un Consejo Nacional de

Defensa cuya finalidad era poner fin a la guerra. En él se encontraban políticos de todas las tendencias del Frente Popular salvo los comunistas.



En no escasa medida, había sido la guerra que había ganado Franco.

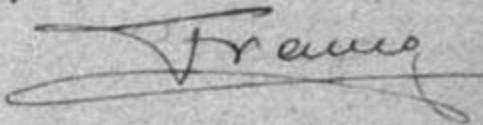


CUARTEL GENERAL DEL GENERALÍSIMO

ESTADO MAYOR

En el día de hoy, continúan
y desarmado el Ejército Rojo,
han alcanzado las tropas ne-
cesario su último objetivo
en militares. La guerra
ha terminado.

El Generalísimo





Braga 1º abril 1939.

El 1 de abril de 1939, el único día de la contienda en que tuvo que guardar cama por enfermedad, Franco firmó el último parte de guerra.



Sin embargo, Franco no pensó —a diferencia de otros dictadores del s. xx— crear un sistema que lo sucediera tras su muerte. Por el contrario, instauró la monarquía al ser nombrado sucesor el Príncipe Juan Carlos. De esa manera, con la Constitución de 1978, España regresaba a un régimen aniquilado por los republicanos en abril de 1931.

Notas capítulo 1

[1] C. Vidal, *La ocasión perdida*, Barcelona, 2005; R. Pipes, *The Russian Revolution*, Nueva York, 1990; ídem, *The Formation of the Soviet Union*, Cambridge, MA, 1964; R. A. Wade, *The Bolshevik Revolution and Russian Civil War*, Watport y Londres, 2001, y O. Figes, *A People's Tragedy*, Nueva York, 1997. <<

[²] *Documents of the PG*, III, pp. 1452 y ss. <<

[3] Hay varias ediciones españolas de esta obra esencial del leninismo. La oficial, sin embargo, era la realizada por la Editorial Progreso que aparece incluida, por ejemplo, en Lenin, *Obras escogidas*, Moscú, varias ediciones. <<

[4] *Documents of the PG*, pp. 1670 y ss. <<

[5] Miembros del Partido social-revolucionario (SR). De base agraria, los eseristas no habían dudado en utilizar el terrorismo en su búsqueda de implantar un régimen socialista. <<

[6] Literalmente: los minoritarios, en contraposición a los bolcheviques (mayoritarios). En realidad, los mencheviques constituían el ala mayoritaria del socialismo ruso. Medularmente marxistas, habían abogado empero por una política muy similar a la del resto de los partidos socialistas durante la primera guerra mundial. <<

[7] Constitucional-demócratas (KD). Un partido de centro-izquierda. <<

[8] Relatos directos sobre el golpe bolchevique de octubre de 1917, véase: Kérensky, *Memorias*, pp. 451 y ss.; L. Trotsky, *Mi vida*, pp. 241 y ss.; ídem, *Historia de la revolución rusa*, París, 1972, vol. 3, pp. 187 y ss. <<

[9] En Petrogrado, por ejemplo, los eseristas los superaron en estas mismas elecciones pero, a su vez, los bolcheviques obtuvieron más votos que los kadets y los mencheviques. <<

[10] S. Oldenbourg (de), *Le Coup d'Etat Bolchévique*, París, 1929, p. 70. <<

[11] Un testimonio muy interesante sobre la confianza del Gobierno en S. P. Melgunov, *Kak Bolshevikи Zajavatili Vlast*, París, 1953, pp. 48 y ss. <<

[12] L. Trotsky, *Uroki Oktyabriya*, p. 43. <<

[13] En realidad, Kérensky había marchado al frente en un automóvil americano prestado para intentar reunir algunas tropas leales con las que detener el golpe. Sin embargo, el hábil engaño de los bolcheviques había dado unos resultados que excluyeron de raíz las posibilidades de éxito. <<

[14] Op. cit. <<

[15] Op. cit. <<

[16] Sobre la Asamblea Constituyente, véase: M. Vishniak, *Vserossiskoye Uchreditelnoye Sobraniye*, París, 1932. <<

[17] Lenin, *Sochinenia*, t. 30, pp. 230-251. <<

[18] Entre ellos se encontraban Nikolai Avxentiev, presidente del Soviet panruso de Diputados de los campesinos, Andrei Argunov, Alexandre Gukovsky o Pitirim Sorokin. No resulta extraño que a la vista de aquellos acontecimientos un número nada despreciable de dirigentes socialistas optara por ocultarse para evitar la detención. <<

[19] Op. cit. <<

[20] D. Shub, *Lenin*, p. 436. <<

[²¹] Sobre este episodio, véase: J. Degras, *Soviet Documents on Foreign Policy, 1917-1941*, 3 vols, Nueva York, 1951-1953; L. Fischer, *The Soviets in World Affairs, 1917-1929*, Princeton, 1951; G. F. Kennan, *Soviet Foreign Policy, 1917-1941*, Princeton, 1960; L. Trotsky, *Mi vida*, pp. 279 y ss.

<<

[22] J. S. Curtiss, *Oc*, p. 101. <<

[23] La literatura sobre el terror bolchevique es muy extensa. Puede consultarse: J. Baynac, *El terror bajo Lenin*, Barcelona, 1978; B. Levytsky, *The Uses of Terror. The Soviet Secret Police, 1917-1920*, Nueva York, 1972; L. Shapiro, *The Origins of the Communist Autocracy*, Cambridge, Mass., 1955; A. Soljenitsyn, *Archipiélago Gulag*, Barcelona, 1975. <<

[24] Adoratsky, *Vospominaya o Lenine*, Moscú, 1939, pp. 66 y ss. <<

[25] L. Trotsky, *Terrorismo y comunismo*, Madrid, 1977. <<

[26] Trotsky, *Lenin*, pp. 101 y ss. <<

[27] La cursiva es del autor. <<

[28] N. Zubov, *Dzerzhinsky*, Moscú, 1933, pp. 9 y ss y 49 y ss. <<

[²⁹] A. Z. Okorokov, *Oktiabr' i kraj russkoi burzhuazhnoi pressy* (Octubre y el fracaso de la prensa burguesa rusa), Moscú, 1971; V. N. Brovkin, *The Mensheviks after October*, Londres, Cornell University Press, 1987. <<

[30] *Ibid.*, p. 67. <<

[³¹] G. Leggett, *op. cit.*, p. 7. <<

[³²] Estos expedientes pueden consultarse en el GARF (Archivos estatales de la Federación rusa), fondos denominados «Archivos de Praga», legajos 1 a 195. Para la época en cuestión, legajos 8, 2, 27. <<

[³³] P. G. Sofinov, *Ocherki Istorii vserossiskoi chezvychainoi komissii* (Historia de la Comisión panrusa extraordinaria), Moscú, 1960, pp. 43-44; G. Leggett, *op. cit.*, p. 35. <<

[³⁴] V. Brovkin, *op. cit.*, pp. 220-225. <<

[35] La primera condena a muerte legal, pronunciada por un tribunal revolucionario, tuvo lugar el 21 de junio de 1918: el almirante Chastny fue el primer «contrarrevolucionario» fusilado «legalmente». Con todo, la Cheká no se sometería a ningún tipo de control a la hora de exterminar a los que consideraba adversarios. <<

[36] GARF (Archivos estatales de la Federación rusa), 13012/98a126-32. <<

[³⁷] V. I. Lenin, *Polnoie sobranie sochinenii* (Obras completas), vol. L, p. 142. <<

[38] CRCEDHC, 76/3/22. <<

[39] V. I. Lenin, *Polnoie sobranie sochinenii* (Obras completas), vol. L, p. 143. <<

[40] CRCEDHC, 76/3/22/3. <<

[⁴¹] R Abramovich, *The Soviet Revolution, 1917-1939*, Londres, 1962, p. 312. <<

[42] M. I. Latsis, *op. cit.*, p. 25. <<

[43] *Vlast’Sovetov* (El poder de los sóviets), 1992, n. 1-2, p. 41; L. D. Gerson, *The Secret Police in Lenin’s Russia*, Filadelfia, 1976, p. 149 y ss; G. Leggett, *op. cit.*, p. 178; GARF, 393/89/18; 393/89/296. <<

[44] Ver en el cuadernillo de fotos de C. Vidal, *Checas de Madrid*, la reproducción de esa parte del manual de la Cheká. <<

[45] Acerca de la guerra civil rusa, véase: D. Footman, *Civil War in Russia*, Nueva York, 1961; R. Luckett, *The White Generals*, Nueva York, 1987; W. G. Rosenberg, *A. I. Denikin and the Anti-Bolshevik Movement in South Russia*, Amherst, 1961; G. Stewart, *The White Armies of Russia*, Nueva York, 1933. <<

[46] V. Maksakov y A. Turunov, *Jronika grazhdanskoi voiny v Sibiri, 1917-1918*, Moscú, 1926, pp. 52 ss. <<

[47] A. M. Spirin, *Klassy i partii v grazhdanskii voine v Rossii*, Moscú, 1968, pp. 420 ss. <<

[48] En el caso de los bolcheviques, los letones; en el de sus adversarios, la Legión Checa. <<

[49] Los bolcheviques no le agradecieron aquel gesto. Al terminar la campaña, ordenaron el fusilamiento de los cinco mil soldados de Majnó que habían sobrevivido a la misma. La respuesta de Majnó fue hacer lo mismo con todos los bolcheviques capturados en Ucrania por sus fuerzas. En 1921, el Ejército rojo logró derrotar finalmente a Majnó y liquidar el anarquismo ucraniano. Refugiado en Occidente, Majnó acabó sus días en París donde, curiosamente, le conoció el anarquista español Durruti. Sobre la trayectoria de Majnó, véase: C. Vidal, *Durruti: la furia libertaria*, Madrid, 1996. <<

[50] Esta afirmación es sólo exacta sobre la base de considerar guerra civil a las operaciones militares. Como ha señalado acertadamente R. Pipes, *Three...*, p. 61, siguiendo a Vladimir Brovkin, en realidad, la guerra civil no había hecho sino empezar. En los meses siguientes, los bolcheviques aplastarían a centenares de miles de campesinos, a los rebeldes de Kronstadt (ver infra), a los huelguistas de Petrogrado y a un largo etcétera similar que no tenían ninguna posibilidad objetiva de triunfo pero que, no obstante, prefirió seguir combatiendo la dictadura. <<

[51] La primera referencia rusa al uso del gas fue reproducida ya en los años noventa del siglo pasado por Dmitri Volkogonov en su biografía de Lenin (Anaya-Muchnik publicó una versión resumida de la misma). En esa misma década publiqué, por primera vez en castellano, una amplia documentación sobre el Terror bolchevique a partir de los documentos recientemente desclasificados en *La ocasión perdida*, Barcelona, 1997. De especial interés también es la documentación contenida en VV. AA., *El libro negro del comunismo*, Madrid y Barcelona, 1998.

De especial interés en la historia de la represión sufrida en la URSS son los análisis recientes realizados en relación con el campesinado. Efectivamente, fueron los humildes agricultores los que se opusieron con mayor decisión a los bolcheviques en una lucha que ha sido silenciada precisamente porque la dictadura comunista tenía interés en negar la resistencia popular contra sus medidas. De entre las obras sobre el tema la más interesante a nuestro juicio es la de Vladimir N. Brovkin, *Behind the Front Lines of the Civil War. Political Parties and Social Movements in Russia, 1918-1922*, Princeton, 1994. <<

[52] Op. cit. <<

[53] Pipes, *Russia under...*, p. 81. <<

[54] E. Mawdsley, *The Russian Civil War*, Boston, 1987, pp. 213 y ss. <<

[55] W. S. Graves, *America's Siberian Adventure*, Nueva York, 1931, p. 92. <<

[56] Pipes, *Russia under...*, p. 65. <<

[⁵⁷] El estudio esencial sobre este tema es el de A. G. Kavtaradze, *Voennye spetsialisty na sluzhbe Respublik Sovietov, 1917-1920 g*, Moscú, 1988. <<

[58] L. Trotsky, *Kak vooruzhalas revoliutssia*, Moscú, 1923, I, pp. 186 y ss. Las minutas del VIII Congreso del Partido (marzo de 1919) en donde se discutió el tema no ha sido accesibles hasta hace poco tiempo. Al respecto, véase *IzvTsK*, n.º/296, septiembre 1989, 135-190; n. 10/297 (octubre 19189), 171-189; n. 11/298, noviembre 1989, 144-178. <<

[59] Kavtaradze, *Oc*, pp. 175 y ss. <<

[60] Ídem, p. 210. <<

[⁶¹] D. Volkogonov, *Trotsky: politischeskiy portret*, Moscú, 1994, 2 vols. La obra de Volkogonov resulta hoy por hoy indispensable para el estudio de este período y, muy especialmente, para el análisis del papel de Trotsky durante la guerra civil. <<

[62] Pipes, *Russia under...*, p. 60 citando de fuentes rusas. <<

[63] *Izvestiia*, 14 de agosto de 1918. <<

[64] Op. cit. <<

[65] ARR, 18, 1926, pp. 270-271. <<

[66] Iu. I. Korablev, *Revvoensoviet Respublikı*, Moscú, 1991, pp. 48 y ss. <<

[67] ARR, 18, 1926, pp. 272 y ss. <<

[68] La amenaza fue expresada por Lenin en febrero de 1920, *TP*, II, pp. 80 y ss. <<

[69] Este tipo de actuaciones no tuvo paralelo en los Ejércitos blancos. De hecho, los desertores del Ejército rojo se sorprendían de la escasa disciplina que existía en éstos. E. Mawdsley, *Oc*, p. 181.

<<

[⁷⁰] G. Krivosheev (ed), *Grif sekretnosti sniat*, moscú, 1993, p. 54. <<

[⁷¹] En 127 000 los ha calculado B.Ts. Urlanis, *Voina i narodonaselenie Evropy*, Moscú, 1960, pp. 185 ss. <<

[⁷²] Iu. A. Poliakov, *Sovietskaya strana posle okonchaniia grazhdanskoi voiny*, Moscú, 1986, p. 113. <<

[73] Es la dada por Orlando Figes en *Past and Present*, n. 129, Noviembre de 1990, p. 172. <<

[⁷⁴] Poliakov, *Oc*, p. 119. <<

[75] Ídem, *ibidem*. <<

[76] Ídem, *ibidem*. <<

[77] Acerca de Kronstadt, véase: O. Anweiler, *Oc*; P. Avrich, *Kronstadt 1921*, Princeton, 1970. <<

[78] Sobre la guerra de los cristeros, véase: J. Meyer, *The Cristero Rebellion: The Mexican People between Church and State, 1926-1929*, Cambridge, 1976; J. Purnell, *Popular Movements and State Formation in Revolutionary Mexico: The Agraristas and Cristeros of Michoacan*, Durham, 1999; Jim Tuck, *The Holy War in Los Altos: A Regional Analysis of Mexico's Cristero Rebellion*, University of Arizona Press, 1982. <<

[79] C. Vidal, *Los masones*, Barcelona, 2005. <<

[80] Sobre el tema, véase C. Vidal, *Los masones...*, pp. 125 y ss. <[<<](#)

[81] Sobre el tema, véase C. Vidal, *De Isabel a Sofía*, Barcelona, 2004, pp. 211 y ss., y pp. 221 y ss.

<<

[82] Sobre el tema con bibliografía, véase C. Vidal, *De Isabel...*, pp. 239 y ss. <<

[83] Sobre el tema con bibliografía, véase C. Vidal, *De Isabel...*, pp. 261 y ss. <<

[84] En ese mismo sentido, véase D. R. Ringrose, *España, 1700-1900: el mito del Fracaso*, Madrid, 1996. <<

[85] Véase al respecto, J. Velarde, *Flores de temas ante la economía española*, Madrid, 1961. <<

[86] Sobre el tema con bibliografía, véase C. Vidal, *De Isabel...*, pp. 239 y ss. <<

[87] Sobre el tema con bibliografía, véase C. Vidal, *De Isabel...*, pp. 261 y ss. <<

[88] Véase C. Vidal, *Los masones...*, pp. 221 y ss. <<

[89] Véase C. Vidal *Pablo Iglesias*, Madrid, 2004. <<

[90] Ídem, p. 47. <<

[91] Diario de sesiones de las Cortes, 21 de diciembre de 1910. <<

[92] C. Seco Serrano, «España en la Edad Contemporánea», en J. R. Salis, *Historia del Mundo Contemporáneo*, Madrid, 1966, p. 526. <<

[93] Un magnífico resumen con excelente conocimiento de las Fuentes, en P. Moa, *Los personajes de la República vistos por ellos mismos*, Madrid, 200, pp. 143 y ss. Sobre la Segunda República, véase: J. Arrarás, *Historia de la II República española*, Madrid, 1963-1968; M. Azaña, *Memorias políticas y de guerra*, Barcelona, 1978; A. Balcells, *Crisis económica y agitación social en Cataluña, 1930-1936*, Barcelona, 1971; J. Bécarud, *La II República española*, Madrid, 1967; G. Brenan, *El laberinto español*, Esplugues, 1984; J. M. Gil Robles, *No fue posible la paz*, Barcelona, 1968; G. Jackson, *The Spanish Republic and the Civil War*, Princeton, 1965; P. Preston, *La destrucción de la democracia en España*, Madrid, 1979; M. Tuñón de Lara, *La II República*, Madrid, 1976. <<

[94] Indispensable la descripción de M. Maura, *Así cayó Alfonso XIII...*, Barcelona, 1955, pp. 249 y ss. <<

[95] Véase C. Vidal, *Los masones...*, pp. 251 y ss. <<

[96] N. Alcalá Zamora, *Los defectos de la Constitución de 1931*, p. 14. <<

[97] Ídem, *ibídem*, p. 46. <<

[98] Ídem, *ibídem*, p. 50. <<

[99] P. Moa, *Los Personajes...* p. 24 y ss. <<

[100] Ídem, *ibídem*, p. 285 y ss. <<

[101] Ídem, *ibídem*, p. 251 y ss. y 284 y ss. <<

[102] Al respecto, véase: C. Vidal, *Durruti. La furia libertaria*, Madrid, 1996, pp. 131 y ss. <<

[103] Según el anarquista Ángel Pestaña, *Leviatán*, Madrid, 1934, n. 1, p. 62, de abril de 1931 a junio de 1932 la CNT expidió 1 200 000 carnets de los que, como mínimo, un millón eran nuevos afiliados. <<

[104] Así quedaría establecido en el curso de un proceso con jurado y acabaría teniendo consecuencias que examinaremos más adelante. Vid: pp. y ss. <<

[105] Se ha discutido repetidamente la dirección en que se decantó el voto femenino. Ciertamente, no puede negarse que, en buena medida, se dirigió hacia las derechas impulsado por la influencia clerical y el temor inspirado por ésta hacia normas como la ley del divorcio. Con todo, tal desplazamiento no fue uniforme. Así en Madrid (con más del 52 por 100 de mujeres en el censo electoral) se produjo un triunfo socialista. Más significativo resulta el hecho de que el derecho de sufragio concedido a las mujeres viniera impulsado desde el partido radical —que pertenecía al centro-derecha— ya que el PSOE y los republicanos de izquierdas temían que las mujeres, influidas por el clero, votaran a favor de las derechas. Esto se tradujo en 204 escaños para las derechas, 168 para el centro (incluida la Lliga) y 94 para la izquierda (61 socialistas). <<

[106] En paralelo, los anarquistas continuaban su búsqueda de la revolución. En diciembre de 1933, volvieron a provocar una insurrección armada en la que murieron 11 guardias civiles, 3 guardias de seguridad y 75 paisanos llegando los heridos a casi doscientos. Al respecto, véase: C. Vidal, *Durruti...*, pp. 157 y ss. <<

[107] En paralelo, los anarquistas continuaban su búsqueda de la revolución. En diciembre de 1933, volvieron a provocar una insurrección armada en la que murieron 11 guardias civiles, 3 guardias de seguridad y 75 paisanos llegando los heridos a casi doscientos. Al respecto, véase: C. Vidal, *Durruti...*, pp. 157 y ss. <<

[108] *El Socialista*, 3 de enero de 1934. <<

[109] *El Socialista*, 29 de julio de 1934. <<

[110] *Renovación*, 25 de agosto de 1934. <<

[111] Texto íntegro reproducido en F. Aguado Sánchez, *La revolución de octubre de 1934*, Madrid, 1972, pp. 485 y ss. <<

[112] El décimo fue San Manuel Barbal Cosán (Hermano Hilario Jaime), salesiano martirizado en Tarragona en 1937. <<

[113] Reproducido íntegramente en F. Aguado Sánchez, *Oc*, p. 500. <<

[114] Ramón y Jesús Salas Larrazabal, Historia general de la guerra de España, Madrid, 1986, pp. 18 y ss. <[<<](#)

[115] Salvador de Madariaga, *España*, Buenos Aires, 1964, p. 416. <<

[116] La obra fundamental al respecto en P. Moa, *Los orígenes de la guerra civil*, Madrid, 1999. <<

[117] Ídem, *ibídem*. <<

[118] Citado por J. Pabón, *Gambó*, Barcelona, 1952, vol. II-b, p. 449. <<

[119] Así lo indicaba *Claridad* el 2 de noviembre de 1935. <<

[120] Lo que no implica que no tuviera una posición clara en medio de la radicalización de la vida política. Así, en mayo de 1935, en una reunión de la plana mayor de Falange celebrada en el parador de Gredos, José Antonio afirmó claramente que su deber era «ir, por consiguiente, y con todas sus consecuencias, a la guerra civil». <<

[121] El relato es del mismo Gil Robles en No fue posible la paz, Barcelona, 1968, pp. 364-367. <<

[122] ABC, enero de 1936. <<

[123] *El Liberal de Bilbao*, 20 de enero de 1936. <<

[124] *El Liberal de Bilbao*, 21 de enero de 1936, p. 21. <<

[125] *El Liberal de Bilbao*, 11 de febrero de 1936. <<

[126] Reproducido en *Communist International*, 13, n. 6, junio de 1936, p. 406. <<

[127] En Cataluña adquirió la forma de Front d'Esquerres e incluyó a la Esquerra, Acció Republicana Catalana, P.N. Republicano Catalá, Unió Socialista de Catalunya y las organizaciones de la Alianza obrera. <<

[128] En él se incluía la amnistía de los presos políticos y la aplicación de la legislación republicana suspendida por los gobiernos de centro-derecha (reforma agraria, estatutos de autonomía, etc). <<

[129] Hemos seguido para estas cifras el estudio de R. Salas Larrazábal, *Los datos exactos de la guerra civil*, Madrid, 1980, p. 42 y ss., que corrige muy acertadamente los errores deslizados en la obra de J. Tusell, *Las elecciones del Frente popular*, Madrid, 1971. <<

[130] *Journal de Geneve*, 17 de enero de 1937. <<

[131] Minuta 23.III.1936, FO 371-20561 W2015 y 371-20520 W2387. <<

[132] Chilton a Eden, 24 y 25-1II-1936, FO 371-20520 W2868, W2678. <<

[133] Citada en J. Edwards, *The British Government and the Spanish Civil War*, Londres, 1979, p. 5. <<

[134] Muy interesante en R. de la Cierva, *Franco*, Barcelona, 1986, pp. 140 y ss. <<

[135] Al respecto, véase Maíz, p. 63. <<

[136] Maíz, pp. 78 y ss. <<

[137] Maíz, p. 98. <<

[138] Maíz, p. 103. <<

[139] Chilton a Eden, 2-V-1936, FO 371-20521 W3947. <<

[140] FO 371-20522 W5693. Los textos en bastardilla son subrayados en el original. <<

[141] Maíz, p. 112. <<

[142] Maíz, p. 172. <<

[143] Maíz, p. 130. <<

[144] R. Serrano Suñer, *Memorias*, pp. 38, 58. Véase también C. Vidal, *José Antonio. La biografía no autorizada*, Madrid, 1996. <<

[145] La mejor biografía de José Calvo Sotelo es A. Bullón de Mendoza, *José Calvo Sotelo*, Madrid, 2004. <<

[146] Véase infra, pp. 110 y ss. <<

[147] A favor de la tesis de una implicación absoluta de Franco en el golpe ya en aquella época, véase R. de la Cierva, *Franco*, Barcelona, 1986, pp. 144 y ss. De la Cierva sólo puede aducir en favor de su tesis —que queda desmentida por los documentos de la época— las afirmaciones contrarias, y posteriores al estallido de la guerra, de partidarios rotundos de Franco. En esos testimonios, habría que ver, en nuestra opinión, más bien un intento de salvar la imagen de un personaje que se caracterizó por no asumir riesgos hasta el último momento y sólo después de que el presidente del Gobierno no respondiera a su carta de 23 de abril de 1936. <<

[148] Maíz, pp. 199 y ss. <<

[149] Maíz, p. 199. <<

[150] Maíz, p. 216. <<

[151] *News Chronicle* de 9 de julio de 1936; *The Times*, 14 de julio de 1936, y *The Morning Post* de 13 de julio de 1936. <<

[152] Sobre el tema, véase: C. Vidal, *José Antonio*. <<

[153] B. Félix Maíz, *Mola, aquel hombre. Diario de la conspiración 1936*, Barcelona, 1976, pp. 259 y ss. <<

[154] Maíz afirma que la comunicación fue recibida por Mola durante la mañana del 14 de julio. Véase: R. y J. Salas Larrazábal, *Historia...*, p. 30. <<

[155] Véase al respecto, A. Bullón de Mendoza, *José Calvo Sotelo...*, pp. 673 y ss. <<

[156] Ricardo de la Cierva en *Nueva Historia*, 2 de marzo de 1977, p. 20. <<

[157] *El País*, 26 de septiembre de 1978. <<

[158] R. y J. Salas Larrazábal, *Historia...*, p. 30. <<

Notas capítulo 2

[1] Para un estudio general de la guerra civil española, véase: R. de la Cierva, *Historia actualizada de la Segunda República y la guerra de España 19311939*, Getafe, 2003; R. Salas Larrazábal, *Historia del Ejército popular de la República*, Madrid, 1973 (4 vols.); R. y J. Salas Larrazábal, *Historia general de la guerra de España*, Madrid, 1986; C. Vidal, *Recuerdo 1936... Una historia oral de la guerra civil española*, Madrid, 1996; P. Broué y E. Témime, *La revolución y la guerra de España*, 1974; G. Cabanellas, *La guerra de los mil días*, Buenos Aires, 1975; R. Carr, *La tragedia española*, Madrid, 1986; G. Esenwein y A. Shubert, *Spain at War*, Londres y Nueva York, 1995; G. Jackson, Oc., H. Thomas, *La guerra civil española*, Barcelona, 1981, 2 vols.; J. Zugazagoitia, *Guerra y vicisitudes de los españoles*, Barcelona, 1977. En relación con las fuentes resulta de especial relevancia J. García Durán, *La guerra civil española: fuentes*, Barcelona, 1985. Sobre la vida cotidiana son de interés los dos volúmenes de R. Abella destinados a cada una de las dos zonas, *La vida cotidiana durante la guerra civil* (2 vols.), Barcelona, 1975. Muy interesante como intento propagandístico de desmitificar las afirmaciones del bando vencedor es H. L. Southworth, *El mito de la Cruzada de Franco*, Esplugues de Llobregat, 1986. En cuanto a los partes de guerra de ambos bandos existe una edición de consulta obligada: *Partes oficiales de guerra, 19361939*, Madrid, t. I, 1977 y t. II, 1978. Existe una edición actualizada C. Vidal, 2005.

<<

[2] Testimonios orales sobre la rebelión en C. Vidal, *Recuerdo 1936... Una historia oral de la guerra civil española*, Madrid, 1996, pp. 45 y ss. Acerca del Alzamiento, aparte de las partes contenidas en las obras generales, véase: B. Félix Maíz, *Mola, aquel hombre*, Barcelona, 1976; D. Sueiro, *La flota es roja*, Barcelona, 1983; M. Wouters (ed.), 1936 *Os primeiros días*, Vigo, 1993. Una descripción novelada pero sugestiva en L. Romero, *Tres días de julio*, Barcelona, 1967. <<

[3] Sometido a juicio por sus predecesores, Romerales sería fusilado por los nacionales. <<

[4] Contra lo que se ha afirmado en ocasiones, Gómez Morato no fue fusilado. El 4 de julio de 1941, el Tribunal Supremo dictó sentencia por la que se le condenaba de manera inapelable a doce años de prisión mayor. Murió el 1 de febrero de 1952 en Valencia. <<

[5] La cita aparece en F. Franco Salgado-Araujo, *Mi vida junto a Franco*, Barcelona, 1977, p. 167.

<<

[6] F. Franco Salgado-Araujo, *Mi vida...*, p. 167. <<

[7] Sobre la situación de las diferentes unidades navales, véanse los cuadros. <<

[8] Un relato magnífico sobre el tema en M. R. Sierra, *Así empezó todo. Memorias de un marino de la República*, Valladolid, 2005. <<

[9] No fueron los únicos aparatos que saldrían. Desde Madrid, despegaría un bimotor Douglas DC-2 al que debería seguir otro. <<

[10] Arrarás, *Historia de la cruzada española*, p. 183. <<

[11] Arrarás, *Cruzada*, p. 183. <<

[12] Arrarás, *Cruzada*, p. 210. <<

[13] Por supuesto, existen apreciaciones que consideran esta cifra demasiado modesta. Al respecto, véase: Cabanellas, pp. 400-402. No puede desecharse esa posibilidad. Antonio Bahamonde y Sánchez de Castro, *Un año con Queipo de Llano. Memorias de un nacionalista*, Barcelona, 1938, habla de unas sesenta ejecuciones diarias, pero no se corresponde con la realidad. <<

[14] A. D. Martín Rubio, *Los mitos de la represión en la guerra civil*, Madrid, 2005, p. 86. <<

[15] *El Correo de Andalucía*, 25 de julio de 1936. <<

[16] *La Unión*, 26 de julio de 1936. <<

[17] A. D. Martín Rubio, *Los mitos...*, p. 86. <<

[18] A esta combinación de factores debe atribuirse el fracaso de la rebelión en la ciudad y no a una conversación de Patxot con Martínez Barrio como se pretende en R. y J. M. Salas Larrazábal, *Historia general de la guerra de España*, Madrid, 1986, p. 37 <<

[19] Sobre este episodio, véase: I. Gibson, *Queipo de Llano: Sevilla, verano de 1936*, Barcelona, 1986, pp. 101 y ss. El libro de Gibson es, no obstante, tendencioso y no está exento de errores graves. <<

[20] A. D. Martín Rubio, *Mitos...*, p. 86. <<

[²¹] C. Vidal, *Checas...*, pp. 183-184. <<

[22] J. M. Martínez Bande, *Los asedios*, Madrid, 1983. <<

[23] Cabanellas, p. 859. <<

[24] A. D. Martín Rubio, *Mitos...*, p. 86. <<

[25] Ídem, *ibídem*. <<

[26] Ídem, *ibídem*. <<

[27] Molero fue detenido y expulsado del ejército pero no ejecutado. Encarcelado hasta 1940, murió en Barcelona el 11 de noviembre de 1947. [<<](#)

[28] Cabanellas, p. 857. <<

[29] A. D. Martín Rubio, *Mitos...*, p. 86. <<

[30] Ídem, *ibídem*. <<

[³¹] El destino del gobernador civil, Manuel Ciges Aparicio, sería trágico. Pese a su avanzada edad, fue fusilado por los nacionales. <<

[32] A. D. Martín Rubio, *Mitos...*, p. 86 <<

[33] Ídem, *ibídem*. <<

[³⁴] Sobre el mismo, véase: M. Ansó, *Yo fui ministro de Negrín*, Barcelona, 1976, p. 134, y, muy especialmente, D. Martínez Barrio, *Memorias*, Barcelona, 1983, pp. 365 y ss. <<

[35] Los textos de los comunicados aparecen reproducidos en F. García de Cortázar y J. M. Azcona, *El nacionalismo vasco*, Madrid, 1991, pp. 185-1986 <<

[36] A. D. Martín Ruiz, *Los mitos..., p. 86.* <<

[37] Ídem, *ibídem*. <<

[38] Goded sería trasladado al buque *Uruguay*. Tras ser juzgado por un consejo de guerra, fue fusilado en agosto. Su hijo fue canjeado en octubre de 1937 <<

[39] La cifra sería de 2536 víctimas mortales de los nacionales en la represión de la guerra y de la posguerra. Para ambas cifras, véase A. D. Martín Ruiz, *Los mitos...* pp. 84 y ss. <<

[40] Antonio Alquézar en entrevista con el autor reproducida en C. Vidal, *Recuerdo 1936... Una historia oral de la guerra civil española*, Madrid, 1996 <<

[41] A. D. Martín Ruiz, *Los mitos..., p. 82.* <<

[42] Ídem, *ibídem*. <<

[43] Ídem, *ibídem*. <<

[44] Ése fue también el caso de Barbastro que si, geográficamente, está situado en Aragón, militarmente dependía de Cataluña. <<

[45] D. Abad de Santillán, *De Alfonso XIII a Franco*, Buenos Aires, 1974, p. 361. <<

[46] M. Tagüeña, *Oc*, p. 104. <<

[47] P. Mateo Merino, *Oc*, p. 16 <<

[48] HC, v. 4, t. 17, p. 428 <<

[49] A. D. Martín Ruiz, *Los mitos...*, p. 82. Un listado —no exhaustivo— de los asesinados por el Frente popular en la provincia de Madrid puede verse al final de C. Vidal, *Checas de Madrid*, Barcelona, 2004 <<

[50] M. Tagüeña, *Oc*, p. 111 <<

[51] *Milicia popular - Diario del 5 Regimiento de Milicias populares*, año I, n. 4, 30 de julio de 1936. <<

[52] En este mismo sentido pero considerándolo como cifra mínima, véase R. Casas de la Vega, *Oc*, pp. 69 y ss. <<

[53] A. D. Martín Rubio, *Los mitos..., p. 82.* <<

[54] Ídem, *ibídem*. <<

[55] Ídem, *ibídem*. <<

[56] Ídem, *ibídem*. <<

[57] Ídem, *ibídem*. <<

[58] Ídem, *ibídem*. <<

[59] No acabó allí el periplo de Carrasco. Del extranjero pasó a la zona alzada donde acusaría a los militares de Valencia de «cobardía indescriptible». <<

[60] A. D. Martín Rubio, *Los mitos...*, p. 82 y ss. <<

[61] Sobre la reacción encolerizada del dirigente de Falange véase C. Vidal, *José Antonio: la biografía no autorizada*, Madrid, 1996 <<

[62] A. D. Martín Rubio, *Los mitos...*, p. 82. <<

[63] Ídem, p. 86. <<

[64] Acerca de éste, véase la monografía de D. Sueiro, *La flota es roja*, Barcelona, 1983. <<

[65] R. Salas Larrazábal, *Historia del Ejército Popular de la República*, Madrid, 1973, vol. I, pp. 216-217. <<

[66] J. Busquets, *El militar de carrera en España*, Barcelona, 1971, 2.a ed., p. 167. <<

[67] En el mismo sentido, R. y J. Salas Larrazábal, *Historia...*, p. 60. <<

[68] Acerca de los diversos procesos revolucionarios que tuvieron lugar en la España republicana, véase: V. Alba (ed.), *La revolución española en la práctica*, Gijón, 1977; M. Alpert, *El ejército republicano en la guerra civil*, París, 1977; W. L. Bernecker, *Colectividades y revolución social*, Barcelona, 1982; F. Borkenau, *El reñidero español*, París, 1971; P. Broué, *La revolución española (1931-1939)*, Barcelona, 1977; I. Iglesias, *León Trotsky y España (1930-1939)*, Gijón, 1977; G. Leval, *Colectividades libertarias en España*, Madrid, 1977; J. Maurín, *Revolución y contrarrevolución en España*, París, 1966; J. G. Payne, *La revolución y la guerra civil española*, Gijón, 1976; L. Trotsky, *La revolución española*, Gijón, 1977; C. Vidal, *Durruti*, Madrid, 1996. <<

[69] Al respecto, véase. C. Vidal, *Checas de Madrid*, Barcelona, 2004, pp. <<

[70] No menos importante es el hecho de que la revolución, que funcionó bien en ciertos sectores, en otros provocó una caída de la producción que resultó punto menos que espectacular. En el caso de Cataluña si tomamos enero de 1936 como base 100, en el último trimestre de 1936 la producción descendió hasta 65, en la primavera de 1938 descendió a menos de 50 y en el otoño de ese mismo año se situó por debajo de 30. <<

[⁷¹] Véase supra, pp. 98-102. <<

[72] La opción preferida era México pero también se pensó en Hedjaz, Turquía, Lituania o Estonia.

<<

[73] Vid supra, 98 y ss. <<

[74] R. y J. Salas Larrazábal, *Historia...*, p. 67. <<

[75] Acerca de la intervención de las potencias extranjeras, véase: H.-H. Abendroth, *Hitler in derspanichen Arena*, Paderborn, 1973; J. M. Borras Llop, *Francia ante la guerra civil española*, Madrid, 1981; C. Breen, *La Droite française et la guerre d'Espagne (1936-1939)*, Ginebra, 1973; E. H. Carr, *La Comintern y la guerra civil española*, Madrid, 1986; J. E. Coverdale, *La intervención fascista en la guerra civil española*, Madrid, 1979; A. Marquina, *La diplomacia vaticana y la España de Franco (1936-1945)*, 1983; T. G. Powell, *Mexico and the Spanish Civil War*, Albuquerque, 1981; J. Salas, *Intervención extranjera en la guerra de España*, Madrid, 1974; VV. AA., *La solidaridad de los pueblos con la República española*, Moscú, 1974; C. Vidal, *Intrépidos y sucios: los españoles vistos por Hitler*, Barcelona, 1996; A. Viñas, *La Alemania nazi y el 18 de julio*, Madrid (2.^a ed), 1977. <<

[76] J. A. Ansaldo, *¿Para qué...?*, Buenos Aires, 1951, p. 31; Gil Robles, *No fue posible la paz*, Barcelona, 1968, p. 712 (Gil Robles equivoca, sin embargo, la fecha); X. Tusell y G. García Queipo de Llano, *Franco y Mussolini*, Barcelona, 1985. <<

[77] El testimonio de uno de los protagonistas de este histórico encuentro junto con el texto del compromiso en A. de Lizarza, *Memorias de la conspiración (1931-1936)*, Madrid, 1986, 5.a ed, pp. 28 y ss. <<

[78] Al respecto, véase: C. Vidal, *Intrépidos y sucios: los españoles vistos por Hitler*, Barcelona, 1996, pp. 29 y ss. <[<<](#)

[79] *Documents on German Foreign Policy 1918-1945*, Washington, 1950, Series D, vol. III, Doc. n. 11. <<

[80] Sólo nueve aviones italianos llegaron a poder de Franco. De los otros tres, uno cayó al mar, otro se estrelló en Argelia y otro aterrizó en el Marruecos francés. <<

[81] *Documents*, Series D, vol. III, doc. n. 5. <<

[82] Acerca de R. Hess, véase: *R. Hess*, Reden, Munich, 1938; J. B. Hutton, *Hess. The Man and his Mission*, Londres, 1970; J. Leasor, *Rudolf Hess. The Uninvited Envoy*, Londres, 1962; R. Manvell y H. Fraenkel, *Hess. A Biography*, Londres, 1971; C. Vidal, *Los incubadores de la serpiente*, Madrid, VV. AA., *The Case of Rudolf Hess. A Problem in Diagnosis and Forensic Psychiatry*, Londres, 1947. <<

[83] Sobre la entrevista, véase: C. Vidal, *Intrépidos y sucios: los españoles vistos por Hitler*, Barcelona, 1996, pp. 61 y ss; I. Hidalgo Salazar, *La ayuda alemana a España 1936-1939*, Madrid, 1975, pp. 42-44; R. Proctor, *Hitler's Luftwaffe...*, pp. 18 y ss; A. Viñas, *La Alemania nazi y el 18 de julio*, Madrid, 1977, pp. 337 y ss. Bernhardt le leyó entonces una carta de Franco. La misma no se ha conservado aunque Bernhardt comentaría a Angel Viñas el contenido de la misma años después. <<

[84] Friburgo, FM, RL 2/v.3187. Este órgano aparece, ocasionalmente, en la literatura española como «Estado mayor W». <<

[85] H. Feis, *The Spanish Story*, Nueva York, 1948, p. 269. <<

[86] Archivo CRCEDHC, 495.18.1135. <<

[87] Plan general de operaciones en España, 10 de octubre de 1936, Arch. RGAS-PI, 495.74.200. <<

[88] Aunque las órdenes iniciales de Hitler insistían en que sus pilotos no combatieran en España, pronto resultó obvio durante agosto que no pasaría mucho tiempo antes de que entraran en acción militar. De hecho, ya el 13 de agosto, a las cuatro de la madrugada dos aviones alemanes bombardearon el navío republicano *Jaime I*, que estaba fondeado en la bahía de Málaga. <<

[89] Se trata de la Orden W A/L n. 44/36 de 31 de agosto de 1936. La misma aparece reproducida en C. Vidal, *Intrépidos*, pp. 65 y ss. <<

Notas capítulo 3

[1] Testimonios orales referentes a esta fase de la guerra en C. Vidal, *Recuerdo 1936... Una historia oral de La guerra civil española*, Madrid, 1996, Sobre el tema, véase: R. de la Cierva, *Historia actualizada...*, pp. 237 y ss. M. Aznar, *Historia militar de la guerra de España*, Madrid, 1940, pp. 93 y ss; J. M. Martínez Bande, *La marcha sobre Madrid*, Madrid, 1982, pp. 53 y ss; F. de Raymundo, *Cómo se inició el Glorioso Movimiento Nacional en Valladolid y la gesta heroica del Alto del León*, Valladolid, 1936. <<

[2] La formaban dos batallones del Regimiento de América, otro del de Sicilia, una bandera de Falange y un par de tercios del Requeté. Al pasar por Logroño se le unieron dos baterías de artillería. <<

[3] Una misión muy interesante —y distinta— en J. Fernández Coppel, *Memorias del general Gavilán*, Madrid, 2005, p. 49 y ss. <<

[4] Estaba compuesta por dos batallones de Bailén y San Marcial, un grupo de voluntarios burgaleses y otro de artillería. El comandante de esta última unidad fue fusilado en Somosierra bajo la sospecha de traición. <<

[5] La componían un batallón del regimiento de Infantería de San Quintín, cerca de doscientos falangistas, un escuadrón montado del Regimiento de Caballería de Farnesio, una sección de ametralladoras y dos baterías del Regimiento de artillería 14 ligero. <<

[6] Testimonios orales referentes a esta fase de la guerra en C. Vidal, *Recuerdo 1936... Una historia oral de la guerra civil española*, Madrid, 1996. Sobre el tema, véase: R. de la Cierva, *Historia actualizada...*, pp. 263 y ss. M. Amilibia, *Los batallones de Euzkadi*, San Sebastián, 1978; M. Aznar, *Historia militar de la guerra de España*, Madrid, 1940, pp. 93 y ss; S. de Beurko, *Gudaris, recuerdos de guerra*, Bilbao, 1977; A. Lizarra, *Los vascos y la república española*, Buenos Aires, 1944; J. M. Martínez Bande, *La marcha sobre Madrid*, Madrid, 1982, pp. 53 y ss; ídem, *La guerra en el Norte*, Madrid, 1969; F. Solano Palacio, *La tragedia del Norte*, Barcelona, 1938. <<

[7] La primera se formó en Mondragón a las órdenes del capitán Urtizberea y tenía la finalidad de avanzar por el puerto de Arlabán y la Cruceta hacia Vitoria. La segunda, a las órdenes de Pérez Garmendía, debía cubrir los accesos a San Sebastián por Alsasua, Beasaín y Tolosa a través de los puertos de Echegárate y Azpiroz. La tercera, a las órdenes del teniente de Carabineros Ortega, debía defender las rutas fronterizas del valle del Bidasoa. Finalmente, la cuarta se ocupaba de sitiar los cuarteles. <<

[8] Testimonios orales sobre este episodio en C. Vidal, *Recuerdo 1936... Una historia oral de la guerra civil española*, Madrid, 1936. Véase asimismo R. de la Cierva, *Historia actualizada...*, pp. 263 y ss. B. F. Aldana, *Cómo fue la guerra de Aragón*, Barcelona, 1937; A. Algarra Rafegas, *El asedio de Huesca*, Zaragoza, 1941; S. Cirac Estopañán, *Héroes y mártires de Caspe*, Zaragoza, 1939; J. Gabriel, *La vida y la muerte en Aragón*, Buenos Aires, 1938; P. Vicente Gracia, S.J., *Aragón, baluarte de España*, Zaragoza, 1938; J. M. Martínez Bande, *La invasión de Aragón y el desembarco en Mallorca*, Madrid, 1970; A. Prats y Beltrán, *Vanguardia y retaguardia en Aragón*, Buenos Aires, 1938. <<

[9] Lojendio, pp. 85-86. <<

[10] El episodio fue relatado por Juan García Oliver en «El comité central de las milicias antifascistas de Cataluña», en *Solidaridad Obrera*, 18 de julio de 1937. <<

[11] A. D. Martín Rubio, *Los mitos...*, p. 82. <<

[12] Aquella actitud debía tener, entre otras consecuencias, una interrupción de la terrible represión llevada a cabo por los anarquistas durante los primeros doce días de la guerra. El 30 de julio de 1936, *Solidaridad Obrera* señalaba que los paseos iban a concluir y que cualquiera que siguiera actuando así sería fusilado («FM: Saliendo al paso de algo que hay que terminar», en *Solidaridad Obrera*, 30 de julio de 1936). Los paseos, sin embargo, no concluyeron hasta finales de año. De sus dimensiones puede darnos idea el hecho de que la misma dirigente anarquista Federica Montseny reconociera el 30 de julio que los asesinados por sus correligionarios ya sumaban de cuatro a cinco mil en Cataluña. Al respecto, véase C. Vidal, *Durruti*, Madrid, 1996. <<

[13] La comarca del Bajo Llobregat —que había vivido una de las insurrecciones anarquistas del período republicano— se opuso a semejante acuerdo pero su empeño resultó totalmente infructuoso. <<

[14] Entrevista de Durruti publicada en el *Toronto Star*, 18 de agosto de 1936. <<

[15] En un sentido similar, véase J. M. Martínez Bande, *La invasión de Aragón y el desembarco en Mallorca*, Madrid, 1970, p. 58, y C. Vidal, *Durruti*, Madrid, 1996. <<

[16] Numerosos datos acerca de la organización de la columna de Durruti en *Umbral* de 19 de noviembre de 1938, impreso con ocasión de la conmemoración del aniversario de la muerte de Durruti. <<

[17] F. Borkenau, *El reñidero español*, París, 1971, p. 75. <<

[18] Paz, p. 406; J. Mira, *Los guerrilleros confederados: un hombre, Durruti*, Barcelona, 1937, pp. 110-111. <<

[19] Testimonio reproducido en E. Pons Prades, «Verano de 1936: ¿Por qué no se tomó Zaragoza?», en *Nueva Historia*, n. 26, marzo de 1979, pp. 59-65. [<<](#)

[20] Informe militar capturado y publicado en *La Libertad*, 24 de julio de 1936. <<

[²¹] *Solidaridad Obrera*, 9 de agosto de 1936. <<

[22] Ese tema excede del objeto del presente estudio. Sobre el mismo, puede consultarse C. Vidal, *Durruti*, Madrid, 1996. <<

[23] Acerca del tema, puede verse: R. de la Cierva, *Historia actualizada...*, pp. 295 y ss. J. L. Alcofar Nassaes, CTV. *Los legionarios italianos en La guerra de España. 1936-1939*, Barcelona, 1972, pp. 21 ss; A. Bayo, *Mi desembarco en Mallorca*, Guadalajara-México, 1944; G. Bernanos, *Los grandes cementerios bajo la luna*, Madrid, 1986; J. M. Martínez Bande, *La invasión de Aragón y el desembarco en Mallorca*, Madrid, 1970; J. Massot y Muntaner, *La guerra civil a Mallorca*, Montserrat, 1976. <<

[²⁴] La misma estaba compuesta por los destructores *Almirante Antequera* y *Almirante Miranda*, los guardacostas *Xauen* y *Tetuán*, el torpedero N. 17, los submarinos B-2, B-3 y B-4, los remolcadores armados R-13 y Ra 14, el algibe A-3, las lanchas I2 e I6 y cuatro o cinco barcas K. Los transportes utilizados fueron *Ciudad de Cádiz*, *Mar Cantábrico*, *Mar Negro*, *Marqués de Comillas*, *Ciudad de Barcelona*, *Ciudad de Mahón*, *Ciudad de Tarragona*, *Isla de Tenerife*, *Cabo Silleiro*, *Ciudadela*, *Jaime II*, *Cíclope*, *Rota*, *Montenegro*, *Giralda*, *Isabel Matute*, *Pons Pascual* y *Trinidad*. <<

[25] Documento 5 en J. M. Martínez Bande, *La invasión*. <<

[26] Las razones de la retirada de Mallorca son todavía hoy objeto de discusión. El relato del propio Bayo (*Mi desembarco*, pp. 232 y ss) donde se exculpa de toda responsabilidad y describe un reembarco extraordinariamente bien realizado, es absolutamente fantasioso. Todo hace pensar que, finalmente, la retirada fue fruto de la improvisación —como la ofensiva— en unos momentos en que, contra lo señalado por Bayo, el enemigo no sólo no estaba quebrantado sino reaccionando y además recibiendo apoyo militar italiano. <<

[27] M. Azaña, *Memorias políticas y de guerra, II*, Barcelona, 1981, p. 269. <<

[28] Entre ellas destacaron la legionaria del comandante Castejón, la del comandante Buiza, la de Falange del teniente de navío Mora, la de voluntarios sevillanos del comandante Carranza, la del comandante Morales, la carlista del comandante Redondo, etc. <<

[29] El mismo Lojendio, historiador oficialista nacional que sólo percibe los horrores del adversario y las luces del amigo señala (p. 98) que «la reacción vigorosa de las columnas nacionales se impuso también con castigo ejemplar». <<

[30] Estas comunicaciones se ampliaron posteriormente en operaciones complementarias. El 30 de agosto, las fuerzas avanzaban sobre Alcalá la Real. El 20 de septiembre tomaron Montefrío y el 21, Algarinejo. Quedaba así establecida la comunicación con el área de Priego de Córdoba. <<

[³¹] Acerca de las mismas, véase especialmente R. de la Cierva, *Historia actualizada...*, pp. 305 y ss.; J. Cuesta Monereo, *La guerra en los frentes del Sur*, Zaragoza, 1961; Lojendio, pp. 109 y ss.; J. M. Martínez Bande, *La campaña de Andalucía*, Madrid, 1969. <<

[32] Tampoco lograron auxiliar al Santuario de Nuestra Señora de la Cabeza donde el 18 de agosto de 1936 se había refugiado un contingente de la Guardia Civil a las órdenes del capitán Cortés. El mismo resistiría hasta el 1 de mayo de 1937 en que, finalmente, las fuerzas republicanas lograron conquistarla. Sobre este episodio, véase: J. Luque Arenas, M. Luengo, E. Munilla, *La epopeya de la Guardia Civil en el Santuario de la Virgen de la Cabeza*, Madrid, 1962; A. Reparaz, *Desde el Cuartel General de Miaja al Santuario de la Virgen de la Cabeza*, Valladolid, 1937; J. Rodríguez de Cueto, *Epopeya del Santuario de Santa María de la Cabeza*, San Sebastián, 1939; J. M. Martínez Bande, *Los asedios. El Santuario de la Virgen de la Cabeza*, Madrid, 1983; J. Urrutia, *El cerro de los héroes*, Madrid, 1965. <<

[33] Inicialmente cada columna estaba formada por una Bandera del Tercio y un Tabor de Regulares, ingenieros, sanidad y una o dos baterías de artillería. <<

[34] En Cala se les unió un grupo de guardias civiles sitiados hasta entonces, y en Santa Olalla hizo lo mismo un conjunto de ciento diez guardias civiles de la Comandancia de Badajoz. <<

[35] Testimonio reproducido en R. de la Cierva, *Nueva...*, p. 205. <<

[36] M. Neves, *La matanza de Badajoz*, Mérida, 1986. <<

[³⁷] Los casos son variados y entre ellos se puede citar a A. Reig Tapia, *Memoria de la guerra civil*, Madrid, 1999, p. 107y ss. (de 9000 fusilados habla este personaje curioso que ha reconocido públicamente que su familia se pasó rezando en Cataluña toda la guerra para que llegara Franco y la salvara de la persecución religiosa del Frente popular), P. Preston, *Franco*, p. 209 (el libro de Preston, muy tendencioso, se caracteriza por un desconocimiento verdaderamente pasmoso de las fuentes primarias y una repetición de tópicos no contrastados procedentes de la propaganda del Frente popular); Sebastián Balfour, *Abrazo mortal*, p. 9 (una obra inspirada, según confesión del autor, en Preston, y carente de valor científico), o F. Espinosa Maestre, *La columna de la muerte*, Barcelona, 2003 (donde el prologuista Josep Fontana llega a equiparar las supuestas matanzas de Badajoz nada menos que con Auschwitz en un lamentable acto de trivialización, que suponemos no querida, del Holocausto), o Julián Casanova en *Víctimas de la guerra*, pp. 76 y 106 (de nuevo sin examinar críticamente las fuentes primarias y, como suele ser bastante habitual en este autor, repitiendo sin contrastar tópicos propagandísticos). Una evaluación verdaderamente magnífica —y demoledora— de todas estas obras en A. D. Martín Rubio, *Los mitos...*, pp. 117 y ss. <<

[38] El estudio definitivo sobre este tema se halla en A. D. Martín Rubio, *Los mitos...*, pp. 117 y ss.

<<

[39] En el mismo sentido, R de la Cierva, *Historia actualizada*, pp. 314 y ss. <<

[40] El 22 de agosto, Alemania envió a Mola los fusiles y munición que había solicitado, pero a través del traficante de armas Veltjens. No se trataba de ayuda oficial del partido nacionalsocialista ni de Hitler. <<

[41] Lojendio, p. 154. <<

[⁴²] Acerca del Alcázar, véase: A. Bullón de Mendoza y L. E. Togores, *El Alcázar de Toledo, fin de una polémica*, Madrid, 2001 (la obra definitiva); H. Matthews, *The Yoke and the Arrows*, 1957 (repleto de errores, pero muy aprovechado por autores cercanos al Frente popular), M. Aznar, *El Alcázar no se rinde*, Madrid, 1957 (magnífica obra de refutación de Matthews que llevó a éste a pedir disculpas por carta a la viuda de Moscardó); R. Casas de la Vega, *El Alcázar*, Madrid, 1976; J. Enríquez de Salamanca, *La vida en el Alcázar de Toledo*, Valladolid, 1937; J. M. Martínez Bande, *Los asedios. El Alcázar*, Madrid, 1983; D. Muro Zegri, *La epopeya del Alcázar*, Valladolid, 1937; A. Palomino, *Defensa del Alcázar. Una epopeya de nuestro tiempo*, Barcelona, 1995; L. Quintanilla, *Los rehenes del Alcázar de Toledo*, París, 1967 (sin valor histórico alguno, pero con una serie de mitos propagandísticos seguidos después por autores como Paul Preston o Hilari Reig Tapia); L. Morata, *¿Fui yo un rehén?*, Madrid, 1997 (una refutación demoledora del panfleto de Quintanilla); A. Risco, *La epopeya del Alcázar de Toledo*, San Sebastián, 1941; J. Ruiz de Santayana, *La pequeña historia del Alcázar*, Madrid, 1973; H. R. Southworth, *El mito de la Cruzada de Franco*, Esplugues, 1986, pp. 192 ss; A. Vilanova Fuentes, *Los defensores del Alcázar de Toledo*, México, 1963. <<

[43] Contra lo que se afirma a veces, la línea telefónica con el Alcázar no estaba cortada, aunque sí intervenida. <<

[44] R. Salas Larrazábal, *Historia...*, I, pp. 268-269. <<

[45] La fuente de las leyendas sobre el Alcázar —no hubo conversación entre Moscardó y su hijo, el hijo de Moscardó no fue fusilado, había rehenes en el Alcázar...— fue el pintor Quintanilla, aunque encontró su mayor repercusión en Herbert Matthews. En su día Matthews fue objeto de una durísima réplica por parte de Manuel Aznar que le llevó a pedir disculpas por escrito a la viuda de Moscardó. Sin embargo, de manera sorprendente, los errores históricos gravísimos —fruto del deseo de propaganda en su origen— han sido repetidos de manera acrítica y no contrastada con las fuentes originales por autores como Paul Preston, Reig Tapia, Blanco Escolá y otros. Al respecto, todas las cuestiones han quedado zanjadas de manera sólida en la monografía, ya citada, de Alfonso Bullón y Luis E. Togores. <<

[46] Una exposición resumida pero muy correcta del tema en P. Moa, *Los mitos...*, p. 254 ss. <<

[47] Citado por B. Bolloten, *La guerra...,* p. 423. <<

[48] La acción de la Junta de Defensa nacional carecía de fundamento jurídico sobre el que asentarse (con excepción, quizá, del Bando de 28 de julio en que se declaraba el estado de guerra) pero ello no fue obstáculo para la promulgación de un conjunto considerable de normas cuya finalidad no fue otra que devolver todos los resortes económicos, políticos y sociales a las clases que habían contemplado la República como una amenaza para sus intereses. Así, los decretos de 28 de agosto (74), 24 de septiembre (128) y 25 de septiembre (133) no sólo liquidaron la reforma agraria sino que además significaron la expulsión de todos los asentados, jornaleros y braceros, fuera cual fuese el sistema de asentamiento. El 8 de septiembre, se produjo la abolición de la ley de jurados y la depuración de jueces. Asimismo se ampliaron las atribuciones de la jurisdicción militar y se suspendieron los plazos judiciales. Asimismo, el Decreto de 13 de septiembre (108) declaró fuera de la ley todos los partidos y agrupaciones políticas o sociales que habían integrado el Frente popular, el de 25 del mismo mes (113) prohibió «todas las actuaciones políticas y las sindicales obreras y patronales de carácter político». En paralelo, se había iniciado la depuración funcionarial, comenzando la de la enseñanza el 28 de agosto, y eliminado «el parlamentarismo» de municipios y ayuntamientos. <<

[49] El episodio fue narrado ya en 1945 por el general Kindelán en *Mis cuadernos de guerra*, Madrid. Aquí utilizamos la reedición con los pasajes suprimidos por la censura entonces editada en Barcelona en 1982, pp. 101 y ss. Kindelán comete algunos errores de confusión entre ambos encuentros y la primera edición fue objeto de algunos cortes efectuados por la censura nacional. Con todo, su relato es esencial para el estudio de este hecho cargado de suma relevancia. <<

[50] De interés para el ascenso de Franco en los medios nacionales, son P. Noury, *Francisco Franco: la conquista del poder*, Gijón, 1976; A. Kindelán, *Mis cuadernos de guerra* (debe tenerse en cuenta que la edición publicada en España durante la posguerra está censurada) e ídem, *La verdad de mis relaciones con Franco*, Barcelona, 1981; P. Sainz Rodríguez, *Testimonio y Recuerdos*, Barcelona, 1978. <<

Notas capítulo 4

[1] Testimonios orales de la batalla de Madrid en C. Vidal, *Recuerdo 1936... Una historia oral de la guerra civil española*, Madrid, 1936, pp. 135y ss. Sobre el mismo tema, aparte de las secciones en obras generales, véase: R. Salas Larrazábal, *Historia...*, pp. 542 y ss. M. Aznar, *Historia militar de la guerra de España*, Madrid, 1940, pp. 277 y ss.; A. Castells, *Las Brigadas Internacionales de la guerra de España*, Esplugues de Llobregat, 1974, pp. 98 y ss.; R. Colodny, *El asedio de Madrid*, París, 1970 (una versión en la línea propagandística de la Komintern); O. Conforti, *Guadalajara*, Barcelona, 1977; G. Hills, *¡No pasarán! Objetivo Madrid*, Madrid, 1978; D. Kurzman, *Milagro en noviembre*, Madrid, 1981; E. Líster, *Memorias de un luchador, vol I: los primeros combates*, Madrid, 1977, pp. 163 y ss.; L. M. de Lojendio, *Operaciones militares de la guerra de España*, Barcelona, 1940, pp. 176 y ss.; A. G. London, *España, España...*, 1965, Praga, pp. 156 y ss.; J. Llarch, *La muerte de Durruti*, Barcelona, 1973; J. Modesto, *Soy del Quinto Regimiento*, París, 1969, pp. 58 y ss. S.H.M., *La lucha en torno a Madrid en el invierno de 1936-1937*, Madrid, 1984; ídem, *La marcha sobre Madrid*, 1982; V. Rojo, *España heroica*, Esplugues de Llobregat, 1975, pp. 43 y ss.; ídem, *Así fue la defensa de Madrid*, México, 1967; M. Tagüeña, *Testimonio de dos guerras*, México, 1973, pp. 137 y ss.; M. Vázquez y J. Valero, *La guerra civil en Madrid*, Madrid, 1978. <<

[2] La relación comprende un hermano de la congregación de San Vicente de Paúl, asesinado en Hortaleza; tres religiosos redentoristas del convento de San Miguel de Madrid, asesinados en la Casa de Campo; un hermano marista fusilado en la misma zona de Madrid; un carmelita descalzo; dos dominicos; un sacerdote agustino muerto junto a su domicilio en la calle de Porlier y cuatro escolapios, uno del colegio Calasancio y otro del colegio de San Fernando. <<

[3] Relación completa en Apéndice I de C. Vidal, *Checas de Madrid*, Barcelona, 2003. <<

[4] Están documentados entre otros los casos de Fernando García Bastarrica, Miguel Blanco Rodríguez, Teresa Pérez Villaverde o Jesús Pedrero García Noblejas que moriría poco después en la cárcel Modelo de Madrid a consecuencia de las torturas sufridas en la checa. Véase CG, pp. 66 y ss. <<

[5] CG, p. 67. <<

[6] CG, p. 68. <<

[7] Un ejemplo de ese punto de vista, insostenible a la luz de las fuentes, en F. Moreno Gómez, El terrible secreto del franquismo en La aventura de la Historia, 3, 1999, pp. 12-25. Un análisis muy fundamentado en contra de este tópico en A. D. Martín Rubio, *Los mitos...*, pp. 153 y ss. <<

[8] La carrera de Muñoz Martínez en la masonería fue realmente notable. Ingresó en ella en 1924 cuando tan sólo contaba treinta y seis años de edad. Conspirador contra la monarquía y a favor de la república, el día de la proclamación de ésta fue promovido al grado 24 de la masonería. En 1933 es designado vocal del gran consejo federal simbólico y en agosto de 1935 es designado candidato a la elección de Gran Maestre nacional. No lo consiguió al quedar el cuarto pero ese mismo año se le confirió el grado 33 (AHN-CG, 1530 (1) Pieza 4 Checas Ramo 23, folios 187-190). <<

[9] Al respecto son de especial interés los testimonios de Manuel Rascón Ramírez que fue miembro de uno de los tribunales de la checa y de Julio Diamante Menéndez. Diamante era un ingeniero afiliado a Izquierda Republicana y decidió abstenerse de participar en las tareas del Comité al comprender que éste iba a entregarse sin control alguno a la práctica del asesinato político. Al terminar la guerra, fue juzgado por un consejo de guerra y, precisamente, su voluntad de salir del Comité le aseguró una sentencia relativamente leve. <<

[10] Sobre este y otros aspectos de la actuación de la checa de Fomento, véase CG, pp. 71 y ss. <<

[11] Testimonio de Federico Arnaldo Alcover, CG, pp. 75 y ss. <<

[12] El número de brigadillas no fue inferior al medio centenar, es decir, no menos de cinco por cada grupo del Frente popular. En ese mismo sentido, véase R. Casas de la Vega, *El terror...*, p. 113. <<

[13] Testimonio de Manuel Rascón Ramírez, AHN-CG-Legajo 1530 (1) Pieza 4 Ramo separado 3 Folio 91. [<<](#)

[14] Ídem, *ibídem*. <<

[15] Declaración de Cándida García Nuño, ídem, fol. 151. <<

[16] Ídem, Fol. 108. <<

[17] Fue el caso de Miguel Talavera, fusilado el día 28 de octubre de 1936. <<

[18] Véase páginas y ss. <<

[19] Diario de sesiones de 20 de marzo de 1935. <<

[20] Documentación en AIDCIP 182-183. <<

[21] Idem, folio 135. <<

[22] Reproducción fotográfica de todos los documentos en AIDCIP, frente a página 190. <<

[23] AHN-GC-Legajo 1530 (1). Pieza 4 Checas Ramo separado 23 folios 179 a 190 r y v. <<

[24] *El Heraldo de Madrid* de 13 de agosto de 1936 publicó, por ejemplo, un reportaje pletórico de elogios a la Escuadrilla del Amanecer en el que se indicaba que hasta esa fecha había llevado a cabo cuatrocientas ochenta y seis detenciones amén de unos doscientos registros. Entre los detenidos de mayor relevancia se citaban al republicano Melquíades Álvarez, al doctor Albiñana, al capitán Valdivia que había sido director de seguridad durante la república, al capitán Gándara y al general Araujo. Todos ellos serían asesinados posteriormente. <<

[25] De manera bastante significativa, los efectivos de la checa no sólo saquearon los pisos del citado edificio, uno de los cuales pertenecía al marqués de Corpa, sino también la vivienda particular de Manuel Miguel González, administrador del citado marqués, que fue saqueada. Al respecto, véase CG, pp. 90 y ss. <<

[26] Ídem, *ibídem*. <<

[27] De especial interés es el reportaje publicado por el periódico madrileño *Política* el 30 de septiembre de 1936 con el título «Organismos regenerados — La nueva Policía de la República», donde se realizaba un verdadero panegírico de García Atadell y sus chequistas. <<

[28] El número del semanario *Crónica* de 13 de septiembre de 1936 publicaba, por ejemplo, una fotografía en la que aparecían en compañía de García Atadell y algunos de sus chequistas, los diputados socialistas Almoneda, Bujeda y Alvar así como el citado ministro Anastasio de Gracia.

<<

[29] A título de ejemplo no exhaustivo puede mencionarse a José Agulló Lloret, Julián Pesteguía Urra, Carlos Bartolomé Capelo, Ricardo Beltrán Flores, Diego Benjumea Burín, Rafael Benjumea Medina, Rafael Calvo de León y Torrado, Mariano Carrascosa Jaquotot, Doroteo Céspedes Marañón, Agustín Corredor Florencio, Antonio Cumellas Alsina, Luis Chico Montes, Víctor Delgado Aranda, Miguel Fermín Imaz, Pedro Fernández Molina, Juan Galduch Guerra, Aurelio García Contento, Luis García Dopico, Francisco Gonzalo Herrera, León López de Longoria y Morán, Julio Martínez Jaime, Emilio Picón Hernández, Mariano Poyuelo Mollán, Luis Rodríguez Villar, Pedro Sáinz Marqués, Simón Serrano Benavides, Antonio Vidal Díaz, Bernardo Vidal Díaz, José Villanueva Torno y las mujeres Emilia Castilblánquez Amores y Dolores Flores Castilblánquez. <<

[30] Así lo informaba en curiosa paradoja histórica el 26 de noviembre de 1936 el periódico *Política*, que tanto había alabado la labor de la checa de García Atadell. <<

[31] CG, p. 117. <<

[32] Entre ellos pueden mencionarse los de Manuel Albite Antero, Pedro Ardura Gallo, Antonio Arenas Ramos, Rafael Bartolomé y Fernández de Ángulo, Tomás Bueno Romero, Rodolfo del Castillo Martí, Teófilo Chico García, Francisco Cobos Carmona, Antonio Dávila Avalos, Juan José Echevarría Orejón, Ángel Esteve Jimeno, Marino Fernández de la Cruz, Antonio Flores Guillamón, Basilio Gamo, Germán Garibaldi González, Antonio Gil Varela, Manuel Grande Magdalena, Joaquín Grau y Crespo, Severino Gurpegui Suescun, Miguel Lahoz Burillo, Julio Llantada Martínez, Joaquín Martín Criado, Rafael Mondria Merín, Ricardo Nárdiz Zubía, Carlos Navarro y Díaz Agero, José O'Mulryan y García Loygorri, Pedro Onsurbe Molinero, Joaquín Pérez Linares, Juan Ramis Meas, Manuel Ramos Roales, Enrique Rodríguez Hurtado, Tomás Rodríguez Losada, Juan Tomás Rodríguez Romero, José Rico Martín, Manuel Sánchez Peláez, Domingo Soria Andrés, Miguel de la Torre de Traviena, José Velázquez Tílez, Guillermo Villamora Pablo, y las mujeres María Gómez, María Iribarren Martínez y Teresa Polo Jiménez.

<<

[33] A. D. Martín Rubio, *Los mitos...*, pp. 82 y 86. Una relación nominal de buena parte de las víctimas del Frente popular en Madrid en C. Vidal, *Checas de Madrid*, Barcelona, 2003, pp. 305 y ss. <<

[34] Al respecto, véase: C. Vidal, *Durruti*, Madrid, 1996. <<

[35] Entre éstas se encontraron la creación del Comisariado político (órdenes 211 y 212 de 15 y 16 de octubre), del saludo militar con el puño cerrado (orden de 4 de octubre) y de la estrella roja de cinco puntas como signo distintivo (orden de 31 de octubre). <<

[36] La militarización de las milicias no se produjo hasta el 20 de diciembre de 1936. <<

[37] Ver más adelante pp. 236 y ss. <<

[38] Éstas habían tomado mientras tanto Navalperal, Hoyo y San Bartolomé de Pinares, el puerto de Arrebatacapas y Cebreros. <<

[39] DDF, Tomo III, doc., 374, 405, 407 y 504. <<

[40] Sobre el mismo, véase especialmente R. Salas Larrazábal, *Historia del Ejército popular de la República*, Madrid, 1973, pp. 548 y ss. <<

[41] En orden de eficacia de los cazas habría que señalar el mosca, el italiano Fiat, el chato y, finalmente, a mucha distancia el Heinkel. Por lo que se refiere a los bombarderos, el mejor era el Katiuska soviético, seguido por el S-81 y luego el Ju-52 alemán. Finalmente, en aviones de reconocimiento los mejores eran los rasantes y natachas seguidos de cerca por el Ro-37 y a bastante distancia por el germano He-46. <<

[42] Sobre estos episodios, véase: C. Vidal, *Checas de Madrid*, pp. 119 y ss y 126 y ss. <<

[43] H. E. Knoblaugh, *Corresponsal en España*, Madrid, 1967, p. 113. La edición original inglesa es de 1937 existiendo otra con un apéndice escrito en septiembre de 1938. [<<](#)

[44] En un sentido idéntico, R. Salas Larrazábal, *Historia...*, I, p. 611 y ss. <<

[45] *Milicia Popular*, 8 de octubre de 1936. <<

[46] La famosa frase no se originó, sin embargo, en la guerra civil española sino en 1916 en relación con el Verdún atacado por el ejército alemán. Los aviones alemanes bombardeaban la Ciudad Universitaria para facilitar el avance de las fuerzas nacionales. <<

[47] Los mandos de las fuerzas republicanas eran los siguientes: en Villaverde-Entrevías, el comandante Lister; en Vallecas, el teniente coronel Bueno; bajo el mando del coronel Mena: en el Puente de la Princesa, el coronel Prada; en Carabanchel, el comandante Rovira; en la Carretera de Extremadura, el coronel Escobar y, al ser éste herido, el teniente coronel Arce; bajo el mando del coronel A. Coque: en la Casa de Campo y el Puente de la República, el coronel Clairac, y al ser este herido, el teniente coronel Galán; en el Puente de los Franceses, el comandante Romero; en Humera-Pozuelo, el comandante Galán; en Boadilla del Monte, el coronel Barceló; bajo el mando del comandante Zamarro: la defensa artillera; bajo el mando del coronel Aldir: la dirección de los trabajos de fortificación; bajo el mando del doctor Planelles: el servicio sanitario. Antes del día 15 de noviembre fueron llegando las siguientes unidades de refuerzo: bajo el mando del coronel Alzugaray: 4.a Brigada (Arellano) en la Estación del Norte; Columnas Ortega, Durruti, Tierra y Libertad y Motorizada socialista, después 5.a Brigada (Sabio) en la Ciudad Universitaria. I Brigada Internacional (luego XI) y columnas Mera, Perea y Cavada en el Frente Oeste desde la Ciudad Universitaria hasta Humera; II Brigada (Martinez Aragón) en el Clínico; II Brigada Internacional (luego XII). <<

[48] Sobre las Brigadas Internacionales, véase: C. Vidal, *Las Brigadas internacionales*, Madrid, 2006; R. de la Cierva, *Las Brigadas Internacionales*, Toledo, 1996; J. L. Alcofar Nassaes, «*Spansky*», Barcelona, 1973; A. Bessie y A. Prago (eds.), *Our Fight*, Nueva York, 1987 (una visión oficialista); A. Castells, *Las Brigadas Internacionales de la guerra de España*, Esplugues, 1974 (el libro presenta muchos errores fácticos, pero fue un hito en su época); J. Delperrie de Bayac, *Las Brigadas internacionales*, Gijón, 1982; C. Geiser, *Prisoners of the Good Fight*, Westport, 1986; W. L. Katz y M. Crawford, *The Lincoln Brigade*, Nueva York, 1989; M. Felsen, *The Antiwarrior*, Iowa, 1989 (memorias de un interbrigadista); A. Landis, *Spain! The Unfinished Revolution*, Baldwin Park, 1972; ídem, *Death in the Olive Groves*, Nueva York, 1989; L. Lee, *Moment of War*, Nueva York, 1991; M. Merriman y W. Lerude, *American Commander in Spain*, Reno, 1986; S. Nelson, *The Volunteers*, Nueva York, 1953 (una versión propagandística de un comunista); E. Rolfe, *The Lincoln Battalion*, Nueva York, 1939 (similar al anterior). <<

[49] El estudio más completo sobre este episodio en C. Vidal, *Paracuellos-Katyn*, Madrid, 2005. Ian Gibson ha reeditado recientemente su libro de 1983, *Paracuellos: cómo fue*. De manera absolutamente incomprendible, Gibson no ha revisado el texto a la luz de la documentación soviética exhumada en los últimos años. De esa manera, no pocos de los errores de su texto relativos a los responsables, a la cifra de asesinados o al papel del Terror en la España del Frente Popular, comprensibles hace más de dos décadas, resultan ahora totalmente carentes de justificación. Por ejemplo, sorprende que pueda calificar a Muñoz Martínez, director general de Seguridad, como «conocido por su valor y hombría de bien y, cabe pensarlo, incapaz de acción tan baja» (p. 116). El juicio raya con lo disparatado si se tiene en cuenta el terrible papel representado por Muñoz Martínez en el Terror rojo sufrido por Madrid. No obstante, indica los prejuicios ideológicos de Gibson —que ha llegado a afirmar recientemente que «comprende» los asesinatos de Paracuellos— y, especialmente, su más que defectuosa metodología histórica sustentada de manera fundamental en la lectura de la prensa y la realización de entrevistas. <<

[50] M. Koltsov, *Diario de la guerra de España*, Madrid, 1978, pp. 1911993 y 208. <<

[51] Según confesión de S. Carrillo, Memorias, p. 85, que veía con exce-lentes ojos los supuestos éxitos soviéticos. <<

[52] S. Carrillo, *Memorias*, p. 86. <<

[53] Ídem, *ibídem*, p. 91. <<

[54] Al respecto, véase el testimonio de F. Claudín, *Santiago Carrillo*, Barcelona, p. 22. <<

[55] J. S. Vidarte, *El bienio negro y la insurrección de Asturias*, Barcelona, 1978, pp. 185 y ss. <<

[56] En el mismo sentido, véase E. Líster, *¡Basta!*, p. 173 y ss. <<

[57] Citado en D. Jato, *Oc*, p. 517. <<

[58] E. Líster, *Oc*, p. 173 y ss. <<

[59] Los datos proceden de las memorias inéditas de Jesús Sánchez Posadas reproducidas por R. de la Cierva, *Carrillo miente*, Madridejos, 1994, p. 166. <<

[60] E. Castro Delgado, *Hombres made in Moscú*, p. 430. <<

[61] En qué iba a concluir aquella petición resultaba obvio para los que vivían en el Madrid del Frente popular. De hecho, Portes Alcalá, un funcionario de la prisión, sabedor de que los presos militares superaban el millar y consciente de que los iban a asesinar, decidió abandonar su trabajo y refugiarse ese mismo día en la embajada de Austria. Al respecto, véase Portes Alcalá, *Oc*, p. 96.

<<

[62] M. Koltsov, *Diario*, pp. 191 y ss. I. Gibson, *Paracuellos*, pp. 54 y ss., ha puesto de manifiesto con notable claridad el desdoblamiento de personalidad que Koltsov realiza en su *Diario* entre él mismo y un tal Miguel Martínez —también el mismo Koltsov— cuando señala su papel en las matanzas de Paracuellos, sus contactos continuados con el socialista Álvarez del Vayo o sus relaciones privilegiadas con el Comité central del PCE. <<

[63] E. Castro Delgado, *Hombres...*, p. 438 y ss. <<

[64] Éstos serían Manuel Rascón Ramírez de la CNT, Antonio Molina Martínez del PCE, Manuel Ramos Martínez de la FAI, a Félix Vega Sanz de la UGT y a Arturo García de la Rosa de las Juventudes socialistas unificadas. <<

[65] Juan Alcántara, Ramón Torrecilla Guijarro y Santiago Álvarez Santiago. <<

[66] Gibson, *Oc*, p. 49 <<

[67] Declaración de Ramón Torrecilla Guijarro reproducida en I. Gibson, *Oc*, p. 260 <[<<](#)

[68] Declaración de R. Torrecilla transcrita en I. Gibson, p. 262 <<

[69] Ídem, *ibídem*. <<

[⁷⁰] El alcalde de Paracuellos le insistiría varias décadas después en el hecho de que las fosas no estaban abiertas con antelación cf.: I. Gibson, *Para-cuellos*, pp. 13 y ss., sino que los cadáveres se habían acumulado y, posteriormente, se procedió a darles sepultura. La declaración del alcalde es obviamente un intento de asegurar que nadie en Paracuellos, incluido su padre, sabía nada de lo que estaba sucediendo (p. 13). Gibson afirmó (p. 14) que la mirada del alcalde le convenció de la veracidad de sus afirmaciones, pero lo cierto es que la realización de asesinatos masivos sin previamente proceder a cavar las fosas donde irían a parar los cadáveres no es verosímil y choca con la práctica habitual en este tipo de casos. <<

[⁷¹] Algunos de los sepultureros obligados llegarían a sobrevivir a la guerra y podrían prestar su testimonio de lo ocurrido. Tal fue el caso de Gregorio Muñoz Juan y de Valentín Sanz, que serían alcalde y secretario del municipio de Paracuellos. <<

[72] A título de ejemplo puede señalarse que la cuarta medida 160 metros de longitud por cuatro de anchura, que la quinta contaba con una capacidad de ocho metros de ancho por 60 de longitud y la sexta con unas dimensiones de ocho por 120 m. <<

[73] Schlayer, *Oc*, p. 84. <<

[⁷⁴] Datos bien documentados en R. Salas Larrazábal, *Historia del Ejército popular de la República*, Madrid, vol. I, p. 610. <<

[75] Referencia a los cuatro testigos presenciales en I. Gibson, *Oc*, p. y en R. de la Cierva, *Carrillo*, p. 209. <<

[76] El testimonio de Ramón Torrecilla sobre esta reunión aparece reproducido en I. Gibson, *Oc*, p. 264. <<

[77] Reproducido en *ABC*, 13 de noviembre de 1936, p. 13. <<

[78] De manera nada extraña Carrillo omite en sus *Memorias* los tres hechos que acabamos de mencionar. R. de la Cierva, *Carrillo*, pp. 213 y ss. <<

[79] Reproducida en CG, p. 239. <<

[80] No deja de ser revelador el silencio absoluto que Carrillo guarda en sus *Memorias* sobre esta segunda fase de las sacas. <<

[81] El texto aparece reproducido en I. Gibson, *Oc*, pp. 170 y ss. <<

[82] Entre los ciento trece muertos de la primera se hallaban, como ya hemos indicado, Pedro Muñoz Seca, Angel Cos-Gayón, Diego MacCrohon, Gerardo, Javier y Ramón Osorio de Moscoso, Alvaro y Guillermo Sainz de Baranda y Carlos Súnico. En la segunda se hallaba un joven falangista de quince años llamado Ricardo Rambla Madueño, que llegó incluso a recibir el tiro de gracia junto a la zanja de Paracuellos pero al que la bala se le quedó alojada en la boca sin causarle la muerte. Huiría finalmente del lugar y, tras permanecer oculto tres días, llegaría a casa de su madre, que se ocupó de él. Al respecto, véase I. Gibson, *Oc*, pp. 145 y ss.; C. Fernández, *Oc*, p. 198; R. de la Cierva, *Carrillo*, pp. 221-222. <<

[83] El ayuntamiento de Madrid, siendo alcalde el socialista Enrique Tierno Galván, intentaría años después ocultar el crimen refiriéndose a la muerte de Arturo Soria hijo «en extrañas circunstancias», una afirmación que provocaría en Luisa Soria Clavería, hija del asesinado, una solicitud de rectificación que nunca se produjo. Véase una descripción del incidente en R. de la Cierva, *Carrillo*, pp. 222 y ss. <<

[84] Un listado nominal de más de cuatro mil en C. Vidal, *ParacuellosKatyń...*, p. 327 y ss. Gibson insiste en 2400 (p. 223 y ss.), pero, como suele ser habitual, con otras afirmaciones, dista de justificar sus conclusiones que, por añadidura, son equivocadas. <<

[85] La responsabilidad de Carrillo en las matanzas ha sido afirmada por todos los que han estudiado con rigor las matanzas de Paracuellos. Al respecto, puede verse: C. Fernández, *Paracuellos: ¿Carrillo culpable?*, Barcelona, 1983, p. 104; I. Gibson, *Paracuellos*, (especialmente en lo relativo a la segunda oleada de sacas); R. Casas de la Vega, *El terror rojo*, y R. de la Cierva, *Carrillo*. Dada la contundencia de las pruebas y testimonios, resulta chocante la voluntad exculpatoria que se aprecia en J. Cervera, *Madrid en guerra. La ciudad clandestina 1936-1939*, pp. 92, así como la manera en que pasa por alto algunos de los aspectos esenciales en este episodio. <<

[86] Jesús de Galíndez, *Los vascos en el Madrid sitiado*, Buenos Aires, 1945, pp. 66 y ss. <<

[87] RGVA, c.33987, i. 3, d. 1015, pp. 92-113. <<

[88] Se ha publicado en castellano una traducción del texto que, incomprensiblemente, se encuentra mutilada a pesar de proceder del texto de R. Radosh, M. R. Habeck y G. Sevostianov (eds.), *España traicionada*, Barcelona, 2002. Hemos optado, por lo tanto, por realizar nuestra traducción a partir del original. <<

[89] Así en el original ruso. <<

[90] C. Vidal, *Paracuellos...*, pp. 191 y ss. <<

[91] F. Largo Caballero, *Correspondencia...*, p. 238. <<

[92] Se trataba de un Heinkel He 10, un Henschel Hs 123 y un Junker Ju 87. <<

[93] A base de refuerzos procedentes de África y de otros frentes, se creó en esos días la División Reforzada de Madrid. Ésta, a las órdenes del general Orgaz, pasó a constituir un Cuerpo de Ejército unida a las Divisiones de Avila y Soria. El mismo tenía la misión de coordinar las operaciones en torno a Madrid y fue puesto a las órdenes del general Saliquet. <<

[94] Un estudio completo del episodio en C. Vidal, *Paracuellos...*, pp. 207 y ss. De manera inexplicable, Gibson (p. 127 y ss.) da un relato del episodio confuso y vago, en el que no aparece mención alguna del relevante papel representado por los agentes de Stalin en España. <<

[95] La noticia recibió lógica cobertura en la prensa republicana. Al respecto, véase: *Política*, 10 de diciembre de 1936. <<

[96] Así lo indicó *Política*, el 10 de diciembre de 1936. <<

[97] Delmer recogería este testimonio en *Trail Sinister*, Londres, 1961, pp. 322 y ss. <<

[98] A. García Lacalle, *Mitos y verdades*, México, 1973. <<

[99] Un relato de la entrevista en C. Vidal, *Intrépidos*, pp. 77 y ss. <<

[100] Sobre la batalla del Jarama, véase: R. de la Cierva, *Historia actualizada...*, pp. 664 y ss. Aróstegui y J. A. Martínez, *La Junta de Defensa de Madrid* (muy tendencioso y con abundantes errores), Madrid, 1984; M. Aznar, pp. 331333; R. Colodny, *El asedio de Madrid*, París, 1970, pp. 107 y ss.; G. Hills, pp. 195 y ss.; E. Líster, *Memorias*, pp. 187; A. G. London, pp. 213 y ss.; J. Modesto, *Soy del Quinto Regimiento*, París, 1974, pp. 80 y ss.; V. Rojo, *Así fue la defensa de Madrid*, México, 1967, pp. 152; ídem, *España heroica*, pp. 57 y ss. M. Vázquez y J. Valero, pp. 277 y ss. <<

[101] Sobre la Legión Condor, véase: L. Molina Franco y J. M: Manrique García, *Legión Cóndor. La Historia olvidada*, Valladolid, 2000 (el mejor en estudio) R. J. Bender, *Legion Condor*, San José, 1992; R. L. Proctor, *Hitler's Luftwaffe in the Spanish Civil War*, Westport, 1983; C. Vidal, *Intrépidos y sucios: los españoles vistos por Hitler*, Barcelona, 1996. <<

[102] La XI de Hans Kahle, la XII de Lukacs y la XIV de Walter y cuatro españolas. <<

[103] La organización de las fuerzas del Jarama fue: Cuerpo de Ejército III: teniente coronel Burillo; jefe de Estado mayor, comandante D. Otero. División A (luego División 13) (teniente coronel Arce, luego el teniente coronel Castillo): Brigadas V, XII y XIV. División B (luego División 15) (Gal): Brigadas XI, XV y XVII. División 11 (Líster): Brigadas I, XVIII y XXIII. División C (luego División 16) (comandante Gúemes): Brigadas LXVI, XIX y XXIV. Sector Aranjuez (luego División 49) (teniente coronel Rubert): Brigada XLV y otras dos en formación. Comandancia general de Artillería (teniente coronel Cuesta). Servicios: destacados del Ejército del Centro. <<

[104] El cálculo de 50 000 contenido en R. Colodny, p. 127, resulta obviamente exagerado. <<

[105] Sobre las primeras unidades italianas en España, véase: J. L. Alcofar Nassaes, *CTV los legionarios italianos en la guerra civil española*, Barcelona, 1972, pp. 30 y ss.; y 42 y ss.; E. Faldella, *Venti mesi di guerra in Spagna*, Florencia, 1939, pp. 80 y ss. y 122 y ss. F. Belforte, *La campagna dei volontari italiani*, Milán, 1939, v. I, p. 51 y ss. <<

[106] Reproducido en J. L. Alcofar Nassaes, CTV, p. 53. <<

[107] Documentos secretos, pp. 21-23. <<

[108] Von Faupel, en un telegrama de 7 de enero de 1937, hace referencia a 4000 italianos en Sevilla y otros 2000 que venían en camino. <<

[109] Conforti, Oc. <<

[110] Sin embargo, eso es lo que Franco le dijo a Cantalupo (R. Cantalupo, *Embajada en España*, Barcelona, 1951, p. 97) aunque éste no creyó en sus palabras. <<

[111] Consistía el mismo en la primera Brigada de italianos con tres grupos de banderas o regimientos, los grupos 4.^º y 5.^º de banderas independientes, dos compañías de carros de combate, una compañía de blindados y los grupos de artillería, ingenieros, transmisiones y servicios. <<

[112] Pese a la importancia del aporte, hubo sectores en el bando de Franco que no se mostraron, en algunos casos, especialmente entusiasmadas con su llegada. <<

[113] Telegrama de von Faupel a sus superiores en Berlín de 12 de enero de 1937. <<

[114] En el mismo estaban incluidos enclaves como Albendín, Valenzuela, Santiago e Higuera de Calatrava, Cañete de las Torres, Bujalance, El Carpio, Pedro Abad, Villafranca de Córdoba, Montor, Villa del Río, Lopera y Porcuna. <<

[115] Véase nota 32 del capítulo 8. <<

[116] La afirmación de S. G. Payne (*Los militares y la política en la España contemporánea*, Madrid, 1986, p. 400) en el sentido de que fueron los italianos los que idearon la ofensiva sobre Málaga resulta por lo tanto insostenible desde un punto de vista histórico. <<

[117] Es absolutamente insostenible la cifra de 20 000 dada por Tuñón de Lara, *La España del siglo xx*, París, 1966, p. 521. <<

[118] Ha sido objeto de controversia la participación exacta de italianos en la ofensiva. J. Cleugh (*Furia española*, Barcelona, 1964) consideró que la misma había sido muy reducida, G. Hills (*Franco*, Madrid, 1968, p. 275) señaló que las unidades italianas estaban reforzadas por falangistas y requetés y F. Borkenau (*El reñidero*, p. 171) incluso defendió que no hubo italianos. Lo cierto es que las tres columnas, de importancia, eran completamente italianas. <<

[119] Las fuerzas italianas eran las siguientes: Columna de la derecha o de Antequera (coronel Carlo Rivolta, después console Francisci): 3.^{er} grupo de Banderas (Rivolta), 2.a Compañía de carros de asalto (Paladini) y 1.e^r Pelotón de autos blindados. Columna del Centro o de Loja (general Edmondo Rossi «Arnaldi»): 1.er Grupo de Banderas (Balestrieri), la Compañía de carros de asalto (Oreste Fortuna) y Agrupación de Artillería. Columna de la Izquierda o de Alhama (coronel Guassardo, según algunas fuentes general Gusberti): 4.^o Grupo de Banderas (Francesco Gidoni) y 5.^a Batería de Acompañamiento de 65/17 mm. Columna de Reserva en Villanueva de Tapia (coronel Constantino Salvi «Antonio Ramaglio»): 2.^o Grupo de Banderas (Salvi) y 3.^{er} Pelotón de Autos blindados. <<

[120] Las mismas estaban al mando del comandante Gallego desde Archidona, la del comandante Baturone en el centro y la del coronel González Espinosa en el extremo izquierdo, desde la zona de Orgiva. <<

[121] La afirmación de Aznar, p. 341, de que defendían Málaga tres Brigadas Internacionales constituye un auténtico disparate. Sólo una Brigada Internacional llegaría a la zona y con posterioridad a la caída de Málaga. <<

[122] Ha sido objeto de controversia quiénes fueron los primeros en entrar en la ciudad. Mientras Belforte, p. 97, atribuye tal mérito a una patrulla italiana mandada por el mayor De Blasio, Lojendio, p. 128, hace lo mismo con las avanzadillas de la columna de Avarez Rementería. Efectivamente, fueron los españoles los primeros que entraron en la ciudad pero el italiano Rossi fue el primero en asumir el poder civil y militar, poder que cedió sólo unas horas más tarde al duque de Sevilla. <<

[123] V. Teodorani, *Storia del Movimento Fascista*, p. 10. <<

[124] Testimonios orales de Guadalajara en C. Vidal, *Recuerdo 1939: Una historia oral de la guerra civil española*, Madrid, 1996, pp. 158 y ss. Sobre la batalla de Guadalajara, véase: J. L. Alcofar Nassaes, CTV, pp. 75 y ss.; M. Aznar, pp. 369 y ss.; O. Conforti, *Guadalajara*, Barcelona, 1977; G. Hills, pp. 195 y ss.; A. London, pp. 229 y ss.; J. Líster, pp. 201 y ss.; J. Modesto, pp. 87 y ss.; V. Rojo, *Así fue la defensa de Madrid*, pp. 170 y ss.; ídem, *España heroica*, pp. 71y ss.; M. Vázquez y J. Valero, pp. 297 y ss. <<

[125] Martínez Bande, p. 123 da la cifra de 35 222. <<

[126] Mañana en Guadalajara, pasado mañana en Alcalá de Henares y dentro de tres días en Madrid. <<

[127] Las tropas republicanas quedaron dispuestas de la siguiente manera: División 12 (Nino Nanetti): Brigadas 35, 49, 50, 71 y 48. División 11 (Líster): Brigadas 1, 11, 12 y Campesino. División 14 (Mera): Brigadas 65, 70 y 72. <<

[128] Brigadas 1, 65, 70, 71, 72 y 12. <<

[129] Aún así el 2.º Regimiento de la Littorio siguió en línea hasta el 8 de abril. <<

[130] Ciano cifró las bajas en 3000, Díaz de Villegas, p. 102, en 4300. <<

Notas capítulo 5

[1] Testimonios orales sobre la campaña del Norte en C. Vidal, *Recuerdo 1936... Una historia oral de la guerra civil española*, Madrid, 1996, pp. 171 y ss. Sobre la cuestión véase asimismo: R. de la Cierva, *Historia actualizada...*, pp. 825 y ss. M. Amilibia, *Los batallones de Euskadi*, San Sebastián, 1978; P. de Basaldúa, *El dolor de Euskadi*, Barcelona, 1937; F. Belforte, *La Guerra Civil in Spagna*, Milán, 1938-1939; S. de Beurko, *Gudaris*, Buenos Aires, 1956; P. Cía Navascués, *Memorias del Tercio de Montejurra*, Pamplona, 1941; M. Chiapuso, *El gobierno vasco y los anarquistas. Bilbao en guerra*, San Sebastián, 1978; E. Faldella, *Venti mesi di guerra in Spagna*, Florencia, 1939; J. García Fernández, *Diario de operaciones del Tercer Batallón de Palencia y Quinta Bandera de Navarra*, Burgos, 1939; J. L. de la Granja Sainz, *República y guerra civil en Euskadi*, Bilbao, 1990; ídem, *Nacionalismo y II República en el País Vasco*, Madrid, 1986; A. Lizarra, *Los vascos y la república española*, Buenos Aires, 1944; J. M. Martínez Bande, *Vizcaya*, Madrid, 1971; C. Martínez Campos, *Dos batallas de la Guerra de Liberación de España*, Madrid, s.f.; S. Piazzoni, *Las tropas «Flechas Negras» en la guerra de España*, Barcelona, 1941; M. Ribas de Piña, *el 11.º Ligero durante el primer año triunfal*, Santander, 1938. <<

[²] Friburgo, FM, RL 1/v. 3188, «Batalla del Norte», pp. 2-4. <<

[3] *Euzkadi*, 18 de febrero de 1936. <<

[4] Testimonios de nacionalistas vascos en este sentido en S. G. Payne, *El nacionalismo vasco*, Barcelona, 1974, pp. 220 y ss. <<

[5] Diario de Navarra (Pamplona), 23 de julio de 1936. <<

[6] J. Landaburu, *El pueblo vasco frente a la cruzada nacional*, Toulouse, 1966, pp. 162-171. <<

[7] J. del Burgo, *Conspiración y guerra civil*, Madrid, 1970, p. 67. <<

[8] *El Pensamiento navarro*, 4 de agosto de 1936. <<

[9] Carta de 3 de agosto de 1936, reproducida en J. Arrarás, *Historia de la Cruzada española*, Madrid, 1941, XIII, p. 560. <<

[10] S. G. Payne, p. 226. <<

[11] Véase al respecto PRO 1936 W7519/62/41; PRO 1936 W7516/62/41 y PRO 1936 W8874/62/41. [<<](#)

[12] PRO 1936 W7908/62/41. <<

[13] *Euzko-Deya* de Buenos Aires, 10 de mayo de 1945. <<

[14] PRO 1937 W4274/1/41. <<

[15] Este espinoso tema recibió desde muy pronto una profusa atención bibliográfica. Al respecto, véase: P. P. Altabella Gracia, *El catolicismo de los nacionalistas vascos*, Vitoria, 1939; Anónimo, *Le Clergé Basque*, París, 1938 (favorable al PNV); P. de Basaldúa, *En defensa de la verdad*, Buenos Aires, 1956 (favorable al PNV); R. G. García de Castro, *La tragedia espiritual de Vizcaya*, Granada, 1938; S. de Romero Radigales, *El separatismo vasco*, Sofía, 1938; Z. de Vizcarra, *Vizcaya españolísima*, San Sebastián, 1939. <<

[16] La correspondencia entre Aguirre y Gomá se halla en Dr. Azpilikoeta, *The Basque Problem as seen by Cardinal Gomá and President Aguirre*, Nueva York, 1939; J. M. Llorens, *La Iglesia contra la República española*, s.l., 1968, pp. 142-151; A. Zumeta, *Un cardenal español y los católicos vascos*, Bilbao, 1937 y *La guerra civil en Euzkadi. La teología de la invasión fascista*, París, 1937. <<

[17] De éstos el más famoso era el padre José de Ariztimuño «Aitzol» que, por una trágica paradoja, era contrario a que el PNV apoyara al Frente Popular y deseaba llegar a un acuerdo con los nacionales. <<

[18] Texto reproducido en J. M. Martínez Bande, *Vizcaya*, Madrid, 1971, p. 224. <<

[19] En el mismo sentido, S. G. Payne, *El nacionalismo vasco*, p. 259. <<

[20] Con posterioridad se formaron otras dos, la V y la VI, a las órdenes de los coroneles Sánchez González y Bartomeu. <<

[21] Con posterioridad, la Agrupación XXIII de Marzo pasó a reforzar la Brigada de Flechas negras. <<

[22] Diario de Richthofen, entrada de 2 de abril de 1937. <<

[23] El 21 de abril, Roatta informaba en Salamanca al embajador alemán Von Faupel de que los nacionalistas vascos estaban negociando con Franco aunque las negociaciones tenían poco futuro al desear aquéllos «la garantía de una nación neutral». Faupel sugirió a Berlín que él y Roatta podían presentarse como garantes de la seguridad de los vascos, algo lógico teniendo en cuenta el número considerable de fusilamientos que habían tenido lugar después de la toma de Málaga (DGFP, III, p. 276). El 25 de abril, Nicolás Franco informaba a los italianos de que el gobierno de su hermano había ofrecido a los vascos condiciones para la rendición. <<

[²⁴] Acerca del bombardeo de Guernica, véase especialmente J. Salas Larrazábal, *Guernica*, Madrid, 2007 y el análisis sobre el tema en REM, abril de 2007. <<

[25] Entrada del 20 de abril en el Diario de Richthofen. <<

[26] J. M. Martínez Bande, *Vizcaya*, pp. 132-133. <<

[27] Texto en A. Granados, *El cardenal Gomá*, Madrid, 1969, pp. 158159. <<

[28] Véase la versión de Aguirre en J. A. de Aguirre y Lecube, *De Guernica a Nueva York pasando por Berlín*, Buenos Aires, 1944, 2.a ed., pp. 34 y ss. Sí llegó a su poder la propuesta —realizada el 11 de mayo por Cavaletti, cónsul italiano en San Sebastián, al padre Onaindía— de que enviara un telegrama al Duce para solicitar su mediación y a la que Aguirre contestó negando la posibilidad de una rendición. <<

[29] Acerca de los sucesos de mayo, véase más adelante. <<

[30] Texto en Martínez Bande, *Vizcaya*, p. 134. <<

[31] I. Prieto, *Convulsiones de España*, México, 1968, II, p. 29. <<

[32] GD, p. 299 Esa postura, por cierto, sería barajada por Indalecio Prieto en aquellos días. <<

[33] No sólo el enemigo era consciente de la situación. Azaña anotaba en su diario el 31 de mayo que cuando los nacionalistas vascos —que sólo combatían «por su autonomía y semiindependencia»— perdieran Bilbao considerarían la guerra terminada para ellos. <<

[34] Mola se dirigía de Vitoria a Valladolid y el avión en que se desplazaba se estrelló, a causa de la niebla contra un cerro situado en las cercanías de Alcocero. Junto con Mola murieron su ayudante, el teniente coronel de Infantería Gabriel Pozas Perea, hermano del general republicano Sebastián Pozas; el comandante Francisco Senac Sánchez, miembro de su Estado Mayor; el capitán de Caballería que pilotaba el avión, Ángel Chamorro García y el sargento mecánico Luis Fernández Barredo. El mismo día del accidente, Franco le concedió la Cruz Laureada de San Fernando. El 18 de julio de 1948, de forma póstuma, le concedió además el título de duque. <<

[35] Salas, *Historia del Ejército popular*, III, p. 2908. Gamir da la cifra de 35 000 en *De mis memorias: Guerra de España, 1936-1938*, Parfs, 1939, p. 22. <<

[36] Sobre la unificación, véase: M. García Venero, *Historia de la unificación*, Madrid, 1970; M. Hedilla, *Testimonio*, Barcelona, 1972 y H. R. Southworth, *Antifalange*, París, 1967. <<

[37] Sobre los sucesos de mayo y el proceso contra el POUM, véase: J. Maurín, *Cómo se salvó Joaquín Maurín*, Gijón, 1979; A. Suárez, *El proceso contra el POUM*, París, 1974; VV.AA., *El proceso de 1938 contra el POUM*, Madrid, s.d. <<

[38] En el mismo sentido, véase M. Séller y A. M. Nekrich, *Utopia in Power*, Nueva York, 1986, p. 301. <<

[39] La jugada volvería a repetirse en 1938 cuando Yezhov, el sucesor de Yagoda, fue eliminado esta vez para ser sustituido por Beria. <<

[40] R. Conquest, Kolyma: *The Arctic Death Camps*, Nueva York, 1978, pp. 226-229. <<

[41] Sobre el caso Nin, véase: C. Vidal, *Checas...*, pp. 198 y ss. <[<<](#)

[42] No fue la única medida significativa. El 22 de junio de 1937 había sido creado el Tribunal de espionaje y alta traición que arrancaba de los tribunales ordinarios este tipo de cuestiones. <<

[43] A. D. Martín Rubio, *Paz...*, p. 399. <<

[44] En El DEDIDE había nacido en Valencia a finales de 1936 a partir de las Milicias de Vigilancia de Retaguardia tan vinculadas con Ángel Galarza. En Valencia, el DEDIDE estableció checas con el personal de la checa madrileña de Marqués del Riscal a la que ya nos hemos referido y también con un asesor soviético llamado Peter Sonin al que acompañaba su mujer. En mayo de 1938, el DEDIDE pasó a depender del SIM. <<

[45] Por ejemplo, San Lorenzo y Ministerio de Marina en Madrid; Villa Rosa, Escuelas Pías y calle de Sorni 7 en Valencia y Calle Zaragoza, Tamanita, calle Muntaner 321 y Vallmayor o Preventorio D en Barcelona. Sin embargo, las checas no se limitaron a estas capitales. Por ejemplo, las hubo también en Omelles de Nogaya en Lérida o en Almería. <<

[46] De entre los testimonios de antiguos reclusos, véase: F. Ros, *Preventorio D. Ocho meses en la cheka*, Madrid, 1974 y M. Sabater, *Estampas del cautiverio rojo. Memorias de un preso del SIM*, Barcelona, 1940. <<

[47] J. Peirat, *La CNT en la revolución española*, París, 1971, vol. I. <<

[48]. Reproducido en R. Vistabuena, *Las «checas»*, Madrid, 1959, pp. 25 ss. <<

[49] Así lo reconoce, J. Cervera, *Oc*, p. 363. <<

[50] Gaceta, 28 de mayo de 1937. <<

[51] Sobre casos de condenados tras formularse acusaciones falsas o mediante denuncias anónimas, véase J. Cervera, Oc, pp. 177-178. <<

[52] J. Cervera, *Oc*, p. 177. <<

[53] En paralelo al último asalto sobre Bilbao, se produjo un nuevo incidente que puso de manifiesto la ineeficacia del Comité de no-intervención. Cuando tanto los alemanes como los italianos estaban a punto de reintegrarse en sus sesiones, el capitán del crucero alemán de patrulla *Leipzig* declaró que su buque había recibido el impacto de tres torpedos frente a la costa de Oran el 15 de junio, es decir, tres días después de que las defensas de Bilbao fueran perforadas por las tropas de Franco. El 18 de junio, el capitán volvió a señalar que otro torpedo había tocado el barco. Fueran o no ciertos estos episodios lo cierto es que Hitler los utilizó para cancelar un viaje de Neurath a Londres y así presionar a los británicos, y para exigir que las potencias que formaban la patrulla naval formularan una protesta. Guiado por el precedente del *Deutschland*, el gobierno del Frente Popular temía una nueva acción de represalia e Indalecio Prieto ofreció incluso al británico Eden la formación de una comisión que investigara lo sucedido. Tanto Alemania como Italia se negaron a que la misma se constituyera —lo que lleva a pensar que todo había sido un montaje— y se retiraron de la patrulla naval aunque no del Comité. Eden se plegó una vez más dada la repulsión que sentía ante el proceso revolucionario por el que pasaba España. Por su parte, Hitler volvió a ver confirmada su tesis de la guerra civil española servía para desviar la atención de las potencias occidentales en lo que se refería a los planes del III Reich para Europa. <<

[54] Al Texto en S. G. Payne, *El nacionalismo vasco*, pp. 276-277. <<

[55] Martínez Bande, *Vizcaya*, pp. 192-193. <<

[56] Astilarra, «La guerra en Euzkadi», citado por Fernández Etxeberria, p. 141. En contra de la opinión de Payne, El nacionalismo vasco, p. 278, consideramos que las cifras referidas a bajas militares deben acercarse bastante a la cifra real. <<

[57] A. D. Martín Rubio, *Mitos...*, pp. 82 y ss. <<

[58] Testimonios orales sobre la batalla de Brunete pueden hallarse en C. Vidal, *Recuerdo 1936... Una historia oral de la guerra civil española*, Madrid, 1996, pp. 187 y ss.

Acerca de Brunete, véase: R. de la Cierva, *Historia actualizada...*, pp. 927 y ss.; M. Aznar, p. 427 y ss.; P. N. Carroll, pp. 140 y ss.; R. Casas, *Brunete*, Madrid, 1967; E. Líster, *Memorias de un luchador, v. I*, Madrid, 1977, pp. 237; L. M. de Lojendio, pp. 331 y ss.; A. London, *España..., España...*, Praga, 1965, 272 y ss.; L. Longo, *Brigadas*, pp. 290 y ss.; C. Mera, pp. 136 y ss.; J. Modesto, pp. 98 y ss.; V. Rojo, *España heroica*, Esplugues, 1975, pp. 87 y ss.; SHM, *La ofensiva sobre Segovia y la batalla de Brunete*; M. Tagüeña, *Testimonio*, pp. 157y ss. <<

[59] V. Rojo, *España heroica*, p. 87. <<

[60] Testimonios orales sobre los «sucesos de mayo» en C. Vidal, *Recuerdo 1936... Una historia oral de la guerra civil española*, Madrid, 1996.

Véase además M. Azaña, *Memorias políticas y de guerra*, Barcelona, 1981, v. II, pp. 22 y ss.; B. Bolloten, *Guerra*, pp. 587y ss.; J. Maurín, *Cómo se salvó Joaquín Maurín*, Gijón, 1979; A. Suárez, *El proceso contra el POUM*, París, 1974; VV.AA., *El proceso de 1938 contra el POUM*. <<

[61] Este último Cuerpo de Ejército había sido formado de manera precipitada y el mando supremo de las divisiones dependía de mandos comunistas españoles (Enciso y J. M. Galán) o soviéticos (J. Galicz). <<

[62] Estas eran:

V Cuerpo de Ejército (Modesto): División 11 (Líster) con las Brigadas 1, 9 y 100; División 46 (González) con las Brigadas 10 y 101; y División 35 (Valter) con las Brigadas 11, 32 y 108.

XVIII Cuerpo de Ejército (Jurado, luego Casado): División 34 (Galán) con las Brigadas 3, 16 y 68; División 10 (Enciso), Brigadas 2 y 3 y División 15 (Gal), Brigadas 13 y 15.

II Cuerpo de Ejército (Madrid) (Tte. coronel Romero): División 24 (Gallo) con las Brigadas 6, 7 y 21; División 4 (Bueno) con las Brigadas 19 y 41 (en línea). Como reserva estaban la División 45 (Kleber) y la 69 (Durán) y las Brigadas 49, 70, 98 y 105.

La Aviación estaba al mando del coronel Hidalgo de Cisneros y la DCA a la del coronel Hernández Sarabia. <<

[63] Así lo vio a posteriori Rojo, *España*, p. 94. <<

[64] El subsector, definido por los ríos Guadarrama y Perales, pertenecía a la 71 División (general Serrador), perteneciente al VII Cuerpo de Ejército (general Varela). <<

[65] E. Líster, *Memorias*, pp. 241 y ss. <<

[66] Entre los prisioneros se encontraban Luisa y Carmen de Larios, que fingieron ser campesinas. Su condición de falangistas, que fue descubierta, no impidió que fueran tratadas con consideración y que se las canjeara posteriormente. <<

[67] Modesto, p. 112. <<

[68] R. L. Proctor, *Hitler's Luftwaffe*, p. 150 ss. <<

[69] El relato del episodio en Líster, *Memorias*, pp. 244 y ss. <<

[70] De izquierda a derecha estaban la Brigada del teniente coronel Coco, con los Regimientos Regalado y Molero, y la del coronel Rodrigo, con los Regimientos Álvarez Entrena y Santamaría.

<<

[⁷¹] Resulta, por lo tanto, insostenible la versión que da Cipriano Mera, *Guerra, exilio y cárcel de un anarcosindicalista*, París, 1976, pp. 138 y ss, en el sentido de que antes del día 24 las tropas de Franco habían tomado ya Brunete. <<

[72] General Karl Drum, *The German Luftwaffe in the Spanish Civil War (Condor Legion)*, p. 98.

<<

[73] Líster, *Memorias*, pp. 251 y ss. <<

[⁷⁴] De «el golpe de gracia» lo ha calificado A. Castells, p. 249. <<

[75] R. L. Proctor, p. 152. <<

[76] Sobre Santander, R. de la Cierva, *Historia actualizada...*, pp. 933 y ss.; R. Salas, *Historia del Ejército popular...*, pp. 1443 y ss. <<

[77] Véase infra, pp. 364 y ss. <<

[78] Texto citado en G. Morán, *Los españoles que dejan de serlo*, Barcelona, 1981, p. 185 y ss. <<

[79] Ídem, pp. 187 y ss. <<

[80] Dios. <<

[81] La evaluación es de Martínez Bande, citado por R. de la Cierva, *Historia actualizada*, p. 694.

<<

[82] Sobre Belchite, R. de la Cierva, *HA*, pp. 937 y ss.; R. Salas, *HEP*, pp. 1527 y ss. <<

[83] E. Líster, *Memorias*, p. 297. <<

[84] Sobre Asturias: J. A. Cabezas, *Asturias: catorce meses de guerra civil*, Madrid, 1975; J. M. Martínez Bande, *La guerra en el Norte*, Madrid, 1969. <<

[85] A. D. Martín Rubio, *Mitos...*, pp. 82 y ss. <<

Notas capítulo 6

[1] Testimonios orales de la batalla de Teruel en C. Vidal, *Recuerdo 1936... Una historia oral de la guerra civil española*, Madrid, 1996, pp. 206 y ss. Acerca de la batalla de Teruel, véase: R. Salas, *HEP*, pp. 1635 y ss.; R. de la Cierva, *HA*, pp. 981 y ss.; P. L. Alonso, *La Batalla de Teruel*, Barcelona, 1975; M. Aznar, pp. 535 y ss.; M. Inestal, *La toma de Teruel*, Barcelona, 1938; E. Endériz, *Teruel*, Barcelona, 1938; R. García Valiño, *Guerra de liberación. Campañas de Aragón y Maestrazgo. Batalla de Teruel. Batalla del Ebro*, Madrid, 1949; E. Líster, pp. 303 y ss.; J. M. de Lojendio, pp. 359 y ss.; A. London, pp. 328 y ss.; J. M. Martínez Bande, *La batalla de Teruel*, Madrid, 1974; J. Modesto, pp. 138 y ss.; V. Rojo, *España heroica*, pp. 117 y ss.; M. Tagüeña, pp. 166 y ss.; M. Tuñón de Lara, *La batalla de Teruel*, Teruel, 1986. <<

[2] Entre las mismas destacaron la creación del Servicio de Información Militar (SIM) (Decreto de 6 de agosto) —que en manos comunistas contribuiría más a acentuar la división en el bando republicano que a fortalecer su cohesión— la creación del Tribunal especial de Espionaje, Alta Traición y Derrotismo (Decreto de 21 de junio de 1937) y el restablecimiento de la relación de unidades (aunque no su eficacia) naciendo los Ejércitos de Levante, Andalucía, Extremadura y el cuartel general del Ejército de Maniobra. <<

[3] Las fuerzas que intervinieron en las operaciones de Teruel fueron:

Ejército de Maniobra:

Cuerpo de Ejército XXII (teniente coronel Ibarrola):

División 25, con las Brigadas 116, 117 y 118.

División 11, con las Brigadas 1, 9 y 100.

Cuerpo de Ejército XX (teniente coronel Menéndez):

División 68, con las Brigadas 218, 219 y 220.

División 40 (Nieto), en posición en el Ejército de Levante.

Cuerpo de Ejército XVIII (teniente coronel Heredia):

División 34, con las Brigadas 68, 94 y 224.

División 70, con las Brigadas 32, 92 y 95.

Ejército de Levante (guarneciendo el frente):

Cuerpo de Ejército XIII:

División 39, con las Brigadas 22, 64 y 96.

División 42, con las Brigadas 61, 69 y 151.

Cuerpo de Ejército XIX:

División 41, con las Brigadas 57, 58 y 97.

División 64, con las Brigadas 16, 81 y 83.

Comandante General de Artillería (teniente coronel Gallego).

Comandante General de Ingenieros (comandante Carrer).

Tropas de las Reservas Generales: División de Tanques y Blindados (coronel Parra); DCA (coronel Jurado).

Servicios: los del Ejército de Levante.

En el curso de la batalla fue reforzada la defensa con unidades del V Cuerpo. <<

[4] Es el caso de G. Jackson, *La República española y la guerra civil (1931-1939)*, Barcelona, 1985, p. 347. <<

[5] V. Rojo, *España heroica*, pp. 119 ss. <<

[6] Posteriormente, esta división sería reforzada por la 40. <<

[7] V. Rojo, *España heroica*, p. 123. <<

[8] La figura de Rey D'Harcourt sería objeto de una enorme controversia posterior. Un estudio notable sobre el tema es el de E. Fernández Clemente, *El coronel Rey D'Harcourt y la rendición de Teruel*, Teruel, 1992. <<

[9] V. Rojo, *España heroica*, p. 127. <<

[10] El destino de Rey D'Harcourt se revelaría singularmente trágico. En el cautiverio, rechazó hacer declaraciones favorables a la República pese a que se le ofrecía a cambio tres millones de pesetas, su libertad y la de su esposa e hija, que no volverían a verlo (C. Pamplona, *Prisioneros de Teruel* en Temas Españoles, n. 163, Madrid, 1955, pp. 8-10, 13, 15, 19 y 21-23). Finalmente, tanto él como el obispo de Teruel, monseñor Polanco, y otros presos de la batalla de Teruel fueron asesinados en Pont de Molins, cerca de la frontera con Francia, el 7 de febrero de 1939 (P. A. del Fueyo, *Héroes de la epopeya. El Obispo de Teruel*, Barcelona, 1941). Pese a esa conducta, militarmente intachable, fue objeto de ataques injustificados por parte de sus compañeros de armas que le achacaron una cobardía desmentida por su heroica resistencia en condiciones desesperadas. Incluso las súplicas repetidas de la viuda dirigidas al general Franco no consiguieron arrancar a éste el consentimiento para limpiar la memoria de su esposo (E. Fernández Clemente, pp. 66). De hecho, hasta 1972 no se permitió el traslado de sus restos al panteón familiar en Logroño e incluso entonces se hizo de manera vergonzante en el maletero de un automóvil. <<

[11] Las 13, 83, 84, 85y150. <<

[12] Las 1, 4, 82, 105 y 108. <<

[13] Las Divisiones 1, 4 y una Brigada de la 82. <<

[14] Las 85, 13, 84, 83 y 150. <<

[15] Un testimonio oral de este episodio en C. Vidal, *Recuerdo 1936... Una historia oral de la guerra civil española*, Madrid, 1996, pp. 209 y ss. <<

[16] La afirmación literal fue: «La situación fue de tablas. El enemigo sólo retrocedió lo indispensable para ocupar buenas posiciones sólidas, sin perder contacto. Los contendientes se pararon tácitamente, dejando para mejor ocasión la lucha decisiva» (Citado en G. Cabanellas, *Guerra*, p. 1014, n. 20). <<

[17] Al respecto, véase: V. González *el Campesino, Comunista en España y antiestalinista en la URSS*, Gijón, 1979, pp. 61 y ss.

Una visión notablemente distinta en E. Castro Delgado, *Hombres made in Moscú*, Barcelona, 1965. <<

[18] Testimonios orales de este episodio en C. Vidal, *Recuerdo 1936... Una historia oral de la guerra civil española*, Madrid, 1996, pp. 222 y ss. Sobre las ofensivas, véase: R. Salas, *HEP*, pp. 1711 y ss.; R. de la Cierva, *HA*, pp. 1011 y ss.; M. Aznar, pp. 603 ss; R. García-Valiño, *Guerra*, pp. 59 y ss.; A. London, pp. 340 y ss.; E. Líster, *Memorias*, pp. 327 y ss.; L. M. de Lojendio, pp. 440 y ss.; J. Modesto, pp. 156 y ss.; V. Rojo, *España heroica*, pp. 133 y ss.; M. Tagüeña, pp. 168 y ss. <<

[19] A esto había que añadir las reservas del Ejército de Maniobra, situadas todavía en el Maestrazgo y Teruel, cubriendo los accesos a Levante. <<

[20] La noche del domingo 6 de marzo de 1938, una flota republicana, a las órdenes de Luis González Ubieta y compuesta por los cruceros *Libertad*, *Méndez Nuñez* y dos flotillas de destructores, zarpó de Cartagena. Su objetivo era proteger a algunas faldas que iban a dar un golpe de mano contra algunos buques de guerra nacionales con base en las Baleares. Cuando la flota se encontraba en la mitad de la trayectoria se encontró con los cruceros *Baleares*, *Canarias* y *Almirante Cervera* y los destructores *Velasco*, *Huesca* y *Teruel* pertenecientes al bando enemigo. González Ubieta decidió retirarse, pero hacia las dos de la madrugada, el *Sánchez Barcaiztegui* avistó al *Baleares* y disparó contra el mismo cuatro torpedos. Lo mismo hicieron los destructores *Antequera* y *Lepanto*, y así al menos tres torpedos dieron en el buque enemigo. El *Baleares* se hundió y el comandante del *Canarias*, el capitán de navío Estrada, tomó el mando de la escuadra nacional y decidió retirarse. Por su parte, González Ubieta optó por no explotar su victoria y retirarse a sus bases. En aquel enfrentamiento naval, los republicanos no tuvieron bajas, pero sus adversarios sufrieron, según el almirante Cervera, 741, incluidos en ellas 1 almirante, 6 jefes, 15 capitanes y 17 oficiales. <<

[21] Divisiones 5, 13, 15 y 150. <<

[22] Divisiones Littorio, XXIII de Marzo y Flechas. <<

[23] Divisiones 4, 82, 83, 84 y 108. <<

[24] División 1 de Navarra y de Caballería. <<

[25] Divisiones 3, 61, 62 y 63. <<

[26] Divisiones 51, 53, 54 y 55. <<

[27] Divisiones 5, 13 y 150, una brigada de Caballería, una compañía de carros pesados y una compañía de carros ligeros. <<

[28] V. Rojo, *España heroica*, p. 137. <<

[29] Martínez Bande, *La llegada*, p. 72; Salas Larrazábal, *Ejército*, II, pp. 1742-1757. <<

[30] La persistencia de la bolsa de Bielsa se prolongó hasta el 17 de junio en que fue expulsada a Francia por la División 3 del general Iruretagoyena. <<

[31] Esta Agrupación había sido reforzada el 30 de marzo por la División 55. <<

[32] Contaba con las Divisiones 4, 83 y 84. <<

[33] La jornada sólo se vio relativamente eclipsada en su brillantez por una intervención de Yagüe que tuvo como marco un banquete falangista celebrado en Burgos. En el curso de la misma, el jefe del Cuerpo de Ejército marroquí se manifestó contrario al conservadurismo político de Franco, ensalzó la bravura de los soldados republicanos y abogó por llevar a cabo un programa de justicia social en que pudieran quedar englobados los republicanos cerrándose así las heridas de la guerra. Yagüe pagó su atrevimiento político —se había permitido incluso defender a Hedilla— siendo privado del mando por unas semanas. La decisión de Franco demostró ser muy inteligente. Poco tiempo después, Yagüe se había convertido de nuevo en un militar —uno de los más eficaces— sujeto al Mando. <<

[34] Citado por R. de la Cierva, *Historia actualizada...*, p. 1020. <<

[35] L. de Armiñán, *Bajo el cielo de Levante*, Madrid, 1939; M. Aznar, pp. 678 y ss.; R García-Valiño, pp. 131y ss.; L. M. de Lojendio, pp. 491 y ss; A. London, pp. 354 y ss.; V. Ramos, *La guerra civil (1936-1939) en la provincia de Alicante*, Alicante, 1972-1973; V. Rojo, *España heroica*, pp. 133 ss; V. Ruiz-Albéniz, *Del Ebro al Mediterráneo (febrero-abril de 1938)*, Madrid, 1941; M. Tagüeña, pp. 168 y ss. <<

[36] Esa es la tesis sostenida, para denigrar la competencia de Franco, por C. Blanco Escolá, *La incompetencia militar de Franco...*, pp. 450-460. El libro de Blanco Escolá, repleto de tópicos y con números datos erróneos, ha sido criticado de manera demoledora por J. Semprún, *El genio militar de Franco*, Madrid, 2000. Sobre este tema en concreto, véase las pp. 140-150. <<

[37] Kindelán, *Mis cuadernos*, pp. 157 y ss. <<

[38] Volkmann había sustituido a Sperrle el 1 de noviembre de 1937. <<

[39] Martínez Bande, *La ofensiva*, pp. 16-18. <<

[40] La comunicación de Keitel ha sido publicada en castellano en *Documentos secretos sobre España: documentos secretos del Ministerio de Asuntos Exteriores de Alemania sobre la guerra civil española*, Madrid, 1979, pp. 28-30. <<

[41] Martínez Bande, *La ofensiva*, pp. 69-95. <<

[42] El gobierno francés de Daladier volvió a cerrar la frontera el 13 de junio. Se hacía eco así de la nueva política británica de apaciguamiento a cualquier coste que se había traducido en abril en la firma de un tratado con Italia en el que ni siquiera se mencionaba la intervención de esta última potencia en España. <<

[43] Coverdale, *Italian intervention*, p. 355. <<

[44] Las fuerzas republicanas que participaron en la maniobra y en la batalla de Levante, bajo el mando del coronel Menéndez, pertenecían a los ejércitos de Maniobra y de Levante que fueron fundidos en junio. Al concluir la batalla, las unidades tenían la siguiente organización que, en la práctica, no se correspondía al número de efectivos:

Cuerpo XII (Gallego):

División 54, con las Brigadas 180, 181 y 182.

División 61, con las Brigadas 30, 105 y 132.

División 28, con las Brigadas 125, 126 y 127.

Cuerpo XVII (G. Vallejo):

División 19, con las Brigadas 6, 52 y 58.

División 40, con las Brigadas 87, 211 y 222.

División 25, con las Brigadas 116, 117 y 118.

Cuerpo XXI (Cristóbal, después Güentes):

División 50, con las Brigadas 195, 204 y 205.

División 15, con las Brigadas 48, 57 y 190.

División 10, con las Brigadas 206, 227 y 223.

Cuerpo XXII (Ibarrola):

División 67, con las Brigadas 215, 216 y 217.

División 47, con las Brigadas 49, 69 y 74.

División 70, con las Brigadas 32, 79 y 92.

Cuerpo XVI (Palacios): Divisiones 48, 39 y 52.

Cuerpo XIX (Vidal): Divisiones 48, 39 y 52.

Cuerpo XX (Durán):

División 29, con las Brigadas 75, 128 y 221.

División 53, con las Brigadas 36, 203 y 208.

División 6, con las Brigadas 107, 209 y 220. <<

[45] Sobre la ofensiva de Extremadura, véase: M. Aznar, pp. 707 y ss.; L. M. de Lojendio, pp. 526 y ss.; A. London, pp. 356 y ss. [<<](#)

[46] Tanto esta obra como las que mencionamos a continuación aparecen reproducidas en A. Granados, *Oc*, pp. 318 y ss. <<

[47] Magnífico el análisis de la misma en R. de la Cierva, *Historia actualizada...*, pp. 887 y ss. <<

[48] La única excepción fue Marruecos como forma de congraciarse con la población musulmana que tanto estaba contribuyendo al esfuerzo bélico de Franco desde julio de 1936. Semejante tolerancia no tuvo equivalente en relación con protestantes o judíos. <<

[49] Testimonios orales de la batalla del Ebro en C. Vidal, *Recuerdo 1936... Una historia oral de la guerra civil española*, Madrid, 1996, pp. 241y ss. Acerca de la misma véase también: R. de la Cierva, *Historia actualizada*, pp. 1043 y ss.; R. Salas, *HEP*, pp. 1093 y ss.; M. Aznar, pp. 737 y ss.; G. Cabanellas, pp. 1025 y ss.; E. del Corral, *La batalla del Ebro*, Madrid, 1952; R. García-Valiño, pp. 223 y ss.; J. Henríquez Caubín, *La batalla del Ebro*, México, 1944; J. Llarch, *La batalla del Ebro*, Barcelona, 1972; E. Lister, pp. 339 y ss.; L. M. De Lojendio, pp. 395 y ss.; A. London, pp. 364 y ss.; J. M. Martínez Bande, *La batalla del Ebro*, Madrid, 1978; L. M. Mezquida y Gené, *La batalla del Ebro*, Tarragona, 1963; ídem, *Asedio de Villalba*, Tarragona, 1967; ídem, *La batalla del Ebro. Asedio de Tortosa*, Tarragona, 1970; J. Modesto, pp. 184y ss.; A. Sagardía, *Del Alto Ebro a las fuentes del Llobregat: treinta y dos meses de guerra de la 62 división*, Barcelona, 1940; M. Tagüeña, pp. 187 y ss. <<

[50] V. Rojo, *España heroica*, p. 150. <<

[51] El mismo se encontraba bajo el mando de Modesto y contaba con la siguiente organización:

Cuerpo V (Líster): División 11, con las Brigadas 1, 9 y 100.

División 46, con las Brigadas 10, 37 y 101.

División 45, con las Brigadas 12, 14 y 139.

Cuerpo XV (Tagüeña):

División 3, con las Brigadas 31, 14 y 139.

División 35, con las Brigadas 11, 13 y 15.

División 42, con las Brigadas 59, 226 y 227.

Cuerpo XII (Vega): en posición en el Segre:

División 16, con las Brigadas 23, 24 y 149.

División 44, con las Brigadas 140, 144 y 145.

Brigada 2 de Caballería.

Del Ejército del Este:

División 27, con las Brigadas 122, 123 y 124.

División 60, con las Brigadas 84, 95 y 224.

División 43, con las Brigadas 72, 102 y 130.

Regimiento 7 de Caballería.

Batallones seleccionados de las unidades en posición en el resto del frente.

DCA, unidades de tanques y blindados y batallones de puente de las reservas generales. <<

[52] García-Valiño, p. 225. <<

[53] R. García-Valiño, pp. 224. <<

[54] Este desfase se debía al hecho de que en la España republicana la hora oficial estaba adelantada dos horas sobre la astronómica. Al respecto, véase Tagüeña, p. 209. <<

[55] El tema ha sido tratado de manera muy interesante en *REM*, mayo, 2006. <<

[56] F. Franco Salgado-Araujo, *Mi vida*, pp. 263-264. <<

[57] «Art. 2.º Cada jefe, oficial, clase o soldado de esta división, es responsable de la vigilancia y defensa a toda costa del terreno o posición que a él se le confíe; bien entendido que el abandono de cualquiera de ellas que se le hayan encomendado será inmediatamente sancionado con la pena de muerte, que podrá ejecutar en el acto cualquier jerarquía de la unidad». El artículo 3.º de la misma orden castigaba también con la muerte la automutilación y el 4.º consideraba objeto de sanción los comentarios que pudieran minar la moral. <<

[58] Galinsoga, *Centinela*, pp. 305-306; Martínez Bande, *Ebro*, p. 127. <<

[59] Kindelán, *Mis cuadernos*, p. 173. <<

[60] M. Tagüeña, *Testimonio*, p. 230. <<

[61] Ciano, *Diario 1937-1938*, p. 148. <<

[62] DGFP, D, III, pp. 739-741; Suárez, *Franco*, III, p. 319. <<

[63] Ver más adelante. <<

[64] Entre ellos se encontraban L. Farnsworth, L. Fischer, H. L. Matthews, Vincent Shenan y *Pertinaz*. <<

[65] Sobre el tema C. Vidal, *Las Brigadas Internacionales*, Madrid, 2006. <<

[66] DGFP, D, III, pp. 747-748. <<

[⁶⁷] Acerca de este episodio véase C. Vidal, *Intrépidos y sucios: los españoles vistos por Hitler*, Barcelona, 1996, pp. 102 y ss. [<<](#)

[68] Hodgson a F.O. 23 de septiembre de 1938. F0371/22698, W 13084/12909/41; Mounsey a Cadogan, 28 de septiembre de 1938. FO371/22698, W13118/12909/41. <<

[69] DGFP, D, III, pp. 753-57; Suárez, Franco, II, p. 318. <<

[⁷⁰] Por P. Preston, *Franco*, p. 388 y ss. Como en otros casos, Preston realiza una afirmación desmentida directamente por las fuentes. Al respecto, véase R. de la Cierva, *HA*, pp. 982 y ss. y pp. 1053 y ss. <<

[⁷¹] D, III, pp. 760-761; 767-768; 775-779, 782-788, 802. <<

[72] Las obras definitivas e imprescindibles, al respecto, son la excelente obra de L. Molina, *El legado de Sigrido. La ayuda militar alemana al Ejército y la Marina nacional en la Guerra Civil Española (1936-1939)*, Valladolid, 2005, y la no menos importante, Lucas Molina y J. M. Manrique García, *Legión Cónedor. La Historia olvidada*, Valladolid, 2001. <<

[73] RGVA, c. 33987, i.3, d. 1081, p. 16. <<

[⁷⁴] RGVA, c. 33987, i.3, d. 1081, pp. 79-80. <<

[75] RGVA, c. 33987, i.3, d. 1081, pp. 30-44. <<

[76] V. Rojo, *España heroica*, p. 167. <<

Notas capítulo 7

[1] Testimonios orales de la campaña de Cataluña en C. Vidal, *Recuerdo 1936... Una historia oral de la guerra civil española*, Madrid, 1996, pp. 265 y ss. Sobre la misma, véase: R. de la Cierva, *HA*, pp. 1071 y ss.; R. Salas, *HEP*, pp. 2163 y ss.; M. Aznar, pp. 803 y ss.; G. Cabanellas, *Guerra*, pp. 1044 y ss.; J. del Castillo y S. Alvárez, *Barcelona, objetivo cubierto*, Barcelona, 1958; J. M. Fontana, *Los catalanes en la guerra de España*, Madrid, 1951; V. Guarner, *Cataluña en la guerra de España 1936-1939*, Madrid, 1975; E. Lister, *Memorias*, pp. 387 y ss.; L. M. De Lojendio, pp. 535 y ss.; A. London, pp. 395 y ss.; J. M. Martínez Bande, *La campaña de Cataluña*; J. M. Poblet, *Els darrers temps de la Generalitat i la República*, Barcelona, 1978; J. Modesto, pp. 496 y ss.; C. Rojas, *La guerra en Cataluña*, Barcelona, 1979; Tagüeña, pp. 277; C. Torre Enciso y D. Muro Zegri, *La marcha sobre Barcelona*, Barcelona, 1939; E. Torres, *La caiguda de Barcelona*, 1939, Barcelona, 1978. <<

[2] Divisiones 61, 63 y 150. <<

[3] Divisiones 1, 82 y 84. <<

[4] Divisiones 51, 53 y 54. <<

[5] División Littorio y Divisiones de Flechas negras, azules y verdes. <<

[6] Divisiones 13, 50 y 105. <<

[7] La disposición de las fuerzas republicanas en Cataluña era:

Ejército del Este (coronel Perea): Cuerpos de Ejército X, XI y XVIII, desplegados, de norte a sur, desde los Pirineos hasta la línea Lérida-Tárrega-Manresa. Ejército del Ebro (coronel Modesto): Cuerpos XII y XXIV desplegados a lo largo del Bajo Segre y del Bajo Ebro. Reservas: Cuerpos de Ejército V y XV. <<

[8] Éste es otro de los tópicos erróneos repetido por C. Blanco Escolá, *Incompetencia...* Una refutación especialmente sólida en la obra de respuesta de J. Semprún, *Oc.* <<

[9] En esa fecha, las líneas de Franco se encontraban estabilizadas desde Artesa de Segre hasta Mora la Nueva pasando por Bellpuig, Esplugas Calva, Vimbodí y Prades. <<

[10] V. Rojo, *Alerta*, pp. 172-173. <<

[11] A. D. Martín Rubio, *Mitos...*, p. 82. <<

[12] Ídem, *ibídem*, p. 86. <<

[13] No es menos cierto que buen número de republicanos a los que los comunistas habían detenido por no serlo quedaron en prisión. Así quedaron totalmente inermes a merced del enemigo. <<

[14] Archivo de la Guerra de Liberación, Cuartel General del Generalísimo, Armario 5, Legajo 276, carpeta 21, folios 32 a 43. <<

[15] En este último enclave se había producido además ya una rebelión civil contra la República y cuando las fuerzas de López Bravo llegaron, el mismo se hallaba bajo control. Véase al respecto, Cervera, *Memorias de guerra*, pp. 363 y ss. <<

[16] Sobre el tema, véase: J. M. Martínez Bande, *Los cien últimos días de la República*, Barcelona, 1973; S. Casado, *Así cayó Madrid*, Madrid, 1968; R. de la Cierva, *HA*, pp. 1103; R. Salas, *HEP*, pp. 2255 y ss. <<

[17] El Estado mayor central de la República ignoró que la resistencia siguió hasta el día 14. Oficialmente, pensó —y así se anunció en la prensa— que la misma había concluido el día 11. <<

[18] Véase supra, p. 106. <<

[19] Sin duda, las condiciones a que se vieron sometidos los españoles recluidos en los campos franceses constituyen uno de los episodios más vergonzosos de una contienda que no estuvo exenta de ellos. Encerrados entre unas alambradas colocadas sobre la arena de las playas, desprovistos de todo cuidado y atención, privados de un mínimo alojamiento y condiciones sanitarias, los soldados republicanos se convirtieron en el blanco perfecto de la inclemencia climática y de los parásitos, del hambre y de la disentería, de la enfermedad y de la muerte. Testimonios orales de este episodio pueden leerse en C. Vidal, *Recuerdo 1936... Una historia oral de la guerra civil española*, Madrid, 1996, pp. 308-310, 312, 328. En relación con el tema véase también: M. Andújar, *Saint-Cyprien, plage...*, México, 1942; J. Espinar, *Argelés-sur-Mer*, Caracas, 1940; M. García Gerpe, *Alambradas*, Buenos Aires, 1941; N. Molins I. Fábrega, *Campos de concentración 1939-194...*, México, 1944; F. Montseny, *El éxodo: pasión y muerte de españoles en el exilio*, Toulouse, 1969; M.-C. Rafaneau-Boj, *Los campos de concentración de los refugiados españoles en Francia (1939-1945)*, Barcelona, 1995; J. A. Rial, *La prisión de Fyffes*, Caracas, 1969; J. F. Rolland, *La chute de Barcelone*, París, 1952; F. Solano Palacio, *El éxodo*, Valparaíso, 1939; A. Samblancat Salanova, *Caravana nazarena*, México, s.f.; L. Suárez, *España comienza en los Pirineos*, México, 1944; M. Valldelperes Jaquetot, *Ombres entre tenèbres*, Buenos Aires, 1941; A. Vilanova, *Los olvidados*, París, 1969. <<

[20] El gobierno francés había cerrado la frontera con España el 28 de enero de 1939 y expulsado, contra toda ley internacional, a los soldados republicanos que habían intentado asilarse en un país neutral. <<

[21] En ese mismo sentido, R. de la Cierva, *Historia actualizada...*, pp. 874 y ss. <<

[22] Un desglose de la cifra por provincias en A. D. Martín Rubio, *Mitos...*, p. 87. El número de fusilamientos, como puede verse, dista enormemente de la cifra de 200 000 fusilados aventurada disparatadamente por G. Jackson, *La República española...*, p. 455 y seguida, entre otros autores, por R. Tamames, *La República...*, p. 353. <<

[23] Vid supra, pp. 379 y ss. <<

[24] Fue así como Miaja y Rojo fueron ascendidos a teniente general y Casado a general. <<

[25] De acuerdo a las mismas, Cordón, ahora general, sería el jefe supremo de los Ejércitos de Tierra, Mar y Aire; Modesto, jefe del Ejército del Centro; Líster, jefe del Ejército de Levante; El Campesino, jefe del Ejército de Extremadura; Tagüeña, jefe del Ejército de Andalucía; Vega, comandante militar de Murcia; Galán, jefe de la Base naval de Cartagena. Todos ellos eran comunistas. <<

[26] El episodio ha sido tratado de manera, a nuestro juicio, definitiva por L. Molina, R. Permuy y A. Mortera en *REM*, n. 9 y 10. <<

[27] La flota se dirigió a Bizerta, Túnez, por indicación del gobierno francés. Tal acción, sensata desde un punto de vista militar, desobedecía tanto las órdenes de Negrín como los deseos de la Junta de Casado que se había sublevado en Madrid y que pensaba utilizar la flota como medio de pactar la paz con Franco. <<

[28] Testimonios orales del alzamiento de Casado en C. Vidal, *Recuerdo 1936... Una historia oral de la guerra civil española*, Madrid, 1996, pp. 273 y ss. Sobre este episodio puede consultarse B. Alonso, *Los últimos momentos de la Guerra Civil Española*, México, 1943; A. Bouthelier y J. López Mora, *Ocho días. La revuelta comunista: 5-13 marzo 1939*, Madrid, 1940; W. Carrillo, *A propósito del Consejo Nacional de Defensa*, México, 1943, e ídem, *El último episodio de la guerra civil española*, Toulouse, 1945; S. Casado, *Así cayó Madrid*, Madrid, 1968; J. García Pradas, *La traición de Stalin. Cómo terminó la Guerra de España*, Nueva York, 1939. <<

[29] Reproducido en P. de Blas Zabaleta y Eva de Blas Martín-Merás, *Julidn Besteiro*, Madrid, 2002, p. 398. <<

[30] Esa misma tesis sostendría Julián Gorkín, uno de los procesados del POUM, en un libro especialmente lúcido titulado *España, primer ensayo de democracia popular*, Buenos Aires, 1961.

<<

[31] E. Castro Delgado, *Hombres made in Moscú*. <<

[32] J. Hernández, *Yo fui ministro de Stalin*, Madrid, 1974. <<

[³³] Pavel y Anatoli Sudoplatov, *Special Tasks*, Boston, 1994, pp. 30-31. <<

[³⁴] La composición del Consejo fue la siguiente: Presidencia, general Miaja; Defensa, coronel Casado; Estado, Besteiro; Hacienda, González Marín (en representación de la CNT); Gobernación, Wenceslao Carrillo (en representación del PSOE); Justicia, San Andrés (en representación de Izquierda Republicana); Instrucción pública, Del Río (en representación de Unión Republicana); Comunicaciones, Val (en representación de la CNT) y Trabajo, Pérez (en representación de la UGT). <<

[35] Mera se encontraba al mando del IV Cuerpo de Ejército, compuesto por las Divisiones 12, 17 y 33, que tenía su puesto de mando en Yebes. <<

[36] Estaba compuesto por las Divisiones 1, 2 y 69 y tenía su puesto de mando en La Pedriza de Manzanares. <<

[37] Estaba compuesto por las Divisiones 4, 7 y 8 y tenía su puesto de mando en San Martín. <<

[38] Ése fue el caso de los tenientes coroneles Pérez Gazolo, Fernández Urbano y Otero. <<

[39] La razón de este cambio de actitud es objeto todavía hoy de especulación. Muy posiblemente, fueron órdenes de Moscú —que ya estaba tratando con Hitler la conclusión de un pacto— las que llevaron a los comunistas españoles a abandonar la lucha contra Casado. En un sentido muy similar, aunque no podía prever el pacto Hitler-Stalin, se expresó *El Socialista* de 12 de marzo de 1939. <<

[40] Casado, *Así cayó Madrid*, p. 212. <<

[41] *El Socialista* de 28 de marzo de 1939 publicó las bases. <<

[42] Cuerpos de Ejército de Galicia, Castilla, Aragón y Urgel y Agrupaciones de Albarracín y de Guadalajara. <<

[43] Cuerpos de Ejército de Madrid, CTV, de Navarra, del Maestrazgo y de Toledo y las Agrupaciones de Divisiones de Somosierra-Guadalajara y del Tajo-Guadiana. <<

[44] Cuerpos de Ejército de Extremadura, Marroquí, Andalucía, Córdoba y Granada. <<

[45] El ataque del Ejército del Sur debía realizarse en el sector situado entre Cabeza de Buey y Peñarroya, con la finalidad de liquidar el saliente republicano de Hinojosa del Duque y avanzar posteriormente hacia Almadén y Almodóvar del Campo. El ejército de Levante, por su parte, debería atacar en el sector de Abánades-Masegoso en Guadalajara, avanzando después hacia Cifuentes, Trillo y Sacedón con la finalidad de coadyuvar a la acción principal del Ejército del Centro. <<

Notas conclusión

[1] Entre ellos se puede mencionar a Ian Gibson, que últimamente ha declarado que «comprende» los asesinatos en masa realizados por el Frente popular en Paracuellos; Santos Juliá, que fue cargo público en los últimos tiempos —y peores— de la administración socialista de Felipe González; a Paul Preston, cuya biografía de Franco constituye un cúmulo de inexactitudes; o a Julián Casanova, autor de alguna obra de sesgo acentuadamente anticlerical en la que convierte en capellán del ejército de Franco a algún niño de la época de la guerra civil que, ¡por supuesto, no había sido ordenado sacerdote! Un análisis muy atinado sobre este último en A. D. Martín Rubio, *Mitos...*, pp. 226, 243 y ss. <<

[²] Véase C. Vidal, *Las Brigadas internacionales*, Madrid, 2006. <<

[3] Una colección de los mismos en C. Vidal, *Recuerdo 1936... Una historia oral de la guerra civil española*, Madrid, 1996. <[<<](#)

[4] D. Abad de Santillán, *Por qué perdimos la guerra*, 1940, pp. 295-300. <<

[5] J. Gorkín, *Caníbales políticos. Hitler y Stalin en España*, México, 1941, pp. 48-56. <<

[6] J. Hernández, *La Grande Trahison*, París, 1953, pp. 149-153. Existen versiones en castellano de los testimonios de J. Hernández: *Yo fui ministro de Stalin*, México, 1953 y *En el país de la gran mentira*, Madrid, 1974. <<

[7] Delgado E. Castro Delgado, *Hombres made in Moscú*, Barcelona, 1963. <<

[8] *Comunista en España y antistalinista en la URSS*, México, 1952, pp. 32-37. No resulta casual que este libro fuera en realidad redactado por Julián Gorkín partiendo de diversas conversaciones con «el Campesino». <<

[9] Véase especialmente *Mis recuerdos*, México, 1954, pp. 239-241. <<

[10] Especialmente revelador resulta, al respecto, el discurso redactado por él para anunciar la capitulación llevada a cabo por la Junta de Casado. El mismo aparece reproducido en S. Casado, *Así cayó Madrid*, Madrid, 1968, pp. 304-306. <<

[11] Vid supra. <<

[12] D. Ibarruri «La Pasionaria», *El único camino*, París, 1965, pp. 482-484. <<

[13] *De Guernica a Nueva York pasando por Berlín*, Buenos Aires, 1943, pp. 79-83. <<

[14] F. Ayala, *España, a la fecha*, Buenos Aires, 1965, pp. 30-33. <<

[15] Incluida en el volumen *Causas de la guerra de España*, Barcelona, 1986, pp. 93-104. <<

[16] Fueron publicadas en *El Socialista*, 30 de octubre de 1937. <<

[17] De especial interés también por hacer referencia a los entresijos del bando republicano resulta también I. Prieto, *Convulsiones de España*, México, 1968, II, pp. 27 y ss. <<

[18] Reproducida en J. Aspizún, J. Cachinerp, J. Molina y J. Tusell, «Vicente Rojo: el final de la guerra civil», pp. 12-22 en *Historia 16*, 156, abril de 1989. <<

[19] Reproducido en J. I. Martínez Paricio (coordinador), *Los papeles del general Rojo*, Madrid, 1989, 2.a ed., p. 81. <<

[20] Vid supra, pp. 152 y ss. <<

[²¹] C. Sarmiento, *Sánchez Albornoz. 40 años después*, Madrid, 1976, p. 40. <<

[22] G. Howson, *Armas para España. La historia no contada de la guerra civil española*, Barcelona, 2000. <<

[23] S. Juliá, «Abandono y estafa de la República», en *El País*, 20 de enero de 2001. <<

[²⁴] De manera especial véase el excelente artículo A. Mortera Pérez, «Armas para España... pese a Howson», en *REM*, volumen II, marzo 2001, pp. 83 y ss. y J. Salas Larrazabal, «A vueltas con Howson... Aviones soviéticos para la República», *REM*, vol. II, mayo 2001, pp. 248 y ss. <<

[25] G. Howson, *Oc.*, p. 16. <<

[26] Ídem, *ibídem*, p. 16. <<

[27] Ídem, *ibídem*, p. 17. <<

[28] Ídem, *ibídem*, p. 119. <<

[29] Ídem, *ibídem*, p. 18. <<

[30] Ídem, *ibídem*, p. 25. <<

[31] Ídem, *ibídem*, p. 37. <<

[32] Ídem, *ibídem*, p. 145. <<

[33] Ídem, *ibídem*, p. 19. <<

[34] Referencias detalladas en A. Mortera, *Oc*, pp. 85 y ss. <<

[35] Ídem, *ibídem*, p. 290. <<

[36] Ídem, *ibídem*, p. 200. <<

[37] Ídem, *ibídem*, p. 205, n. 18. <<

[38] Ídem, *ibídem*, p. 199. <<

[39] Howson además tiene la peculiaridad de excluir de ese epígrafe los cañones antiaéreos o antitanques... <<

[40] Ídem, *ibídem*, p. 350. <<

[41] Ídem, *ibídem*, p. 203. <<

[42] La expresión, totalmente ajustada a la realidad, es de A. Mortera, Oc., p. 85. <<

[43] 23 dice Howson en ídem, *ibídem* p. 299. <<

[44] Ídem, *ibídem*, p. 298. <<

[45] A. Mortera, *ibídem*, p. 92. <<

[46] A. Mortera, *ibídem*, p. 86, menciona alguno de esos casos. <<

[47] FO 371/20586 W16561/9549/41. <<

[48] FO 371/21351. <<

[49] CAB 23/96, 30 de noviembre de 1938. <<

[50] Akademia nauk CCCP, *Solidarnost narodov s Ispanikoy respublikoy*, Moscú, 1974. Apartado «CCCP». Las cifras dadas por la Academia de Ciencias de la URSS se basaban además en diversos estudios entre ellos uno publicado en 1971 en la *Istoricheskoe-militarskaya gazeta*, 7, p. 75. <<

[51] A. Mortera Pérez, «España... ¿traicionada?», en *REM*, vol. IX, julio-agosto, 2004. pp. 83 y ss.
e ídem, *ibídem*, vol. IX, septiembre, 2004, pp. 148 y ss. <[<<](#)

[52] E. Beringer, H. Hattaway, A. Jones y W. N. Till, Jr., *Why the South lost the Civil War*, Athens, 1986, pp. 336 y ss. [<<](#)

[53] El «Detente» era un símbolo de contenido católico —por ejemplo, un sagrado corazón— que llevaba las palabras «Detente, bala» como imperativo frente a las armas enemigas. Solía coserse al uniforme de los combatientes del bando rebelde. <<

[54] Gil Robles, *No fue posible*, p. 776. <<

[55] Un estudio muy sugestivo, aunque marcadamente tendencioso, sobre el tema en C. Blanco Escolá, *Franco y Rojo. Dos generales para dos Españas*, Barcelona, 1993. <<

[56] L. Suárez, *Francisco Franco y su tiempo*, t. II, p. 312. <<

[57] *Claridad*, 11 de agosto de 1936. <<

[58] Efectivamente el 7 de agosto se cesó a todos los consejeros del Banco Hipotecario; el 8 quedaron en suspenso todos los funcionarios del Tribunal de Cuentas; el 9 les tocó el turno a los empleados de correos; el 16 a la Junta de ampliación de estudios; el 24 era cesado todo el personal subalterno y auxiliar de la Facultad de medicina, etc. Ni siquiera el Comité de la Cruz Roja se salvó de la política de depuración del Frente popular. Más detalles con referencias a personajes concretos en M. Vázquez y J. Valero, *La guerra civil en Madrid*, Madrid, 1978, pp. 108 y ss. <<

[59] Se trataba de Dolores Caro, Andrea Calle y sor Concepción Pérez. Las dos primeras hallaron la muerte en un lugar conocido como los Toriles y la tercera en el pozo del Tío Raimundo. <<

[60] Sus nombres eran Cristino Roca, Proceso Ruiz, Eutimio Aramendia, Canuto Feanco, Dositeo Rubio, Cesáreo Niño, Benjamín Cobos, Carmelo Gil, Cosme Brun, Cecilio López, Rufino Laceras y Faustino Villanueva. <<

[61] La historia la cuenta María Teresa León, *Memoria de la melancolía*, Buenos Aires, 1970, p. 161, que apostilla «¡Ah, qué Madrid éste!». De sobra lo sabía ella como tendremos ocasión de ver en las páginas siguientes. <<

[62] *Claridad*, 11 de agosto de 1936. <<

[63] *Política*, 29 de septiembre de 1936. Las afirmaciones fueron pronunciadas en un mitin de la Asociación de Escritores Antifascistas celebrada el 27 de septiembre de 1936 en el teatro de la Zarzuela. <<

[64] *Juventud libre*, 3 de octubre de 1936. <<

[65] *Mundo Obrero*, 12 de septiembre de 1936. <<

[66] J. Villar Salinas, *Repercusiones demográficas de la última guerra española*, Madrid, 1942. El estudio de Villar impresiona porque, examinando las listas de muertes civiles y de bajas de guerra, Villar realizó en 1940 una estimación de la población española que sólo se diferenciaba del censo oficial de 1941 en 17 000 personas. <<

[67] H. Thomas, *La guerra...,* p. 993 ss. <<

[68] Me refiero, por ejemplo, a las más que dudosas de J. Casanova (et al.), *El pasado oculto. Fascismo y violencia en Aragón*, Madrid, 1992 y, sobre todo, a S. Julia (et al.), *Víctimas de la guerra civil*, Madrid, 1999. La crítica verdaderamente irrefutable que Martín Rubio realiza de ambas obras en *Los mitos de la represión en la guerra civil*, Madrid, 2005, lleva a pensar que algunos de los cálculos que aparecen en ellas no sólo adolecen de graves prejuicios ideológicos sino que además han sido realizados a ojo de buen cubero. Por ejemplo, en S. Julia, *Víctimas...*, los 742 fusilados por los nacionales en algunas poblaciones de Extremadura se elevan a 885 en el balance final y a 975 en la p. 408. <<

[69] Una cifra muy superior implicaría un porcentaje de bajas (y de muertes) extraordinariamente elevado para el número de combatientes que intervinieron en los diferentes combates de la guerra civil. <<

[⁷⁰] Bien distante de los 20 000 de G. Jackson, *La República...*, 459 y ss., calculados de manera nada científica y seguidos por otros autores. <<

[⁷¹] A. D. Martín Rubio, *Mitos...*, pp. 82. <<

[72] A. D. Martín Rubio, *Mitos...*, pp. 86 y ss. <<

[73] La cifra está a una enorme distancia de los 200 000 fusilados que apuntó G. Jackson para ser seguido, entre otros, por R. Tamames. <<

[74] A. Montero, *Historia de la persecución religiosa en España, 1936-1939*, Madrid, 1961. <<

[75] *The War of the Rebellion*, v. 92, p. 13. <<

[76] *The War of the Rebellion*, v. 92, p. 799. <<



CÉSAR VIDAL MANZANARES (Madrid, 1958) es doctor en historia, filosofía y teología, así como licenciado en derecho. Ha enseñado en distintas universidades de Europa y América, y es miembro de prestigiosas instituciones académicas, como la American Society of Oriental Research o el Oriental Institute de Chicago. Actualmente colabora en distintos medios de comunicación como La Razón, Libertad Digital, Chesterton y Muy Interesante. Es autor de más de un centenar de libros, que habitualmente se sitúan en los primeros puestos de las listas de los más vendidos y que han sido traducidos a media docena de lenguas. Entre sus premios literarios destacan el de la Crítica «Ciudad de Cartagena» a la mejor novela histórica del año 2000, el premio Las Luces de Biografía 2002, el premio de Espiritualidad 2004, el premio Jaén 2004, el IV Premio de Novela Ciudad de Torrevieja (2005), el de novela histórica Alfonso X el Sabio 2005 y el Algaba 2006 de biografía. Sus éxitos literarios son numerosos, y pocos autores han logrado ventas tan altas de tantos títulos simultáneamente. Entre sus obras más recientes destacan Los masones (2004), Paracuellos-Katyn (2005), Bienvenidos a La Linterna (2005) y Jesús y Judas (2007), y las novelas históricas El médico de Sefarad (2004), El médico del Sultán (2005), Los hijos de la luz (2005), Artorius (2006) y El judío errante (2008).